

# MEMORIAS

, DEL

## GENERAL GUILLERMO MILLER

AL SERVICIO DE LA

### REPÚBLICA DEL PERÚ

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR EL

### GENERAL TORRIJOS

---

Reproducción de la edición de Londres  
1829

---

TOMO II

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

48, PRECIADOS, 48

—  
1910







MEMORIAS  
DEL  
GENERAL MILLER



---

*De esta obra se tiraron 250 ejemplares en papel verjurado  
y 12 en papel de hilo.*

---



MEMORIAS  
DEL  
GENERAL GUILLERMO MILLER

AL SERVICIO DE LA  
REPÚBLICA DEL PERÚ

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR EL  
GENERAL TORRIJOS

---

Reproducción de la edición de Londres  
1829

---

TOMO II



MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ  
48, PRECIADOS, 48

—  
1910

1V-23-8-28



---

Madrid.—Imp. de Fortanet, Libertad, 29.—Teléf.º 991.

---









Fot. Lacoste.

O'HIGGINS



**MEMORIAS**  
**DEL**  
**GENERAL MILLER.**

**AL SERVICIO DE**  
**LA REPÚBLICA DEL PERÚ.**

**ESCRITAS EN INGLES**

**POR**

**MR. JOHN MILLER;**

**y**

*TRADUCIDAS AL CASTELLANO POR*

**EL GENERAL TORRIJOS,**

**AMIGO DE AMBOS.**

---

**TOMO SEGUNDO.**

---

**LONDRES:**

**PUBLICADAS POR**

**LOS SRES. LONGMAN, REES, ORME, BROWN, Y GREEN,**  
**PATERNOSTER ROW.**

**EN LA IMPRENTA DE LOS SRES. CARLOS WOOD E HIJO,**  
**POPPIN'S COURT, FLEET STREET.**

---

**1829.**





# INDICE

## CAPÍTULO XVII

Página.

*Preparativos para una expedición á Puertos Intermedios.— Capitán Prescott.—Fragata de S. M. Británica la «Aurora».—Sale la expedición.—Posición de los realistas.—Ocurrencias en el mar.—Desembarco en Arica.—Inacción del ejército patriota.—El coronel Miller se embarca para Quilca.—Valdez se salva con sus tropas difícilmente cerca de Tacna.—Movimientos del general Alvarado.—Ameller se salva maravillosamente en Locumba.—Batalla de Torata.—Moquegua.—Los restos del ejército patriota se embarcan en Ilo.—Iquique.—Muerte de La Rosa y Taramona..* 1

## CAPÍTULO XVIII

*Desembarco del coronel Miller en Quilca.—Camaná.—Siguas. Vitor.—Carratalá avanza.—Ejemplar castigo de un asesinato.—Carabelí.—Atico.—Puerto de Chala.—Coronel Manzanedo.—Estrategia.—Palpa.—Barandalla.—Cólera morbo.—Puerto de Lomas.—Dr. Córdova.—Salida del bergantín «Protector» para el Callao.....* 21

## CAPÍTULO XIX

*Descripción de la costa desierta del Perú.—Naufragio y padecimientos de los Granaderos á caballo.—Antiguas tradiciones del país.—Deposición de la Junta gubernativa.—Nombramiento de Riva-Agüero de Presidente de la República.—Posición de los realistas.—Nueva expedición á los*



<i>Puertos Intermedios.—Los realistas avanzan sobre Lima. Los patriotas se retiran al Callao.—Canterac entra en Lima.—Confieren á Sucre el mando supremo.—Riva-Agüero es depuesto.....</i>	46
--	----

## CAPÍTULO XX

<i>Expedición del general Santa Cruz.—Desembarca en Arica. Marcha al Alto Perú.—Los realistas abandonan á Lima.—El general Sucre se embarca para Chala.—Toma Arequipa.—Acción de Zepita.—Desastre de los patriotas.—Su reembarque.—El general Miller se retira por tierra á Lima. El virrey da nueva distribución á sus tropas.....</i>	61
---	----

## CAPÍTULO XXI

<i>El general Bolívar llega á Lima.—Marqués de Torre Tagle.—Riva-Agüero disuelve el Congreso en Trujillo.—Su prisión.—Miller es nombrado jefe del Estado Mayor general.—Modo de reemplazar al ejército peruano.—Uniformes.—Divisas.—Sueldos.—Raciones.....</i>	88
--	----

## CAPÍTULO XXII

<i>Sublevación del Callao.—Capitán W. F. Martín.—Bolívar es nombrado dictador.—Disolución del Congreso.—Crueldad de los realistas.—Miller vuelve al Perú.—Travesía.—Acción desesperada de valor.—Capitán Robertson.—Corsario Quintanilla.—Martilini.—El bergantín «Congreso» se halla en peligro de naufragar.—Llega al puerto del Callao.—Posición y fuerza de los ejércitos realistas y patriotas.....</i>	97
--	----

## CAPÍTULO XXIII

<i>Montoneros.—Medidas preparatorias para la campaña de 1824.—El ejército libertador avanza de Huarás.—Paso de las Cordilleras.—Medidas saludables del dictador.....</i>	120
--	-----



## CAPÍTULO XXIV

Páginas

*Posición de las fuerzas realistas.—Revista de los patriotas.—Inmediaciones de Pasco.—Acción de Junín.—Muerte del teniente coronel Sowersby y del mayor Lizarraga.—Retirada de Canterac.—Los patriotas avanzan.—El general Bolívar se separa del ejército.—Partidas de reconocimiento.—Adelanta el virrey.—El coronel Althaus cae prisionero.—Se retiran los patriotas.—Valle de Pomacochas.....* 138

## CAPÍTULO XXV

*Matará.—Corpaguayco.—Precauciones adoptadas por los realistas para evitar la desertión.—Los patriotas presentan la batalla en Tambo-Cangallo.—Continúan su retirada.—Hostilidades de los indios.—Los realistas ocupan Guamanguilla.—Situación crítica de los independientes.—Batalla de Ayacucho.—El virrey es hecho prisionero.—Derrota de los realistas.—Incidentes particulares.—Capitulación... ..* 165

## CAPÍTULO XXVI

*Entrada de los patriotas en Cuzco.—Regocijos.—Profecta recordada por Garcilaso de la Vega.—Tradición del origen de los Incas.—Su forma de Gobierno.—Su política.—Población antes de la conquista.—Ciudad del Cuzco.—Ruinas.—Templo del sol.—Edificios públicos.—Resumen de la historia del Cuzco.—Su comparación con la de Roma.—Veneración en que se conserva la memoria de los Incas.—Trajes, maneras y costumbres de los indios.—Descripción de la coca.....* 189

## CAPÍTULO XXVII

*Consecuencias de la capitulación de Ayacucho.—El ultra realista general Olañeta rehusa entrar en negociaciones.—La división patriota marcha al Sur.—Departamento de Puno.*



<i>—Mina de Salcedo.—Noticia de los callavayas, ó médicos transeuntes.—El general Miller deja la Prefectura de Puno, para desempeñar la de Potosí.—Operaciones navales.—Callao.—Dificultades halladas por el ejército en las regiones montañosas.—Obstáculos que retardaron la completa emancipación.....</i>	205
---	-----

### CAPÍTULO XXVIII

<i>Comerciantes extranjeros.—Género de asistencia que prestaron á los patriotas y realistas.—Observaciones sobre la formación de la escuadra chilena.—Renta pública del Perú.—Recaudación y distribución.—Transacciones del empréstito.—Equivocada política.—Observaciones generales.....</i>	226
---	-----

### CAPÍTULO XXIX

<i>Potosí.—Sus minas.—Edificios públicos.—Banco de rescate.—Tesorería.—Caxchas.—Gobierno departamental.—Policía. Casa del Gobierno.—Sociedad de Potosí.—Agentes de las asociaciones de minas.....</i>	244
---	-----

### CAPÍTULO XXX

<i>Alto Perú.—Asamblea general.—Sus determinaciones.—República de Bolivia.—Agresión de los brasileños.—El general Bolívar sale de Lima.—Su viaje.—Llega á Potosí.—Regocijos.—Transacciones sobre las minas.—Sigue el Libertador á Chuquisaca.—El general Miller sale para Inglaterra con licencia temporal.....</i>	266
---	-----

### CAPÍTULO XXXI

<i>Bosquejo biográfico del general Bolívar.—Su Estado Mayor.—Dr. Moore.—Coronel O'Leary.—Teniente coronel Ferguson.—Coronel Belford Wilson.....</i>	280
---	-----



## CAPÍTULO XXXII

Páginas

<i>Regreso á Lima del general Bolívar.—Se prohíbe la instalación del Congreso.—El Código boliviano es adoptado en el Alto Perú.—Conspiración en Lima.—Descontento.—Castigos.—El Libertador se prepara para salir del Perú.—Alcanzan de él que permanezca.—El Código boliviano es aprobado por los colegios electorales del Perú.—Bolívar es nombrado Presidente vitalicio.—Marcha á Colombia.—Gran federación en Panamá.—Revolución de las tropas colombianas en Lima.—Declaran ilegal la adopción del Código boliviano.—Instalación del Congreso.—El general La Mar es elegido Presidente de la República.—Continúa la relación de los acontecimientos de Chile.—Magnanimidad de los americanos del Sur con los españoles.....</i>	300
---	-----

## CAPÍTULO XXXIII

<i>Miguel Fernández.—Viaje desde Potosí.—Jujuy.—Salta.—Señoras de Salta.—Provincia de Salta.—Doctor Redhead.—General Arenales.—Regalan al general Miller una grande extensión de terreno.—Tucumán.—Franco modo de mudar de gobernadores.—Santiago del Estero.—Córdoba.—Mariscal Beresford.—General Paroissien.—Buenos Aires.</i>	337
--	-----

## CAPÍTULO XXXIV

<i>Reflexiones sobre los acontecimientos ocurridos en el Río de la Plata.—Buenos Aires.—Anarquía.—Rodríguez.—Junta provincial.—Mejoras.—Banda Oriental.—Lavalleja.—Congreso.—Guerra con los brasileños.—Rivadavia.—Las Heras.—Brown.—Alvear.—Política del emperador.—García.—Dorrego.....</i>	357
---	-----



## CAPITULO XXXV

	Páginas
<i>Buenos Aires.—Colonia escocesa.—Embarco del general Miller.—Montevideo.—General Lecor.—Rio Janeiro.—Doctor Corbacho.—D. Lucas de la Coteria.—Emperador.—Comercio de esclavos.—Bahía.—Pernambuco.—Dr. D. Tadeo Garate.—Conclusión.....</i>	376

## APÉNDICE

N. <i>Instrucciones dadas á Olachea por el general Canterac.....</i>	395
O. <i>Carta del general Valdez á D. José Leyva, cura párroco de Carabelí.....</i>	397
P. <i>Carta de Barandalla al general Valdez.....</i>	398
Q. <i>Oficio del general Canterac que manifiesta la importancia que los jefes realistas dieron á la expedición de Miller, y medidas que adoptaron para contener sus progresos.....</i>	399
R. <i>Carta de Manzanedo dirigida al Ayuntamiento constitucional de Carabelí, y que Miller halló á su entrada en dicho pueblo el 7 de Enero de 1823.....</i>	400
S. <i>Oficio circular de Carratalá que prueba la importancia que daban al reembarco de Miller y haberse ocupado Carratalá en su persecución durante la expedición de Alvarado, paralizando de este modo la acción de sus tropas.....</i>	402
T. <i>Oficio de Manzanedo á Olachea que corrobora el de Canterac letra Q.....</i>	402
U. <i>Oficio circular de Carratalá, el cual interceptó Miller, y lo substituyó con el que va en seguida, fingiendo la letra y firma de modo que no podía distinguirse de la verdadera.....</i>	403



	Páginas
X. <i>Copia de un oficio del coronel realista Manzanedo dirigido á los alcaldes de los pueblos de Pullo y Chaipi, que prueba el concepto equivocado que tenían de las fuerzas de Miller.....</i>	404
Y. <i>Carta enviada por Miller para que fuese interceptada por Manzanedo para corroborar la idea que contiene el oficio fingido que se sustituyó al verdadero de Carratalá, y que uno y otro van marcados con la letra S.....</i>	405
Z. <i>Oficio del coronel Manzanedo al comandante de la división central realista que manifiesta haber creído las noticias fingidas que Miller hizo escribir desde Atiquipa al español Marcos que prendieron en Yauca.....</i>	407
AA. <i>Oficio del coronel Olachea al comandante militar y alcalde interino del valle de Acari que prueba el sentido patriótico en que se hallaban los habitantes.....</i>	409
BB. <i>Oficio pasado por Miller al ministro de la Guerra de la República del Perú.....</i>	410
CC. <i>Carta de Miller al coronel Brandsen, traducida literalmente del inglés.....</i>	411
DD. <i>Oficio del ministro de la Guerra y Marina al general Miller, que expresa la aprobación del Gobierno á su conducta, y las causas porque no le reforzó con la fuerza que reclamaba, como era su deseo.....</i>	412
EE. <i>Proclama de Miller á los habitantes de la Costa y del Interior.....</i>	415
FF. <i>Carta dirigida á Miller por D. José María Flores, de cuyo patriotismo se ha hecho honrosa mención.....</i>	415
GG. <i>Oficio de los alcaldes y Ayuntamiento de Arequipa pasando al general Miller, y que manifiesta la cooperación que voluntariamente le prestaban.....</i>	418
HH. <i>Carta escrita al general Miller por D. José Manuel Mesa, que prueba el patriotismo de que estaba animado, y que se ha citado en las Memorias.....</i>	419



	Páginas
II. <i>Carta de Bolívar al general Miller, cuando éste se hallaba operando en los Puertos Intermedios.....</i>	422
JJ. <i>Oficio del ministro de Estado al general Miller, que prueba la comisión que llevó en su viaje á Chile y la confianza que merecía del Gobierno.....</i>	422
KK. <i>Dictamen de Miller sobre el proceso de D. Pedro Abadía..</i>	423
LL. <i>Oficio de Sucre al general Miller, participándole su ascenso á general de división, que manifiesta el aprecio y consideración que le merecía.....</i>	423
MM. <i>Discurso de Bolívar y Constitución boliviana.....</i>	424
NN. <i>Dimisión que hace el general Bolívar de la Presidencia de la República.....</i>	456
OO. <i>Proclama de Bolívar al pueblo colombiano.....</i>	458
PP. <i>Arenga del Presidente del Congreso de Bolivia al general Sucre, con motivo del juramento de éste, y su contestación.</i>	459
QQ. <i>Carta del general Sucre á Miller, que manifiesta el aprecio que recíprocamente se profesaban.....</i>	461
RR. <i>Título de donación y propiedad del terreno concedido al general Miller por el Gobierno Provisional de la provincia de Salta y oficio de remisión del general Arenales...</i>	461



# MEMORIAS,

§c. §c.

---

## CAPÍTULO XVII

*Preparativos para una expedición á Puertos Intermedios.— Capitán Prescott.—Fragata de S. M. Británica la «Aurora».—Sale la expedición.—Posición de los realistas.—Ocurrencias en el mar.—Desembarco en Arica.—Inacción del ejército patriota.—El coronel Miller se embarca para Quilca.—Valdez se salva con sus tropas difícilmente cerca de Tacna.—Movimientos del general Alvarado.—Ameller se salva maravillosamente en Locumba.—Batalla de Torata.—Moquegua.—Los restos del ejército patriota se embarcan en Ilo.—Iquique.—Muerte de La Rosa y Taramona.*

Algunos meses antes de la renuncia del Protector, se habían adoptado providencias secretas para el embarque de mil quinientos hombres á las órdenes del coronel Miller con dirección á Puertos Intermedios. El plan que se habían propuesto, era desembarcar en Iquique y desde aquel punto marchar desde luego rápidamente contra el general Olañeta, cuya división, de tres ó cuatro mil hombres, estaba de tal modo diseminada en el departamento de Potosí, que suponían que Miller podría batirla en detalle; especialmente cuando se sabía que los naturales cooperarían gustosos con el jefe patriota, el cual debía llevar consigo un crecido número de armas de repuesto, para facilitar la formación de cuerpos nuevos. En el caso de realizarse el plan, se habría ocupado el Alto





Perú; y en el de verse Miller muy acosado, su retirada á la costa se consideraba segura; pero de todos modos su división estaría en disposición de cortar el camino para Salta, lo que no habría sido difícil, y allí habría encontrado amplios recursos en la patriótica cooperación de los gauchos. Cuando el tiempo prefijado para verificar el embarque se aproximó, el Protector comunicó el plan al general en jefe Alvarado, el cual consideró la expedición de tal importancia, que se ofreció á marchar personalmente con cuatro mil hombres. El Protector accedió á las sugerencias de Alvarado; pero se pasaron muchos meses antes que el número á que se había aumentado la expedición estuviese pronto; tan pesada y tardíamente se hacían los preparativos. En el ínterin ocurrió la deposición del activo Monteagudo, y el Protector se retiró de la vida pública. La Junta gubernativa que sucedió en el mando, conviniendo en la utilidad de trasladar el teatro de la guerra al Sur, conservó los transportes que San Martín había ajustado y abastecido anteriormente, y continuó los preparativos para llevar á efecto la expedición proyectada.

El 25 de Septiembre de 1822 prestaron el juramento de obediencia y fidelidad al Congreso, todos los cuerpos peruanos existentes en Lima, para cuyo acto formaron en el camino del Callao, é hicieron el saludo y descargas correspondientes. El aire y apariencia de las tropas y oficiales eran excelentes, y todos estaban perfectamente vestidos y equipados. La infantería de la Legión, á las órdenes del coronel Miller, era el único cuerpo peruano destinado para embarcarse en la expedición á Puertos Intermedios; y desde el lugar de la gran parada marchó al Callao con este objeto. Ciento cincuenta hombres con el teniente coronel Videla y unos cuantos oficiales, quedaron en Lima para formar el segundo batallón. Antes de embarcarse la Legión, dió un magnífico baile al coronel y oficiales el Sr. D. Juan Parish Robertson. La



reunión fué selecta, y lo más apreciable del bello sexo de Lima asistió á él. Como el Sr. Robertson era soltero, hizo los honores doña Rosa de Panizo, la cual, pocos años antes, fué el ornamento de la corte del virrey Abascal; y tan celebrada por su talento y gusto con que empleó sus riquezas, como lo es aún por su amabilidad y nobles modales. Aunque esta señora tiene una preciosa hija de diez y siete años, que la da un aire de matrona, es aún muy hermosa. El baile duró hasta después de amanecido el día inmediato.

Encontrándose la Junta gubernativa en los mayores apuros para procurar los fondos necesarios para la salida de la expedición y dar al general Alvarado los que reclamaba, para que la tesorería de su ejército pudiera atender á los gastos sucesivos, impuso una contribución forzosa de cuatrocientos mil duros sobre el comercio de Lima, de la cual, cerca de una mitad, quisieron hacer pagar á los comerciantes ingleses, pero éstos se negaron bajo el pretexto de que los extranjeros residentes en los diferentes estados de la América del Sur, habían estado siempre exceptuados de semejantes exacciones. Al mismo tiempo manifestaron el modo arbitrario en que estaba hecho el reparto del empréstito, pues se exigían grandes cantidades á muchos comerciantes ingleses, mientras que á los naturales del país, conocidos por sumamente ricos, se les detallaban sumas insignificantes. El Gobierno insistió, sin embargo de esta reclamación, en el cumplimiento de su primitiva orden, y adoptó medidas vigorosas para llevarla á efecto. Los ingleses residentes en Lima se dirigieron al capitán Prescott de la fragata de S. M. Británica la *Aurora*, comandante, en aquel momento, de las fuerzas navales inglesas en el mar Pacífico, quejándose de la dureza é injusticia de aquel acto, y expresándole su determinación de salir del país, más bien que sujetarse á tal impuesto. Este oficial entró en su consecuencia en contestaciones con el ministro de Marina, el cual notificó



al capitán Prescott el asentimiento de su Gobierno á la proposición que hacía de la salida de sus conciudadanos, pero en seguida le escribió el ministro de Negocios Extranjeros, en explanación (según decía) del anterior escrito, y le hizo entender que los comerciantes ingleses no recibirían sus pasaportes hasta que hubiesen pagado las deudas legítimas que tuviesen, en las cuales pretendían incluir la cuota que les habían señalado de la contribución. El capitán Prescott rebatió la injusticia de tal procedimiento, y convencido de que no alcanzaría el reparo del agravio con nuevos escritos, levó ancla el 9 de Octubre de 1822, y colocándose frente del puerto, impidió la entrada de todo buque inglés. Perplejo el Poder Ejecutivo con este paso decidido, pero no queriendo sufrir la vergüenza de revocar su orden primitiva, pasó la correspondencia con el capitán Prescott al Congreso, el cual, deseoso de evitar toda mala inteligencia con el comandante de las fuerzas navales inglesas, dió el 10 un decreto autorizando al Gobierno para retirar su reclamación. El 11 volvió la *Aurora* al puerto, y se terminaron todas las querellas. Los comerciantes ingleses convinieron entonces en hacer al Gobierno un pequeño empréstito sin llevar ningún interés, del cual debían reembolsarse en plazos determinados. También acordaron mil quinientos duros para comprar una vajilla de plata para regalarla al capitán Prescott, en testimonio de su agradecimiento á sus importantes servicios durante el crítico período en que mandó las fuerzas navales inglesas de aquel crucero. La firmeza, carácter y conocimientos del derecho de las naciones que el capitán Prescott desplegó en cuantas ocasiones tuvo que intervenir en cuestiones delicadas y difíciles, le adquirieron el respeto y consideración de los españoles y peruanos, y la gratitud y estimación de sus conciudadanos. El excelente estado de disciplina y hermosa apariencia de la *Aurora*, la buena conducta de su tripulación y armonía que reinaba



en ella, hacen á la vez el elogio de su comandante y de sus oficiales.

La Junta gubernativa dirigió entonces toda su atención á la salida de la tan hablada expedición á Puertos Intermedios, y después de mil retardos y algunos altercados entre el general en jefe y el Poder Ejecutivo, las tropas se embarcaron en los transportes en la bahía del Callao. La expedición se componía de los cuerpos siguientes:

1. <sup>er</sup> Batallón de Legión peruana, coronel Miller.....	700
De Chile.....	{ Núm. 4, teniente coronel Sánchez.... 700
	{ Núm. 5..... 400
	{ Artillería..... 100
De Buenos Aires.	{ Núm. 11, teniente coronel Deza..... 350
	{ Regimiento del Río de la Plata, coronel Correa * ..... 1.100
	{ Regimiento de Granaderos á caballo †. 509
TOTAL..... <u>3.859</u>	

General en jefe D. Rudesindo Alvarado.

Jefe de Estado Mayor, D. Francisco Antonio Pinto.

El primer batallón de la Legión, los batallones números 5 y 11, con trescientos Granaderos á caballo y una compañía del núm. 4, formando un total de dos mil hombres, salieron del Callao á las órdenes del coronel Miller, el 10 de Octubre, en los transportes *O'Higgins*, *Independencia*, *Perla*, *Mackenna*, *Ramo de Oliva*, *Dardo* y *Nancy*. El resto de la expedición con el general en jefe y el Estado Mayor, salieron pocos días después, juntos con la fragata *O'Higgins*, á cuyo bordo iba el almirante Blanco. El primer punto de reunión fué al frente de Iquique, y el segundo á treinta millas SO. de Arica.

\* Compuestos de los batallones antes llamados núms. 7 y 8.

† Un escuadrón de este regimiento á las órdenes del teniente coronel Lavalle, el cual se halló en la batalla de Pichincha, no se reunió al ejército hasta después de su desembarco en Arica.





Cuatro mil hombres, incluso mil doscientos colombianos, quedaron en el departamento de Lima á las órdenes del general Arenales, el cual debía avanzar sobre Jauja y amenazar á los realistas en aquel valle, para evitar que destacasen algunas fuerzas hacia el Sur contra Alvarado que se esperaba no hallaría dificultad en tomar posesión de las importantes provincias del Alto Perú.

Los realistas tenían en aquel momento cinco mil hombres en el valle de Jauja á las órdenes de Canterac; tres mil con Valdez en la costa ó inmediaciones de los Puertos Intermedios; y tres mil ó muy cerca de ellos, con Olañeta en las cercanías de Potosí; además unos cuantos destacamentos y cuadros de batallones en el Cuzco, La Paz y otras guarniciones.

El plan de operaciones de los independientes para la campaña que iban á abrir parecía excelente. Las divisiones realistas estaban muy distantes unas de otras, y tan diseminadas en uno de los países más montañosos del mundo, que parecía muy fácil atacarlos separadamente; las esperanzas de los patriotas se avivaron, y todo parecía prometer un pronto fin á la lucha en el Perú. Los realistas se alarmaron al aspecto amenazador de las circunstancias, y el virrey La Serna escribió desde el Cuzco al ministro de la Guerra de España, que á no ser socorrido inmediatamente con refuerzos de tropas de la Península, sería imposible continuar mucho más tiempo lucha tan desigual, pues mientras sus tropas se hallaban fatigadas por la necesidad de hacer marchas á distancias casi increíbles, los patriotas como dueños del mar Pacífico podían fácilmente transportar sus ejércitos de un punto á otro, ya para atacar sus fuerzas en detalle, esparcidas por necesidad sobre una vasta extensión de territorio, ó ya para retirarse oportunamente cuando se viesen muy acosados. El virrey se quejaba agriamente de la indiferencia con que se habían visto las repetidas reclamaciones que había hecho hasta aquel momento, pidiendo al



rey le enviasen socorros, y concluía diciendo, que su salud había padecido considerablemente en tan críticas y fatigosas circunstancias, que se creía incapaz de llenar las difíciles obligaciones de virrey, y por lo tanto hacía su dimisión por segunda vez, pidiendo que S. M. se dignase nombrarle sucesor\*.

Sin embargo de que era evidente que los generales realistas diferían frecuentemente en opiniones y que existía entre algunos de ellos una grande enemistad, todos hicieron cuanto estuvo á su alcance para superar las desventajas de su posición. Los generales Canterac y Loriga fueron infatigables en el Norte, mientras que Valdez en los Intermedios era el alma del ejército español. La actividad de este jefe, su renuncia voluntaria á toda clase de comodidades y la manera ejemplar en que compartía las fatigas y privaciones con sus soldados, unido á su imparcial severidad con todo delincuente, produjo los efectos más provechosos entre sus tropas, y le granjeó el respeto y la admiración hasta de sus enemigos. Olañeta no perdía medio en el Potosí, ni desaprovechaba oportunidad para aumentar sus fuerzas. Este general era de la escuela antigua; había sido el compañero de Pezuela, y por consiguiente enemigo de La Serna, Canterac, Valdez, y demás jefes que habían servido en la guerra de la Península. La masa de la población estaba, sin embargo, tan decididamente en contra de los realistas, que á pesar de sus esfuerzos, el aspecto de los negocios parecía indicar su pronta caída.

Entretanto la Junta gubernativa había comunicado órdenes para activar la saca de reclutas en el departamento de Trujillo y las provincias del Norte, para aumentar la división de Arenales; pero tal era la general apatía que reinaba en los diferentes ramos de la

\* Esta correspondencia fué interceptada por el coronel Miller á su desembarco en Quilca.



administración, que escasamente reemplazaron las bajas ordinarias, causadas por enfermedades y deserción.

Cuarenta y ocho horas después de haber dado la vela desde Callao la primera división á las órdenes del coronel Miller, la *Independencia*, uno de los transportes mayores del convoy, que conducía cuatrocientos hombres de su batallón, empezó á hacer agua, y á poco tiempo dieron parte que tenía seis pies de agua en la bodega. Inmediatamente enviaron botes de los otros transportes, y en menos de seis horas á pesar de estar la mar muy alterada, se traspardaron las tropas que iban en la *Independencia*. Miller recibió cien hombres en el *O'Higgins*, de trescientas cuarenta toneladas que montaba, lo cual aumentó el número de la gente embarcada en él á cuatrocientos diez. El resto regresó al Callao en dos pequeños transportes, acompañados por la *Independencia*. El convoy entonces continuó su viaje.

En la noche del 30 navegando cinco millas por hora con una brisa fuerte, el *Mackenna*, de cien toneladas, por descuido del piloto de guardia, dió al través contra el *O'Higgins* y el choque fué violento. El último perdió el palo mayor, que el *Mackenna* le cortó en el encuentro; este perdió el botalón de proa, y ambos sufrieron además averías de consideración en el aparejo. Estos dos buques, más por fortuna que por destreza se separaron uno de otro, pues como las cubiertas de los dos estaban llenas de soldados, todo fué, como era regular, alboroto y confusión. Cuando amaneció, el *O'Higgins* parecía una boya; pero afortunadamente el tiempo estaba sereno, y en dos días armaron una bandola. El *Mackenna* reparó también sus averías, y el convoy continuó su rumbo.

La tripulación de los transportes era una mezcla de ingleses, norteamericanos, franceses, holandeses y criollos. Muchos de los patronos eran naturales del país, y con dificultad podían hacerse entender por la mayoría de su gente. Los buques habían sido bien abastecidos de



provisiones y agua para cincuenta días, y se suponía que el viaje duraría escasamente la mitad.

La tropa se condujo perfectamente en el pasaje, y un aire de alegría reinaba en ella al cumplimiento de todas sus obligaciones. Eran sumamente adictos á sus oficiales, muy subordinados, limpios en sus personas y sus cois, y sensibles al más pequeño acto de atención ó bondad. Las tres cuartas partes de la Legión eran indígenas y muchos de ellos no podían hablar otra lengua que la suya nativa (la quechua) cuando se reunieron al cuerpo; pero aprendieron pronto las palabras de mando en español y su deber como soldados; todo lo cual les enseñaron con arreglo á la ordenanza española. Generalmente son de poca estatura, robustos, y sin barbas, de color moreno y cutis reluciente. El resto de la gente eran mulatos, y unos pocos criollos, blancos que generalmente eran sargentos. La música era excelente, y se componía de veintidós individuos, de los cuales doce tocaban por nota. En horas de tedio y noches de luna, la hacían tocar para que los indios cantasen sus yaravíes, mientras que los locuaces mulatos contaban cuentos, ó cantaban con los blancos las canciones favoritas de Lima, á cuya voluptuosa ciudad tienen los naturales una entusiástica afición. Los oficiales en el alcázar cantaban canciones patrióticas y nacionales, y la mayor parte tenían buena voz y mucho gusto para la música. Esa rigidez y distancia que se guarda hacia el soldado, quizás útil y aún necesaria en algunos ejércitos europeos, no existían entre los patriotas; frecuentemente hablaban con sus oficiales y recordaban los placeres y ocupaciones de sus primeros años en los pueblos de su naturaleza; pero no por ello se tomaban libertades ó confianzas indebidas, antes al contrario, esta condescendiente familiaridad de los oficiales, aumentaba el cariño de los soldados, sin que disminuyese su respeto. Estos vínculos de estimación entre oficiales y soldados son muchas veces, en momentos de



peligro, más fuertes y efectivos que la deferencia ó sumisión producida por una fría severidad, las cuales si una vez llegan á romperse, no las reemplaza ningún sentimiento de mero respeto ó ciega obediencia.

Reinando vientos contrarios y remolinos, y siendo los transportes poco veleros, todo indicaba un largo viaje; el suministro del agua se redujo á tres pintas al día por hombre; una viva ansiedad principió á introducirse; y no había en el convoy ningún oficial de marina práctico ó inteligente que pudiese aconsejar lo que debería hacerse. El 23 de Noviembre los transportes recibieron orden de hacer fuerza de vela al primer punto de reunión. Los oficiales comandantes de las tropas á bordo de dos transportes vinieron á la capitana, para pedir alguna agua; pero habiéndose aumentado la gente en el *O'Higgins*, no pudo darles ni una sola gota.

El último día de Noviembre el *O'Higgins* y dos de los transportes más pequeños que aún estaban juntos, se hallaban á doscientas millas de su destino. El suministro del agua se redujo nuevamente á un cuartillo por día; el coronel Miller presenciaba el reparto, y afortunadamente había tomado esta precaución desde el principio del viaje, para evitar que se desperdiciase. Los soldados continuaron observando la mejor conducta en medio de la escasez de agua y la sed, que les atomentaba. Cuando se quitaba el bondón ó tapón de la pipa, lo cogían ansiosamente, y el que lograba atraparlo entre la multitud que se lanzaba á él, lo consideraba como una adición no indiferente á la escasa ración que recibía. Al beberla en rueda, los pobres algunas veces levantaban la mano y exclamaban, ¡gracias á Dios! Tal era su desesperada situación, cuando se levantó una brisa que infundió á todos esperanza y consuelo. La resolución de ir primero al último punto de reunión al frente de Iquique se varió, y los transportes se dirigieron hacia Arica, lo cual les facilitaba mejor rumbo.



El 2 de Diciembre descubrieron tierra felizmente, y el 3 vieron ya buques en el puerto de Arica, donde ancló el *O'Higgins* á las doce del mismo día, teniendo únicamente á bordo menos de dos barriles de agua. De cuatrocientos diez hombres, no murió ninguno en el pasaje y solo había diez y siete enfermos. El júbilo y alegría de todos al hallarse nuevamente en tierra y unidos á sus compañeros, puede más fácilmente concebirse que pintarse.

Parte de la expedición había desembarcado en Arica el 27 de Noviembre, y el resto llegó sucesivamente, á excepción de ciento cincuenta hombres que desembarcaron en Iquique y pasaron en Tarapacá para operar en las provincias inmediatas y observar los movimientos de Olañeta, en el Alto Perú.

Los patriotas desembarcados en Arica formaban un total de tres mil quinientos hombres efectivos; pero como permanecieron en la inacción, los realistas tuvieron tiempo bastante para retirar de Arica y del país inmediato toda clase de auxilios, á excepción de aquellos que pudieron ocultar los patriotas del país. Cuatro ó cinco soldados patriotas fueron hechos prisioneros á menos de una milla de distancia de Arica por una partida realista que tuvo la temeridad de avanzar hasta á tiro de pistola de todo el ejército independiente, y la cual se retiró sin que nadie la molestase. El coronel Pinto mandaba en Arica hasta que el general Alvarado llegó de Iquique.

El 9 de Diciembre la Legión, el regimiento del Río de la Plata, y los Granaderos á caballo avanzaron tres leguas al frente al valle de Lluta, posición preferible á la de Arica, desde todo punto de vista. Desde Lluta hasta Tacna hay once leguas de distancia por un desierto arenoso. El 14, habiendo recibido noticia el general patriota, que Valdez estaba en las inmediaciones de Sama, y se preparaba á avanzar, las fuerzas patriotas se encontraron en Chacalluta, que está situada en la embocadura del valle de Lluta inmediato á la mar; y aunque no se



presentó el enemigo, creyó prudente el general Alvarado retirar sus tropas á Asapa, un valle ancho y abierto á una legua al oriente de Arica. Desde estas medidas de precaución, si precaución puede únicamente llamarse, principiaron los realistas á tomar confianza y concebir la esperanza de poder resistir á los tímidos libertadores. Algunos de los hombres que dirigían las operaciones de los últimos, parece que tenían demasiado respeto á Valdez, el cual, creyeron al principio que tenía á lo menos cuatro mil hombres consigo, cuando solamente llevaba los batallones de Gerona y Centro, cinco escuadrones de caballería, cuatro piezas de campaña y una compañía de zapadores, que formaban mil setecientos setenta y cinco infantes, y setecientos cincuenta y siete caballos, en todo dos mil quinientos veintidós hombres. Estas tropas ocupaban en escalones los valles de Moquegua, Locumba y Sama, teniendo un piquete avanzado en Tacna. Pero lo que principalmente contribuyó á animar á los realistas, fué la noticia de que Canterac estaba en marcha desde Huancayo, para socorrer á Valdez con un batallón de Cantabria y otro del Infante, cada uno de ochocientas plazas y ochocientos caballos; y que Carratalá con el batallón de partidarios de ochocientas setenta y una plazas, y Burgos, con quinientas cuarenta y ocho, se hallaba también en las inmediaciones de Puno, y marchando al mismo punto. Así, pues, si nuevas dilaciones se originaban, tendría Alvarado que lidiar con las divisiones reunidas de estos tres generales, que formaban un total de cuatro mil ochocientos setenta y cuatro infantes, y mil quinientos cincuenta y siete caballos; pero aún tenía una buena oportunidad para atacar á Valdez ó á Olañeta, en posiciones aisladas.

A la llegada de las tropas independientes á la costa vieron los naturales con sus mulas al encuentro, habiendo escapado no sin dificultad y riesgo por el país ocupado por los realistas; pero su entusiasmo se resfrió



al ver la extraordinaria inacción de los patriotas, muchos de los cuales enfermaban por efecto del clima mal sano de Arica y Asapa. También principiaron á originarse murmuraciones entre los jefes.

Durante este estado de desgraciado descuido, la disciplina del ejército se iba perdiendo miserablemente y causaba vejaciones á las gentes del país, á las cuales, al traer comestibles al mercado, muy frecuentemente se los quitaban sin pagárselos.

La tropas patriotas habían permanecido tres semanas en la inacción, y el general en jefe aún no había resuelto sus futuras operaciones, pues aunque había consultado á muchos de los jefes, no había seguido la opinión de ninguno. El coronel Miller fué llamado también á tener una conferencia, y para verificarlo sin que nadie les interrumpiera se efectuó á media noche en el alojamiento del general. Este pidió su opinión á Miller, en cuanto al mejor plan de operaciones que podría adoptarse. Miller se había abstenido cuidadosamente hasta aquel momento de manifestar sus sentimientos; pero ya que le pedían formalmente su dictamen, no titubeó en darlo, y dijo al general: que su opinión era, de que estando esparcidas en puntos tan distantes las divisiones del enemigo, y siendo tan favorable la situación de los patriotas desde todo punto de vista, cualquiera plan que quisiera adoptar sería provechoso, con tal que tomase la ofensiva, ya fuese en la dirección de Arequipa, La Paz ó Potosí; que no sería perder más tiempo, y que habiéndose determinado á un plan, no le distrajese nada de su objeto. El general convino en todo; pero desgraciadamente parecía demasiado temeroso á cualquiera especie de responsabilidad excepto á la mayor de todas, que era la inacción en una costa mal sana.

Valdez con menos de tres mil hombres estaba al frente de Alvarado, mientras que Canterac y Olañeta estaban separados de él, cada uno y en lados diferentes, más de



ciento cincuenta leguas. El partido que en tales circunstancias debía adoptarse es bien claro, y más cuando para proporcionarse subsistencias, era indispensable avanzar.

Incomodado el general en jefe por las importunidades del coronel Miller y otros jefes de cuerpo para avanzar cuyas instancias fueron tal vez hechas impropiamente, dijo al primero, que si no estaba satisfecho podía volverse á Lima. Miller le tomó la palabra y se reembarcó inmediatamente; pero antes que obtuviera su pasaporte, el general le envió repetidos mensajes para que fuese á tierra. Al fin tuvieron otra entrevista, y convinieron por último de que Miller sería empleado en un servicio destacado del ejército.

El general Alvarado es un caballero amable, muy instruido, sumamente cortés, y de modales que disponen altamente á su favor. Desde el principio de la revolución siempre estuvo empleado; pero aunque animado del más puro patriotismo y de las mejores intenciones, este hombre benemérito fué singularmente desgraciado como soldado.

Miller se embarcó en la noche del 21 con la compañía de cazadores de su batallón, y dió la vela hacia el Norte con orden de desembarcar en la costa de Camaná, y llamar la atención de Canterac y Carratalá, ó en todo evento atraer una parte de sus fuerzas. Los naturales del país eran patriotas, y se esperaba mucho de su cooperación, especialmente cuando conocían las cualidades distinguidas de Miller por sus anteriores operaciones en la costa, y recordaban su nombre con aprecio.

Al fin marcharon á Tacna el 23 el regimiento del Río de la Plata y el de Granaderos á caballo á las órdenes del coronel Correa, adonde llegaron al día siguiente.

El activo Valdez estaba en el valle de Sama con cuatrocientos hombres de caballería, cuatrocientos de infantería montados en mulas, y dos piezas de campaña. Su



tropa le era adicta personalmente, y sabía que podía contar con su valor en cualquiera circunstancia. Su objeto era acechar una oportunidad favorable para dar un golpe de mano. Valdez recibió noticias que le aseguraban de un modo positivo, que los patriotas existentes en Tacna no pasaban de mil hombres; en su consecuencia salió de Sama á las cuatro de la tarde del 31 con su división volante, para sorprender aquella noche á los independientes en Tacna; pero perdieron el camino por más de cinco horas en el desierto, y habiendo vagado de una parte para otra, y andado cerca del doble de la distancia verdadera, no llegaron á la vista de Tacna hasta después de amanecido el 1.º de Enero de 1823. En lugar de encontrar el pueblo ocupado por mil patriotas, como se creía, vió no solamente la brigada de Correa, que salía á recibirle, sino también al batallón de la Legión y al núm. 11, que iban avanzando á él y se hallaban á menos de una legua hacia el lado de Arica. Con el refuerzo patriota iba el general D. Enrique Martínez (que había seguido la expedición desde Trujillo), y el cual, al reunirse á la brigada de Correa, tomó el mando de todas las tropas. La situación de Valdez era sumamente crítica; su gente y sus caballos estaban demasiado fatigados para atravesar nuevamente el desierto; no tenía fuerzas para arriesgar un ataque, y no podía permanecer en los ardientes arenales en que se hallaban. En tal situación, adoptó el único partido que le quedaba, de oblicuar sobre su izquierda y situarse en Calana, pequeño lugarcillo dos leguas á Oriente de Tacna, y dentro del valle. A las diez de la mañana marchó valle arriba el general Martínez, con sus tropas, con dirección á Calana. Valdez al principio no manifestó ninguna apariencia de intentar retirarse, y principiaron algunas escaramuzas. Martínez destacó un batallón y alguna caballería á las alturas de la derecha del enemigo, pero no bien percibió Valdez este movimiento que se retiró á Pachía, dos leguas más



arriba en el valle, sin casi ser molestado por los patriotas. Parece que Martínez se creyó tan seguro de hacer prisionero á Valdez, que no consideró necesario hacer un serio ataque contra sus fatigados enemigos, los cuales descansaron ocho horas para reponerse de su cansancio, y después continuaron su marcha á Tarrata, catorce leguas de Tacna. El general en jefe Alvarado no se había aún movido á este tiempo de Arica. Valdez, que después ha confesado que lo consideró todo perdido, aseguró que su pérdida había ascendido sólo á trece hombres entre muertos, heridos y extraviados.

El general Alvarado al fin se reunió á sus fuerzas en Tacna, y, colocándose á su cabeza, avanzó por el camino que conduce á Arequipa, y en la noche del 13 de Enero llegó al valle de Locumba. El coronel Ameller que mandaba la vanguardia de los realistas cerca de Moquegua, teniendo razón para suponer que Locumba estaba ocupado por sólo doscientos ó trescientos patriotas, se adelantó con sus cuatrocientos realistas en la esperanza de sorprenderlos. Para lograrlo mejor y más completamente, atravesó el valle, y se colocó sobre el lado de Locumba, que va á Tacna. Al amanecer del 14, se encontró Ameller con gran sorpresa suya bajo tiro de cañón, no de doscientos ó trescientos hombres, como creía, sino de todo el ejército de Alvarado. Inmediatamente adelantó cuanto pudo á las alturas de Candarave. Alvarado envió en su seguimiento un batallón de infantería y un escuadrón de caballería; pero no le molestaron mucho, por que Ameller verificó su retirada por un camino tortuoso, á Moquegua. Este jefe se condujo con suma firmeza, y sangre fría, y su escape en situación tan crítica honra tanto á sus talentos, como á su valor. Es singular que Ameller hiciese un movimiento arrojado sobre Locumba, precisamente igual al de Valdez sobre Tacna, ambos originados por falta de exactas noticias, y nada puede probar más claramente el incorruptible patriotismo de los



habitantes de aquellos distritos. No es menos singular que hubiesen permitido escapar á ambos de tan extraña manera, pues aunque puede llamárseles con grande justicia los dos mejores y más emprendedores oficiales al servicio realista, las probabilidades estaban de tal modo contra ellos, que nada sino la inercia é irresolución de Martínez y de Alvarado, pudieron salvarlos del compromiso en que se vieron.

El ejército á las órdenes de Alvarado llegó el 18 á las inmediaciones de Moquegua, é hizo alto casi á tiro de la división de Valdez ya reunida y acampada en unas alturas inmediatas. En la mañana del 19 avanzaron los patriotas; Valdez principió á retirarse, disputando el terreno á palmos, á las alturas de Torata, donde á las tres y media de la tarde se le reunió el general Canterac, que había hecho marchas forzadas desde Puno. Canterac llegó acompañado solamente de un pequeño destacamento de caballería, pues el resto de su división aun se hallaba algunas millas á retaguardia.

Valdez había elegido y tomado su posición con tal arte, que cuantos esfuerzos hizo Alvarado para desalojarlo de ella fueron inútiles. Valdez, ó más bien Canterac, de cuya división había ya llegado una parte, se volvió á su vez el agresor. La acción fué sangrienta y reñida; el regimiento del Río de la Plata manifestó gran falta de disciplina; pero el núm. 4 de Chile y la Legión se condujeron bien. La conducta de la última, que el coronel Miller dejó á las órdenes del bizarro teniente coronel La Rosa, mereció los elogios públicos del enemigo en su parte oficial; pero los patriotas fueron batidos, y Alvarado se retiró durante la noche sobre Moquegua, cinco leguas á retaguardia. Allí hizo alto con su natural indecisión hasta el 21, mientras que reunidos á la división de Valdez los batallones de Cantabria y Burgos y la caballería y artillería de Canterac, adelantaron á Moquegua, donde hallaron á Alvarado fuertemente colocado, y ocurrió una





segunda acción. Los patriotas tenían la ventaja de la posición, y quizás no eran inferiores en número; pero se habían originado desgraciadamente disensiones entre los jefes; los soldados estaban desalentados, la insubordinación se percibía en todas las clases, y una derrota completa fué la consecuencia. Los partes oficiales de los realistas presentan como total de sus pérdidas en las acciones de Torata y Moquegua, ciento cincuenta muertos y doscientos cincuenta heridos; pero se cree que fué mucho mayor. El general Valdez fué herido y le mataron dos caballos; y tanto á él como al bizarro Ameller se les vió constantemente al frente de la línea \*. Alvarado, Martínez, Correa y Pinto huyeron á Ilo y se embarcaron con menos de mil fugitivos. Alvarado pudo únicamente alcanzar de esta gente, que unos trescientos le acompañasen á Iquique (sesenta leguas al Sur de Arica), donde había quedado el cuadro del batallón núm. 2, y hacia donde se habían dirigido algunos soldados dispersos. Al llegar Alvarado á Iquique, supo que las tropas de Olañeta habían obligado al batallón á embarcarse el 13 de Febrero, cuyas fuerzas habían marchado desde el Potosí á la costa. Alvarado envió á tierra la mayor parte de la gente que le acompañaba, en la suposición de que Olañeta se había retirado de Iquique; pero éste había dado la vuelta y había escondido su tropa en el pueblo. Al llegar los patriotas salieron de su emboscada, y todos fueron muertos ó prisioneros. Desgraciado en todas partes, y en cuanto emprendía, Alvarado dió la vela para Lima.

Al saber Miller la suerte que había sufrido su Legión, escribió la siguiente carta al autor de estas Memorias:

\* El abanderado de la Legión Rivero, fué uno de los muertos en Torata. Su hermano, el teniente coronel Rivero, que mandaba un batallón español, halló su cadáver en el campo de batalla.



«Mi primer batallón que tanto trabajo me costó formar y que ocupó todos mis conatos por un año ha sido hecho pedazos en la acción de Torata. Pero se batió bizarramente; todo el resto del ejército admira su conducta; todos lamentan su pérdida, y no hay uno que no convenga en que ha adquirido fama en medio de la desgracia. La firmeza con que rechazó dos cargas de caballería después de haber cedido el resto del ejército, y la precisión y sangre fría con que maniobró bajo un fuego horroroso arrancaron públicas alabanzas del mismo Canterac. Y aun eran reclutas casi todos; pero había tanto espíritu de cuerpo, y tal unión entre oficiales y soldados, que siempre preví harían algo brillante en cualquiera tiempo que se encontrasen con el enemigo. La noble ambición de su joven comandante D. Pedro de la Rosa no contribuía poco á aumentar mis esperanzas. Él y los capitanes Tarramona (que hacía funciones de Mayor) y Escobar y seis subalternos han sido muertos. Todos ellos eran de diez y siete á veinticuatro años de edad, mis mejores oficiales, y habrían hecho honor á cualquiera ejército del mundo. Además de éstos, dos capitanes y siete subalternos han sido hechos prisioneros: todos heridos, excepto tres. Sólo ciento treinta hombres han escapado y la compañía de cazadores que estaba destacada conmigo.

»Mi dolor por la pérdida de tantos apreciables y bizarros jóvenes que ofrecían á la patria esperanzas tan halagüeñas es superior á todo encarecimiento. Mis primeras visitas de pésame á las familias de mis pobres amigos muertos con tanta gloria fueron escenas dolorosísimas para mí.»

El teniente coronel de La Rosa y el mayor Tarramona habían servido juntos de cadetes en un mismo regimiento realista: ambos se pasaron al servicio de su patria al mismo tiempo, y los dos recibieron compañías en la Legión de la guardia peruana muy poco después de su for-



mación. En el teatro, en los toros, en los bailes, en el paseo, ó en el campo de batalla eran inseparables. Su conducta en la batalla de Torata fué igualmente heroica: ambos adelantaron al frente de su batallón bastante distancia dentro del tiro de fusil de la línea enemiga, y La Rosa les gritó: «Aquí están La Rosa y Tarramona, cadetes que fueron en el ejército real, pero que en el día sirven en la Legión peruana, y que nada desean con tanta ansia como batirse por su patria. Venid, españoles, venid y probad el valor de la Legión.» La Rosa y Tarramona se retiraron ilesos en medio de un diluvio de balas de fusil. El desprecio que estos oficiales manifestaron al peligro, inspiró á sus soldados un entusiástico valor, y el batallón rechazó diferentes cargas sucesivas, y no se retiró hasta que quedó reducido á la cuarta parte de su fuerza. La Rosa condujo la retirada con tanta destreza como serenidad; pero, desgraciadamente, él y su amigo Tarramona fueron muertos al mismo tiempo en Iquique, los dos en la temprana edad de veintidós años, y ambos fueron enterrados en un mismo sepulcro.

El Gobierno peruano decretó que el nombre del teniente coronel La Rosa se conservase en la plana mayor de la Legión, y que cuando el comisario le nombrara en las revistas el batallón pusiese armas á la funerals, y el ayudante contestase: «Muerto gloriosamente en el campo de batalla.» El Gobierno concedió una pensión á la hermana de La Rosa; pero es muy de temer que los póstumos honores, la pensión á la familia, y el mérito y el valor que una muerte gloriosa y temprana arrebató se hayan olvidado igualmente.



## CAPITULO XVIII

---

*Desembarco del coronel Miller en Quilca.—Camaná.—Siguas. Vitor.—Carratalá avanza.—Ejemplar castigo de un asesinato.—Carabelí.—Atico.—Puerto de Chala.—Coronel Manzanedo.—Estrategia.—Palpa.—Barandalla.—Cólera morbo.—Puerto de Lomas.—Dr. Córdova.—Salida del bergantín «Protector» para el Callao.*

Se tendrá presente que en el capítulo anterior se ha dicho que el coronel Miller se embarcó en Arica el 21 de Diciembre con la compañía de cazadores de su Legión y algunas armas de repuesto para distribuir entre los habitantes. Su objeto era llamar la atención del enemigo al Norte de Arequipa; pero los refuerzos que debieron seguirle jamás se le enviaron. Sin embargo de esta circunstancia tan desventajosa, tomó la ofensiva con los solos ciento veinte hombres que llevó consigo. El bergantín *Protector* que los convoyaba, los condujo á la bahía de Quilca á las doce del día de Navidad, inmediatos á la fragata de S. M. Británica la *Aurora*; pero no hubo la menor comunicación entre estos buques. El único punto de desembarco era á la extremidad de una caleta, la cual examinaron y hallaron tan estrecha, y los lados tan altos y ásperos, que unos cuantos hombres podían, con entera seguridad, evitar el desembarco de un número muy superior. Al ponerse el sol vieron en las alturas unos cincuenta realistas; pero no pudieron alcanzar ningunas noticias de la fragata neutral, y el silencio de muchos antiguos amigos á bordo de ella, era, aunque muy debido, extremadamente penoso.



A la media noche del 25, avanzó Miller en un botecillo acompañado por un oficial, tres soldados y un corneta. Un oficial y veinticinco hombres seguían en la lancha con órdenes de retirarse, en caso de resistencia, al desembarco de los que iban en el bote. La resaca rompe furiosamente, y rastros de espuma atraviesan la entrada blanqueando el pie de las rocas en cada lado de la boca de la caleta y formando reveses de corrientes difíciles para remar por ellos en la obscuridad. Sin embargo, la animosa partida desembarcó sin oposición, pues el destacamento realista había huido á Camaná, y los patriotas tomaron el pueblo de Quilca á las dos de la mañana, sorprendiendo en su cama al cura, celoso realista, que hasta aquel momento ignoraba la repentina retirada de sus amigos. Al romper el día, una guardia avanzada patriota, colocada en el camino de Arequipa, hizo prisionero á D. N. Aramburu, natural de España, que iba enviado por los comerciantes de Arequipa, para ajustar con el comandante de la *Aurora* el embarque de caudales. También era portador de pliegos importantes del virrey La Serna al ministro de la Guerra en Madrid, uno de los cuales contenía la renuncia del virreinato, de que se habló en el capítulo anterior. La correspondencia interceptada y otras noticias, las envió el coronel Miller el 26 al general Alvarado.

Poco después de puesto el sol, salieron los patriotas aquella misma tarde, y llegaron á Camaná al amanecer del 27, donde fueron bien recibidos por los habitantes, los cuales dijeron que el subdelegado, teniente coronel Piñera, había huido hacía tres horas con ochenta hombres, atravesando el río que corre á una milla al Norte de la villa, y que había destruído las balsas para impedir que le persiguiesen. Las isletas ó bancos que separan los varios brazos de este río están cubiertos de arbustos, y aunque se hallan vados, excepto en la estación en que las nieves de las montañas se derriten, es difícil



encontrarlos, puesto que rara vez lleva el río dos días seguidos la misma cantidad de agua, y que la costumbre de atravesarlo en balsas hace que consideren de poca importancia los vados. Habiendo ofrecido el coronel Miller una recompensa al que descubriese un vado, algunos paisanos salieron inmediatamente en busca de él, y para estimularlos más, les prometió que les volvería el ganado que les habían quitado los realistas, si alcanzaba los fugitivos. A las diez de la mañana volvió un paisano con la agradable noticia de que había encontrado uno, y en el acto salieron treinta soldados y otros tantos paisanos, todos bien montados, en persecución de los realistas, á quienes hallaron durmiendo en el campo, á ocho leguas de Camaná, sobre el camino de Majes. Veinticinco soldados y el subdelegado fueron hechos prisioneros, y el resto se dispersó, quitándoles setenta bueyes, algunos caballos, mulas y armas.

Miller volvió á Camaná el domingo por la mañana, y antes de ir al alojamiento que le tenían preparado, fué á oír misa. Los habitantes, desde su primera llegada, deseaban saber cuál era su religión, y este paso no sólo satisfizo su curiosidad, sino que le consideraron desde aquel momento *como buen cristiano*, y cuyo importante descubrimiento se esparció rápidamente por todo el país.

Camaná está situado en una pradera que forma un semicírculo de cerca de dos leguas de ancho de Norte á Sur, y de casi la mitad de extensión en la parte más larga de la costa, rodeada por lomas de arena\*. La villa está situada á media legua del mar; en la barra, á la desembocadura del río, hay siempre una horrible resaca, y no hay ningún sitio donde poderse embarcar más inmediato que la caleta de Quilca.

\* Estas lomas producen pasto para el ganado por la humedad que las suministran las *garuas* ó grandes nieblas que reinan la mayor parte del año.



Camaná es un ejemplo marcado de lo que puede alcanzarse por la aplicación de capitales en las manos de un individuo de talento y perseverancia. Cincuenta y seis años antes se componía únicamente de media docena de chozas y unos treinta habitantes, que ganaban su sustento sirviendo de barqueros pasando los viajeros y efectos en balsas, de un lado al otro del río. Un caballero español llamado Flores, que había vivido de un modo extravagante, consagró veinte mil duros, que le quedaban, para abrir grandes acequias y extraer del río una cantidad de agua suficiente para fertilizar un terreno que en el día mantiene una población de cinco mil almas y que puede ser capaz de mantener diez veces este número. Cualquiera que construía una casa, recibía por sólo aquel acto y sin cargas ó condición alguna, una porción proporcionada de tierra.

Flores continuó viviendo de un modo suntuoso, y dejó á cada uno de sus tres hijos del primer matrimonio noventa mil duros, y treinta mil á cada uno de los muchos hijos que tuvo de su segunda mujer, que aún vive y posee un hermosísimo ingenio de azúcar. Otra hacienda de no menos valor pertenece á su heredero el coronel D. José María Flores, tan distinguido por sus nobles maneras, sentimientos liberales y útiles talentos, como por su opulencia y hospitalidad. Otra hacienda la posee una rama menor de la familia.

El coronel Flores tiene una hermana, que es tan sorda que no puede oír el trueno más fuerte; pero entiende cuanto se dice por el movimiento de los labios. Para hablarle no es necesario articular los sonidos, y esta prueba se hizo á presencia del coronel Miller sobre preguntas que él mismo propuso, y á las cuales contestó inmediatamente. La familia asegura que puede con la misma facilidad entender lo que se dice, mirando la sombra de los labios en una pared. Esta señora está casada con un caballero francés, que no habla bien español, y



al cual por esta razón no entiende con la misma facilidad. Sus hijos sirven muchas veces de intérpretes, aunque parece que sus padres no lo necesitaron antes de casarse.

Este caballero francés había olvidado su lengua nativa durante su larga residencia de veintitrés años en el Perú, y lo cual no había notado hasta que fué á visitar un buque de guerra francés que ancló al frente de Quilca en 1823. Deseoso de hacer conocimiento con sus paisanos, cargó un bote de carne fresca, aves, frutas y verduras, y salió para ofrecer sus respetos al comandante. Al entrar á bordo se encontró, con gran sorpresa suya, sin ocurrírsele palabras que decir, y aunque entendía todo lo que le decían, no podía contestar en francés. El efecto que causó en su alma esta sorpresa, dijo el interesado, que le mortificó infinito, pero aquella dificultad no duró sino hasta el segundo día.

Aunque la siguiente anécdota no pertenece á este sitio, ella probará la posibilidad de que un hombre olvide su lengua nativa, sin aprender ninguna otra.

Un joven salió de Milán á buscar fortuna y residió dos ó tres años en París; de allí pasó á Inglaterra, donde estuvo tres ó cuatro, y luego fué á Chile. Este hombre se expresaba incorrectamente en francés, inglés y español, pero decía que había olvidado absolutamente el italiano. Sus cualidades eran muy apreciables, y en cierta época reunió algunos miles de duros que perdió al juego; cuando relató su historia era propietario y capitán de un barco costanero de cincuenta toneladas. Preguntado un día qué pensaba hacer si volvía á reunir una segunda fortuna, contestó: «Si reuno quinientas libras de renta al año, iré á Londres y viviré como un caballero, y si reuno solamente ciento, tendré que ir á mi país, donde podré vivir como un príncipe italiano.»

Se nombró nuevo gobernador para la provincia de Camaná, y el comandante patriota se puso en comunica-



ción con algunos habitantes de Arequipa, conocidos como adictos á la causa de la independencia. Por este conducto obtuvieron copias de los estados oficiales de la fuerza disponible de Valdez, y supieron que Canterac había destacado desde Puno (noventa leguas al Noreste de Camaná) el batallón de partidarios de más de novecientas plazas mandado por el teniente coronel Cobos, un escuadrón de caballería de ciento ochenta hombres á las órdenes del teniente coronel Ferraz, y dos piezas de campaña á las del coronel Cacho, todo al mando del general Carratalá, y con objeto de oponerse á los progresos de Miller. El batallón de cazadores de seiscientas plazas, con su coronel Manzanedo, recibió orden al mismo tiempo de marchar contra Miller, desde la provincia de Parinacochas. Así, pues, el proyecto de llamar la atención del enemigo y ocuparle una parte de su fuerza, produjo un efecto completo, puesto que cerca de dos mil realistas fueron atraídos de puntos distantes, privándoles de obrar contra Alvarado, en Torata y Moquegua.

El coronel Miller salió de Camaná el 30 de Diciembre, acompañado por catorce soldados y atravesó el desierto de Sigwas, valle de diez y ocho leguas, en el camino de Arequipa, para hacer un reconocimiento. El capitán realista Urdiminea, enviado desde Arequipa para saber qué tropas habían desembarcado en Quilca, fué hecho prisionero en Sigwas por los habitantes, instigados por el distinguido patriota coronel Romero, propietario respetable de aquel valle, y Urdiminea confirmó la noticia de que Carratalá avanzaba y dió motivos para suponer que aquel general estaba ya en Arequipa, por cuya ciudad, se había dicho pasaría, probablemente, sin detenerse en ella, para encontrarse más pronto con los patriotas.

Siendo las fuerzas de Miller tan inferiores, recurrió á una estratagema: escribió al gobernador de Arequipa participándole que las tropas independientes á sus órdenes avanzaban sobre aquella ciudad y que llegarían á



ella poco después que recibiese aquel escrito; que en tal caso creía de su deber y esperaba que el gobernador de Arequipa lo creería también suyo, evitar toda conmoción popular al cambio repentino de las autoridades, y que si para lograrlo quería dejar un destacamento para proteger la propiedad de los particulares y mantener el orden, que aquel destacamento marcharía después de la entrada de los patriotas sin ser molestado, en la dirección que el gobernador indicase. Este ardid de guerra produjo su efecto, pues los realistas se persuadieron completamente que las fuerzas que Miller mandaba eran muy considerables. El obispo y otras personas adictas á la causa del rey principiaron á empaquetar sus alhajas y enseres de más valor, preparándose para huir, y el precio de una mula de carga para el Cuzco, subió repentinamente de seis á sesenta duros. Esta notificación al gobernador de Arequipa la remitieron por un paisano que había servido de guía al capitán Urdiminea, y el cual, habiendo sido preso también, le habían mandado preparar para sufrir el castigo debido á un espía. Expresamente le pusieron donde pudiera oír las órdenes que daban para la colocación de las tropas, que según los partes parecía que llegaban cada media hora, y cuando la impresión que deseaban hacer en él la creyeron lograda, le ofrecieron el perdón á condición de que entregase una carta al gobernador de Arequipa, á lo cual inmediatamente accedió. Entonces le encargaron dijera á los realistas, que los independientes eran en corto número, y que ni aun á los mejores patriotas dijese que las fuerzas de Miller excedían de cuatrocientos hombres, porque su objeto secreto era sorprender á los realistas. Los soldados y algunos naturales del valle se colocaron en parajes visibles, conservando grandes hogueras, y el guía tomó el pliego, se lo metió dentro del sombrero y echó á correr á su destino. Al obscurecer de la misma tarde salió Miller para el valle de Vítor, ocho leguas al



frente, acompañado de dos soldados escogidos, un corneta, tres paisanos y su criado negro, llevando cada uno un caballo del diestro. El objeto de Miller era hacer prisioneros á algunos individuos del puesto avanzado de diez y siete españoles que había en Vítor; pero el portador del oficio, no libre aún del susto que había recibido y engañado con las apariencias que había visto, á su paso por la mañana para Arequipa, dijo al capitán Reyes, comandante del destacamento, que había *visto con sus propios ojos* ochocientos patriotas montados en Siguas, á cuya noticia este oficial se retiró con su destacamento. La partida patriota salió á galope por el desierto arenoso, guiados por el viento que siempre sopla en la misma dirección, y al llegar á media noche á la línea superior de las alturas de arena que dominan y cierran el gran valle de Vítor, aprehendieron una partida avanzada de indígenas desarmados á la mitad del camino de la bajada. Estos informaron á Miller que la partida de Reyes había marchado ya, pero que otro oficial realista y diez dragones acababan de pasar, y que estarían atravesando el río, al cual ellos mismos guiaron inmediatamente, pero éste había crecido tanto, que fué imposible vadearlo.

Entonces la partida patriota se dirigió valle arriba y examinó las casas esparcidas que había en él; y al entrar en una que tenía un patio, Miller vió una negra y la preguntó si había allí algunos realistas; pero no habiendo entendido la pregunta, le contestó, «sí, señor», y le señaló hacia un cuarto. Miller dió un silbido y su gente se arrojó inmediatamente dentro del cuarto, donde su antiguo criado negro agarró por el pescuezo á un hombre que estaba en la cama, y con su gran cuchillo le amenazaba con furia á la cabeza. Este era el alcalde del valle, el cual, viéndose despertar de tal manera, se creyó asaltado de ladrones y empezó á pedir misericordia. Deshecha la equivocación que tanto susto dió al pobre



alcalde, éste se vistió lo mejor que pudo, y tomando uno de sus propios caballos sirvió de guía en las otras pesquisas. Al continuar valle arriba se encontró la partida repentinamente con un centinela á caballo, al cual aseguraron inmediatamente; y al entrar en una choza hallaron al teniente coronel realista Vidal, que estaba secando al fuego su ropa, pues se había mojado todo al intentar vadear el río. Cinco soldados fueron prisioneros con él, pero después los dejaron escapar como habían hecho con los otros. Sin embargo, les recogieron las armas y caballos.

Al alcalde le dieron orden de preparar forraje para quinientos caballos, y le obligaron á escribir una carta, dictada por el coronel Miller, participando al gobernador de Arequipa la inesperada llegada de los «insurgentes». Al teniente coronel Vidal le permitieron aprovechar aquella oportunidad para pedir á sus amigos le enviaran alguna ropa y dinero, y confirmó el parte que daba el alcalde; bien que uno y otro creían que los patriotas eran en gran número, porque el corneta no dejó en toda la noche de tocar en diferentes puntos del valle.

Vidal y Miller se echaron juntos á dormir en el suelo, sirviéndoles de almohada una silla de caballo, y descansaron hasta romper el día.

El forraje cortado durante la noche dispusieron lo llevaran del otro lado de las alturas de arena que da al valle de Siguas, donde hicieron creer al alcalde que estaban emboscados los patriotas.

A las diez de la mañana Miller se retiró á Quilca, á donde llegó el día 4.

Carratalá llegó á Arequipa en la noche del 2, y no descansó en ella más que una hora. Al llegar á Vítor dudó algún tiempo antes de penetrar en el valle, pues de los confusos informes que le daba el alcalde temía caer en una emboscada.

Mientras tanto el coronel Miller marchó á Ocoña, á



donde llegó el 6 de Enero é hizo destruir todas las balsas del río Camaná hasta Majes y Chorungas. Los cueros de toro, pertenecientes á las balsas de Camaná, los retiraron después de haberles sacado el aire para conducirlos con facilidad; y por estas medidas Carratalá quedó privado de los medios de pasar el río. El coronel D. José María Flores había convenido con Miller que él se ofrecería voluntariamente á Carratalá para construir nuevas balsas, y que le detendría dos días para ponerlas corrientes, lo cual prolongó á tres, y durante cuyo tiempo dió noticias diarias á Miller, haciendo atravesar á nado el río en su caballo todas las noches á su mayordomo. Flores era un patriota bien intencionado, y así como otros muchos de la costa de Puertos Intermedios; prestó á Miller servicios importantes, á los cuales frecuentemente acompañaban riesgos considerables. Pero no habiendo nunca querido comprometerlos sin necesidad, en muchos casos en que Miller no podía ofrecerles protección se reconciliaron, aunque en apariencia, con los realistas.

El coronel Miller envió el 6 desde Ocaña pliegos á Lima por tierra, siendo muy fácil para un correo libertarse de Ica, única guarnición realista que había entre Miller y la capital.

Miller calculó que el precavido Carratalá no llegaría á Ocaña en menos de cuatro días por los grandes y difíciles desiertos que lo separaban. Por lo tanto determinó hacer un reconocimiento sobre Carabelí, pueblo situado treinta leguas al Noroeste de Ocaña, para asegurarse de la certeza ó falsedad de las noticias de que el coronel Manzanedo intentaba avanzar desde Parinacochas.

A las diez de la noche del 6 de Enero salió acompañado de quince soldados y media docena de paisanos en clase de guías. El mayor Lyra, que quedó mandando en Ocaña, era algo propenso á creer noticias alarmantes, y así que se quedó solo se llenó de temores, y á tal pun-



to, que no bien había andado Miller cuatro leguas por un camino muy áspero, que ya recibió un expreso del mayor pidiéndole que volviera inmediatamente, respecto que el enemigo había pasado el río Camaná, y se aproximaba rápidamente á Ocoña. Miller no creyó esta noticia, y, por lo tanto, no quiso que su partida hiciera alto; pero volvió su caballo y salió al galope para mandar á Lyra que se retirase al pequeño puerto llamado la Planchada, cinco leguas al Norte de Ocoña, adonde había recibido orden de ir el bergantín *Protector*; pero cuando Miller estaba á una milla de Ocoña, recibió otro aviso manifestándole que el primero lo habían originado noticias falsas. Parece que un tunante negro, influído por la esperanza de alguna recompensa, alarmó sin motivo al mayor Lyra. Asegurado Miller de que no había ningún peligro, volvió sin entrar en Ocoña; pero antes de principiar nuevamente su camino, escribió en una tira de papel la orden de que se examinara, por medio de una sumaria información, la conducta del negro, cuyo mal carácter era conocido, y si resultaba culpado, se le fusilase inmediatamente. Así lo ejecutaron en la mañana del siguiente día, cuyo acto de severidad agradó generalmente á los habitantes de aquel país. Este negro había matado á un cura, y se aseguraba había cometido seis asesinatos más. Condenado á muerte por sus crímenes, se había logrado escapar dos veces desde la capilla; y este asesino había asegurado una horrorosa impunidad, asesinando ó amenazando hacerlo á aquellos que en la primera parte de su criminal carrera sirvieron de testigos para probar sus maldades. Ofenderle, era la señal de la muerte, y no había nadie al último que tuviese ánimo bastante para declarar contra él. Además, tan defectuosa y corrompida estaba la administración de justicia bajo el mando español, que el más infame criminal, si tenía dinero, hallaba poca dificultad en evadirse del castigo. Uno de los guías que acompañaban en aquel



momento á Miller, había estado escondido varias semanas en el valle de Majes, para libertarse del puñal de aquel asesino. Su muerte, por lo tanto, fué el objeto de la conversación general, y todos la aplaudían como un beneficio público, que atrajo á los patriotas muchas ventajas, además de imponer á otros para que no diesen noticias falsas.

A media noche del 7, entró el coronel Miller en Carabelí; depuso las autoridades españolas, y otras patriotas las reemplazaron. Mandó publicar varios decretos, tomó diferentes disposiciones, escribió á Lima, y adoptó varias medidas. Cerca del medio día del 8, rendido de las fatigas de un largo viaje á caballo hecho con tanta rapidez, y la imaginación siempre ocupada en objetos diversos de la mayor importancia que se sucedían unos á otros, se acostó en un banco cubierto con una manta, para ver si lograba algún reposo después de tantas fatigas; pero antes que pudiera cerrar sus ojos, hinchados y ardientes por el sol abrasador que había sufrido, falto de sueño y excesivo cansancio, recibió un tercer parte de Lyra, comunicándole que el enemigo avanzaba; que había determinado retirarse á la Planchada, y que recomendaba al coronel hiciese lo mismo, lo más pronto posible, y por el camino más corto sin volver á Ocoña. La zozobra que esta nueva alarma producía, indujo á Miller á montar en el acto á caballo y dirigirse á Ocoña, en contra de lo que Lyra le aconsejaba, disponiendo al mismo tiempo que su escolta marchase directamente á la Planchada. Casi exhausto de fuerzas, no pudo montar á caballo sino con alguna dificultad; y las reflexiones que se agolpaban á su imaginación atormentada, no disminuían las dudas que le acompañaban en aquella fatigosísima jornada. Además de las probabilidades comunes de que le cortaran su retirada, otros sentimientos particulares le incitaban á acelerar su marcha, á pesar de las insinuaciones de la naturaleza desfallecida. Se había



separado del general Alvarado de un modo poco amistoso; no le habían permitido marchar desde Arica á Tarapacá y operar según el plan que se proponía, sino que le enviaron donde las probabilidades de éxito eran menores; y conocía perfectamente que se hacen pequeñas concesiones para que un oficial inferior se deslice, y que un revés, por cualquier motivo que fuese, había de atacar su reputación. Sin embargo, Miller nunca temió las responsabilidades obrando con arreglo á su conciencia y con un vigor proporcionado á las circunstancias, y parecía hallarse más en su centro, cuando más dificultades le rodeaban. Con todo, en aquellos casos le asaltaba una ansiedad desagradable, y en el de que se trata temía que la partida que había quedado en Ocoña, fuese atacada por una fuerza superior, y no sólo batida, sino destruída absolutamente. Con la imaginación ocupada de tan tristes presentimientos, Miller siguió rápidamente su marcha por medio de un desierto de cerca de cien millas de ancho, sin que ni un instante hubiese reconciliado el sueño desde su salida de Ocoña. El único desahogo que su imaginación tenía, era la vista de los relámpagos que se sucedían alrededor de las distantes cumbres de los Andes. Los truenos resonaban en un sitio, y se veía llover á torrentes desde un paraje en que jamás llueve; pero aquella tempestad ofrecía la esperanza de que el río de Ocoña habría crecido y no habrían podido pasarlo los realistas. Miller pudo conservarse despierto por varias leguas, dándose latigazos en las espaldas con las riendas y restregándose los ojos con saliva; pero al fin cedió la naturaleza á una irresistible somnolencia, que le hizo caer del caballo al suelo arenoso que atravesaba; donde, liándose la brida al brazo, se quedó profundamente dormido, y con tal descanso, que un rey ó un poderoso le envidiaran. Al rayar el alba el guía le despertó, y continuando nuevamente su camino, llegó el 9 á las inmediaciones de Ocoña.



Allí encontró dos soldados suyos colocados en una altura para observar la llegada del enemigo, y supo que el mayor Lyra se había retirado con el resto del destacamento al puerto. Miller mandó volver á Ocoña seis soldados y dos cornetas, y se echó en tierra en una eminencia que domina el valle, para esperar su llegada; pero no pudo quedarse dormido, pues aunque el peligro había pasado y cesado su ansiedad, y su imaginación estaba descansada, sus nervios estaban en un estado tal de agitación, que le privaron del reposo. Cuando llegó la partida de la Planchada, Miller bajó al pueblo, y habiendo colocado su gente en la orilla derecha del río, volvió á Ocoña. Los habitantes habían sido tratados bondadosamente por la tropa, y eran otros tantos ardientes cooperadores; los barqueros habían sido pagados puntualmente por sus servicios anteriores, y eran sumamente entusiastas; en fin, todos pedían que les diesen armas, y rogaban al comandante patriota que no les dejase abandonados á las venganzas de sus implacables opresores; pero los realistas avanzaban en número muy superior con artillería y caballería, y habría sido derramar sangre sin fruto intentar hacer resistencia. Al rehusar á los habitantes su petición, les aconsejaron que cediesen á las circunstancias; y si no podían conservarse indiferentes, que hablasen en contra de los independientes. Habiendo dado todas sus disposiciones, Miller se alojó en la casa de la familia de los Salazares, que aunque adicta á la causa de los realistas, eran sus amigos personales. Le extendieron una manta encima de una mesa larga, y se acostó; las interesantes hijas de la casa le trajeron unas almohadas que pusieron ellas mismas debajo de la cabeza, y le sirvieron mate y otros refrescos; al fin cayó en un profundo sueño, del cual no despertó hasta que fueron á llamarle á la mañana siguiente, para darle parte de que se habían presentado los realistas. Las centinelas de los patriotas estaban colocadas á distancia unas de



otras en la orilla derecha del río, detrás de lomas de tierra cubiertas de matorrales, y hacían un fuego muy vivo en cualquiera parte donde el enemigo intentaba reconocer el río. Los cornetas patriotas en el ínterin no estaban inactivos, y todas estas apariencias hicieron que Carratalá supusiera al enemigo en fuerza, y suspendiese pasar el río hasta la mañana siguiente, en cuyo intervalo de tiempo los patriotas verificaron su embarque. En la noche del 11 se presentó en la Planchada un destacamento realista mandado por el coronel San Juan-geno, y el bergantín *Protector* dió la vela para la caleta de Atico, distante 25 leguas al Norte. El coronel Miller desembarcó en aquel punto el 12 de Enero, y el 13 supo que Carratalá había recibido órdenes de contramarchar con la rapidez posible para reunirse al ejército de Cante-rac, que en aquel momento iba avanzando desde Puno contra el general Alvarado. Con este conocimiento envió inmediatamente una pequeña partida por tierra, para tomar posesión de Ocoña, y obrar de concierto con los patrióticos habitantes de aquel valle.

Carratalá, que había principiado su marcha desde Puno con más de mil hombres, llegó á Ocoña con sólo seiscientos. Mucha parte de su gente había perecido, y otra mucho mayor, imposibilitada por enfermedades de seguir sus continuas y penosas marchas, quedó en Camaná, Siguas, etc. Estando maduras las uvas y otras frutas, los montañeses las devoraban ansiosamente, y les producía un efecto fatal.

El 16 de Enero envió Miller otro pequeño destacamento desde Atico á Carabelí, y el 18 salió en el bergantín para el puerto de Chala, en virtud de noticias que recibió de D. Martín Bejerano, cura de aquel lugar, dándole parte de los movimientos del coronel Manzanedo, al cual, por su aparente timidez, creyeron fácil hacerle retirar al interior, ó al menos evitar que emprendiese operaciones ofensivas, hasta que Miller recibiese los refuerzos prometidos.



La goleta *Olmedo*, que se había reunido á Miller con armas de repuesto, permaneció en Atico para asistir á las partidas enviadas á Carabelí y Ocoña; pues no creyó prudente distribuir las armas á los habitantes cuando los realistas estaban tan inmediatos y en fuerzas tan superiores.

A la media noche del 19 entró el bergantín *Protector* en la bahía de Chala, el cual fué el primer buque que había anclado desde tiempo inmemorial en aquel puerto. Este pequeño puerto está á treinta leguas al Norte de Atico; al enviar el cura su descripción olvidó señalar algunas lajas que hay en él, y como la noche era tan obscura, el bergantín no pudo percibir las, y ancló tan cerca de ellas que estuvo en gran peligro hasta el día, que pudieron verlas y se mudó el transporte á otro paraje seguro. El coronel Miller con un oficial y dos ó tres soldados desembarcó entonces y halló en la costa al patriota y digno párroco del pueblo. Dos soldados y media docena de paisanos del lugar, salieron inmediatamente en persecución de un realista muy marcado, que vivía en Yauca, nueve leguas al Norte de Chala. Esta partida se apoderó de la persona que iba á buscar, y lo trajeron á Chala.

El coronel realista Manzanedo se hallaba con su batallón en las cercanías de Chumpi, dos días de marcha de Chala; el subdelegado de San Juan de Lucanas, con un destacamento de sesenta hombres, avanzaba sobre Acari y ambos tenían orden de echar al mar á los molestos insurgentes. El objeto de Miller era conservar la posesión de toda la parte de costa que pudiese, hasta que supiera el resultado de la batalla que era inevitable entre Canterac y Alvarado.

Mil estratagemas emplearon los patriotas para engañar á Manzanedo. Obligaron al realista traído de Yauca, que le escribiese una carta diciendo que el batallón de negros de Chile núm. 4, había desembarcado en la costa,



y para dar á la noticia un aire de verdad, hablaban del inglés Miller, de la misma manera que acostumbraban hacerlo los realistas. Esta carta la enviaron de forma que no dejase á Manzanedo la menor duda de la exactitud de la noticia.

Constantemente esparcían rumores del desembarco de nuevos refuerzos, ya en un punto ú otro de la costa. Cada buque que se presentaba á la vista, ó se decía haberse presentado al ponerse el sol, producía una orden muy pomposa para que encendieran hogueras en las alturas, colocar paisanos en la costa y adoptar otras medidas de ostentación hasta que la opinión general se afirmó en que el destacamento patriota era muy numeroso y se preparaba á atacar formalmente. Habiendo interceptado la partida de Ocoña varios pliegos de Canterac á Manzanedo, sustituyeron en su lugar otros fingidos; escribieron cartas en cifras ó en tono misterioso, con objeto de que fuesen interceptadas ó hicieran dudar á Manzanedo de la fidelidad de sus oficiales. Córdova y Rodríguez, dos curas distinguidos y de mucha influencia en el país, fueron sumamente útiles en la ejecución de estas estratagemas. Córdova hizo voluntariamente de secretario, y acompañó á Miller en todas sus excursiones; el cual, por su conocimiento de todos los partidos y la alta consideración que gozaba, prestó esenciales servicios. Era de carácter jovial, y con frecuencia, después de haber pasado la mitad de la noche despachando cartas en varias direcciones, Miller y él solían pasar el resto riéndose de las estratagemas que habían inventado, y comentando muy alegres sus probables resultados. El día les avisaba, algunas veces, que tirasen el cigarro y fuesen á buscar sus hamacas para reposar algunas horas.

Con frívolos pretextos enviaron un parlamentario á Manzanedo, y el oficial y tres soldados negros, nombrados al efecto, llevaron la cucarda de Chile. Miller aprovechó la oportunidad para enviar una carta abierta á su



amigo el general realista Loriga. En ella le decía una porción de chanzas y tonterías, y, entre otras cosas, le manifestaba que sabía el camino al Cuzco, y esperaba encontrarle pronto en aquel punto; y al final le añadía memorias del coronel Sánchez, á quien Loriga no conocía ni sabía más de él sino que mandaba el batallón número 4 de Chile. Cuando llegó la contestación de Manzanedo, dispusieron las cosas de manera que el portador fuese recibido por la pequeña partida de patriotas como si fuese un puesto avanzado. Hicieron encender hogueras á la noche, y por las cornetas se podía inferir que las tropas patriotas eran numerosas. Entre otros engaños empleados aquella noche, enviaron un soldado á toda priesa á la casa donde alojaron al oficial realista á pedir una jeringa para el coronel Sánchez, que decían estaba con un gran cólico; pero que en realidad se hallaba con el general Alvarado á setenta leguas de distancia. Para que el oficial realista pudiese percibir mejor lo que se trataba, hicieron grande ruido y armaron mucho alboroto para despertar á la patrona; Miller fué á la casa poco después, y manifestó en un tono natural que temía que el remedio no llegaría á tiempo para salvar la vida del pobre Sánchez.

A la mañana siguiente despidieron al oficial realista civilmente, y lo arreglaron de modo que los negros que habían acompañado al parlamentario se presentasen en el camino, y otros negros más, vestidos con el medio vestuario de la Legión, estuviesen esparramados por el campo, de modo que le hicieran creer que pertenecían á otro regimiento. Todas estas apariencias produjeron su efecto en el ánimo del oficial realista, el cual dijo al despedirse á su patrona: «Bien tiene Miller un par de batallones; pero nosotros tenemos otros tantos y tan buenos como los suyos.» A media milla de camino encontró oficiales á caballo galopando y persiguiendo soldados esparcidos á propósito, mandándoles retirar al campamen-



to. Manzanedo se retiró de Chumpi á Pausa, distante catorce leguas, y después avanzó tres veces contra los patriotas, pero otras tantas se retiró. Media docena de soldados y una partida de montoneros, muchas de las cuales se habían organizado últimamente, eran suficientes para hacerle retroceder, porque siempre los creía la vanguardia de una fuerza considerable.

En estas operaciones Manzanedo perdió mucha gente por deserción y enfermedades, de forma que su batallón se redujo de seiscientas plazas á trescientas cincuenta.

Los habitantes del país se hicieron grandes partidarios de Miller, como lo fueron los del país más al Sur. Por su fidelidad pudo ocultar la pequeñez de su fuerza; y por su solícita asistencia suministrándole los medios para montar su partida, pudo hacer movimientos tan rápidos que, cuando los realistas oían nombrarle, era frecuentemente por algún repentino ataque en un punto donde ni le esperaban ni presumían siquiera la posibilidad de que fuese.

Nunca tuvo Miller motivos para adoptar medidas violentas ni de severidad; aun entre una gran parte de la población, habrían sido necesarios muy pocos castigos por adhesión al Gobierno anterior. Al cura de Carabelí y á otro activo partidario de los realistas los envió á bordo del bergantín *Protector*, con orden al capitán Nesen de mandarlos á tierra en el acto que principiase á pasárseles el mareo. La constante marejada que reina en aquellas costas, hacía que los tímidos habitantes del país considerasen la estancia en el bergantín como un verdadero purgatorio, y que al volver á tierra lo pintasen como un castigo cien veces peor que la misma muerte. La amenaza de enviar á cualquiera á bordo era bastante para hacer temblar á todo un pueblo.

Los bizarros y perseverantes jefes de montoneros Castañeda y Abarca, con su gente, fueron muy útiles al coronel Miller, á cuyas órdenes se pusieron voluntaria-



mente. Ambos murieron después lidiando contra los opresores de su país.

Al fin llegó á Miller la noticia positiva de la derrota del general Alvarado en Torata y Moquegua, á la cual determinó recoger varios centenares de bueyes, mulas y caballos de los muchos miles que pacían en las Lomas de Atiquipa y retirarse á Lima. En su consecuencia, envió un expreso al coronel Brandsen, que entonces se hallaba en Cañete con ochocientos hombres de caballería, pidiéndole avanzara contra el coronel realista Barrandalla, que con unos cuatrocientos hombres estaba en Ica, único punto intermedio ocupado por los realistas en la extensión de país que los separaba.

Para cooperar al movimiento con Brandsen, envió Miller una pequeña partida á Palpa, á las órdenes del capitán Valdivia, donde pusieron en fuga al coronel realista Olachea con unos cuantos soldados y cincuenta milicianos que tenía á sus órdenes, habiéndoles hecho algunos prisioneros que envió á Acari. El subteniente Quiroga, muchacho de catorce años, se hizo notar por su firmeza y su bizarra conducta.

Este movimiento hizo marchar á Barrandalla con su división á Palpa; pero, habiéndose retirado los patriotas, volvió á sus primitivos acantonamientos. Por su parte, el coronel Miller permaneció algún tiempo en Acari en la expectativa del deseado movimiento por parte de Brandsen; pero éste no adelantó de Pisco, aunque el ministro de la Guerra había asegurado á Miller que le daba la orden positiva de ocupar á Ica. Los reveses experimentados por el general Alvarado parecían haber paralizado la acción de la Junta gubernativa en Lima; y el ejército á las órdenes de Arenales, que no había adelantado veinte leguas de aquella capital, se disminuía diariamente por su larga inacción.

En estos momentos fué Miller asaltado del mal de las ansias, ó especie de cólera morbo, muy común en aque-



llas costas. El ataque fué tan fuerte, que tuvieron que conducirlo en una litera por el desierto de siete leguas que les separaba del puerto de las Lomas, donde el celoso capitán Nesen estaba esperando con el *Protector*. Cuando subieron á Miller, al bergantín estaba más muerto que vivo, pues el terrible ataque del mal que sufría le daba un día sí y otro no, y le duraba el paroxismo catorce ó quince horas por espacio de diez días. Agua fría fué el único remedio que le suministraron. Esta enfermedad es muy común en aquella parte de la costa; pero, aunque de una violencia horrorosa, solo uno de cada tres ó cuatro enfermos está calculado que mueren de ella. La fuerza de la enfermedad y la vida trabajosa que Miller llevaba pronto le redujeron á un estado tal de debilidad, que apenas podía hablar. Su amigo el Dr. Córdova (actualmente deán de Arequipa) enfermó de tercianas, y ambos fueron colocados en la cámara del bergantín, si tal podía llamarse, y ni uno ni otro podían moverse de su cama.

Después de haber estado á bordo una semana y perdido toda esperanza de recibir refuerzos, ó de obligar á retirarse al interior á los pocos españoles que había en Ica, Miller dió la orden de embarcarse á su compañía. En su ejecución ocurrieron dificultades que merecen mencionarse, respecto que ellas manifiestan el carácter de los soldados que mandaba. El capitán de la compañía, oficial muy inteligente y capaz, era poco popular por la impertinencia de su trato y sus maneras, por lo que no creyeron la orden dirigida por su conducto; y como habían ocurrido tantas aventuras en aquella pequeña expedición, el espíritu del soldado había tomado un aire emprendedor, y como su excelente comportamiento les había granjeado tan bondadosa acogida entre los habitantes, ninguno quería abandonar un país donde habían gozado tales ventajas. Siete se habían escapado á Nasca, á sacar contribuciones de los realistas ricos del país;



el capitán Valdivia, oficial bizarro y muy querido, marchó para hacerlos incorporar á la compañía. A las catorce horas llegó á Nasca, poco después que los fugitivos, los cuales habían principiado á exigir contribuciones. Cuando Valdivia llegó á ellos, uno le apuntó; pero Valdivia, sin inmutarse, dijo: «Tira, no importa; todos ustedes están presos, y tienen que venir conmigo de orden del coronel.» Valdivia tuvo la destreza de atraerse cinco individuos y maniató al jefe de ellos y á otro. En el ínterin el capitán Allende persuadió, no sin dificultad, al resto de la compañía que le siguiese desde Acari al punto donde debían embarcarse; pero allí, no creyendo aún que la orden emanaba del coronel, manifestaron un espíritu tumultuoso, cargaron sus armas y se negaron á entrar en los botes hasta que viesen á su coronel. Entonces éste se desembarcó y mandó al capitán Allende que dijera cuál había sido el más desobediente, y, habiendo indicado dos, fueron ambos inmediatamente trasladados al bote con la orden de que se preparasen para morir. En seguida el coronel mandó formar en círculo la compañía, y los reprendió con tanta vehemencia, que cayó en tierra exhausto de fuerza por el estado de debilidad en que su enfermedad le tenía; y los pobres soldados engañados estaban tan confundidos que muchos derramaron lágrimas de sentimiento. El cabecilla traído de Nasca por el capitán Valdivia fué el único fusilado.

Estando ya toda la gente á bordo del bergantín, el coronel Miller dió la orden al capitán del *Protector* para ponerse en franquía y dirigir su rumbo á Iquique, con intención de operar sobre Tarapacá y formar partidas de guerrilla para molestar al enemigo en la parte del Sur, procurando en el entretanto obtener refuerzos, ya fuesen de Lima ó de Chile. Pero al levar ancla se rompió la lengüeta de la única que quedaba, y no tuvieron otra alternativa que dejarse llevar del viento para el Callao. La goleta había anteriormente salido desde Chala con











pliegos para Lima, y conduciendo á los prisioneros el teniente coronel Vidal y el capitán Urdiminea, que ambos rehusaron admitir su libertad sin condición alguna, diciendo que no osarían presentarse delante de sus compañeros habiendo sido presos de modo tan singular. También temían que los vencedores de Torata y Moquegua sospechasen si habrían sido ganados. El bergantín *Protector* con Miller y con los que le habían acompañado en su expedición, llegó al Callao el 12 de Marzo de 1823.

Extracto de una carta del coronel Miller.—«Después de vagar diez semanas por las costas entre Quilca y Palpa, llegué felizmente al Callao el 12. Me he restablecido de los efectos del cólera morbo; pero hallándome demasiado débil para marchar á Lima, he aceptado muy gustoso la invitación del capitán Prescott para permanecer con él hasta recobrar mis fuerzas. Desde este ilustre y bondadoso comandante hasta el último oficial de la fragata he sido el objeto de una recepción tan satisfactoria, que me hace considerar á la *Aurora* como mi propia casa. La vista de sus gallardetes me alegran casi tanto como pudiera hacerlo la veleta de la torre de la iglesia de Wingham. Hasta la tripulación me dió la bienvenida con miradas que parecían tratarme como un conocido antiguo. El hecho es que tienen tanta travesura mis últimas escapadas de una parte á otra, que han agradado á todos; y creo que estoy considerado, menos como huésped, que como un individuo perteneciente á la fragata.

»Las atenciones que he recibido de mis paisanos son hasta excesivas. He vuelto á ocupar otra vez mi alojamiento en la hospitalaria mansión de mi excelente amigo Mr. Begg. La conducta observada conmigo por los comerciantes extranjeros residentes en Lima es más que amistosa; y nunca olvidaré el sinnúmero de servicios y atenciones personales que he recibido de los comandan-





tes y oficiales de los buques de guerra franceses y norteamericanos. Pero el afectuoso recibimiento de los militares y de los habitantes de la capital supera á todo. Cualquiera habría creído que volvía victorioso, en vez de haberme visto precisado á *cortar y correr.*»

Artículo copiado de la *Gaceta*, de Lima, del 15 de Marzo de 1823.—«El 12 del corriente llegó al puerto del Callao el coronel de la Legión peruana D. Guillermo Miller, después de haber llenado de terror al enemigo en cuantas ocasiones tuvo la fortuna de encontrarlo. Este benemérito jefe, separado del cuartel general con solo una compañía de cazadores, ha hecho prodigios de valor y de pericia militar. El avanzó con solo tres soldados y tres paisanos hasta el valle de Vitor, doce leguas distante de Arequipa, donde, después de la más penosa jornada por quebradas y cerros, batió completamente una partida, haciendo prisioneros al teniente coronel Vidal que la mandaba y diez dragones. Recorrió con su pequeña fuerza multitud de pueblos, sin que la división enemiga, de más de mil hombres, que casi siempre estuvo á su frente, se atreviese á atacarle; antes bien, repetidas veces se puso en retirada, temiendo ser destrozada por nuestros valientes. En las inmediaciones de Nasca persiguió, acompañado de muy corto número de soldados, á una partida de cincuenta y seis hombres mandados por el coronel Olachea; la alcanzó y tomó diez y ocho prisioneros y cantidad considerable de armas de toda especie. El cobarde Olachea logró escaparse en compañía del subdelegado Rivero, á favor de los buenos caballos que tenían; pero todos sus equipajes quedaron en nuestro poder\*. Precisado, por fin, á embarcarse por una grave enfermedad que le había acometido, y principalmente

\* En la *Gaceta*, de Lima, del 18 de Marzo el coronel Miller atribuye el mérito de la acción con Olachea exclusivamente al capitán Valdivia.



por haberse perdido en el puerto de Acari la única ancla del bergantín que seguía su marcha y que estaba ya en muy mal estado del mismo modo que los botes, se dirigió al puerto del Callao.

»Él no sólo ha manifestado en la campaña un valor singular, sino también ha dado pruebas de una pericia nada común. Ha transitado por en medio de numerosos y fuertes enemigos, aterrándolos por la presteza y oportunidad de sus movimientos. Pero lo más admirable es que en todo el tiempo que permaneció entre ellos, hubiese logrado ocultar su fuerza de tal modo que lo juzgaban á lo menos con dos batallones. Sin contar con las acciones que valerosamente sostuvo, su marcha sola ha sido de mucha importancia. Mas vale á veces en el arte de la guerra un movimiento oportuno, que grandes triunfos. La gloria que dió á Jenofonte la retirada del Asia fué tan grande, como la que adquirió á Temístocles la victoria de Salamina.

»No es menos digna de elogio la conducta de este honrado y valeroso jefe, respecto de los pueblos que ocupaban sus armas. No se experimentó en ellos la menor extorsión y logró conciliarse el amor de todos por la rigurosa disciplina en que mantuvo su partida, consolidando así más y más la opinión en favor de la independencia. Él ha hecho ver prácticamente la diferencia que hay entre los mercenarios y los hombres libres. Los primeros como no tienen otro móvil que el lucro que les resulta, se entregan sin medida á la desolación y al pillaje; los segundos, que sólo pelean por la libertad, emplean toda su fuerza y todas sus victorias en favor de los pueblos. Aquéllos vencen para desolar y hacer gemir á la humanidad: éstos para derramar sus favores por dondequiera que dirijan sus pasos.»



## CAPÍTULO XIX

---

*Descripción de la costa desierta del Perú.—Naufragio y padecimientos de los Granaderos á caballo.—Antiguas tradiciones del país.—Deposición de la Junta gubernativa.—Nombramiento de Riva-Agüero de Presidente de la República.—Posición de los realistas.—Nueva expedición á los Puertos Intermedios.—Los realistas avanzan sobre Lima. Los patriotas se retiran al Callao.—Canterac entra en Lima.—Confieren á Sucre el mando supremo.—Riva-Agüero es depuesto.*

Como las operaciones que tan minuciosamente se han descrito se ejecutaron en un país tan poco conocido y muy diferente de la Europa, no será inoportuno dar una idea de su configuración y de algunas de sus particularidades.

Puede decirse que la costa del Perú la forma un desierto de arena de quinientas leguas de largo, cuyo ancho varía desde siete hasta más de cincuenta millas, á proporción que las diferentes ramificaciones de los Andes se aproximan ó alejan de la costa del mar Pacífico. Nada puede exceder su melancólico y árido aspecto, ó igualar el efecto desagradable que produce en la imaginación del navegante la vista de tal país al acercarse á tierra, luego que da vuelta al Cabo de Hornos. Su superficie presenta grandes desigualdades, y tiene la apariencia de haber estado en otro tiempo cubierta por el mar, que baña sus escabrosas costas. Si no fuera por la inmensidad de las montañas de su espalda, que dan á todos los objetos que las son inmediatos un aire de pequeñez rela-



tiva, los cerros de arena podrían llamarse algunas veces montañas. La larga faja ó línea del desierto se halla interceptada por ríos y arroyos, que rara vez están separados menos de veinte millas ó más de ochenta ó noventa. Las orillas de los arroyos están pobladas en proporción del agua que suministran. Durante la estación de las lluvias en el interior, ó del derrite de las nieves en los Andes, los ríos mayores de la costa crecen prodigiosamente, y pueden únicamente atravesarse por medio de balsas, las cuales son una plancha ó bastidor de madera asegurado sobre cuatro pieles de toro cosidas, secas, muy estiradas y llenas de viento. Unos cuantos de los ríos mayores llegan hasta el mar; pero los de segundo orden se consumen en el riego de pedazos de tierra cultivada, ó los absorbe el desierto que los rodea donde nunca llueve; donde ni pájaros, ni bestias, ni reptiles se han visto nunca, y donde jamás crece planta alguna, ni hay la menor señal de vegetación. En algunos parajes un manantial de aguas borbullea y á las cien varas desaparece. Con frecuencia las orillas de los ríos son demasiado escarpadas y desiguales para que sus aguas puedan emplearse en regar los campos, y por consiguiente el terreno inmediato no puede cultivarse. Ningún forastero puede viajar de un valle al otro, nombre que impropriamente dan á la parte habitada de las orillas de los ríos, sin ir acompañado de un guía, porque todas las señas y trazas que presenta el desierto al que una vez lo atraviesa, es algún montón de huesos, restos de bestias de carga que han perecido en él. Muchas veces el viento levanta inmensas nubes y remolinos de arena, que causa grande pena y fatiga á los viajeros, los cuales generalmente van á caballo embozados, cubriéndose la cara. Cuando el viajero ó su caballo se cansan, echa pie á tierra, y si el sol brilla con su acostumbrado ardor, extiende su poncho en el suelo debajo de la barriga del caballo ó mula que monta, y se tiende sobre él para gozar de la sombra que



hace el animal, única que puede procurarse en aquel desierto arenoso; y es ciertamente interesante la vista de un regimiento de caballería que hace alto en el desierto, cuya tropa se cubre del sol inmediatamente en la forma indicada.

Al aproximarse á Arequipa desde la costa, se hallan en diferentes puntos y muy unidos varios médanos ó montecillos de arena, que forman los vientos, cuya influencia se extiende á muchas leguas de las montañas, y que acumulando las arenas hacia un punto, forma estos médanos de figura de media luna. La parte interior tiene seis ú ocho pies de alto, y es casi perpendicular; terminan formando casi un cuchillo, y el lado opuesto por consiguiente es un declive rápido desde el pie á la cima. Cualquiera que sea el tamaño de los médanos, siempre conservan la misma figura, hasta que aproximándose á las montañas toman algunas irregularidades, y acaban á corta distancia. A veces forman éstos médanos un laberinto sumamente difícil y trabajoso de pasar, puesto que sus repetidas mudanzas no dejan trazas fijas para que puedan encontrar el camino los vaquianos. Entre Payta y Piura, y á una ó dos leguas del último, se halla también una extensión de desierto, lleno de médanos á casi la misma distancia de la cordillera, que el de cerca de Arequipa.

En el camino de esta última ciudad á Yaramba se elevan por el viento columnas de polvo y tierra que llegan hasta la altura de cien pies; y á cualquiera parte á donde el viajero dirige su vista, siempre se le presentan varias que vagan en distintas direcciones. A veces le alcanza alguna de ellas; pero como sólo duran uno ó dos minutos, es fácil librarse de la incomodidad galopando á un lado ó á otro. Los obstáculos que se ofrecen para mover un cuerpo de tropas de un punto á otro en tal país, sólo pueden conocerlos á toda su extensión los militares que han tenido que lidiar con ellos, pues las des-



cripciones sin que las acompañen ejemplos de hecho, escasamente podrán dar una débil idea de los horrores del desierto.

No es una cosa rara para el más experimentado vaquiano, ó guía del país, perderse él mismo, y en tal caso el terror los pone inmediatamente en un estado de verdadera locura. Si por casualidad no encuentran nuevamente la senda ó señales que les dirigen, ó no tienen la dicha de ver otros viajeros en el horizonte, inevitablemente perecen, y su suerte queda tan ignorada, como la de un buque que se sumerge sin ser visto en medio del Océano. Un soplo de viento borra en el desierto la huella de una columna de soldados.

Sin embargo, los vaquianos son muy diestros y marcan su camino por cosas que no puede observar un viajero. Cuando el coronel Miller atravesó tan rápidamente el desierto de Sigwas de diez leguas, manifestó algunas dudas á los guías sobre si iban por el camino verdadero, y ellos le contestaron que mientras vieran una estrella reluciente que le señalaron, no había peligro de que se perdieran. También le hicieron notar, que como el viento sopla siempre del mismo lado, no tienen más que cuidar que les dé siempre el aire en el ojo izquierdo para ir al valle de Vítor. Con todo, destacamentos y aun cuerpos enteros de ejército, han estado perdidos por mucho tiempo en los desiertos.

Cuando los restos del ejército del general Alvarado iban por mar á Lima desde los Puertos Intermedios en 1823, un transporte que conducía más de trescientos hombres de caballería dió contra la costa, y se hizo pedazos á doce leguas al Sur de Pisco, y á catorce al Oeste de Ica. Toda la gente escapó á tierra, pero buscando el camino de Pisco, se perdieron y vagaron treinta y seis horas por el desierto en la aflicción más dolorosa, y luego en una desesperación absoluta. Sabido en Pisco el naufragio, salió inmediatamente un regimiento de caballería



con agua de repuesto para recoger á los errantes. El oficial que mandaba los náufragos era el coronel Lavalle, y fué también uno de los que sobrevivieron, y ha relatado los sufrimientos de la partida en aquella horrible calamidad. Este jefe tenía un ordenanza que se había batido á su lado en Chacabuco, Maypo, Nasca, Pasco, Río Bamba y Pichincha, y que en una ocasión le había salvado la vida con exposición de la suya propia; pero en aquellos momentos fué tan insensible á las desgracias de su jefe, como á las de sus compañeros. Rendidos de fatiga aquellos desgraciados, algunas veces se tiraban sobre la arena, y la removían en busca de agua con una furia que expresaba claramente la agonía en que se hallaban. Al cabo de haber andado algunas leguas descubrieron á distancia algunas palmeras, á cuyo pie siempre se halla agua á poca profundidad. Un grito de júbilo, aunque débil por la situación de los que lo daban, se escapó de los labios secos é inflamados de los que iban delante, y el cual ni fué pensado, ni dirigido á animar á los que se hallaban más distantes, sino la expresión involuntaria de sus deseos, animados por la vista de las palmeras que sobresalían á larga distancia y les ofrecían un consuelo. Todos cuantos las vieron aceleraron inmediatamente el paso; pero muchos con el ansia acabaron las pocas fuerzas que les quedaban y expiraron antes que pudieran llegar al sitio deseado. Los que conservaban aún fuerzas bastantes para llegar, principiaron á excavar y encontraron agua, pero poca y turbia. La furia con que se arrojaron en tropel aquellos desgraciados casi expirantes, en busca del agua de que pendía su consuelo y su existencia, les privó al principio de satisfacer su sed devoradora. Satisfecha luego en parte, ninguno osó dar un paso más allá de aquel sitio de consolación, y todos se echaban ó esparcían alrededor de las palmeras, en la desesperación más completa.

Contraídos á sí, inmóviles é insensibles ni se ocupa-



ban de los sufrimientos de los demás, ni daban cabida á aquellos sentimientos tan comunes del recuerdo del hogar paterno, de sus familias y amigos, últimos objetos que acompañan al que se ve expirar en un suelo distante de aquel en que vió la luz primera, y rodeados de tantos otros se consideraban como solos y perdidos en la inmensidad del desierto que se ofrecía á su vista. Al fin los húsares que habían salido de Pisco se presentaron en el horizonte, y una nueva sensación de júbilo y de alegría que mejor puede sentirse que expresarse, reanimó sus espíritus y dió aliento á todos, precisamente cuando ya pocos podían hablar, y no había ninguno que creyera sobrevivir á las horas que restaban del día. Hasta el placer de la presencia de quien pudiera ofrecerles una ayuda generosa, fué acompañado de la más viva ansiedad, pues demasiado débiles para llamar ó salir al encuentro de los que debían protegerlos y hacer cesar sus padecimientos, temían no ser vistos, y que la esperanza desapareciera antes que sus fatigas. Sus lánguidos ojos acompañaban los pasos de los que miraban como sus libertadores; cada ondulación de la columna les causaba sensaciones violentas y distintas de dolor y de consuelo; pero al fin se aproximaron, les dirigieron la voz, les tendieron una mano protectora, les llevaron agua y otros consuelos á los sitios donde se hallaban, y sus desgracias parecieron tener un término. Muchos infelices expiraron antes de poder ser atendidos, y cerca de cien cadáveres insepultos esparcidos por la lúgubre mansión del desierto, marcarán por siglos el camino que llevaron, y perpetuarán el recuerdo de sus padecimientos.

No es en la costa una cosa rara ver caer muertos repentinamente algunos soldados, ó verles brotar sangre por los oídos y narices, cuando van de marcha metiéndose en la arena, hasta más arriba del tobillo. En una ocasión en que marcharon seiscientos hombres de Arica



al valle de Lluta, distante sólo cuatro leguas, seis hombres murieron en la marcha, y cuarenta más habrían perecido, sino se les hubiese sangrado copiosamente en el acto.

Nada tal vez dará una idea más exacta de las distancias que separan los pocos puntos habitados en aquella costa, y las desigualdades imponentes del terreno que ocupan, como expresar las tradiciones del país fundadas en uno y otro. Una de ellas pretende hacer creer que hay entre Atico y Chaparra un valle habitado por los descendientes de los antiguos peruanos, según suponen, al cual llegó inesperadamente un tal Navarro que había perdido el camino y vagando durante la noche tropezó con él por azar. Navarro oyó voces y vió luces; pero temió descender al valle. Al regresar á su casa contó el caso y varias expediciones de curiosos salieron en busca de aquel valle ignorado; pero ninguna produjo efecto. Esta historia ó conseja la contó D. Juan de Neira y Caravajal que vivía en Chaparra en 1822, el cual se acordaba de Navarro y de habérselo oído contar.

También cuentan que hay otro valle desconocido entre Chorunga y Majes, el cual fué hallado por casualidad como el anterior, y al que con el mismo fruto salieron á buscar armados y en gran número, pues suponían que el que entraba en él, era muerto en el acto, ó detenido por toda la vida.

Estas tradiciones no las creen generalmente aquellas personas que viven en las inmediaciones, y son más capaces de formar una correcta idea de las cosas; pero la mera admisión de la posibilidad de la existencia de tales valles, por gente acostumbrada á explorar las más recónditas regiones en busca de minas, da bastante idea del país extraordinario, donde la naturaleza se presenta bajo aspectos tan grandes, imponentes y sublimes.

Volviendo á la relación de los hechos, preciso es manifestar los acontecimientos que ocurrieron en Lima y



sus inmediaciones. Se dijo anteriormente que el plan de campaña del ejército al mando de Arenales, para 1822, era amenazar á los realistas en el valle de Jauja, y por consiguiente evitar que enviasen algún refuerzo hacia el Sur para proteger á Valdez, ó si lo mandaban, avanzar y obrar activamente tomando la ofensiva; pero, sin embargo, Arenales no adelantó sino unas cuantas leguas de Lima, á pesar de que sabía perfectamente que Canterac había extraído la mayor parte de las fuerzas de Huancayo, con objeto expreso de reunirse á Valdez, dejando al general Loriga con menos de tres mil hombres en el valle de Jauja.

La inacción del ejército de observación, nombre que tenía el que mandaba Arenales, produjo el efecto de excitar el clamor general contra la Junta gubernativa, pues Arenales alegaba que no podía obtener ni zapatos, ni capotes, prendas que consideraba necesarias para atravesar los Andes. La extremada apatía é indecisión de la Junta, y las fatales consecuencias de la tibieza de sus medidas, se hicieron conocer por sí mismas muy pronto, y produjo la caída del triunvirato así que llegaron á Lima las noticias de los desastres experimentados por el ejército de Alvarado.

El 26 de Febrero de 1823 manifestaron al Congreso, en una fuerte y animada exposición, los jefes y oficiales del ejército de observación, haciendo cabeza el general Santa Cruz, segundo en el mando, la causa á que atribuían las desgracias del Estado, y expresa y terminantemente pedían al cuerpo legislativo nombrase Presidente de la República al coronel D. José de la Riva-Agüero. El Congreso vaciló, pero al día siguiente formó el ejército en el Balconcillo \* fuera de las murallas de Lima,

\* El segundo batallón de la Legión no formó con el resto del ejército. La enérgica, juiciosa y arreglada conducta del teniente coronel Videla no fué aprobada por los que ejecutaban aquel



desde donde Santa Cruz envió una segunda petición al Congreso, exigiendo que sin más demoras proclamase á su amigo Riva-Agüero. Una petición sostenida de tal modo por las armas, fué necesariamente acordada por el Congreso.

Habiéndose retirado repentinamente del ejército el general Arenales y embarcado para Chile, tomó Santa Cruz el mando en jefe del ejército peruano. El coronel Gamarra fué nombrado jefe del Estado Mayor, y el coronel D. Ramón Herrera elegido para ministro de la Guerra por Riva-Agüero. Es de notar que estas cuatro personas que ocupaban en aquel momento los primeros encargos del Estado, se hallaban al servicio del rey de España, algún tiempo después de haberse establecido el general San Martín en el Perú, y á los once años cumplidos de haberse principiado la revolución; lo que prueba muy bien el adagio que «vale más llegar á tiempo que rondar un año».

Sin embargo, estos cambios merecieron la aprobación general; Riva-Agüero desplegó grande actividad; Santa Cruz logró poner el ejército en un excelente estado en número y disciplina, y por primera vez los soldados peruanos se vieron mandados por un peruano, y esto produjo un sentimiento nacional, sumamente provechoso para la causa de su independencia: Santa Cruz es natural de Guarina, é hijo de la cacica Calaumani, de raza indígena.

El general de Buenos Aires, D. Enrique Martínez, que se unió á la intriga formada para deponer la Junta gubernativa, pagó la pena de su oficiosidad, pues movido por la esperanza de retener el encargo de general en jefe, limitaron su autoridad á los pocos soldados de Bue-

movimiento, y cuando verificaron el cambio que deseaban, le quitaron el mando de la Legión, la cual cayó en desgracia por el hecho mismo que debió hacerla estimar con preferencia.



nos Aires, que habían escapado con él desde Ilo, aunque aún retenía el título pomposo de general en jefe del ejército unido.

El 8 de Abril de 1823, Santa Cruz fué promovido al empleo de general de división, y los coroneles Gamarra, Pinto, Miller y Herrera al de generales de brigada. Miller retuvo, á petición suya, el mando de la Legión, la cual, habiéndose reunido al segundo batallón la gente que regresó con él á Lima, tenía cerca de ochocientas plazas de fuerza.

Después de la expulsión de los patriotas de los Puertos Intermedios, los realistas concentraron cerca de nueve mil hombres en el valle de Jauja á las órdenes de Canterac; dejaron mil quinientos en el departamento de Arequipa, y casi un número igual formaban las guarniciones de Puno, La Paz, etc. La división de Olañeta, de dos á tres mil hombres de fuerza, estaba en el Alto Perú, y el virrey y demás autoridades continuaban en el Cuzco, de donde recibía en abundancia el ejército realista, reclutas y recursos de todas especies.

Las desgracias que obscurecieron el prospecto favorable que presentaban las cosas á los patriotas por las derrotas de Torata y Moquegua; por el vacilante estado en que se hallaba Chile; por la anarquía que reinaba en las provincias del Río de la Plata; por las diferencias que existían entre el Perú y Colombia, nacidas de haberse el último incorporado así la provincia de Guayaquil, y por el espíritu de partido que reinaba en el Congreso, todo animó á Canterac á dirigirse á la capital.

El presidente Riva-Agüero pidió por escrito á los oficiales generales su opinión sobre el plan de las operaciones militares que debería adoptarse, y reunió un Consejo de guerra. En él decidieron que el general Santa Cruz, que tenía cinco mil hombres de tropas regladas peruanas á sus órdenes, marchase á hacer otro nuevo esfuerzo desembarcando en los Puertos Intermedios.



La ocasión parecía favorable, pues persuadidos los realistas de que los patriotas no podrían intentar un nuevo ataque hacia aquel punto, habían dirigido todos sus esfuerzos contra la capital, con cuya toma creía Canterac dar un golpe decisivo. En el ínterin llegaron á Lima procedentes de Guayaquil tres mil hombres de tropas colombianas.

Los pasos y actividad de Riva-Agüero fueron productivos é infatigables. Alcanzó la cooperación eficaz de los comerciantes más poderosos y de mayor influencia, extranjeros y naturales; adoptó medidas para hacer efectivo el malhadado empréstito verificado en parte en Londres; hizo contratas de abastecimientos, y los preparativos para poner corrientes los transportes que habían de conducir la expedición proyectada, se activaban día y noche. El general Bolívar fué invitado para ir al Perú, y el general Sucre había ya llegado en clase de agente diplomático del Gobierno de Colombia.

Habiendo completado el general Santa Cruz sus preparativos por medio de medidas extraordinarias y grande actividad, las tropas destinadas á la expedición se embarcaron en el Callao y dieron la vela del 14 al 25 de Mayo. Este ejército libertador del Sur se componía de:

Primer batallón de la Legión, teniente coronel Cerdeña.

Batallón de Cazadores, teniente coronel Alegre \*.

Núm. 1, coronel Elespuru.

Núm. 2, teniente coronel Garzón.

Núm. 4, coronel Pardo Zela.

Núm. 6, coronel el marqués de San Miguel.

Regimiento de Húsares de la Legión, coronel Brandsen.

Dos escuadrones de Lanceros, coronel Placencia.

Ocho piezas de campaña, teniente coronel Morla.

\* Muerto en 1827 en Maldonado, pueblo de su nacimiento en la Banda Oriental, en una acción con los brasileños.



Componiendo un total de poco más de cinco mil peruanos. El convoy, después de un pasaje más breve que lo ordinario, se reunió al frente de Iquique el 15 de Junio de 1823.

Aunque se había dicho públicamente, hacía algún tiempo, que los realistas reunidos en el valle de Jauja se preparaban para marchar á Lima, y aunque estos rumores estaban confirmados por noticias que el Gobierno había recibido por conducto de agentes dignos de crédito; con todo, apenas podía creerse que cometiera Canterac el error de bajar á la capital, mientras que las importantes provincias del Sur, que quedaban casi descubiertas, estuviesen amenazadas por la expedición á las órdenes de Santa Cruz. Pero lo cierto es, que creyendo Canterac imposible el que los patriotas hubiesen podido embarcar más de unos cuantos centenares de reclutas en el Callao, y que no tenían otro objeto que distraer su atención de Lima, determinó continuar su plan de marchar á la capital, donde muchos habitantes adictos á la causa de España habían contribuído, aunque involuntariamente, á engañarle con falsas noticias. Con efecto, también y con tanta prontitud condujeron todas las operaciones del embarque de las tropas á las órdenes de Santa Cruz, que pocos sabían qué cuerpos ó cuánta gente habían marchado al Sur. Canterac levantó sus acantonamientos el 2 de Junio y atravesó los Andes.

Sin embargo de que habían previsto este movimiento, al verlo poner en ejecución se difundió en Lima la más grande alarma y consternación, y el Gobierno y los miembros del Congreso que habían prometido que defenderían la ciudad ó se sepultarían en sus ruinas, sólo pensaban en cómo librarse del peligro que se acercaba.

Se reunió en Palacio un Consejo de guerra, compuesto de los oficiales generales y presidido por Riva-Agüero; nombraron al general Sucre, enviado de Colombia, para mandar en jefe todas las tropas, y determinaron abando-



nar á Lima, respecto la gran desproporción de fuerzas con que el enemigo avanzaba. Al llegar á la vista los realistas, salió el general Miller con un escuadrón de caballería á hacer un reconocimiento y observar sus operaciones.

El 18 de Junio entró en Lima Canterac con nueve batallones, nueve escuadrones y catorce piezas de artillería, formando en todo nueve mil hombres bien equipados, bien disciplinados y hermosísimas tropas.

El general Sucre se retiró bajo el tiro de cañón del Callao; las fuerzas que mandaba consistían en unos tres mil colombianos, mil de Buenos Aires (resto del ejército de los Andes) y mil hombres de milicias del Perú. El coronel Lavalle con el regimiento de Granaderos á caballo recibió orden de marchar á Chancay, y con él fueron muchos emigrados y algunas partidas de guerrilla.

El presidente Riva-Agüero se retiró también con los miembros del Congreso al Callao, estrechamente sitiado, y donde continuaron sus sesiones en una iglesia pequeña. Después de muchas agitadas discusiones fué nombrado Sucre supremo jefe militar con poderes casi de dictador, paso que imperiosamente reclamaba la crítica situación en que se hallaban los patriotas.

El general Canterac hizo el 20 de Junio un reconocimiento sobre los fuertes, desplegando todo su ejército dentro de tiro de cañón de los castillos. Mientras las tropas ligeras de ambos ejércitos escaramuceaban y mantenían un fuego muy sostenido, el general Miller, que se había avanzado para hacer un reconocimiento, fué llamado á voces por un oficial español, el cual conoció que era el coronel Ameller, á quien Miller había visto muchas veces en los puestos avanzados de los realistas. Después de los saludos ordinarios, dijo Ameller: «Su amigo de usted, Loriga, está aquí inmediato», y en seguida le llamó por su nombre, y Loriga se presentó inmediatamente. Los dos amigos, que ya ambos habían



ascendido á generales desde su última entrevista, estuvieron en conversación por un cuarto de hora entre sus respectivos puestos avanzados, los cuales continuaban el fuego así como los castillos, sin molestarles. El coronel Raullet, que por sus hazañas era tan formidable enemigo á los realistas, estaba presente á este encuentro. Loriga, al despedirse de Miller, preguntó riendo por su amigo Sánchez, del núm. 4 de Chile.

Dos compañías del batallón de voltígeros mostraron gran valor y disciplina durante este reconocimiento, en el cual estuvieron desplegadas en guerrilla á tiro de pistola de dos batallones realistas. El general Lara se portó bizarramente en aquella acción. Poco antes de ponerse el sol, se retiró el general Canterac á su primitiva posición en Mirones, á mitad de camino entre el Callao y Lima.

El pueblo del Callao estaba lleno de familias emigradas y comerciantes, y á pesar de la inmediatez del enemigo, pasaban el tiempo alegremente. Los generales Guido y Miller y algunos otros, iban frecuentemente á tomar el té á bordo del navío *Franklin* de los Estados Unidos, con Mrs. Stuart, mujer del comodoro y señora de prendas muy recomendables y muy hermosa, que era sumamente popular y estimada por todos los partidos. El comodoro, á quien se creía adicto á la causa de los realistas, rara vez se le vió, sino á bordo de su navío.

El 22 de Junio depuso el Congreso de su autoridad á Riva-Agüero, y decretó que se le facilitase pasaporte para que pudiese retirarse del territorio de la república. Sin embargo, el general Sucre le permitió ir á Trujillo, adonde recibieron orden los miembros del Congreso de comparecer. Así, pues, el general Sucre quedó mandando sin nada que pudieran contradecirle.

Este general, que ha tenido luego tan gloriosa parte en la terminación de la guerra de la independencia, nació en 1793 en Cumaná, en Venezuela. Su estatura es



menos que regular; su semblante es vivo y animado, aunque no hermoso, y sus maneras finas y agradables. Fué educado en Caracas; abrazó el servicio militar en 1811, y sirvió con crédito á las órdenes del célebre general Miranda. Después se hizo conocer muy particularmente por su actividad, inteligencia y valor á las órdenes del bizarro general Piar. Desde 1814 hasta 1817 sirvió en el Estado Mayor del ejército y desplegó el celo y talentos que le caracterizan. En seguida de la victoria de Boyacá fué uno de los nombrados para negociar un armisticio con el general realista Morillo. Después le dieron el mando de una división que marchaba desde Bogotá para auxiliar á la provincia de Guayaquil, y aunque experimentó un grande descalabro en Huachi, logró alcanzar un armisticio que fué tan productivo como una victoria, pues facilitó que la división á las órdenes de Santa Cruz pudiera reunírsele, y que unidas ambas obtuvieran la completa y decisiva victoria de Pichincha.



## CAPÍTULO XX

---

*Expedición del general Santa Cruz.—Desembarca en Arica. Marcha al Alto Perú.—Los realistas abandonan á Lima.—El general Sucre se embarca para Chala.—Toma Arequipa.—Acción de Zepita.—Desastre de los patriotas.—Su reembarque.—El general Miller se retira por tierra á Lima. El virrey da nueva distribución á sus tropas.*

Se ha dicho anteriormente que la expedición á las órdenes de Santa Cruz se reunió al frente de Iquique el 15 de Junio de 1823. Este general dispuso que un destacamento de cuatrocientos hombres se dirigiese á Arica, para sorprender dos compañías de caballería realista colocadas en el valle de Asapa, una legua al interior. El coronel Elespuru que los mandaba, procedió con tal prontitud y decisión, que en la noche del 16 logró hacer prisionera la partida realista; también cayeron en su poder ciento treinta y nueve caballos y doscientas tres mulas.

El 17 llegó el general Santa Cruz á Arica, y al día siguiente todas las tropas saltaron en tierra. Una parte de la caballería tomó inmediatamente posesión de Tacna; y el coronel Pardo de Zela dió la vela con dos compañías para Quilca, con objeto de llamar la atención del enemigo y evitar que la guarnición de Arequipa incomodase el flanco izquierdo de Santa Cruz, en su marcha al interior. El general en jefe patriota con una actividad digna de elogio, no perdió momento en avanzar á Mo-



quegua, donde adoptó las medidas correspondientes para llevar á efecto su plan de operaciones.

Habiendo dividido su ejército en dos divisiones, confió la segunda al general Gamarra su inmediato en el mando, y con la primera salió de Torata el 23 de Julio por la cordillera de Iscuchaca, hacia el Desaguadero. Gamarra salió el mismo día de Tacna con la segunda división hacia Oruro, por el camino de Tacora y San Andrés de Machaca. Estas largas marchas las ejecutaron sin más oposición ni sufrimientos que los naturales, originados por el frío excesivo y la naturaleza del camino por montañas desiertas. Santa Cruz tomó posesión del puente de Inca, que atraviesa el Desaguadero el 29 de Julio, y el 7 de Agosto ocupó la ciudad de La Paz, cuya pequeña guarnición realista se retiró abandonando todos los pertrechos y repuestos militares. La división de Gamarra llegó el 10 de Agosto á Calamarca, donde hizo retroceder con su movimiento al general Olañeta, que con mil y quinientos hombres marchaba desde Potosí ajeno del desembarco y proximidad de los patriotas, Gamarra se contentó con seguir su movimiento á Oruro, en donde halló varias piezas de artillería y cantidad de pertrechos militares, dejando escapar á Olañeta á Potosí.

Antes que el general Gamarra entrase en Oruro, se le reunió con seiscientos hombres el activo coronel Lanza, comandante de una guerrilla, que se había mantenido por sí mismo seis años, con admirable constancia, contra todos los esfuerzos de los españoles para echarle de los valles al Este de La Paz.

A los incesantes trabajos y decisión de Santa Cruz, debe atribuirse el brillante prospecto que se ofrecía á su vista; y usando de sus propias palabras «la fortuna se anticipaba á sus pasos». Con efecto, siempre la fortuna favorece á la actividad, al valor y á la decisión, al paso que abandona á la pereza, la timidez y la indecisión. El coronel Urdiminea estaba con mil hombres á pocas



leguas al Norte de Jujuy, pronto para llamar la atención sobre Potosí; y Arenales, nombrado gobernador de Salta, hacía cuantos esfuerzos eran dables para avanzar con el mismo objeto con un cuerpo de gauchos.

Tres escuadrones realistas habían sido derrotados en Pisco por los montoneros peruanos, ayudados [por un destacamento de Granaderos á caballo, mandado por el teniente coronel Bogado. En una palabra, todo parecía concurrir al éxito feliz y cumplido de la empresa de Santa Cruz. Pero es necesario volver á las operaciones del ejército realista á las órdenes de Canterac, que lo dejamos sitiando al Callao.

Habiendo sabido este general realista los rápidos progresos de Santa Cruz en el Sur, y que su ejército en vez de componerse de unos pocos cientos de soldados desanimados cual creía, constaba de varios miles de buenas tropas, hizo salir el 30 de Junio al general Valdez con los batallones de Gerona, Centro y Cantabria, cuatrocientos hombres de caballería y dos piezas de campaña, para cooperar con el virrey, Carratalá y Olañeta, á contener sus pasos y su fortuna.

Libre el general Sucre de las trabas que le detenían por los cambios políticos recientes, dedicó sus esfuerzos á enviar tres mil hombres que operasen contra el Cuzco ó Arequipa, ó para cooperar con Santa Cruz, según y como lo exigiesen las circunstancias. Esta expedición se componía de los cuerpos siguientes:

*Colombianos:* batallón Pichincha, batallón Vencedores, batallón Voltígeros (antiguamente Numancia) y 50 hombres de caballería.

*Chilenos:* batallón núm 4 (en cuadro), una compañía de artillería, 180 hombres de caballería.

*Peruanos:* 120 hombres de caballería.

La caballería y artillería con el general Miller dieron



la vela desde el Callao el 4 de Julio, y el resto de las tropas siguió con los generales Lara, Alvarado y Pinto. Chala fué el punto señalado para el desembarco.

Viendo Canterac que no podía alcanzar ninguna ventaja positiva contra los castillos del Callao, y sabiendo al mismo tiempo que Sucre enviaba tropas por mar al Sur, evacuó á Lima el 17 de Julio y marchó á Huancavelica. El general Martínez con los restos del ejército de los Andes, fué destinado para seguirle en su retirada; pero Canterac hizo su marcha sin ser molestado.

Habiendo quedado nuevamente la capital en poder de los patriotas, el general Sucre determinó ponerse á la cabeza de la expedición que había salido para Chala, y con este objeto delegó sus poderes al marqués de Torre Tagle, y se embarcó para aquel puerto el 20 de Julio. Antes de marchar á Trujillo, el Congreso previno al general Santa Cruz que obedeciera las órdenes del general Sucre. El inteligente y activo general D. Tomás Guido fué nombrado gobernador de Lima.

Engreídos los realistas con sus anteriores ventajas se conducían con gran arrogancia, y Canterac tomó un tono que ni el virrey había usado nunca. Los epítetos de insurgentes, rebeldes y traidores, los prodigaban cuando hacían alusión á los patriotas, y sus papeles públicos, llenos de grosería, abundaban en sanguinarias amenazas. El 23 de Marzo anterior, hallándose el general Canterac en Huancayo, escribió oficialmente al Gobierno republicano en Lima, haciéndole saber, que en lo sucesivo se vería en la necesidad de llevar á efecto el decreto de S. M. Católica que terminantemente prevenía que no se diese cuartel á los extranjeros al servicio de los insurgentes. Extraño parece que el presidente Riva-Agüero no se hiciese cargo de este punto en su débil y poco enérgica contestación del 15 de Abril; sin embargo, permitió insertar en la *Gaceta*, de Lima, de 1.º de Mayo, un artículo firmado por varios oficiales extranjeros en el cual mani-



festaban su satisfacción en admitir los términos que proponía Canterac para las futuras hostilidades, y prometían la recíproca á cualquier súbdito de S. M. Católica á quien la suerte de la guerra hiciese caer en sus manos sin exceptuar al mismo Canterac. La carta que sigue es copia de la que Canterac escribió á Rodil, gobernador de Lima, durante el sitio del Callao; la cual, así como el decreto, inserto á continuación, publicado por el virrey, indican lo bastante la línea de política que habían adoptado.

Campamento, 26 de Junio.

«Mi muy estimado Rodil: No nos conviene que los bandos publicados en Lima corran en Europa, como necesariamente sucederá, si se deja circular el primer semanario, y por lo mismo que se recojan todos los ejemplares; y esta tarde irá Camba á tratar el modo de que se llene dicho primer número; por lo que repito que no debemos en papeles públicos hacer mención de los bandos que manifiestan medidas violentas, las que contradicen lo que se dice de la decisión del pueblo, etc.

»Aún no parecen las mitades de dragones de Lima que espera aquí su afectísimo amigo,

»CANTERAC.»

«Deseando este superior Gobierno evitar los posibles males, no sólo á lo general de los habitantes de estos países, sino aun á los que se hallan en los pueblos que por desgracia ocupan en el día los invasores, se previene que todos los géneros y efectos extranjeros que se encuentren en dichos pueblos, cuando entren las armas nacionales, serán confiscados irremisiblemente en beneficio del público, contra las leyes que nos rigen; y para que llegue á noticia de todos se circulará esta orden é imprimirá en la Gaceta del Gobierno.

»JOSÉ DE LA SERNA.

»Cuzco, 20 de Enero de 1822.»



Hasta la batalla de Moquegua habían limitado sus miras los realistas á la conservación del Perú; pero desde la fecha de aquella victoria sus esperanzas abrazaron un círculo mucho mayor. Desde entonces creyeron poder someter toda la América del Sur, y llegaron tan adelante en sus ilusiones, que hasta indicaban entre sí las personas que ocuparían los virreinos del Perú, de Buenos Aires y Nueva Granada y las Capitanías generales de Chile, etc. Aún pensaron en la posibilidad de enviar una expedición á Méjico; y tan halagüeñas esperanzas no las desecharon de sí hasta que la batalla de Ayacucho las disipó todas en un momento.

El 21 de Julio desembarcó el general Miller en Chala, y en el acto de saltar á tierra envió destacamentos á pie con bridas y lazos á Atico, Chaparra, Chaipi y Acari, para reunir caballos y mulas. El 28, una partida de montoneros con unos cuantos soldados avanzaron á Pausa, y sorprendieron al subdelegado de aquella provincia con una escolta de 60 hombres, el cual, hallándose á cuarenta leguas, tierra adentro, estaba ajeno que hubiese llegado enemigo alguno á la costa; tanto, que toda la partida fué hecha prisionera ó dispersada, estando en una corrida de toros dada por el Ayuntamiento en obsequio de la mujer del subdelegado que acababa de llegar.

El 7 de Agosto el teniente coronel Raulet, que había sido enviado á Chumpi para llamar la atención del enemigo, escaramuceó con la retaguardia de Valdez, cuyo general pasaba por San Juan de Lucanas á marchas forzadas para el Alto Perú; pero no se dejó imponer ni distraer de su objeto y continuó su marcha.

El general Sucre tocó en su travesía en Chala, adonde Miller fué desde Coracora para tener una entrevista con él. En ella determinaron que la infantería continuaría el viaje á Quilca, donde el coronel Pardo de Zela había anteriormente desembarcado y batido una partida



enviada contra él desde Arequipa \*; y que la caballería y un pequeño destacamento de infantería marcharía por tierra con objeto de reunir algunos recursos. A pesar del estado de devastación en que se hallaban las provincias de Parinacochas, Carabelí, Camaná y Condesuyos, fué tal el entusiasmo de los habitantes que este general halló poca dificultad para alcanzar caballos, mulas y otros recursos que facilitasen los movimientos de la infantería. Tan penoso era este servicio, que al llegar Miller á Carabelí fué atacado de tercianas que le obligaron á permanecer tres días en cama; pero, deseoso de sorprender un destacamento realista que se hallaba en Chuquibamba, se puso en marcha en un estado de debilidad corporal impropia para tal fatiga. Después de una marcha á caballo, casi no interrumpida, de treinta leguas por montañas escabrosas, y recobrando sus fuerzas á proporción que penetraba por ellas, entró en Chuquibamba en la mañana del segundo día; pero noticioso el destacamento realista de su proximidad, se puso en salvo antes que Miller pudiese atacarle. En el curso de su marcha hicieron alto los patriotas por dos horas en Apillón, cerca del Río Grande, donde les sacó del corto descanso que disfrutaban el bronco y tremendo ruido de un temblor de tierra distante. El 24 de Agosto llegó Miller al valle de Majes, donde tuvo la satisfacción de hacer conocimiento con muchas familias respetables, con las cuales conservó después una correspondencia epistolar y de quienes había recibido antes avisos importantes. Miller llegó á Aplao con unas diez personas, y halló reunidas varias gentes en la sala de la casa de D. N. García, para con-

\* El teniente coronel D. José Francisco Gana, el capitán Morgell y el teniente de la marina inglesa Bowers, que mandaba un buque mercante de su nación, se portaron bizarramente en este encuentro, en el cual fué herido el coronel realista Ramírez y muerto el capitán....., uno de los oficiales más valientes del ejército español.



sultar el modo en que debían recibirle; y, creyéndole un edecán suyo, le admitieron á la deliberación, en la cual permaneció con mucha gravedad y se pasó algún tiempo antes que descubriesen que el huésped que esperaban estaba ya entre ellos. Después que principió la tertulia, una señorita joven llamada doña Juana de Cuello, empleó una parte de la noche en ejercitar sus talentos poéticos, y compuso una preciosa canción, la cual cantó ella misma á la mañana siguiente en otra reunión que se juntó antes de almorzar. El 26 llegó al valle de Sigwas, donde halló al general Sucre que había desembarcado en Quilca con la infantería.

El 28 de Agosto avanzó el general Sucre con su división al valle de Vitor, donde hizo alto aquella noche y descansó el día siguiente. Miller, con ciento cincuenta hombres de caballería y una poca infantería montada, recibió orden de adelantar, y el 30 entró en Arequipa. El coronel Ramírez, que la ocupaba con seiscientos infantes y doscientos caballos, se retiró después de un pequeño tiroteo con una partida avanzada á las órdenes del bizarro comandante D. Isidoro Suárez. Ramírez supuso que la infantería patriota estaba inmediata, cuando se hallaba á doce leguas á retaguardia, y no entró en Arequipa hasta el día siguiente con el general Sucre.

Arequipa es una hermosa ciudad situada entre el 16° y 17° latitud Sur y en el 72° longitud Oeste. Dista treinta leguas de la costa, y tiene sobre 30.000 habitantes. El valle es ancho y espacioso, y contiene los pueblos grandes y populosos de Paucarpata, Sabandia (famoso por sus baños), Characata, Mollevaya, Pocci, Quinquena ó el Verdoso, Yarabamba, Tiovaya y otros. Los baños termales de Jesús están á dos leguas al Sur de la ciudad. El trigo se produce en grande abundancia y de muy buena calidad, y las fresas y otras frutas de la zona templada son comunes. El desierto que circunda á Arequipa termina en la cordillera, y á las seis ú ocho millas al Este



está una montaña cónica, cuya base tiene cinco leguas de circunferencia, en cuya cima un cráter de un volcán arroja humo sin llamas ni ceniza de tiempo en tiempo. Una columna de humo semejante á una nube espesa exhalaba el volcán durante todo el tiempo que los patriotas ocuparon á Arequipa, así como antes y después de su entrada. Como la montaña forma parte de los Andes que están á su espalda, no parece á la vista muy elevada; pero los ingleses que han subido á ella emplean generalmente dos ó tres días en hacer una excursión hasta la cumbre.

El río Chile corre por medio de la ciudad, y sobre él hay un hermoso puente de piedra que sirve de comunicación. Las paredes de la catedral, de los conventos, de las iglesias y aun de las casas particulares son de piedra y de grande espesor, con objeto de prevenirse contra los terremotos, que son muy frecuentes y algunas veces causan grandes estragos.

A este tiempo recibió Sucre pliegos del general Santa Cruz, por los cuales parece que el último estaba tan seguro de su triunfo, que no aceptó los ofrecimientos de ayuda y cooperación que el primero le había hecho desde Chala.

Mientras tanto el infatigable general realista Valdez continuó su marcha por Andahuaylas y Sicuani á Puno, habiendo marchado un día con otro á razón de siete leguas diarias por espacio de cincuenta y cinco días seguidos. El general Santa Cruz había permanecido en tranquila posesión de la parte del Alto Perú que se extiende desde el puente del Inca á Oruro, teniendo su cuartel general en La Paz, pueblo de su naturaleza. El general Gamarra se hallaba en Oruro, de modo que las dos divisiones del ejército estaban á cincuenta leguas una de otra; pero cuando Santa Cruz supo que Valdez se aproximaba, marchó desde La Paz al puente del Inca, distante veinticinco leguas al Norte de La Paz y setenta



de Oruro, para defender el Desaguadero; dejando un destacamento de cada cuerpo en el puente, continuó su marcha á Zepita. El general realista Valdez dejó en Sicuani la división que había llevado consigo, por el excesivo cansancio de la tropa, y continuado su marcha á Puno tomó la división de Carratalá y adelantó hasta que llegó al frente de la división de Santa Cruz en Zepita. La fuerza que Valdez llevaba consigo era la siguiente:

Batallón de Vitoria.....	}	sobre 1.800 hombres.
Idem de Partidarios.....		
Destacamento del primer regimiento de		
infantería.....		
700 hombres de caballería.....		
4 piezas de campaña.....		

Santa Cruz tenía consigo:

Batallón de la Legión.....	}	sobre 1.600 hombres.
Idem de Cazadores.....		
Idem núm. 2.....		
Idem núm. 4.....		
400 hombres de caballería.....		
2 piezas de campaña.....		

Al avistarse las dos divisiones principiaron á batirse; el coronel Cerdeña, á la cabeza del batallón de la Legión, iba atacando bizarramente cuando fué gravemente herido, y, al verle caer, su tropa vaciló y fué rechazada, y ya el batallón de cazadores principiaba á ceder el terreno y el núm. 2 manifestaba igual disposición, cuando una brillante carga dada por los húsares, dirigida por el mayor Soulangue y el comandante Aramburu, cambió la suerte del combate. Los individuos de este regimiento, cuyo coronel y oficiales superiores eran extranjeros, no dieron cuartel con arreglo á la declaración que habían hecho. Animados los soldados de los mismos senti-



mientos, se batieron con un valor desesperado\*. Valdez tuvo que replegarse á Pomata, y Santa Cruz repasó el Desaguadero por el puente para aproximarse á Gamarra, que aún estaba en Oruro.

Noticioso el virrey La Serna del desembarco y progresos de Santa Cruz, marchó desde el Cuzco y reunió todas sus fuerzas disponibles en Sicuani, donde esperó la llegada de Valdez. Habiéndose reunido su división á la que Valdez había dejado, continuó su marcha con ambas á Puno, adonde llegó el 25 de Agosto, y el 28 adelantó á unirse con Valdez en Pomata, tres días después de la indecisa acción de Zepita.

La infantería realista se organizó en dos divisiones, la primera á las órdenes de Carratalá y la segunda á las de Villalobos; confiaron el mando de la caballería al coronel Ferras; el virrey tomó el mando en jefe, y Valdez fué nombrado jefe de Estado Mayor y segundo en el mando; la fuerza total de los realistas ascendía á unos cuatro mil quinientos hombres. Las dos divisiones de Gamarra y Santa Cruz, incluso los montoneros de Lanza y algunas otras partidas de guerrilla que habían formado, no bajaban de siete mil hombres; pero estaban separadas á una distancia considerable una de otra. Sin embargo, Santa Cruz principió á replegarse sobre Oruro.

No pudiendo seguir el virrey á Santa Cruz más allá del Desaguadero por el puente del Inca, por hallarse fuertemente defendido por una cabeza de puente, dió un rodeo por la orilla derecha, dirigiéndose por Guacullani, Pisacoma y Santiago de Machaca al vado de Calacoto,

\* Poco después de esta ocurrencia envió el virrey un parlamentario para ajustar las diferencias que se habían originado, por lo que llamaba La Serna una mala inteligencia. Por una generosidad característica de La Serna, puso después en libertad al coronel Cerdeña, español de nacimiento, el cual, después de una enfermedad larga y penosa, volvió á servir con mucha distinción en el ejército republicano del Perú.



donde el 3 de Septiembre atravesó en balsas el Desaguadero el ejército real. El 4 adelantó á la hacienda del Marqués, y el 5 á las pampas de Viacha, donde hicieron prisioneros algunos patriotas extraviados, pues las tropas de Santa Cruz en su marcha para reunirse á Gamarra habían pasado por aquel punto veinticuatro horas antes. El 6 continuó el virrey su marcha á Calamarca; el 7 á Molinos; el 8 á Sica-Sica; el 9 á Panduro; el 10 á Quererani, y el 11 á Sepulturas, habiendo ejecutado una marcha de sesenta y cuatro leguas en ocho días. Este punto se halla situado á muy corta distancia al Este del camino que va de Norte á Sur desde La Paz á Oruro y á dos leguas de la última villa. El virrey tomó una fuerte posición para esperar en ella la llegada de Olañeta con dos mil quinientos hombres, que estaba ya en marcha desde Potosí.

Santa Cruz se había reunido el 8 con Gamarra en las inmediaciones de Oruro; este jefe patriota dice que procuró obligar al virrey á dar batalla; pero que éste maniobró para evitar el combate, hasta que unió sus fuerzas con las de Olañeta el 14 de Septiembre en Sora-Sora, seis leguas Suroeste de Oruro.

Si Santa Cruz en vez de ir á Oruro hubiese mandado á Gamarra que se le uniese en las cercanías de Viacha, habría obtenido la ventaja de asegurar su retirada á Puno por el puente del Inca, que, defendido por una corta fuerza, hubiera obligado á los realistas á hacer otro gran rodeo, el cual habría dado tiempo á Santa Cruz para reunirse con Sucre, que estaba en marcha desde Arequipa; ó si lo hubiese preferido, dirigirse á Potosí y abrir comunicación con Urdiminea y Arenales que se hallaban en la provincia de Salta. En cualquiera de estos casos su retirada la hacía por puntos donde, no sólo hallaría los recursos necesarios para subsistir, sino que habría sido reforzado; pero desgraciadamente no se decidió á plan alguno, hasta que no le quedó otra alternativa que retirarse á la costa.



El mismo día en que el virrey se reunió con Olañeta, principió Santa Cruz su retirada hacia el puente del Inca, en la esperanza de encontrar la división de Sucre, cuya cooperación no había querido admitir pocas semanas antes. Los realistas no perdieron tiempo en seguirle, y en la mañana del 17 se presentaron á la vista de los patriotas, en el momento en que éstos salían de Sica-Sica. El coronel Brandsen, á la cabeza de la caballería, que tanto se había distinguido en Zepita, cubrió la retaguardia hasta Ayo-Ayo, distante nueve leguas, y fué conteniendo al enemigo; sin embargo, la pérdida de los patriotas en aquel día de marcha fué de mucha consideración en bagajes y por la deserción. Después de un descanso de pocas horas en Ayo-Ayo, Santa Cruz habría hecho frente y admitido la batalla, cumpliendo con los ardientes deseos de la tropa y las súplicas de los oficiales; pero por equivocación había tomado la artillería un camino diferente. Este incidente fué sumamente desgraciado, pues los realistas que le perseguían estaban tan dispersos y fatigados, en consecuencia de haber marchado treinta y nueve leguas en tres días, que si Santa Cruz hubiese hecho frente era la intención del virrey retroceder á Sica-Sica, hasta que pudiese avanzar nuevamente con todas sus fuerzas reunidas. Esto habría dado á Santa Cruz algunos días de descanso, para retirarse en buen orden y para reunir su artillería, y la tropa, ya desalentada, habría recobrado su confianza perdida; pero Santa Cruz continuó su precipitada fuga; un terror pánico se apoderó de todos; siguió la insubordinación y, como debía suceder, se dispersó el ejército.

En Ayo-Ayo sufrieron una gran nevada, en la cual perecieron muchos extraviados de uno y otro partido por la inclemencia del tiempo. Tal era la imposibilidad de los realistas para continuar persiguiendo á los patriotas, que se vió obligado el virrey á permanecer en Ayo-Ayo, desde donde destacó á Valdez con la parte de caballería



que se hallaba en estado de poder avanzar y ochocientos hombres de infantería.

En la noche del 18 fueron sorprendidos doscientos lanceros patriotas por una fuerza realista inferior y destruidos en Viacha, habiéndose únicamente podido salvar el teniente coronel Navajas, que los mandaba, y unos cuantos soldados.

Para colmo de las desgracias de los patriotas, el oficial encargado de la defensa de la cabeza del puente del Desaguadero se rindió sin hacer la menor resistencia, dejando de este modo el paso del río libre enteramente por los caminos más cortos y más transitables. Los fugitivos del ejército de Santa Cruz tomaron el camino de Ilo por Santa Rosa y Moquegua, cometiendo grandes desórdenes en la marcha. Sobre mil trescientos hombres llegaron á embarcarse en los transportes; pero trescientos húsares de la Legión embarcados en uno de ellos fueron apresados por un corsario español y enviados á Chiloe. Cerca de treinta oficiales de diferentes cuerpos fueron traspordados al corsario, el cual se fué á pique. El bizarro Soulange, Correa, Hill y muchos otros beneméritos oficiales, entre los cuales estaba el marqués de San Miguel, perecieron con cuantos estaban á bordo. De este modo, de siete mil hombres, número á que Santa Cruz había aumentado sus fuerzas, menos de mil llegaron á Lima. Santa Cruz fué á bordo de la *O'Higgins*, donde el generoso almirante Guise recibió á su amigo en la adversidad con dobladas muestras de finura, de estimación y aprecio. Es agradable recordar que cuando la rivalidad política atrajo al almirante una larga é injusta prisión en Lima, Santa Cruz enérgicamente intercedió con el libertador Bolívar en Potosí, en un tiempo en que defender la causa de Guise no era el mejor camino para alcanzar la gracia de aquel general. Este rasgo honra mucho el carácter de Santa Cruz.

El coronel Lanza salió destacado del ejército patriota



al llegar á las inmediaciones de Sica-Sica; aumentada su partida á mil hombres por las altas que le produjeron los enfermos, convalecientes y extraviados de las tropas de Santa Cruz, se dirigió á las montañas de Cochabamba. Habiendo tomado Olañeta posesión de La Paz el 24 de Septiembre, salió de aquella ciudad y alcanzó á Lanza cerca de Alzuri el 16 de Octubre y lo batió completamente; solo un pequeño número lograron salvarse con Lanza y se refugiaron en las montañas.

Después de la destrucción del ejército de Santa Cruz, dirigieron los realistas toda su atención á expulsar á Sucre, el cual, á pesar de no haber querido admitir Santa Cruz la cooperación que le ofreció, avanzaba hacia Puno con el doble objeto de sostenerle en caso de un revés ó alcanzar mayores frutos en el de la victoria; pero al llegar á Apo (doce leguas de Arequipa) supo la total dispersión del ejército de Santa Cruz y la proximidad de los realistas. El virrey y Valdez avanzaban desde Puno, mientras Canterac, que había llegado al Cuzco con cinco mil hombres, seguía su marcha hacia Arequipa por el Despoblado. Así, pues, Sucre tuvo que contramarchar para evitar el encuentro de fuerzas tan superiores á su frente, estando al mismo tiempo amenazada su retirada á la costa por Canterac. Mientras Sucre se retiraba desde Apo, salió Miller con una pequeña escolta del mismo punto para el frente, con objeto de obtener noticias más seguras del movimiento de los realistas. El camino que llevó era por una meseta elevada y fría, sobre la cual había esparcidas algunas chozas de indígenas colocadas de trecho en trecho, y en las cuales dejaba sucesivamente uno ó dos hombres y en proporción á que sus caballos se cansaban. A media noche llegó con solo tres individuos que le seguían á la casa de postas de Pati, distante ocho leguas de Apo, la cual habían abandonado sus moradores, y supo por un indio, que por casualidad pasaba por aquel punto, que el ejército de La Serna se hallaba aún á



una distancia considerable, pero que una partida de 60 ú 80 realistas estaba muy inmediata. Miller permaneció hasta después de amanecido en aquel paraje frío é incómodo, donde no se hallaba nada que comer ni para los hombres ni para las bestias; nombró un soldado para tener cuidado de los caballos, mientras los otros dos alternaban de centinela un poco avanzados, con órdenes de prestar la mayor atención y avisar si percibían pasos ó el más leve ruido. Encendieron una pequeña hoguera en una esquina de la casa de postas; pero con el menor fuego y llama posible para que no pudiese servir de dirección en la noche al punto que ocupaban. Habiendo pasado una noche tan molesta, como deja bien inferirse, se puso Miller en marcha con uno de los soldados, dejando los otros dos para que siguiesen su movimiento al ponerse el sol; y como había dejado en Apo una parada de caballos, cambió en él á su regreso los que llevaba, y, después de una jornada á caballo de veinte leguas, llegó á Arequipa antes de entrada la noche. Esta penosísima jornada produjo á Miller una violenta calentura que le postró en cama algún tiempo.

Al día siguiente salió Sucre para Moquegua, donde tuvo una entrevista con Santa Cruz y Gamarra á su paso para embarcarse en Ilo, y volvió á Arequipa el 6 de Octubre. La infantería patriota principió su marcha para Quilca, pero la mayor parte de la caballería permaneció en la ciudad, teniendo un piquete establecido en Cangallo, cuatro leguas distante sobre el camino de Apo. A la mitad de camino entre Cangallo y Apo hay una senda llamada el Botadero, que sale directamente para Arequipa y se junta con el otro camino á dos millas de la ciudad. El Botadero es el camino más corto; pero es tan malo que raramente pasan por él sino los que viajan á pie. Miller había instado con vehemencia sobre lo conveniente que sería colocar un piquete en aquel punto además del de Cangallo, y se dieron órdenes re-



petidas á una de las autoridades locales para enviar algunos paisanos montados á él; pero estas órdenes no tuvieron efecto.

Entre tanto, la entrada de los realistas se hacía cada instante más segura, aunque no se les esperaba en tres ó cuatro días; y los partidarios del rey en Arequipa se envalentonaban en proporción que se aproximaba la llegada de sus amigos, mientras que los adictos á la causa de los patriotas desalentaban. Miller continuaba tan enfermo que creyeron imposible que pudiese seguir á los patriotas en su retirada; y en aquella situación el cuidado y atenciones personales del partido realista, así como del partido patriota se redoblaban en proporción de que el peligro se aumentaba. La señora de la casa en que se hallaba alojado, aunque española de nacimiento, ofreció tenerle escondido por un mes si fuese necesario, y después proporcionarle su fuga por medio de su marido, también español, que tenía un destino principal en la aduana, y ejercía una grande influencia, y el cual se hallaba con el ejército Real. Otros realistas amigos de Miller dispusieron una litera y proporcionaron mulas, que tenían siempre prontas á la puerta de su casa, para conducirle en caso que pudiese moverse, y no admitiese la amistosa oferta de la patrona de su casa.

Por este tiempo el virrey y Valdez habían llegado con todas sus fuerzas á Pati, desde donde salió destacado el coronel Ferras con 150 hombres de caballería y 250 infantes bien montados, para sorprender á los patriotas que permanecían aún en Arequipa. Luego de pasar Apotomó Ferras la senda del Botadero; pero habiendo perdido el camino en la obscuridad de la noche, algunos de sus soldados anduvieron errantes, y fueron á parar á Cangallo y dieron la alarma al piquete patriota establecido en aquel punto. Si no hubiese sido por aquella circunstancia pudo haber entrado Ferras en Arequipa antes del día, y según todas las probabilidades habría logrado



completamente el objeto que se proponía. Una hora antes del amanecer del 8 recibió Sucre aviso de la proximidad de los realistas, y Miller, que por aquel tiempo se había recobrado repentinamente de su enfermedad, montó en su caballo de batalla, y salió á reconocerlos. Poco después de pasar los arrabales descubrió una poca infantería realista colocada en una altura en el desierto occidental del pueblo, la cual rompió el fuego contra él; pero las balas pasaban muy altas. Entonces vió el grueso del destacamento de Ferras que avanzaba rápidamente hacia al pueblo, y volvió á todo galope para informar de todo á Sucre. El teniente coronel Raulet y su escuadrón disputaron con mncho valor la entrada al enemigo; pero fueron rechazados con pérdida considerable, y obligados á retirarse á las calles de la ciudad, donde aún dieron algunas cargas brillantes; pero al fin fueron desalojados de ellas.

El general Sucre estaba en la plaza mayor, cuando los realistas entraron en ella, y mandó al general Miller se pusiese á la cabeza de los patriotas que se retiraban, reducidos ya á 140 caballos, por las pérdidas que habían experimentado, y por que el destacamento de dragones de Colombia había marchado con la infantería.

Antes que Sucre saliese de la plaza, algunos individuos del clero y uno ó dos de la municipalidad que habían hecho grandes protestas de patriotismo, hicieron repicar las campanas en celebridad de la entrada de los realistas, y al mismo momento sacaron desde un balcón el retrato del rey Fernando. Los más adelantados de la caballería española siguieron y lancearon á los patriotas, cuando iban cruzando mezclados por las calles y el puente para salir del pueblo al campo, y formar otra vez en el desierto de cuatro leguas de ancho hasta Uchumayo. Al atravesarlo vió Miller una oportunidad favorable para volver caras y cargas á unos cien hombres que los perseguían más de cerca. Este general había hecho todo lo



posible para animar el espíritu abatido de la tropa, y ya parecía contenta y estar dispuesta á hacer el último esfuerzo, tanto más, cuanto tenían la ventaja del número. En esta confianza mandó volver caras y cargó; pero fueron otra vez completamente rechazados. La tropa no desplegó su acostumbrado valor, pues aún estaba desanimada por los acotamientos que habían ocurrido; los cuales habían animado en inversa proporción á los realistas. Los patriotas que se salvaron del primer choque, huyeron á todo escape. Varios dragones realistas, que quizá habrían servido anteriormente en el ejército patriota y habrían sido hechos prisioneros, reconocieron al general y, saludándole por su nombre, le invitaron á que se rindiese y procuraban cortarle y salirle al frente en cualquiera dirección que tomaba; pero como estaba bien montado y hacía su retirada por un inmenso arenal, burló todos sus esfuerzos; es sin embargo digno de notarse que no hubo uno que le hiciese fuego á pesar que le seguían tan de cerca. Los realistas estaban demasiado fatigados para seguir más allá de las inmediaciones de Uchumayo, en cuyo pueblo permaneció Miller con un oficial y dos ó tres ordenanzas hasta obscurecido, para asegurarse si el enemigo intentaba aproximarse en seguida á la costa ó permanecía en Arequipa.

Los generales Sucre, Lara y Alvarado, jefe del Estado Mayor, se embarcaron en Quilca y dieron la vela para el Callao, y el general Miller con la caballería dispersa, y una compañía de infantería, recibió orden para efectuar su retirada por tierra á Lima, dirigiéndose por el camino de Camaná, Ocoña, Carabelí, Sondor, Chala, Nasca é Ica una distancia de más de doscientas leguas. En Camaná, tuvo Miller la satisfacción de dormir una noche en casa de su amigo el coronel Flores; pero al día siguiente pasó al lado Norte del río, donde permaneció mientras el resto de la columna seguía su marcha á Ocoña, habiendo dejado una pequeña partida para que diesen aviso de



la llegada del enemigo. Las orillas del río Camaná son espaciosas y cubiertas de árboles entre los cuales se hallan ocultas y dispersas varias chozas. En una de ellas alojaron á Miller; la patrona que salió á recibirles era una joven al parecer de veinticinco años y muy linda; de cabello rubio y ojos azules tenía un color blanco anacarado, acompañado de una cierta palidez interesante, que, unido á la expresión triste de su mirar agradable, la daban un aire de melancolía que la hacían aún más hermosa. Esta joven era la señora que inspiró la vehemente pasión que con tanto mérito cantó Melgar en sus *tristes* y que no correspondió al puro amor de aquel desgraciado poeta. Después se había casado, y su marido vivía con ella en aquel paraje solitario, para evitarse las persecuciones que su ardiente patriotismo le habría atraído de los realistas. El coronel Escovedo, uno de los oficiales que acompañaban á Miller y natural de Arequipa, se había criado con esta señora, y cuando á la noche estaba tocando la guitarra y cantando á ruegos de Miller, Escovedo la pidió que cantase algunos de los *tristes* que más se aprecian en el país, y tanto la estrechó en la elección que al fin se contrajo con determinada claridad á uno de los compuestos por Melgar, á cuya proposición é instancias de los demás, la infeliz no pudo ocultar su dolor, dejó la guitarra y se echó á llorar. El llanto de la joven y el recuerdo de la suerte desgraciada de Melgar, produjo en los concurrentes una verdadera sensación de tristeza.

En Ocoña ganaron los patriotas tres ó cuatro días de marcha á los realistas que los perseguían por medio de un ardid de guerra que les hizo creer había llegado á la Planchada un refuerzo que se esperaba de Chile. En consecuencia de este engaño, el coronel realista Ameller se retiró desde Camaná hacia Arequipa, y no volvió á continuar su persecución. De este modo Miller pudo hacer alto por cinco días en Carabelí, donde vivaqueó en unos hermosos campos de alfalfa; los caballos se repusie-



ron de sus fatigas y alimentaron bien en aquellos días, y se restableció la disciplina en la división. Miller había recibido en Quilca una orden por escrito de Sucre, para imponer pena de muerte á todo individuo que cometiese excesos en el país durante su retirada, y en Carabelí fué fusilado un soldado patriota casi á la vista de la descubierta española, cuando esta descendía á aquel espacioso valle.

Desde Carabelí hay dos caminos que se dirigen á Challa, uno por Chaparra y otro por Sondor y Chaipi; á una ó dos leguas más allá de Sondor, el camino del último nombre se divide en dos, dirigiéndose el brazo de la derecha á Chumpi, San Juan de Lucanas, Córdoba é Ica, y el segundo á Chaipi.

Aunque Miller había conducido sus tropas en buen orden de marcha, era importante engañar á Canterac, cuya vanguardia entró en el valle de Carabelí al tiempo que Miller salía del pueblo en la tarde del 23 de Octubre. La infantería patriota había marchado en la mañana de aquel día; la caballería patriota subió durante una hora por una montaña escabrosa y siguió su marcha por la meseta que formaba su cumbre, hasta dos horas después de puesto el sol; entonces hizo alto la división, encendieron hogueras, y la gente, sufriendo infinito por el excesivo frío que hacía, durmió entre unas rocas y brezos hasta media noche, que habiendo salido la luna continuó su marcha la partida y llegó á Sondor poco después de amanecido el día 24. La tropa estaba tan arrecida de frío, que encendieron hogueras con mucha dificultad y se pasó bastante tiempo antes que pudiesen atender á sus caballos. El teniente coronel D. Isidoro Suárez y varios soldados que se sacaron las botas, no pudieron ponérselas nuevamente en muchas horas, por lo mucho que se les habían hinchado los pies. Sondor está situado á la extremidad de un valle formado en la meseta, donde las montañas más elevadas se van aproximando



gradualmente. El agua escasea en aquel llano lleno de brezo, que ensanchándose á proporción que se extiende, parece ofrecer malos pastos y muy pocas ventajas para el cultivo. El pueblo se compone de diez ó doce chozas esparramadas, cada una con su pedazo de tierra cercado para sembrar alfalfa, patatas ó cebada. Los habitantes huyeron al avistar á los patriotas, pero en el transcurso de algunas horas volvieron y continuaron en sus casas. No debe extrañarse su timidez, puesto que más de una vez habían sido presos, atados, apaleados y sus casas saqueadas. Cada destacamento militar que hacía alto en aquel punto, destruía infaliblemente sus cosechas de alfalfa, además de llevarse los bueyes, ovejas, cabras y aves, siempre que los soldados podían echarles la mano. Centenares de pueblos y millares de individuos habían sido despojados de lo poco que poseían en esta forma; pero eran pobres y oprimidos indígenas, y rara vez la humilde pobreza llama la atención ó atrae el interés del mundo.

La infantería patriota, á las órdenes del coronel Videla, no llegó á Sondor hasta entrado el día 24, pues no habiendo tenido la precaución de hacer alto á la noche hasta la salida de la luna, perdieron el camino y emplearon treinta y seis horas para andar doce leguas. Este accidente ocasionó la pérdida de un día, además de muchos disgustos y zozobras hasta la llegada de la infantería. Siete horas la concedieron para descansar; pero este intervalo lo pasaron en medio de fundados temores de ser atacados, y conservaron constantemente patrullando piquetes de caballería: á la una de la noche del 25 continuó Miller su marcha. Este había dado á entender y se había divulgado que la jornada de aquel día era á Chumpi, pero antes de llegar á donde el camino se divide, permitió retirarse á los guías de Carabelí y entonces tomó el camino de Chaipi, habiendo enviado antes á Chumpi á su edecán el mayor Sowersby para disponer



el recibo de la división. Al día siguiente enviaron aviso á Sowersby previniéndole pasase á Chaipi; pero sin decirle que los patriotas dirigían su marcha á aquel punto. Así, pues, y según luego se supo, recibió Canterac de sus emisarios en Chumpi la confirmación del parte de los guías que habían acompañado á Miller, todo según lo habían calculado, y el general español en conformidad á aquellas noticias salió de Carabelí, y tomó el camino de Pararca en la esperanza de cortar la retirada á los patriotas al frente de Chumpi.

Miller llegó á Chaipi el 25, y antes de entrar en el pueblo vió á los habitantes en las alturas; y supo que habían abandonado sus chozas por lo que ellos creían una partida realista de merodeadores; pero que se halló ser unos cuantos soldados patriotas dispersos al mando de un tal Mead, cadete y natural de la América del Norte, el cual les daba un vergonzoso ejemplo en aquellos desórdenes. El cadete fué perseguido, pero escapó. Habiendo restablecido en parte la confianza en Chaipi, Miller siguió á Matarini, donde durmió; pero deseoso de saber si Canterac había tomado el camino de Chaparra ó el de la costa, salió á la mañana siguiente y llegó á Chala al salir el sol. En Chala se alojó nuevamente en la casa de su fiel amigo el Dr. D. Mariano de Bejerano, párroco del pueblo, de quien, así como de sus feligreses, había recibido tantas pruebas de su ardiente patriotismo. Cuatro ó cinco paisanos bien montados salieron á varios puntos en diferentes direcciones hacia Carabelí, para traer noticias del enemigo, en caso de que avanzase hacia la costa. Muy temprano en la mañana siguiente, 27, dieron una alarma, y el animoso doctor fué el primero que montó á caballo y acompañó á Miller al frente, cuando descubrieron que los supuestos enemigos eran el mayor Sowersby y su escolta, que habían perdido el camino durante la noche. A la tarde marchó Miller á Atiquipa acompañado por el benemérito párroco, el cual, al despedirse, ma-



nifestó su intención de ocultarse en las Lomas si los realistas entraban en Chala, lo que á pesar de sus justos temores no sucedió.

Habiéndose Miller adelantado de sus tropas el 1.º de Noviembre, yendo de Acari á Nasca, estuvo muy cerca de caer en manos de una partida realista, que había salido de Córdoba, pueblo del interior, para saber sus movimientos. El general estaba en la cama en casa de su amigo D. José Manuel Mesa, á media legua del pueblo, siendo la primera noche en más de una semana que se había desnudado. Apenas se había recogido, llegó un expreso del pueblo, enviado por un patriota, anunciando la entrada del destacamento español; pero no se movió hasta que recibió otro aviso amistoso de una familia realista, en cuyo caso se levantó y se retiró al bosque donde estuvo escondido hasta el día siguiente que llegó su pequeña división y desalojó á los realistas. Don J. M. Mesa es un rico hacendado de quien Miller había recibido importantes noticias y servicios de consideración en sus primeras excursiones. Mesa es un hombre excelente, un ciudadano ilustrado, y ama su patria con entusiasmo. En aquella época se hallaba viudo con una familia numerosa, y para cultivar la memoria de sus hijos mayores, que eran muy despejados y manifestaban gran disposición, se ocupaba en enseñarles el francés, idioma que había aprendido por sí mismo, por medio de la lectura. Ninguno de ellos leía con buen acento; pero podían traducir con facilidad y de repente cualquiera escrito. Las maneras francas y buena educación de esta familia, habrían sido admiradas aún en los primeros círculos ó reuniones de Inglaterra ó Francia. Nasca es un oasis, cerca de cien millas distante del valle habitado más inmediato á la parte del Sur, y casi la mitad distante del más cercano por la del Norte. La misma buena crianza y cortesía se halla algunas veces en otros puntos aislados semejantes á éste, y sorprende agrada-

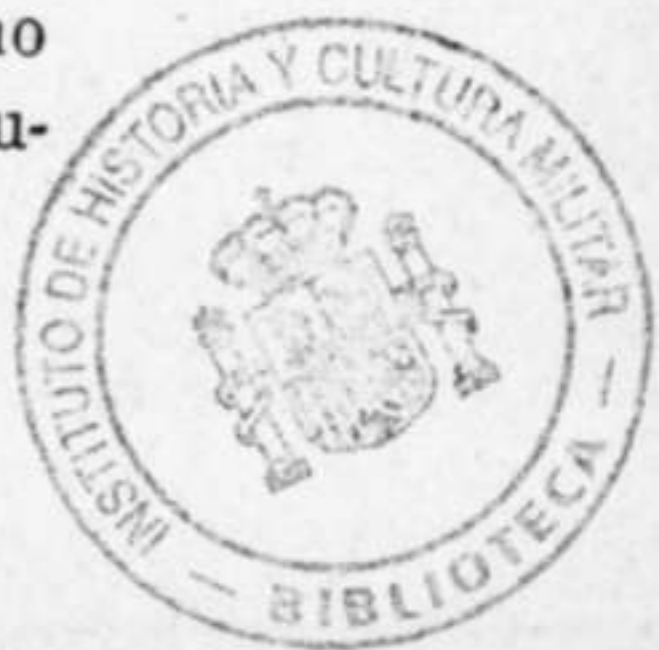


blemente la imaginación del viajero, que no espera hallar en un desierto las maneras y cultura de la sociedad más escogida.

Miller logró efectuar su retirada á Lima y llevó consigo seiscientos caballos y mulas de respeto y cuatrocientas cabezas de ganado vacuno para uso del ejército que se hallaba en la capital. Este general fué seguido por los realistas hasta Lucanas, por espacio de ciento diez leguas.

Durante esta persecución, recurrieron los generales realistas á estratagemas para sacar dinero de los patriotas ricos. Entre otros casos, el general Canterac se apeó en la casa del Dr. Saens, rector de Chumpi, y se anunció como oficial patriota. En el acto prepararon una excelente comida para el nuevo huésped y los cinco ó seis oficiales que le acompañaban; en el curso de la conversación procuró Canterac sonsacar al cura la opinión que tenía formada de los diferentes generales realistas, pero cuando llegó á hacer con fuego la que tenía del mismo Canterac, éste no pudo fingir por más tiempo, se dió á conocer, multó en cinco mil duros al incauto cura y le hizo marchar preso hasta que pagó aquella suma. En Coracora dió igual chasco el mismo general al cura del pueblo, y castigó con la propia severidad su ligereza en hablar. Estos curas y otros que estaban en su caso, escribieron después al general Miller noticiándole la trama que les habían urdido y su inadvertencia. Después de la capitulación de Ayacucho, contó á Miller las mismas aventuras el brigadier Bedoya, el cual había acompañado á Canterac, y hablaba de ellas como burlas muy graciosas.

En el momento en que se estaba reembarcando en Quilca la infantería del general Sucre, llegaron desde Valparaíso á Ariza dos mil chilenos á las órdenes del bizarro y distinguido coronel Benavente, pero este jefe fué reemplazado en el mando por el general chileno Pinto, el cual convino en que á la salida del general Su-





cre de Quilca ocuparían los chilenos á Iquique, ó se trasladarían por mar á otros puntos en los Puertos Intermedios, con objeto de conservar siempre un pie en aquellas provincias, hasta que pudieran enviarle refuerzos de Lima. Pinto es un hombre amable y muy caballeroso; pero los acontecimientos de las últimas campañas parecían haber disminuído sus facultades y privado de toda clase de energía; sin órdenes y en contradicción de lo que había pactado con Sucre, tomó por sí la resolución de matar los caballos y embarcarse para volver á Chile.

La goleta en que se embarcó Pinto fué atacada en la travesía por un corsario y se salvó de ser apresada por la bizarría del capitán Winter que la mandaba, y que sirvió por sí mismo el único cañón que tenía la goleta, hasta que habiendo llevado de un balazo la verga mayor al corsario, pudo escapar á Coquimbo, de cuya provincia tomó Pinto el mando.

Libres otra vez de los patriotas las provincias de los Puertos Intermedios, hizo el virrey en Arequipa una nueva distribución del ejército realista, dividiéndolo al cargo de dos jefes diferentes.

El general Canterac marchó con su división llamada ya Ejército del Norte, para ocupar su antigua posición en el valle de Jauja, y amenazar ó llamar la atención de Lima; el general Valdez con la otra división, llamada Ejército del Sur, debía permanecer en las provincias de Arequipa, Puno, etc., y el virrey regresó al Cuzco, lugar de la residencia del Gobierno, punto á propósito y central donde debía colocarse.

El objeto de estas disposiciones no era únicamente prevenirse contra los ataques de los patriotas, que tenían los medios para conducir por mar sus tropas de un punto á otro, sino para observar los movimientos y contrarrestar la influencia del general ultra realista Olañeta, que mandaba cinco mil hombres en el Alto Perú, y de quien recela-



ban Canterac y otros generales, los cuales, habiendo prestado con entusiasmo el juramento á la Constitución en el año 1820, estaban considerados como liberales. A la caída de la Constitución en 1823, los mismos generales, con las mismas formalidades, y al parecer con igual voluntad, reconocieron el despotismo restablecido en España; pero Olañeta no dió crédito á la sinceridad política de La Serna, Canterac y demás; les acusó en sus proclamas como *francmasones*, y se negó á obedecer las órdenes del virrey. Olañeta envió á Madrid un emisario por la vía de Buenos Aires, para informar al rey de su conducta, en la entera confianza de obtener la sanción real; y el Alto Perú quedó declaradamente independiente del virrey, el cual se vió obligado á destacar el ejército del Sur que mandaba Valdez, para contrarrestar los futuros designios de aquel general. Pero á pesar de estas disenciones, las fuerzas de los realistas aumentadas con reclutas, y con prisioneros de guerra obligados á tomar servicio, pueden calcularse que llegarían en aquella época á veinte mil hombres; y por consiguiente se ofrecían pocas esperanzas de que los patriotas pudiesen oponer una resistencia efectiva, á número tan superior de tropas victoriosas. Pero Colombia no podía ver indiferente la suerte de su vecina y aliada; Colombia recordó el auxilio que recibió en Pichincha de la división peruana, y sabia y generosamente resolvió pagar aquella deuda con aumento, enviando al Perú sus mejores tropas, y con ellas á su propio Libertador.



## CAPÍTULO XXI

---

*El general Bolívar llega á Lima.—Marqués de Torre Tagle.—  
Riva-Agüero disuelve el Congreso en Trujillo.—Su prisión.  
—Miller es nombrado jefe del Estado Mayor general.—  
Modo de reemplazar al ejército peruano.—Uniformes.—  
Divisas.—Sueldos.—Raciones.*

Habiendo alcanzado el general Bolívar, presidente y libertador de Colombia, permiso del Congreso de aquella república para marchar al Perú, se embarcó en Guayaquil, dejando á la cabeza del Gobierno en Bogotá al vicepresidente Santander. Bolívar desembarcó en el Callao, y el 1.º de Septiembre de 1823 hizo su entrada pública en Lima, donde fué recibido con el mayor entusiasmo imaginable, é investido inmediatamente con la suprema autoridad militar y política. El marqués de Torre Tagle, nombrado con anterioridad presidente del Perú por el Congreso, retuvo aún el título; pero tal era su manifiesta admiración por Bolívar, y tales sus temores á Riva-Agüero, que los poderes y facultades de la presidencia quedaron reducidos con su propio consentimiento, á un mero fantasma de autoridad.

El país no perdió nada por la separación virtual de Torre Tagle, porque su administración había sido impudentemente venal, dando sumas considerables á individuos, para que le sostuvieran contra Riva-Agüero: informado Bolívar de muchas de estas transacciones, separó de los puestos importantes que ocupaban á algunos de los que las recibieron.



Las fuerzas patriotas existentes en Lima y sus inmediaciones ascendían á siete mil hombres, de los cuales eran colombianos los dos tercios, y esperaban refuerzos diariamente de Guayaquil y Panamá.

Se ha dicho anteriormente que el expresidente Riva-Agüero se había retirado á Trujillo; á su llegada á aquella ciudad consideró propio poner en cuestión la legitimidad de su deposición, reunió los miembros del Congreso que le habían acompañado ó seguido desde el Callao; y, sin embargo, de que habían prorrogado ó suspendido sus sesiones *sine die*, las principiaron nuevamente, bajo los auspicios de Riva-Agüero. Una de las primeras medidas que éste adoptó, fué levantar tropas; y en poco tiempo armaron y equiparon en el departamento de Trujillo, más de tres mil reclutas, sacados de las provincias del Norte. Su inmediata determinación fué disolver el Congreso, y desterrar sus miembros refractarios; cuya resolución le atrajo la odiosidad de los mismos que habían sido sus más elocuentes panegiristas en Trujillo, y que al regresar á Lima, en cuya ciudad se reunieron la mayor parte de los diputados, eran sus mayores y más públicos detractores. El Perú tenía en aquel tiempo dos presidentes y un dictador por parte de los patriotas; y por la de los realistas, no menos divididos poco después, puede decirse, que había en el Sur dos virreyes.

El 13 de Noviembre de 1823, dió el Congreso una Constitución á la república, la cual fué proclamada y jurada con las ceremonias de costumbre pocos días después; medida que parecía inoportuna, estando los realistas tan inmediatos, y la capital en tanto peligro.

Bolívar salió de Lima en la segunda semana de Noviembre de 1823, y llegó á Pativilca el 17 del mismo mes. Este general entró en correspondencia con Riva-Agüero, para inducirle á reconocer el Gobierno de que nominalmente era cabeza Torre Tagle. Riva-Agüero



no se convino con los términos que le proponía, y se dice que Bolívar pensó seriamente en abandonar á su suerte al Perú; pero lo que el Libertador no pudo lograr por medio de negociaciones, lo ejecutaron las mismas tropas de Riva-Agüero, las cuales, dirigidas por el coronel La Fuente, uno de los oficiales en quien tenía más confianza, le prendieron el 25 de Noviembre. Torre Tagle con consentimiento del Congreso le sentenció á ser pasado por las armas como traidor, alegando que Riva-Agüero había convenido reunirse á los realistas y obrar contra Bolívar y Torre Tagle; pero este cargo no se probó nunca debidamente, aunque se cree que tuvo comunicaciones de un carácter equívoco con los realistas. Así, pues, le conmutaron la sentencia de muerte en destierro, y se embarcó para Guayaquil desde donde se dirigió en seguida á Europa. Las tropas que Riva-Agüero había formado ó que se reunieron á él, se sometieron á Bolívar. La Fuente fué promovido al empleo de general de brigada, por los servicios que rindió deponiendo á Riva-Agüero.

A la llegada á Lima del general Miller á principios de Noviembre, fué nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército peruano; cuyo mando recayó en él interinamente, hasta que nombrasen un general en jefe. Las tropas peruanas se componían únicamente de los restos de los cuerpos empleados en las desastrosas campañas del Sur, mientras que las que habían levantado en Trujillo, continuaban aún declaradas contra Torre Tagle, y contra los colombianos auxiliares, y sobre todo contra el Libertador.

En su consecuencia adoptaron medidas para reemplazar las bajas que habían ocurrido en los regimientos peruanos, y mandaron hacer levás en las provincias ocupadas por los patriotas. Este sistema de reemplazar el ejército era en general sumamente arbitrario, y difícilmente puede justificarse con la urgencia de las circunstancias.



En virtud de un decreto del Gobierno ú orden del general en jefe, el prefecto del departamento mandaba á sus delegados provinciales verificar la leva, y enviar á la capital del departamento los reemplazos que ella produjera; de allí marchaban al cuartel general, donde el jefe del Estado Mayor los destinaba á los cuerpos. Sucedió con frecuencia que el padre y el hijo, el hombre industrioso y el vagamundo, eran indistintamente comprendidos en la leva, la cual se llevaba á efecto generalmente del modo más cruel. Durante el curso de la guerra podía considerarse al gobierno de cada provincia como superior á toda responsabilidad y sin límites, y á tal punto, que pudieron llamarse absolutos; por consiguiente, se concebirá fácilmente, que los subdelegados y sus agentes subalternos podían convertir sus facultades en medios de opresión, si á su carácter ó avaricia así convenía. Estos abusos, consecuencia natural de un estado de cosas mal asegurado, irán desapareciendo necesariamente, á proporción que los nuevos Gobiernos adquieran consistencia.

Tal vez no será desagradable á algunos lectores saber cómo el ejército libertador estaba vestido, y las pagas y raciones que recibía. El uniforme de las tropas de Buenos Aires, Chile y Perú era azul generalmente, con cuello y vueltas encarnadas, carmesí ó verdes, con vivo blanco y sin él, y algunos cuerpos con barras encarnadas ó blancas. Pero estos uniformes variaban con frecuencia por los vestuarios, que comprados en Europa á precios reducidos, enviaban al Perú algunos especuladores, los cuales, aunque á precios bastante altos, eran mucho más baratos que si los construían en el país, por esta razón ofrecían los regimientos muchas veces una vista extraña, por la diversidad de colores y uniformes. Aunque eran prendas del vestuario del soldado corbatines y botines, y se les daban cuando había proporción, no era conveniente su uso en el caluroso temperamento



de la costa. Comúnmente no usaban zapatos los soldados en toda una campaña, y los suplían con *ojotas* ó albarcas. En media hora podía una compañía, un regimiento ó un ejército habilitarse de nuevo calzado, si se les suministraba una cantidad correspondiente de cueros, y este material abunda siempre en aquel país. Cada individuo se hace sus *ojotas*, las cuales tienen agujeros todo alrededor, por los cuales pasan tiras del mismo material, que atan sobre el empeine del pie. Las armas y equipo de las tropas eran generalmente de manufactura inglesa.

En cualquiera caso en que las tropas patriotas se dividían en pequeños destacamentos sobre la costa, se hacían los soldados dejados y sucios; pero cuando se reunía el ejército tomaba la disciplina nueva fuerza y se ponían las tropas en un excelente estado; hasta su apariencia era brillante, á pesar de llevar las piernas descubiertas hasta los tobillos.

Los naturales de la América del Sur se hacen excelentes soldados, son bizarros naturalmente, dóciles, pronto para aprender sus obligaciones, ligeros en sus movimientos, sobrios, robustos y alegres, y subordinados en medio de las fatigas y privaciones; pero los chilenos son quizás los únicos que tienen igual disposición para ser buenos soldados de caballería, de infantería ó marinos.

Las divisas y distintivos de los oficiales, jefes y generales eran los siguientes:

Alférez ó subteniente, un galón estrecho en la manga; segundo teniente, dos galones; primer teniente, dos galones; capitán, tres galones; mayor, dos charreteras; teniente coronel, dos charreteras, y cuando los canelones son de oro la pala es de plata, y *viceversa*; coronel, dos charreteras, con pala de paño azul bordadas con hojas de laurel de oro ó plata, según la divisa de su regimiento.



Oficiales generales del Perú \*:

General de brigada, dos charreteras de oro, con pala de grana bordada en ella una estrella y orlada con hojas de laurel. Además una faja azul celeste.

General de división, lo mismo, con dos estrellas en cada charretera, y faja color de escarlata.

Gran mariscal, lo mismo, con tres estrellas en cada charretera, y faja encarnada y blanca.

El uniforme de un oficial general es azul turquí con cuello y vueltas encarnadas, y solapa del color del fondo de la casaca, todo bordado de oro alrededor; pantalón encarnado bordado de oro, y sombrero de galón con pluma por dentro como usan los generales franceses.

Las pagas mensuales de las diferentes clases al servicio del Perú son como sigue:

	<u>Duros.</u>	
Gran mariscal.....	666	
General de división.....	500	
General de brigada.....	333	
Coronel de Infantería .....	240	
Teniente coronel.....	160	
Mayor.....	110	
Ayudante.....	60	
Abanderado.....	40	
Capellán.....	30	
Cirujano... . . . .	75	<u>Compañías</u>
Tambor mayor.....	22	de preferencia.
Capitán.....	75	90
Primer teniente.....	50	60
Segundo teniente.....	45	50
Subteniente .....	40	45
Sargento primero .....	18	20
Sargento segundo.....	15	17
Soldado.....	10	11

Los sueldos de la artillería y caballería son un poco mayores que los de la infantería.

\* Los uniformes de los oficiales generales al servicio de Chile y Buenos Aires, se diferencian de los del Perú.



Los sueldos al servicio de Chile y Buenos Aires son menores que los del Perú, donde lo necesario á la vida y los artículos de lujo están mucho más caros que en las otras dos repúblicas.

El suministro de raciones al ejército era el siguiente: durante la campaña daban la etapa á la tropa, la cual, generalmente, se componía de carne sola; pues rara vez suministraban pan ó espíritus, y cuando sucedía lo consideraban como un favor. De tiempo en tiempo solían repartir maíz, el cual, tostado en una cazuela de barro, sustituye perfectamente al pan, y es una especie de alimento á que son muy aficionados los indígenas. Cuando había bueyes en abundancia, daban un novillo para la ración de un día de cien hombres; y por el contrario cuando el ganado estaba escaso, daban la misma cantidad para doscientos hombres, la cual se considera en la América del Sur como una ración escasa. Las partes inferiores de la carne no la comen, excepto en los casos de hambre extrema; por consiguiente, el consumo de ella es prodigioso, y la vecindad de un campamento ofrece una reunión desagradable de huesos, carne podrida é inmundicias, á no haber mucho cuidado en quemarlos todos los días.

Algunas veces sucedió, que tanto realistas como patriotas tuvieron que alimentarse con carne de llama, la cual es basta y muy insípida. En un país que abunda de lo necesario para vivir, jamás pueden ocurrir escasez de provisiones, sino por falta de previsión ó de buena administración.

Los soldados asaban, ó más bien tostaban la carne, y frecuentemente se la comían sin sal. Cuatro ó cinco formaban rancho juntos y tomaban en un solo pedazo sus raciones; el cual en ocasiones de abundancia era tal, que comían los trozos mejores, y tiraban el resto. Al principio de la revolución mataban algunas veces media docena de reses, para aprovecharse sólo de las lenguas.



En guarnición ó acantonamientos, cada cuerpo se abastecía por sí propio, al cargo de sus jefes respectivos, para lo cual estaban autorizados á retener cuatro duros al mes á cada soldado, cantidad más que suficiente para atender á los gastos del rancho diario y cuyo sobrante entraba en la caja del regimiento. Un oficial, generalmente de la clase de capitanes, nombrado por el coronel, cuidaba de la compra de las provisiones, cuyas cuentas examinaba el mayor y ponía en ellas su intervine y luego pasaban al coronel ó jefe principal del cuerpo, para poner en ellas su visto bueno, para que el habilitado del cuerpo las admitiera como legítima distribución y pudiese hacer el cargo á los individuos en su ajuste final. El habilitado era un oficial del cuerpo, elegido á la pluralidad de votos por los oficiales del regimiento, y el cual, con el coronel, eran responsables de cualquiera fraude ó mala aplicación de los fondos del rancho. Arroz, legumbres, grasa, con carne fresca ó sin ella ó charqui, cocido todo junto en una grande olla de campaña de cobre bien estañada por dentro, forman un excelente rancho, y era el que generalmente comían las tropas cuando estaban en Lima ó acantonadas en cualquiera punto de la costa del Perú. La tropa comía dos ranchos que en nada se diferenciaban, el uno comúnmente á las once de la mañana y el otro al ponerse el sol. Cada escuadra de veinticinco hombres recibía una olla llena, la cual ponían sobre un banquillo de tres pies y alrededor de ella formaban los soldados en círculo á la señal del cabo de la escuadra que la da tomando su cucharada de la olla, siguen todos los soldados alternativamente adelantando dos pasos al frente, meten su cuchara, la sacan tan llena como pueden y vuelven á comerla á su sitio: esta operación continúa hasta que se desocupa la olla ó los estómagos se llenan. Si sobran algunas provisiones, lo que generalmente sucede, se unen con las del día siguiente.



Algunos cuerpos estaban bien entretenidos y su mecanismo y aseo era bueno, pero la falta de este sistema consistía en dejar demasiado las cosas al capricho del jefe, con perjuicio tal vez de la salud del soldado. Si el jefe no tenía celo, probidad ó discreción, robaban infinito los encargados en los suministros y compras, y el pobre soldado, víctima de cualquiera acto de injusticia ó de descuido, se disgustaba naturalmente de aquel tratamiento, y al fin desertaba.

Durante una guerra activa y desastrosa, las circunstancias reclamaban imperiosamente el ascenso de aquellos que más se distinguían por su valor y encargarles con frecuencia mandos de importancia, pero muchas veces sucedió, que oficiales sumamente bizarros y acreditadísimos por su intrepidez, no eran á propósito para establecer la disciplina, y que los oficiales más lucidos en una parada y de más conocimientos, no eran los más útiles en campaña al frente del enemigo. Tomando en consideración todas estas circunstancias, junto con el modo cruel de reemplazar al ejército, y la idea desconsoladora de que no siempre el merecimiento era el único medio de llegar al mando y obtener los destinos, no debe extrañarse que los yerros fuesen tan frecuentes. Al contrario, debe más bien admirarse que hubiesen desempeñado tan bien las obligaciones militares como generalmente lo hicieron, y que llegasen al grado de perfección en que estaban los ejércitos Sur Americanos al fin glorioso de una revolución que tuvo que lidiar contra tantos obstáculos, con tan considerables desventajas.



## CAPÍTULO XXII

---

*Sublevación del Callao.—Capitán W. F. Martín.—Bolívar es nombrado dictador.—Disolución del Congreso.—Crueldad de los realistas.—Miller vuelve al Perú.—Travesía.—Acción desesperada de valor.—Capitán Roberton.—Corsario Quintanilla.—Martilini.—El bergantín «Congreso» se halla en peligro de naufragar.—Llega al puerto del Callao.—Posición y fuerza de los ejércitos realistas y patriotas.*

El penoso y arduo servicio en que estuvo empleado el general Miller en las costas mal sanas del Perú, le atrajeron nuevamente otro serio ataque de calenturas intermitentes. Su enfermedad se agravó por habersele abierto la herida antigua del muslo, la cual le producía un dolor vehemente y continuado, y á tal punto empeoró su situación, que tuvo por algún tiempo que ausentarse á países más fríos para recobrar su salud. Con este objeto se embarcó en el Callao el 24 de Enero en el buque de S. M. Británica el *Tártaro*; la bondadosa hospitalidad y agradables maneras del capitán Brown que lo mandaba, y el cuidado constante de cuantos oficiales iban á bordo, unido á la mejor asistencia de un hábil cirujano, lograron que al llegar á Valparaíso el 22 de Febrero, apenas le quedasen restos de sus dolencias.

A su llegada á Santiago fué á alojarse otra vez en casa de su antiguo y consecuente amigo Mr. Richard Price, y nuevamente recibió la bondadosa acogida que tuvo desde la primera vez que llegó á Chile. Mr. Price se había casado con una señorita chilena muy linda, y como



se ha hecho mención de varias solteras bonitas de aquel país, fuera injusto dejar de decir, que la señora de Price es un ejemplo de cuantas cualidades constituyen una excelente esposa y una tierna madre. También tuvo Miller la satisfacción de hallar casados á sus antiguos amigos el Doctor Cox y Mr. Barnad, y que ambos habían sido felices en la elección de compañera. La afición al Hime-neo pareció haberse hecho general en aquella ciudad, pues otros muchos ingleses y franceses se unieron con el lazo indisoluble á las hermosas hijas de Chile.

El Gobierno del Perú y el general Bolívar aprovecharon la oportunidad de la marcha de Miller, para instar sobre la pronta é inmediata cooperación de las fuerzas de Chile que habían prometido hacer volver al Perú; pero cuya promesa no se había cumplido por la duplicidad más chocante, y por la indebida conducta del Gobierno que mandaba en aquella época en Chile. El decadente aspecto de los negocios en el Perú reclama ahora nuestra atención.

El 7 de Febrero, las tropas que guarnecían los castillos del Callao se sublevaron, capitaneadas por un sargento mulato llamado Moyano, y prendieron á su gobernador el general Alvarado y á los oficiales de la guarnición. Los amotinados declararon que no tenían otras miras, que las de obtener sus pagas atrasadas, y que se les facilitasen los medios de transporte para Chile y Buenos Aires sus países nativos.

El general de Buenos Aires, Correa, tuvo una entrevista con los amotinados en los castillos; pero las moderadas proposiciones que transmitieron por su conducto, fueron tan equívocamente recibidas por el Congreso, y los esfuerzos del general Correa tan débilmente secundados por el Gobierno, que cuantas tentativas hicieron para someterlos, resultaron inútiles. El pago de cincuenta mil duros habría evitado aquella catástrofe; pero la tesorería no tenía á su disposición esta suma y los miembros



del Gobierno no tuvieron el patriotismo de anticiparla, ni la energía de extraerla por medio de una contribución general.

En el plan primitivo de la conspiración, nunca pensaron en hacer traición á la causa de la independencia; y los amotinados se condujeron con más moderación de lo que generalmente sucede en tales casos, pero tal fué la falta de tino y tacto político del Gobierno y del Congreso, que no les quedó al fin otra alternativa á los conspiradores que renunciar sus reclamaciones, ó por su propia conservación llamar á los realistas y enarbolar la bandera española.

El capitán William Fanshawe Martín, durante la ausencia del capitán Brown, comandante de las fuerzas navales inglesas en el mar Pacífico, y cuya conducta prudente y enérgica libertó la propiedad inglesa de un saqueo, ofreció políticamente el buque de S. M. Británica el *Fly*, que mandaba, para servir como punto neutral en donde pudiesen reunirse ambos partidos para arreglar sus diferencias, negándose abiertamente á tomar parte por ninguno; pero el Congreso no hizo nada, y el Gobierno hizo peor que nada. En vez de procurar atraer á sus deberes á los amotinados, el Presidente y el ministro de la Guerra principiaron á buscar secretamente medios de reconciliarse con los realistas.

Durante los primeros días de la sublevación temieron los comerciantes que sus almacenes en el pueblo del Callao serían saqueados, pues se hallaban á la merced de una soldadesca enfurecida, cuya rebelión les hacía superiores á toda consideración ó respeto á las leyes ó la propiedad. Los comerciantes debían esperar poco de ellos, y como no tremolaban ninguna bandera, ni reconocían ningún Gobierno, y no sabían los mismos amotinados qué partido seguirían definitivamente, ni aún podían esperar una compensación sucesiva de los perjuicios y pérdidas que sufriesen. Habiendo manifestado el cabecilla



Moyano, que no le era posible contener su gente, si no alcanzaba una cierta cantidad de dinero con que contentarla, los comerciantes ingleses se la adelantaron discretamente.

Debe lamentarse que muchas personas cuyo rango é influencia podía haberse empleado con éxito, para que los amotinados obtuviesen la satisfacción de sus quejas, permaneciesen pasivos espectadores en circunstancias tan críticas. La consecuencia natural de tal torpeza y tal indiscreción, fué que el 10 sacasen de las casamatas al coronel realista Casariego, que se hallaba prisionero de guerra, y le encargasen del mando de las fortalezas. A pesar de haber tomado el mando este jefe, no enarbolaron la bandera española hasta el 18, en cuyo acto escribieron al general Canterac, que se hallaba en el valle de Jauja, llamándole á ir á tomar posesión de los castillos en nombre del Rey. Este retardo prueba que si el Gobierno de Lima hubiese tenido el más leve grado de energía, podían haber conservado los castillos á la República. Nada hicieron, y el general Monet, á la cabeza de una división realista, entró en el Callao el 3 de Marzo.

La situación del capitán Martín era muy delicada y embarazosa; pero salió de ella con gran firmeza y discreción. Casariego le manifestó que esperaba haría el correspondiente saludo á la bandera española, recibiendo notificación oficial de que se había enarbolado; pero el capitán Martín se negó á comprometer su pabellón hasta que el gobernador estuviese revestido con el mando por alguna de las autoridades conocidas en el Perú.

El capitán Martín reclamó, y obtuvo de la Aduana, todos los papeles originales pertenecientes á los buques ingleses en la bahía. También obtuvo permiso para enviar á tierra una partida de marinos, para proteger la propiedad inglesa, medida que reclamaba la circunstancia á que antes se ha hecho alusión de que los amotinados no se consideraban responsables de ningún exceso



que pudieran cometer, y el haberse abstenido de cometerlos en tales momentos, debe atribuirse más bien á la natural moderación del carácter de los americanos del Sur que á los esfuerzos de los que los dirigían. Sin embargo, tal era el estado general de alarma, que varios capitanes de buques, no considerando seguros sus cargamentos, picaron cables y se dieron á la vela, á pesar del fuego que les hacían los castillos á su salida.

El capitán Martín escribió en seguida al gobernador, manifestándole que varios comerciantes ingleses le habían hecho presente que deseaban embarcar sus mercancías, y, por lo tanto, reclamaba que se le concediese este permiso, pagando únicamente lo señalado por tránsito, en conformidad al derecho indisputable que les asistía para ello. También accedieron á esta reclamación; pero luego presentaron dificultades en el modo de ejecutarlo, así como á la proposición de remover todos los buques ingleses á un fondeadero fuera del alcance del cañón de los castillos. No percibiendo ninguna disposición para cumplir con esta reclamación, y no pudiendo haber otra razón para detener los buques, sino el pillaje ó el objeto decidido de incomodarlos, y como estaba ya á bordo del *Fly* una cantidad considerable de dinero antes de la sublevación, creyó prudente el capitán Martín cambiar su propio fondeadero, no solamente para poner en absoluta seguridad su cargo, sino para avisar á los buques ingleses que llegasen antes que entraran en el puerto. El gobernador se opuso fuertemente á que el *Fly* pasara al fondeadero de San Lorenzo y permaneciese en él con los buques mercantes; pero el capitán Martín insistió con tanta resolución y buenas razones, que al fin accedió el gobernador. Sin embargo de este arreglo, cuando el *Fly* empezó á dar la vela, las baterías le rompieron el fuego; pero este proceder lo explicaron satisfactoriamente respecto á que no había mediado tiempo bastante desde el recibo del aviso oficial de su reso-



lución de cambiar de fondeadero para que el gobernador comunicase las órdenes á los comandantes de las baterías. Cuando el general Rodil fué después nombrado gobernador del Callao, pidió que el *Fly* y su convoy entrasen nuevamente en el puerto; pero no admitieron su ofrecimiento.

En el ínterin llegó desde Pisco al frente del Callao la fragata peruana el *Protector* (antes la *Prueba*, apresada á los españoles), y el intrépido vicealmirante Guise dió varios ataques á los buques bajo la protección de los castillos. En la noche del 29 de Febrero, una partida embarcada en los botes del *Protector* quemó una fragata demantelada (la *Venganza*) y un bergantín de guerra.

El vicealmirante Guise declaró en estado de bloqueo todas las costas entre el Callao y Cobija en el desierto de Atacama, el cual se negó á reconocer el capitán Martín, respecto á que la escuadra de bloqueo no tenía fuerzas suficientes para llevarlo á efecto.

Por esta época el Congreso nombró dictador al general Bolívar, y se disolvió, terminando sus sesiones y su existencia política con un acto de conocida sabiduría. Como más de una vez hemos desaprobado algunas resoluciones del Congreso, no pasaremos adelante sin hacerle la justicia que se merece. A excepción de unos cuantos miembros, secreta ó casi públicamente contrarios á la causa de la independencia, el resto eran hombres bien intencionados y capaces de desempeñar la legislatura en bien de su patria en tiempos más pacíficos. El decoro con que llevaron sus sesiones y la elocuencia digna y respetuosa que empleaban en sus debates, habrían hecho honor á la Cámara de los Comunes de Inglaterra; y los nombres de los ilustrados y discretos Luna-Pizarro, Alvarez, Otero, Olmedo y muchos otros merecerán para siempre la admiración general por su patriotismo, firmeza é importantes servicios.

La gran falta que cometió el Congreso, y de la cual



emanaron las demás, fué haber reasumido en sus atribuciones parte de las facultades que corresponde al Poder Ejecutivo; y este error, impolítico en todos tiempos, era peligroso cuando el enemigo estaba á las puertas de la capital. Sólo una dictadura militar podía salvar la patria, y, por lo tanto, hizo ver el Congreso su sabiduría y rectas intenciones aboliendo un sistema que, conservando únicamente las fórmulas de la libertad, era incapaz de cortar el ejercicio de la tiranía. Por segunda vez fué Lima abandonada á la proximidad de los realistas.

El Libertador estaba en aquel tiempo en las inmediaciones de Pativilca y Huarás, con un ejército que se componía ya de cerca de seis mil colombianos y cuatro mil peruanos.

Dos ó tres escuadrones de caballería acantonados en Cañete y otro en Huacho con su jefe Navajas se pasaron al servicio de los realistas: este Navajas, cambió de partido durante la guerra de la independencia, nada menos que cuatro veces. Casi al mismo tiempo el presidente marqués de Torre Tagle, el ministro de la Guerra, el general conde de San Donas, el general Portocarrero y otros muchos oficiales de todos grados se pasaron á los realistas\*.

Excepto una ó dos de estas personas, los demás se habían pasado antes de los realistas á los independientes, y lejos de ser perjudicial su defección á la buena causa, la produjo un gran beneficio; puesto que separó del ser-

\* Torre Tagle, su preciosa, amable y excelente esposa y sus niños, perecieron por falta de lo necesario para vivir durante el siguiente sitio del Callao por los patriotas. San Donas creyó obtener el perdón desertando á los patriotas, lo cual efectuó pocos días antes que los castillos se rindiesen; pero recibió inmediatamente la recompensa debida á su doble traición y murió á manos del verdugo en Lima. Portocarrero se ocultó en los bosques del valle de su naturaleza.



vicio patriota las personas menos dignas que había en él. Los puestos más elevados del Estado habían recaído vergonzosamente en algunos de ellos, sin hacer distinción entre el hombre honrado que abrazó la causa de la independencia por principios, y aquellos que se pasaban de unos á otros, sin más motivo que su ansiedad de figurar estando siempre del lado del más fuerte.

Engreídos los realistas con los últimos acontecimientos, muchos de ellos, que se jactaban de liberales, y de tener principios constitucionales, no satisfechos con cubrir á sus oponentes con los baldones más groseros, mancharon la gloria que habían adquirido últimamente por su actividad y perseverancia, con actos de una crueldad indisculpable.

Habiendo tomado posesión el general Monet del Callao de manos de los amotinados, y dejando en él de gobernador al general Rodil, volvió al valle de Jauja, llevando consigo los oficiales patriotas que habían preso sus propios soldados. Al llegar al camino de San Mateo, dos oficiales eludieron la vigilancia de la escolta y se escaparon. Instigado Monet por García Camba su ayudante general, mandó fusilar cruel y bajamente dos oficiales de los otros que iban prisioneros, para espiar según decía la fuga de sus compañeros; pero como todos eran igualmente inocentes, les obligaron á un sorteo, y las cédulas fatales recayeron en dos oficiales sumamente distinguidos. Uno de ellos el capitán.....\* sacó de entre el forro de su uniforme las medallas con que había sido condecorado por las batallas de Tucumán y Salta en 1812 y 1813, y poniéndoselas al pecho, dijo atrevidamente, que prefería la muerte de cualquier modo que fuese á los horrores de un encarcelamiento por los espa-

\* Este oficial, cuyo nombre no podemos recordar, había estado encerrado en las casamatas del Callao, y fué uno de los canjeados y enviados á Supe.



ños, cuyos furores había experimentado por siete años consecutivos; las últimas palabras de ambos fueron ¡viva la Patria! Este acto atroz de una barbarie indisculpable, es mucho más chocante, si se considera que el general Monet fué tenido siempre por uno de los oficiales más humanos de los realistas, y que García Camba era un liberal constitucional. El sistema colonial español hizo malos algunas veces á hombres buenos por sí y peores siempre á los que eran malos.

El resto de los prisioneros con otros que habían hecho anteriormente los realistas, los enviaron á la isla desierta llamada Chucuyto, situada en el célebre lago de Titicaca, cerca de Puno, donde fueron inhumanamente tratados por su gobernador D. Tadeo Garate. Una vez negó á una madre el permiso de entrar á ver á su hijo, á pesar de que con sólo ese objeto había salido de Arequipa, distante ciento veinte millas\*; en otra ocasión el comandante del depósito de la isla tuvo la bárbara cobardía de disparar varios cañonazos á los prisioneros solamente porque divirtiéndose entre sí hacían demasiado ruido para las orejas delicadas de su señoría.

Quizás nada de cuanto hizo Bolívar en el Perú, dió más títulos á su gloria, que su conducta en los críticos momentos que se siguieron á la sublevación de las tropas del Callao; por su firmeza, actividad y oportunos ejemplares, cortó el progreso á las defecciones, y obtuvo el respeto y entera confianza de todo buen patriota. A su nombre acompañaba un cierto encanto, y era considerado unánimemente como el único hombre capaz de salvar la república: á la verdad no desmintió las esperanzas que habían formado de él, pues en menos de un año quedó asegurada

\* Esta señora desgraciada era esposa del coronel Romero, que tanto servicio rindió á Miller en Siguan y otros puntos de la costa. Romero murió después de terminada la guerra sin recompensa alguna por sus buenos servicios.



definitivamente la independencia de la América del Sur.

El general Miller se hallaba tomando los baños termales de Colina en los Andes chilenos, cuando supo las ocurrencias del Perú, inmediatamente salió para Valparaíso, y se embarcó el 11 de Abril en el bergantín de guerra peruano el *Congreso*, mandado por el capitán Young. Antes de salir de Valparaíso creyó deber procurar un pequeño aunque acomodado establecimiento, á un fiel criado que le había servido con el mayor celo; y como los ejemplos que presenta la naturaleza humana bajo un punto de vista favorable, nunca fatigan al lector filantrópico, se le ofrecen los siguientes pormenores de fidelidad doméstica.

Juan Ortega, chileno, de unos cincuenta y cinco años de edad, es de poca estatura, pero de robusta apariencia, cara grande y despejada. Sus maneras son pausadas, naturalmente de buen genio y de disposición tan amable y bondadosa, que en todas partes donde entraba se hacía no sólo el favorito, sino el confidente de las gentes de la casa donde alojaban á su amo. Todos le conocían por el nombre de corporal Trim que le puso el lord Cochrane, y fuese á bordo de un buque de guerra inglés ó patriota, gozaba de privilegios peculiares á él. Los oficiales le saludaban afectuosamente, le daban la mano y á veces le alargaban un vaso de vino, el cual se lo bebía de seguido manteniéndose tan cuadrado como el mismo Trim pudiera haberlo hecho. Con el mayordomo del capitán, los criados de los oficiales y con la tripulación del buque en general, era Ortega una persona de no poca importancia.

El incansable cariño de este fiel criado es superior á todo elogio; en seis semanas no se separó ni de día ni de noche del lado del catre de su amo, después que este se abrasó tan considerablemente por la explosión de la pólvora en la isla de San Lorenzo. En otras ocasiones cuando su amo sufría por sus penosas heridas ó enfermedades, la tranquila indiferencia con que Trim sobrelleva-



ba los enfados de su amo, llamaba tanto la atención como su cuidado. Cuando Miller no podía hablar, Ortega le entendía por señas y se anticipaba á sus deseos con la mayor exactitud. Al conducir á Miller á bordo de la *Lautaro*, herido en la acción de Pisco, el capitán Guise nombró seis marineros para que turnasen, y dos estuviesen siempre para asistirle; pero el corporal Trim los despidió por sí mismo sin ninguna ceremonia y se hizo cargo de su asistencia, la cual desempeñó mejor que habrían podido hacerlo todos los seis juntos. Siempre tenía el dinero de su amo, y algunas veces llegó hasta poner mala cara visiblemente, si le mandaba dar dinero que el creía era dado ó pagado con demasiada liberalidad. Los soldados viejos que acostumbraban ir á visitar al general, tenían pocas probabilidades de alcanzar audiencia ó un socorro, y los despachaba si no los consideraba acreedores, ó si creía que sus visitas eran demasiado frecuentes.

La madre de Ortega viajó en 1820 cuarenta leguas en una mula para ver á su hijo, antes que se embarcase con la expedición libertadora; y presentó un documento del alcalde de la Ligua, de donde era natural su hijo, certificando que Juan Ortega había entrado á servir voluntariamente á su patria en el momento que llegaron á su pueblo las noticias desastrosas de la derrota de Cancharayada. También certificaba aquel documento que la conducta de Ortega había sido siempre tan ejemplar, «que nunca había sido puesto en el cepo». Esta clase de castigo debió ser muy general, cuando un tiranuelo en un lugarcillo remoto podía imponerlo por sí, y el haberse libertado Ortega de él era un timbre. Su madre regaló á Miller una alfombra pequeña hecha por ella misma, y al recibir en cambio un poco de percal estampado de Manchester, dijo que se haría de él un vestido, el cual se pondría únicamente en el aniversario del día en que lo recibía. Miller estaba alojado muchas veces en habitaciones magníficas; pero tal era la filial fidelidad



de Ortega, que la alfombra la colocaba invariablemente y con el debido cuidado al lado de la cama de su amo sobre cualquiera otra cosa que hubiese.

La repentina salida de Chile en 1824 del general Miller no daba tiempo á Ortega para ir á visitar á su madre; y la idea de salir nuevamente de su país sin ir á abrazar le afligía infinito; él mismo estaba ya lleno de canas; todas las apariencias eran de una lucha dilatada en el Perú; y por todas estas razones se resolvió Miller á dejarlo. Cuando su amo entró en la lancha, el pobre Ortega no pudo contener su aflicción; y tanto más cuanto su sentimiento se avivaba con la gratitud, pues le había dejado su amo los medios necesarios para establecer una pulpería en Valparaíso. Ortega parecía considerarse superabundantemente recompensado; pero su amo, afectado igualmente al separarse de tan excelente criado, creyó que ninguna recompensa era demasiada, y consideraba aún su fidelidad y cariño de más valor que los aplausos, y no pocas veces falsas protestas, del grande y del poderoso.

Habiendo sabido el capitán Young (con quien se ha dicho se había embarcado Miller) que habían armado algunos corsarios realistas en Chiloe y salido á cruzar al frente de los Puertos Intermedios, determinó reconocer todos los que hay entre Copiapó y el Callao. Desde Cobija envió pliegos Miller al gobernador de Salta, atravesando el desierto de Atacama. Atacama es una línea ó faja desierta de más de cien leguas de largo y sobre treinta de Este á Oeste, que separa á Chile del Perú. Este triste y solitario país no puede atravesarse, aun por pequeñas partidas, sino á costa de innumerables fatigas, teniendo que llevar consigo el agua, provisiones y forraje para el tránsito; pero rara vez viaja nadie por él. Un camino empedrado de unos dos pies de ancho corría á lo largo del pie de los Andes, construído en tiempo de los Incas, cuyos vestigios se descubrieron en 1823, y por el



cual invadió Valdivia á Chile desde el Perú. La orilla Norte de este desierto está algún tanto poblada, y se llama la provincia de Atacama. Cobija es un puerto seguro y el único perteneciente á Atacama que sea frecuentado; la provincia estaba alternativamente en poder de los patriotas ó de los realistas del Alto Perú, pero frecuentemente quedaba el mismo gobernador con ambos partidos, teniendo cuidado de inclinarse al lado más fuerte. Convencido Miller que abrirían sus cartas, escribió un oficio muy florido al general Arenales, gobernador de Salta, participándole que habiendo logrado apoderarse de Chiloe la expedición que había salido de Talcahuano, estaba ya navegando para Puertos Intermedios, y le habían mandado adelantarse para elegir el punto de Desembarco y reclamar la cooperación de los gauchos de Salta por el lado del Potosí. También añadía que noticias llegadas de España aseguraban que La Serna había incurrido en el desagrado de Fernando, y que probablemente Olañeta le sucedería en el virreinato. El gobernador de Atacama tomó bondadosamente á su cargo dirigir el oficio, é hizo mil promesas de enviarlo inmediatamente con el mayor secreto; pero se descubrió después que el digno gobernador abrió el pliego y envió una copia á Olañeta antes de darle curso. Olañeta había estado en pugna por largo tiempo con La Serna, y se creyó que la fingida aprobación de su conducta por Fernando aumentaría su obstinación contra el virrey. Arenales, por su parte, recibió el oficio á debido tiempo, y no sospechándolo escrito para servir á ningún objeto particular, después de conservarlo secreto y considerar su contenido dos días, convocó á la junta provisional y se lo comunicó en sesión secreta. Valdez, que había llegado al departamento de Puno, recibió también una copia duplicada del oficio, y por ella suspendió por unos cuantos días la marcha de su división contra Olañeta para oponerse á la supuesta expedición de Chiloe. No



habiendo noticia alguna de desembarco de tropas en ningún punto, principió Valdez á sospechar si el pliego habría sido un ardid de guerra; y pronto se confirmó en su opinión á la llegada de la noticia de que el general Freire había sido rechazado en su ataque á Chiloe.

Al aproximarse el *Congreso* á Arica, avistaron al bergantín llamado la *Vigía*, que había sido apresado, armado y equipado por el capitán del corsario español La Quintanilla que estaba cruzando fuera de la bahía; pero que al ver el *Congreso* volvió á su fondeadero. Este se dirigió inmediatamente hacia él, en la esperanza de que se rendiría sin la menor resistencia; mas el capitán de la *Vigía* empezó á hacer uso de los cuatro cañoncillos que tenía, y después de haber disparado cuantos cartuchos llevaba, siguió haciendo fuego empleando como metralla cuantos tornillos, clavos y pedazos de hierro viejo tenía. Habiendo derivado á sotavento el *Congreso*, y no queriendo el capitán Young causar averías al casco ni al aparejo de la *Vigía*, no contestó al fuego, y tomó la vuelta de á fuera para, voltijeando, caer de costado sobre él y apresarlo al abordaje. Hasta que el *Congreso* estuvo á pocas brazas distante de la *Vigía*, no cesó su capitán de hacer fuego, y saltó al bote con su tripulación; al pasar hacia tierra para escápar llegaron á estar á medio tiro de pistola del bauprés del *Congreso*, en cuyo acto soltaron los remos en ademán de rendirse voluntariamente; pero, percibiendo que las corrientes se llevaban al *Congreso* fuera del punto que ellos ocupaban, cogieron nuevamente los remos y siguieron bogando hacia tierra. Los marinos, que hasta aquel momento habían recibido orden de no hacer fuego, les dispararon entonces una descarga, á la cual todos los que iban en el bote se echaron inmediatamente en el fondo de él, á excepción del capitán, que permaneció en pie con la mayor serenidad imaginable y remando sacó el bote fuera de tiro de fusil, adonde volvieron á tomar sus puestos y



remar los marineros y se largaron á tierra. Habiendo asegurado su presa el *Congreso*, envió á Arica una partida para apoderarse de la tripulación; un oficial de los marinos con tres hombres halló al capitán escondido en una casa, y le agarraron inmediatamente por el cuello para llevárselo preso, pero él, no sólo tumbó en tierra de un cachete al oficial, sino á dos de los marinos y se abrió paso á la calle. El tercer marino al pasar le hirió gravemente, y sin más noticias volvió á bordo el pobre oficial con los ojos acardenalados y el rostro hinchado del terrible golpe que había recibido. A la mañana siguiente aseguraron que el capitán de la *Vigía* había pasado la noche en un cobertizo fuera de la ciudad y se conocía que había perdido mucha sangre durante ella; pero, habiéndose reconocido el sitio, no pudieron hallarle ni supieron lo que se había hecho. Este capitán era un escocés á quien los patriotas habían causado pérdidas considerables, y que con el expreso designio de vengarse personalmente había entrado al servicio de los realistas; su valor y su arrojo no pudieron superarse. El *Congreso*, la *Vigía* y un bergantín de guerra francés casi á un tiempo llegaron á un mismo fondeadero fuera de Arica, y el capitán francés reclamó la *Vigía*; pero el capitán Young se negó á entregar la presa como legítima, y dijo al comandante francés que podía acudir al gobierno peruano. Es algo singular que el *Congreso*, la *Vigía* y el bergantín de guerra hubiesen sido contruídos los tres y botados al agua de una misma grada de construcción en Saint Malo, en Francia.

Dirigiéndose el *Congreso* hacia Quilca encontró la goleta pirata la *Quintanilla* y una segunda presa que había hecho llamada la *Emprendedora*, la cual se dirigió inmediatamente á la playa, donde varó y la quemó su misma tripulación; pero la *Quintanilla* sostuvo un fuego muy vivo durante una corta caza y escapó á la caleta de Quilca.



Habiendo ido Miller á tomar noticias á algunos buques neutrales fondeados, y habiendo derivado el *Congreso* á sotavento de la caleta, le cortaron su retirada cinco lanchas armadas enviadas desde la *Quintanilla*, que permanecía en la caleta; pero percibiendo las lanchas un bote con marinos que venía del *Congreso*, desistieron de darle caza, en el momento mismo en que podían considerarle entre sus garras. Una de las personas que acompañaban á Miller en el chinchorro del *Congreso* era el capitán Roberton, escocés muy bizarro y oficial muy capaz, cuyas aventuras son sumamente particulares. Roberton fué desde Inglaterra con el capitán Guise como uno de los oficiales de dotación del *Galvarino*, y sirvió en la escuadra patriota, en la cual dió muchas pruebas de su valor. Cuando en 1822 mandaba un bergantín de guerra patriota, desembarcó en Arauco á la cabeza de sus marinos y marineros, y durante la noche sorprendieron á Benavides y su partida. Benavides escapó; su segundo, un italiano desalmado de nombre Martilini, que había sido contramaestre en un buque patriota, con el cual había huido de Guayaquil capitaneando el motín de la tripulación, fué herido de una lanzada por Roberton, pero se escapó también. En pago de las atrocidades que Benavides cometía, Roberton mandó ahorcar todos los prisioneros que hizo, y cuyo número ascendía á cincuenta ó sesenta.

El Gobierno chileno permitió algún tiempo después á Roberton que tomase posesión de la isla inhabitada de la Mocha, treinta leguas al Sur de la Concepción, y por esta causa principiaron á llamarle y conocerle con el nombre de Robinson Crusoe, el cual ajustó un criado chileno para servirle de ayuda, y, tomando cada cual su compañera, fueron á poblar la isla. A Martilini, el italiano desalmado segundo de Benavides, le dieron á mandar los realistas una goleta armada en corso llamada *Quintanilla*; y navegando en ella desde Chiloe des-



embarcó con una partida en la Mocha y se apoderó de Roberton, á quien cargó de hierros y reservaba para atormentarle. Frecuentemente le amenazaba con la muerte más horrorosa y acompañaba á sus amenazas con golpes; pero en un gran temporal le soltaron, y, en consideración á la superioridad de sus conocimientos náuticos, le rogaron que tomase la dirección de la goleta. Así lo hizo, pasó la tormenta y le permitieron pasear por la cubierta; estaban ya para entrar en Quilca cuando logró escaparse en un buque neutral para Chile. Roberton dejó una esquila manifestando á Martilini que, respecto á que no debía su existencia á la generosidad de ninguno, sino á sus temores durante el temporal, no se reconocía en obligación alguna; y concluía dándole á entender de que, en el caso de reunirse otra vez, uno de los dos perecería infaliblemente. Roberton tomó su pasaje en el *Congreso* desde Valparaíso, y por una coincidencia rara el corsario que persiguieron hasta la caleta de Quilca era la misma goleta *Quintanilla* que le había arrancado de su isla. Cuando vieron salir las lanchas armadas desde la caleta, Roberton manifestó su resolución de no dejarse prender vivo.

El *Congreso* persiguió tan de cerca á la *Quintanilla* en la boca de la caleta, que al caer el viento á la tarde se vió obligado á echar el ancla á sotavento, á muy corta distancia de las rocas, contra las cuales se estrellaban las olas con tremendo ruido. Durante la noche enviaron un oficial al bergantín de guerra francés, anclado á barlovento de la caleta pidiéndole ayuda; al amanecer se presentaron los botes franceses, y al llegar al alcance de la voz, les dijo con la bocina el oficial que los mandaba, que estaba pronto á recoger la gente, pero no á dar asistencia al buque, bajo el pretexto de que sería infringir la neutralidad.

A este tiempo había derivado el *Congreso* tan cerca á la parte exterior de las peñas, que los oficiales y tripula-



ción se metieron en los botes, y estaban ya en el punto de abandonarlo, cuando Robertson percibió un vientecillo muy ligero que le hizo concebir esperanzas de salvar el bergantín. Sin detenerse un punto saltó á bordo nuevamente, llamó á la gente que voluntariamente quisiera seguirle, é instantáneamente se halló el capitán Young con toda su tripulación sobre cubierta. En este crítico momento vieron salir remando de la caleta las lanchas del pirata, de forma que la única esperanza de escapar con la vida que les quedaba era salvar el bergantín; puesto que los piratas no respetan pabellón alguno, y retirarse á los botes del bergantín francés no les habría servido de salvaguardia.

Inmediatamente picaron cable en el *Congreso*; pero hizo tan poco rumbo durante la primera hora, que estrellarse contra las rocas ó salir á alta mar era un azar de que la suerte había de decidir, y que podía á cada instante suceder y esperarse uno y otro; dichosamente refrescó la brisa; se separó de la costa el bergantín, y se mantuvo cruzando fuera del puerto todo el día.

Deseoso más que nunca Robertson de ajustar cuentas con su *amigo* el italiano, formó el plan de apresar el corsario. Las once de la noche fué la hora señalada para que los aventureros que quisieran seguirle estuviesen prontos, y en el acto en que la campana del reloj principió á dar aquella hora, se oyó la voz de Robertson en todo el bergantín llamando á la partida que debía salir para abordar al pirata, y la cual se componía de unos cuarenta voluntarios. La gente subió del entrepuentes con un aire de firme resolución; pero sin ninguna apariencia de satisfacción ó alegría por que apenas se habían despertado, y los elementos parecían conspirar contra ellos. La noche era muy obscura, el mar estaba alterado, y el viento, silbando entre el aparejo con espantoso ruido, hacía armonía con el áspero bramido de la marejada contra la playa. Las luces que de tierra deja-



ban de tiempo en tiempo percibirse hacían la obscuridad más visible y horrorosa, y servía para aumentar el mal humor que precede al principio de una empresa desesperada. Roberton echó una tierna mirada á su hermano menor que hacía poco había llegado de Escocia, y entonces dió la mano á Miller y al capitán Young y les dijo al separarse de ellos. «El tiempo nos es contrario; pero si podemos tan solo avistar la caleta, y si la gente me sostiene, apresaremos la *Quintanilla* antes de amanecer.» Roberton y la partida saltaron á la lancha, aunque no sin dificultad y peligro por lo tempestuoso del mar. La lancha bogó para adelante; pero la noche continuó tan obscura y borrascosa que no pudo hallar Roberton la boca de la caleta. La lancha cayó considerablemente á sotavento; pero la recogió al día siguiente el *Congreso*, el cual hizo vela en seguida para el Norte.

Dos días después, el corsario *Quintanilla* salió de la ensenada de Quilca para hacer un crucero, y al pasar cerca del bergantín de guerra francés anclado en la bahía le disparó tres ó cuatro cañonazos por vía de bravata; pero habiendo cambiado el tiempo repentinamente y quedado en calma, apresaron al corsario los botes del bergantín francés, y enviaron á Martilini á Francia\*.

Roberton se distinguió en 1824 y 1825 al frente de los castillos del Callao; después de su toma fué encerrado en las casamatas en virtud de orden de Bolívar, por alguna ofensa política, de cuyos horribles calabozos se escapó de un modo extraordinario. Al abrirle el calabozo un día salió repentinamente, atropelló dos ó tres centinelas colocados por donde tenía que pasar, atravesó corriendo la puerta donde estaba el cuerpo de guardia, se echó al mar y nadando llegó á un barco mercante. Parece que después ha regresado á su isla de la Mocha.

\* Martilini manda en la actualidad un corsario español en el mar Pacífico, y ha hecho varias presas en las costas de Chile y el Perú.





Al llegar el 11 de Mayo al frente del Callao, salió el general Miller del bergantín *Congreso* que permanecía cruzando fuera de la bahía y se trasbordó á la *Vigia* que habían apresado. Miller continuó fondeado en el puerto veinticuatro horas, y convino con el general realista Loriga en tener una entrevista á bordo de la fragata inglesa la *Tártara*, comiendo con el capitán Brown; pero habiendo llegado un pequeño esmaque desde Trujillo con la noticia de que el general Bolívar había principiado su marcha para el interior, no creyó Miller que debía detener su partida, y la entrevista de los dos amigos, tan deseada por ambos, no pudo verificarse\*.

En la noche del 14 de Mayo tuvo el general Miller que hacerse cargo del oficio de piloto al llegar al frente de Supe, respecto que ninguno de los que iban á bordo habían visto jamás aquella parte de la costa. Miller cometió algunas equivocaciones al marcar la tierra, y el buque llegó á un punto donde, si hubiesen echado el ancla, á la primer marejada habrían dado contra la costa, donde no es posible mantenerse; pero afortunadamente conocieron á tiempo el error, y pudieron remediarlo.

Miller no se acordaba bien de la situación del cabo; pero deseando vivamente saltar á tierra, y habiendo únicamente á bordo un guardia marina muy joven y ocho ó diez malos marineros, dirigieron la *Vigia*, al obscurecer, hacia una pequeña bahía, la cual, afortunadamente, daba vuelta para formar parte de la Supe. La noche era sumamente clara y hermosa; las estrellas brillaban con no común resplandor, y á las once de la noche llegó la *Vigia* á un fondeadero á sotavento de un pequeño promontorio de tierra, y libre de la resaca que rompía con-

\* El general Loriga que sirvió á favor de la causa del rey con gran talento y fidelidad, se embarcó poco después para su país nativo. En el día tiene un mando de importancia en la isla de Cuba.



tra la playa con incesante espuma, pero el fondo era muy malo y el ancla no agarró, por lo que echaron otra. Entonces descubrieron una goleta, de apariencia sospechosa, que estaba anclada muy inmediata, á la cual llamaron á la voz; pero aunque habían visto una luz á bordo, nadie contestó, y empezaron á sospechar si sería algún buque de guerra realista enviado desde el Callao para interceptar la *Vigía*. Miller tomó la bocina, y en inglés y en español dijo que, si no contestaban inmediatamente, dispararía una andanada el bergantín de guerra peruano el *Congreso*. Entonces oyeron el grito de «¡Viva la Patria!», y enviaron un bote y encontraron dos pescadores á bordo del barco, el cual había llegado de los Puertos Intermedios con algunos soldados fugitivos. A los pescadores los había enviado á bordo el gobernador patriota de la provincia para tener cuidado del buque; pero ellos no podían decir con seguridad qué partido ocupaba el pueblo de Supe, aunque estaban seguros de que en el desembarcadero no había realistas. Miller se metió inmediatamente en una canoa; pero no pudo llegar á tierra sin empaparse de agua con la resaca. En seguida se dirigió á pie á Supe, distante dos leguas, y halló casi desierto el pueblo; sin embargo, se procuró caballos de una partida de montoneros que se había batido aquella mañana con los puestos avanzados de los realistas, y al día siguiente salió para reunirse á Bolívar.

En el pueblecillo pintoresco de Marca, á dos días de distancia de Supe, principia una subida [de dos leguas, que termina en la cumbre de una elevada montaña que puede en un día claro percibirse por los navegantes desde cincuenta leguas de tierra. Desde esta altísima cumbre se presenta repentinamente una de las vistas más majestuosas y encantadoras del mundo. Hacia la costa se ofrece un espantoso desierto, sin marca alguna de vegetación, un mar de arena en que se elevan crecidas olas, y al cual circula y prolonga el mar Pacífico. Al



frente, los Andes levantan sus cumbres hasta las nubes, y presentan una vista de incomparable grandeza. Una hondonada de cien millas de circunferencia parece socavada á intento entre los puntos más elevados de los Andes, conteniendo en sí misma algunas montañas, y rodeada al Oriente por alturas que se van elevando á proporción que se separan, á las cuales dan las nubes una variedad imponente, y cuyas cimas están cubiertas de nieve desde la creación del mundo. Al pie del lado oriental de la montaña de Marca se ve el pueblo de Requay que, aunque distante cuatro leguas por las tortuosidades de la bajada, parece situado debajo mismo del observador colocado en lo alto de la montaña. Al Norte de Requay se extiende el romántico valle de Huarás, donde una porción de pequeños pueblecillos hermocean y dan vida á las laderas de las montañas, mientras que habitaciones aisladas y esparcidas por todos los puntos y elevaciones del valle, le hacen más y más agradable y variado, ocultándose entre la frondosidad de aquel sitio encantador. El Valle Feliz que el Dr. Johnson imaginó, puede llamarse un retrato en miniatura de este incomparable panorama verdadero, y del cual habría difícilmente deseado salir el príncipe Abisinio, á no ser por la circunstancia de que al aproximarse á las moradas que á distancia parecen tan hermosas, disgusta al viajero la suciedad y miseria que aparentan. Sólo una pluma privilegiada pudiera hacer concebir una mediana idea de las bellezas de aquel sitio, y el pincel más feliz, al representarlo, quedaría muy lejano de la hermosura y grandeza con que la Naturaleza lo ha adornado.

El 19 de Mayo llegó Miller al cuartel general de Bolívar, que se hallaba en Huarás, en cuyas inmediaciones se iba concentrando el ejército libertador desde sus acantonamientos de Cajamarca, Guamachuco y Cajatambo, para principiar las operaciones ofensivas. Su fuerza efectiva ascendía á poco menos de 10.000 hombres.



La posición del ejército realista era la siguiente: sobre nueve mil hombres con el general Canterac en el valle de Jauja; sobre cinco mil con el general Valdez, y otros cinco mil con el general Olañeta; pero los dos últimos generales se hallaban en el Alto Perú, y opuesto el uno al otro, en consecuencia de haber negado Olañeta la obediencia al virrey, porque en su opinión era un constitucional por principios, y, por lo tanto, impropio para gobernar el Perú en favor del rey absoluto.



## CAPÍTULO XXIII

---

*Montoneros. — Medidas preparatorias para la campaña de 1824. — El ejército libertador avanza de Huarás. — Paso de las Cordilleras. — Medidas saludables del dictador.*

Al llegar Miller á Huarás, tuvo la satisfacción de ver por vez primera al general Bolívar, y al día siguiente fué nombrado comandante general de la caballería del Perú.

El hermoso, grande y muy poblado valle de Huarás se había hecho el centro de los activos preparativos necesarios para la próxima campaña, la cual creían principiaría con la marcha del ejército en el término de seis semanas.

Mientras tanto, Miller recibió orden de atravesar los Andes, y el 13 de Junio se puso en marcha para tomar el mando de mil quinientos montoneros que ocupaban el país, alrededor de Pasco.

Los montoneros en el Perú, semejantes á las guerrillas en la guerra de la Península, prestaron incalculables servicios, considerados como una fuerza auxiliar; se componían, principalmente, de hombres de cierta respetabilidad, cuyas casas ó residencias habían sido arrasadas por el insaciable espíritu de venganza del partido realista, que no pocas veces había reducido á escombros, y aun á un desierto, sitios donde anteriormente habían existido ciudades y pueblos de no poca consideración. Cada montonero tenía padres, hijos, parientes ó vecinos



que vengar, víctimas de la crueldad de los españoles; á esta clase de propietarios honrados se unían muchos holgazanes y hombres de mala conducta, que nunca dejan de presentarse en tiempos turbulentos. Los montoneros eran crueles y hasta feroces con sus enemigos; pero aunque servían sin sueldo, se conducían bien, generalmente, con los habitantes pacíficos. De este elogio deben exceptuarse las partidas compuestas principalmente de la hez del populacho de Lima. Sin embargo, aun éstas se conducían frecuentemente mejor que lo que debiera esperarse de hombres de sus antiguos hábitos y costumbres; y sus pequeñas irregularidades las contrabalanceaban en cierto modo con los servicios importantes que prestaban.

El pueblo de Reyes contenía en 1821 una población de cuatro mil almas, y fué saqueado y quemado por los españoles, los cuales pasaron á cuchillo inhumanamente á muchos de sus habitantes. Trescientos hombres sobrevivieron para vengar la atrocidad cometida con sus familias; voluntariamente se reunieron en una partida de montoneros y ejecutaron prodigios de valor contra los realistas, sin darles ni recibir cuartel. Cuando se veían demasiado cargados por el enemigo, tenían la costumbre de huir á alguna isla pequeña en el lago, á cuyas inmediaciones estaba situado Reyes, y en la cual tenían provisiones de antemano con ese objeto. Este magnífico lago de treinta leguas de circunferencia es uno de los manantiales ó fuentes de donde nace el río de las Amazonas, está cercado de un ancho borde de terreno pantanoso por el cual podían penetrar los montoneros por sendas extraviadas que daban vueltas por el mismo pantano, y sólo ellos conocían. En cualquiera oportunidad favorable salían de sus isletas repentinamente, y vencedores ó vencidos causaban pérdidas de consideración á sus enemigos. Torrentes de sangre se derramaron en esta clase de guerra cruel y exterminadora, aunque



necesaria, atendidas las circunstancias que la promovieron.

Habiendo mandado el general Miller en varias ocasiones á los montoneros, conocía personalmente á muchos de ellos, y, por lo tanto, celebraron la noticia de su nombramiento con mil regocijos. Estas guerrillas estaban divididas en partidas, compuestas de cincuenta hasta cien hombres; y de ellas, la que se componía de los hacendados de Reyes era de lo más atrevido, arrojado y emprendedor que puede imaginarse. Después de permanecer dos días en Pasco, base de operaciones de la guerrilla, pasó Miller á Reyes, donde los montoneros de aquel punto, como los de Ninicaca y Carhuamayo se habían reunido, deseosos de felicitar á su nuevo jefe, y los halló formados en batalla, presentando un conjunto verdaderamente grotesco. Unos estaban montados en mulas, otros en caballos, algunos llevaban gorras de piel de oso, otros cascos, otros morriones, y muchos tenían sombreros gachos de lana de vicuña; algunos tenían plumas, pero la mayor parte no llevaban plumaje. Sus trajes no eran menos variados; chaquetas de húsar, casacas de infantería y pellizas encarnadas, quitadas á los realistas muertos, estaban entremezcladas con los uniformes patriotas. A estos deben añadirse pantalones de mameluco, otros ajustados, con campana y cuchillos corridos de piel, calzones cortos, sandalias, y sin zapatos, pero todos estaban uniformados en una prenda. Cada individuo tenía un poncho, que llevaba en la forma usual, ó liado alrededor de la cintura, en forma de faja, ó colgado fantásticamente del hombro; tampoco había ninguno que dejase de llevar su lazo. Sus armas tenían la misma diversidad; fusiles, carabinas, pistolas, espadas, bayonetas, sables, grandes cuchillos y lanzas ó picas eran las armas con que el azar había armado ya á uno, ya á otro de ellos, pero las cuales manejaban en el combate con terrible efecto. El comandante de ellos, el



capitán . . . . ., que había sido nombrado en consideración á sus particulares hazañas, iba armado con una pistola, una carabina y una larga espada recta que había quitado á un coronel español, á quien mató en combate singular, y llevaba una chaqueta de un trompeta, llena de arrumacos, y un poncho semejante al de los oficiales. Cuando Miller se les acercó, se adelantó el capitán á recibirle, y le saludó marcialmente con su toledana. Miller entonces le contestó cortésmente y pasó á caballo por frente de la línea, y después de haber sobrepasado la última hilera, le sorprendió el zumbido de las balas de la salva que hicieron todos los que tenían armas de fuego; los cuales, no teniendo cartuchos sin bala, no escrupulizaron en disparar con ella para hacer su saludo.

Al día siguiente tomó Miller una escolta de los montoneros de Reyes, y se adelantó con objeto de reconocer los puestos avanzados españoles, cuatro leguas á vanguardia, sobre el camino de Tarma; pero se hizo de noche cuando aún se hallaba á una milla de las centinelas realistas, y se alojó en una choza, situada en una altura á la entrada de Cacas. Creyendo Miller importante imprimir en los montoneros la idea de que le era igual hallarse inmediato al enemigo, que distante, se quitó la casaca y se echó á dormir, dejando al capitán de la guerrilla que tomase las precauciones necesarias á su modo; sin embargo, Miller hizo estar alerta á su ordenanza, y que tuviese los caballos ensillados. No se había pasado arriba de una hora, cuando el comandante de los montoneros se levantó, y agarrando y moviendo violentamente á Miller por las espaldas, dijo que se le había ocurrido en aquel momento que en el mismo día el año anterior había sido sorprendido cerca de aquel sitio; y como un explorador enviado al pie de la altura no había regresado, la prudencia dictaba que se trasladasen al llano, ó más bien á retaguardia. A la mañana supieron que una partida realista se había aproximado durante la noche, á



muy corta distancia de Reyes, cuyo punto estaba ocupado por los montoneros que quedaron en él; por consiguiente, debió pasar la partida realista muy inmediata á los patriotas que estaban con Miller en Cacas. Poco después de romper el día se adelantó Miller hasta cerca de los puestos avanzados españoles, y habiéndose asegurado de su posición y reconocido el país inmediato, se retiró después de haber verificado el objeto que se proponía. El capitán de la guerrilla quiso insistir en que antes de retirarse le permitiesen tirar unos cuantos tiros á los enemigos, porque se había hecho una obligación de *nunca ver á un godo, sin tirar del gatillo*.

Habiendo permanecido Miller otra noche en Reyes en la única especie de casa que tenía techado, siguió hacia Yaule, dejando á su izquierda la línea circular de los puestos avanzados españoles, colocados al frente y alrededor de Tarma, y después de una jornada de seis leguas, llegó cerca de media noche al pueblecillo arruinado de . . . . ., sobre la orilla izquierda del Río Grande. Este río no es vadeable, y los realistas habían destruído el puente suspendido; pero unos cuantos montoneros, acorde á las órdenes que recibieron, habían asegurado una cuerda desde una orilla á la otra, en un punto escarpado, y la cual estaba muy tirante y tenía asegurada una especie de silla ó asiento, hecho de modo que corría por ella de una parte á otra; á ésta estaba atado un fuerte lazo corredizo, y en aquel aparato, Miller y su escolta atravesaron el río uno á uno.

Como un puesto avanzado realista había estado mucho tiempo estacionado en una altura, á no gran distancia del río, y se veía durante el día, los montoneros consideraban la operación muy arriesgada, y aseguraron á Miller que él era el primer oficial con sombrero de cucarda que se había determinado á pasar por aquel punto de aquella manera. Estos incidentes puede ser que parezcan demasiado triviales para hacer conmemoración de



ellos; pero como Miller recibió siempre una ayuda eficaz y constante de los montoneros en las empresas más peligrosas, se ha creído necesario describir las medidas que adoptó, las cuales no sólo manifiestan la naturaleza de aquel servicio, sino el modo con que se granjeó la confianza de aquellos extraños guerreros montañeses.

Al día siguiente continuó Miller su marcha á Yaule, cinco leguas á su izquierda, en una línea circular. En su marcha pasó por Pachachaca, pueblecillo sobre el cual los condores revoloteaban largo tiempo, y los perros domésticos guardaban aún las desmanteladas chozas, ocupadas en otro tiempo por sus amos, que habían sido tal vez asesinados. Entre las ruinas atrajo la atención de Miller una chimenea de ladrillo; sus ojos se fijaron en ella, y la primera idea que se ofreció á su imaginación, fué que un inglés debía haber habitado en aquel humilde lugarcillo; miles de recuerdos de su país y agradables emociones le hizo despertar aquella idea, y en medio de los solitarios Andes se creyó un momento en el hogar paterno. Al informarse de la persona á quien pertenecía aquella casa, le dijeron que la había hecho construir un D. Guillermo Bevan, inglés de nacimiento, y un buen patriota. No se pasó mucho tiempo, cuando Mr. Bevan se presentó sobre una de las alturas inmediatas; no fueron necesarias cartas de introducción ni recomendaciones para que los dos paisanos se hablasen é intimasen, y Bevan abrazó á Miller con lágrimas de alegría. Parece que este Mr. Bevan había sido un minero respetable en Cornwall (en Inglaterra), y con otros varios había salido para el Perú, empleado por D. Pedro Abadía, comerciante español de los principales de Lima. El y sus compañeros construyeron un horno en Pachachaca para fundir el mineral, por cuyo medio obtuvieron una gran cantidad de excelente plomo, que antes se perdía; y el establecimiento continuó en el estado más floreciente, hasta que aquella parte del país se hizo el teatro de la



guerra. En consecuencia de los males y devastación que debía esperarse, todos los ingleses se retiraron á Lima, á excepción de Bevan, que resolvió quedarse; pero habiéndose declarado indiscretamente partidario de los patriotas, le destecharon la casa y quemaron las puertas varias veces; pero lo que más lamentó Bevan de las pérdidas que le causaron, fué la brutal destrucción de una rica y curiosa colección de pájaros y otros animales que había reunido á costa de grandes fatigas, y conservaba en cajas para remitir á Inglaterra: al fin se refugió á las montañas más elevadas, y vivió en ellas como pudo. Bevan era de carácter activo, inteligente é industrioso, y en lo sucesivo fué de grande utilidad á Miller, el cual tuvo la satisfacción de poderle prestar poco después un pequeño servicio. Una mina perteneciente al Gobierno, situada cerca de Yaule, se puso á pública subasta; Bevan quedó con el arriendo, al cual suministraron los medios correspondientes para continuar los trabajos, y Miller le procuró también de socio al coronel Sánchez, hombre de capital y uno de los mineros principales de Pasco. La especulación presentó un bello aspecto, y Bevan iba realizando sus halagüeñas esperanzas; pero, desgraciadamente, murió dos años después que la fortuna hubiese principiado á serle propicia, y cuando parecía que sus tantas veces malogrados proyectos tendrían efecto cumplido.

Como se ha nombrado á D. Pedro Abadía, se permitirá una corta digresión de la narración, para decir que el autor de estas Memorias estuvo hospedado en su casa en 1825, cerca de la punta Noroeste de la isla de Puerto Rico; y cuán atenta y bondadosamente lo hizo, es inútil decirlo, cuando Abadía no ignoraba que debía en gran parte su existencia al general Miller, que casualmente era presidente de un tribunal militar, cuando la sentencia de muerte se habría seguido á la confiscación de bienes; pero no es ese el objeto de la digresión. Uno de



los varios aspectos que presenta la suerte de Abadía ofrece un ejemplo de rectitud y honradez que no debe pasarse en silencio. Abadía fué en otro tiempo hombre de una riqueza inmensa; y en aquella época compró una hermosa hacienda cerca de . . . . ., en Puerto Rico, con objeto de dársela á un sobrino suyo, cuando creciera en años. En el ínterin colocó en ella un mayordomo, y ocupado en un comercio más productivo, casi olvidó aquella propiedad. Algunos años transcurrieron, y las guerras civiles disminuyeron sus recursos; los infames en quienes depositó su confianza, le robaron los restos de su fortuna; su vida estaba en peligro, y la hacienda en cuestión fué casi el único recurso que le quedó de sus inmensas riquezas. A ella dirigió sus pasos, incierto de su verdadero valor y aun de su propia recepción; pero cuando las desgracias le cerraban las puertas por todas partes, halló consuelo donde menos lo esperaba. Su mayordomo, francés de nacimiento humilde, recibió á su amo con el cariño y alegría que inspira la pureza de la conciencia, é inmediatamente le presentó fielmente las cuentas del producto y gastos de la finca, sin que su amo se las pidiese, y puso á su disposición un considerable remanente que resultaba de todo el tiempo de su larga administración. Su amo, agradecido, al devolverle los libros, le dijo: «Has procedido como un bueno y fiel criado; pero de aquí en adelante llevaremos á medias esta hacienda, de la cual te cedo la mitad.» El autor de estas Memorias tuvo el singular placer de comer con estos dos raros ejemplos de fidelidad y gratitud inolvidables. Abadía reside actualmente en Holanda, en circunstancias poco aventajadas.

Las guerrillas de que hemos hecho mención rodeaban al ejército realista á las órdenes de Canterac, acantonado entonces en el valle de Jauja, de tal forma, que no sólo proporcionaban al general Miller reconocer el país sesenta leguas á vanguardia del ejército libertador, sino



cubrir sus operaciones preparatorias para atravesar los Andes. Los realistas, acosados á cada instante, estaban en una alarma continua; y Miller, cuya actividad le hacía emprender operaciones atrevidas, se vió frecuentemente perseguido muy de cerca; pero siempre burló la vigilancia del enemigo, aunque no en todas ocasiones, sin experimentar alguna pérdida. Con esta clase de guerra, mantuvo á cubierto el general Miller el distrito de Pasco, cuyas minas continuaban explotándose sin intermisión, aunque sólo distaban de ellas diez y seis leguas los puestos avanzados del enemigo. Algunas veces se aproximaban los realistas á una distancia menor, pero rara vez se aventuraron á pasar del lago de Reyes, porque les habrían cortado la retirada los montoneros, saliendo repentinamente de su isla ó de las cuevas y escondrijos de las montañas. Si los realistas se mantenían por algún tiempo en la inacción, las partidas patriotas avanzaban hasta un punto que les obligase á enviar fuerzas superiores, para librarse de aquellos vecinos tan molestos; entonces los montoneros se dispersaban; pero antes que sus perseguidores se hubiesen reunido al grueso de su ejército, se juntaban nuevamente, caían sobre su enemigo, y cortaban siempre una porción de rezagados. Las comunicaciones entre los mismos acantonamientos realistas se veían frecuentemente interceptadas y hostilizadas del modo más penoso, no podían nunca venir á las manos con sus perseguidores.

La distancia de Huarás á Pasco es de más de cincuenta leguas de desfiladeros de montañas, y Reyes está catorce leguas más á vanguardia, ambos puntos, como el país que los separa, carecen absolutamente de leña. *Champas*, ó una especie de turba, se emplea para sustituirla; pero en vez de hacinarla en niaras, la esparcían por el suelo para secarla, con objeto de que en caso que los realistas intentasen quemarla, fuese más difícil y les costase más tiempo y trabajo. Las *Champas* no están en



disposición de hacerse uso de ellas como combustible hasta quince días después de cortadas.

Secretos depósitos de víveres y forraje, ocultos en las cavernas formadas por las galerías de minas ya agotadas, y en medio de las montañas, facilitaban los medios de guardar los víveres acopiados para el ejército y muchos de ellos estaban dentro de la línea del país, que nominalmente poseían los realistas. La de cerca de Pachia, y en la orilla izquierda del Río Grande, estaba únicamente á ocho leguas de Tarma; su entrada la tenía en el lado perpendicular de un escarpado, á cincuenta ó sesenta pies de la tierra, y otros tantos de la cúspide; por consiguiente el único medio de subir á ella era con la ayuda de una cuerda asegurada en la cueva y escalones hechos en la roca para apoyar los pies. Por este medio subieron maíz, sal, carne curada, patatas y cebada; unos cuantos hombres podían defender estos depósitos subterráneos contra cualquiera número que los atacase. Frecuentemente sucedía que, cuando se retiraban los montoneros, quedaban abandonados estos depósitos; pero no siempre los realistas sabían con exactitud dónde se hallaban, y no sospechaban que hubiesen acumulado por este medio recursos de consideración.

Habiéndose concentrado el ejército libertador, mandado por el general Bolívar en persona, en el valle de Huarás, avanzó hacia Pasco en el mes de Julio de 1824. El ejército estaba bastante bien vestido y armado, y se componía de tres divisiones de infantería, dos de las cuales, como formadas de tropas colombianas, las mandaban los generales Lara y Córdova, y la tercera, compuesta de tropas peruanas, la mandaba el general La Mar. La caballería del Perú la mandaba el general Miller, la de Colombia el coronel Caravajal, los Granaderos á caballo de Buenos Aires el coronel Bruiz, y el todo de esta arma, como el jefe más antiguo de ella, el general Necochea. Cada division tenía su jefe de Estado Mayor; el general



Sucre lo era de todo el ejército, y el Dr. Sánchez Carrión, como ministro general para los negocios del Perú, acompañaba al Dictador.

Cada división tenía su repuesto de municiones de fusil, y el gran depósito de reserva lo conducían trescientas mulas. El comisariato tenía sus depósitos de arroz, tabaco, sal y coca, cuyos artículos debían únicamente emplearse cuando las circunstancias lo exigieran. A cada depósito estaba destinado un número correspondiente de mulas de repuesto para reemplazar las que se descarriasen ó inutilizasen.

El general Sucre desplegó antes de principiarse la campaña el saber más profundo y el juicio más exquisito en las disposiciones preparatorias que adoptó para facilitar la marcha del ejército á Pasco, distante cerca de doscientas leguas de Cajamarca, por el terreno más áspero del país más montañoso de la tierra, que presenta á cada paso obstáculos y dificultades, que se tuvieran en Europa como absolutamente insuperables. En estas marchas terribles pudo conocerse el todo de la subordinación inherente al soldado de la América del Sur, en quien ni las fatigas, ni privaciones puede disminuir su respeto á sus oficiales. Los pocos casos de descontento manifiesto que ocurrieron, como en Callao, etc., tuvieron su origen en la traición ó el miedo, ó por la mala administración de los haberes.

Aunque el Gobierno del Perú había empleado sumas enormes en el departamento de la Guerra, tal era la mala administración y falta de sistema, que hasta 1824 nunca la tropa recibió su haber con regularidad. No había suficientes restricciones, ni verdadera responsabilidad sobre ninguna persona determinada, y los cortos socorros que de tiempo en tiempo recibían, pendían más del carácter personal del jefe del cuerpo, que de ningún principio fijo ó determinado.

El general Bolívar mandó, para remediar este abuso,



que el pagador ó habilitado de cada regimiento, pagase personalmente á la tropa, esto es, diera al soldado en su mano una vez por semana las sobras que le correspondían á presencia del general de la división y del comandante del cuerpo. El haber completo del soldado eran diez duros al mes; cuatro duros le retenían por las raciones y dos para vestuario, masita, etc.; por consiguiente debía recibir un duro por semana. Sin embargo, tan escasa estaba de dinero la caja militar del ejército en 1824 que sólo recibía el soldado medio duro por semana; pero como lo recibían puntualmente, estaban más contentos con la mitad segura, que con el todo nominal sujeto á mil incertidumbres é injusticias.

A los oficiales les redujeron á la cuarta parte de su sueldo, y los subalternos quedaron, por consiguiente, imposibilitados de poder comer más que las raciones que recibían, puesto que los ocho ó diez duros mensuales que les correspondían, bastaban escasamente para cigarros y las prendas de vestuario absolutamente indispensables.

Por este medio se disminuyó considerablemente el presupuesto del ejército, al paso que la tropa, en vez de murmurar por la disminución de las sobras, estaba mejor y más contenta con la regularidad del suministro de las que les habían señalado. Esta medida dió también una lección provechosa á muchos oficiales que habían mirado con una criminal indiferencia la suerte y bienestar de sus valientes soldados.

Las excelentes disposiciones del general Bolívar produjeron también la ventaja de limpiar el ejército libertador de muchos oficiales que manifestaban tanto disgusto en sujetarse á las leyes de una severa disciplina, como poca voluntad de pasar los Andes para continuar la guerra con actividad; y los cuales, bajo varios pretextos, permanecieron á retaguardia ó se separaron en la marcha. Algunos de estos *varones ilustres* obtuvieron mandos en las provincias, donde publicaron proclamas muy pompo-



sas en las cuales hablaban de derramar la última gota de su sangre, y amenazaban á los realistas con la hora de la venganza en términos verdaderamente ridículos. Algunos de estos turbulentos y bulliciosos caballeros fueron promovidos *en consecuencia de la batalla de Ayacucho*, antes que otros, que habían tenido una parte principal en ella.

La inmensidad de trabajos y dificultades para hacer transitables los caminos ó más bien sendas por barrancos tan profundos y á lo largo de tales precipicios, pueden juzgarse únicamente por los que han atravesado la más que majestuosa cordillera de los Andes. La construcción de barracas de trecho en trecho en el largo yermo é inhabitado país que atravesaban, unido á la reunión y transporte de los materiales para construirlas, además de la leña para quemar, y la formación de almacenes de cebada y maíz para la caballería, requerían el todo de los esfuerzos del talento y actividad del general Sucre.

Las divisiones del ejército libertador atravesaron la cordillera generalmente, á la distancia de un día de marcha una de otra; pero la caballería y aun muchos de los batallones, se separaron frecuentemente de la línea de marcha. Las sendas pendientes y resbaladizas que bajan rápidamente de los peñascos, únicos puntos donde puede ponerse el pie en los parajes escabrosos de los Andes, son tan estrechas, que hacen el paso sumamente trabajoso, y no permiten ir sino á la desfilada. La única fila en que las tropas marchaban se extendía algunas veces infinito, por los *malos pasos* formados por quebradas profundas ó hundimientos en las sendas, por rocas salientes, ó por frecuentes cascadas; los cuales requieren gran cuidado y mucho tiempo para pasarlos y evitar algunas desgracias. Estos obstáculos eran para la caballería aun mucho mayores, tanto más, cuando cada soldado, además de la mula que montaba, llevaba un caballo de mano para montarlo únicamente á la vista del



enemigo. La agilidad y destreza con que hacían seguir detrás de sí los animales, era verdaderamente maravillosa, y no menos sorprendente verles hacer uso del lazo en aquellos parajes tan difíciles, con la misma libertad y precisión que en las demás ocasiones; asegurado el lazo alrededor del cuello del caballo de respeto, lo acercaban ó alejaban por su medio, á proporción que las vueltas y revueltas de las subidas ó bajadas, así lo requerían. Muchas veces tuvo que desmontar la tropa en los malos pasos, y en tales casos los sables y las lanzas servían para aumentar sus dificultades.

Durante la campaña de 1824 sucedió, frecuentemente, que yendo la caballería á retaguardia, no pudo llegar al punto de su destino hasta caída la noche, en consecuencia de los obstáculos que se la presentaban; entonces todos tenían que desmontar y llevar del diestro los dos animales confiados á su cuidado para evitar que se extraviasen ó cayesen en alguno de aquellos horrorosos precipicios; pero las precauciones más exquisitas no siempre bastaban para no perder el camino. Algunas veces los hombres que iban á la cabeza de un batallón continuaban siguiendo las orillas y ondulaciones de un torrente, en lugar de volver repentinamente á derecha ó izquierda sobre alguna roca inclinada por donde pasaba el camino, mientras que otros, cambiando oportunamente, seguían la senda verdadera. La línea se extendía tanto, que era imposible evitar muchos claros, y por lo tanto era muy fácil que ocurriesen tales equivocaciones, aunque de trecho en trecho estaban colocados cornetas para marcar la dirección. Muchas veces se oían llamar desde un barranco profundísimo á los que pasaban por el borde de la cúspide de la montaña, y preguntarles si el camino que llevaban era el verdadero; en este caso les contestaban con sus cornetas; pero frecuentemente ocurría que ambas partidas habían perdido el camino y seguían errantes sin dirección. El sonido repetido de las



cornetas á lo largo de la línea rota en mil parajes; las voces de los oficiales á sus soldados distantes, los relinchos de los caballos y rebuznos de las mulas, hombres y animales ansiando llegar al sitio de descanso, producían un extraño y espantoso concierto que retumbaba en la obscuridad de la noche en los imponentes desiertos de los Andes. Al cabo de mil inútiles esfuerzos para descubrir el camino verdadero, hacer alto hasta el día en el punto que les cogía la noche era comúnmente el último recurso; pero los hombres y animales sufrían en tales casos infinito, pues el termómetro estaba generalmente bajo cero, y algunas veces les sorprendieron fuertes nevadas.

Los barracones construídos en las *pascanas*, ó sitios donde las tropas debían hacer alto á la noche, en la vasta extensión despoblada del alto de las montañas y mesetas de sus cumbres, no prestaban abrigo sino á un número reducido de individuos, y, por lo tanto, la mayor parte de las tropas tenían que acampar al raso, algunas veces en puntos donde el termómetro *todas las noches* baja mucho más de cero; y esto ocurre *todo el año*, cuando en el mismo paraje sube frecuentemente á 90° al medio día. Fácilmente puede conocerse cuáles serían los padecimientos de unos hombres nacidos ó criados en las calurosísimas provincias de Trujillo, Guayaquil, Panamá ó Cartagena. La dificultad ó falta de respiración, llamada en algunos sitios *la puna*, y en otros *el soroche*, que se experimenta en aquella parte de los Andes, que más abunda en metales, es tal á veces, que batallones enteros caían de repente en tierra, como por encanto, y habría sido matar á cuantos los componían, obligarles á marchar antes que hubiesen descansado y se recobrasen algún tanto. En muchas ocasiones puede únicamente conservarse la vida, sangrando al paciente la sien. Esta repentina dificultad de respirar, se supone causada por las momentáneas exhalaciones metálicas y sulfúricas



que, hiriendo en el pulmón al inspirarlas, causan una fuerte sensación que produce la sofocación.

Estas dificultades y trabajos no los experimentó tan sensiblemente la infantería, pues desembarazada del cargo de los caballos, les era fácil volverse atrás, cuando era imposible á la caballería hacerlo muchas veces, respecto á que la senda en el lado de la montaña era casi siempre tan estrecha, que no podían dar vuelta los caballos. Más de una vez sucedió que el escuadrón de la cabeza, después de conocer que había perdido el camino, tenía que seguir por él hasta hallar algún paraje abierto donde pudiese reunir la gente, y esperar en él hasta que llegase el último individuo para deshacer lo andado, porque ni los caballos podían dar la vuelta, ni la senda admitía más de un caballo de frente. Si después de esta operación, tardía y trabajosa, encontraban al volver otro escuadrón por la misma senda, el conflicto era mayor, y necesitaban horas enteras para contramarchar cualquiera de los dos, sin que en tales casos dejasen nunca de precipitarse y hacerse mil pedazos algunos caballos y mulas, y no siempre se libraban los soldados que las conducían.

Habiendo producido un retraso conocido en las operaciones y ventajas sucesivas de los patriotas el poco cuidado empleado en otras ocasiones en la conservación de los caballos, el general Bolívar determinó cortar este abuso, y en su consecuencia dió órdenes muy severas antes de levantar los acantonamientos, haciendo responsables á los comandantes de los regimientos de caballería del menor descuido, y les dió la fuerza correspondiente, con la dimisión ó suspensión de varios jefes, por negligencia en el cumplimiento de sus deberes ó falta de celo. Estos ejemplares produjeron un efecto saludable, y Bolívar estableció disciplina y orden en un ramo en que no habían fijado hasta entonces la atención.

Cada jinete estaba armado con espada, lanza, y algunas



veces con carabina ó un par de pistolas; pero tal era la escasez de hierro, que la mayor parte de sus armas de fuego se convirtieron en clavos y herraduras. Los caballos iban calzados de los cuatro pies, lo que no es común en la América del Sur, y los cubrían muy bien con mantas las noches que pasaron en la cordillera, por cuyos medios hicieron aquellas marchas sin pérdidas de consideración. Con efecto, se mantuvieron casi tan gordos y lucidos como los caballos de la caballería española, que por más de un año habían estado mantenidos con alfalfa y maíz en el rico valle de Jauja, y tratados con todo el cuidado que se emplea en Inglaterra con los mejores caballos. La mayor parte de ellos eran de raza chilena, tomados por los realistas en la victoria que habían alcanzado: pocos valdrían en el Perú menos de ciento cincuenta duros españoles, y muchos eran de mayor precio.

La caballería patriota se componía tal vez de los mejores jinetes del mundo. Los *gauchos* de las Pampas, los *guasos* de Chile y los *llaneros* de Colombia están todos acostumbrados á montar á caballo desde la edad más tierna; tal es su habitual predominio sobre sus caballos, y tal su destreza, que la relación de una de sus fiestas á caballo costaría dificultad el creerla. El gaucho que al gran galope no pudiese coger con la mano un duro del suelo, sería entre ellos considerado como un mal jinete. El modo en que lo ejecutan es fijando una espuela en la gualdrapa de la silla; se lían después la crin al dedo, y se arrojan sobre el lado opuesto, y extendiendo el brazo hasta tierra, cogen el duro y vuelven á su antigua posición, con una gracia y una agilidad, que parecen volatineros. Frecuentemente gobiernan sus caballos sin hacer uso de las riendas, y si algún caballo llega á caer, aunque sea á todo escape, es tal la posición del jinete, que se queda en pie, y rara vez se hace el más leve daño. Los peruanos de las costas y del país de montañas no esca-



brozas son poco menos diestros que los gauchos, y sorprende verles bajar á galope por cuestas sumamente pendientes, con una facilidad y un aire como si fuesen por un llano. Los llaneros nacidos en los llanos de Colombia no son tal vez menos diestros en el manejo del caballo, pero no son tan airosos como los gauchos de Buenos Aires ó los guasos de Chile. El llanero rara vez se mantiene derecho, lo cual consideran como la mayor perfección, y van generalmente cargados á un lado ó en actitud poco noble.

La forma en que el ejército libertador atendió á sus subsistencias en la campaña de 1824, fué como sigue: Seis mil cabezas de ganado vacuno reunidas desde Cajamarca y provincias adyacentes seguían al ejército á distancia de dos ó tres días de marcha, á cargo de un comisario que suministraba á las divisiones cuantas provisiones necesitaban, y no podían reunir en los puntos donde hacían alto.

El ganado necesario para un ejército en toda una campaña se extraía generalmente de los grandes ganaderos, acorde á los medios de cada uno, dejando recibos á los dueños; pero durante la guerra se pagaban con mucha irregularidad, si es que llegaban á pagarse. Poca ó ninguna ceremonia guardaban en tomar el ganado que encontraban en las haciendas abandonadas por sus dueños, que emigraban con los realistas para servir con ellos, ya en la clase militar ó civil. No era raro encontrar hombres generosos entre los patriotas ricos, que salían al encuentro con ciento ó doscientas cabezas de ganado de donativo; tanto que, en general, la dificultad de procurar las subsistencias no era tan grande en proporción como otros obstáculos.



## CAPÍTULO XXIV

---

*Posición de las fuerzas realistas.—Revista de los patriotas.—Inmediaciones de Pasco.—Acción de Junín.—Muerte del teniente coronel Sowersby y del mayor Lizarraga.—Retirada de Canterac.—Los patriotas avanzan.—El general Bolívar se separa del ejército.—Partidas de reconocimiento.—Adelanta el virrey.—El coronel Althaus cae prisionero.—Se retiran los patriotas.—Valle de Pomacochas.*

Seducidos los jefes realistas por la facilidad con que habían vencido en Ica, Torata, Moquegua y el Desaguadero, atribuyeron equivocadamente sus victorias á la fuerza de su pericia; y despreciando al ejército libertador, no reunieron todas ó la mayor parte de sus fuerzas en el Norte, como debieron, para aumentarse las probabilidades del triunfo. Valdez, con su división, recibió orden de marchar á Potosí contra el ultra realista Olañeta, cuya inobediencia al virrey era cada día más y más patente. Canterac se consideraba bastante para repeler cualquier ataque de parte de los patriotas, y su opinión no era infundada, respecto á que su ejército estaba en un estado brillante bajo todos aspectos. La disciplina había llegado á su perfección; maniobraba con admirable precisión; el vestuario y equipo era excelente y completo; la artillería y caballería estaban perfectamente montadas y dirigidas, y todas las tropas pagadas con la mayor puntualidad.

Parece inexplicable cómo permaneció en la inacción el



general Canterac en sus acantonamientos de Jauja, mientras los comisionados patriotas, protegidos sólo por los montoneros, se esparcían en una inmensa extensión de país, ocupados constantemente en reunir provisiones, forraje y champas. Por qué razón no impidió Canterac la formación de estos depósitos en la parte oriental de los Andes, y por qué permitió pasar al ejército patriota sin que nadie le molestase por los horribles desfiladeros de las montañas, no puede de ningún modo explicarse, á no ser que se atribuya á confianza propia y á equivocado cálculo de la fuerza de su enemigo, puesto que en la opinión de los realistas, Bolívar era considerado muy inferior en capacidad militar á San Martín. Los puestos avanzados de los españoles estaban en Cacas, pueblecito tres leguas de Reyes.

El general Bolívar revistó sus fuerzas el 2 de Agosto en el llano entre Rancas y Pasco, las cuales ascendían en todo á nueve mil hombres presentes sobre las armas, en excelente estado y brillante apariencia. La siguiente proclama del Libertador se leyó á los Cuerpos en aquel acto, y produjo el mayor entusiasmo:

«SIMÓN BOLÍVAR, Libertador, etc., etc.

»¡Soldados! Vais á completar la obra más grande que el cielo ha encargado á los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

»¡Soldados! Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates.

»¡Soldados! El Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz, hija de la victoria, y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlaréis? ¡No! ¡¡No!! ¡¡¡No!!! Vosotros sois invencibles.

»BOLÍVAR.»



Nada puede exceder al interés y entusiasmo de aquel día, en que todo contribuía á aumentar lo romántico de la escena. Cerca de aquel punto habían sido batidos los realistas cuatro años antes por el general Arenales; la vista que ofrece la meseta en que las tropas formaban, y que se eleva majestuosamente más de mil doscientos pies sobre el nivel del mar, es quizá la más hermosa del mundo. A Poniente se ven levantar los Andes, que á costa de tantas fatigas acababan de atravesar; al Oriente se extienden hacia los dominios del Brasil enormes ramificaciones de la cordillera, y al Norte y Sur cortaban el horizonte montañas cuyas elevadas cumbres se pierden en el firmamento. En este llano, rodeado por objetos y vistas tan grandiosas, y al margen del magnífico lago de Reyes, nacimiento principal del río de las Amazonas, el mayor de cuantos se conocen, estaban reunidos hombres de Caracas, Panamá, Quito, Lima, Chile y Buenos Aires; hombres que se habían batido en Maypo, en Chile, en San Lorenzo, en las orillas del Paraná, en Carabobo, en Venezuela y en Pichincha, al pie del Chimborazo. En medio de aquellos americanos, valientes defensores de la libertad y la independencia de su patria, había algunos extranjeros fieles aún á la causa, en cuyo obsequio habían perecido tantos otros paisanos suyos. Entre los que sobrevivían á tantos peligros y tantas fatigas, se hallaban hombres que habían combatido en las orillas del Guadiana y del Rhin, y que habían presenciado el incendio de Moscou y la capitulación de París. Tales eran los hombres reunidos en aquel punto, haciendo causa común; americanos ó europeos, todos estaban animados del deseo unánime de asegurar la existencia política de un vasto continente, al paso que los vivas de las tropas, su alegría y su entusiasmo, llenaba de ardor y de consuelo á sus jefes, y su corazón se entregaba á esperanzas y presagios halagüenos.

Despertando al fin de su letargo el general Canterac,



determinó atacar al ejército patriota, operación que esperaba ejecutar en detalle, cayendo sobre las diferentes divisiones á proporción que fuesen saliendo de los desfiladeros. Con este objeto reunió sus fuerzas en Jauja, y marchó el 1.º de Agosto á Reyes, adonde llegó la noche del 4.

El 3 llegaron de la parte occidental de los Andes setecientos montoneros, y se reunieron á los que mandaba el general Miller, y el 4 se hallaba ya este general con algunas de sus partidas en la Arroya, pocas leguas al Oeste de Jauja. Miller escribió inmediatamente al general Bolívar, participándole que Canterac avanzaba, á cuya noticia aceleró su marcha el general Bolívar desde Rancas, por la orilla occidental del gran lago á Conachancha, donde Miller se reunió al ejército libertador en la noche del 5, y recibió orden de ponerse á la cabeza de la caballería peruana.

En la mañana del 5 había avanzado el general Canterac á Carhuamayo, y adelantó con su caballería á Pasco. En vez de hallarse en aquellos llanos inmensos con una sola división aislada, como probablemente esperaba, supo que el ejército libertador estaba reunido, y avanzaba por la orilla opuesta del lago. Canterac se retiró aquella misma noche sobre su infantería, y el 6 siguió su retirada. Mientras tanto continuaron su marcha los independientes en prolongación de la extremidad Sur del lago, para cortar á los realistas; y al cabo de una marcha de cinco leguas por un terreno montañoso, vieron repentinamente al llegar á un punto elevado, á las dos de la tarde, á los realistas, que á distancia de dos leguas marchaban por los llanos de Junín, un poco al Sur de Reyes. Un *viva* entusiasta y simultáneo se oyó por toda la línea, y es imposible dar una idea exacta del efecto que produjo la repentina vista del enemigo. Los semblantes de los patriotas se animaron con el ceño y la expresión varonil del guerrero que ve aproximarse el momento de lidiar y



de la gloria, y con vista fija y ojos centellantes contemplaban las columnas enemigas, marchando majestuosamente al pie del sitio elevado que ocupaban. El temor de que los realistas se escapasen sin poderlos atacar, ocupaba el ánimo de la mayoría, y la caballería, particularmente, ardía de impaciencia. Considerándose superiores á la caballería enemiga, como en efecto lo eran, fué obra de un momento cambiar las sillas de las mulas que montaban á los caballos de respeto, esperando que la naturaleza del terreno les daría la oportunidad de tener una parte activa, ó tal vez principal, en el combate que se acercaba.

A las cuatro de la tarde, novecientos hombres de caballería patriota, habiendo dejado una legua á retaguardia dos escuadrones y la infantería, se adelantaron á corta distancia del todo de las fuerzas realistas compuestas de ocho mil infantes, mil doscientos caballos y un número proporcionado de piezas de campaña. Considerando Canterac peligroso continuar su retirada, sin contener los progresos del enemigo, se puso á la cabeza de su caballería, la hizo desplegar en batalla, colocando un escuadrón formado en columna á retaguardia é inmediato á los flancos de la línea y mandó cargar. La infantería realista continuó su retirada.

Es justo decir que no solamente dió Canterac una carga maestra sino que logró darla en circunstancias desventajosísimas para los patriotas, cuyo entusiasmo les había conducido quizás demasiado cerca del cuerpo de ejército enemigo, y demasiado adelantados por un desfiladero, formado por un arroyo y terreno pantanoso por un lado y una fila de montañas escarpadas del otro, que les impedía desplegar con la rapidez que las circunstancias requerían. El escuadrón que formaba la cabeza de la columna fué el único que pudo desplegar.

El general Bolívar mandó al general Miller que con doscientos cincuenta hombres de la caballería peruana,



flanquease la derecha de la línea de los realistas que iban avanzando, pero como éstos se echaron encima al galope, no pudo llevarse á efecto este movimiento, y tuvo que conversar sobre su derecha y atacar de frente. La gente que mandaba Miller, junto con el ala derecha de los patriotas al mando del general Necochea, fueron cargados al mismo tiempo. El choque fué tremendo, y su consecuencia natural en las circunstancias que acaban de describirse fué la derrota total de los patriotas, á excepción de unos cuantos Granaderos á caballo de Colombia á las órdenes del bizarro mayor Braun, que se abrió paso por los enemigos y un escuadrón peruano que estando al primer choque un poco á retaguardia, se libertó afortunadamente de la suerte de los demás.

Con el primer movimiento debe terminar todo elogio á la caballería española, porque en vez de guardar su primitivo orden, ó conservar una reserva, se dividieron y dispersaron. Una parte perseguía la caballería patriota á las órdenes de Miller, enviada para flanquear la derecha de los realistas, y procuraba poder alcanzar el camino de Cacas; y la otra seguía al desfiladero al resto de los patriotas.

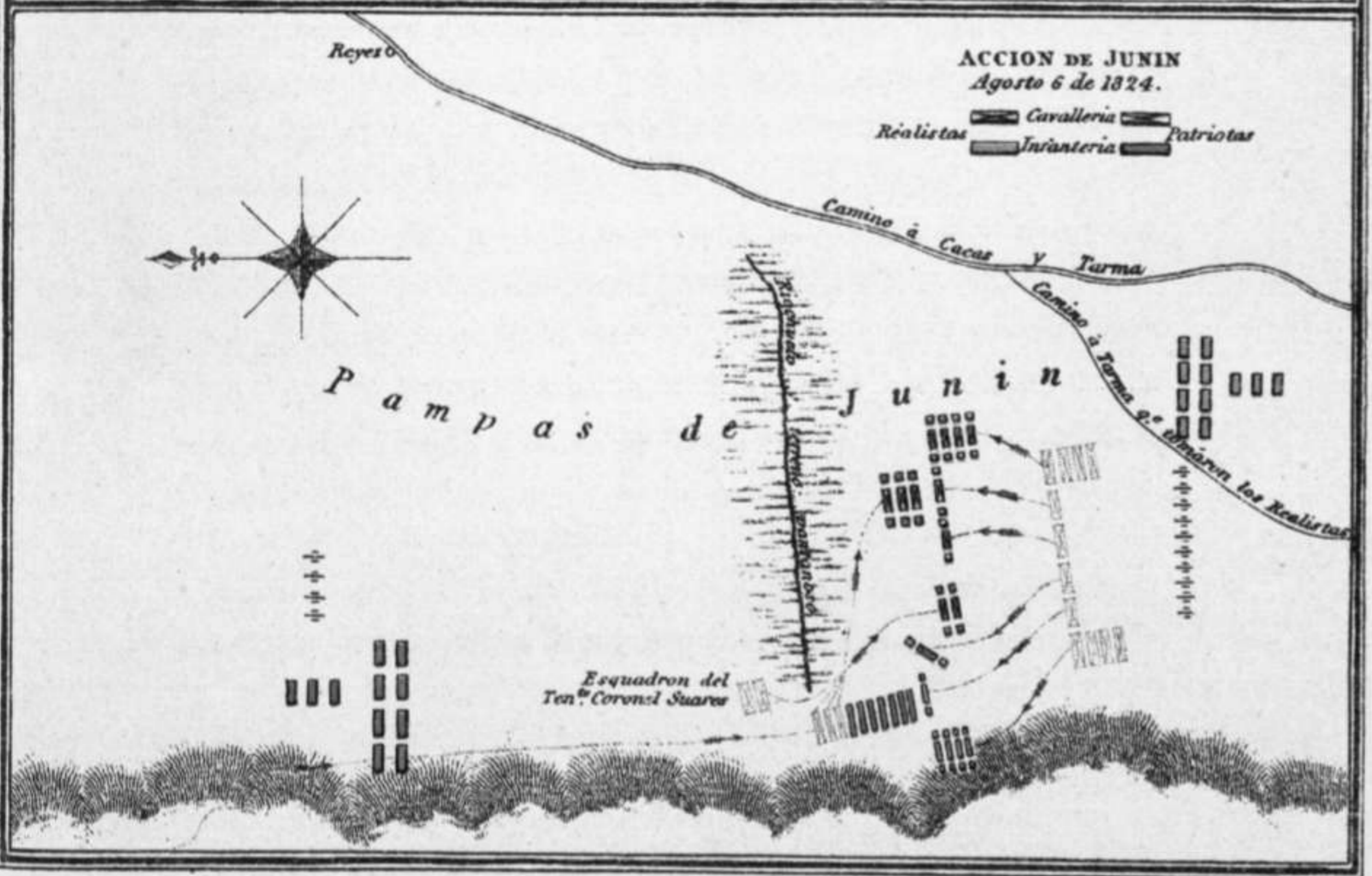
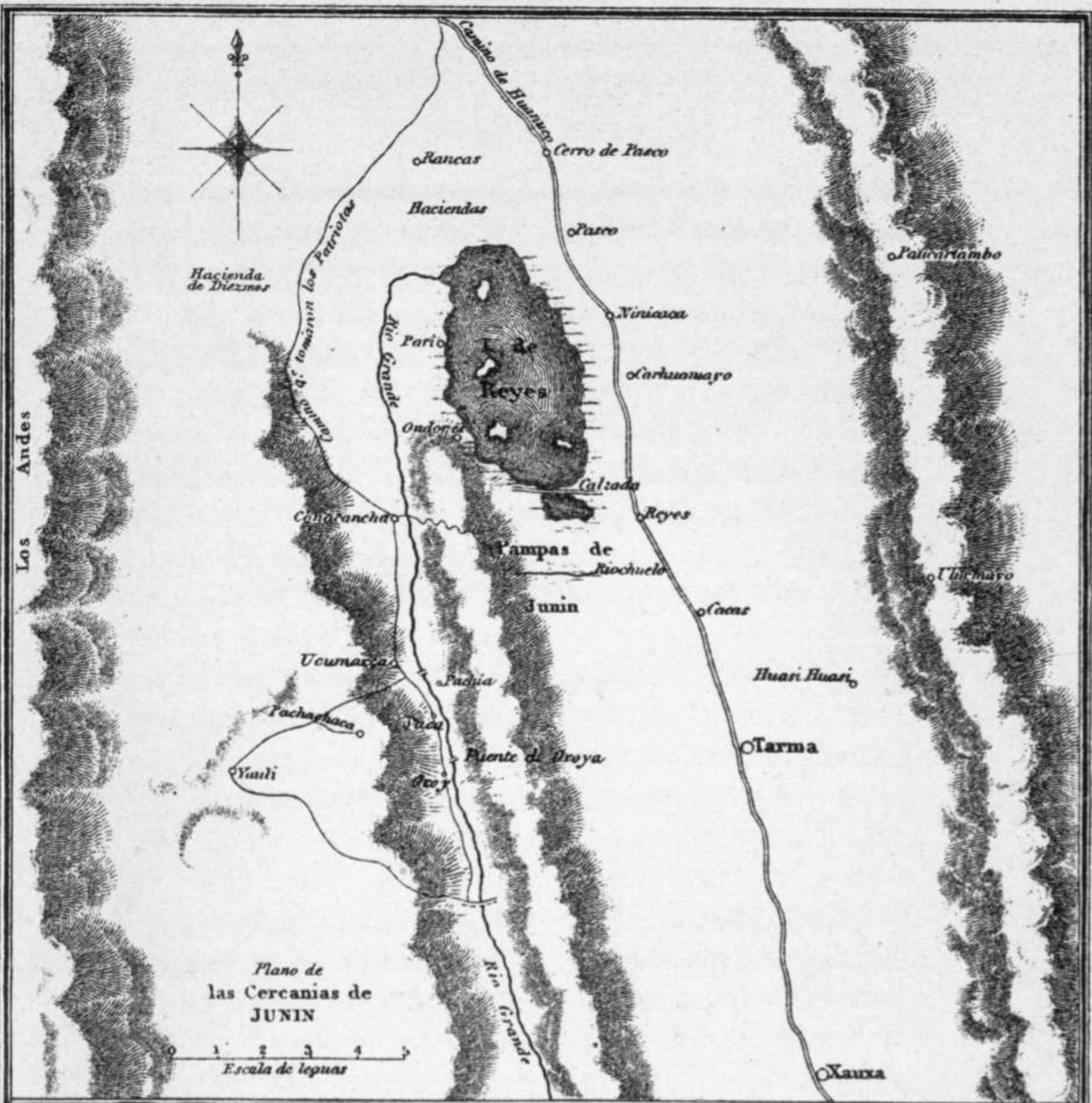
El teniente coronel Suárez que mandaba el escuadrón peruano que no había sido batido, había en el entre tanto avanzado sin oposición á ocupar el intervalo que dejaron los realistas; y hallándose completamente á su retaguardia principió á cargar á los que perseguían la izquierda de los patriotas al mando del general Miller, el cual, diéndose embarazado por lo pantanoso del terreno, volvió caras é hizo frente al enemigo. Hallándose los realistas sumamente extendidos y en desorden, y viéndose amenazados por el frente y retaguardia, principiaron á fluctuar y huyeron á su vez. El oportuno socorro de Suárez facilitó á los escuadrones patriotas dispersos de la derecha y de la izquierda, la posibilidad de reunirse, y el general Miller, los coroneles Caravajal, Silva y Bruix y el mayor



Braun con cuanta gente pudieron reunir, apoyaron á Suárez. Entonces los patriotas emplearon sus lanzas con tal efecto, que la decantada caballería de los españoles se puso en una total y vergonzosa fuga, y fué perseguido hasta las bayonetas de su infantería por un puñado de sus contrarios. El general Necochea recibió al principio de la acción siete heridas, y fué hecho prisionero. A intercesión de un soldado realista, que había servido á sus órdenes en el ejército de los Andes, le conservaron la vida, y este mismo soldado lo montó á ancas de su caballo, pero cuando iba retirándolo del campo de batalla, le rescató una partida colombiana á las órdenes del intrépido capitán Sandoval. Es seguramente doloroso tener que decir que el soldado generoso que salvó la vida á Necochea, fué muerto antes que los patriotas supiesen el servicio que había rendido. Estando herido el general Necochea, recayó el mando del todo de la caballería en el general Miller.

La acción duró tres cuartos de hora; los españoles perdieron diez y nueve oficiales y trescientos cuarenta y cinco hombres muertos y ochenta prisioneros. Los patriotas tuvieron tres oficiales y cuarenta y dos hombres muertos y ocho oficiales y noventa y un hombres heridos. Durante la acción no dispararon de una ni otra parte ni un solo tiro, y no emplearon más armas que el sable y la lanza. Las que de esta última arma se usan en Colombia tienen de doce á catorce pies de largo, y el asta de ella la forma una vara gruesa y flexible, á cuya extremidad está la lengüeta. Los lanceros fijan las riendas encima de la rodilla de forma que pueden guiar el caballo, y les quedan las dos manos en libertad para manejar la lanza, y generalmente hieren á su enemigo con tal fuerza, con particularidad cuando van á galope, que los levantan dos ó tres pies encima de la silla. El asta de las lanzas que se usan en el Perú, semejantes á las inglesas, son más pesadas y no tan flexibles como las de Colombia, pero los











peruanos manejaban también las suyas con grande destreza y efecto. A causa de la grande elevación del llano de Junín, fué tan intenso el frío de la noche, que murieron casi todos los heridos de una y otra parte.

El teniente coronel Suárez y el mayor Braun, fueron los oficiales que más se distinguieron y más particularmente contribuyeron al éxito feliz de la acción. El primer regimiento de caballería del Perú, anteriormente Húsares de la Legión, tomó el nombre de Húsares de Junín en virtud de orden del general Bolívar y en testimonio de su aprobación al valiente comportamiento que tuvo en aquella acción.

Bolívar pasó el desfiladero con la caballería, y dirigió personalmente los primeros movimientos de ella, pero así que percibió la dispersión, marchó inmediatamente en busca de la infantería, la cual colocó en una altura elevada cerca de una legua á retaguardia, y donde permaneció hasta que recibió el primer parte del general Miller anunciándole la victoria que habían alcanzado. El general Miller con unos cuantos Granaderos á caballo de los Andes, mandados por el bizarro capitán Pringuel, siguió el movimiento del grueso del ejército de los realistas, dejando orden para que el resto de la caballería que quedaba á retaguardia, formase en el campo de batalla y esperase órdenes posteriores; pero á su regreso halló que toda ella había recibido orden para replegarse sobre la infantería.

Sin embargo de la derrota de la caballería realista, y de la precipitada retirada de su infantería, el general Bolívar consideró oportuno disponer que todas las fuerzas del ejército libertador se retirasen á Reyes, precisamente situado á retaguardia á la misma distancia que lo estaba Cacas á vanguardia; en su consecuencia marcharon á Reyes en la mañana del 7.

Al día siguiente ofrecía el pueblo un espectáculo muy interesante: alojadas las tropas entre las paredes solita-



rias de casas destechadas, se congratulaban mutuamente por la victoria; mientras que los dueños ó antiguos habitantes de aquellas ruinas venían en tropel á Reyes acompañados por los habitantes de los pueblos de las inmediaciones que también se habían escondido, pero que salían en busca de sus libertadores para abrazarlos y llevarles algunos pequeños presentes. Grupos de ellos, mezclados con la tropa, se vieron ayudarla para hacer cobertizos para la noche, á guisar y otros pequeños oficios, y también á limpiar las lanzas de la caballería, cubiertas aún con la sangre de los españoles.

El general Bolívar ocupó una choza que aún conservaba una especie de techo; la cual rodearon los indígenas y colgaban en la puerta ornamentos de plata, como una sustitución de coronas de laurel, ó guirnaldas de flores. El general Miller fué á ofrecer sus respetos al Dictador, después de puesto el sol; y así que entró en la choza, vió recostado contra la pared á su antiguo compañero de armas, el valiente teniente coronel Sowersby. Este jefe había recibido dos heridas de lanza; ninguna de ellas creían entonces peligrosas, aunque en su semblante estaba marcado un aire de melancólica reflexión, mezclado con una expresión de fiereza ó inestabilidad que indicaba su próxima muerte. Al principio apenas miró á su amigo; pero después de una pequeña pausa le agarró la mano, y con voz débil, le dijo: «Mi querido Miller, ambos tomamos las armas en esta causa casi en el mismo día. Frecuentemente nos hemos batido juntos; usted ha presenciado mi conducta. Usted es el amigo mejor y más antiguo que tengo en este ejército. Estoy demasiado débil para hablar mucho. Usted ve lo que probablemente sucederá. Escriba usted á mis ancianos y buenos padres, y dígales usted que muero por una causa gloriosa.» El pobre Sowersby, que se había batido á las órdenes de Napoleón en Borodino, y que había sobrevivido á los horrores de la campaña de Rusia, murió al día si-



guiente en Carhuamayo, á los veintinueve años de edad. El general Miller envió un epitafio\* al gobernador de la provincia de Pasco, rogándole lo hiciera fijar en la losa que marca el lugar donde yacen los restos del malogrado Sowersby.

Entre los muertos en la batalla de Junín lo fué el mayor Lizárraga, peruano bizarrísimo, que cayó atravesado de varias lanzadas al lado mismo del general Miller, de quien era edecán: este general envió el 7 al criado del mayor y unos cuantos indígenas en busca del cuerpo de Lizárraga y traerlo á Reyes para enterrarlo. El 8 salió de Reyes para Cacas el ejército libertador, y como marchaban las columnas tan inmediatas al campo de batalla, se separó Miller para examinarlo. Uno de los primeros objetos que llamaron su atención fué el criado de Lizá-

\*

## A DIOS GLORIFICADOR

Aquí  
yacen las cenizas  
de  
DON CARLOS SOWERSBY  
teniente coronel del ejército del Perú,  
y comandante  
del segundo escuadrón del regimiento  
de húsares de Junín;  
á cuya cabeza  
recibió dos mortales heridas,  
animando á sus camaradas  
el 6 de Agosto,  
contra una fuerza cuádrupla  
en los llanos de Junín  
de la caballería española,  
donde  
la victoria  
coronó los esfuerzos de los soldados  
de la patria,  
después de una reñida y sangrienta acción.  
Este valiente jefe  
exhaló  
su último aliento



rraga, llorando sobre el cadáver de su amo, y tan poseído de dolor, que había olvidado el objeto para que había sido enviado, hasta que nuevamente se lo recordaron.

Lizárraga sirvió en el Estado Mayor en Lima en 1823, donde se hizo conocer por su celoso esmero é inteligencia en el cumplimiento de los deberes de su empleo, así como por su excelente conducta en general. A solicitud de Miller fué nombrado su edecán, y durante el arduo y fatigoso servicio de aquella campaña se distinguió particularmente por su incansable celo, su bizarría y serenidad. Su conducta privada puede juzgarse por el solícito cuidado con que atendía á la manutención de su esposa y familia, á cuyo objeto había consagrado los dos tercios de su paga. Anteriormente había residido en Pasco, y habiendo adquirido un conocimiento práctico del modo de trabajarse y explotarse las minas, el grande objeto de

el día 8 de Agosto  
 en este pueblo de Carhuamayo,  
 tiernamente llorado  
 por todos sus compañeros de armas.  
 Maypo, Riobamba, Pichincha,  
 y otros campos  
 presenciaron  
 su valor  
 por la causa de Sud-América.  
 Nació  
 de padres británicos  
 en la ciudad de Bremen en Alemania  
 en 1795.  
 Este sencillo monumento  
 consagra  
 á su memoria  
 en testimonio del aprecio y respeto  
 que por sus cualidades amables  
 le profesaba  
 su compañero y fiel amigo  
 el general de la República del Perú  
 Guillermo Miller  
 año 1824.



su ambición era alcanzar la posesión de una mina de plata á la terminación de la guerra, con la esperanza de lograr una fortuna que le permitiera enviar todos sus hijos á educarse á Inglaterra. Con deshonra del Gobierno dictatorial tiene que decirse, que la viuda é hijos de este valiente oficial quedaron abandonados y sumidos en la mayor miseria; mientras el Gobierno publicaba pomposos decretos y disipaba miles y miles de duros en bailes y banquetes semanales, y mientras ellos, gozaban y bebían haciendo enfáticos brindis á expensas del público, permitían que las solicitudes de esta pobre viuda, y de otras muchas que se hallaban en su caso, quedasen sin ser atendidas ni aun escuchadas. Aquellos arrogantes encargados de los fondos públicos, probablemente se halagarían con la esperanza de imperar siempre; pero quizá el grito de la viuda y del huérfano se hará sentir, y consignará á más de un nombre á una bien merecida infamia.

A no gran distancia estaba aullando tristemente un perro, al lado del cadáver de un oficial español. Este mismo perro se había hecho notar durante el combate, pasando de un lado á otro en varias cargas; pero sin perder nunca de vista á su dueño. El general Miller procuró separarlo de aquel sitio; pero no fué posible agarrarlo, ni hacerle retirar. Una partida de húsares de Junín que pasó pocas horas después, se lo llevó con mucha dificultad, y vino á ser *perro del regimiento*.

Después de descansar el ejército en Reyes treinta y seis horas, avanzó nuevamente, y el 9 ocupó á Tarma; el 11 á Jauja; el 14 á Huancayo; el 22 á Guanta; y el 24 á Guamanga. Aunque los realistas no iban estrechamente perseguidos en su retirada, ni eran seriamente molestados, sin embargo perdieron mucha gente por la deserción, y Canterac llegó á las inmediaciones del Cuzco con menos de cinco mil hombres. El coronel Otero, uno de los jefes más inteligentes y activos del ejército del Perú, se portó bizarramente en la vanguardia.



Cuando supo el virrey la acción desgraciada de Junín, llamó inmediatamente al general Valdez, que con su división había adelantado hasta Lava, trescientas leguas al Sur de Junín, y diez al Sur de Potosí, donde había tenido una acción indecisa el 17 de Agosto, once días después de la de Junín, contra el ultra-realista general Olañeta; en la cual murió el bizarro brigadier Ameller, uno de los mejores oficiales al servicio realista.

El ejército libertador permaneció en Guamanga cerca de un mes; la última división salió de él el 18 de Septiembre, y el todo hizo alto nuevamente en Challuanca y sus inmediaciones. Los montoneros, á las órdenes del valiente coronel Carreño, ocupaban Abancay y otros puntos en la orilla izquierda del Apurímac. El Dictador reconoció personalmente aquel río, y en la primera semana de Octubre se separó del ejército para ir á Lima á cuidar de los asuntos de la costa, y acelerar los refuerzos que se esperaban de Colombia. A su salida dejó instrucciones al general Sucre para tomar acantonamientos en Andahuaylas y Abancay, no creyendo que los realistas pensarían emprender inmediatas operaciones ofensivas, tanto más, cuanto la estación de las lluvias iba á principiar.

Dos ó tres días después de la salida de Bolívar, reunió un consejo de guerra el general Sucre en Challuanca, para tratar sobre el plan de operaciones que sería más conveniente adoptar; respecto á que, aun cuando había recibido instrucciones del Libertador para tomar acantonamientos, creía el general en jefe que su situación podría ser muy crítica si los enemigos avanzaban con fuerzas superiores, lo cual había algunas razones para esperar que sucedería. El consejo se componía de los generales Sucre, La Mar, Lara y Miller; La Mar y Lara habían tenido una conferencia con el general Sucre antes de la llegada de Miller. Todos ellos convenían en que el ejército libertador se hallaba en una situación no en-











teramente libre de riesgo, y que era claro que el enemigo aumentaría sus fuerzas en las inmediaciones del Cuzco, centro de todos sus recursos, si le dejaban permanecer tranquilo; pero que era cosa sumamente delicada operar en contradicción á las instrucciones del Dictador. Sin embargo, el general Miller manifestó que no debía perderse momento en avanzar y atacar al enemigo, antes que tuviese tiempo para aumentar sus fuerzas á un número considerable, y antes que Valdez pudiese llegar desde Potosí al Cuzco; en fin, que el plan más *prudente* era obrar *decididamente* en la ofensiva. La Mar y Lara convinieron en lo exacto de las observaciones de Miller; pero uno y otro convenían también con Sucre en que el ejército no podía avanzar sin faltar á las instrucciones que su general en jefe había recibido. De estas opiniones contrabalanceadas con finura nada decisivo pudieron convenir; pero el general en jefe determinó marchar á Mamara y Oropesa, llevando consigo al general Miller para reconocer la posición de los realistas en la orilla derecha del Apurímac, y asegurarse de la certeza ó falsedad del rumor de que la división de Valdez estaba para llegar al Cuzco desde Potosí. En su consecuencia recibieron orden de marchar el batallón núm. 1, el regimiento de húsares de Junín, y un escuadrón de granaderos á caballo\*.

Entre tanto el general Valdez, por una de aquellas marchas que le hicieron tan célebre, se reunió al general Canterac en la provincia de Cuzco. El virrey se puso

\* Durante este período fué cuando se originó cierta frialdad entre Sucre y Miller, en consecuencia de habersele escapado inadvertidamente á Miller en el calor de instar al general Sucre algunas palabras bastantes fuertes. Otras palabras de la misma especie se le escaparon en otras ocasiones, y aunque el general Miller continuó siendo empleado activamente al frente del ejército y en los servicios de más riesgo, la frialdad entre ellos siguió por más de un año.



á la cabeza de las fuerzas reunidas, las cuales, con una actividad suma, aumentaron pronto á trece mil hombres, distribuidos en la forma siguiente:

*División de Monet:* Primer batallón de Burgos, segundo batallón del primer regimiento, batallón de Guías, batallón de Vitoria.

*División de Villalobos:* Primero y segundo batallón de Gerona, batallón del primer regimiento, segundo batallón del Imperial, batallón de Fernandinos.

*División de Valdez:* Primer batallón del Imperial, batallón de Cantabria, batallón del Centro, batallón de Castro.

*División de Ferrasi* (1.500 hombres de caballería): granaderos de la Guardia, húsares de Fernando VII, dragones de la Unión, escuadrón de San Carlos, escuadrón de Alabarderos.

*General Cacho* (24 piezas de artillería).

*General Canterac* (Jefe del Estado Mayor, y segundo del Virrey).

*General Carratalá* (Primer Ayudante General).

La importante reunión del general Valdez restableció la confianza en las tropas realistas, y el reasumir el mando en jefe el virrey, les hacía concebir las esperanzas más halagüeñas, á las cuales contribuía á dar fuerza la ausencia del general Bolívar. En el Cuzco había un arsenal abundante y bien montado, al cual estaban destinados quinientos artífices y trabajadores.

El general Miller con un escuadrón de granaderos á caballo y algunas partidas de montoneros, ocupó á Oropesa y otros pueblos en aquella dirección, situados desde veinte á treinta leguas á vanguardia del ejército libertador. Por este tiempo envió el general Sucre desde su cuartel general al general Gamarra para ponerse en comunicación con los habitantes de Cuzco, de donde era



natural. Este general llegó á Oropesa en su marcha, y le dieron á petición suya una fuerte escolta de granaderos á caballo, y con ella siguió hasta un pueblecillo donde Miller había colocado un puesto avanzado, á seis leguas á vanguardia de Oropesa, y á tres de Haquira. A la mañana siguiente fué Miller sorprendido con la noticia de que Gamarra se había retirado precipitadamente, llevándose su escolta y el piquete avanzado, y que había tomado el camino más corto para el cuartel general de Sucre. Miller dudó de la certeza de tal movimiento; pero dijeron después que unos cuantos realistas se habían presentado á la vista, y que Gamarra había dado ligeramente crédito á la falsa noticia de que avanzaba una columna enemiga. Al adquirir Miller estas noticias se dirigió con un oficial y tres dragones al pueblo indicado para asegurarse del verdadero estado de las cosas, y al entrar en él se halló repentinamente con un oficial español pie á tierra, dos dragones y un trompeta que estaban descansando en el corral de una casa, á los cuales, viéndolos por encima de la pequeña puerta de la cerca, les intimó que se rindieran, diciéndoles al mismo tiempo que estaban cercados, y haciendo marchar al oficial que le acompañaba á retaguardia como á dar órdenes á las tropas que habían quedado en el camino. Pero no se pasó mucho tiempo sin que Miller supiera que el oficial realista era un parlamentario, y que la vista de su escolta por el camino de Agcha había dado motivo á la alarma precipitada de Gamarra. Miller desmontó entonces para recibir una carta de Valdez, y permitió al portador de ella permanecer dos horas, durante cuyo tiempo le hicieron creer que había colocados en las inmediaciones dos ó tres batallones y un regimiento de caballería. Miller se hallaba mascando coca, y al observarlo el oficial realista le dijo Miller, que los cigarros eran un artículo de lujo fuera del alcance del ejército patriota. A su regreso contó el parlamentario español



este dicho al general Valdez, el cual, atento á las leyes de la cortesía, tuvo la atención de enviar á Miller un cajón de cigarros habanos. Al día siguiente de la salida del parlamentario ocupó Miller á Haquira y otros pueblos situados en la orilla izquierda del río Santo Tomás, en cuya orilla opuesta se hallaba establecido el brigadier realista Bedoya. El coronel Althaus, oficial alemán muy distinguido, se adelantó á Colquemarca, donde había dejado el general Bedoya unos cuantos realistas, para dar noticias de los movimientos de los patriotas. Althaus ocultó su partida detrás de una alturita no distante del pueblo; en cuyo momento el teniente coronel realista estaba en misa, habiendo colocado un soldado en la torre de la iglesia para dar aviso en caso de alguna novedad. El centinela vió entrar á caballo en el pueblo á Althaus y un montonero; pero como llevaban ponchos y sombreros gachos de paja, no sospechó que fuesen militares, y por lo tanto no dió la alarma hasta que estaban cerca de la iglesia. La misa se suspendió al primer grito de *los enemigos*; la gente se dispersó, y el comandante realista, no hallando amparo en los habitantes, fué hecho prisionero. Su partida cayó en las manos de los montoneros emboscados.

El alférez Olmos fué enviado el mismo día con otra pequeña partida hacia Capaz-marca, y al ponerse el sol vadeó con mucha dificultad el río de Haquira. La noche se hizo tan obscura que tuvo que andar dos leguas de subida con antorchas encendidas; al aproximarse al puesto avanzado realista en lo alto de la montaña apagaron las luces, y se apoderaron del piquete realista mandado por un subalterno.

Al día siguiente salió personalmente el general Miller para Capaz-marca con intención de adelantar hasta ver al enemigo. A la mitad de la subida, halló unos emisarios indígenas, que le dijeron que los españoles se aproximaban á aquel punto; sin embargo Miller conti-



nuó su marcha á Capaz-marca, situado en la cúspide de la montaña, desde donde vió á alguna distancia sobre trescientos españoles, los cuales había destacado Valdez con objeto de hacer retirar las partidas patriotas de reconocimiento. En aquel instante principió una furiosa tempestad; el agua caía á torrentes; por todas partes con estruendo el rayo aterrador se dejaba ver, y no pocas veces bajo el sitio elevado que ocupaban; en otras caían tan inmediatos que con dificultad podían hacer dar un paso á las mulas y los caballos. El flúido eléctrico arrojó del caballo aquel mismo día al general Valdez, y perecieron varias personas. Habiéndose asegurado Miller de que los realistas avanzaban, descendió de la montaña, en la esperanza de poder llegar al río, antes que la lluvia lo hiciese invadable; pero había crecido ya tanto, que tuvieron que formar un plan para ocultar la partida en los bosques á la llegada de los españoles. Mas afortunadamente consideraron éstos que el lado de la montaña era una bajada peligrosa en el estado resbaloso en que estaba, y no pasaron de Capaz-marca. La partida patriota se guareció en unas cuantas chozas miserables de indígenas, en una de las cuales vivía una hija del célebre cacique Pumacagua. Habiendo cesado la lluvia á la noche, y bajado la creciente del río, atravesó el torrente la partida patriota, y volvió á Haquira.

El general Miller permaneció quince días en las inmediaciones de los puestos avanzados del enemigo, ocupando sus partidas á Tambo-Bambo, Haquira y Colquemarca. Durante estas operaciones prestó servicios importantes á Miller el Dr. Torres, cura de uno de los pueblos inmediatos, y sujeto muy distinguido por su patriotismo y talentos. El virrey concentró sus fuerzas en las inmediaciones de Agcha, mientras que Sucre con el ejército libertador ocupaba una posición muy extendida, teniendo á Lambrama por centro.

Parecía, pues, evidente que el virrey tomaba la inicia-



tiva é iba á principiar á operar ofensivamente. Continuando Miller en observación del enemigo, marchó de Haquira hacia Santo Tomás, á cuyo propio tiempo avanzaban todas las fuerzas realistas á Colquemarca, y adelantaron partidas á Quiñota, en cuyo punto entraron á la noche poco después de haber salido el general Miller. Creyéndose seguro el comandante realista de hacer prisionero á este general, cercó la casa del cura con su partida, y envió un muchacho indio á decir que su madre se había puesto repentinamente enferma y necesitaba inmediatamente la asistencia de un confesor. Sospechando el cura algún chasco por las maneras del muchacho, se negó á ir; á esta negativa mandó inmediatamente el oficial romper las puertas, entraron en la casa, é hicieron un escrupuloso reconocimiento en toda ella. Pusieron preso al cura por algún tiempo, y hasta pasado gran rato no llegaron á convencerse de que el pájaro había volado. Otra partida realista avanzó entonces á Llagua, con cuyo movimiento cortaron completamente la retirada al general Miller por el camino real, y su situación llegó á ser excesivamente embarazosa respecto á que el general Sucre, en Lambrama, ignoraba absolutamente el movimiento decidido del virrey, y era imposible comunicárselo.

A la llegada de Miller á Santo Tomás le recibieron los habitantes con muestras de satisfacción; pero antes que acabaran de repicar las campanas, llegó la noticia de la entrada de los realistas en Quiñota. El regocijo se cambió en consternación, y ésta se aumentó en seguida viendo á distancia de una legua una partida que se aproximaba al pueblo. Los habitantes principiaron á empaquetar sus efectos, y los patriotas se prepararon para retirarse; pero antes de principiar el movimiento enviaron algunos descubridores bien montados para reconocer la partida que estaba á la vista, la cual tomó iguales precauciones, suponiéndose unos á otros enemi-



gos. Pero no tardaron mucho en descubrir que era el coronel Althaus y su escolta que se retiraba de Uelille. Así, pues, esta falsa alarma se convirtió en un motivo de mutua satisfacción, porque el coronel Althaus, no solamente era un oficial muy inteligente y atrevido, sino un compañero muy alegre y de un humor tan festivo é inagotable, que divertía infinito en todas ocasiones á sus compañeros.

Habiendo descansado unas cuantas horas en Santo Tomás, para que los caballos se refrescaran algún tanto, salieron Miller y Althaus para Oropesa. El camino más corto y menos dificultoso va una legua en dirección de Quiñota, en donde vuelve y va á parar á un vado que, si lograban pasarlo, acortaban ocho ó diez leguas. Momentos antes que los patriotas llegasen al río en el punto deseado para cruzarlo; mientras Althaus contaba sus aventuras en su natural modo festivo que hacía reír á carcajadas á todo el mundo, y justamente cuando había llegado á la mitad de un cuento interesante, acerca de una mula blanca que pertenecía á la iglesia, que había llevado nuestro amo en Uelille, y que él montaba en aquel momento, tropezaron los patriotas á media noche con un destacamento realista, enviado desde Quiñota para interceptarlos. En la obscuridad de la noche se tiraron unos cuantos tiros de una y otra parte, y se dispersaron los patriotas, los cuales se fueron reuniendo en Santo Tomás, desde donde tomaron otro camino. Volviendo para Oropesa percibieron signos de una inmediata tempestad, y dirigieron su marcha desde una de las alturas de la cordillera hacia una choza que veían abajo y á gran distancia. Al principiar á las dos de la tarde á bajar de la montaña, tuvieron que echar pie á tierra y llevar del diestro los caballos, por espacio de dos leguas, pues tal era el camino y el declive del monte, que no podían ir en otra forma. Cuando llegaron al valle, precisamente al ponerse el sol, vieron que la supuesta



choza eran únicamente unas ruinas, al otro lado de un río de rápida corriente. Sabiendo que aquel río corre inmediato á Oropesa, y que no podía haber más de siete ú ocho leguas á aquel pueblo, prefirieron seguir las orillas del río, á volver á subir á la montaña, de donde acababan de bajar; tan cansados estaban los hombres y los animales, que no habrían podido lograrlo, aun cuando lo hubiesen intentado. Por dentro del valle no había ningún camino que dirigiese á ninguna parte, y era tan quebrado y estrecho, que tuvieron que vadear el torrente seis ú ocho veces, operación de peligro y gran dificultad, en la cual emplearon más de una hora, cada vez que lo atravesaron. Para evitar desgracias colocaban más abajo del vado algunos hombres, bien en la orilla ó sobre rocas, para echar el lazo y salvar al que se llevase la corriente; dos días emplearon en andar unas cuantas leguas. La partida llegó á Oropesa sumamente fatigada y exhausta, no habiendo tenido para alimentarse en aquellas fatigosas marchas sino una pequeña cantidad de maíz tostado. Los habitantes de Oropesa estaban en gran consternación; algunos habían huído ya, y otros se preparaban para seguirlos.

Al día siguiente salió en caballos de refresco el general Miller hacia Guailate, para informarse de si el virrey seguía aquella dirección como se había asegurado. No bien había subido dos leguas, cuando al llegar repentinamente á una altura descubrió todo el ejército realista en marcha para Mamara, pueblo situado en el mismo valle de Oropesa, y á distancia de dos leguas. Escasamente tuvo tiempo Miller para hacer mudar su silla de una mula á un caballo, para evitar caer en las manos de un destacamento de húsares, enviado á perseguirle; perdió dos caballos, sus ponchos y una maleta, artículos de poco valor intrínseco; pero pérdida considerable en tales circunstancias. Miller volvió á Oropesa tan de prisa como se lo permitió la senda pendiente por donde



bajaba; uno de los caballos de la escolta tropezó, precipitó al jinete á un barranco profundísimo, y no se le vió más. Este desgraciado había servido en el regimiento de granaderos á caballo desde su formación, y se había hallado en la acción de San Lorenzo en el río Paraná, en Laja en la provincia de la Concepción en Chile, en Pichincha bajo la línea cerca de Quito, y en otras varias acciones, fué sargento ordenanza de Miller casi toda la campaña, era valiente, y su pérdida fué sinceramente lamentada.

El general Miller continuó su retirada por el lado opuesto del valle de Oropesa, y pasó á media legua de Mamara, desde cuyas alturas pudo contar distintamente las columnas realistas que estaban acampadas. Habiendo perdido el camino los patriotas, vagaron por medio de barrancos y precipicios hasta las tres de la mañana siguiente, que, afortunadamente, llegaron á unas cuantas chozas, donde hicieron alto con intención de continuar su marcha al romper el día; pero hombres y caballos estaban tan rendidos de fatiga, que ni unos ni otros pudieron ponerse en movimiento hasta las diez de la mañana, media hora después ocupó el virrey la choza en que habían descansado los patriotas.

Al ponerse el sol, llegó Miller á Chuquibamba, donde halló al coronel Althaus que se había separado de él en la obscuridad en Santo Tomás, y había tomado un camino diferente. Althaus recibió orden de retirarse una ó dos leguas á retaguardia con las escoltas, y Miller permaneció en el pueblo con el capitán Meléndez y dos ó tres hombres, é hicieron grandes hogueras para aparentar que ocupaban aquel punto fuerzas considerables.

El cura del pueblo prometió avisar con anticipación de la proximidad del enemigo; lo cual podía hacer muy bien, respecto á que la única entrada por el lado de Mamara es un puente sobre un torrente invadeable. Para mayor seguridad, envió Miller, sin noticia del cura,



dos indios para tener cuidado, y que le avisaran. Creído hallarse en entera seguridad, el general Miller se desnudó por primera vez en quince días, y se echó á descansar. El general realista Valdez, que nunca falta á la cortesía, y que hacía pocos días había mandado á Miller un cajón de cigarros, envió una compañía de infantería para que le trajesen á su contrario. En el curso de la noche permitieron entrar y salir á varios indios empleados por los realistas, y todo indicaba que querían venderlo. De todo fué informado Miller por sus descubridores, y contra la voluntad del cura, el cual pensaba reconciliarse con los realistas, entregando á su huésped; pero á la primera alarma, montó Miller á caballo y se trasladó á una eminencia en el camino de Lambrama, que domina Chuquibamba. Los realistas, que se habían detenido por las hogueras, corrieron á la ciudad en cuanto rompió el día, al mismo tiempo que los indios, instigados por el cura, se levantaron en masa, y poniéndose en las alturas rodaban piedras sobre los patriotas. El caballo de batalla del general Miller, que estaba considerado como el mejor caballo del ejército, y el cual montó en la batalla de Junín, cayó en sus manos con un ordenanza que lo conducía. Miller continuó su retirada seguido por los aullidos de los indios, que aumentaban á cada choza por cuyas inmediaciones pasaban. El coronel Althaus, que se había colocado á corta distancia del camino, hizo adelantar su partida hacia Lambrama, y permaneció á retaguardia con unos cuantos paisanos. Al oír las voces de los indios se retiró; pero viendo que se le iban acercando, desmontó para mudar la silla de su mula blanca, al mejor de sus caballos. Mientras lo ejecutaba, el caballo se asustó y echó á escape, y los individuos que le acompañaban, creyendo que su jefe les seguía, continuaron á galope sin volver la cara atrás. De este modo el coronel Althaus quedó solo y á pie, perseguido de una multitud; sin embargo, mientras



el camino era algo ancho se hizo respetar con su espada y mantuvo á distancia á los indios; pero cuando llegó á un paso estrecho cayeron sobre él, le ataron los brazos, y le condujeron á Chuquibamba. Es probable que le hubiesen muerto en el acto, si su figura y apariencia clerical no les hubiese hecho creer que era un capellán de regimiento, ilusión que él tuvo muy buen cuidado de no desmentir.

El 6 de Noviembre se reunió Miller en Lambrama al ejército libertador. El general Sucre estaba en el extremo izquierdo de la línea, y los generales La Mar y Lara, con sus respectivas divisiones en Lambrama, ignoraban la proximidad del enemigo, hasta la llegada de la partida que mandó adelantarse Althaus. Esta llevó la noticia de que Althaus y Miller eran prisioneros; cuando el último se presentó inesperadamente en un camino que bajaba al valle, fué reconocido inmediatamente, y al pasar por los diferentes cuerpos, todos manifestaron un cordial interés y satisfacción. Aunque todos, excepto el general Lara, habían creído firmemente la noticia de que Miller era prisionero, muchos pretendían hacerse agradables, diciendo que habían predicho lo contrario, y las expresiones del general Lara, de que Miller rastrea- ba demasiado al enemigo, para ser prisionero, las repe- tían varios como dicho suyo.

A los servicios más penosos acompañan á veces inci- dentes, que recompensan superabundantemente las fati- gas y ansiedad del espíritu. Mil demostraciones no es- tudiadas de consideración personal, y mil sinceras indi- caciones de identidad de sentimientos, podían leerse en el marcial aspecto de los oficiales y soldados, cuando es- pontáneamente se reunían á dar la bienvenida por su inesperado regreso á su antiguo compañero de armas, cuyo acontecimiento celebraban más por cariño á su per- sona, que por consideración á su rango. Insensible de- biera ser el alma que no estimara tan honrosas distin-



ciones, y miserable el que no se llenase de un noble orgullo, y olvidando rangos y distinciones dejase de mirar al último soldado con aprecio y estimación. Un jefe afortunado puede gozar infinito con el incienso que le ofrecen en primorosos banquetes y festines; pero nada es comparable con el puro y sincero placer con que contesta al saludo y aclamaciones de sus compañeros en campaña.

El general Sucre llegó á Lambrama el 7; y el mismo día se retiraron las tropas libertadoras hacia Casinchigua, adonde llegaron el 9, y en cuyo punto estableció el general Sucre su cuartel general. Una división de infantería y toda la caballería se acantonaron con el cuartel general; otra división pasó á Pinchigua, y la tercera se estableció en Chaljuani, todas á menos de una legua de distancia entre sí. El general Miller permaneció en Lambrama cuarenta y ocho horas después de la salida de las tropas; pero el ejército realista, contrario á lo que se esperaba, no siguió avanzando en aquella dirección, y continuó en posición entre Sabaino y Mollepata, habiendo adelantado destacamentos cerca de Ancabamba y Soraya, siete leguas de Casinchigua. Parece que el virrey temió arriesgar un ataque contra los patriotas, en un país quebrado que abunda en posiciones fortísimas, que ofrecen ventajas inmensas. Los lados del valle de Casinchigua, como sucede con muchos otros en aquel país, eran altos y semejantes á los que forman el cauce de un río que corre entre montañas, de manera que un ejército numeroso que descendiese al valle por las sendas tortuosas y á zig-zag que dirigen á él, podría ser destruído por la fusilería de un número inferior, colocados detrás de piedras y quebradas de la subida opuesta. Así, pues, decidió el virrey flanquear á los patriotas y caer sobre su retaguardia, y cortándoles su comunicación con Lima, obligarles á abandonar sus fuertes posiciones. Para lograrlo, tomó el camino de Pampachira, y llegó á Gua-



manga el 16 de Noviembre, donde giró para tomar el camino real que dirige á Cuzco. Entre tanto el general Sucre se replegó sobre Andahuaylas, donde permaneció unos cuantos días, y continuó su marcha hacia Guamanga; por lo tanto, como marchaban los dos ejércitos por un mismo camino, uno hacia otro, no tardaron en hallarse. Para comprender mejor los movimientos que van á describirse, se encarga al lector que mire el plano de la batalla de Ayacucho, y haga las aplicaciones de ellos en el croquis de sus inmediaciones.

Las partidas descubridoras de ambos ejércitos, se encontraron el 20 de Noviembre en las alturas de Bombón, cerca de Chincheros. Después de una pequeña escaramuza, fueron obligados los realistas á bajar al valle de Pomacochas, y pasar el río Pampas por el puente de Bejucos, el cual mandaron cortar: el río es en todo tiempo difícil y peligroso de vadear.

Los realistas acamparon en las alturas de la Concepción y los patriotas sobre las de Bombón; y como el profundo y escabroso valle de Pomacochas los separaba, cualquiera de las dos posiciones eran igualmente inaccesibles. Los dos ejércitos estaban á menos de dos millas de distancia, medidas al aire; pero aumentaba á diez lo menos, por las subidas y bajadas, y las vueltas y revueltas del camino. Las orillas del río estaban cubiertas de centinelas de una y otra parte: el valle está poblado de árboles, y su suelo es extremadamente feraz; pero hay tal número de mosquitos que lo hace inhabitable. Los jesuítas intentaron, en tres diversas ocasiones, establecerse en él, pero tuvieron que desistir, y aún existen las ruinas del grande edificio que hicieron construir. La tropa empleada de servicio, volvía al campamento con las caras y las manos hinchadas, y con calentura, de las picaduras de los mosquitos, contra las cuales no son bastante para preservarse ni los guantes ni los pañuelos.

El 24 habían desaparecido las tiendas y barracas de los



realistas, y el general Miller vadeó el río para asegurarse de si el enemigo se había ó no retirado. Cuatro hombres de los que le acompañaban, cuando iban subiendo al lado opuesto del valle, fueron atacados repentinamente por una partida enemiga emboscada; dos de ellos fueron hechos prisioneros, y el mayor La Tapia, que había acompañado al general, escapó difícilmente, arrojándose por un precipicio.



## CAPITULO XXV

---

*Matará.—Corpaguayco.—Precauciones adoptadas por los realistas para evitar la deserción.—Los patriotas presentan la batalla en Tambo-Cangallo.—Continúan su retirada.—Hostilidades de los indios.—Los realistas ocupan Guamanguilla.—Situación crítica de los independientes.—Batalla de Ayacucho.—El virrey es hecho prisionero.—Derrota de los realistas.—Incidentes particulares.—Capitulación.*

El 25 del mismo mes de Noviembre supieron que los realistas habían hecho un movimiento lateral sobre su izquierda, en dirección de Vilcashuaman, y que la división de Valdez atravesó el río cerca de Huancaray, con objeto, según supusieron, de atraer á los independientes al valle de Pomacochas, y atacarlos en él si seguían su retirada hacia Guamanga. Deseoso, por su parte, el general Sucre de restablecer su comunicación con Lima, atravesó el valle de Pomacochas inmediatamente, sin ser molestado en los desfiladeros. La infantería vadeó el río con agua hasta el pecho, y la corriente se llevó muchos soldados, pero tales eran las precauciones que habían tomado anticipadamente, que solo perecieron dos individuos. Esta operación fué tan penosa, y los caminos eran tan malos, que empleó el ejército todo el día para solo andar tres leguas. Los patriotas acamparon en la noche del 30, debajo de árboles de una enorme magnitud, que adornan los lados del valle; pero los mosquitos no les dejaron descansar. Aunque excesivamente fatigados, todos esperaban con ansia la orden de marchar; pero sien-



do necesario dejar algún tiempo para que se incorporase el bagaje y material del ejército, no llegó hasta romper el día. Después de una subida de dos leguas y media, entraron los patriotas por Ocros á la meseta, y á la media legua llegaron á la bajada que les condujo á la aldea de Matará, donde acamparon el 1.º de Diciembre: todo el día llovió copiosamente, y la noche continuó lo mismo. Matará está situada en una hondonada, rodeada de hermosas laderas, que se elevan á una altura considerable.

El 2 se presentaron los realistas, y camparon en el borde de la meseta por donde los patriotas habían bajado el día anterior; y éstos, al percibir á su enemigo tan inmediato, tomaron una posición con un pequeño arroyo á su frente: pero bajo otros aspectos no muy ventajosa. El virrey como si estuviese resuelto á jugar á golpe seguro, y persuadido que podría destruir sus contrarios sin arriesgar una acción general, no quiso atacarlos cuando le esperaban formados en batalla.

En la tarde del 3, se corrieron los realistas sobre su izquierda, á lo largo de la cresta de la loma; pero á distancia bastante para ocultar su línea de la vista de los patriotas. El comandante Bustamante, enviado á reconocer al enemigo, fué hecho prisionero al llegar á la cumbre de la montaña. El objeto del virrey era tomar el camino real de retaguardia, lo cual percibió el general Sucre, y principió inmediatamente su retirada; pero mientras desfilaba por el valle de Corpaguayco, distante una legua de Matará, fué atacado vigorosamente por la división de Valdez, que sin ser vista se había adelantado aquella mañana. El batallón de Rifles\* de Colombia, mandado por

\* Este regimiento se componía primitivamente de ingleses que se distinguieron particularmente en Colombia. Habiendo perecido casi todos los soldados europeos de enfermedades ó en el campo de batalla, completaron en seguida el cuerpo con mil doscientos indígenas, que no hablaban sino su dialecto nativo; como los oficiales eran ingleses, daban las voces de mando en



el coronel Sands que formaba la retaguardia, fué arrollado y disperso, después de una valerosa resistencia. El batallón de Vargas se disperso también; pero el general Miller lo reunió y le hizo proteger á la caballería cuando esta atravesaba el valle en Chonta, por un camino y vado que había descubierto afortunadamente examinando la quebrada el día anterior. Habiendo tomado los patriotas el lado opuesto del valle, hicieron alto, formaron y rechazaron un batallón realista que intentó pasarlo. El mayor del batallón de Rifles Duchbury, inglés, y uno de los mejores y más incansables oficiales del ejército de Colombia, y doscientos patriotas murieron en el combate; su parque de campaña, sus mulas y caballos de respeto, y una de las dos piezas de campaña que les quedaban, cayeron en manos del enemigo: la pérdida de los realistas no excedió de treinta hombres. El coronel Tur, del ejército español, fué ascendido á brigadier en el campo mismo de batalla, por su bizarro comportamiento.

A pesar de este serio descalabro, se retiraron los patriotas á las once de la mañana, y en el mejor orden posible á Tambo-Cangallo, tres leguas al Norte de Corpaguayco, y siete al Sur de Guamanga, seguidos siempre por los realistas, pero con gran prudencia.

Quince soldados realistas se pasaron á los patriotas en

inglés. A proporción que los indígenas iban pereciendo en el servicio, reemplazaron las bajas con criollos, mulatos, etc. A la llegada del batallón al Perú, solo diez oficiales ingleses permanecían en él, y el coronel Sands, en el día general, natural de Dublín, y anteriormente oficial en el ejército inglés, había llegado por sus méritos y servicios á mandarlo. Este bizarro jefe se ha hallado en casi todas las acciones ocurridas en Colombia. El capitán Miller Hallowes, natural de Ashford, en Kent; el capitán Ferguson, irlandés muy bizarro, y el capitán Witle, inglés, eran también oficiales muy distinguidos del mismo cuerpo. El último mandaba el batallón de Vargas que salvó la vida á Bolívar, derrotando las tropas sublevadas, y comprimiendo la conspiración verificada en Bogotá en Septiembre de 1828.



la mañana del 4, pocas horas después de la acción de Corpaguayco: todos habían servido en los montoneros del coronel Lanza y habían sido hechos prisioneros cerca de Cochabamba; la mayor parte llevaron sus armas, y no hubo uno que no pidiese ser destinado á un cuerpo. En la misma mañana desertaron á los realistas catorce hombres del ejército libertador; todos habían sido prisioneros y obligados á servir con los independientes durante la campaña.

Los realistas evitaban cuanto podían entrar en pueblos y procuraban mantenerse en las orillas de las montañas de forma que en su marcha desde el Cuzco hasta cerca de Guamanga, fueron siempre de posición en posición. Las dificultades que tuvieron que vencer, y los padecimientos que experimentaron, pueden calcularse por lo que se ha dicho de los patriotas al atravesar los Andes á su salida de Huaras; pues el camino de Guamanga al Cuzco debe considerarse como en el centro de los Andes, en el cual, subidas y bajadas inmensas, rodean valles de una profundidad espantosa: muchas de las subidas tienen cuatro y cinco leguas, en desiertos de un aspecto verdaderamente grande é imponente.

Las precauciones adoptadas por los jefes realistas para evitar la deserción, tendían también á aumentar las privaciones de sus tropas. En cualquier punto donde hacían alto, los cuerpos campaban en columna, y ponían alrededor un círculo de centinelas con los soldados de más confianza; además de estas centinelas, un gran número de oficiales estaban siempre de servicio, y ningún soldado podía salir de la línea de ellas con cualquier pretexto que fuese.

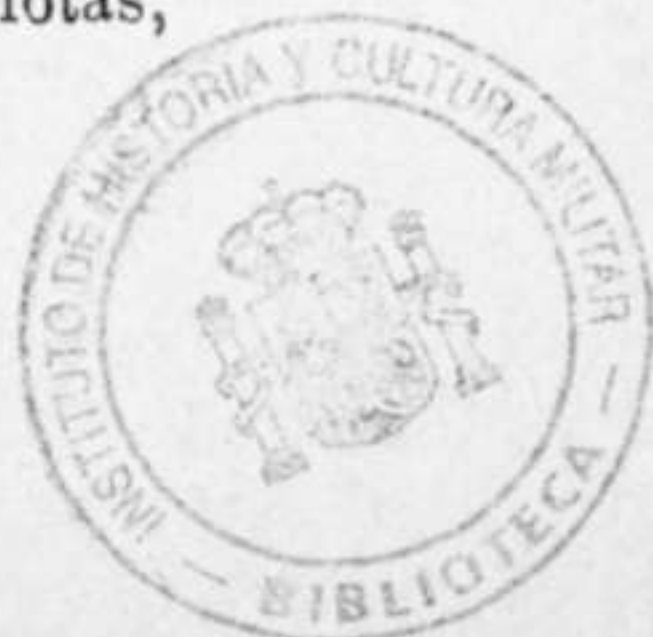
Por la misma razón, era muy opuesto el virrey á enviar partidas en busca de ganado, porque en tales ocasiones era segura la deserción. La consecuencia de este sistema fué que durante el avance rápido de los realistas sufrieron mucho más por falta de provisiones que los



patriotas, tanto que el 3, se vieron obligados á comer carne de caballo, mula y borrico.

Los independientes tomaron posición á la tarde y nuevamente ofrecieron la batalla; pero los realistas por segunda vez no la aceptaron. A media noche se separaron los independientes del camino real que conduce á Guamanga, oblicuaron á la derecha, y atravesaron la profunda y escabrosa quebrada de Acroco de dos leguas de bajada, y otras tantas de subida del lado opuesto. A las ocho de la mañana del 5 llegaron al pueblecillo de Guanchao, y en la tarde del mismo día continuaron su marcha á Acos Vinchos. Los realistas se pusieron en movimiento paralelamente hacia Guamanga, á distancia de dos leguas de los patriotas y siempre á la vista; pero separados por un valle profundo.

El 6 llegaron los patriotas al pueblo de Quinua; los realistas continuaron su movimiento paralelo hacia las alturas de Pacaycasa, y estando el camino que los últimos llevaban interceptado por dos profundas quebradas, muchos barrancos y pasos sumamente estrechos y difíciles, la columna se fué insensiblemente prolongando hasta llegar á ocupar de dos á tres leguas. Percibido por los patriotas, ya establecidos en Quinua, formaron inmediatamente para atacar á sus contrarios, cuya cabeza de columna distaba sólo tres millas, y siendo el espacio de terreno que los separaba un país abierto y en un declive gradual y moderado, creyeron que les ofrecía una oportunidad favorable para vengar las pérdidas que habían experimentado en Corpaguayco. Antes de mandar romper el movimiento proyectado, se adelantaron á reconocer el terreno los generales Sucre y La Mar; pero esta operación les ocupó tanto tiempo que consideraron era ya demasiado tarde para atacar á los realistas. A la mañana siguiente entraron estos en Guamanguilla, y de este modo cortaron otra vez la retirada á los patriotas, cuya posición se hizo sumamente crítica.





El general Sucre dirigió la retirada con gran tino, pero se habían reducido tanto sus fuerzas que nada podía ya salvar su ejército de una completa derrota sino un esfuerzo desesperado. El virrey envió destacamentos á Marca, Mayo y otros desfiladeros para inutilizarlos y cortar los puentes.

Los indios de Guanta, Huancavelica, Chincheros, Huando y pueblos inmediatos, habían sido inducidos á levantarse contra el ejército libertador, y habían asesinado más de cien enfermos con su escolta, junto con la que acompañaba una parte del bagaje. El capitán Smith, edecán de Miller, fué sorprendido y preso por los de Guanta; pero después de haberle maltratado mucho y de tres días de prisión pudo escaparse á la costa habiendo debido únicamente la conservación de su vida, á la intercesión de uno de los habitantes en cuya casa había estado alojado Miller. El benemérito comandante Chirinos encargado de la maestranza, logró igualmente verificar su fuga, después de haber sufrido los más horribles tratamientos. Las alturas que dominan al pueblo de Quinua estaban ocupadas por indios de esta especie, que tuvieron la osadía de aproximarse hasta media milla del campamento de los patriotas, y quitaron á una partida de dragones varias cabezas de ganado. En los quince días anteriores, las bajas del ejército libertador ascendían á mil doscientos hombres, de forma que en Quinua no llegaba su fuerza total á seis mil hombres. Habiendo perdido la caballería sus mulas en Corpaguayco, tenía que marchar pie á tierra llevando del diestro sus caballos, y muchos de ellos se habían inutilizado por falta de herraduras.

Un batallón patriota y algunos destacamentos de convalecientes, al ir de Jauja á reunirse al ejército libertador, fueron atacados de noche por los indios de Huando y obligados á retirarse con pérdida. No había circunstancia que no concurriese á aumentar el aspecto melancólico de las cosas, con respecto á los patriotas; ni podían



retirarse, ni podían atacar á los realistas por el barranco escarpado de doscientas varas de profundidad que separaba á los dos ejércitos, y la falta de provisiones les habría hecho imposible permanecer en aquella posición cinco días más. Todo les era contrario y espantoso; pero el ánimo y valor de los republicanos parecía aumentarse en proporción que las cosas tomaban peor aspecto, y pronto se verá lo que hombres valientes son capaces de hacer cuando pelean por la causa de la libertad.

En la tarde del 8 salió el virrey de Guamanguilla y ocupó con todas sus fuerzas las alturas de Condorkanki\*, precisamente fuera del tiro de cañón del campamento de los independientes. Dos horas antes de ponerse el sol, descendió de la altura un batallón de tropas ligeras de los realistas, y se extendió en guerrilla al pie de ella; otro batallón de infantería ligera de los patriotas desplegó contra él; ataques serios y algunas escaramuzas tuvieron lugar en el orden abierto en que maniobraban. Las evoluciones las ejecutaban al toque de corneta, y nada puede exceder la sangre fría y bizarra conducta de las tropas de una y otra parte.

El efecto general que aquellas escaramuzas producían era en extremo hermoso y agradable; y el interés de la escena se variaba y crecía con la suspensión del fuego á intervalos, en virtud de tácito consentimiento. Durante estos intervalos, varios oficiales de uno y otro partido se adelantaban y hablaban unos con otros. En uno de ellos el brigadier Tur, al servicio español, envió un recado á su hermano, que habiéndose casado con una hermosa señorita de Lima se había hecho virtualmente americano, y era en aquel momento teniente coronel en el ejército independiente. Los dos hermanos se juntaron, y el mayor principió la conversación diciéndole cuánto sentía

\* Condorkanki ó Condorcanqui es una palabra quichua que significa «digno del condor».



que un español estuviese en las filas de los insurgentes, pero le añadió, que á pesar de su sentimiento en aquel punto, no podría olvidar el cariño que le había profesado y le aseguraba que podía contar con su protección cuando la batalla que iba á darse le pusiera en manos de los realistas, lo cual no haría con ningún otro español en iguales circunstancias.

El teniente coronel le dijo en contestación, que si le había llamado para insultarle, habría sido mejor que no se hubiesen visto, y dió la vuelta y se marchó. Entonces el general realista corrió hacia él, se disculpó, y á la vista de los dos ejércitos se abrazaron los hermanos del modo más tierno y cariñoso. Pocas horas después estaba ya prisionero de guerra el general Tur, y alojado y bien recibido por su hermano.

Quinua, pueblo indio, está en el extremo occidental del llano de Ayacucho, de forma casi cuadrada, de cerca de una legua de circunferencia y flanqueado á derecha é izquierda por barrancos profundos y escabrosos. A retaguardia del llano ó parte occidental hay una bajada gradual de dos leguas al camino principal de Guamanga á Guanta, el cual corre al pie de una montaña que se eleva perpendicularmente, y sin salida conocida. El lado oriental del llano lo forma la pendiente inmensa y escabrosa montaña de Condorkanki, cuyo enorme baluarte, corriendo de Norte á Sur, domina el campo de Ayacucho, un poco más abajo de su cúspide estaba campado el ejército realista.

El ejército libertador estaba formado en el llano á media milla de distancia al frente de los españoles, teniendo á Quinua á retaguardia los cuerpos en columna cerrada y esperando el ataque de los realistas.

Los cuerpos que componían el ejército independiente, estaban colocados en la forma siguiente:

*División de Córdoba* (á la derecha): Bogotá, Caracas, Voltígeros, Pichincha.



*División de Miller* (en el centro): Húsares de Junín, Granaderos de Colombia, Húsares de Colombia, Granaderos á caballo de Buenos Aires.

*División de La Mar* (en la izquierda): Legión peruana. Batallón núm. 1, batallón núm 2, batallón núm 3.

*División de Lara* (en reserva): Vargas, Vencedores, Rifles.

Artillería mandada por el comandante La Fuente (al frente): Un cañón de á cuatro.

El general Gamarra \* jefe del Estado Mayor.

El coronel O'Connor † segundo jefe de Estado Mayor.

Durante la noche del 8, mantuvieron un fuego continuo y muy vivo los puestos avanzados realistas y patriotas; el general Sucre se proponía por este medio impedir que durante la noche bajasen al llano los realistas, y con este objeto hizo avanzar las bandas de dos batallones con una compañía al pie mismo de la montaña, y continuaron tocando por algún tiempo, mientras la tropa hacía un fuego vivísimo. Esta ficción produjo el efecto deseado, porque los realistas no se movieron de sus líneas.

\* El general Santa Cruz salió de Huaras con el ejército libertador, y estuvo al principio de la campaña destinado á la división peruana; después fué jefe de Estado Mayor del Libertador y últimamente quedó en Guamanga como prefecto de aquel departamento. El general Correa estuvo también destinado á la división de Lara, pero en Challuanca se separó del ejército para la costa.

† El incansable O'Connor desempeñó las funciones de jefe de Estado Mayor desde que el ejército libertador salió de Guamanga hasta dos ó tres días antes de la batalla de Ayacucho. El coronel O'Connor es hijo de Roger O'Connor y ahijado de sir Francis Burdett: abrazó la causa de la independencia de la América del Sur con un entusiasmo constante. Habiendo levantado un hermoso regimiento en Panamá, fué al Perú mandándolo. Este jefe se distinguió frecuentemente en el campo de batalla, y es generalmente estimado por su valor, su desinterés y caballeroso comportamiento.



La posición del virrey en la noche del 8 era muy expuesta; pues su infantería, que ocupaba el frente ó ladera de la montaña de Condorkanki, estaba á menos de tiro de fusil del pie de la montaña. El fuego de dos ó tres batallones desplegados, desplegados en batalla, habría obligado á los realistas á abandonar su posición, en la cual aquella noche murió un teniente coronel y dos ó tres soldados realistas, estando sentados alrededor de las hogueras, por heridas que recibieron de balas perdidas de la compañía establecida al pie de la montaña.

La expresada noche del 8 fué de un sumo interés, y daba lugar á mil contemplaciones: la batalla era inevitable al día siguiente, y ella debía decidir de la suerte de la América del Sur; los patriotas sabían que tenían que lidiar contra fuerzas dobles, y que nada podía salvarles y libertar á su país de una servidumbre ignominiosa, sino una victoria completa. Los soldados patriotas podían esperar librar sus vidas, quedando reducidos á la esclavitud, pero los generales y oficiales patriotas no tenían otra alternativa que la muerte ó la victoria. Todos conocían perfectamente cuál habría sido la conducta cruel de los españoles si llegaban á vencer; pues aunque el virrey era hombre naturalmente humano, estaban entre sus consejeros el que indujo á Monet á fusilar dos oficiales patriotas en el camino de San Mateo, y el otro que atravesó con su espada bárbara y cobardemente al desgraciado, ya herido é indefenso, mayor Gumer, en el campo de batalla de Ica, y otros de carácter no menos sanguinario; y es más que probable que habrían arrancado de él medidas violentas, con el pretexto de destruir el germen revolucionario y evitar futuras sublevaciones. Por estas y mil y mil razones más, todos conocían que la batalla tendría resultados de naturaleza especial y extraordinarios.

El día 9 amaneció hermosísimo; al principio el aire era muy fresco y parecía influir en el ánimo de las tropas,



pero así que el sol tendió sus rayos por encima de la montaña, los efectos de su fuerza vivificadora se vieron palpablemente; los soldados de uno y otro ejército se restregaban las manos, y visiblemente hacían conocer el placer que les causaba y el vigor que recibían.

A las nueve de la mañana principió á descender de la montaña la división de Villalobos; el virrey se puso á pie á su cabeza, y las filas siguieron bajando por el lado escabroso de Condorkanki, oblicuando un poco á su izquierda.

La división de Monet, que formaba la derecha realista, principió al mismo tiempo á desfilarse directamente al llano. La caballería, llevando sus caballos del diestro, hizo igual movimiento, aunque con mayor dificultad, colocada á intervalos entre la infantería de cada división. A proporción que la tropa iba llegando al llano, formaba en columna; este momento fué de un interés sumo, y parecía hasta suspensa la respiración y movimiento de vida, por la ansiedad que producían las dudas y la esperanza que á la par se ofrecían á la vista de todos.

Durante esta operación, de efecto imponente, el general Sucre pasó á caballo por delante de sus tropas, y dirigiendo algunas enfáticas palabras á cada cuerpo, les recordó sus hechos gloriosos, y colocándose en seguida en un punto céntrico al frente de la línea, dijo: «De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur», y señalando á las columnas enemigas que bajaban, les aseguró: «Otro día de gloria va á coronar vuestra admirable constancia.» Este lacónico pero animado discurso del general en jefe, produjo un efecto eléctrico, y todos contestaron con vivas repetidos con el mayor entusiasmo.

A este tiempo más de la mitad de las divisiones realistas habían llegado y formado ya en el campo de batalla; entonces el general Sucre mandó atacar á la división de Córdova y dos regimientos de caballería. Este bizarro ge-



neral se desmontó de su caballo, se colocó á unas quince varas al frente de su división, formada en dos columnas paralelas, con la caballería en el claro, y levantando su sombrero con la mano izquierda, dijo: «*Adelante, paso de vencedores.*» Estas palabras, pronunciadas con dignidad y vehemencia, las oyeron perfectamente las columnas, las cuales, inspiradas por la valiente conducta de su jefe, marcharon al ataque en el mejor orden imaginable. Los españoles se mantuvieron firmes y llenos de una visible confianza; el virrey, Monet y Villalobos se veían á la cabeza de las divisiones, presenciando y dirigiendo la formación de sus columnas á proporción que descendían al llano. Al fin los patriotas llegaron, cruzaron sus bayonetas con sus enemigos, se mezclaron con ellos, y por tres ó cuatro minutos lidiaron al arma blanca, y con tal furia de una y otra parte, que estaba aún indeciso quien ganaría, no la palma del valor, que ambos merecían, sino los favores de la fortuna y la victoria del día, cuando cargó la caballería colombiana, mandada por el coronel Silva. Este valiente oficial cayó cubierto de heridas; pero la intrepidez de la embestida fué irresistible: los realistas perdieron terreno, fueron arrojados á las alturas de Condorkanki con gran mortandad, y el virrey fué herido y hecho prisionero. Mientras los realistas iban trepando á las alturas, los patriotas desde el pie de ellas los cazaban á su salvo, y muchos de ellos se vieron rodar, hasta que algún matorral ó barranco los detenía.

El general Miller, que había seguido á la división de Córdova, viendo el triunfo completo que había obtenido, volvió inmediatamente á reunirse con el regimiento de Húsares de Junín, que afortunadamente, como luego se vió, había dejado de reserva.

Mientras tanto, la división de Valdez había principiado al amanecer un movimiento de cerca de una legua, bajando por las laderas del norte de la montaña, y se colocó sobre la izquierda de los patriotas, á tiro de fusil y



separado por un barranco. En el momento importante del choque que acaba de describirse, rompió un fuego vivísimo con cuatro piezas de campaña, y un batallón desplegado en guerrilla, con el cual obligó á retirarse á dos batallones peruanos de la división de La Mar. El batallón colombiano de Vargas, enviado á sostener la división peruana, empezó también á ceder, y dos batallones realistas atravesaron el barranco, y avanzaron á paso redoblado en seguimiento de los patriotas que se retiraban.

En aquel crítico momento, el general Miller resolvió por sí mismo cargar á los realistas vencedores con el regimiento de Húsares de Junín, y cuando iba ya ejecutando aquel movimiento tan oportuno y decisivo, recibió la orden del general Sucre para verificarlo, y con el cual obligó á los enemigos á replegarse del otro lado del barranco, y los siguió á aquel punto apoyado por los Granaderos á caballo, y por la división La Mar, que había logrado reunir nuevamente su general. El valiente coronel Plaza fué el primero que con su batallón de la Legión atravesó el barranco para apoyar la caballería. El comandante Morán con su batallón de Vargas ejecutó igual movimiento por la derecha de la caballería, y estos dos cuerpos y la caballería, apoyándose mutuamente y rivalizando en valor, atacaron con tal resolución que arrollaron á los enemigos, se apoderaron de la artillería de Valdez, obligaron á retirarse á su caballería y dispersaron su infantería.

Los realistas habían perdido ya la batalla, y huían á la montaña de donde habían bajado aquella mañana, con esperanzas de éxito tan diverso. Esta acción memorable no duró más de una hora.

Mil cuatrocientos realistas quedaron muertos en el campo de batalla, setecientos heridos y quince piezas de artillería.

La pérdida de parte de los patriotas ascendió á tres-



cientos setenta muertos y seiscientos nueve heridos\*.

La única pieza de artillería perteneciente á los patriotas, produjo un efecto considerable en las columnas enemigas, y sirvió también para atraer sobre ella gran parte del fuego de la artillería de los realistas, que si se hubiese dirigido contra las columnas patriotas habría ocasionado mayores pérdidas.

El plan de los realistas era esperar que Valdez hubiese flanqueado la izquierda de la posición de Sucre, y cuando hubiese obligado á principiar á replegarse á los patriotas, el virrey debía avanzar y completar la victoria. El error del virrey en haber atacado de aquella ó cualquiera otra forma, lo ocasionó la ansiedad de las

\* Nombres de los oficiales muertos: Coronel Carreño; teniente coronel Medina†; capitán Urquiola; tenientes Oliva, Colmenares, Ramírez, Bonilla, Sevilla, Prieto y Ramonet.

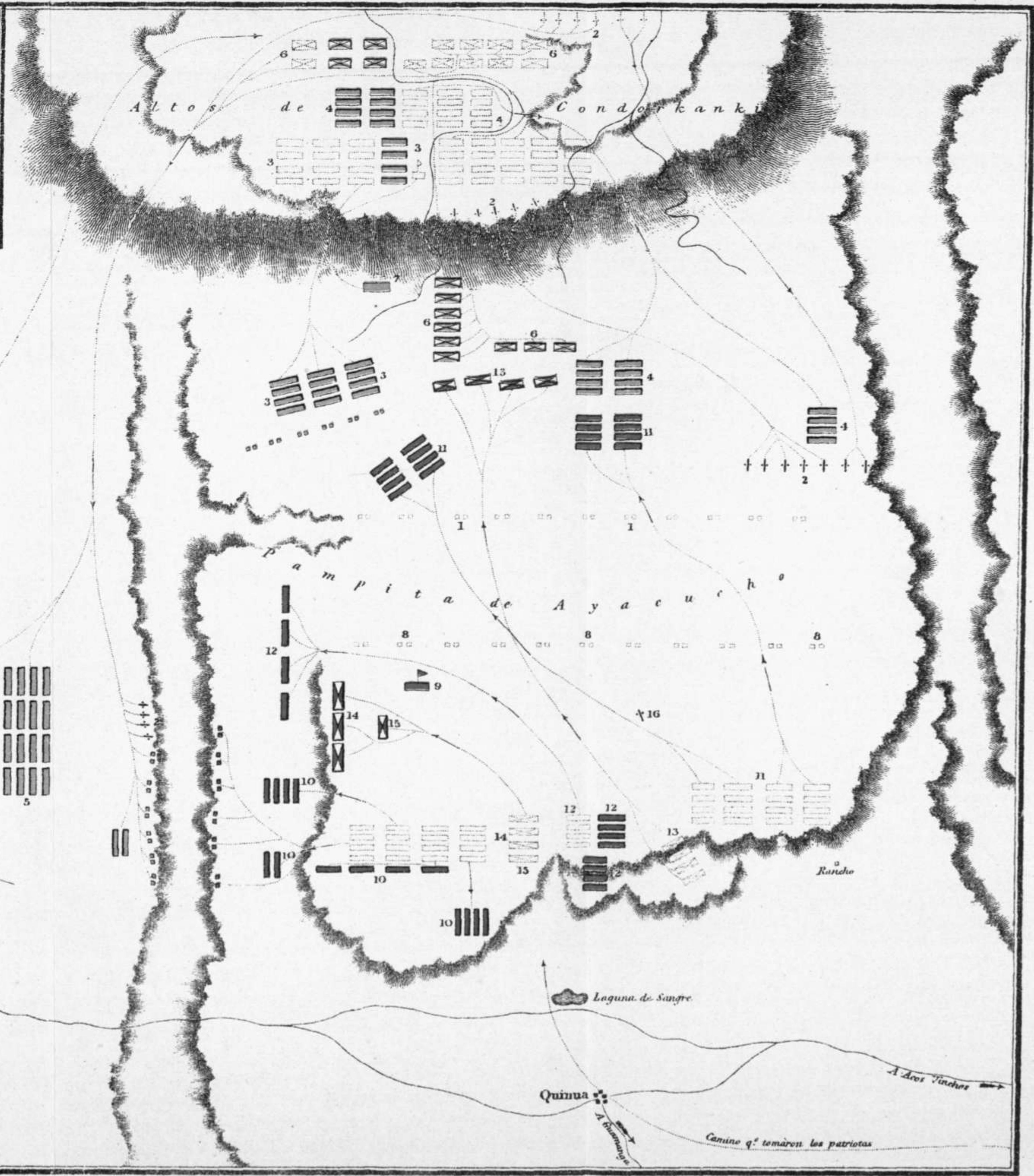
Heridos: los coroneles Silva, Luque y Leal; los tenientes coroneles León, Blanco, Castillo y Gerardino; los mayores Torres y Sornoza; los capitanes Jiménez, Coquis, Dorronzoro, Brown, Gil, Córdova, Ureña, Dorronsor, Landacta, Troyano, Alcalá, Granados y Miro; los tenientes Infantes, Silva, Suárez, Vallarino, Otarola, French, Pedrahita, Pazaga, Ariscum, Otarola, J. Suárez, Ornas, Posadas, Miranda, Montoya y Moreno; los subtenientes Galindo, Chabur, Rodríguez, Malabe, Jeran, Pérez, Calles, Marquina, Paredes, Sabino, Isa y Alvarado.

#### RESUMEN

	<u>Muertos</u>	<u>Heridos</u>
Coroneles .....	1	3
Tenientes coroneles.....	1	4
Mayores.....	0	2
Capitanes.....	1	13
Tenientes.....	7	16
Subtenientes.....	0	12
Soldados, cabos y sargentos...	360	559
<i>Total.....</i>	<u>370</u>	<u>609</u>

† Muerto por los indios de Huando á su paso para Lima, conduciendo el parte de la batalla. Este jefe era uno de los oficiales más bizarros del ejército colombiano, y se había distinguido particularmente en la acción de Junín.





**Referencia**

1. Tiradores del ejército real
2. Artillería ... id. ...; Brigada Cicho
3. Prim.ª división de inf. id.; Gen.º Monet
4. Seg.ª id. id.; Gen.º Villalobos
5. División de la Vanguardia; Gen.º Valdez
6. Quince esquadrones de caballería; Brigada Ferraz
7. Turcy
8. Tiradores del ejército de los Independientes
9. General Sucre
10. División del Perú; Gen.º De La Mar
11. División de Colombia; Gen.º Cordova
12. Id. id.; Gen.º Lara
13. Caballería de Colombia
14. Id. Perú y } Gen.º Miller
15. Grenaderos de los Andes }
16. La única pieza de artillería q. tenían los patriotas

**BATALLA de AYACUCHO**

December 9 de 1824.

Realistas Caballería Patriotas  
 Infantería

Camino q. tomaron los realistas

Camino q. tomaron los patriotas







tropas que le arrastraron á exponer, al azar de una acción general, el fruto que había alcanzado en la campaña; pero la paciencia de la tropa se había agotado ya con marchas tan penosas, y que les parecía no habían de tener fin. En Guamanguilla adoptaron un sistema de pasquines para manifestar su disgusto, y las tiendas del virrey, de Canterac y otros jefes amanecieron con varios cartelones, ridiculizando su conducta; y por lo tanto puede muy bien asegurarse que se comprometieron á una acción general, contra su propia opinión.

Al ocupar los realistas nuevamente las alturas de Condorkanki, reunieron en aquel punto cuanta gente pudieron de sus dispersos; pero las divisiones de La Mar y Lara, eran ya dueñas de la cumbre á la una de la tarde. Poco antes de ponerse el sol pidió el general Canterac una suspensión de armas para entrar en capitulación, y una hora después bajó personalmente á caballo á la tienda del general Sucre, donde acordaron una capitulación, por la cual quedaban prisioneros de guerra los generales La Serna, Canterac, Valdez, Carratalá, Monet, Villalobos, Ferras, Bedoya, Somocursio\*, Cacho, Atero, Landázuri, García-Camba, Pardo, Vigil y Tur; 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 oficiales y 3.200 soldados, cabos y sargentos; el resto se había dispersado.

La batalla de Ayacucho fué la más brillante que se dió en la América del Sur; las tropas de ambas partes se hallaban en un estado de disciplina que hubiese hecho honor á los mejores ejércitos europeos; los generales y jefes más hábiles de cada partido se hallaban presentes; ambos ejércitos ansiaban el combate, y todo el mundo, de uno y otro partido, se batió no sólo bizarramente, sino á la desesperada. Lo que en número faltaba á los patriotas, lo suplía su entusiasmo y el íntimo convencimiento de que si eran batidos era imposible retirarse. Así,

\* Muerto por un rayo, pasando de Guamanga á Arequipa.



pues, no fué una victoria debida al azar, sino el resultado del arrojo, y un ataque irresistible concebido y ejecutado al propio tiempo.

El general Sucre se expuso personalmente durante la acción en donde su presencia podía ser de utilidad con la mayor sangre fría, y su ejemplo produjo completo efecto. El general La Mar desplegó las mismas cualidades; y con enérgica elocuencia reunió algunos cuerpos que habían huido, y los condujo nuevamente al enemigo.

El heroísmo del general Córdova mereció la admiración general, y todos vieron con satisfacción su ascenso á general de división en el campo mismo de batalla, á la edad de veinticinco años. El general Lara se distinguió por su celo é inteligencia, y el general Gamarra desplegó el tino que le caracteriza. El coronel O'Connor, segundo jefe de Estado Mayor; los jefes de los cuerpos, y ciertamente los oficiales y tropa, sin tal vez una excepción, se condujeron con un valor y un celo, como si el éxito de la batalla pendiera de sus esfuerzos individuales. Los coroneles Caravajal y Silva; los tenientes coroneles Suárez, Blanco, Braun, Medina y Olavarría, que desplegaron tanto valor en Junín, nuevamente se distinguieron en Ayacucho. El capitán D. Juan Alarcón, edecán de Miller, se condujo perfectamente en esta ocasión, como lo había hecho en muchas otras. Este oficial era de descendencia indígena, pero muy bien educado, y muy modesto, benemérito é incansable para el trabajo.

Tantos caballos habían perecido, ó habían tenido que abandonarlos medio muertos en el camino, durante la retirada desde Lambrama, que 25 húsares del regimiento de Junín estaban montados en mulas de carga, para aparentar mayor fuerza. Cuando el regimiento cargó, recibieron orden de quedar á retaguardia, pero unánimemente contestaron: «No, venceremos ó moriremos con nuestros compañeros.» En efecto cargaron, y pronto



cambiaron sus mulas por caballos tomados al enemigo.

En el curso de esta carga conocieron los húsares el caballo que el general Miller perdió en Cuquibamba; cortaron al que lo llevaba, que era una ordenanza del general Valdez, y volvieron á su general su caballo favorito, el cual conservó después hasta su embarque en Buenos Aires.

Casi al mismo tiempo llamó al general Miller un oficial realista, diciéndole: «Señor, señor, me rindo á usted prisionero. ¿No se acuerda usted de mí?» Inmediatamente conoció que era el capitán Frías del regimiento de Cantabria, que envió á tierra como especie de corte-sía, el comandante de la escuadra, Blanco, en canje de Miller, cuando éste volvió á bordo del *San Martín*, como queda dicho en la relación de la toma de la fragata *Marta Isabel* al frente de Talcahuano, seis años antes; pero el general Miller no podía detenerse en aquel momento, y no habiendo tenido la satisfacción después de ver al capitán Frías, es probable que pereciera.

Los soldados de un escuadrón, y todos los oficiales de un regimiento de caballería realista llevaban cascos de plata; y ellos se hicieron el objeto de la atención particular de los soldados patriotas durante la persecución de los fugitivos. Algunos tuvieron la discreción de salvarse arrojando los cascos, los cuales, como las manzanas doradas de Hipomenes, contuvieron los pasos de sus perseguidores. Este cebo de plata fué tan irresistible á los soldados patriotas, como las pomas lo fueron á Atalanta; en pocas horas todos los cascos cambiaron, si no de cabezas, de dueño, pues los que lograban atrapar algunos, los rompían y se los guardaban.

Cuando el general Miller volvía al campo de batalla de Ayacucho, después de perseguir á Valdez y su división, pasó por el lado de varios grupos de realistas prisioneros, y muchos de ellos le gritaron: «¿No nos conoce usted, mi mayor, mi comandante, mi coronel?», según el



grado que tenía cuando habían servido á sus órdenes en las filas de los patriotas, antes de ser prisioneros y haberlos obligado á batirse por el partido opuesto.

En un punto del campo de batalla estaban más de 30 granaderos realistas, y por la posición que tenían sus cadáveres se conocía que habían hecho una valerosa resistencia, y perecido casi al mismo tiempo en la formación que tenían á la cabeza de una columna. Cerca de aquel punto encontró el general Miller á su amigo Prieto, teniente coronel de la Legión, que acababa de hallar y retirar el cadáver, yerto y desnudo, de su hermano, joven de figura interesantísima, y de solo diez y nueve años de edad. El teniente coronel Prieto estaba profundamente afectado por la muerte de su hermano, pero manifestó le consolaba algún tanto el saber que había muerto gloriosamente, porque «mire usted aquí», dijo señalando al corazón por donde la bala fatal había entrado, «y vea usted esta otra», señalando á una profunda herida de bayoneta: «es preciso que mi pobre hermano haya estado mezclado con el enemigo, y ambas heridas están recibidas por el frente.» Este joven, natural de Guayaquil, era teniente en el batallón colombiano de Pichincha. Percibiendo el general Miller ciertas indicaciones de disposición militar, unido al entusiasmo patriótico más ardiente, le invitó el año 1822 á aceptar una subtenencia en la Legión, de la cual su hermano mayor era ya capitán, y secundó con vehemencia la invitación; pero era tan entusiasta colombiano, que nada pudo convencerle á llevar la cucarda del Perú, aunque comprometidos en la misma causa común.

El general Miller continuó ocupado en varios encargos hasta muy tarde, y cerca de media noche fué á visitar al virrey prisionero La Serna, que había sido colocado en una de las mejores de las miserables habitaciones de Quinua. Cuando Miller entró halló al virrey sentado en un banco y recostado contra la pared de barro de la choza.



Un corto reflejo de la llama de una pequeña lámpara de barro esparcía luz únicamente para que pudiesen percibirse sus facciones, á las cuales, en parte, hacían sombra sus venerables canas, teñidas aún en algunas partes con sangre de la herida que había recibido. Su persona alta, y en todos tiempos noble, parecía en aquel momento aún más respetable é interesante. La actitud, la situación y la escena, todo reunido, era precisamente lo que un pintor histórico habría escogido para representar la dignidad de perdidas grandezas. Reflexionando en las vicisitudes de la fortuna, puede fácilmente imaginarse con qué sentimientos se iría adelantando Miller hacia el hombre que pocas horas antes ejercía el poder real. El virrey fué el primero que habló, y alargándole la mano, dijo: «General, todos conocemos á usted perfectamente y siempre le hemos considerado como un amigo personal, sin embargo de las inquietudes que nos ha causado y del estado de alarma en que tantas veces nos ha tenido. A pesar de mis desgracias, tengo mucho gusto en ver á usted.» El virrey en seguida le manifestó que habían puesto un centinela dentro de su mismo cuarto, según presumía, por equivocación, y que en la confusión y atropellamiento natural del día no habían curado aún su herida. El general Miller mandó salir inmediatamente al centinela y envió por un cirujano. Cuando le habían curado ya la herida, al ofrecerle Miller sus servicios, le dijo que lo único con que podía brindarle era con un poco de té, que por casualidad tenía en su cantina, y único tal vez que habría en el ejército. Debilitado por la pérdida de sangre, el virrey pareció revivir á la sola mención de aquella bebida, y dijo: «Esa es á la verdad la única cosa que podría tomar ahora. Una sola taza me reanimaría y me preservará de empeorar y de un desvanecimiento.» Cuando trajeron el té lo tomó con ansia, y le fué quizás más agradable este oportuno auxilio que ninguna otra atención ó favor de cuantos recibió en su vida. El vi-



rrey manifestó á Miller su reconocimiento del modo más expresivo, el cual tuvo un particular gusto en haber podido prestar aquel pequeño servicio á prisionero tan distinguido. Miller sabía desde mucho antes que el virrey había dicho que en el caso de hacerle prisionero le trataría como hermano y le daría los medios necesarios para regresar á su país, única condición que le impondría, pero condición que Miller no habría aceptado ciertamente, á menos que no hubiese sido acompañada del permiso de volver á servir en el ejército peruano.

La Serna principió su carrera en la artillería, y ya de teniente coronel sirvió á las órdenes del célebre Palafox, en Zaragoza, en 1809. La Serna fué creado por Fernando Conde de los Andes el mismo día de la batalla de Ayacucho; se ha retirado de la vida pública, y reside en Jerez de la Frontera, pueblo de su naturaleza.

Después de despedirse del virrey, Miller fué á visitar al general Sucre, donde halló al general Canterac y algunos oficiales españoles que le habían acompañado á Quinua para arreglar los términos de la capitulación. Entre ellos estaba el teniente coronel Bobadilla, de quien se ha hecho mención en la relación de la toma de Valdivia, y el cual es un hombre alegre, sumamente entretenido y de facha muy militar. Todos ellos fueron á la choza de Miller á pasar el resto de la noche, y se fueron echando en el suelo, en el cual no era fácil encontrar un paraje seco, pues el techo tenía varias goteras; sin embargo de ello, se quedaron inmediatamente dormidos, á excepción de Canterac y Miller, que hablaron algún tiempo sobre los acontecimientos variados de la última campaña. Canterac estaba en un estado de gran agitación, y frecuentemente repetía: «¡General Miller, general Miller, todo esto parece sueño! ¡Qué extraña es la suerte de la guerra! ¿Quién habría dicho hace veinticuatro horas que sería yo huésped de usted? Pero no puede ya remediarse; la guerra se acabó, y á de-



cir á usted la verdad, estábamos todos cansados de ella.»

El general Canterac es natural de Burdeos, en Francia, y sus padres emigraron con él á España en 1792. Principió su carrera en la artillería española, y de este cuerpo pasó á caballería. Cuando subalterno fué empleado frecuentemente en comisiones de peligro y reconocimientos de riesgo, en todos los cuales se señaló por su inteligencia y valor. En una ocasión en que el general Sir Charles Doyle fué á atacar y tomó por un golpe de mano á Bagur, para llamar la atención de los franceses durante la expedición de O'Donnell contra el castillo de Abisbal, Canterac marchó con unos cuantos dragones á Gerona con el mismo objeto, y penetró hasta las puertas de la ciudad; alarmó á la guarnición y las tropas inmediatas, y logró hacer prisioneros algunos centinelas franceses. Por la atrevida conducta de Canterac quedó paralizada la acción de las tropas francesas por espacio de doce horas, y por el de veinticuatro, por la afortunada empresa del benemérito general Doyle, y de uno y otro resultó la victoria que alcanzó O'Donnell en Abisbal. Canterac sirvió en el Estado Mayor de O'Donnell, luego conde de Abisbal, y es positivo que no le habría elegido este valiente general para servir á su lado, si no hubiese tenido valor é inteligencia. Canterac es organizador, un excelente táctico, y tiene muy buenas maneras. Ha cumplido cuarenta años, acaba de casarse con una señorita en Valladolid (Castilla la Vieja), y reside actualmente de cuartel en aquella ciudad.

En la mañana siguiente, 10 de Diciembre, se presentó el coronel Althaus, que hace poco se dijo había sido hecho prisionero con su mula blanca. Desde Chuquibamba le habían conducido al cuartel general de los realistas, á los cuales había acompañado en todos sus movimientos. Desde lo alto de la montaña de Condorkanki había presenciado la sangrienta escena que pasaba en el llano, y tuvo la dicha de unirse á sus compañeros, como éstos la



tuvieron de recibirle, y prepararse para oír una nueva cáfila de graciosísimas aventuras. Althaus había sido tratado bondadosamente por los jefes realistas, los cuales se habían divertido tanto, como se irritaban á veces, por el satírico tono con que contestaba, y evadía cuantas cuestiones le hacían que tendiesen á aclarar la fuerza de los patriotas. Este jefe benemérito se ha casado después con una señora peruana rica y de rango, y se ha establecido en Arequipa.

En la misma mañana del 10 vió el general Miller venir, hacia su casa, en compañía del general Sucre, á un oficial español; éste, que era de pequeña estatura, delgado y un poco inclinado hacia adelante, traía un sombrero de ala ancha, de pelo de vicuña, una levita basta cenicienta, y unos botines altos de pelo. Cuando llegó más inmediato, sus penetrantes ojos chispeaban y animaban un rostro tostado por la inclemencia del tiempo, pero sumamente interesante, y antes que Sucre tuviese tiempo de presentarlo, corrió al frente algunos pasos y abrazó á Miller, diciéndole: «Conozco quién es usted. Yo soy Valdez: usted y yo debemos ser amigos.» Entonces, volviéndose á Sucre, añadió: «Este señor Miller nos ha tenido muchas veces sobre las armas, sin dejarnos descansar, y andando arriba y abajo. Dicen que yo soy activo, pero él parecía brujo, tan pronto aquí, como allá y en todas partes, sin que nunca pudiésemos conocer sus intenciones, saber su número ó qué hacía, hasta que nos había pegado algún chasco.»

El general Valdez nació en Asturias el año 1786. Fué educado para seguir la carrera de la toga, pero á la invasión de los franceses en la Península tomó las armas, y era en 1810 teniente en el ejército del general Cuesta. El año siguiente fué ascendido á capitán, y nombrado edecán del general Ballesteros. Aconsejó á este general, y se supuso escribió la exposición que hizo á la regencia oponiéndose al nombramiento de generalísimo del lord



Wellington. Este paso le dió popularidad con muchas personas, pero le atrajo el desagrado del Gobierno, y acompañó á Ballesteros á su separación del mando. En 1813 fué empleado Valdez nuevamente, y sirvió con distinción. Al regreso de Fernando á España, se retiró á la provincia de su nacimiento, y en 1815 acompañó al general La Serna al Perú, en clase de jefe de Estado Mayor. Su genio militar y actividad lo manifiesta el relato mismo de estas Memorias, y su desinterés es tal, que no debe pasarse en silencio. En la última época jamás quiso recibir su paga, y cuando necesitaba dinero, acudía al amigo más inmediato, que podía atender á sus necesidades del momento. En una ocasión, cuando se hallaba en el Sur, envió á pedir á un comerciante de Arequipa 300 duros: el comerciante le envió 500; pero como Valdez no necesitaba más de lo que había pedido, volvió el resto con el portador. Era tan descuidado en su persona, que sus amigos tenían generalmente que mandarle hacer la ropa para que pudiera mudarse, ó reemplazar la que estaba ya absolutamente inútil; el vestido que llevaba en la mañana referida, se lo habían regalado sus soldados el año anterior. Nunca en su mesa se servían otros manjares más de sus raciones; dormía sobre uno ó dos ponchos, al aire libre, á la cabeza de su división cuando iba de marcha, y por esa razón los soldados decían de él: «*en campaña el tío siempre está en casa*».

Como hombre público, era considerado Valdez como violento, precipitado, despótico y descortés; era temido de los oficiales, pero idolatrado por la tropa. Valdez es un hombre de genio muy superior, y tiene un nervio tal, que le habría hecho digno compañero de Carlos XII, ó de Suwarrow: en el día es segundo cabo de la provincia de Aragón.

El general Miller tuvo la satisfacción de hacer conocimiento personal con otros realistas distinguidos, contra



la mayor parte de los cuales se había batido en el curso de la guerra.

Muchos oficiales españoles, aprovechándose de los términos de la capitulación, recibieron sus pasaportes y salieron para España por la vía de Lima, Arequipa ó Buenos Aires: algunos permanecieron para arreglar sus intereses particulares. Los soldados realistas entraron algunos en los batallones patriotas, pero la mayor parte se dispersaron y regresaron á sus casas.

De las importantes consecuencias de la batalla de Ayacucho, pudiera imaginarse que si la victoria se hubiese decidido por los españoles, su triunfo habría sido tan completo como el de los patriotas, pero tal suposición fuera absolutamente absurda. El ejército libertador podría haber sido destruído, y todos los jefes que lo mandaban perecer; pero, aun en tal caso, aunque los españoles habrían arrollado por algún tiempo cuanto se les hubiese puesto por delante, al fin habrían tenido que sucumbir. Con efecto, los realistas tenían muy pocas probabilidades de recibir auxilios de España, y los repetidos y continuos esfuerzos de otros jefes y de otros ejércitos patriotas, que sucesiva ó simultáneamente se habrían formado, los habrían hostilizado perpetuamente y los habrían consumido; por lo tanto, aunque el país se hubiese reducido á escombros y la miseria se hubiese hecho sentir hasta en los puntos más remotos, la causa de la independencia habría triunfado infaliblemente.

Los últimos esfuerzos de Olañeta en el Sur, y la bizarra defensa del Callao, por Rodil, fueron únicamente pruebas adicionales de la extraordinaria perseverancia con que los españoles mantuvieron y lo forzosamente que al fin abandonaron sus conquistas en LA TIERRA DEL SOL, en otro tiempo MAGNÍFICO IMPERIO DE LOS INCAS.



## CAPÍTULO XXVI

---

*Entrada de los patriotas en Cuzco.—Regocijos.—Profecía recordada por Garcilaso de la Vega.—Tradición del origen de los Incas.—Su forma de Gobierno.—Su política.—Población antes de la conquista.—Ciudad del Cuzco.—Ruinas.—Templo del sol.—Edificios públicos.—Resumen de la historia del Cuzco.—Su comparación con la de Roma.—Veneración en que se conserva la memoria de los Incas.—Trajes, maneras y costumbres de los indios.—Descripción de la coca.*

No queriendo el general Sucre perder momento en aprovechar las ventajas que le ofrecía la victoria de Ayacucho, mandó salir para el Cuzco el 12 de Diciembre al general Gamarra con un batallón peruano, y el 16 le siguió el general Miller.

Muchos soldados patriotas, que por heridas ó enfermedades no habían podido seguir al ejército y habían logrado ocultarse durante el paso de los realistas, salieron al encuentro de las columnas vencedoras, y fueron nuevamente destinados á sus respectivos cuerpos. Entre los que había sido heridos y hecho prisioneros, estaba el teniente Wyman de los húsares de Junín, cuyo valor y distinguida conducta, le hacen digno de particular mención.

No habiendo logrado realizar su fuga de la escolta como atrevidamente intentó, fué preso y tratado con la mayor severidad; no pudiendo sentarse, ni montar á caballo, le pusieron atravesado sobre el lomo descarnado



de una mula muy flaca, y en esta forma le condujeron casi fuera de sentido por espacio de dos días. Al llegar á Abancay le creyeron ya tan próximo á expirar, que le echaron sobre un montón de broza á la puerta de una choza, y le dejaron allí para que muriese. Una pobre india al favor de la obscuridad de la noche y ayudada de su hijo, le separó de aquel sitio ya casi exánime, y le ocultó hasta que los realistas se fueron; después cuidó con el mayor esmero y atención al desgraciado Wyman, administrándole cuantos auxilios le permitía la escasez de sus medios.

Cuando diez días después entró el general Miller en Abancay, le dijeron que un inglés estaba expirando en una choza en la situación más lastimosa. Inmediatamente fué á visitarle y encontró al teniente Wyman tendido sobre una manta que había salpicado con su sangre, y refregado con frecuencia sus inflamadas heridas. Este joven desgraciado estaba delirante, y tan extenuado que con dificultad pudo el general reconocer las facciones de su amigo. En el acto le dió alguna ropa blanca y vestidos, y dejó á la india Samaritana cuanto dinero llevaba consigo. Wyman recobró su salud al cuidado de aquella mujer sensible y generosa, y es actualmente un oficial de esperanzas al servicio del Perú.

El general Gamarra entró en la ciudad de Cuzco el día de la natividad del Señor de 1824, y fué recibido con vivas y aclamaciones. El general Miller llegó pocas horas después; la división peruana de La Mar se reunió el 30, y las de Colombia de Córdoba y Lara, llegaron pocos días después. El general Sucre quiso entrar incógnito, pero fué conocido, saludado y aclamado por todos, con vivas llenos de entusiasmo.

Mil fiestas y regocijos se siguieron á tan plausibles acontecimientos, con cuyo motivo dieron muchos convites para cumplimentar á los patriotas. A los bailes asistieron muchas señoras que eran adictas al partido rea-



lista, á las cuales acompañaban sus maridos ó hermanos, que habían ocupado empleos civiles ó militares bajo el Gobierno del rey. Entre los militares había varios generales y otros oficiales, que habían capitulado después de la batalla de Ayacucho. En una gran comida dada por el clero de San Antonio en obsequio de los generales peruanos La Mar, Gamarra y Miller, al proponer un brindis por el último, lo anunciaron haciendo una aplicación atenta y obsequiosa, procurando probar que su llegada á la antigua capital de los Incas realizaba en parte una antigua tradición de la profecía recordada por el Inca Garcilaso de la Vega, nacido en Cuzco ocho años después de la conquista; así como por Calandra, autor de las crónicas de San Agustín, y por Herrera en sus Décadas. «Deum ego testor, mihi á D. Antonio de Berreo affirmatum, quemadmodum etiam ab aliis cognovi, quod in præcipuo ipsorum templo, inter alia vaticinia quæ de amissione regni loquuntur, hoc enim sit quod dicitur fore ut Ingæ sive imperatores et reges Peruviae, ab aliquo populo qui ex regione quadam quae *Inclaterra* vocetur, in regnum suum rursus introducantur\*.»

La ciudad del Cuzco está situada á cien leguas de la costa, y en 1825 contenía más de cuarenta mil habitantes. Fué fundada en el siglo x ú xi, por Manco Capac, primer Inca del Perú. Pero antes de entrar en la descripción de las particularidades y cosas más marcadas de aquella antigua capital, séanos permitido una pequeña digresión, para manifestar uno de los fabulosos orígenes de los hijos del sol, y hacer un ligero bosquejo de sus

\* «Declaro ante Dios que me aseguró D. Antonio de Berreo, así como otras personas á quienes conocí, que entre otras profecías conservadas en su templo principal que hablaban de la destrucción del imperio, había una que aseguraba de que en lo venidero los Incas, ó emperadores, ó reyes del Perú, serían restablecidos en su trono por una cierta gente que vendría de un país llamado *Inclaterra*.»



antiguas leyes y política. Siguiendo la regla general por la cual la mayor parte de las naciones y héroes se atribuyeron un origen ó sobrenatural descendencia, pretenden los peruanos que un blanco naufragó en las costas del Perú, y fué recibido y adoptado por un cacique, con cuya hija, ciega de nacimiento, se casó, y de la cual tuvo un hijo y una hija. Suponen que el padre enseñó á sus hijos algunos rudimentos de agricultura, arquitectura y otras artes sencillas, desconocidas hasta entonces en el Perú. Habiendo muerto el blanco y su mujer peruana, el cacique llevó sus nietos á una montaña que dominaba el poblado valle de Cuzco\*, desde donde bajó después, reunió los habitantes y les manifestó que su dios, el sol, había tenido conmiseración de ellos, y enviaba dos de sus propios hijos, para instruirlos y gobernarlos. Que los hallaría sobre la montaña, y probaría la verdad de sus palabras el cabello de la joven y el joven que estaban en ella, cuyo color aún era como los rayos del sol. Pero imaginándose los cuzqueños que el cabello rubio y la tez blanca lo habían alcanzado por alguna brujería, desterraron á los dos hermanos al valle de Rimac. En vista de ello, removi6 después el cacique á sus nietos de dorada cabellera á una isla en el lago de Titicaca, donde afortunadamente halló á los habitantes de creencia más fácil; y perseverando en sus primitivas intenciones de engrandecer y deificar á su familia, aconsejó á su nieto reuniese toda la población de la isla, y volviese á su cabeza al valle del Cuzco. Viendo aquellos habitantes volver á los rubios extranjeros seguidos de una multitud poderosa, se sometieron tranquilamente; los reconocieron como hijos del sol, y los proclamaron Incas. La ciudad del Cuzco fué gradualmente extendiéndose desde aquel momento.

\* Cuzco es la corrupción de Coscco, que significa ombligo ó central.



Dejaremos á los anticuarios que decidan sobre la probabilidad de que un inglés naufragase en las costas del Perú hace ochocientos años; pero no pasaremos en silencio que los etimologistas *quichuanos* aseguran, que al preguntar el cacique al náufrago quién era, éste le contestó: «Englishman.» Esta palabra fué pronunciada en la lengua Quichua Ingasman, á la cual añadieron *cocopac* (hermosísimo), palabras que unidas formarían Ingasmancocopac, que dicen los peruanos es de donde deriva Inca Manco-Capac, nombre del fundador de la raza de los Incas.

El gobierno de los Incas era un puro despotismo, pero tan modificado por sus costumbres é instituciones patriarcales, que adelantó rápidamente el Perú tanto en las artes de paz como de guerra, y floreció bajo el mando benéfico de once sucesivos soberanos. La destructora guerra civil que produjo el asesinato de Huáscar, por su aun más desgraciado medio hermano Atahualpa, echó la primera mancha sobre la pureza, que hasta entonces conservaban sus anales.

La felicidad del pueblo parece fué el objeto principal á que se dirigía la política y afanes de los Incas, y hasta sus conquistas aparecen emprendidas sin otras miras. El oro y la plata lo empleaban únicamente para adornos y objetos de ostentación, sin conocerlo como signo de la permutación de las cosas. Los productos de la tierra los gozaban en común, y el todo se dividía en cuatro porciones, por personas nombradas al efecto, que sembraban y recogían sus frutos del modo siguiente. La primera estaba destinada para la manutención de las viudas, los huérfanos y los desamparados. La segunda se consagraba á la manutención de los sacerdotes y vírgenes del Sol, la construcción ó adornos de los templos, y atender á cuanto concernía al culto y adoración del astro refulgente de la mañana, la más inocente y disculpable de todas las idolatrías. La tercera parte se destinaba á la



comunidad, y la cuarta mantenía en un esplendor más que real, al Inca y su familia, la cual, en el transcurso de siglos, llegó á ser excesivamente numerosa, pues como era permitida á los Incas la poligamia, sus familias se extendieron en ramificaciones interminables sobre todas las provincias; tan numerosa llegó á ser, que la mayor parte de las vírgenes del Sol eran de sangre real. Los Incas hablaban un idioma que no permitían aprendiesen los nobles, y por consiguiente mucho menos el pueblo, y lo más notable es que recados en el lenguaje de la familia se transmitían á viva voz de una parte á otra del imperio por medio de *chasquis* ó correos de á pie establecidos á distancias, no entendiendo ninguno de ellos el significado de las palabras que decían, las cuales pasaban algunas veces por cien bocas y muchos cientos de leguas. La lengua de los Incas se perdió á la primera ó segunda generación después de la conquista; el que en el día hablan los indios es el *quichua* ó idioma general de los antiguos peruanos.

En el reinado de Huaina Capac, X Inca, se extendía el imperio desde los confines del Norte de Quito al río Maule en Chile, distancia de Norte á Sur que abraza cerca de cuarenta grados, y desde las costas del Mar Pacífico hasta las Pampas de Tucumán. Su población se supone haber excedido de diez millones, aunque Humboldt, engañado por la autoridad del Padre Cisneros, dice que en 1579 ascendía únicamente á 1.500.000 habitantes. Este cálculo podría únicamente hacer relación al número de *varones entre la edad de diez y ocho y cincuenta* sujetos al tributo, porque según el censo general hecho en aquel año por el arzobispo Loaiza en virtud de orden de Felipe II, el total de la población montaba á 8.280.000 almas.

Cuando Pizarro invadió este país, los peruanos habían llegado á un alto grado de civilización, y mucho mayor que ninguna nación llegó á poseer antes del conocimien-



to de las letras ó gráficos recuerdos. Restos maravillosos de obras de utilidad pública prueban sus conocimientos, su habilidad y su industria. En muchas de las provincias, las laderas de las alturas, ó más bien montañas, están cortadas formando balates ó mesetas, que se elevan desde el pie unas sobre otras y llegan á una altura sorprendente. Cada meseta tiene al frente una pared de piedra para evitar que las tierras tomen su declive natural, y aunque no son muy anchos, cubren las laderas de montañas tan grandes y tan altas, que ellas solas debieron producir subsistencias para una población considerable. Estas mesetas las llamaban los peruanos Andenes, lo que probablemente indujo á los conquistadores á dar el nombre de Andes á toda la inmensa cordillera que se extiende desde el estrecho de Magallanes hasta el istmo de Panamá. Los Andenes se hallan frecuentemente en parajes donde nunca llueve, y se ignora cómo ó por qué medio podían regarlos.

Las tierras bajas, que son en la actualidad llanos desiertos de muchas leguas cuadradas, estuvieron en otro tiempo regadas por grandes acequias, que conducían agua en abundancia que fertilizaba pedazos, que se hallan actualmente condenados á la esterilidad más absoluta. En muchos puntos se perciben ruinas de ciudades bien edificadas, de mayor extensión que la moderna Lima, ó que Madrid, muchas de las cuales distan más de veinte millas del manantial de agua más inmediato.

Los restos desmoronados de muchos pueblos de pescadores en la orilla del Mar Pacífico, prueban que hacían contribuir abundantemente al Océano, á las necesidades ó apetitos del pueblo. Por medio de los mensajeros descritos anteriormente, se surtía diariamente la mesa de la familia de los Incas con pescado de la mar. Las acequias subterráneas de Nasca son dignas de investigación, pues aunque no se sabe hasta dónde se extienden, se supone que los peruanos excavaron horizontalmente



un cauce, hasta que encontraron un manantial de agua permanente. El valle de Nasca depende exclusivamente del agua obtenida por este medio; el desierto Norte y Sur de él tiene cerca de cien millas de ancho. Los acueductos subterráneos están revestidos de mampostería sin argamasa ni mezcla alguna, y desde la cuneta ó fondo de ellos hasta la corona del arco tienen cuatro ó cinco pies y cerca de tres de ancho. Muchos están cegados en el día; pero se conservan un número suficiente para dar una fertilidad asombrosa al valle de Nasca, donde la vid, que se cultiva en abundancia, llega con frecuencia á ser igual en circunferencia ó grueso á un álamo de treinta años.

El valle de Santa contenía en otro tiempo una población de 700.000 almas, y cuenta sólo en el día 700, según la noticia dada por su gobernador en 1824. Acari contaba anteriormente 60.000 habitantes, y no contiene en el día 6.000, la mayor parte esclavos negros. Acari ó Nacari significa tripulación, y es el punto adonde los delincuentes y criminales se desterraban en tiempos pasados.

Parece que los peruanos no edificaban jamás una ciudad, ni permitían que una sola casa ocupase un terreno que fuese susceptible de cultivo.

Los monumentos que aún sobreviven en Cuzco á la destructora barbarie de sus conquistadores, prueban aún de un modo más convincente que las relaciones de los autores españoles de aquel período, el poder, esplendor y la civilización del pueblo que los erigió. La extensión y magnificencia de esta ciudad fué en gran parte debida á una medida que caracteriza la política de los Incas. A cada tribu ó nación de que se componía su vasto imperio, se la permitía, al ser conquistada, añadir una nueva división á la ciudad, y residir en ella los que querían hacerlo, bien por miras comerciales ó políticas, en goce entero de su idioma, usos y costumbres. Estos aumentos



ó agregaciones se hicieron mucho mayores por un mandato que obligaba á enviar de todos los puntos del imperio los jóvenes de ciertas clases distinguidas á educarlos en la capital.

La administración de las provincias distantes habitadas por tribus belicosas, podía de este modo confiarse sin riesgo á hombres regularmente iniciados en la ciencia del mando, bajo el cuidado inmediato del Inca reinante, á quien aprendían á amar y temer. Además, los hijos de las familias nobles eran unos rehenes que respondían del buen porte de sus padres, cuyo rango ó influencia podía tal vez inducirlos á miras traidoras ó ambiciosas.

En la educación de los peruanos, el código mixto de moralidad y legislación era tan simple como útil á la mayoría. Tres concisos preceptos formaban la base de todo el sistema: AMA SUA—AMA QUELLA—AMA LLULLA. No hurtarás, no mentirás, no estarás ocioso. Sobre estos tres principios cardinales estaba fundado el código de sus leyes civiles, el cual abrazaba el todo de las necesidades y relaciones de la sociedad civil, y se extiende desde las leyes que dividían la tierra con la más exacta proporción é imparcialidad, hasta los edictos suntuarios que regulaban los gastos, no sólo de las clases bajas y medias sino de las de más alto rango en el estado. Los hijos estaban obligados á seguir las profesiones de sus padres, á no estar autorizados para otra cosa por los gobernadores locales de los distritos. Los peruanos no podían mudar su residencia permanente de los distritos de su naturaleza, á no ser que el Gobierno creyese conveniente mandar colonias á puntos despoblados del imperio, con objeto de aclarar la población de otras provincias que habían llegado á hacerse demasiado numerosa.

El mismo código contenía también lo que llamaban leyes de hermandad, para atender al mutuo auxilio ó asistencia en las necesidades comunes de la vida: las leyes de humanidad para socorrer al enfermo, al anciano, al





achacoso, al tullido y al desgraciado; y las de hospitalidad que determinaban los medios de atender á las necesidades de los forasteros y viajeros á expensas del público.

Nombraron magistrados con el único objeto de inspeccionar la economía doméstica, y los revistieron con poderes, no sólo para corregir cualquier descuido con respecto al vestido, aseo ó educación, sino para obligar á la obediencia, respeto y ayuda de los hijos á sus padres.

Estas leyes perseguían evidentemente y hacían una guerra perpetua á la ociosidad y al vicio. También atendían aún á la ocupación de los niños de cinco años para arriba en faenas proporcionadas á su edad y rango en el país, procurando de este modo hacer sus juveniles pasatiempos útiles á la comunidad que los mantenía.

La ciudad de Cuzco está situada en un terreno desigual en medio de un valle. Los numerosos vallecillos de sus inmediaciones están perfectamente cultivados, y por medio del riego con que los fertilizan, conservan todo el año un verdor agradabilísimo. Veinte leguas al Oriente principia el país habitado por tribus independientes, que no permiten en él á ningún extraño.

Del Templo del Sol en el Cuzco, sólo restan algunas paredes de singular construcción, sobre las cuales está edificado el convento de Santo Domingo, de magnífica planta y estructura.

Los jardines reales, que en la antigüedad pertenecieron al Templo del Sol, y en otro tiempo fueron el depósito de las fieras y aves favoritas de los Incas, que se gozaban con la reunión de animales de todas especies, estaban llenos de adornos macizos de oro y plata, representando muchos de ellos arbustos y flores de tamaño formidable. El terreno que ocupaban estos jardines son en el día cercados de alfalfa y de trigo; y las habitaciones antigua residencia de las vírgenes del sol, las ocupan actualmente los religiosos dominicos.

No lejos del templo está el sitio donde los primeros



españoles formaron sus cuarteles ó campo atrincherado, al cual se refugiaban en cualquier ocasión en que el número les obligaba á retirarse, y sufrían un sitio. Acorde á la tradición monástica del convento dominico, en una ocasión pegaron fuego los peruanos á las defensas del campo español; pero en el momento en que los sitiados estaban al punto de perecer, descendió en su ayuda la Virgen María en una nube, extinguió las llamas y dió una victoria decisiva á los exterminantes propagadores de la santa fe católica. La catedral, edificada cerca de aquel punto, existe en su antiguo esplendor, y hay en ella una capilla llamada de *Nuestra Señora del Triunfo*, construída en conmemoración de aquel milagro.

Sobre una áspera elevación un poco al Norte de la ciudad se hallan las ruinas de una enorme fortaleza, cuyas murallas se conservan completamente en muchos puntos de ella. Están construídas con piedras de extraordinaria magnitud de forma poli-angular\* y de diferentes dimensiones, colocadas unas sobre otras sin ninguna clase de argamasa; pero ajustadas con tal exactitud que fuera imposible introducir un alfiler entre sus juntas. Es sorprendente, y aún se ignora, cómo ó por medio de qué máquina pudieron los peruanos llevar á aquel punto, y suspender para colocarlas á tanta altura masas tan enormes; y no es menos extraordinario, cómo pudieron ajus-

\* El modo poli-angular de construir sin argamasa lo denominan los anticuarios europeos ciclópeo, lo suponen mucho más anterior á la época en que principia la historia verdadera de la Grecia, y que los cíclopes, primeros habitantes que la fábula supone á Sicilia, fueron los inventores de él. El edificio ó fábrica más perfecta y completa que se halla de este orden, se encuentra en Arpinum en los Abruzzos, antigua Samnia, lugar donde nacieron Cicerón y Cayo Mario. Las murallas, ciudadela y puertas de aquella ciudad están construídas así, y se conservan tan perfectamente, como si el arquitecto no hiciere más que acabarlas. Las entradas ó puertas de la ciudad, en vez de ser un arco abovedado, las forman piedras enormes que tienen de peso de



tar con tan minuciosa precisión la diversidad de los ángulos de ellas.

La catedral, el convento de San Agustín y el de la Merced, son edificios asombrosos, inferiores en arquitectura y magnificencia á pocos de los que más brillan en el antiguo mundo.

Muchas casas conservan aún sus primitivas paredes, el tamaño de las piedras, la variedad de las formas, y el trabajo inimitable del hombre que manifiestan, dan á la ciudad aquel aire de interés romántico y de antigüedad respetable, que llena el alma de una agradable, aunque penosa veneración, y excita sentimientos de horror y de tristeza, el que tan admirables perfecciones de las artes, que florecieron en tiempos tan remotos entre los súbditos de los hijos del Sol, hubiesen sido desfigurados ó destruídos por la desmedida barbarie de los europeos.

Quizá no pueda comprenderse la historia del Cuzco en una relación más sucinta é interesante, que la que contiene una carta escrita por el coronel O'Leary en 1825, de la cual está extractado lo siguiente:

«Cuzco me interesa infinito. Su historia, sus fábulas y sus ruinas, son encantadoras. Esta ciudad puede con razón llamarse la Roma de la América. La inmensa fortaleza en el lado Norte de la ciudad, es su Capitolio; y el Templo del Sol, su Coliseo. Manco Capac, fué su Rómulo; Viracocha, su Augusto; Huáscar, su Pompeyo; y Atahualpa su César. Los Pizarro, Almagro, Valdivia

doscientos á trescientos quintales cada una, yendo apoyando unas en otras de dos en dos pies, hasta que llegan al ápice sobre el cual está colocada horizontalmente una peña de tamaño formidable que comprimiendo poderosamente, da consistencia y asegura la bóveda. El pavimento de los antiguos caminos romanos, como la vía Appia, etc., etc., son precisamente de una construcción semejante, sólo que puede llamárseles muros ciclópeos horizontales, en vez de verticales. Las piedras de las murallas de Cuzco tienen raras veces menos de seis á nueve ángulos y algunas veces más.



y Toledo, son los Hunos, Godos y Cristianos que la destruyeron. Tupac Amaru es su Belisario, que la dió un día de esperanza; y Pumacagua es su Rienzi y último patriota.»

Tal es la veneración en que los indios tienen la memoria de sus Incas, que en muchas provincias llevan aún luto por ellos.

El vestido de una mujer indígena peruana es un especie de vestidura ó ropón suelto, de una tela tosca de lana de color obscuro, que llega desde el cuello á los tobillos, y la cual sujetan á la cintura con un cinturón de color; y un manto pequeño de tela, doblado y puesto de llano sobre la cabeza de modo que una parte de él caiga por detrás sobre los hombros, algo parecido al que aún usan comúnmente las mujeres del campo de las inmediaciones de Roma. El ropaje que llevan cuando están de luto se reduce al *anaco*, especie de faja negra estrecha; la cual sujetan en el hombro derecho, y pasando atravesada por delante del pecho, la llevan y aseguran debajo del brazo izquierdo, y cuelga hasta la extremidad del vestido.

El vestido de los hombres se reduce á una chaqueta de lana obscura con calzones cortos abiertos por la rodilla, una gorra de lana bordada con algodón de diferentes colores, medias de lana sin pie, y albarcas, hechas de piel de cabra. Llevan también un poncho pequeño en la forma usual ya descrita en otro lugar, ó liado alrededor de la cintura como faja, ó tirado suelto sobre el hombro como llevan los húsares la pelliza.

Los indígenas peruanos conservan muchas costumbres de sus mayores. Si tienen que construir una choza ó cualquiera otra cosa de una importancia mayor que las faenas ordinarias, todos los vecinos trabajan para ayudar al que reclama su asistencia; pero estos actos de mutua benevolencia eran últimamente muy raros, porque las leyes españolas sujetaban las acciones y los bienes de los indígenas, á límites que les imposibilitaba de gozar esen-



cialmente más que una subsistencia precaria y miserable.

Los indios se han hecho descuidados en sus personas y los de las clases más bajas rara vez se desnudan para dormir. Tienen un dicho común ó proverbio que dice: «El agua es indigna, y el jabón traidor.» La apariencia de gozar comodidades, podría traerles algunas extorsiones ó tal vez la extremada sequedad del clima en el interior será una de las causas de esta antipatía á la limpieza. Uno que llega nuevamente de Europa muda inmediatamente el pellejo de la cara, y los labios se le hinchan y cortan de una manera que causa mucho dolor é incomodidad; suponen que el lavarse aumenta la enfermedad. Muy pocos oficiales realistas se afeitaban, y muchos de ellos llevaban unas barbas tan largas y espesas como los cruzados de los tiempos antiguos ó los turcos de nuestros días.

Los indígenas manifestaban su satisfacción á la entrada de los patriotas, ejecutando fiestas solemnes, la mayor parte de ellas prohibidas rigurosamente por los españoles, respecto á que todas hacían referencia á sus antiguos Incas. Casi todos los días hacían procesiones, en las cuales sus máscaras, sus vestidos pintados á retazos de diferentes colores y sus gallardas plumas de avestruz, contrastando con el triste y lamentoso estilo de su música, forman la vista más interesante y significativa. Sus instrumentos músicos ó armoniosos están reducidos á unas cosas parecidas á gaitas, tamborines, tambores, trompas de cuerno y una especie de pitos de caña. Cantan sus yaravíes ó lastimeras canciones, mientras la dulce afligida expresión de sus semblantes corresponde perfectamente al tono patético de ellas; hasta sus bailes participan del carácter melancólico, que siglos de miserias y desgracias les ha hecho contraer. Uno de sus bailes es una especie de rigodón, en el cual diez y ocho ó veinte personas se mueven gentilmente y pasan de un lado al otro haciendo las figuras con un aire de apacibilidad natural.



Los indios son muy fuertes de piernas, y capaces de resistir grande fatiga. Sus jornadas diarias á pie son verdaderamente asombrosas; y cuando sirven de guías andan una grande distancia á razón de veinticinco leguas al día. Su paso usual, es un trote suave; dan pasos cortos, y levantan poco los pies del suelo. Suben y bajan las laderas de las montañas con más rapidez que una mula; y cuando acompañan á caballo sirviendo de guías, tiene que decírseles frecuentemente que vayan más despacio. Se ha visto un batallón de ochocientos hombres de fuerza, hacer en un día una marcha de trece ó catorce leguas, sin dejar arriba de diez ó doce rezagados. Los indios se mantienen con una pequeña cantidad de los alimentos más simples; una bolsita de cuero colgada del pescuezo y que les cae sobre el pecho con *coca*, y uno ó dos puñados de maíz tostado liado en una de las puntas del poncho, son en lo general sus únicas provisiones para un viaje de muchos días.

La coca (el *Erythroxylon Peruvianum*) es una planta parecida á la vid, y crece hasta la altura de seis ó siete pies. Sus hojas son aromáticas y de sabor amargo; su acción es sudorífica, preserva la dentadura, y quita el sueño. Estas hojas las cogen una á una con gran cuidado y esmero; y cuando van á usarlas dulcifican su sabor mezclándolas una pequeñísima cantidad de un álcali, llamado *llipta*. A los que no están acostumbrados al uso de la coca, les produce una ligera inflamación en la lengua; pero es la primera cosa que un indio se pone en la boca al despertarse por la mañana; traga la saliva y como la masticación la disminuye, reemplaza las hojas con otras, pues nunca dejan de tenerlas en la boca, excepto á la hora de comer, hasta que se van á la cama. Nada granjea tan pronto la buena voluntad de un indio como pedirle un poco de coca; en el acto saca su bolsita de cuero con un aire de satisfacción, y se apresura á dárla, respecto que considera la petición como una distin-



ción honorífica que se le hace. El general Miller la mascaba frecuentemente durante la campaña de 1824, y esta circunstancia produjo una impresión tan favorable entre los indígenas, que le facilitó muchos voluntarios para su columna. Un comerciante inglés que viajaba por el interior, creyó conveniente anunciarse como paisano de Miller, respecto á que la contestación que generalmente recibía era: «Un paisano de Miller debe ocupar la mejor casa y servírsele la mejor comida que puede proporcionar un pueblo indio.»



## CAPÍTULO XXVII

---

*Consecuencias de la capitulación de Ayacucho.—El ultra realista general Olañeta rehusa entrar en negociaciones.—La división patriota marcha al Sur.—Departamento de Puno.—Mina de Salcedo.—Noticia de los callavayas, ó médicos transeuntes.—El general Miller deja la Prefectura de Puno, para desempeñar la de Potosí.—Operaciones navales.—Callao.—Dificultades halladas por el ejército en las regiones montañosas.—Obstáculos que retardaron la completa emancipación.*

Volviendo á la narración de la campaña, la continuaremos desde el punto en que la suspendimos. El 25 de Diciembre de 1824, y en conformidad á la capitulación de Ayacucho, se rindió la guarnición del Cuzco compuesta de unos mil hombres á las órdenes del general Álvarez, natural de Buenos Aires. A la noticia de estar prisionero La Serna, el general realista D. Pío Tristán reasumió el título de virrey, é hizo algunos esfuerzos para mantenerse en aquel destino; pero frustradas las esperanzas que había concebido de apoyo en D. Tadeo Garate, se sometió á sus paisanos, de quienes tanto él como Garate fueron por muchos años desnaturalizados é insensibles opresores. Tristán, que vergonzosamente quebrantó su palabra en 1813, se rindió en Arequipa al coronel Otero, enviado desde Guamanga á aquella ciudad, de cuyo departamento fué entonces nombrado prefecto. Garate huyó desde su Gobierno de Puno, para evitar que el populacho, justamente indignado, le hiciera mil pedazos.



Tan pronto como los prisioneros de guerra confinados en la isla de Chucuito, en el lago de Titicaca, tuvieron noticia de la victoria de Ayacucho, se sublevaron y forzaron la guarnición realista; y el general Alvarado, que estaba preso en la villa de Puno, se puso á su cabeza, y tomó posesión del país hacia la parte Sur, hasta el puente de los Incas.

Rehusando aún entrar en negociaciones con los patriotas el general ultra realista Olañeta, que con cerca de cuatro mil hombres ocupaba las provincias del Alto Perú, le escribió el general Sucre el 1.º de Enero noticiándole la batalla y capitulación de Ayacucho, y la intención que tenían los patriotas de adelantar hacia aquel punto. Al mismo tiempo le informó que el general Bolívar quería que las tropas, al mando del general Olañeta, fuesen consideradas como formando parte del ejército libertador, y que los que hubiesen rendido servicios al Perú por su última oposición á la autoridad de La Serna, serían pródiga y liberalmente recompensados; pero aspirando Olañeta á la dignidad de virrey, y contando con la cordial asistencia de Tristán y de Garate, se negó á toda clase de proposiciones.

Habiendo dejado descansar sus tropas quince días el general Sucre en el Cuzco, habiéndolas vestido como la premura del tiempo permitía, resolvió destruir sin tardanza los pocos enemigos del país que restaban. En su consecuencia, la división del Perú continuó su marcha sobre Puno la tercera semana de Enero; la caballería y división colombiana, al mando de Córdova, siguió el mismo movimiento pocos días después, y la división de Lara permaneció unas cuantas semanas en el Cuzco, y después marchó á Arequipa. El general Sucre entró en Puno el 1.º de Febrero, y poco después supo que las guarniciones realistas de Cochabamba, Chuquisaca, y Santa Cruz de la Sierra, se habían declarado por los patriotas. También supo que el incansable coronel Lanza,



que durante casi toda la lucha se conservó dueño de los valles de Yungas, había entrado en la ciudad de La Paz.

El perseverante y obstinado Olañeta, secundado hábilmente por su segundo el coronel Valdez, llamado *Barbarucho*, hizo cuantos esfuerzos pudo en el departamento de Potosí para sostenerse hasta el último. Los reveses, deserciones y compromisos parecían aumentar su adhesión al rey Fernando.

El general La Mar obtuvo licencia para ir á Guayaquil, y es doloroso tener que añadir que salió del Perú sin alcanzar para los oficiales peruanos que habían servido á sus órdenes durante la campaña los ascensos á que tantos de ellos eran acreedores, y los cuales se les habían ofrecido en largas y casi diarias arengas antes de la batalla de Ayacucho. Este descuido fué tanto más sensible, cuanto una promoción muy general y bien entendida se verificó en el ejército colombiano. Era, pues, un deber sagrado del general que mandaba las tropas peruanas, no sólo haber reclamado los ascensos que correspondían á sus súbditos, sino haber insistido enérgicamente en tan justa reclamación, y si rehusaban acordarla hacer ver al público que había desempeñado sus obligaciones; sus promesas á los soldados habían sido no menos pródigas; pero no fueron mejor cumplidas. Ninguna consideración ó diferencia á la autoridad colombiana debió haberle hecho desistir de sus reclamaciones, ni promesas vagas y contingentes debieron detener sus pasos y sus gestiones.

El general Gamarra fué nombrado prefecto y comandante general del departamento del Cuzco. La división del Perú continuó su marcha para Potosí, y la de Córdoba siguió á La Paz. El general Miller fué nombrado prefecto y comandante general del departamento de Puno, adonde llegó el 4 de Febrero.

El departamento de Puno se compone de las cinco provincias de Guancani, Lampa, Asangaro, Caravaya y



Chucuito; contiene sobre trescientas mil almas, de las cuales las cinco sextas partes son indígenas; su capital es la villa de Puno, cuya población asciende á siete mil habitantes. La superficie del país es llana, formando casi toda ella una gran meseta, que en pocos puntos baja de diez mil pies sobre el nivel del mar. Su clima, comparado con el de la costa, es frío y muy sano; sus producciones son ganado en muchísima abundancia, cebada que todo el año se corta fresca para los caballos, y patatas. Tiene también algunas fábricas ó manufacturas de tejidos de lanas, y surte á Lima y Arequipa de estos artículos. Las llamas, vicuñas, guanacos y alpacas abundan muchísimo en aquel distrito.

La llama es un animal peculiar á los Andes peruanos, y de grande uso y utilidad, principalmente en caminos impracticables para mulas, y donde el forraje escasea. Se dice que este animal forma escala en el reino animal entre el camello y el carnero; es lanudo y de diversos colores. Las llamas las emplean en conducir el mineral desde las minas, carbón, granos, etc.; pero si el peso excede de ochenta libras, ó si las hacen andar más de tres ó cuatro leguas en un día, se disgustan y amilanan, caen en tierra y mueren. Una de las mayores ventajas que ofrece el emplear las llamas, es que dos ó tres puñados de paja es alimento bastante para mantenerse veinticuatro horas; no quieren nunca andar de noche. Es de notar la circunstancia de que si las maltratan ó acosan, embisten al que las guarda ó dirige, y á la persona que las da de comer, lo mismo que á otro cualquiera.

Las alpacas las crían y conservan en rebaños, para utilizarse de su lana; pero la vicuña, más elegante y más graciosa, tal vez que las cabras monteses de Oriente, corren silvestres por los Andes. Se han hecho algunas tentativas para traerlas á la Gran Bretaña, con objeto de aclimatarlas en los parajes más fríos del Norte de Escocia; pero al conducir las nunca han podido resistir el



calor de los trópicos, y rara vez viven tan al Norte como la línea. En el jardín zoológico del Parque del Regente hay una llama, y un guanaco en Exeter Change.

Puno tiene muchas minas de plata. La más notada es la de Laycacota, ó de Salcedo, como actualmente se llama, por el nombre de su primer propietario. En 1740 dió Ulloa, en sus viajes, la siguiente relación de ella:

«La plata extraída de esta rica mina era tan pura, que muy comúnmente se podía extraer del mineral con escople. José de Salcedo era liberal y caritativo en proporción á su buena fortuna, y á las grandes riquezas que extraía de la mina; por cuya razón muchas gentes se agolparon á aquel sitio, para disfrutar de los beneficios de su generosidad, y al poco tiempo llegaron á reunirse en tal número, que poblaron aquel territorio minero; pero como no todos eran aficionados á trabajar, se dividieron entre sí, y formaron dos partidos tan numerosos que se volvieron ejércitos, y se batieron diferentes veces. La acción más reñida y famosa ocurrió en el llano de Laycacota, en la cual pereció un gran número de individuos; pero ni aquellas desgracias, ni los temores de las consecuencias bastaron á tranquilizar las desavenencias, que continuaron hasta que la superioridad adoptó serias y prudentes medidas para cortarlas de raíz.»

Habiendo sido nombrado virrey el conde de Lemus, hizo su entrada pública en Lima en 1667, en el tiempo en que los alborotos de Puno estaban en su mayor fuerza. «No pudiendo,» continúa Ulloa, «apaciguar la sedición por las órdenes que dió, resolvió marchar en persona á terminarla. Habiendo llegado á Puno en 1669 hizo muchos prisioneros, y mandó que los más culpados sufriesen pena de muerte, y envió preso á los Reyes (Lima) á José de Salcedo, el rico propietario de la mina que acaba de mencionarse, donde fué juzgado, condenado á muerte, y ejecutado. Diversas opiniones se formaron sobre esta sentencia; pero los más imparciales creye-



ron que la rivalidad y la envidia de sus riquezas causaron su muerte, pues aunque la fama de su mina y liberalidad había inducido á tanta gente á reunirse en aquel sitio, no había tomado parte en la contienda, ni aun se había observado estuviese más á favor de un partido que del otro. Sin embargo, deseosos muchos de despojarle del tesoro que su buena fortuna le había deparado, presentaron tales cargos contra él, que apareció en la causa el más culpado de todos, y por consiguiente no pudo libertarse del castigo á que le condenaba la evidencia que resultaba de los autos.

»Tan grande era la generosidad de Salcedo, que aún se conserva en la memoria de los peruanos, como sumamente extraordinaria. Entre los muchos ejemplos de su generosidad se refiere, que cualquiera español pobre sin oficio ni beneficio que llegaba al reino, é imploraba un socorro de Salcedo, éste le daba permiso para entrar en la mina y quedarse con cuanta plata pudiese extraer en el tiempo que le permitían permanecer en ella, dejando de este modo el tanto de su socorro fiado á su propia buena fortuna. Si el español tenía la dicha de encontrar una buena veta, y en un paraje donde pudiese cortar de ella, sacaba una considerable ventaja; pero aunque no fuese así, extraía siempre lo bastante para quedar agradecido. Esta magnánima generosidad llevada á tal punto, atrajo tanta gente á aquel sitio que las buenas intenciones de Salcedo se desfiguraron para causar su muerte, y esta puso fin á la asistencia que siempre el necesitado halló en él.

»Después de la ejecución de Salcedo, quiso el virrey que volviese á trabajarse la mina; pero con gran sorpresa supo que estaba tan llena de agua, que era imposible continuar trabajando en ella. Se tiene comúnmente la idea en aquel país, que tan pronto como el propietario de la mina fué ajusticiado, brotó un considerable manantial de agua que la inundó; por cuya razón el pueblo se



persuadió que era un castigo del cielo por la injusta sentencia que le habían impuesto, con objeto de despojarle de su propiedad. Pero sin ir más allá de los límites de la naturaleza, es fácil conocer la causa del aumento del agua, puesto que había antes fluido ya más ó ya menos en la mina, y el haber cesado de extraerla produjo una acumulación de ella, y algún desprendimiento pudo dar origen á un considerable manantial. Aunque hicieron en aquel tiempo diferentes tentativas para extraer el agua, ninguna produjo efecto, pues no intentaron abrir un socabón donde debían por temor de las grandes dificultades que tenían que vencerse, y la necesidad de tener que horadar muchos lechos de roca viva para lograrlo.»

A expensas del Marqués de Villa Rica, hijo del primer propietario, abrieron un socabón de más de setecientas varas, y á sesenta de la perpendicular de la mina; pero no se concluyó por falta de fondos para ello.

Una compañía de propietarios de minas naturales del país intentó acabar el socabón en el año de 1740; pero encontrando con una gran masa de pórfido no pudieron horadarla, y por segunda vez quedó abandonado, después de haber empleado en él un millón de duros. Antes del principio de la revolución de 1810, hicieron otras varias tentativas para acabar el socabón; pero después de adelantar alguna cosa el ramal de la mina, todos aquellos esfuerzos quedaron sin fruto por falta de dinero para continuar el trabajo.

Esta rica mina permaneció abandonada hasta el año de 1826, que fué concedida al coronel O'Brien\*, y ha principiado nuevamente á trabajarse en el socabón. La masa de pórfido ha sido horadada á razón de solo quince

\* Este oficial, irlandés de nacimiento, desplegó un noble y desinteresado entusiasmo, durante diez años de activos servicios en favor de la causa de la independencia de la América del Sur, comparable sólo á su valor y humanidad, circunstancias que le atraieron la estimación general.



pulgadas á la semana; pero como este obstáculo principal se ha vencido ya, se dice que actualmente adelantan una vara por semana, y su propietario tiene esperanzas de que las riquezas de la mina de Salcedo, volverán de nuevo á ser de utilidad.

Durante la insurrección de Tupac Amaru, tomó la ciudad de Chucuito el cacique Ninacatari, y destruyó la mayor parte de los archivos. Sin embargo, por tres libros que escaparon del fuego se ve que el mineral extraído en solo el año 1663 de las minas de Salcedo llamadas Laycacota, Caucharani y Esquilachi, produjo más de millón y medio de duros, probado por el importe de los derechos pagados al rey, sin contarse, por consiguiente, lo que sacarían sin pagarlos.

Hace sesenta ó setenta años hizo voto una señora de que haría construir una iglesia proporcionada á lo que la produjesen las minas que poseía cerca de Puno; y la iglesia matriz hecha de piedra y buena arquitectura, es un monumento magnífico que prueba á la vez su piedad y su riqueza.

San José Coronella, San Antonio y Guayco, son también minas muy ricas, situadas sobre el declive de la misma montaña en que están las minas de Salcedo. Estas minas han estado también inundadas muchos años, y al cabo de ellos abrieron á gran costa un socabón; pero al llegar á la perpendicular de la mina de San José, hallaron que estaba sobre el nivel del agua, y de consiguiente inútil. Entonces principiaron otro socabón más abajo, y habían adelantado en él trescientas varas, cuando la falta de fondos puso fin al trabajo, y cuando estaban hechas las tres cuartas partes de la longitud que se requería.

Las minas de Puno tienen la ventaja de estar situadas en un departamento donde abundan los trabajadores, y donde lo necesario para vivir está comparativamente más barato.



El general Sucre escribió á Miller desde La Paz, el 12 de Marzo, mandándole ponerse á la cabeza de la división peruana, en marcha para atacar á Olañeta, que parecía estar determinado á arriesgar una acción general, á pesar de que sus fuerzas se habían disminuído á dos mil hombres. El general Miller estaba en aquel momento postrado en cama, en consecuencia de habersele inflamado una antigua herida en el costado, por haber andado á caballo excesivamente, cuando visitaba alguna de las provincias del departamento que mandaba. Afortunadamente residía un cirujano inglés en La Paz, distante cincuenta y cuatro leguas; enviaron inmediatamente por él, y á su llegada á Puno le hizo una incisión en el costado, evitando por este medio la gangrena, y recobró su salud. Es una cosa curiosa que en todas las provincias del departamento de Puno no se sabía que existiese ningún hombre que hubiese hecho sus estudios regulares de medicina y estuviese recibido.

La tribu indígena de Callavayas ó Jungueños son los únicos que en una grande extensión de la América del Sur practican la medicina. El arte de curar ha pasado entre ellos de padres á hijos, desde tiempo inmemorial. Habitan en Charasani, Consata y Quirbe, tres lugares situados en los valles y en los barrancos de Larecaja, distrito al Norte de La Paz, en la falda más oriental de las cinco grandes montañas de los Andes. Los Callavayas se reúnen periódicamente en gran número, y asaltan las montañas Nordeste de La Paz, que están cubiertas de bosques inmensos, y que subiendo del pie de ellas hasta la cumbre se hallan todas las variaciones de temperatura, desde la zona tórrida á la frígida. Las producciones del reino vegetal son maravillosamente diversas y ricas, y los Callavayas hacen en aquellos románticos y frondosos sitios sus acopios de cortezas, gomas, bálsamos, resinas y otros simples que poseen eficaces cualidades medicinales. Habiendo llenado bien las alforjas



de estas plantas preciosas, las cuales ellos mismos conducen al hombro, se dividen de dos en dos, ó de tres en tres, y atraviesan las montañas del Perú, Quito y Chile, y las Pampas de Buenos Aires, ejerciendo su profesión médica hereditaria en cualquiera parte donde reclaman su asistencia, en una extensión de quinientas ó seiscientas leguas; frecuentemente emplean dos ó tres años en hacer un solo viaje de esta especie. Al aproximarse á una casa, es muy general percibir la fragancia aromática de las alforjas, mucho antes de haberlos visto; y cuando llegan, como están dotados de la locuacidad de los *charlatanes* de Europa, como éstos ensalzan y ponderan las virtudes de sus remedios, y cuentan los maravillosos efectos que dicen han producido.

Estas gentes hacen efectivamente en muchas ocasiones curas muy notables; pero las enfermedades que saben curar son las producidas por los simples hábitos de los pacientes, no de una naturaleza complicada, consecuencia del lujo y de los excesos de la sociedad más culta y relajada. Los Callavayas observan un cierto grado de misterio ortodoxo en el ejercicio de su profesión, y como los antiguos exorcistas se aprovechan de la superstición del pueblo, y atribuyen á brujerías las enfermedades de fácil curación, para encarecer la importancia de sus servicios y asegurarse un proporcionado pago. Cuando viajan, nunca siguen el camino ó senda trillada que dirige de un punto á otro, sino van á campo través por la línea más corta, ya sea por los bordes de barrancos cubiertos de nieve, atravesando cimas de montañas des pobladas, pampas ó desiertos de arena ó pedregosos. Esta clase de camino ó modo de viajar, se llama *haqui tuppu*, que significa *camino de los Indios*; pero quizás, «como el cuervo vuela» sería una traducción más adecuada á la idea que quiere expresarse. Estas gentes extraordinarias nunca duermen bajo cubierta, y se echan en la tierra pelada en cualquiera parte donde hacen alto por la



noche, bien sea en los puntos más elevados y fríos, ó en los más bajos ó calurosos. Aunque no llevan más ropa que la puesta, no sufren por la variación de temperatura á que están expuestos; y una constitución robusta, y una salud no interrumpida, es la recompensa común de la sobriedad y regularidad de sus costumbres. Los individuos de esta tribu viven generalmente hasta una edad muy avanzada; y llega á tal punto, que una persona de treinta años está considerada como un mozuelo, y hasta los cuarenta ó cincuenta no se llama hombre.

El general Miller salió de Puno el 29 de Marzo, nombrando para que le sucediera *ad interim*, al Dr. Reyes; pero se hallaba todavía tan débil, por no estar aún cerrada la herida de que antes se ha hecho mención, que tuvo que hacerse llevar en una litera sobre los hombros de indios. Hallándose algo más restablecido, continuó su marcha desde La Paz á caballo, y entró en Potosí el 25 de Abril de 1825. El general Sucre se hallaba entonces en Chuquisaca, veintiocho leguas Nordeste de Potosí. A su llegada supo Miller que Olañeta había sido herido mortalmente en Tumusla, diez y seis leguas al Sur de Potosí, en un encuentro con un cuerpo de sus mismas tropas, que, capitaneado por el coronel Medinaceli, se había sublevado contra su general. Los pocos adictos de Olañeta tuvieron que rendirse inmediatamente, y de este modo quedó el Perú libre de enemigos, excepto la guarnición del Callao, que aún se defendía al mando del heroico Rodil. Este general se negó á entrar en la capitulación de Ayacucho, bajo el pretexto que el gobernador del Callao había dependido siempre directa y exclusivamente del rey de España, y que el general Canterac no tenía autoridad para estipular sobre su entrega.

Se ha dicho anteriormente que el general Bolívar se separó del ejército libertador, dos meses antes de la batalla de Ayacucho; este general estableció su residencia en Chancay. Lima no estaba ocupado permanentemen-



te por ningún partido, sino alternativamente en posesión de ambos; sin embargo, los realistas permanecieron más tiempo en ella que los patriotas, los cuales limitaban generalmente sus ataques á enviar unos cuantos montoneros, que rara vez permanecieron mucho tiempo.

El coronel realista D. Mateo Ramírez, de quien se ha hecho mención como el cobarde asesino del desgraciado mayor Gumer, herido y tendido en tierra en el campo de batalla cerca de Ica, ejercía su caprichosa propensión á crueldades, en cualquiera ocasión en que recaía el mando en él, en los intervalos que los realistas ocupaban á Lima. Acostumbraba ponerse en uno de los balcones de su alojamiento en el convento de La Merced, y era un motivo de diversión para él, mandar subir á cualquiera persona bien vestida que pasaba por casualidad, y hacer que sus soldados le cortasen el pelo muy á cepillo, á pretexto de que lo llevaban á *la republicana*, á favor de la cual, decía, eran adictos interiormente. Una vez envió un piquete de soldados por un ciudadano respetable llamado Besanilla, que había dicho á un vecino suyo que había oído decir que los patriotas estaban para entrar en la ciudad. Puesto el sol ataron á Besanilla con los brazos extendidos á una cruz de piedra en una de las plazuelas, y le pusieron encima de la cabeza una linterna para que los pasajeros pudiesen leer la inscripción:

AQUÍ ESTÁ COLGADO BESANILLA  
HASTA QUE LOS INSURGENTES ENTREN

Los oficiales realistas tenían un rencor particular á los de Buenos Aires; por ejemplo, el mayor Crespo fué hecho prisionero, y al preguntarle de dónde era natural, contestó entre dientes que de Buenos Aires, para evitar un insulto; pero Ramírez, que lo entendió, fué tan vil y cobarde, que dió tantos golpes al mayor prisionero con el puño de su espada, que fué necesario que enviasen por un cirujano para que le curase de ellos.



El general Rodil posee indudablemente las cualidades de valor, actividad y perseverancia á un grado poco común; sus maneras, cuando quiere, son nobles y agradables; pero ha manchado la honrosa fama que adquirió con actos de gran crueldad. Un caballero limeño llamado Castañeda, que entusiásticamente había permanecido fiel á la causa del rey, presentó un memorial pidiendo salir fiador del regreso del coronel colombiano Ortega, que había sido hecho prisionero, y que hallándose enfermo deseaba su libertad por algún tiempo para recobrar su salud. Rodil hizo mil pedazos la solicitud, y olvidando su rango, la compostura debida á un jefe y los buenos sentimientos que deben animar á un caballero, dió de cachetes al pobre Castañeda hasta que no pudo más; le impuso en seguida una multa crecida, y le sentenció á los trabajos más penosos por dos meses, por haber osado interceder á favor de un patriota.

El Dr. Pezet, físico eminente de Lima, y que había sido diputado en el Congreso, cayó en manos de Rodil, y le conservaron la vida á condición de que escribiría contra la causa de los patriotas en un periódico que publicaban en los castillos. Pezet aceptó la proposición; pero avergonzado de desempeñar el papel de apóstata político, decayó de ánimo, y á poco tiempo murió.

Monsieur Rantier, francés muy respetable, que había obtenido pasaporte del comandante realista en Lima para salir del país, fué al Callao para embarcarse en aquel punto, pero Rodil lo detuvo y le obligó á trabajar como si fuese un prisionero, hasta la rendición de los castillos. Monsieur Rantier conserva aún en las espaldas las señales que le hicieron las pesadas cargas que le obligaban á llevar.

Cuando en Julio de 1824 marchó el ejército libertador desde Huarás, el almirante Guise se dirigió á bloquear el Callao. El navío español de setenta y cuatro cañones el *Asia*, y el bergantín de guerra el *Aquiles*, entraron en



aquel puerto el 24 de Septiembre siguiente; pues el almirante Guise con la fragata *Protectora* y dos ó tres buques menores de guerra, no podía oponerse á la entrada de fuerzas tan superiores; pero les causó cuantos daños pudo siguiéndolos inmediatos dentro del puerto, y sosteniendo contra ellos un vivo fuego, por espacio de más de una hora.

El 7 de Octubre ancló el almirante peruano al frente de San Lorenzo, con los buques siguientes:

La fragata, *Protectora*.

La corbeta, *Pichincha*.

El bergantín, *Chimborazo*.

Las goletas, *Guayaquileña* y *Macedonia*.

El día 8, acompañado el *Asia* de los bergantines *Pezueta* y *Constante*, y la corbeta *Ica*, llevando á su bordo fuertes destacamentos de infantería mandados por el coronel D. Mateo Ramírez, el asesino, dieron juntos la vela en busca de la escuadra patriota. Guise levó ancla, y en seguida principió un combate que duró por seis ó siete horas, del cual ambas partes se atribuyeron la victoria, aunque no se perdió ningún buque, ni hubo muchos muertos ni heridos en uno ni otro lado; todos los buques, tanto patriotas como españoles, volvieron á su primitivo fondeadero.

Lo siguiente es copia de un trozo del risible parte que dió en aquella ocasión D. Roque Guruzeta, comandante del navío *Asia*, al general Rodil. «La corbeta y bergantines que acompañaban la *Prueba* (la *Protectora*), y que se dispersaron á los primeros tiros, habrían podido algunos de ellos ser prisioneros habiendo arriado uno su bandera, que volvió á izar poco después fuera del tiro de cañón. Son tan despreciables estos buques menores, y se manejaron tan mal en este día, que me pareció indecoroso ocuparme de ellos, y deber atender sólo á atacar



la *Prueba* con el fin de destruirla, que si no he conseguido enteramente, puedo asegurar á V. S. lleva grandes averías.»

«La tropa de infantería, aunque no llegó el caso de echar mano de ella, manifestó en su serenidad y disciplina la familiaridad con que el soldado veterano oye las balas, en cualquier elemento que sea\*.»

El 20 de Octubre dieron la vela del puerto del Callao el navío *Asia* y los otros buques de guerra españoles, los cuales fueron seguidos por la escuadra de Guise por espacio de dos días y una noche. La intrepidez del almirante Guise hace un brillante contraste con la pusilanimidad del comandante español, que pareció ser de la misma escuela que Coy, capitán de la *Esmeralda*; que Capaz, capitán de la *María Isabel*, y que Villegas, capitán de la *Prueba*.

Mientras la escuadra patriota bloqueaba por mar al Callao, el hábil é incansable general D. Bartolomé Salom mandaba las fuerzas que lo sitiaban por la parte de tierra; las cuales ascendían á más de tres mil hombres, la mitad de ellos colombianos, llegados al Perú después de la batalla de Ayacucho. Durante este dilatado sitio, sufrieron infinito las tropas patriotas de calenturas y tercianas, de las cuales murieron centenares.

\* Nada hay que se parezca á un valor desesperado de parte del comandante español en el combate que acaba de describirse; pero puede considerársele como atrevido, comparado con lo que ocurrió cerca del mismo sitio en 1821. Habiéndose retirado la escuadra patriota, era costumbre que un buque español se mantuviera afuera todas las mañanas á unas cuantas leguas de la costa, para reconocer si se veía algún buque sospechoso al frente de la bahía. En una ocasión descubrió la *Venganza*, de 44 cañones, á la corbeta *Chilena*, de 16 cañones. La última hizo fuerza de vela hacia la fragata descubridora, la cual viró inmediatamente y se metió en el puerto. Este acto manifiesto de cobardía excitó una indignación general entre los realistas que lo presenciaban desde la costa; pero el comandante español dijo que, no teniendo órdenes para atacar, no lo había hecho por no creerse autorizado para entrar en acción.



Los sitiados sufrieron aún mucho más de resultas de una calentura contagiosa que se propagó y mató varios miles de hombres, consecuencia necesaria de la escasez de provisiones que experimentaban. Muchas familias de las clases más distinguidas adictas á la causa del rey, y que voluntariamente se encerraron con Rodil, perecieron de miseria. La respetable señora doña N. de Ulloa, sobrina del célebre viajero de este nombre, sus dos hijas (una de ellas la marquesa de Torre Tagle), su hijo, y varias nietas preciosas, y, en fin, todos los individuos de aquella numerosa familia, murieron durante el sitio. El conde de Lurigancho, el Sr. D. Diego Alia-ga, vicepresidente que fué de la república en tiempo de Torre Tagle, Rico, Izque, Exelme, Morate y muchas otras personas de rango y distinción se contaron entre las víctimas. De otras tres ó cuatro familias, que componían cerca de cincuenta personas, solo dos de edad muy tierna sobrevivieron; y de más de cuatro mil infelices que se retiraron al Callao, sólo doscientos pudieron salvar su existencia de los efectos terribles del hambre y de la epidemia.

Sin desmayar por los horrores que le rodeaban, continuó el general Rodil haciendo la más bizarra y obstinada resistencia; contuvo varias tentativas de la guarnición para sublevarse, y resistió el bombardeo de la escuadra peruana y de las baterías de la costa. Habiéndose mantenido de ese modo sin auxilio alguno por espacio de cerca de trece meses, subsistió la guarnición con carne de caballo, burro y perro por algún tiempo, y reducido al fin á la última extremidad por el hambre, capituló el 19 de Enero de 1826 bajo honrosas condiciones\*.

\* Rodil se embarcó en el Callao en la fragata de S. M. Británica *Briton*, al mando del capitán Sir Murray Maxwell, y es actualmente comandante general de la Guardia de infantería en Madrid.



Durante este fatigoso y dilatado sitio se condujeron las tropas patriotas, como de costumbre, perfectamente bien. El general Salom mereció por su actividad, celo y talento, la confianza de sus tropas, y por su firmeza y dulzura la estimación y apoyo del pueblo peruano.

De este modo la heroica constancia y perseverancia de los patriotas, á la cual no excede la desplegada en circunstancias semejantes por ningún otro pueblo en los tiempos antiguos y modernos, se vió coronada con el último y completo triunfo en toda la América del Sur. El ensangrentado estandarte que Pizarro había plantado trescientos años antes, cayó en el polvo; y el último eslabón de la cadena que hace tan poco sujetaba diez y siete millones de americanos á la vacilante monarquía española, se rompió para siempre.

No puede negarse que los generales españoles merecen gran crédito por el talento y perseverancia con que prolongaron una lucha tan sangrienta y difícil por años enteros, después que la madre patria cesó de suministrarles toda clase de auxilios. A pesar de que podemos diferir en cuanto á los principios que defendían, en honor á la verdad debe decirse que, como soldados bizarros, pelearon valerosamente hasta el último momento, y son acreedores con justicia á los mayores encomios.

El general Sucre mereció y ha recibido los mayores elogios por la gloriosa y decisiva batalla de Ayacucho; pero quizás no es menos acreedor á ellos por las generosas y políticas condiciones que concedió á los vencidos; y aun merece mucho mayor aplauso por la rapidez con que supo aprovecharse de la victoria, á pesar de los obstáculos al parecer invencibles que se ofrecían á la vista. Tan discreta y decisiva conducta impidió que los realistas fugitivos se reuniesen, é imposibilitó que fuesen á reforzar al ultra realista general Otañeta. Indudablemente la marcha y persecución que hizo el general Sucre contra los realistas fué maestra y decisiva, y salvó



al Perú de los efectos futuros de una guerra desoladora, que indebidamente se prolongó después de la batalla de Junín, por haber dejado á Canterac que se reuniese en el Cuzco á Valdez.

Muchos de los obstáculos que los patriotas tuvieron que vencer en la costa y en el interior, se han descrito anteriormente; pero tal vez no será fuera de propósito referir en este sitio unos cuantos casos, que no podrán menos de encarecer el justo elogio tributado á los soldados patriotas que pelearon en 1824.

En las regiones montañosas del interior presenta dificultades la naturaleza, que, aunque de una especie diversa, son tan grandes y espantosas como las experimentadas en la costa.

Durante ciertos meses del año caen tremendas granizadas y pedreas, y cayeron efectivamente con tal violencia, que tuvo que hacer alto el ejército, y los soldados quitarse las mochilas y levantarlas en alto para defenderse el rostro; las manos como expuestas á la furia de la piedra se les magullaron é hirieron tanto con los golpes de las grandes piedras que les daban, que chorreaban sangre copiosamente. Las tormentas son también horrorosas en las regiones elevadas, donde el fluido eléctrico se ve caer alrededor de un modo desconocido en las otras partes del mundo, y frecuentemente causa la muerte de algunas personas. En varias ocasiones tempestades de esta especie rompían más abajo del lugar que ocupaban los patriotas, cuando el ejército subió los montes más elevados de los Andes.

Las calamitosas fatigas de las marchas más difíciles y penosas en Europa, tal vez no pueden compararse á las que sufrieron los patriotas en la campaña de 1824. Desde Cajamarca, sitio memorable por haber sido preso y muerto en él Atahualpa, hasta el Cuzco, toda la línea del camino, á excepción del llano entre Pasco y las inmediaciones de Tarma, de sólo veinte leguas de extensión, y



del valle de Jauja, ofrece una continuación de escabrosas y fatigosísimas subidas y bajadas; y que estas dificultades no disminuyen entre Cuzco y Potosí, puede muy bien inferirse del hecho siguiente. Cuando la división del general Córdova marchó desde Cuzco á Puno, hizo alto en Santa Rosa. Durante la noche cayó una gran nevada; pero á pesar de ella, continuaron su marcha en la mañana siguiente. Los efectos de los rayos del sol que reflectan en la nieve y hieren la vista, producen una enfermedad que llaman los peruanos *surumpi*, la cual ciega con los dolores más acerbos. Se forma un grano en la niña del ojo y causa una picazón dolorosa como si estuviesen pinchando alfileres dentro de ella. La momentánea pérdida de vista la ocasiona la imposibilidad de abrir los párpados, ni aun por un momento porque no puede sufrirse el más pequeño rayo de luz. El único consuelo en tal situación es una cataplasma de nieve; pero así que se quita vuelve el dolor. A excepción de veinte hombres y los guías, que sabían cómo preservarse de aquella calamidad, todos los individuos de la división quedaron ciegos repentinamente, á tres leguas de distancia de la habitación humana más inmediata. Los guías se adelantaron á galope á un pueblo del frente, y trajeron cien indios para ayudar á guiar á la tropa. Muchos de aquellos desgraciados, locos por el dolor que sufrían, se habían separado de la columna, y perecieron antes del regreso de los guías, que juntos con los indios se hicieron cargo de conducir largas filas de soldados agarrados unos á otros, y sufriendo los dolores más horrorosos. Durante su penosísima marcha por una senda escabrosa de una montaña, varios cayeron á precipicios y no se supo más de ellos. El general Miller sufrió únicamente quince horas del *surumpi*, pero generalmente dura dos días. De tres mil hombres que llevaba el general Córdova, perdió más de ciento. El regimiento que más sufrió fué el de Voltígeros (antigua-



mente Numancia) que había marchado por tierra desde Caracas, una distancia de más de dos mil leguas.

A principios del año 1824, doscientos prisioneros de guerra patriotas, que iban de marcha al gran depósito de prisioneros en la isla de Chucuito en el lago Titicaca, sorprendieron su escolta en Santa Rosa, y huyeron en seguida á las montañas de Cochabamba, con intención de penetrar por el país desconocido de la espalda, poblado por indios incivilizados y abrirse paso hasta Huanuco, donde estaba establecido un puesto avanzado patriota. Al tercer día de haberse escapado les cayó una gran nevada; al cuarto les atacó el *surumpi*; y los que no perecieron en el punto que ocupaban, ó fueron presos por los realistas que los perseguían, ó los devoraron las bestias feroces que abundan en las montañas y parajes poco frecuentados del país. Aun la primera noche que pasaron en las montañas tuvieron que encender hogueras y poner guardias para precaverse de los ataques de los animales feroces que se reunían y aullaban alrededor de ellos. Todo el que se separó del círculo que habían formado, fué atacado y devorado inmediatamente.

Además de estos diferentes obstáculos que ofrecían el clima y las localidades, una tesorería exhausta, las disensiones del espíritu de partido, la falta de actividad y la apatía de varios de los miembros de los gobiernos que se sucedieron y la incapacidad de algunos de los que mandaron, deben considerarse entre las complicadas dificultades que retardaron tanto tiempo los progresos de la emancipación.

La invencible perseverancia de los soldados patriotas en causa tan sagrada, les da ciertamente justos títulos á nuestra admiración y aplauso. Y las repúblicas que producen hombres tan heroicos, ¿no tendrán derecho á la consideración y respeto de naciones más poderosas y más favorecidas de circunstancias ventajosas? Sobre todo ¿no tienen los patriotas de la América del Sur un legíti-



mo derecho á esperar de sus nuevos gobiernos, la buena fe, honradez y espíritu público, que son las mejores garantías para las personas y las propiedades? Si estos principios los practican noblemente, irán gradualmente aquellas nuevas naciones haciéndose dignas del goce de una libertad justa y racional, enseñando á sus individuos el modo de apreciarla.



## CAPÍTULO XXVIII

---

*Comerciantes extranjeros.—Género de asistencia que prestaron á los patriotas y realistas.—Observaciones sobre la formación de la escuadra chilena.—Renta pública del Perú.—Recaudación y distribución.—Transacciones del empréstito.—Equivocada política.—Observaciones generales.*

Se han hecho varias tentativas por algunos para inculcar la idea de que las excolonias españolas, y especialmente Chile, debieron principalmente su independencia y la formación de sus fuerzas navales, á la asistencia y cooperación de comerciantes europeos. Sin embargo, lo cierto es, que estos se apropiaron muchas veces mucho más mérito del que les correspondía, por la casual circunstancia de ser consignatarios de unos pocos buques viejos, pertrechos de guerra y vestuarios usados. Como comerciantes, hicieron muy bien á la verdad en aprovecharse cuanto pudieran del ventajoso mercado que les ofrecían las circunstancias; pero pretender después que lo que hicieron por su ardiente patriotismo sin miras de interés alguno, es cosa en que no puede convenirse. Es cierto que muchos desplegaron la liberalidad de sentimientos, que generalmente se encuentran en el mundo comercial; pero en aquellas circunstancias su simpatía y sus intereses se daban la mano. Cuando estos por desgracia se ponían en contradicción, la pobre simpatía se iba frecuentemente á paseo, y los realistas recibían el surtido de municio-



nes de guerra y de pertrechos que necesitaban, siempre que podían ofrecer precios ventajosos. Los norteamericanos no se quedaron atrás en esta clase de tráfico. El comodoro Stewart fué acusado de darles un grado de auxilios incompatible con sus instrucciones y las leyes de neutralidad. A su regreso á los Estados Unidos fué juzgado el comodoro en un Consejo de guerra; pero no habiendo probado los cargos, fué absuelto.

Algunas veces los comerciantes extranjeros hicieron adelantos á los nuevos Gobiernos; pero fué siempre en términos de que el provecho compensase al riesgo. Así, pues, hablando de los comerciantes como cuerpo, y reducidos al círculo de sus escritorios, sus pretensiones al crédito de un desinteresado liberalismo no tienen fundamento alguno; pero hablando de ellos en particular é individualmente, pueden citarse muchísimos que han dado pruebas nada equívocas de su celo y adhesión á la causa de la independendencia. Cuando la suerte y destinos de Chile pendían del éxito de una batalla, algunos comerciantes ingleses, entre los cuales merecen particular mención los señores Samuel Haigh y Jayme Bernard, se armaron por sí mismos, se reunieron como voluntarios á la caballería patriota, y tuvieron parte en las brillantes cargas que decidieron de la suerte del país en Maypo. A estos hechos de bizarría personal podrían añadirse actos generosos de filantropía y benevolencia que hacen honor á las personas que los ejecutaron. A este proceder, y no á la conducta que observaron ni asistencia que prestaron en sus negocios mercantiles, es debido que se mire á los ingleses con distinguida consideración. Otra poderosa razón para su influencia y preponderancia fué la estricta observancia de las leyes de neutralidad que los comandantes de las fuerzas navales inglesas conservaron siempre, y la honrosa, recta, cortés y noble franqueza con que sus oficiales se condujeron. Los capitanes sir Thomas Staines, Bowles, Shi-



rreff, Falcon, sir Thomas Hardy (actualmente contralmirante), el honorable sir Robert Spencer, Prescott, Brown, el honorable Federico Spencer, Porter y otros muchos oficiales cuyos nombres se recuerdan aún con respeto, y repiten frecuentemente los americanos del Sur en términos honrosos, patentizan el alto concepto y sincera estimación que supieron granjearse. De aquí nace también el sentimiento de gratitud que tiene el pueblo chileno hacia la Inglaterra como nación; y creyéndola la amiga y protectora de las instituciones liberales, consideran que desea y se interesa en su bienestar. Pero es bien sabido que la América española no es deudora al Gobierno británico, sino del *foreign enlistment bill*, ó prohibición de servir en ejércitos extranjeros de 1819, el cual, dijo Mr. Canning en el Parlamento en 1827, había sido propuesto por reclamación expresa del rey de España.

Por lo tanto, no debe defraudarse á Chile del honor que le resulta de sus propios hechos y costosos sacrificios, y de la ayuda del ejército de los Andes. Unos cuantos ejemplos probarán convincentemente que ayudado Chile por los de Buenos Aires se emancipó á sí mismo, empleando para alcanzarlo el valor de sus hijos, una suma de inmensos sacrificios y su perseverancia heroica. Probada esta aserción con respecto á Chile, no será necesario hacer ninguna observación con respecto al Perú, á quien con igual razón comprende.

A pesar de las ventajas obtenidas por la gloriosa campaña de 1818, el Gobierno directorial conoció bien pronto que sus adquisiciones y ventajas estaban mal aseguradas contra una nueva invasión mientras sus costas no estuviesen protegidas por una fuerza naval respetable. Con este objeto y con el de proporcionarse los medios de trasladar el teatro de la guerra al Perú, centro de las posesiones españolas en aquellas regiones, fijó el Gobierno chileno toda su atención en la creación de una escuadra.



El *Windham*, llamado después fragata *Lautaro*, navío viejo de ochocientas toneladas de la compañía de las Indias orientales, fué el primer buque que compraron. Ciento ochenta mil duros dieron por él, adelantando noventa mil duros en moneda contante antes de tomar posesión, y el resto en letras corrientes contra la Aduana.

Ciento cincuenta mil duros pagó el Gobierno chileno por el *Cumberland*, otro navío de mil doscientas toneladas de la compañía de las Indias orientales, llamado después el general *San Martín*, cuya suma reunió principalmente en plata labrada, cobre, carne curada y sebo.

El *Galvarino*, antes la corbeta de guerra inglesa llamada *Hecate*, fué comprado por setenta mil duros; el bergantín *Colombo*, llamado después *Araucano*, costó cincuenta mil duros, y el *Clifton*, luego la *Chacabuco*, treinta mil.

Las deudas contraídas por el Gobierno en consecuencia de la compra de estos buques, no fueron de larga duración, respecto que fueron principalmente liquidadas en el acto, con letras contra la Aduana en pago de derechos, y por consiguiente, casi tan conveniente á los comerciantes como dinero contante.

La siguiente lista de los buques de guerra apresados á los españoles desde el año 1818 hasta el de 1825, hace ver que los sacrificios del Gobierno de Chile fueron productivos, y que la superioridad marítima que adquirieron fué debida á su propio valor:



NOMBRES	Cañones.
<i>María Isabel</i> .....	50
<i>Prueba</i> .....	50
<i>Venganza</i> .....	44
<i>Esmeralda</i> .....	44
<i>Resolución</i> .....	34
<i>Sebastana</i> .....	34
<i>Pezuela</i> .....	18
<i>Potrillo</i> .....	16
<i>Proserpina</i> .....	} Corbetas.
<i>Aranzanzu</i> .....	
7 lanchas cañoneras.	
<i>Aguila</i> .....	} Buques mercantes armados.
<i>Begoña</i> .....	
<i>Asia</i> .....	74
<i>Aquiles</i> , bergantín de guerra.	

La tripulación del navío *Asia* se sublevó, tomó el mando del buque y lo entregaron á los mejicanos en Acapulco, el año 1825. En el mismo año y de la misma manera se entregó al Gobierno chileno el bergantín *Aquiles*.

El Gobierno chileno envió á los Estados Unidos 100.000 duros para la compra de dos corbetas, de las cuales solo una, llamada la *Independencia*, de 26 cañones, llegó á los puertos de Chile. La persona encargada de la otra se escapó con ella, con pretexto de que no habían pagado sino una parte de su importe, y afectando de que no tenía confianza en el Gobierno para el pago del resto de la cantidad; pero no volvió la que anticipadamente y á cuenta había recibido. La falta de discernimiento é incapacidad del agente chileno en los Estados Unidos empeoró aún el asunto; porque se metió en pasos judiciales, tan costosos en Nueva York, que al fin resultó que la corbeta *Independencia* había costado 150.000 duros, por la necesidad de una parte y la picardía de la otra \*.

\* Los contratistas ingleses del último empréstito de Colombia compraron un navío de línea y una fragata. El año 1825 dieron la vela para Cartagena de Indias; pero habiendo entrado en



El buque de vapor, la *Estrella de la Mañana*, costaba ya al Gobierno chileno 7.000 libras esterlinas, cuando su agente en Londres, el teniente coronel Alvarez Condarco, se negó juiciosamente á hacer mayores gastos, y renunció á la contrata.

Los mismos ruinosos cargos hicieron por las armas y pertrechos militares: los fusiles se compraron algunas veces á razón de 20 duros cada uno, y rara vez ó nunca, á menos de diez. Las prendas de equipo fueron entregadas á precios no inferiores proporcionalmente, habiendo sido la mayor parte de ellas desechadas como inservibles en la torre de Londres, y compradas á bajo precio para venderlas á los patriotas ó realistas, según á quienes los consignatarios juzgasen mejores compradores, atendiendo exclusivamente á los intereses de los propietarios. Esta aserción se comprueba convincentemente con el manifiesto del virrey Pezuela, publicado en Madrid el año 1821, y el cual en la página 82 dice lo siguiente:

«Mucho puede haber perjudicado á la causa la presencia de los extranjeros en nuestros puertos, pero acaso pesa más en una balanza imparcial la utilidad que ha producido. Por descontado, ellos nos han traído el crecido número de fusiles y otras armas, que se han mencionado ya en contestación á la segunda idea general, y sin las cuales nuestros ejércitos indefensos hubieran tal vez cedido ya á los bien provistos del enemigo: *un buque extranjero introdujo auxilios por la costa de Arauco y reforzó á Chiloe; otro salvó con un oportuno aviso un rico convoy que venía de Guayaquil é iba á caer precisamente en poder de las fuerzas bloqueadoras del Callao; y para no ser difuso, de algunos años á esta parte los bajeles ex-*

Nueva York, fueron vendidos ambos para pagar los gastos que ocasionaron para ponerlos en estado de navegar, y de consiguiente perdidos para la República.



*tranjeros han sido los empleados en expedir comisiones interesantes, y en conducir las municiones y pertrechos con que se han fortalecido nuestros diversos puntos militares.»*

*«El activo manejo del Gobierno se ha manifestado, tanto en haber sacado de países extranjeros*

*13.662 fusiles.*

*1.295 pares de pistolas.*

*5.745 sables.*

*58.000 piedras de chispa.*

*2.090 fornituras,*

*como en haber proporcionado su importe de 213.885 duros».*

Las costosas compras de los patriotas que se han mencionado anteriormente, fueron mucho antes de los famosos empréstitos, que vinieron á ser más perjudiciales que útiles, tanto á Chile como al Perú, y los cuales, como un maléfico genio oculto, seguirán aumentando las angustias de aquellos países en sus futuros esfuerzos, para vencer las dificultades que los mismos empréstitos han creado. La fiel y legítima aplicación de aquellos recursos pudo haber sido de utilidad; pero desgraciadamente ellos arrastraron á un abierto monopolio y malversación á hombres que anteriormente habían tenido pocas oportunidades de poner su integridad ú honradez á prueba. La integridad política ó pecuniaria era una virtud tan pocas veces enseñada por el consejo ó el ejemplo, en tiempo del dominio español, que no debe sorprender que el solo *nombre de empréstito* despertase la codicia de hombres, que muchos de ellos habían recibido sus primeras lecciones y principios en la mesa de juego. La primera remesa en especie puso en actividad y movimiento el poder y las intrigas de todos los pretendientes á las ventajas de los destinos, con tal que gozaran una mediana popularidad, especialmente en el ejército, para acechar la



menor probabilidad de éxito y reemplazar en sus puestos á los que se hallaban á la cabeza de los negocios. O'Higgins ha dicho que cuando solamente podía, con grandes dificultades, reunir los medios absolutamente precisos para cubrir las atenciones del día, le dejaron permanecer á la cabeza del Gobierno, sin incomodarle por espacio de seis años, en cuyo tiempo, no sólo entró Chile en el número y rango de las naciones, sino que envió una expedición que sirvió de base á la independendencia del Perú. Pero la esperanza de la llegada á Londres de la primera entrega en metálico del empréstito, produjo una multitud de aspirantes al mando, y O'Higgins tuvo que ceder su puesto á hombres, bajo cuya sucesiva administración fué retrogradando casi uniformemente el poder y consideración de la república. Antes del empréstito alcanzó Chile su superioridad naval sobre los españoles en el mar Pacífico; ¡en el día su escuadra victoriosa se está pudriendo en sus puertos! En 1821 envió al Perú cerca de 5.000 hombres; ¡quizás tendría ahora más dificultad en enviar 500! A pesar de sus riquezas naturales, todos los ramos y departamentos del Estado están en la penuria más aflictiva, y nada hay que pueda inducir á creer que el empréstito haya sido de utilidad al país.

Una cantidad muy pequeña de los empréstitos hechos para los Gobiernos de América fué recibida en dinero, y la mayor parte la recibieron en armas, que algunas veces eran útiles y algunas no, pero siempre á precios exorbitantes.

Es natural y aun justo que sufra un Gobierno los efectos de encargar una comisión importante á agentes incapaces de desempeñarla dignamente, pero no es poco doloroso para un pueblo tener que pagar los descuidos, errores, engaños y dilapidaciones de sus gobernantes. Gracias al sistema colonial español la América del Sur no abunda en hombres de Estado, honrados y de talentos superiores, pero no carece de ellos, aunque no



siempre los Gobiernos se aprovechan de sus servicios.

De aquí resulta que algunos agentes patriotas no se *empobrecieron* por su residencia en Europa, y otros (quizás sin razón) se supuso habían olvidado los intereses de su país con la asidua frecuentación de conocidos en una parte de la ciudad de Londres, donde se cree que los caballeros resisten menos á la tentación de hacer una fortuna rápida que en la mayor parte del mundo. No podían algunos de los Gobiernos sucesivos acusar á sus agentes de malversación sin sentir un remordimiento de conciencia, respecto á que no en todas ocasiones se emplearon debidamente las cantidades que recibieron. Un caso ocurrió en que un empleado civil, de alto rango y responsabilidad, perdió 20.000 duros en una sentada en la mesa de juego, del dinero que formaba parte del empréstito, y cuando los oficiales y soldados, al frente del enemigo, estaban á media paga, ó no recibían sino la cuarta parte. El vicio esencial que puede imputarse á los nuevos Gobiernos es no haber podido resistirse á la tentación de la facilidad de tomar dinero prestado; cuando en vez de aumentar sus deudas, debieron haber pagado las que habían contraído anteriormente; pues podemos asegurar, con entera confianza, que en cuanto hace relación al Perú, Chile y Buenos Aires, si sus rentas se hubiesen administrado *debidamente*, habrían sido más que suficientes para cubrir todas sus atenciones.

Sigue el estado oficial que fué publicado en uno de los periódicos de Lima el 10 de Noviembre de 1827.



*Ministerio de Hacienda, Sección segunda.*

CÁLCULO APROXIMATIVO DEL VALOR Á QUE ASCENDERÁN LAS ENTRADAS Y SALIDAS DE LA REPÚBLICA EN EL PRESENTE AÑO

Entradas.	Tesorerías.	Aduanas.	Total.
Lima .....	750.000	1.082.000	1.832.000
Ayacucho .....	137.000	»	137.000
Cuzco.....	547.000	»	547.000
Puno .....	102.000	15.000	117.000
Arequipa.....	770.000	460.000	1.230.000
Libertad (Trujillo).....	100.000	140.000	240.000
Junín... ..	300.000	»	300.000
	2.706.000	1.697.000	4 403.000
Contribución general.....			800.000
		TOTAL.....	5.203.000

Gasto de	Gobierno	Guerra y Marina.	Hacienda.	Total.
Congreso.....	250.000	»	»	250.000
Agentes diplomáticos.....	50.000	»	»	50.000
Sueldo de guerra..	»	1.500.000	»	1.500.000
Gastos de ídem...	»	400.000	»	400.000
Marina.....	»	500.000	»	500.000
Colegios militares.	»	50.000	»	50.000
Establecimientos benéficos y de ilustración.....	50.000	»	»	50.000
Ídem políticos y judiciales.....	305.000	»	»	305.000
Ídem de Hacienda.	»	»	201.000	201.000
Aduanas y resguardos.....	»	»	276.000	276.000
Gastos y pensiones de Hacienda....	»	»	250.000	250.000
Consolidación de la Deuda .....	»	»	170.000	170.000
Interés de la misma	»	»	150.000	150.000
Gastos imprevistos	»	»	»	1.000.000
<i>Sumas .....</i>	655.000	2.450.000	1.047.000	5.152.000
TOTAL ENTRADA.....				5.203.000
IDEM GASTOS.....				5.152.000
Sobrante en pesos fuertes.....				51.000

El Ministro de Hacienda, JOSÉ DE MORALES.

El Jefe de las Secciones de Tesorerías, MANUEL GASPAS DE ROSAS.



Si aún se exigiesen mayores pruebas para testificar la posibilidad que tiene el Perú de llenar sus obligaciones, podrían presentarse otras muy satisfactorias, extraídas del Gobierno y administración de los departamentos de Puno y Potosí en el año de 1825, en que las cosas no estaban metodizadas ni consolidadas.

La deuda del empréstito del Perú puede considerarse en millón y medio de libras esterlinas. El Gobierno de aquel país dice actualmente: «Aunque no hemos recibido quizás la mitad de la cantidad que debíamos recibir, y aunque nos hayan engañado y dado la ley los contratistas y nuestros propios agentes, de cuyos errores somos nosotros responsables, sin embargo nos consideramos obligados, en honor y conciencia, á reconocer la deuda, y esto es cuanto podemos hacer hasta que el país se reponga de los efectos de una guerra que lo ha empobrecido y arruinado.»

La política indiscreta y perniciosa de Colombia y el Perú, conservando ejércitos permanentes en tiempo de paz, tan contraria al espíritu y principios de libertad que profesan, es, además de la falta de integridad en algunos de los empleados públicos, la gran causa de la imposibilidad de que remitan caudales para el pago de los dividendos. El sistema de hacer levadas para tripular los buques en Inglaterra, y la conscripción de Napoleón, eran medios suaves y equitativos, comparados con el modo de reemplazar los ejércitos en los Estados de la América del Sur, donde el campo y los talleres se ven privados de los brazos más útiles, solamente por el capricho de enviar peruanos á Colombia \* y mantener colombianos en el Perú. Estas medidas crueles, de una tendencia equívoca, contribuyen á mantener ambos países en un estado

\* Estas observaciones hacen referencia á transacciones hechas en 1826, cuando unos tres ó cuatro mil peruanos, la mayor parte serranos, fueron embarcados en los Puertos Intermedios y trasladados á las calurosas costas de Colombia.



violento y mal asegurado, al paso que imposibilita á sus Gobiernos respectivos los medios de satisfacer todas sus justas y aun injustas reclamaciones. Que existe una predisposición á guardar buena fe con los acreedores públicos, está probado por el reconocimiento formal de la deuda; y debe esperarse que los hombres que rigen los destinos de la América del Sur conocerán antes de mucho sus verdaderos intereses, y aprenderán á gobernar sin tales gastos y sin una fuerza militar desproporcionada.

Podría preguntarse si no son necesarios ejércitos permanentes para guardar el país contra una invasión extranjera, en tal caso contestaríamos decididamente que no. Si hubiese alguna nación europea tan quijotesca que osara enviar una fuerza considerable á cualquier punto de la América española, los montoneros, gauchos, ó guasos, darían buena cuenta de ellos, y el clima haría lo demás. Contra la voluntad general del pueblo no podrían nunca permanecer en el país, pues la inmensa extensión de territorio que abraza su vasto continente requeriría innumerables guarniciones para tener sujetas tan solo sus ciudades y pueblos principales; y como hay muy pocas plazas fuertes, las guarniciones aisladas serían fácilmente vencidas cuando los habitantes quisieran levantarse *en masa*, como sucedió á La Serna en Jujuy. Por la gran abundancia de ganado en la América del Sur, y el simple modo de vivir de sus habitantes, el mantener guerrillas ó montoneros en aquellos países, envuelve quizás menos dificultades que en ninguna otra parte del globo; y tal es la naturaleza del país, sus llanos escasamente poblados, los grandes desiertos de las costas y las casi intransitables sendas de las montañas, que sería imposible destruir estos cuerpos mientras existieran sentimientos patrióticos. Por tanto, un ejército invasor, por numeroso que fuese, mantendría sumisa únicamente la parte de país y los puntos que ocupara, obtendría muy



pocos reclutas, y no podrían fiarse de ellos; las filas de los invasores disminuirían diariamente hasta reducirse á un número insignificante, y acabarían por ser vencidos.

Las instrucciones dadas al general Whitelock y demás jefes que debieron cooperar con él, son ciertamente documentos muy curiosos, y ofrecen pruebas claras de la falta de conocimientos que se tenía en aquella época sobre los asuntos relativos á la América del Sur. Sin contar con la huéspedada, como vulgarmente se dice, el ministerio inglés repartió la capa del pobre y eligió á Buenos Aires, Chile y Alto Perú como posesiones permanentes. Las líneas de comunicación, atravesando las Pampas y los Andes, las fijaron y decidieron como si cincuenta ó sesenta estafetas ó puestos militares, fuesen bastantes para llenar aquel objeto. Estos planes discutidos en aquel tiempo con todo el debido misterio é importancia ministerial, parecen en el día tan ridículos y absurdos, que fuera increíble que tan profunda ignorancia hubiese nunca deshonrado una oficina pública, si no se supiese que oficiales ingleses de capacidad no hace mucho que decidieron que la América desde el Cabo de Hornos hasta el istmo de Panamá, podía conquistarse y conservarse su posesión con diez mil hombres de tropas europeas. Tales opiniones se formaron, sin duda, precipitadamente al echar una mirada casual é irreflexiva sobre los soldados no vistosamente vestidos destacados en la costa, sin considerar que la falta de guantes muy dados de tierra blanca, corbatines de suela é incómodos hotines, no envuelve la idea de que carezcan de las cualidades militares más preciosas, ó de valor en el combate. Puede ser que halague á los europeos la comparación de sus tropas bien y costosamente uniformadas con las mal ataviadas tropas americanas; pero desembarquen aquellos vistosos soldados al Sur de Valdivia é intenten penetrar hacia la Concepción, y es-



casamente escaparía uno de las largas lanzas de los desnudos araucanos; ó bien desembarquen en las costas del Río de la Plata, ó en las de Chile, y los soldados más valientes europeos hallarían, bien á pesar suyo, que el vagante gaucho y el experto guaso eran no menos temibles enemigos.

Quizás no estén los americanos del Sur bastante adelantados en la carrera de la civilización, para formar los mejores y más ordenados Gobiernos, pero es evidente, y lo han probado de un modo no dudoso, que jamás se someterán á un yugo extranjero. Los pocos antipatriotas, ó individuos desafectos que aún existen en el país, se hallan sólo entre los curiales, clérigos y aristócratas; y éstos, generalmente hablando, no son la moneda que más corre en tiempo de guerra. Los gauchos, los guasos y el paisanaje, en general, son los hombres que sirven en la guerra, y todos ellos, sin casi una sola excepción, son patriotas exaltados. Los naturales del país que gozan más influencia, tienen en el día puestos de importancia en el ejército, en la iglesia y en el estado civil, y no cederían voluntariamente sus actuales destinos para que los ocupasen europeos. Sin embargo, de todas estas razones conservan aún las esperanzas más extravagantes y visionarias, no sólo los serviles de España, sino algunos de los más *liberales* constitucionales españoles actualmente en Inglaterra\*, así como algunos europeos, ciegos por antiguas preocupaciones, ó engañados por falsas noticias de frailes descontentos, algunos curas, ó unos cuantos oidores y curiales sin colocación que aún permanecen en la América del Sur. La suerte ó los destinos de aquellos países, ni dependen ni pueden depender

\* Pocos serán los liberales existentes en Inglaterra y en España, que es donde se halla la gran masa de ellos, que conserven tales ideas. Unos y otros saben apreciar las circunstancias y difícilmente se hallará quien desease la conquista de la América, aunque fuese posible, que no lo es. (*Nota del Traductor*).



de la voluntad de ninguna nación europea, ni aún de la de toda la Europa combinada. Los nuevos Estados son y se mantendrán siempre libres de toda dominación extranjera; y llegarán á consolidarse como naciones independientes, á pesar de cuantos esfuerzos hagan sus antiguos opresores. Ningún Gobierno, de cualquiera clase que sea, puede existir por largo tiempo en los nuevos estados de la América del Sur, como no esté apoyado por la opinión pública; y de aquí nacen los frecuentes cambios que experimentan, y que indudablemente continuarán hasta que algunos genios superiores aparezcan en la escena pública y limpien y disipen los políticos novicios y pequeños tiranuelos, como el viento lleva y arrebatata la ligera arista que á su paso encuentra. Pero estos genios eminentes es preciso que tengan nervio y más que honradas *intenciones*, y consideren que el espíritu público, la probidad y la justicia incorruptible é imparcial, son las mejores garantías para la conservación del poder y la grandeza de las naciones. Al menos es de esperar que los valientes americanos del Sur no tolerarán por largo tiempo á ninguna clase de gobernantes que no posean estos títulos legítimos para merecer su confianza. No todos los siglos ni todos los países producen ALFREDOS y WASHINGTONS; pero á proporción que los americanos españoles se ilustren, la opinión pública modificará la moral eficazmente; y puede ser que el tiempo presente á un mundo admirado y envidioso, naciones tan libres, poderosas y felices como las monarquías mejor constituídas, ó como su hermana y predecesora al norte de su hemisferio, y libres de la fea mancha de esclavitud, que obscurece los justos títulos de esta á la admiración general.

Mucho se ha escrito contra los Gobiernos de Chile y Perú; y no es dudoso que en uno y otro país se han cometido por gobernantes sucesivos muchos actos de marcada injusticia, no pocas veces por inexperiencia y al-



gunas por motivos menos disculpables. ¿Pero qué otra cosa debiera esperarse de un ministerio elegido á la ventura de un pueblo que sale del despotismo cruel que le oprimió por tres siglos; de un pueblo, en fin, nacido en el cautiverio más degradante, y criado en todos los malos principios del despotismo y la superstición? El sistema colonial de España prohibía toda clase de estudios que pudieran ensanchar é ilustrar el entendimiento; y cuando los talentos naturales de alguno se hacían conocer por sí mismos, estudiosamente los dirigían á objetos viciosos ó sensuales, para separar la atención de un talento distinguido de los asuntos políticos. Durante la lucha para alcanzar la independencia, un jefe afortunado por los azares de la guerra, ó por intriga, se encargaba del timón del Estado; inmediatamente elegía sus ministros de entre sus amigos más inmediatos, sin buscar en todas ocasiones al mérito real y verdadero; y de aquí resultó, no pocas veces, que la incapacidad más completa, sin ir acompañada siquiera de la probidad, ocupó destinos de confianza. Así, pues, cuando tales hombres se hallaron por casualidad á la cabeza de los negocios, no es de extrañar que atendiesen tanto á sus intereses privados como al bien público.

Monteagudo hace en la Memoria que publicó la siguiente observación sobre la escasez de hombres en el Perú, capaces de desempeñar destinos de alta importancia, la cual es aplicable con igual razón á Chile, y tal vez á las otras secciones en que se ha dividido la América.

«Por desgracia la mayor parte de la población del Perú carece de aquellos conocimientos, sin los cuales es imposible desempeñar tan difíciles tareas. El estudio de la política y de la legislación ha sido hasta aquí tan peligroso, como inútil; la ciencia económica estaba en diametral oposición con las leyes coloniales; la diplomacia no tenía objeto, y habría sido tan superfluo con-



traerse á ella, como aprender en Lima el deidam de los Bracmanes: en una palabra, todos los conocimientos que son accesorios á estas ciencias, ó no había muchos para adquirirlos, ó era preciso arrostrar anatemas para no ignorarlos.»

Tal fué la escasez de materiales con que los nuevos Gobiernos tuvieron que formarse. Hábiles escritores los han atacado en términos desmedidos; pero es preciso tener presente que estos autores han sido de los muchos que se han presentado ofreciendo brillantes esperanzas, y que por falta de tacto en los negocios han caído, y se han vuelto contra los Gobiernos, atacándolos violentamente de falta de buena fe; cuando este motivo, aun cuando realmente existiera, no era una de las causas principales de su caída.

Al Cuerpo diplomático de la América del Sur residente en Europa pertenece rectificar la opinión sobre diferentes puntos, en los cuales han tomado grande extensión ideas engañosas, por los escritos y amaños de hombres que poseen talentos diversos, y que proceden por resentimientos de esperanzas malogradas. Pero algunos de los individuos que componían dicho cuerpo parece que han sido, en algunas ocasiones, menos solícitos en molestarse con los negocios de su país, que en presentarse tan hinchados como la rana de la fábula. Quizás estos señores y los mal contentos escritores anteriormente citados, nos permitirán observar de paso que la América del Sur no es un almacén de repentinas fortunas en el cual los aspirantes mercantiles ó militares, á riqueza ó fama, no tienen más que presentarse para obtenerla, sin más trabajo que pasearse y divertirse. La falta de estabilidad y regularidad de parte de aquellos Gobiernos ha proporcionado algunas veces á unos cuantos especuladores extranjeros, la ocasión de hacer rápidas fortunas. Esto motivó que otros se agolparan con la esperanza de alcanzar iguales ventajas, y que su chasco estuviese en



proporción de su número. Vayan en buena hora; pero calculen los riesgos y los inconvenientes, y confórmense con prudente circunspección á las costumbres de un pueblo naturalmente dulce, aunque no tan avanzado en lo que se llama civilización, como los de las antiguas naciones. El hecho realmente es que muy pocos hombres quieren voluntariamente atribuir la causa de su error á falta de previsión, á malos informes ó equivocados cálculos, sino todos echan la culpa al Gobierno ó al pueblo, que si no son impecables, ni uno ni otro pueden ser responsables de que los castillos en el aire que se forma una imaginación acalorada resulten fallidos.





## CAPÍTULO XXIX

---

*Potosí.—Sus minas.—Edificios públicos.—Banco de rescate.—  
Tesorería.—Caxchas.—Gobierno departamental.—Policía.  
Casa del Gobierno.—Sociedad de Potosí.—Agentes de las  
asociaciones de minas.*

Terminada felizmente la guerra, fué nombrado el general Miller prefecto\* del departamento de Potosí, compuesto de las provincias de Porco, Chayanta, Lipas, Chichas y Atacama; que contiene una población de 300.000 almas, de la cual son los dos tercios indígenas, y el resto blancos y mestizos de varios colores.

La villa de Potosí, capital del departamento, está situada 15.000 pies sobre el nivel del mar dentro de la provincia de Porco y á los 19° 51" latitud Sur, y 60° 31" longitud Oeste de Cádiz. Al descubrimiento casual en 1545 de sus riquezas minerales, fué nombrado *asiento* ó establecimiento de minas; pero con el progreso del tiempo subió al rango de villa, y fué elegida capital de una intendencia. Según el censo formado por orden del intendente Bejarano, contenía la ciudad, en 1611, ciento cincuenta mil habitantes; pero este número debió componerse principalmente en aquel tiempo, de *mitayos*† de

\* Los prefectos de los departamentos del Alto Perú, tenían el título de presidentes; pero usaremos aquel título para evitar confusión.

† Indios obligados á trabajar en las minas, cuyo nombramiento se hacía por suerte.



las diferentes tribus que hay entre Potosí y Cuzco, distancia que abraza cerca de trescientas leguas. Aquellos seres desgraciados estaban generalmente acompañados en sus labores por sus mujeres y familias, que iban más bien para participar de sus penosísimos sufrimientos, que para establecerse en las áridas montañas de Potosí. No es extraño, por lo mismo, que su población se haya reducido en 1825 á solo 8.000 almas, tanto por la abolición de la mita, como por los golpes que durante la revolución recibieron los establecimientos de esta especie.

Al aproximarse el viajero al Potosí, por cualquiera dirección que sea, sale de los profundos barrancos de las montañas y descubre la villa al pie del célebre argentado cerro, cuya forma es un cono de tres leguas de circunferencia en su base. Su cúspide está elevada más de 2.000 pies de la villa, y por consiguiente, 17.000 \* sobre el nivel del mar. Su apariencia es de origen volcánico, y sus laderas tienen pedazos de diversos colores, como verde obscuro, de color de naranja, gris y encarnado.

Las vetas principales del Cerro son: La Ensima ó Chapolo, Polo, Mendieta, Veta-rica, Estaño, Corpus-Christi, Sapatera y San José. La siguiente relación contiene los nombres de las minas principales y la profundidad á que llegaban sus excavaciones en el año de 1825:

NOMBRES	Varas castellanas.
Montoya.....	800
Arcobarreno.....	700
Marverias.....	700
Joaquín Prudencio.....	600
Rosario.....	400
Chaquello.....	250
Sojo.....	200
Sobato.....	600
San José.....	600

\* La altura de la ciudad y Cerro de Potosí, se da con arreglo á lo generalmente admitido y reconocido en el país.



NOMBRES	Varas castellanas.
Antona .....	1.000
Purísima.....	700
San Miguel.....	500
San Juan de Dios.....	450
Escarterilla.....	300
Carmen.....	400
Pimentel.....	1.000
Guadalupe.....	230
Oñate.....	400
Sacramento.....	260
San Jerónimo.....	300
Guailaguari.....	900
San Rafael.....	100
Boguilla.....	150
San Luis.....	400
Flamencos.....	300
Santa Rosa.....	420
Misericordia.....	420
San Bartolomé.....	310
Esperanza.....	250
Mercedes.....	300
Auxilios.....	400
San Antonio.....	350

Hay abiertas en la montaña más de 5.000 boca-minas; pero solo se trabajan actualmente de 50 á 60: las demás están paradas, se han inundado ó se han cegado.

La parte superior de la montaña está de tal manera agujereada que puede considerársela ya como abovedada; pero en la parte inferior y hasta un tercio de su altura han trabajado poco, por el gran número de manantiales de agua que lo impiden.

Muchos socabones se han principiado, pero generalmente no han producido efecto ó los han abandonado antes de concluirse por falta de fondos. El socabón principal de San Juan Nepomuceno costó al Gobierno 560.243 duros; tiene 2.200 varas de largo, seis pies de alto y seis pies de ancho en la parte inferior; está abovedado y revestido interiormente con piedras toscas sin



labrar y sin mezcla: debajo hay un contra-socabón para dar salida al agua.

Los realistas forzaban á los prisioneros de guerra á trabajar en el socabón, el cual está aún sin acabar, y por consiguiente, sin prestar ninguna utilidad. Esto no sorprenderá á ninguno que sepa la manera con que las obras reales se convertían en aquel país, en meros monopolios y especulaciones particulares. El hombre que tenía más influjo ó que daba peso á sus razones por ciertos argumentos bien conocidos, bajo pretexto del bien público, podía alcanzar que le abriesen un ramal de mina en el punto en que quería beneficiarla, y de este modo se sacrificaban los caudales públicos en intereses privados, y frecuentemente hasta sin la menor ventaja de parte del que intentaban favorecer.

El país inmediato abunda también en metales; en un monte inmediato al Cerro, llamado Guayna-Potosí, se halla plata purísima y en gran cantidad; pero no puede trabajarse en él respecto á que se encuentra agua á corta distancia de su superficie. El mineral se pulveriza en molinos movidos por el agua de arroyos que conducen de pantanos construídos en las montañas, ó lagunas naturales distantes desde una á diez millas de la villa. Los pantanos principales los construyen con presas ó grandes paredones que cortan las quebradas ó barrancos, y detienen y acumulan las aguas, á las cuales dan salida económicamente por una compuerta durante el día; pero jamás de noche, y algunas veces sólo dos ó tres veces por semana, según la cantidad de agua que hay recogida. Algunos de los pantanos mayores reciben el agua de otros construídos detrás de ellos, en puntos más elevados de las mismas montañas. Una porción de gente está empleada constantemente en cuidar de los pantanos, abrir y cerrar las compuertas y en reparar las averías que ocurren. En tiempos muy secos ha sucedido que los molinos han tenido que parar por falta de agua; pero



este inconveniente podría obviarse si las acequias estuviesen revestidas con pavimentos proporcionados y se limpiasen bien los pantanos.

En el año 1572 construyeron una casa de moneda, cuyo coste ascendió á 11.000 duros; y aunque fué en clase únicamente de provisional, hasta el año 1751 no construyeron la que actualmente existe. Antes de la última fecha mencionada, las diferentes clases de monedas acuñadas en Potosí, eran piezas llanas y angulares, de oro ó plata, con las armas de España y un número que denotaba su valor.

Las operaciones de extraer la plata del mineral se ejecutaron del modo más tosco y engorroso, hasta 1751, en que Velasco introdujo la amalgamación con el azogue. Antes de esta época, se empleaban millares de hornillos para fundir los metales. La vista que hacían á la noche desde el Cerro, la describe Acosta y otros viajeros antiguos, como una iluminación tan preciosa y simétrica como extraordinaria.

Si se obtienen ocho marcos de plata en piña de cada cajón, que contiene 50 quintales, se considera que el propietario no pierde, trabajando sus minas en el cerro del Potosí. En otros puntos se requieren 10 ó 20 marcos por cajón para cubrir los gastos, que se aumentan por hallarse situadas las minas en montañas de difícil acceso, distantes de parajes habitados, provisiones, combustibles y agua para mover los molinos. Las minas que actualmente se explotan en el cerro del Potosí, no producen en general más de 10 marcos por cajón. En muchos sitios, en la ladera del cerro, hay grandes montones, llamados rodados, formados por los desechos de las minas, cuando eran tan productivas, que hacían considerarlos como indignos de ocuparse de ellos; sin embargo, los aprovechan actualmente, y han producido desde tres hasta 15 marcos por cajón. Las vetas más ricas y las minas más grandes y productivas, están en el día



inundadas y requerirían los conocimientos europeos y capitales para desaguarlas. Las minas de Portugalete, en la provincia de Chichas, sesenta y cinco leguas de Potosí, producen mineral, que da de 60 á 80 marcos el cajón, y el que da la Gallofa, en la provincia de Chayanta, deja 40 marcos por cajón.

El clima de Potosí es desagradable; los rayos del sol abrasan al mediodía, y á la sombra y á la noche el aire es penetrante y frío. El país, en tres leguas alrededor, es de tal modo estéril, que no se ve una sola muestra de vegetación, á excepción de una planta llamada *quinuali*, que sirve de remedio contra la puna. La villa está construída sobre un terreno desigual; tiene en el centro una plaza espaciosa, de la cual la casa del Gobierno, la municipalidad y la cárcel, todo bajo un mismo techo, forman un frente; la tesorería y oficinas del Gobierno, otro; un convento y una casa sin concluir, otro, y casas de particulares el que resta. Antiguamente tuvo grandes arrabales, que ocupaban indios y mineros, los que en el día están sin habitar, y tan arruinados, que sólo se conservan los vestigios de las calles. Entre los edificios públicos que merecen mayor atención, se cuenta la Casa de la Moneda, construída de piedra sillería y bajo un plan admirablemente adaptado á su objeto. Su coste ascendía á 1.148.000 duros, inclusa la maquinaria, y contiene habitaciones para el superintendente y unos cuantos de los principales empleados.

Las faenas más pesadas de la Casa de Moneda se ejecutan por el movimiento producido á la maquinaria por mulas y el resto por hombres. El acto de acuñar los duros se ejecuta por una fuerte presión producida por un volante de hierro que tiene grandes aletas ó palancas, y hace con su movimiento subir y bajar el punzón, el cual repite sus golpes tan inmediatos, que los dedos del obrero que pone y quita los duros, están siempre en un continuo peligro. El cordoncillo de los duros se hace á





mano, con una especie de gato cornaquí; los trabajadores ganan doce ó quince reales vellón por día; el carbón es el único combustible que se emplea.

La plata y oro se vende por los individuos al Banco de Rescate ó cambio, establecimiento del Gobierno que revende los metales á la Casa de Moneda, y por consiguiente giran letras entre sí el Banco y la Casa de Moneda. El total acuñado en un año ascendió á 5.000.000 de duros en plata, y 4.600 marcos, ó 36.800 onzas en oro. En años tan productivos como el que se cita, la Casa de Moneda, después de pagar sus empleados y cubrir sus gastos, dejaba líquidos al Gobierno 212.000 duros.

Los empleados en la Casa de Moneda son en total 38: el superintendente, que tiene 6.000 duros al año; el contralor, tesorero, dos maestros ensayadores, el inspector de pesos y el veedor de ensayo y peso, llamados todos *ministros*, reciben cada uno desde 3.000 hasta 4.500 duros al año. Los empleados del Banco de Rescate se componen de un administrador, un contralor y un tesorero, que todos son también ministros; á sus respectivas oficinas están destinados dos fundidores y nueve escribientes.

La tesorería del departamento tiene un tesorero y un contralor, que también son ministros, y son superiores á los de la Casa de Moneda y del Banco.

Los otros empleados son:

Teniente asesor.

Promotor fiscal.

Alcalde veedor de minas.

Ensayador.

Fundidor y balanzario.

Escribano de Hacienda.

También había 14 escribientes en este establecimiento.

En 1825 se incorporó la oficina de aduana á la tesorería. El correo tiene un administrador, un interventor, tres escribientes y seis conductores. Todas las personas empleadas en las oficinas y ramos expresados anterior-



mente, tienen y usan uniformes civiles, que manifiestan sus empleos y rangos.

El Banco de Rescate y la Casa de Moneda ocasionan gran afluencia de oro y plata en Potosí, independiente del que sus minas produce. Además de ser el mercado general de metales en aquella parte del mundo, su posición geográfica le hace al mismo tiempo la factoría de las mercancías europeas que van desde Buenos Aires para el consumo del Alto Perú y el Cuzco.

Las provisiones para uso de la villa las traen de puntos distantes y de las provincias vecinas, y el mercado es uno de los mejores abastecidos de la América del Sur. El vino, aguardiente y aceite lo traen desde los Puertos Intermedios; la harina de Cochabamba, y todo lo conducen á lomo con mulas, borricos ó llamas.

Los artículos de primera necesidad, así como los de lujo, están excesivamente caros. Los dueños de las minas y los trabajadores en ellas rara vez fijan su atención en economías, y generalmente gastan su dinero tan pronto como lo reciben. Las casas de los dueños de minas contienen algunas veces muebles y adornos de casa más costosos que los que se hallan en las casas más respetables de las grandes ciudades en el Perú.

Muchas familias indígenas se han establecido en chozas y cuevas cerca de las minas, en el cerro, y bajan á la villa únicamente el sábado á la noche para recibir su jornal y comprar provisiones para toda la semana. Muchos permanecen frecuentemente á gastar lo que han recibido en extravagancias, borracheras ó al juego; otros pasan gran parte de la noche tocando la guitarra y cantando en las puertas de las tabernas.

Una costumbre singular, que debió tener origen en la condescendencia de los primitivos propietarios de las minas, prevalece aún en el día. En el espacio de tiempo que media desde la noche del sábado hasta la mañana del lunes, queda el Cerro hecho absolutamente la propie-



dad de los que quieran trabajar las minas á su cuenta, y durante aquel tiempo el propietario de ellas más atrevido no osaría ir á visitar las suyas. Los trabajadores que han tomado posesión de este derecho los llaman *Caxchas*, y generalmente venden el producto del domingo á sus amos; pero además del mineral que extraen de esta manera, los *Caxchas* producen perjuicios considerables descuidando las precauciones debidas cuando excavan; y si encuentran en el curso de la semana con una veta más rica de lo ordinario, pasan sin trabajar en ella y la reservan para el domingo inmediato. En su consecuencia se adoptaron medidas fuertes para cortar este abuso; pero cuanto hicieron fué inútil, porque los *Caxchas* defendieron su privilegio con la fuerza de las armas y rolando grandes peñascos sobre los que iban á atacarlos. Tan celosos observadores son de lo que llaman su derecho, que una vez se apoderaron de quince ó veinte llamas ricamente cargadas de mineral de plata al tiempo que bajaban del cerro, porque habían salido de la mina después de la hora en que principia el privilegio de los *Caxchas*. Ni de las llamas ni de los que las conducían se ha oído hablar más.

Al general Miller le confirieron el mando militar y político del departamento, en el cual estaban acantonados tres mil quinientos hombres de tropas peruanas. También fué nombrado superintendente de la Casa de Moneda y director del Banco. El general Sucre delegó en él especialmente en clase de jefe supremo del Alto Perú, los poderes de vicepatrono de la iglesia, en la comprensión de su departamento, y fué autorizado además para deponer de sus destinos á aquellos clérigos que juzgase necesario remover en virtud de su conducta anterior y opiniones políticas, y proponer al arzobispo de Charcas los que creyese debían sucederles y cuyos nombramientos eclesiásticos no eran válidos hasta que los ratificaba el vice-patrono.



El general Sucre á su llegada á Potosí la primera vez, nombró una comisión de tres individuos para formar una lista de las personas más capaces y beneméritas para optar á destinos, con objeto de proveer más de cien empleos civiles, que tenían de dotación anual, y en escalas progresivas, desde quinientos á cuatro mil duros, los cuales habían quedado vacantes por retiros, ó dimisiones *pro forma*, al cambio de gobierno que se siguió á la batalla de Ayacucho. La lista que dió esta comisión causó un disgusto general; el general Sucre formó en seguida una junta con el mismo objeto y los mismos poderes en Chuquisaca; pero la segunda lista resultó tan impopular como la primera. Entonces mandó el general Sucre á Miller, que en el intermedio había sido nombrado para aquella prefectura, que formase otra tercera lista, la cual le fué devuelta con las otras dos, dejando enteramente á su discreción el nombramiento para los destinos. Estas facultades extraordinarias son un testimonio honroso de la confianza ilimitada depositada en la integridad é imparcialidad del general Miller; y el honor que de ella le resultaba fué mucho mayor, habiendo aprobado el Libertador y el general Sucre cuantos nombramientos hizo. Muchas plazas inútiles quedaron abolidas, y muchos sueldos fueron disminuídos, entre ellos el de prefecto, que de doce mil duros al año quedó reducido á siete mil. Los virreyes españoles gozaban sesenta mil duros de sueldo, y el presidente del Perú recibía treinta y seis mil al año; un general en jefe español tenía veinte mil duros, y el general Sucre recibió únicamente diez mil.

Todos los ramos de la administración del departamento estaban en un verdadero estado de desorganización cuando entraron los patriotas en Potosí. Desde el principio de la revolución en 1810 hasta 1825, acuñó la Casa de Moneda, un año con otro, á razón de medio millón de duros; pero durante los cinco primeros meses después de



libertado Potosí acuñó más de un millón, y la población de la ciudad aumentó de ocho mil almas á diez mil.

Los naturales del país y los comerciantes manifestaron una entera confianza en la buena fe del nuevo Gobierno; la industria, un espíritu emprendedor, y la mejor inteligencia se difundió en todas las clases. Algunas veces ocurrió que el prefecto necesitaba dinero para mantener las tropas pagadas con exactitud, y en todas le hicieron préstamos temporales los comerciantes con la mayor cordialidad, los cuales, al reintegrarles sus adelantos, se negaron á admitir ningún interés. Don Andrés Argüelles prestó al Banco veinte mil duros sin interés alguno y sin recibo: esta cantidad se le devolvió á los tres meses *de los productos* del establecimiento.

Hasta el carácter indiano principió inmediatamente á hacer un cambio manifiesto. Acostumbrados á ser engañados, y por consiguiente á engañar, ni podían decir la verdad ni creerla en la boca de los demás. Aunque aquellos desgraciados habían obtenido por las leyes los derechos de ciudadanos, tal era aun su desconfianza en los crueles blancos, que consideraban la abolición del tributo y la mita como una especie de trampa para hacerlos incurrir en alguna culpa. La mayor parte del clero no procuró desengañarlos de su error ni disipar sus temores, respecto que la libertad general de todos los individuos habría acabado de un golpe con el sistema de *pongos*, por el cual estos *pastores*, así como los *caciques*, alcanzaban las mayores ventajas. De este modo los decretos mejor extendidos en favor de los indígenas tardarán en producir el debido efecto; pues las preocupaciones y la timidez de su parte, y el interés de aquellos que los conservan aún en el error para aprovecharse del trabajo gratuito de otros, se combinarán para oponerse á las miras más benéficas de los Gobiernos patrióticos. El tiempo mismo debe ser secundado por fuertes y filantrópicos esfuerzos de parte de los prefectos de los departa-



mentos, gobernadores de las provincias y demás autoridades principales, y deben conferirse á los indígenas ventajas y beneficios positivos y hacérselos sentir y conocer de modo que produzcan la debida impresión.

En conformidad al nuevo orden de cosas que regía, el general Miller publicó varias proclamas para dar fuerza á los decretos del Gobierno, dirigidos á mejorar la suerte y condición de los indígenas; pero con poco efecto real ó positivo. Sin embargo, el pago puntual de los víveres y forraje tomado á los indígenas, la exacta remuneración á todos los que empleaba el Gobierno y una regular recompensa de cinco ó siete reales vellón al portador de cualquiera parte oficial, estableció la confianza á pesar de la recelosa disposición de aquellos desgraciados. Acostumbrados á verse obligados á la fuerza á llevar pliegos y ejecutar todos los trabajos públicos sin paga ni recompensa alguna, un pequeño premio dado invariablemente á sus fatigas, les llamó á comparar lo pasado con lo presente, y quedaron tan sorprendidos como satisfechos de lo favorable del contraste. El mayor Ballejos, uno de los prisioneros libertados de las casamatas del Callao en 1820, era en aquella época mayor de plaza; el cual entró en las ideas de conceder protección á los indios, y su celo y humanidad ayudaron eficazmente á producir los más favorables efectos. El doctor Asín, secretario del Gobierno departamental, se distinguió igualmente por su filantrópico celo é integridad de conducta.

Los soldados que montaban la guardia á la puerta de la casa del Gobierno y uno de los propios criados del prefecto, fueron castigados por emplear á los indígenas en contradicción al espíritu de los últimos decretos á presencia de la parte ofendida. Había sido costumbre en el ejército real, y lo era aún demasiado entre los soldados patriotas, detener los primeros indígenas que encontraban en la calle y obligarles á limpiar los cuarteles, traer



leña y agua y ejecutar los oficios más bajos y molestos. El hábito había familiarizado á los oficiales con aquella costumbre y rara vez corregían el mal; pero lo más digno de notarse es que los soldados indígenas eran los más tiránicos en exigir estos servicios degradantes de sus hermanos.

Otro pequeño incidente produjo un efecto poderoso sobre los pobres oprimidos indígenas. Deseosos los azogueros de manifestar su patriotismo, acordaron en una reunión de la municipalidad en Ayuntamiento pleno, que se deducirían dos reales y medio de vellón de cada marco de plata que se vendiera en él, como una suscripción general para cubrir los gastos de la recepción y manutención del general Bolívar en Potosí. Los oficiales del Banco hicieron una deducción semejante é indebida de los *puches*, ó pedazos de plata y oro llevados á vender por los indígenas. Tan pronto como el prefecto tuvo conocimiento de esta medida, fué personalmente al Banco, donde estaban una porción de ellos esperando el pago del metal que habían entregado. Hecha la información debida, resultó haberse deducido indebidamente noventa y cinco duros; pero como era imposible saber el tanto que cada indio había perdido, mandó el prefecto á su intérprete que dijera, en lengua quichua, que los empleados del Banco habían incurrido en su desagrado por la deducción que habían hecho; que los indios podían acudir á él personalmente en caso que tuviesen en lo sucesivo algún motivo de queja, y que respecto á que los individuos propietarios de los noventa y cinco duros no podían conocerse exactamente, se iba á tirar aquella cantidad y cinco duros más de su bolsillo, para que los que se hallaban presentes cogieran cada uno los que pudiesen. Cien duros en monedas pequeñas se extrajeron en su consecuencia del Banco, y el prefecto los tiró entre la multitud con sus propias manos. Desde entonces, en vez de disponer de contrabando de sus *puches*, como fre-



cuentemente lo hacían antes, con pérdida considerable de las rentas del Gobierno, llevaban constantemente su plata al Banco, sin temor que les defraudasen lo más mínimo.

Secundado por la buena voluntad de los habitantes, pudo establecer el prefecto una policía bien ordenada. Las calles se barrían en días determinados, las casas se blanquearon y la villa adquirió un aire de limpieza y conveniencias muy diferente del que tenía cuando entraron los patriotas. La posta y comunicación por tierra con Buenos Aires se estableció dos veces al mes; el camino desde Leñas á Potosí, y el de Potosí á los confines del departamento hacia Chuquisaca, uno de los peores del Perú, hasta la distancia de treinta leguas, se recompusieron é hicieron transitables. Aunque Potosí fué la última ciudad del Perú que se hizo independiente, fué la primera que levantó un monumento á sus libertadores, pues antes que llegase el general Bolívar, había erigido en la plaza principal un obelisco de sesenta pies de alto.

Un escritor superficial de viajes en la América del Sur ha preguntado: «¿Qué han ganado los indios con la revolución?» A esta pregunta contestamos, que han ganado la abolición de las horribles opresiones siguientes:

La mita.

La perpetua minoridad \*.

La servidumbre doméstica en clase de pongos, y

El tributo.

Efectuadas muchas reformas provechosas, la formación de instituciones útiles fué el objeto á que se dirigió

\* Acorde á las leyes de Indias, ningún indio podía entrar en transacciones arriba del valor de cincuenta duros sin la sanción del *protector de los naturales*, empleado nombrado por el rey de España. En cada provincia había uno, y como estos «protectores naturales» tenían grandes oportunidades, engañaban á los pobres indios sin misericordia.



la atención del prefecto. Habiéndose decidido que se establecería en Potosí un colegio para estudiar mineralogía, fué autorizado el prefecto para adoptar las medidas necesarias á fin de procurar profesores, libros, instrumentos, etc., etc. Después determinaron que la instrucción que se daría en él, sería más general, dejando siempre la mineralogía como el objeto principal. El general Miller debía ser el patrono del nuevo colegio; entre otras medidas preparatorias que adoptó, fué ir á inspeccionar varios edificios públicos y eligió el convento de San Francisco como el más á propósito para convertirlo en colegio. Sus frecuentes visitas á él, excitaron el temor de los frailes, y habiéndolo notado, dijo un día al prior: «Conozco que está usted alarmado con mis visitas y quiero poner fin á sus dudas, diciéndole mis intenciones. Yo pienso proponer este convento para que se establezca en él un colegio; si usted tiene algo que oponer á ello, puede usted escribir al Libertador, al general Sucre ó á quienquiera y decírselo. Doy á usted entera libertad para que lo haga; pero si tienen ustedes al fin que salir de él, yo prometo á usted que el cambio no perjudicará á ninguno de ustedes.» Los frailes que se habían preparado para oponerse, si era posible, á cualquiera propuesta que hiciese relación á su domicilio, parecieron quedar desarmados con esta franca declaración, y no pusieron dificultad alguna; pero el general Miller salió de Potosí antes que pudiese llevar á efecto su plan proyectado. Los frailes de este convento dormían rara vez dentro de él.

Algunos años antes de esta ocurrencia, en otro monasterio, una parte del cual empleaban los realistas como almacén de pólvora, sucedió la siguiente catástrofe. Una noche, á las doce, durante una tremenda tempestad cayó desgraciadamente un rayo en el almacén, lo incendió y su explosión destruyó casi todo el edificio. A la mañana siguiente, escasamente quedaban vestigios



de aquel inmenso monasterio, y todos lamentaban la pérdida de los justos y bienaventurados frailes que lo ocupaban. Se dice que hicieron el examen más prolijo y afanoso para ver si hallaban sus santos restos; pero mientras las gentes estaban ocupadas tan piadosamente, fueron sorprendidas de tiempo en tiempo, primero, por uno de los monjes del convento que se llegó á ellos, y luego otro y otro, hasta que después de haber trabajado por cerca de dos horas, tuvieron la satisfacción de descubrir que ninguno de los santos padres habían padecido por aquella terrible desgracia. Cada uno de ellos hizo relación de la causa de su ausencia, sin comprometer la santidad de su carácter, y parece que todos ellos habían estado empleados en obras de caridad cristiana y de general beneficencia.

Habiéndose anunciado oficialmente la proyectada visita del general Bolívar á Potosí, el general Miller preparó la casa del Gobierno\* para alojar al Libertador, y la cual es una de las casas mejor construídas que se hallan entre Lima y Buenos Aires. Los cuartos son bien proporcionados y están bien repartidos y adornados profusamente con florones dorados, grandes espejos y elegantes arañas. Como no podían encontrarse alfombras, se cubrió el suelo con rico paño carmesí y se amuebló la casa de nuevo con toda la apariencia de decencia y comodidad. Hallándose la villa de Potosí destituída de la mayor parte de los artículos de lujo conocidos en Europa, mandaron una porción de mulas á Tacna por servicio de mesa, quincalla y cristal, y procuraron cantidad de vinos, licores, cerveza fuerte y sidra inglesa y otros varios artículos. El prefecto tenía costumbre de convidar á comer todos los domingos á los jefes de los

\* Ninguna otra casa de Potosí tiene la comodidad de una sola chimenea; pues, según la costumbre española, usan brasero en el invierno.



diferentes ramos y algunos de los principales habitantes. Estas personas se reconciliaron bien pronto con el Champaña, cuyo vino hasta entonces no se había visto jamás en Potosí, y el Burdeos y el Oporto rara vez pasaban sin el saludo correspondiente; pero pocos se animaban á los licores producto de la cebada fermentada, hasta que la repugnancia fué gradualmente desapareciendo por la fuerza del ejemplo, y el *pale ale*, ó cerveza fuerte, llegó á hacerse la bebida favorita\*.

Las manufacturas inglesas estaban al principio sumamente caras; pero su abundancia redujo pronto los precios, y se difundió rápidamente el gusto por ellas. Los soldados que recibían su prest mensualmente, empleaban generalmente el sobrante que les quedaba en comprar artículos de fábrica inglesa. La población indiana, cuyo traje había estado antes reducido á las telas groseras de lana hiladas y tejidas en el país, principió á comprar manufacturas inglesas.

La sociedad de Potosí en la época á que se hace relación, era más numerosa y agradable que en lo ordinario, por circunstancias extraordinarias. Muchas viudas de oficiales realistas y empleados civiles, se retiraron, naturalmente, al punto que por más tiempo se conservó á favor del rey; veinte ó treinta eran naturales de Salta, donde la gracia y hermosura parece haber fijado su residencia. El Ayuntamiento, los comerciantes y los oficiales de la guarnición, dieron bailes magníficos y sucesivamente al nuevo prefecto, el cual pagó estos obsequios dando otro no menos espléndido. En todos estos bailes, así como en funciones particulares, se hallaba tanta belleza, elegancia, gracia para bailar y quizás más alegría

\* Después que el general Miller salió de Potosí, descubrió que sus criados tenían costumbre de vender á los indios que venían de puntos distantes del país botellas vacías de cerveza ó de vino, á duro ó á duro y medio cada una.



y jovial franqueza que se encuentra en muchas reuniones europeas.

La sociedad ganó mucho y recibió nuevo impulso por la llegada de una porción de caballeros, que acompañados de un numeroso estado mayor civil iban á comprar minas ó tomar posesión de otras compradas en Londres, algunas de ellas á personas que tenían tanto derecho de disponer de ellas, como de otras tantas leguas cuadradas del Océano. Varias de las minas vendidas en esta forma habían sido declaradas vacantes\*. En Buenos Aires, Salta, Arequipa, etc., formaron otras asociaciones para tomar posesión legal de las minas, con el solo objeto de venderlas á especuladores europeos. Estas asociaciones *revendedoras* contribuyeron también á aumentar la población de Potosí con la llegada continua de agentes, que movidos por halagüeñas esperanzas, eran de los miembros más festivos de la sociedad.

Mientras todos estos caballeros estaban afanosamente ocupados en pujarse unos á otros, ó en llevar á efecto sus multiformes contratos, ocurrió una circunstancia que paralizó todos los negocios y probó cumplidamente que las cabezas estaban tan atolondradas en Potosí, como se veía lo estaban en otras partes. Esta circunstancia fué el anuncio de la llegada á Córdoba de un inglés, á quien nunca se daba un título inferior al de GRAN COMISIONADO BRITÁNICO, y le anunciaban como representante de una reunión de pares y de príncipes, y con medios superabundantes y debidos poderes para comprar *todas* las minas del Perú. Por espacio de un mes, cada mañana se anunciaba lo que en su viaje ha-

\* Las minas que por espacio de un año y un día quedaban sin trabajarse eran la propiedad del que las denunciaba, y pedía su posesión con objeto de explotarlas. El reclamante no tenía más que probar el hecho y pagar una pequeña cantidad por gastos de oficina. Esta traslación de posesión se llamaba provisión de las vacantes.



bía adelantado el gran comisionado; la casa del Gobierno estaba llena de personas ansiosas de adquirir noticias, y hasta el prefecto mismo no estaba menos deseoso de saber quién era el personaje que iba á honrar el departamento con su presencia. La esperada llegada de Bolívar se hizo por algún tiempo un objeto de interés secundario; la curiosidad general sufría amargamente, pero el gran comisionado no parecía. El tiempo y la ansiedad, aumentando las ilusiones, suponían ya que varios subcomisionados, secretarios, sota-secretarios, mineralogistas, fundidores, químicos, dibujantes, agrimensores, ensayadores, batidores de oro, plateros, capellanes, cirujanos y sepultureros, con sus respectivas mujeres y familias, formaban parte de su numerosa comitiva. Mientras la mente de cada individuo vagaba por los espacios imaginarios, recibió el prefecto una carta, firmada únicamente por JOSEPH ANDREWS, la cual manifestó que *el Gran Comisionado Británico* era su buen amigo el capitán Andrews, nombrado agente de una Asociación, cuyos directores, á semejanza de otros, habían llevado sus miras al más alto grado de extravagancia. Pero al fin se vió que la consecuencia natural de cabezas vacías era vaciarse los bolsillos, y grandes pérdidas ocurrieron en el paraje mismo, donde la naturaleza había provisto de los medios de grandes ganancias á empresas racionales, si hubiesen consultado á la prudencia, tenido previsión y obrado con economía. El capitán Andrews fué uno de los que economizaron los recursos de los que le habían empleado, y al mismo tiempo adquirió la confianza de los tenedores de minas más respetables. Si hubiese sido ayudado competentemente por la compañía que representaba, habría podido hacer más, con muy pocos gastos, que la mayor parte de la hermandad de busca minas, que hicieron gastos tan enormes, principalmente enviando máquinas de que jamás hicieron uso. Aunque no nos consideramos capaces de dar una opinión decidida y termi-



nante sobre el negocio de minas, diremos, sin embargo, que hay muchas minas en el Perú, particularmente en Puno, Guantajaya y Pasco, que, dirigidas con prudente economía, ofrecen el prospecto más ventajoso de una ganancia considerable y positiva; pero esperanzas fallidas, ó la ruina, serán siempre el resultado inevitable de establecimientos desproporcionadamente costosos.

Fuera difícil decidir si el mal manejo de los directores ó la concupiscencia del público inglés merece mayor censura; lo cierto es que la muchedumbre, crédula y codiciosa, suministró solícita los medios para los gastos más extravagantes. Extraviadas por las ilusiones de la avaricia gentes que se habían guardado cautelosamente de entrar en tales especulaciones mientras los precios eran bajos, creyendo arriesgado mezclarse en ellas, no pudieron ver sin envidia que sus vecinos principiases á recibir considerables sumas por el crecido aumento del valor de las acciones de las minas, y se precipitaron al mercado y compraron cuanto se les presentó á la vista, y cuanto más subían los precios más se aumentaba su frenesí y el deseo de ser poseedores de ellas, sin que en ello mirasen siquiera el resultado final de la empresa misma, sino únicamente ganar dinero en el momento. Acciones que al principio tenían un premio de 15 ó 20 libras, subieron en el corto espacio de seis semanas, al premio enorme de 1.700 libras esterlinas cada una. Un frío paroxismo se siguió á aquella tremenda calentura; el terror pánico de 1825 ocurrió, y temores tan infundados como las anteriores esperanzas aumentaron el mal y causaron la ruina de cientos de individuos. La disolución de la mayor parte de las compañías de minas se siguió, y ésta se verificó precisamente en un momento en que algunas de ellas habían alcanzado ya un prospecto ventajoso para realizar su empresa. La odiosidad de estas transacciones recayó principalmente sobre los directores de las compañías, pero debió, con más razón, aplicarse al público, que des



pués de haberse manifestado tan loco afán por estas empresas y especulaciones, privó repentinamente á los directores de los medios de poderlas llevar á efecto.

Los lavaderos de oro de Tipuani, en la provincia de Larecaja, están á setenta leguas al Noroeste de la ciudad de la Paz, y se encuentran en tres arroyos que bajan de la parte de la cordillera llamada Ancona, que está siempre cubierta de nieve. Estos lavaderos han sido labrados desde el tiempo de los Incas, como lo prueban los instrumentos que suelen encontrarse embebidos entre la tierra que las avenidas han acumulado, y lo que manifiesta el tacto é inteligencia de los antiguos peruanos es que esta clase de instrumentos se hallan siempre en los parajes más productivos. Los lavaderos acaban donde el río Tipuani toma el nombre de Beni, y donde es ya navegable para botes hasta las Amazonas. A las diez ó doce varas de la superficie se halla oro en pepitas, en capas de arcilla de una hasta dos varas de espesor: su cualidad es de veinte y tres quilates y medio. Todas las faenas de los lavaderos se ejecutan á brazo. Los hoyos ó excavaciones que hacen los achican con cubos, aunque las montañas están cubiertas de hermosos árboles, con cuya madera podían construir bombas de mano con mucha facilidad. El clima es muy ardiente y las tercianas muy generales.

Los habitantes indígenas del Perú van gradualmente experimentando los beneficios que les resultan de la abolición de las antiguas leyes opresivas. En los distritos que producen oro se redoblarán sus esfuerzos, puesto que en el día trabajan para ellos mismos; pueden obtener este precioso metal con solo escarbar la tierra, y aunque la cantidad que cada individuo recoja sea muy pequeña, la suma de estas pequeñas cantidades formarán una muy considerable. A proporción que los indígenas adquieran mayor riqueza, contraerán el deseo y la necesidad de las pequeñas comodidades de la vida; el consumo de las



manufacturas europeas aumentará á un grado incalculable, y los efectos que producirán en el comercio general del globo se conocerán palpablemente. A la primera y más activa nación manufacturera del mundo corresponde sacar la debida ventaja de circunstancias tan favorables. Ya en el día emplean, probablemente, las manufacturas inglesas el doble de toneladas, y quizás excedan veinte veces al valor de las importaciones de todas las otras naciones extranjeras juntas. Los vinos y cositas de gusto y caprichosas de Francia y la harina y muebles de casa de los Estados Unidos no pueden entrar en parangón con los percales de Manchester, los lienzos de Glasgow, los paños finos de Leeds, ó la quincallería de Birmingham; todo lo cual está probado por la mayor proporción de metales preciosos remitidos á Inglaterra, comparados con las remesas hechas á otras naciones. El solo envío de relojes de los Sres. Roskell y Comp.<sup>ª</sup>, de Liverpool, puede contrabalancear la exportación de algunas de las naciones que comercian con la América del Sur.



## CAPÍTULO XXX

---

*Alto Perú.—Asamblea general.—Sus determinaciones.—República de Bolivia.—Agresión de los brasileños.—El general Bolívar sale de Lima.—Su viaje.—Llega á Potosí.—Regocijos.—Transacciones sobre las minas.—Sigue el Libertador á Chuquisaca.—El general Miller sale para Inglaterra con licencia temporal.*

Las provincias del Alto Perú formaban antes de la revolución parte del virreinato de Buenos Aires. Sin embargo, como los usos, costumbres y aun idioma de la mayoría de sus habitantes eran tan diferentes de la de los naturales de las provincias del Río de la Plata, generosa y prudentemente renunció á sus derechos la República Argentina, y contribuyó á que se las dejase á ellas mismas decidir sobre su futura suerte política, acorde á las conocidas intenciones del Libertador y del general Sucre, debiendo continuar el último ejerciendo el poder supremo hasta que un nuevo Gobierno se organizase debidamente.

Cincuenta y cuatro diputados fueron elegidos para expresar los deseos del pueblo en general sobre la cuestión: si el Alto Perú se uniría al Bajo Perú; si se reincorporaría á Buenos Aires, ó se declarararía un Estado independiente. La Asamblea general se reunió en Chuquisaca, en Agosto de 1825, y declaró que el deseo nacional era «que el Alto Perú fuese una nación independiente».

Habiendo desempeñado los diputados el objeto para que habían sido convocados, se creía, más bien que se esperaba, que se habrían separado para dejar lugar á un



cuerpo general legislativo. Sin embargo, no queriendo renunciar al título halagüeño de legisladores, los diputados continuaron sus sesiones, y reasumiendo los poderes y funciones de un Congreso, decretaron varias leyes. Resolvieron que el Alto Perú se llamaría Bolivia en lo futuro; publicaron una declaración de independencia, justa en sus intenciones, pero escrita tan pomposamente, que dió casi el aire del ridículo á la medida misma; resolvió al mismo tiempo que su presidente, el doctor Serrano, tendría el tratamiento de EXCELENCIA, y en seguida se decretaron dietas á sí mismos.

Concedieron al general Bolívar un millón de duros como recompensa de sus eminentes servicios anteriores, pero el Libertador, con generoso desprendimiento y magnanimidad, aceptó el donativo, pero á condición de que el dinero se emplearía en comprar la libertad de unos mil esclavos negros existentes en Bolivia. También concedieron un millón de duros á favor de los que habían servido en la campaña de 1824.

No satisfecha la Asamblea con ejercer solamente el Poder legislativo, reasumió en algunas ocasiones el Poder ejecutivo. Hallándose ausente de Chuquisaca el general Sucre, para celebrar la Asamblea su propia instalación y su adopción de un nuevo nombre para el país, envió una circular á los prefectos diciéndoles mandasen cantar un *Te Deum*, hicieran salvas de artillería y hubiese iluminación general. Esta orden no fué obedecida por el prefecto de Potosí, respecto á que no iba por conducto del Poder ejecutivo. La Asamblea hizo poco después una reclamación para dinero, pero su petición tuvo la misma suerte y por el mismo motivo.

Pocos días después de la batalla de Ayacucho y antes que la noticia de ella hubiese atravesado la frontera occidental del Brasil, una partida de 200 soldados brasileños tomó posesión, en nombre del emperador D. Pedro, de la provincia de Chiquitos, perteneciente al Alto Perú.



El oficial que los mandaba escribió una carta de desafío en el estilo más *finchado* y ridículo al general Sucre; pero tan pronto como una compañía de infantería patriota se presentó á la vista, los fantásticos brasileños se fueron antes que los echasen, y, cual piratas, se llevaron una porción de ganado y otros efectos del paisanaje indefenso. El general Sucre quería enviar 1.500 hombres á las órdenes del general Miller, los cuales se creía que habrían encontrado un fuerte partido republicano en las provincias del interior, y que por ese medio habría adelantado hasta Río Janeiro para evitar la repetición de cualquier agresión *imperial*.

El proyecto de adelantar hasta Río Janeiro puede aparecer quijotesco á los que solamente consideren la inmensa distancia del territorio que los separaba. Pero las tropas peruanas no habrían penetrado en el Brasil como enemigos, sino como auxiliares de un partido poderoso de descontentos que se sabía existe en él. Las noticias que se tuvieron después, confirmaron no sólo la probabilidad sino la facilidad de realizar el plan que se había formado, pero el general Bolívar no lo aprobó, y de consiguiente quedó sin efecto.

El ministro del emperador hizo saber al gobernador de Matto Grosso que S. M. había ignorado y desaprobaba la incursión vandálica que habían hecho, y que S. M. quería también que se restituyese el ganado y demás efectos robados. La desaprobación y la orden fueron comunicadas por el gobernador de Matto Grosso al coronel Videla, prefecto de Santa Cruz de la Sierra, al cual pertenecía la provincia de Chiquitos; pero nunca volvieron los efectos robados ni dieron ninguna clase de indemnización. Los habitantes del Alto Perú de todos partidos ansían por vengar el insulto, y tal es el estado de las cosas actualmente en aquel país, que á no hacerse la paz entre el Brasil y Buenos Aires, es probable que D. Pedro se acuerde de la vandálica excursión á Chiquitos.



El 10 de Febrero de 1825 reunió el general Bolívar en Lima á los diputados del Bajo Perú é hizo renuncia de su dictadura, pero le rogaron que continuase aún á la cabeza de los negocios. Bolívar se negó á ello, pero al fin accedió á los ruegos del pueblo, aunque con las muestras de la mayor repugnancia.

Habiendo decretado la instalación de un nuevo Congreso para el 10 de Febrero del siguiente año 1826, salió de Lima el general Bolívar el 10 de Abril de 1825. Viajando á lo largo de la costa llegó á Arequipa el 15 de Mayo, y emprendió nuevamente su marcha el 10 de Junio. Llegó al Cuzco el 26 del mismo mes, y el 26 de Julio salió para La Paz, adonde entró el 18 de Agosto, habiendo permanecido unos cuantos días en Puno. Salió de La Paz el 20 de Septiembre, é hizo su entrada en Potosí el 5 de Octubre.

Todo su viaje había sido un triunfo continuado; á su proximidad á las capitales de los departamentos los prefectos, á la cabeza de las autoridades públicas, acompañados por una gran parte de la población, salían á su encuentro y era recibido con un grado de pompa y de alegría muy agradable á sus sentimientos y correspondientes á su dignidad. Levantaron arcos triunfales, le hicieron ricos presentes, le dieron grandes comidas, bailes y hubo corridas de toros en su obsequio. Los mismos honores, aunque en escala menor, le rindieron en todas las villas y lugares por donde pasó. Cuzco y Potosí acuñaron medallas de cobre, plata y oro para perpetuar la memoria de la entrada del Libertador en ellas.

Después de haber hecho los arreglos correspondientes para la recepción del Libertador, salió el prefecto de Potosí, acompañado por diputados, en representación del Ayuntamiento, del clero, de los gremios y empleados públicos, á recibir á S. E. en la frontera del departamento, donde se había erigido un pequeño obelisco, con una



inscripción en conmemoración de su entrada, y cuya fecha se fijó en el acto de avistársele.

La distancia desde la aldea de Leñas, situada en la frontera del departamento, hasta Potosí, es de diez y siete leguas. El camino era antes el peor del Perú, y en muchos sitios era peligroso el pasarlo aún en mulas\*; pero trescientos indios habían estado trabajando en él las seis semanas anteriores. En muchos puntos cambiaron absolutamente su dirección; en fin, este camino hasta Potosí anteriormente tan malo y trabajoso, fué mejorado considerablemente y hecho tan cómodo como las localidades permitían. Siempre que el terreno favorecía para ello, plantaron ramas de árboles en la tierra y luego las doblaban sobre el camino como en forma de una arcada. El doctor D. Leandro Usín, gobernador de Porco, hombre activo é inteligente, dirigió aquellos trabajos con un celo y habilidad que le dieron gran crédito. Poseedor de una grande propiedad en minas, permaneció de parte de los realistas hasta el último momento, y por esta razón era impopular; pero sus útiles talentos y experiencia hizo que los patriotas le conservasen el empleo de gobernador de Porco, al cual fué nombrado por los realistas.

El Libertador hizo alto en Leñas, donde habían construído algunas habitaciones para el momento, y donde dos mil indios, dirigidos por sus respectivos caciques y curas, se habían reunido para recibirle. Una porción de estos indios adornados caprichosamente con plumas y vestimentas de mil colores diversos, se formaron en pequeñas partidas y bailaban delante de él á proporción que iba pasando. El Libertador participó de un pequeño

\* En una ocasión habían hecho la tentativa de conducir por él un forte-piano para la mujer de uno de los gobernadores de Potosí, pero no pudieron lograrlo. Tan pésimo era el camino, que no pudieron llevarlo ni aun á hombro de indios, y tuvieron que volverlo á la costa.



almuerzo que le estaba preparado; y en seguida, acompañado de toda la comitiva, siguió su viaje y llegó al pueblo de Jocalla, distante siete leguas de Potosí, donde hizo alto para comer y dormir aquella noche. Al amanecer del día siguiente emprendió nuevamente su marcha y almorzó en... en casa del párroco. Este benemérito, pero sencillo anciano, había deseado por largo tiempo y con la mayor vehemencia el honor del título de doctor. Así, pues, recibió con el mayor placer la orden del prefecto, para hacer los preparativos correspondientes, para recibir al Libertador. Se dedicó á adornar su casa con la mayor alegría, y no hizo escrúpulo en emplear hasta los ornamentos de la iglesia para aquel objeto; y pensando siempre en el título que deseaba, creyó que no estaba distante el momento de alcanzarlo. Su reverencia poseía una de las cualidades comunes á la mayoría de los individuos que se titulan *doctores*, esto es, una lengua suave y elocuente, y el vino enviado por el prefecto, no tardó en ponerla en movimiento. Aunque la mesa preparada era únicamente un almuerzo, el cura pidió permiso para hacer tres brindis, los cuales manifestó con suma sencillez, que habían sido casi el único objeto de sus meditaciones en el último mes. Los discursos con que los anunció divirtieron infinito á los concurrentes, pues lo que él llamaba brindis eran oraciones, que empleó cerca de media hora en recitar cada una. La primera la anunció dirigiéndose á Bolívar con el título de GRAN PRÍNCIPE, al mismo tiempo que le hacía una reverencia hasta tocar con la cabeza en la mesa; en seguida se dirigió á Sucre como DUQUE VALEROSO; y luego al prefecto, con otro título no menos divertido.

Acabado el almuerzo se puso la comitiva en marcha, y al llegar á dos leguas de Potosí, pasó por debajo del primero de una serie de arcos triunfales, que se iban cada vez multiplicando más, á proporción que se acercaban á la villa. En cada tercer ó cuarto arco, estaba una parti-



da de cuarenta indios vestidos muy ostentosamente, con penachos de plumas en la cabeza, que, dirigidos por sus caciques, ejecutaban una especie de bailecillo al pasar el Libertador. Los bailarines llevaban alrededor del cuello sartas de medallas de cobre, y los caciques de plata, con el busto de Bolívar estampado en ellas. Los miembros del Ayuntamiento, á caballo, con sus vestidos de oficio, precedidos por los alcaldes, llevando cada uno de ellos una enorme vara dorada, salieron al encuentro del Libertador. El Ayuntamiento iba seguido por el clero y demás Corporaciones, que al reunirse al Libertador le cumplieron con una arenga adecuada á las circunstancias, y que al recibir la política contestación debida, dejaron pasar la comitiva y siguieron detrás de ella. El Libertador pronto se dejó atrás á todos aquellos caballeros, cuyas tremendas espuelas y mazas macizas de plata sobre dorada, no fueron suficientes para hacer que sus rocinantes siguiesen al paso del caballo de Bolívar. Para aumentar sus dificultades, un cordón de agentes de las minas, montados en potros fogosos, se iban insensiblemente colocando delante de ellos á proporción que el Libertador pasaba, sin guardar la menor consideración al lustre de las varas de oficio. Multitud de indios, á pie, deseosos de ver al Libertador, se habían colocado á derecha é izquierda del camino, y doblando sobre él, se unían á la comitiva así que pasaban los primeros personajes.

Habiéndose adelantado el coronel O'Leary con algunos dragones de la escolta unos cuantos pasos para dejar libre el camino, se asustó su caballo, dió una huida y se subió por una roca escabrosa tan pendiente y resbaladiza que puede decirse quedaron en el aire caballo y jinete por algún tiempo y todos creyeron que ambos se precipitaban en el abismo que tenían á sus pies; pero, afortunadamente, habían herrado el caballo aquella mañana y las cabezas gruesas de los clavos que usan los españo-



les se agarraron á las desigualdades de la roca. Siendo O'Leary un excelente y atrevido jinete, se mantuvo firme en la silla y dejó libre la brida á su caballo, el cual jiró sagazmente sobre las piernas, se encorvó un poco, dió un gran salto y volvió al camino sin la menor lesión, con asombro y júbilo de cuantos lo presenciaron.

Los caballeros que iban de oficio, confundidos entre la muchedumbre, pretendían separarla, daban tajos, se enojaban y amenazaban, pero todo en vano. Los indios, que hasta entonces no sólo no habían osado nunca disputarles el paso, sino que se habrían arrodillado para dejar pasar las varas doradas, aquel día alegres, pero resueltos, conservaron la posesión del camino, y los caballeros tuvieron que contentarse con seguir embebidos el movimiento del torrente que los empujaba y oprimía. Esta moderada muestra de espíritu público, en momento tan interesante, no dejaba de ser satisfactoria al que observaba los progresos y adelantos que promovían el nuevo orden de cosas.

Cuando el Libertador llegó á avistar clara y distintamente el tan celebrado cerro de Potosí, las banderas del Perú, Buenos Aires, Chile y de Colombia, tremolaron repentinamente en la cúspide. Al entrar en la villa votaron fuego en lo alto del cerro á veintiuna camaretas\*, cuyo estruendo de cada una era igual al que hicieran seis cañones de á veinticuatro disparados á la vez. Este saludo estrepitoso, produjo un efecto singular y muy imponente; los profundos valles de las inmediaciones, repitiendo una y más veces el sonido espantoso del estallido, parecían, al alejarlo, que había en ellos una furiosa tempestad y que los truenos se sucedían unos á otros. Todas las campanas de las iglesias y conventos tocaban á vuelo á la vez y sin intermisión.

\* Pudieran más bien llamarse petardos. Los monjes las usan en grandes festividades y en ocasiones particulares.



Dos batallones de infantería y un regimiento de caballería estaban tendidos en la carrera para conservar despejadas las calles, en todas las cuales habían construido arcos triunfales. Los frentes de las casas estaban adornados con tapices ó colgaduras de seda, las ventanas y balcones estaban ocupados de una multitud de señoras, las calles se llenaron, la gente se agolpaba, la sofocación era insufrible; pero ardientes *vivas* resonaban á la vez de más de cuarenta mil personas reunidas en el pueblo.

Al llegar á la casa del Gobierno, bajo un arco triunfal adornado con banderas, fué recibido el Libertador según el gusto español. Dos niños vestidos de ángeles bajaron del arco al aproximarse, y cada uno le hizo un pequeño discurso, y al llegar al gran salón, seis hermosas mujeres, en representación del bello sexo de Potosí, salieron á recibirle, le pusieron una corona de laurel, y esparcieron flores alrededor de él, las cuales habían traído de grandes distancias y con aquel motivo.

La interesante y respetable esposa del general D. Hilarión de la Quintana, le felicitó por su llegada en términos generales, y otra de las preciosas señoritas presentes se adelantó entonces acompasadamente y pronunció un discurso en estilo teatral. Todos los talentos de los ilustrados doctores Carpio y Tapia habían estado en prensa para escribir esta arenga; los cuales, después de consagrar muchos días y muchas vigiliass á su composición, cada uno presentó un discurso digno de la inmortalidad; pero una comisión de buen gusto nombrada al efecto dió la preferencia al compuesto por el Dr. Tapia con no poco sentimiento de su instruído compañero\*. En seguida trataron de elegir una señora que pronunciara graciosamente aquella quintaesencia de la oratoria,

\* El Dr. Carpio es un joven de mucho talento y que ofrece grandes esperanzas, y cuyos conocimientos jurídicos y locales fueron muchas veces de utilidad á Miller.



y después de una madura discusión recayó el honor deseado en la amable señorita de la Puente. Esta señorita principió inmediatamente la obra de aprenderlo de memoria, y frecuentemente lo repasaba delante de su familia y amigos más íntimos, y cuando llegó el momento crítico desempeñó su encargo en una forma que sobrepasó las esperanzas de todos.

Antes de tomar ningún alimento, fué el Libertador á la iglesia principal á oír la misa solemne, que se celebraba en ella. Las tropas estaban tendidas en la carrera; un saludo de veintiún cañonazos anunció la salida del Libertador de la casa del Gobierno, el cual llevaba á su derecha al general Sucre, y á su izquierda al prefecto; los tres iban precedidos por los alcaldes, ministros, Ayuntamiento, miembros de las diferentes Corporaciones, y empleados, y seguidos por sus respectivos Estados Mayores, y un inmenso gentío. El clero salió á la puerta de la iglesia á recibir al Libertador, le rociaron con agua bendita, y le condujeron bajo palio á un sillón ricamente forrado de terciopelo; otros veintiún cañonazos indicaron la salida de la iglesia y regresó á su alojamiento el Libertador. En los días sucesivos se cantó el *Te Deum* en las otras iglesias, y á todas asistió en público S. E.

Los primeros días de la llegada del Libertador á Potosí, se pasaron enteramente en recibir felicitaciones y discursos, los cuales habían sido extendidos con gran cuidado, estudio profundo, y con una buena cantidad de flores retóricas. El general Bolívar se distingue particularmente en improvisar contestaciones elegantes y adecuadas. En un día dió sucesivamente diez y siete respuestas, que cada una de ellas podría haberse impreso en la forma misma que las dijo, y habrían admirado por su oportunidad. En proponer un brindis, en contestar dando gracias, ó en hablar sobre cualquiera materia dada, quizás nadie puede sobrepasar á Bolívar.



Sólo esta suma facilidad debe haberle adquirido muchos admiradores y partidarios en el curso de su carrera.

Corridas de toros, grandes comidas, bailes, fuegos artificiales, iluminaciones y otros mil signos de regocijo público continuaron durante las siete semanas que el Libertador permaneció en Potosí. Los empleados civiles habían hecho entre sí una subscripción para atender á los gastos de la compra de plata y de acuñar algunos miles de pequeñas medallas, con una inscripción en obsequio de los libertadores del Perú. Las señoras, colocadas expresamente en los balcones de las casas, tiraban diariamente á la calle unos cuantos centenares, y este era un motivo más para atraer á los indígenas que iban en gran número á Potosí, durante la residencia del Libertador en él.

El 26 subió al Cerro, acompañado por el general Sucre, el prefecto y todas las personas de distinción existentes en Potosí. Una especie de almuerzo fué servido en lo alto del Cerro; hubo varios brindis patrióticos, y el general Bolívar, contemplando allí sus victorias desde el Orinoco, dijo: «La gloria de haber conducido á estas frías regiones nuestros estandartes de libertad, dejan en la nada los tesoros inmensos de los Andes que están á nuestros pies.»

Pocos días después de la entrada del Libertador, llegaron de Buenos Aires el general Alvear y el Dr. Diaz Vélez, para cumplimentarle en nombre del Gobierno de las provincias del Río de la Plata. Con estos caballeros llegó el capitán Andrews, el *gran comisionado* de que se ha hablado antes; però de tal modo estaba ocupada la imaginación del público con las funciones, que su llegada excitó muy poco interés. Además de esto, había causado un gran desaliento en los especuladores de minas el decreto publicado por el Libertador, previniendo que todas las minas que no teniendo propietario que las



trabajase, se considerarían como propiedad del Estado\*, y que en lo sucesivo se *venderían*, en vez de *darlas* gratuitamente como prevenían las antiguas leyes de minería.

Acorde á esta nueva regulación, el Gobierno publicó la venta de todas las minas sin dueño del Alto Perú. Los representantes de una compañía en Buenos Aires, ofrecieron por ellas un millón de duros; ya estaba el contrato extendido, firmado y en el punto de ser ratificado al tercer día, cuando los agentes de otra compañía ofrecieron un millón doscientos mil duros; pero el capitán Andrews sobrepasó á ambos, ofreciendo millón y medio de duros. Sin embargo, considerando el general Bolívar que podría obtenerse en Londres un precio mayor, nombró agentes para marchar á él con objeto de hacer la negociación; pero antes que hubiesen llegado á Buenos Aires, supieron que las falsas ilusiones se habían disipado en Inglaterra, y no pasaron de las orillas del Río de la Plata.

Durante la residencia del general Miller en Potosí, una grave indisposición le obligó á ir á tomar los baños sulfúricos y ferruginosos de Don Diego, cinco leguas distantes de la villa, en el camino de Chuquisaca. Las aguas en el caño están á 100° de Fahrenheit, pero le produjeron muy corto alivio; siendo su enfermedad originada del hígado, que suponían dañado por haberle tocado una bala de fusil al pasarle por el arca del cuerpo. Su salud en general estaba muy decaída, y el doctor Nichol, un excelente cirujano inglés que le había asistido en Puno, le aconsejó marchase á Londres para procurarse mejores facultativos. Acabada la lucha para obtener la independencia, y considerándose Miller en libertad de satisfacer el ardiente deseo que tenía de volver á

\* Lo impolítico de este decreto se conoció inmediatamente, y se ha revocado después.



visitar su país nativo, había solicitado dos años de licencia en el mes de Agosto, antes de la llegada de Bolívar á Potosí. Tanto el Libertador como el general Sucre le hicieron las más satisfactorias y vehementes instancias para que continuase á la cabeza de su gobierno departamental; pero, exigiendo absolutamente el estado de su salud su regreso á Europa, reiteró su petición de licencia temporal, la cual obtuvo, y entregó el mando al general Urdiminea el 24 de Octubre de 1825.

El general Miller recibió letras contra los agentes peruanos en Londres por valor de veinte mil duros, como la parte que le correspondía del millón de duros concedido por el Alto Perú al ejército libertador. El general Bolívar tuvo la atención de enviarle al mismo tiempo la siguiente certificación, sin que Miller la hubiese solicitado:

«A los que la presente vieren, salud.

»Certifico que el general de división D. Guillermo Miller ha estado á mis órdenes en toda la campaña del año veinticuatro, en la cual ha cumplido con su deber de un modo digno de admiración. En el combate de Junín quedó mandando nuestra caballería con el valor que siempre le ha distinguido. En Ayacucho tuvo el mismo mando, y lo desempeñó con aquella intrepidez y acierto que tanto contribuyeron á la victoria.

»El general Miller fué de los primeros que emprendieron la libertad del Perú, y es de los últimos que la ha visto triunfar. Su actividad, su moderación y su conducta moral lo han hecho recomendable á los ojos de sus jefes, y los pueblos que ha mandado lo han respetado como á un buen magistrado.

»El general Miller no ha participado jamás de ninguna de las facciones que han tenido en el Perú; por el contrario, los Gobiernos sucesivos y los diferentes generales que han mandado el ejército han puesto entera con-



fianza en su fidelidad. Por consecuencia de estos servicios, el Gobierno del Perú ha recompensado dignamente al general D. Guillermo Miller.

»Dado en el cuartel general de Potosí, á 29 de Octubre de 1825.

Por O. de S. E.

FELIPE SANTIAGO ESTENÓS,

Secretario general.

BOLÍVAR.

(Firmado)

El 1.º de Noviembre salió el Libertador de Potosí y marchó á Chuquisaca. El general Miller le siguió dos días después, y permaneció en aquel punto hasta el 11, que se despidió del general Bolívar y regresó á Potosí. Chuquisaca contiene una Universidad, y puede llamarse el Oxford del Perú. Su clima es el más delicioso que puede imaginarse.

El general Miller salió de Potosí en la mañana del 26 de Noviembre; las calles del frente de su casa estaban llenas de gente; el general Urdiminea, los oficiales de la guarnición, los jefes de los ramos, los miembros del Ayuntamiento, de los gremios y mucha parte del clero le acompañaron á caballo hasta una distancia considerable.

De todos recibió las demostraciones más satisfactorias de aprecio y buen deseo. Unánimemente le manifestaron el profundo sentimiento que les causaba la determinación que había tomado; lamentaban la necesidad que le había movido á ella, y le rogaban con las súplicas más ardientes que regresara pronto.

Sin embargo del gran deseo que tenía Miller de volver á Inglaterra, no pudo despedirse de aquellas gentes tan honradas y entusiastas sin experimentar un verdadero pesar; y hasta pasados algunos días no pudo desechár la tristeza que le causó su interesante separación,



## CAPÍTULO XXXI

---

*Bosquejo biográfico del general Bolívar.—Su Estado Mayor.—Dr. Moore.—Coronel O'Leary.—Teniente coronel Ferguson.—Coronel Belford Wilson.*

La parte principal que ha tenido el general Bolívar en la revolución de Colombia, y la que tuvo en la conclusión de la del Perú, nos obliga á presentar un bosquejo de la persona, cuyo nombre está identificado con tan grandes y extraordinarios acontecimientos.

Cuando el Libertador estaba en Potosí, dijo un día hablando casualmente sobre la materia, que de las muchas biografías que se habían publicado de él, no había una que mereciese el título de exacta. Miller entonces manifestó, que como á su llegada á Europa le creían perfectamente informado de ella, celebraría infinito tener una relación detallada y correcta, para poder por su medio contestar á la infinidad de preguntas que le harían. En consecuencia de esta conversación, el general Sucre tuvo la bondad de extender una relación sucinta de la carrera del Libertador, y á pesar de sus imperfecciones, consecuencia de la rapidez con que la escribió, el origen de donde emana, la hace sumamente interesante. Gran parte del bosquejo biográfico siguiente está extractado de aquel documento.

Simón Bolívar nació en Caracas el 25 de Julio de 1783. Perdió sus padres en edad muy tierna; á los diez y seis años pasó á Europa á completar su educación, y viajó





Fot. Lacoste.

**BOLIVAR**







por Francia é Italia. Habiéndose casado en Madrid, se embarcó para Venezuela, donde murió su esposa á los pocos meses de su llegada. Bolívar pasó por segunda vez á Europa, y se halló presente á la coronación de Napoleón. Regresó á Caracas en compañía de Emparán, nombrado capitán general de Venezuela por la Junta Central en Sevilla. Poco después de levantado el estandarte de independencia en aquel país el 19 de Abril de 1810, fué enviado á solicitar la protección de la Gran Bretaña, y fué muy bien recibido por el marqués de Wellesley, ministro entonces de Negocios extranjeros. El Gobierno británico ofreció su mediación entre España y sus colonias; pero el Gobierno español no admitió el ofrecimiento. Bolívar volvió á su país nativo acompañado del general Miranda, al cual dieron el mando de las tropas de Venezuela; pero el Gobierno revolucionario era demasiado débil para dar consistencia á la fuerza militar. Se originaron divisiones, y la causa de la independencia sensiblemente iba retrogradando cuando ocurrió el horroroso terremoto de 1812, y la invasión que le siguió de una fuerza española al mando del general Monteverde, hicieron perder, por el momento, toda esperanza de buen éxito.

Alegando Bolívar que el general Miranda había hecho traición á su patria capitulando con Monteverde, arrestó á aquel general en La Guayra. Bolívar pidió entonces su pasaporte, y cuando le presentaron á Monteverde, este general dijo, que se concedería la petición del coronel Bolívar como recompensa del servicio que había hecho al rey de España entregando al general Miranda. Bolívar contestó que le había arrestado para castigar un traidor á su patria \* y no para servir al rey. Esta contes-

\* Parece que Bolívar incurrió en un grande error por el ardor de sus sentimientos. No sólo está reconocida la *conveniencia* de la capitulación por personas de la mayor respetabilidad que la presenciaron, sino, también, que Miranda no tenía otra alterna-



tación atrevida estuvo cerca de hacerle comprender en la proscripción general, pero los buenos oficios de Don Francisco Iturbe, secretario de Monteverde, le procuraron el pasaporte y le permitieron embarcarse para Curaçao. Desde aquella isla fué á Cartagena, donde obtuvo el mando de una pequeña fuerza, con la cual subió por las orillas del Magdalena, y habiendo batido varias partidas de las tropas realistas en diferentes puntos de aquel río, continuó su marcha desde Ocaña á Cúcuta, y solicitó auxilios del Gobierno de Cundinamarca. Este puso á su disposición quinientos hombres, y con ellos unidos á la pequeña partida que él tenía, emprendió Bolívar la grande obra de libertar su patria. Cuatro mil españoles, á las órdenes del general Correa, se hallaban entonces en aquella parte de la frontera de Venezuela; Bolívar batió una de sus divisiones y adelantó hasta Trujillo, derrotando en su marcha varios destacamentos realistas.

Desde el principio de la guerra condenaban á muerte los españoles á cuantos individuos hallaban con las armas en la mano; por el contrario, los sur americanos daban cuartel á los realistas que caían en su poder, y por consiguiente los naturales del país preferían entrar en las filas de los realistas, puesto que en caso de ser prisioneros, tendrían la ventaja de salvar la vida. Conociendo Bolívar la gran desventaja que esto le producía, y como una represalia de las horribles matanzas cometidas por los españoles, publicó una proclama en Trujillo, declarando que desde aquel momento en adelante haría

tiva. Los habitantes ricos y de influencia le rehusaron su ayuda, no porque sus sentimientos políticos hubiesen cambiado, sino porque vieron la inutilidad de sacrificar sus propiedades y vidas en una tentativa extravagante para contener el torrente de la opinión pública, habiéndose declarado la masa del pueblo decididamente por los principios realistas, y más aún después del terremoto; el cual habían presentado los curas como un castigo del cielo por la insurrección.



una guerra de exterminio. Esta declaración de guerra á muerte de parte de los independientes, hizo igual el peligro en ambos partidos.

Habiendo dividido Bolívar sus pequeñas fuerzas en dos divisiones, encargó el mando de la segunda al activo general Rivas. Bolívar penetró personalmente en los Llanos, después de haber batido á los españoles en Niquitao, Carache, Barinas, Tahuana y Torcones; luego adelantó á Victoria, distante veinte leguas de Caracas, donde se le reunieron comisionados españoles que salieron á solicitar y obtuvieron una capitulación. El vencedor entró en triunfo en la ciudad de su naturaleza, pero no puso fin á la guerra aquel acontecimiento. Los españoles no observaron religiosamente la capitulación, y el general Monteverde desde las murallas de Puerto Cabello fomentaba la discordia que reinaba en las provincias del interior. Por este tiempo llegó un fuerte refuerzo de España, y Bolívar tuvo que evacuar á Caracas; pero los realistas fueron batidos en Vigirima, Bárbula y Las Trincheras. Sin embargo, el general español Cevallos tuvo tiempo para sacar cuatro mil reclutas de la provincia de Coro, que siempre se había manifestado en contra de la causa de la independencia. Bolívar ganó en seguida la importante batalla de Araure, y tomó nuevamente posesión de Caracas. El 2 de Enero de 1814 reunió el general Bolívar las autoridades públicas de la ciudad de Caracas, y renunció en ellos la autoridad suprema que había ejercido, y con la cual le habían revestido sus triunfos y merecimientos. Las autoridades no admitieron su dimisión, le confirieron el título de LIBERTADOR DE VENEZUELA y le nombraron Dictador.

Por este tiempo el español D. José Tomás Boves, logró hacer una contrarrevolución en los Llanos, inmensa extensión de tierra llana que atraviesa el centro de Venezuela y llega á los confines de Nueva Granada. Boves organizó una fuerza compuesta, en su mayoría, de hom-



bres elegidos entre los desalmados del país, á los cuales condujo con promesas de saqueo y prodigando las mayores recompensas á los perpetradores de las atrocidades más horrorosas. El camino que estos malvados llevaron hasta Calabozo, lo marcaron en todas partes con la sangre de ancianos y gente indefensa. El general Bolívar, que había destacado una parte de sus fuerzas en persecución de Cevallos, no conservaba más de dos mil hombres para oponerse á Boves, que tenía cerca de cinco veces más fuerza. Boves era dueño de los fértiles valles de Aragua, y destruyó algunas divisiones enviadas para contener sus progresos. Bolívar tomó posición en San Mateo para defender á Caracas, y una serie de ataques casi continuos redujo en cuarenta días el número de las fuerzas de Bolívar á solo cuatrocientos hombres. Cevallos había ya reparado los efectos de su descalabro en Araure, y reforzado por el general Cagigal, había penetrado hasta Valencia. Habiendo batido á Boves la división patriota de Oriente en Bocachica y habiéndole obligado á retirarse á los Llanos, se unió después esta división con los restos de las fuerzas del general Bolívar y marcharon contra Cagigal y Cevallos, cuyas tropas, bien organizadas, ascendían á seis mil hombres. Bolívar las atacó y deshizo; en seguida destacó la mayor parte de sus fuerzas para someter la provincia de Coro, y personalmente marchó contra Boves; pero fué vencido por el número excesivo de sus contrarios, en La Puerta. Su división se dispersó y huyó á Cundinamarca, y se vió obligado á abandonar nuevamente á Caracas. El mismo día presenció el lastimoso espectáculo de millares de habitantes que dejaban sus casas y propiedades á la merced de crueles y bárbaros malhechores, huyendo á arros-  
trar el hambre, enfermedades y aún á hallar la muerte en provincias distantes.

El 17 de Agosto perdió Bolívar la batalla de Aragua; y las acciones de Maturín, Cumaná, Carúpano, Guiria,



Urica y El Caris, que la sucedieron, tuvieron éxito variado por una y otra parte. Estando todo perdido en la parte oriental, Bolívar se dirigió á Cartagena y ofreció sus servicios á Nueva Granada, agitada entonces por los partidos discordes de provincialistas, centralistas, metropolistas, federalistas, realistas é independientes. Un Congreso, reunido en Tunja, confirió á Bolívar el mando de las fuerzas de Nueva Granada; Santa Fe de Bogotá se sometió, las provincias reconocieron al Congreso é hicieron un esfuerzo para establecer una forma de Gobierno constitucional.

Habiendo propuesto Bolívar la toma de Santa Marta, aún en posesión de los españoles, fué autorizado por el Gobierno de Santa Fe para extraer de los arsenales de Cartagena cañones, pertrechos, etc.; pero el gobernador de aquella plaza se negó á dar aquellos auxilios. Para forzarle á su cumplimiento puso sitio el general Bolívar á Cartagena, á cuyo frente permaneció largo tiempo cuando supo la llegada á Margarita del general Morillo con diez mil hombres de tropas españolas. A esta noticia puso el general Bolívar las tropas sitiadoras á disposición de su rival el gobernador de Cartagena; y para evitar que su país sufriese por más tiempo por las disensiones originadas entre él y el gobernador, se retiró á Jamaica. El general Morillo puso poco después sitio á Cartagena, la cual se hallaba exhausta de provisiones en consecuencia del largo sitio que había sufrido de los mismos patriotas sus rivales. Bolívar envió desde Jamaica algunos auxilios para la guarnición; pero antes que pudiesen llegar, estaba ya en poder de los españoles aquella importante fortaleza; cuya toma les facilitó los medios de reconquistar á Nueva Granada, haciendo correr á torrentes en el patíbulo la sangre de sus habitantes.

En Kingston escapó difícilmente Bolívar de ser asesinado; y la circunstancia casual de haber cambiado de habitación con otra persona, fué la causa de que el puñal



asesino se clavase en el corazón de uno de sus fieles compañeros en lugar del de Bolívar.

El autor de estas Memorias vivió casualmente unos cuantos días en la misma hospedería; algunos oficiales de un navío de línea inglés que no hablaban español, le rogaron invitase á Bolívar en su nombre para comer con ellos. Esto ocurrió únicamente pocas semanas antes del proyecto de asesinato al general Bolívar.

Desde Jamaica pasó Bolívar á Haití, y fué recibido por Petión en Puerto Príncipe con bondadosa hospitalidad y asistido por él tanto cuanto se lo permitían sus recursos.

En Abril de 1816 dió la vela con trescientos hombres para la Margarita, cuya isla acababa de sacudir nuevamente el yugo español; y llegó á Juan Griego, donde fué proclamado jefe supremo de la República. El 15 de Junio dió la vela, y el 3 desembarcó en Campano, en cuyo punto batió á novecientos españoles; y entonces abrió comunicación con jefes de guerrillas patriotas que se habían mantenido en partidas aisladas, dispersas en los llanos de Cumaná, Barcelona y el Apure \*. Es un hecho notable que el aislamiento de varias de estas partidas fué tal, que ignoraron por muchos meses si alguien más que ellos empuñaban aún las armas por la libertad de su patria; y solo por su encuentro casual pudieron conocer que había más de una guerrilla. Bolívar suministró armas á algunas de ellas, y al mismo tiempo aumentó sus propias fuerzas á mil hombres. Los españoles se reunieron en número superior para destruirlos; pero Bolívar se embarcó y desembarcó en Ocumare con intención de tomar á Caracas; mas habiendo regresado de Nueva Granada á Venezuela la mayor parte del ejército español, tuvo Bolívar que reembarcarse para Margarita.

\* En honor de los llaneros, debe esta circunstancia ser detallada de un modo más detenido y minucioso.



En 1817 desembarcó cerca de Barcelona, donde reunió setecientos reclutas y marchó hacia Caracas; pero habiendo sido rechazado en una acción en Clarines, se retiró nuevamente sobre Barcelona, adonde se encerró con cuatrocientos hombres, é hizo una valerosa y feliz resistencia contra una fuerza muy superior.

Bolívar recibió algunos refuerzos desde el interior de la provincia de Cumaná, por lo cual resolvió hacer las orillas del Orinoco el teatro de sus futuros esfuerzos. Habiendo aumentado aún más sus fuerzas, y adoptado las medidas correspondientes para mantener la guerra en los distritos de la costa, marchó al interior, batiendo diferentes pequeñas partidas realistas que halló en el camino.

Del ejército español, que había regresado de Nueva Granada, fué destinada una división, al mando del valiente general La Torre, para operar contra los patriotas en Guayana. Habiendo obtenido una división de éstos, al mando del general Piar, una victoria decisiva, pudo Bolívar embestir á Angostura y á la antigua Guayana, que tomó sucesivamente en los días 3 y 18 de Julio.

En Angostura fué juzgado y condenado por un Consejo de guerra el general Piar, por tentativas á excitar una guerra de color. Piar era hombre de color, el más valiente de los valientes, y adorado por cuantos le seguían; pero su ejecución extinguió el espíritu de anarquía de la muchedumbre.

El resto del año 1817 se empleó activamente en organizar una fuerza para operar contra Morillo, que había sido reforzado últimamente con dos mil hombres de tropas de fresco, enviadas desde la Península á las órdenes del general Canterac, el cual estaba de viaje desde España al Perú. Una abundante remesa de armas, recibida de Inglaterra, fué enviada á los cuerpos patriotas que se hallaban en las márgenes del Apure.

A principios de 1818, después de concentrar sus fuer-



zas el jefe supremo, marchó rápidamente á Calabozo, y llegó antes que Morillo supiese que había salido de Angostura. El general español se retiró á Aragua. El jefe supremo le alcanzó en La Usirrael; pero no pudo hacer impresión en el enemigo, en virtud de lo fuerte de la posición que ocupaba. En Sombrero ocurrió otro encuentro; Morillo se retiró á Valencia, y Bolívar tomó posesión de los valles de Aragua. Desde allí destacó una fuerte división para tomar á San Fernando de Apure, con objeto de completar la conquista de los Llanos. Con este motivo avanzaron los españoles; los dos ejércitos se encontraron en Semen; Morillo fué herido, y el ejército realista puesto en huída; pero siendo indiscretamente perseguido por los patriotas, y llegando en aquel momento una división realista en apoyo de Morillo, la fortuna cambió, los patriotas fueron deshechos á su vez, y ambos ejércitos reunieron sus fugitivos para batirse nuevamente en Ortiz.

La división que logró posesionarse de San Fernando, tuvo una acción sin éxito marcado de una ú otra parte en Cogedes; otras de igual naturaleza ocurrieron en El Rincón de los Toros y otros puntos, y al cerrarse aquella campaña, los españoles poseían á Aragua, y los patriotas á San Fernando. De este modo, los primeros eran dueños de las provincias más fértiles de Venezuela y de toda Nueva Granada, mientras que los últimos estaban reducidos á los Llanos y Guayana. El jefe supremo envió armas al general Santander, que estaba procurando formar una división en Casanare.

En 1819 se reunieron los diferentes cuerpos en San Fernando, donde el jefe supremo consagró sus desvelos á la regulación de los negocios civiles. Invitó á las provincias á que enviasen diputados á Angostura, para formar un Congreso general, y entonces delegó sus poderes en un Consejo de gobierno, para obrar en su ausencia.



El jefe supremo abrió la campaña contra Morillo con cuatro ó cinco mil hombres, el cual tenía seis ó siete mil. Mil doscientos hombres ingleses llegaron á Margarita desde Inglaterra, los cuales habían sido reclutados en Londres por el coronel English y enviados por los señores Herring y Richardson. Además de este número llegaron á Angostura otros ochocientos hombres que fueron reclutados por el capitán Elson, y enviados por los señores Hurry, Powles y Hurry. La mayor parte eran soldados licenciados del ejército británico\* á su regreso de Francia. Estos voluntarios fueron equipados del modo más completo, y con ellos llegaron grandes remesas de armas para auxiliar la causa de la independencia. El general Bolívar, en su discurso al Congreso, dijo:

«Somos deudores de estas importantes ventajas á la liberalidad sin límites de algunos extranjeros generosos, que oyendo los gemidos de la humanidad afligida, y viendo peligrar la causa de la libertad, de la razón y de la justicia, no pudieron permanecer indiferentes, y volaron á nuestro socorro con su magnánima ayuda y protección, y suministraron á la República cuantos recursos eran necesarios para hacer florecer sus filantrópicos principios. Aquellos amigos de la humanidad son los guardianes de la integridad de la América, y á ellos debemos una eterna gratitud, así como el religioso cumplimiento de las diferentes obligaciones que hemos contraído con ellos.»

Bolívar dejó el mando del ejército al general Páez, y

\* El coronel Macirone envió también sobre 2.000 hombres que fueron empleados en la toma de Porto Belo y Río de la Hacha, lo cual produjo una favorable diversión á favor de Bolívar en Venezuela, respecto que llamaba la atención de los realistas, y á no haber sido por la conducta pusilánime de MacGregor que mandaba la expedición pudieron haber producido inmensas ventajas.



se presentó en Angostura, y como Morillo avanzó, Páez se retiró según las órdenes que tenía hacia el Orinoco, destacando unas cuantas guerrillas para hostilizar á los españoles por su retaguardia.

El general Urdaneta fué nombrado para mandar la legión inglesa recién llegada á la Margarita, la cual debía operar por la parte de Caracas con objeto de separar á Morillo de los Llanos, donde tenía concentradas sus fuerzas.

El 15 de Febrero de 1819 se instaló el Congreso en Angostura. El jefe supremo pronunció un elocuente discurso, é hizo dimisión de su autoridad. El Congreso en el acto, y unánimemente, le eligió Presidente de la República.

A principios de Marzo se reunió el Presidente al ejército, el cual se había reducido considerablemente en consecuencia de las enfermedades que prevalecían. El 27 derrotó la vanguardia de los españoles; y adoptando un sistema de guerra de movimientos y estratagemas, les obligó á repasar el Apure, con la mitad de su fuerza primitiva.

Mientras Morillo permanecía en cuarteles de invierno, atravesó el Presidente los llanos inmensos del Apure y Casanare, los cuales se ponen casi impracticables por las inundaciones, desde el mes de Mayo hasta el fin de Agosto. En Casanare se reunió el Presidente con la división de Santander, de dos mil hombres de fuerza. El general Santander desde el principio de la revolución, se había consagrado con admirable constancia en favor de la causa de su patria; y el cual había desalojado entonces á los españoles de su formidable posición de Paya, y abrió el camino para que el Presidente atravesara la espantosa cordillera de los Andes; el cual, al efectuarla, perdió la cuarta parte de su ejército, por los efectos del frío y de la excesiva fatiga.

El 11 de Julio atacó en Gámeza al ejército real. Des-



pués de un reñido y largo combate, el general español Barreiro se retiró, y no volvió á ofrecer batalla excepto en posiciones casi inaccesibles. Bonza fué sitiado por los patriotas por espacio de algunos días, á la vista de los dos ejércitos. Por un movimiento de flanco, atrajo el Presidente á los españoles el 25 de Julio á una acción general en Vargas. Los españoles, aunque superiores en número y ventajosamente situados, huyeron al fin, y el Presidente alcanzó una completa victoria. Sin embargo, la inferioridad de sus fuerzas y la naturaleza del terreno, no le permitieron sacar todo el fruto que debía de triunfo tan glorioso; pero obtuvo mil reclutas, y marchó á interponerse entre el general Barreiro que había sido batido y el virrey Sámano, que con todas las fuerzas disponibles del Sur de Bogotá, se preparaba para socorrer á Barreiro. El resultado del atrevido y discreto movimiento del Presidente, fué la batalla de Boyacá, ocurrida el 7 de Agosto, y que ha sido denominada el *nacimiento de Colombia*. En esta batalla, las tropas inglesas á las órdenes del mayor Mackintosh, se distinguieron muy particularmente. Su bizarro jefe fué ascendido por el Libertador en el mismo campo de batalla. A los tres días entró el Presidente en triunfo en Bogotá, y en un corto espacio de tiempo, once provincias de Nueva Granada anunciaron su adhesión á la causa de la independencia.

Bolívar marchó nuevamente á Angostura, donde otra vez hizo dimisión de su autoridad en manos de los representantes del pueblo, y puso á sus pies los trofeos de la última campaña. El 25 de Diciembre de 1819, decretó el Congreso, á sugestión del Presidente, que de allí en adelante Venezuela y Nueva Granada formarían una sola república, bajo el nombre de COLOMBIA. Al mismo tiempo confirió á Bolívar el título de LIBERTADOR DE COLOMBIA, y le reeligió Presidente de la República.

En Marzo de 1820 llegó Bolívar á Bogotá, y se ocupó



hasta Agosto en la reorganización del ejército acantonado entre Cúcuta y San Fernando de Apure.

La revolución española, principiada en la Isla de León, dió á los americanos del Sur nuevas esperanzas, las cuales se aumentaron más y más, por la reclamación de Morillo para negociar un armisticio; pero negándose Bolívar á tratar sobre ninguna otra base que la de la independencia, marchó al departamento de la Magdalena, revistó las tropas sitiadoras al frente de Cartagena, y reforzó la división del Sur destinada á operar contra Popayán y Quito. El Presidente echó á los españoles de las provincias de Mérida y Trujillo que ocupaban, y estableció su cuartel general durante el invierno en la capital de la última.

El 26 de Noviembre concluyó el Presidente un armisticio de seis meses con el general Morillo, el cual se obligó entonces á continuar las hostilidades en lo sucesivo, conforme á las leyes de la guerra admitidas por las naciones civilizadas.

A principios del año 1821, fué el Libertador á Bogotá para atender á los negocios del Sur; pero habiendo sabido la llegada á Caracas de comisionados españoles para tratar de la paz, volvió á Trujillo; mas no convinieron en las condiciones. Mientras tanto, la provincia de Maracaibo sacudió el yugo español. Habiendo marchado á España Morillo, el general La Torre, hombre bizarro y eminente, le sucedió en el mando del ejército real, é hizo fuertes reclamaciones contra el movimiento de la provincia de Maracaibo, que consideraba como una infracción del armisticio, y en su consecuencia se principiaron nuevamente las hostilidades. El Libertador concentró sus fuerzas en Barinas; destacó una división á la costa á las órdenes del general Urdaneta, y otra á Levante, á las del general Bermúdez, para dividir la atención del enemigo, y marchó personalmente contra Caracas. El 24 de Junio el Libertador atacó y deshizo á los espa-



ñosles que habían tomado una fuerte posición en Carabobo. El número por ambas partes era casi igual; y esta batalla decidió la suerte de Colombia. El victorioso Libertador entró en Caracas el 20, y el 2 de Julio se le rindió también la Guaira.

Dejando una división para sitiar á Puerto Cabello, el Libertador fué á Cúcuta, donde otra vez hizo dimisión del encargo de Presidente de la República, cuyos representantes, admirados de su desinterés, le reeligieron en el acto para el mismo encargo.

Cuando la provincia de Guayaquil se declaró independiente, impetró el auxilio de Bolívar contra los españoles que se hallaban en Quito, y el Libertador envió en su consecuencia una pequeña división.

Habiendo firmado el Libertador la Constitución sancionada por el Congreso, obtuvo permiso para marchar á dirigir personalmente la guerra en el Sur. En Enero de 1822 se puso á la cabeza del ejército en Popayán, y envió un refuerzo al general Sucre que se hallaba en Guayaquil.

En el mes de Marzo se puso en movimiento el Libertador contra la provincia de Pasto, cuyos belicosos habitantes no ceden en valor á ninguno del mundo; pero ciegamente adictos al antiguo sistema. Habiendo vencido los obstáculos que la naturaleza ofrece en los valles de Patia y el formidable río de Juanambú, llegó al frente de Bomboná; los pastusos ó habitantes de la provincia de Pasto, habían tomado en aquel punto una fuerte posición, y esperaron protegidos por las tropas españolas. En el acto fueron vigorosamente atacados; pero cuantos esfuerzos hicieron contra ellos de frente, otras tantas veces fueron repelidos; y hasta que el batallón de Rifles, mandado por el hábil coronel Sands, natural de Dublin, flanqueó á los pastusos, no se declaró la victoria á favor de Bolívar. Sin embargo, su ejército había sufrido tanto, que en vez de perseguir inmediatamente á los fugitivos por un país enemigo, retrocedió una corta distancia,



Mientras se ejecutaban estas operaciones el general Sucre libertó las provincias de Loja y Cuenca, y el 24 de Mayo alcanzó la victoria de Pichincha, que dió la independencia á Quito. En el mismo año Cartagena y Cumaná se rindieron á las armas libertadoras en Venezuela.

El Libertador entró en Quito el 16 de Junio, y su atención se dirigió en seguida al descontento que se había generalizado en Guayaquil, donde los colombianos se habían hecho impopulares; marchó á aquel punto y bajo sus auspicios se unió al territorio de Colombia por declaración de su propio Gobierno.

Una de las consecuencias de la entrevista verificada entre el Protector del Perú y el Libertador de Colombia fué enviar una fuerza auxiliar de 2.000 colombianos á Lima, pero la Junta que sucedió al protectorado dispuso que las tropas colombianas volviesen á Guayaquil. El presidente Riva Agüero, que siguió á la Junta, pidió una división auxiliar de 6.000 colombianos, é invitó al general Bolívar á que tomase el mando de todas las fuerzas militares del Perú. Las tropas colombianas marcharon á Lima; el general Bolívar obtuvo permiso del Congreso en Bogotá para ir al Perú, y su llegada á él y operaciones que sucedieron quedan descritas en el lugar que les correspondía.

El general Bolívar es delgado y algo menos de una regular estatura. Se viste bien y tiene un modo de andar y presentarse franco y militar. Es jinete muy fuerte y atrevido y capaz de resistir grandes fatigas. Sus maneras son buenas y su aire sin afectación, pero que no predispone mucho á su favor. Se dice que en su juventud fué de buena figura, pero actualmente es de rostro pálido, pelo negro con canas y ojos negros y penetrantes, pero generalmente inclinados á tierra ó de lado cuando habla; nariz bien formada, frente alta y ancha y barba afilada; la expresión de su semblante es cautelosa, triste y algu-



nas veces de fiereza. Su carácter, viciado por la adulación, es arrogante y caprichoso. Sus opiniones con respecto á los hombres y á las cosas son variables, y tiene casi una propensión á insultar, pero favorece demasiado á los que se le humillan y con éstos no guarda ningún resentimiento. Es un apasionado admirador del bello sexo, pero extremadamente celoso. Tiene afición á valsar y es muy ligero, pero no baila con gracia. Su imaginación y su persona son de una actividad maravillosa: cuando no está en movimiento, está siempre leyendo, dictando cartas, etc., ó hablando. Su voz es gruesa y áspera, pero habla elocuentemente en casi todas materias. Su lectura la ha dedicado casi exclusivamente á autores franceses y de ella provienen los galicismos que tan comúnmente emplea en sus escritos; escribe de un modo que hace impresión, pero su estilo está viciado por una afectación de grandeza que desagrada. Hablando tan bien y fácilmente como lo hace, no es de extrañar que prefiera escucharse á sí que oír á los demás y que mantenga la conversación en las sociedades que recibe. Da grandes convites y no hay nadie que tenga cocineros más hábiles que él ni dé mejores comidas; pero es tan parco en comer y beber que raramente ocupa su puesto en su propia mesa hasta que casi se ha acabado de comer, habiendo comido antes probablemente en privado uno ó dos platos simples. Es muy aficionado á hacer brindis, los cuales anuncia del modo más elocuente y adecuado, y es tan grande su entusiasmo que frecuentemente se sube en la silla ó la mesa para proponerlos. Aunque el cigarro es de uso universal en la América del Sur, Bolívar no fuma y no permite fumar en su presencia. Nunca está ni se presenta sin la comitiva correspondiente y guarda una grande etiqueta, y aunque desinteresado en extremo en lo concerniente á asuntos pecuniarios, es insaciablemente codicioso de gloria. Bolívar habla siempre de Inglaterra, de sus instituciones y



de sus grandes hombres en términos de admiración. Con frecuencia habla con gran calor de la constancia, fidelidad y mérito de los oficiales ingleses que han servido en la causa de la independencia, en todos los casos de la suerte varia y vicisitudes de la guerra. Como otra prueba de su predilección hacia Inglaterra, siempre ha tenido consigo en su Estado Mayor una porción de ingleses.

El cirujano que constantemente le asistía era el doctor Moore, irlandés, que le siguió desde Venezuela al Perú, el cual es hombre de grande habilidad en su profesión y apasionadamente adicto á su persona. El coronel O'Leary, primer edecán de Bolívar, es sobrino del célebre Padre O'Leary, y el cual abrazó en 1818 la causa de la Independencia de la América del Sur á la edad de diez y siete años, y en cuya lucha sirvió distinguidamente, habiéndose hallado presente en casi todas las acciones generales que ocurrieron en Colombia, habiendo sido herido en diferentes ocasiones. Este jefe ha sido frecuentemente empleado en misiones diplomáticas y encargos de mucha responsabilidad, y sus profundos conocimientos dan nuevo lustre á su carrera militar.

El teniente coronel Ferguson, anteriormente citado como uno de los oficiales más distinguidos del batallón de Rifles, era también edecán de Bolívar, y cual O'Leary y Moore, irlandés de nacimiento. Siendo aún muchacho abandonó un escritorio donde estaba empleado en Demerara y se reunió al estandarte patriota. Durante la guerra á muerte fué hecho prisionero por los españoles, y con otros varios individuos le sacaron de uno de los calabozos de la Guayra con objeto de fusilarle á la orilla del mar. No llevando más ropas que unos pantalones, la blancura de su tez hacía contraposición con la de sus desgraciados morenos compañeros, y llamó la atención de la tripulación de los botes de un buque de guerra inglés que casualmente se hallaba en la playa. Uno



de los marineros corrió hacia él y le preguntó si era inglés, pero Ferguson estaba demasiado ocupado de lo horroroso de su situación para contestar. Sin embargo, habiéndoselo preguntado otra vez, contestó: «Soy irlandés.»—«Yo también soy irlandés, dijo el marino, y por Jesús que ningún pícaro español ha de asesinar á un paisano mío á la luz del día como yo pueda ayudarle.» Al decir las últimas palabras echó á correr hacia donde estaba su oficial, el cual vino inmediatamente, y se empeñó tan eficazmente con el gobernador español que perdonaron la vida á Ferguson. Este contó á Miller cuanto acaba de expresarse, pero Miller ha olvidado el nombre del buque de guerra y el del generoso libertador del valiente Ferguson. Este desgraciado oficial ha perecido en defensa de Bolívar en la noche de la conspiración en Bogotá en el mes de Septiembre de 1828. Es ciertamente una lástima que no poseamos noticias suficientes para dar una exacta relación biográfica de estos oficiales, y á la cual sus méritos y servicios les hacían tan acreedores: con respecto al coronel Wilson, edecán también del Libertador, hemos sido más afortunados.

Belford Wilson se educó en Westminster y Sandhurst. Cuando solo tenía nueve años de edad dió una prueba notable de aquel noble espíritu y firmeza de alma, que después le ha distinguido siempre. Habiendo sido arrestado en París su padre sir Roberto Wilson, por imputársele haber favorecido la fuga del conde Lavalette, Belford, sin consultar á nadie, se salió de la pensión en que estaba y sólo se puso en marcha para París. Un amigo de su padre le halló en el camino, pero considerándole capaz de realizar su intento le dejó seguir su viaje, no queriendo prevenir la ejecución de un acto que tanto favor hacía á sus sentimientos en edad tan tierna. El general Miller residía casualmente en aquella época en Calés y recuerda haber oído hablar á los franceses en los términos de mayor elogio y admiración sobre su viaje. A la se-



paración del servicio militar de su padre se negó á aceptar una subtenencia que le tenían ofrecida al servicio británico, y resolvió ir á la América del Sur á ganarse por la fuerza de su brazo y sus servicios una suerte independiente. Provisto de una carta de su padre para el general Bolívar, se embarcó el año 1822 para La Guayra; y desde allí siguió por tierra á Bogotá. En aquella ciudad le ofreció el general Santander colocarle en su Estado Mayor y le propuso un destino lucrativo, pero los halagos de una vida tranquila y de un sueldo crecido no fueron bastantes para distraerle del plan primitivo que se había formado. En esta resolución salió de Bogotá con intención de marchar al Perú, por el camino de Quito, para reunirse al Libertador; pero habiéndose sublevado los pastusos tuvo que retroceder, y se dirigió á Buenaventura, puerto de la provincia del Chocó. Esta provincia es de una fertilidad sorprendente, pero sujeta á continuas lluvias y tan espesamente poblada de árboles que no hay sendas para que pasen mulas ó caballos. Los viajeros la atraviesan en una especie de sillones asegurados á los hombros de un indio, y van con la cara para atrás. Las personas ó efectos transportados en esta forma se pesan antes de partir y se pagan á razón de un tanto por libra.

El joven Wilson se embarcó en Buenaventura para Panamá, desde donde dió la vela nuevamente para Paita, y continuando su marcha por tierra pasó por Piura, Lambayeque, y llegó á Trujillo en la costa del Perú. Allí fué detenido algún tiempo por Riva-Agüero, que se hallaba entonces en abierta insurrección contra el Gobierno de Lima. A su llegada á la capital del Perú el 19 de Noviembre del mismo año fué hecho capitán por el Gobierno peruano. Al reunirse al cuartel general del Libertador éste le nombró su edecán, y se halló presente en la batalla de Junín.

En Agosto de 1824 tuvo que separarse del ejército en razón á su quebrantada salud. Se embarcó en Huacho



en la fragata *Protector*, y se halló en algunas de las acciones con el *Asia* y otros buques españoles en la bahía del Callao. La bondadosa acogida que Wilson encontró en el almirante Huise, unida á una buena asistencia médica y al reposo de que por tanto tiempo había carecido, aceleraron su total restablecimiento. También estuvo á bordo de la fragata norteamericana los *Estados Unidos*, y recibió del comodoro Hull las más políticas muestras de atención. Curado de sus dolencias se reunió el 12 de Noviembre al Libertador en Chancay.

En 1826, Wilson, que había obtenido ya el empleo de teniente coronel, fué nombrado para llevar la Constitución que el general Bolívar había compuesto para la nueva República de Bolivia. Con tanta prontitud ejecutó su comisión que anduvo el camino de Lima á Chuquisaca en diez y nueve días, que distan 1.800 millas, y volvió por un camino diferente y más largo en el mismo espacio de tiempo. El general Sucre, con la sanción del Congreso boliviano, ascendió á Wilson al empleo de coronel, pero lleno de delicadeza y temeroso que sus compañeros considerasen sus ascensos demasiado rápidos, se negó á admitir aquel nuevo empleo, hasta que se vió obligado á ello por orden del Libertador.

El coronel Wilson es un gallardo joven que ofrece las mayores esperanzas, y heredero de los talentos y genio de su padre, tiene maneras sumamente populares. Siempre ha buscado oportunidades para ser útil á sus paisanos cuando, empleando su influencia con el Libertador, podía ayudarlos de algún modo. Pocos gozaban la confianza de Bolívar en mayor grado que el coronel Wilson, de quien acabaremos la pintura con citar un rasgo que claramente manifiesta su carácter. Es un pagamento hecho en Lima al ejército: la parte del coronel Wilson ascendió á unos 5.000 duros, é inmediatamente envió una letra á su padre de aquella cantidad, rogándole que su importe lo emplease en su propio uso.



## CAPÍTULO XXXII

---

*Regreso á Lima del general Bolívar.—Se prohíbe la instalación del Congreso.—El Código boliviano es adoptado en el Alto Perú.—Conspiración en Lima.—Descontento.—Castigos.—El Libertador se prepara para salir del Perú.—Alcanzan de él que permanezca.—El Código boliviano es aprobado por los colegios electorales del Perú.—Bolívar es nombrado Presidente vitalicio.—Marcha á Colombia.—Gran federación en Panamá.—Revolución de las tropas colombianas en Lima.—Declaran ilegal la adopción del Código boliviano.—Instalación del Congreso.—El general La Mar es elegido Presidente de la República.—Continúa la relación de los acontecimientos de Chile.—Magnanimidad de los americanos del Sur con los españoles.*

Para terminar la relación de los acontecimientos ocurridos en Bolivia y el Perú es preciso retroceder nuevamente al general Bolívar, el cual salió de Chuquisaca en Enero de 1826, para hallarse presente en Lima á la instalación del Congreso, mandado reunir en Febrero de aquel año, y generalmente se creía era su intención renunciar en el Congreso el poder absoluto que ejercía.

Varios diputados llegaron á la capital poco tiempo antes del día prefijado para abrirse las sesiones. Algunos de ellos expresaron sus opiniones sobre lo propio que parecía de que las tropas colombianas salieran del territorio del Perú habiendo cesado el motivo que las detenía, y comentaron con énfasis marcada la declaración del general Bolívar á su llegada al Perú, que decía que cuando su libertad se hubiese obtenido regresaría á su país con



las tropas colombianas sin llevarse un grano de arena. Los diputados tuvieron su reunión preparatoria, cuando recibieron órdenes de Bolívar para presentar sus poderes al examen del Tribunal Supremo de justicia, pero los diputados sostuvieron que ellos mismos formaban el tribunal que debía hacer aquel escrutinio. Se originó en su consecuencia un altercado entre el Dr. Unanue \*, Presidente del Consejo del Gobierno, y los diputados; sabiendo el general Bolívar la obstinada resistencia que ofrecían los diputados amenazó de que saldría inmediatamente del Perú. En el acto le presentaron peticiones para que no se instalase el Congreso; esta reclamación fué concedida, los diputados se volvieron á sus casas y el Libertador accedió á permanecer en el Perú.

Por este período el general Bolívar compuso una Constitución para la nueva república de Bolivia. La Asamblea general de aquel Estado se había disuelto á sí misma el 6 de Octubre de 1825. El 25 de Mayo de 1826 se instaló un Congreso en Chuquisaca; el general Sucre fué reelegido para continuar ejerciendo el Poder ejecutivo, y nombraron una Comisión de diputados para examinar la Constitución boliviana. Acorde el informe de la Comisión, resolvió el Congreso adoptar la Constitución propuesta, lo hizo así, y el pueblo la juró. En conformidad á los principios de la nueva Constitución, debía elegirse un presidente vitalicio; cuya elección recayó en el general Sucre, el cual consintió en aceptar el encargo sólo por dos años, y á condición de que se permitieran permanecer con él dos mil hombres de tropas colombianas: el Congreso accedió á estas condiciones.

Con respecto al Perú, el general La Mar había regresado desde Guayaquil á Lima, y Bolívar le invitó á que

\* Unanue es un literato consumado, pero no ha brillado como hombre de estado ó político, ni para negocios; mas su flexibilidad le hace quedar siempre entre los que mandan.



tomase la presidencia del consejo de Gobierno; pero aquel general no pudo por sus enfermedades hacerse cargo del desempeño de las funciones de tal empleo, y se volvió á Guayaquil. El general Santa Cruz, que fué nombrado en su lugar, llegó á Lima desde Bolivia en Junio de 1826, é inmediatamente entró al ejercicio de las funciones del destino á que había sido nombrado.

El Libertador deseaba que el Código boliviano fuese adoptado también en el Perú; y por el modo satisfactorio en que había sido recibido en su viaje por las provincias, se había creído tal vez, y ciertamente con apariencias de probabilidad, que cualquiera cosa que emanase de él, sería inmediatamente admitida. Calculando por las personas que le rodeaban y por otros que defendían la necesidad de lo que ellos llamaban «Gobierno fuerte», se confirmó más y más en su creencia. La opinión de los últimos estaba sostenida por algunos de los empleados más hábiles y más capaces, así como por otros ansiosos de obtenerlos. Estos sujetos apoyaban sus razonamientos, como si todos los motivos de queja debieran atribuirse á demagogos y al espíritu de partido, que un Gobierno fuerte arrancaría de raíz, pero olvidaban que ningún Gobierno puede realmente ser fuerte y durable en el Perú, si no está apoyado por la opinión pública; y no veían lo inaplicable de los remedios, que podían ser convenientes en el meridiano europeo. Libres de los temores de una nueva invasión española, los peruanos principiaron á sufrir con impaciencia la carga de mantener costosos aliados; y aunque las tropas colombianas observaban la más estricta disciplina, sus maneras y costumbres nacionales son sumamente diferentes y opuestas á las de los colombianos. Así, pues, el Código boliviano era impopular á la mayoría; y los mismos esfuerzos hechos para preparar los ánimos de los peruanos á aceptar la Constitución, aumentaba su repugnancia á ella. Por un largo tiempo, antes de estas ocurren-



cias, había existido un espíritu anticolombiano, y este espíritu dió origen en aquella ocasión á la formación de un partido fuerte; al disgusto se sucedió el descontento manifiesto, y á éste, una abierta oposición. Se descubrió una conspiración que, según se dijo, tenía por objeto el asesinato de Bolívar y la expulsión de los colombianos; y aunque muchos aseguraron que se limitaba á unos cuantos subalternos, y otros que era absolutamente imaginaria, se adoptaron medidas fuertes. Se formó un tribunal especial para entender en la materia, y los doctores Estenós, Pancorvo y Freire, que lo componían, rivalizaron el celo manifestado por Rivadeneyra, que había sido presidente de una Comisión militar. El teniente Aristizabal, peruano de nacimiento, fué condenado á ser fusilado; y sus últimas palabras fueron que moría por servir á su patria. Un jefe de guerrilla llamado Nivavilca, y otros varios que se habían escapado, fueron, aunque ausentes, condenados *por contumacia* á garrote, en contravención al decreto de 3 de Enero de 1822, que prohibía aquella clase de castigo. El coronel Vidal, cuyo valor, actividad y talentos militares se han mencionado tan frecuente y honrosamente, y cuya excelente conducta privada por su probidad y puro patriotismo no estimaban debidamente por su natural modestia y desconfianza, escapó al interior; pero fué sentenciado á privación de empleo y diez años de destierro. Otros fueron condenados del mismo modo á semejantes castigos\*; y el almirante Guise fué juzgado también, pero absuelto. La siguiente decisión se presenta como un ejemplo de las extrañas resoluciones de aquel docto tribunal.

«No resultando del proceso ningún indicio contra los coroneles Tur y Soroa, póngaseles en libertad, y notifíqueles que dejen el país en el término de quince días.»

\* La mayor parte de estas sentencias fueron anuladas ó mitigadas después.



Todos los naturales de Buenos Aires y de Chile residentes en el Perú, recibieron orden del consejo de gobierno, para presentarse en la capital; y los generales Necochea y Correa; los coroneles Estomba y Raulet, y muchos comerciantes de la mayor consideración, entre los cuales estaba D. Juan José Sarratea, conocido por su patriotismo y pureza de intenciones desde el principio de la revolución de Buenos Aires, recibieron la orden de salir del territorio peruano.

Indignado Necochea con aquella resolución, envió su despacho de general del Perú, y algunos créditos por recompensas de servicios pasados, manifestando que no llevaría *nada consigo del Perú sino sus heridas*. El Consejo de Gobierno recibió fríamente la dimisión y los créditos, pero no tuvo la atención de acusar el recibo del oficio al general Necochea.

El sistema alternado de esta obra admite en este sitio algunas más particularidades del coronel Raulet, que es un francés muy vivo y bizarro, de unos treinta y seis años de edad. Raulet sirvió en la guerra de la Península, donde sus aventuras le hicieron tan familiar con las cárceles como Gil Blas lo había sido. Estaba de guarnición en Badajoz cuando fué sitiado por el lord Wellington, y es una singular coincidencia que él fué uno de los individuos de una partida que hizo una salida y galopando inmediato al depósito de ingenieros atravesó de un balazo de pistola una tienda que Miller ocupaba entonces. A la toma de la plaza por asalto fué Raulet hecho prisionero, y enviado primeramente á uno de los pontones en Chatham, y luego á un depósito en Escocia. Se halló á las órdenes del mariscal Ney en la batalla de Waterlloo y fué gravemente herido; siendo un entusiasta bonapartista tuvo que salir de Francia, y se embarcó para Pernambuco, adonde llegó en el momento de estallar una revolución. En ella abrazó el partido democrático, y siendo otra vez hecho prisionero fué con-



ducido de cárcel en cárcel todo lo largo de la costa del Brasil por espacio de seis meses, hasta que llegó á Río Janeiro, donde fué puesto en libertad. Entonces se embarcó para Buenos Aires y se reunió á una división del ejército de los Andes, con la cual marchó á Chile, y dió la vela con la expedición libertadora desde Valparaíso. Durante las campañas del Perú estuvo casi siempre empleado en los puestos avanzados, y era siempre el primero en empresas atrevidas. En una ocasión fué enviado desde Lima á Jauja de parlamentario; á su regreso se adelantó del trompeta y de la escolta, y halló algunos montoneros de Reyes que creyeron que era un oficial realista, y á pesar de sus protestas asegurando lo contrario, le hicieron prisionero. Los montoneros le ataron las manos y le obligaron á marchar á pie hasta Ninicaca donde le alojaron en una húmeda y miserable choza. No pudiendo sufrir la atmósfera de su nueva prisión, perdió Raulet la paciencia y reconvino á sus carceleros en un lenguaje que excitó su ira; los cuales, para pacificarle, le sacaron de la choza y le azotaron sin misericordia. Al día siguiente fué conducido á Pasco, cuyo gobernador le reconoció inmediatamente, y sólo por intercesión de Raulet se libertaron de un severo castigo los montoneros.

En el curso de la guerra el tierno corazón de Raulet se interesó por una peruana, á quien por largo tiempo rogó en vano. Su galanteo da materiales superabundantes para escribir un romance, porque el ídolo de sus ansias era realista y estaba de antemano tratada de casar con un español rico y muy respetable, que había tenido que salir de Lima al aproximarse los patriotas, y el cual reside actualmente en Londres; pero como la guerra imposibilitó al primero y más dichoso amante el regresar, al fin triunfó el cariño de Raulet, y es actualmente un rico hacendado, viviendo en la hacienda de su mujer, cerca de Ica, casado y chocho con su interesante doña Nicola-



sita, y padre muy feliz de Napoleón Raulet, y otros cinco ó seis preciosos retoños.

La disposición de Raulet le impele constantemente á mezclarse en las cuestiones políticas, y habiendo hablado de un modo que disgustó á Bolívar, fué desterrado del Perú á principios de 1824. Por haber regresado de Chile á Ica sin permiso, el coronel Estomba, gobernador de aquel punto, recibió la orden de fusilarle; pero Estomba se negó honrosamente á ser el verdugo de su amigo, y en su consecuencia fueron ambos llamados al cuartel general de Chancay, donde á su llegada los pusieron presos. La noticia de la victoria de Ayacucho llegó poco después, el Dictador se apiadó, y ambos fueron puestos en libertad. Raulet fué segunda vez desterrado á Chile, donde tomó una parte activa en apaciguar una sublevación contra el supremo director Freyre, y fué herido. En este acontecimiento estuvo en contra de La Tapia, no menos inquieto de espíritu y que tantas veces hemos nombrado\*.

Los asuntos del Perú tomaron nuevamente un aspecto melancólico, y las personas de arraigo y los amigos de la tranquilidad se alarmaron mucho, temerosos de que la anarquía se introdujese otra vez. Estos recelos se aumentaron considerablemente entre una clase numerosa con el anuncio de la segunda determinación de Bolívar de retirarse del país, y que había fijado para su salida el 13 de Agosto. La más terrible anarquía preveían infi-

\* Raulet es ahora el más lucido de los lucidos de Ica, y ha sido elevado según creemos á la dignidad municipal de alcalde. En las procesiones se presenta y pasea con aire tan magistral con su bastón de puño de oro y grandes borlas, como cualquiera de sus hermanos los regidores. Se ha observado que es particularmente bondadoso con todos los presos y detenidos de su jurisdicción. Raulet es uno de los compañeros más alegres y agradables, y es muy querido y estimado. Miller ha tenido últimamente la satisfacción de visitar á una parte de su familia á su paso por Namur.



nitos, y decían que el Gobierno se reduciría á un caos; el espíritu público permaneció en una ansiedad verdadera desde la mañana del 13 hasta la tarde del 16; y los abogados para la formación de un *Gobierno fuerte* emplearon cuantos argumentos estaban en su poder para inducir á S. E. á alterar su determinación, y emplearon toda su influencia para alcanzar del pueblo que secundara sus deseos. La siguiente relación, despojada de casi todo el fárrago del estilo oriental y redundante con que está escrita originalmente, es extractada de uno de los periódicos de Lima de aquel día.

En la mañana del 13 los habitantes del arrabal de San Lázaro en la orilla derecha del Rimac fueron en procesión, precedidos de bandas de música y banderas, hasta la plaza mayor, frente del palacio. Al presentarse Bolívar en uno de los balcones el aire resonó con millares de aclamaciones; y cuando el silencio pudo restablecerse tomó la palabra el venerable cura de San Lázaro, y en nombre de sus feligreses hizo un discurso al Libertador, el cual, insistiendo en su resolución de ausentarse, le dijeron que para marchar tendría que hacerlo pisando sobre los pechos de los mismos á quienes había preservado la vida.

El Ayuntamiento se presentó en seguida en palacio, pidiendo al Libertador que desistiese de ausentarse del suelo de los Incas; Bolívar contestó era imposible su permanencia, á lo cual todos pusieron á sus pies las insignias de sus oficios, diciendo que en tal caso su conciencia no les permitía seguir ejerciendo sus funciones.

Se presentaron sucesivamente Diputaciones de todos los cuarteles de Lima, y repitieron que formarían un muro impenetrable para frustrar la ejecución de su designio de abandonar al Perú; pero Bolívar, firme como la roca, rehusó dar ninguna esperanza, hasta que, oprimido por tantas instancias del pueblo, que anticipaba las desgracias que su ausencia causaría, prometió una contestación definitiva en el término de ocho días.



Continuaron llegando á manos del Libertador peticiones dirigidas al mismo objeto de todas las clases y corporaciones de la sociedad; tuvieron lugar repetidas entrevistas y llegaron diferentes representaciones de las provincias. El 15, los Tribunales y Corporaciones asistieron en público á la catedral, y esta ocasión les ofreció otra oportunidad para reiterar sus instancias al Libertador, el cual contestó: «Si yo no escuchase más que mi corazón me quedaría en el Perú, que me ha hechizado, por decirlo así, con las demostraciones puras de gratitud y de alegría. Pero mi patria me llama, y cuando habla el deber es necesario seguirle en el silencio de todas las afecciones. Mientras he estado ausente de Colombia se han suscitado fuertes disensiones que yo solo podré calmar, pues que todos están de acuerdo conmigo, porque ninguna de las partes me recusa. Si Colombia sigue en división el ejército también se afectará, y este ejército, que es el garante de la unión, el escudo de la libertad y el modelo de la disciplina militar, será tan pernicioso como hasta ahora ha sido grande y temible á los enemigos de América. El Perú abunda en hombres eminentes: ellos pueden llevar la nave del Estado con tino y sabiduría. Si algún día llegase á peligrar yo volaré de mi patria á socorrer á este gran pueblo, que amo por la magnanimidad que ha mostrado hacia mí y por las efusiones de su gratitud.»

El ejército manifestó también sus deseos para que permaneciera el Libertador en el Perú en una exposición firmada por Juan Salazar, Domingo Tristán, Rafael Jimena, José Rivadeneyra, Ignacio del Alcázar, Luis Morales, M. Negreiros, Martín Herrero, José Mercedes Castañeda, Andrés Negrón, Joaquín Varela, José Gregorio Escobedo y otros pocos individuos.

Por parte de la Iglesia, el Dr. D. Carlos Pedemonte probó, en un florido discurso, que el Perú dejaría de existir si Bolívar, que era el dominador de la fortuna, salía de su territorio.



El paisanaje de los pueblos inmediatos pisó por primera vez las habitaciones del palacio para añadir sus súplicas á las de las otras clases.

Las matronas de la capital, congregadas en las salas consistoriales, pasaron también á palacio para unir sus súplicas á las del sexo fuerte, esperando que con la asistencia de las gracias lograrían ablandar la hasta aquel momento inflexible determinación del Libertador. A estas hermosas súplicas, el Libertador dió la siguiente contestación: «Señoras, el silencio es la única respuesta que debía dar á esas palabras encantadoras, que encadenan no sólo el corazón, sino también el deber. ¡Cuándo la beldad habla, qué pecho puede resistirse! Yo he sido soldado de la beldad, porque he combatido por la libertad, que es bella, hechicera y lleva la dicha al seno de la hermosura, donde se abrigan las flores de la vida.» A la conclusión de este discurso, del cual lo que se copia es sólo una parte, las señoras se aproximaron y rodearon á Bolívar, y después de una larga y animada discusión, se oyó una angélica voz que dijo: ¡EL LIBERTADOR SE QUEDA!

Vivas y aclamaciones unánimes fueron la contestación; un repique general de campanas duró toda la noche; el gozo se apoderó de todo el mundo, y un gran baile terminó la escena, en que las matronas tuvieron parte tan principal.

A la mañana siguiente, el colegio electoral de la provincia y de la ciudad de Lima, resolvieron que la Constitución boliviana se adoptaría en el Perú, y que Bolívar sería nombrado Presidente vitalicio. A un discurso de los colegios electorales, contestó Bolívar: «Señores, es con suma satisfacción que yo oigo haberse aceptado por los colegios electorales la Constitución que yo di para la República peruana que lleva mi nombre. El Consejo de Gobierno, deseoso de fijar la dicha del país me consultó, y yo convine en que se ofreciese á los pueblos del



Perú. Esta Constitución es la obra de los siglos, porque yo he reunido en ella todas las lecciones de la experiencia y los consejos y opiniones de los sabios. Congratulo á los representantes de esta provincia de que hayan aceptado. Han conformado su opinión con la mía acerca de los intereses políticos de la duración, ventura y tranquilidad de los pueblos. Ella no será bastante á libertarlos de los grandes desastres que cambian la faz de la tierra trastornando los imperios; pero los pone á cubierto de todos los males momentáneos, y, sin embargo, de grande trascendencia á la generación que los sufre. Mas el Perú cuenta con hombres eminentes capaces de desempeñar la suprema magistratura; á ellos toca, no á mí, el obtenerla. Así no puedo encargarme de ella. Me debo á Colombia; y si ella me lo permitiese, consultaré aún mi conciencia sobre la sanción con que me habéis colmado de honor, pues yo estoy encadenado á servir al Perú con cuanto penda de mí mismo.» Los otros colegios electorales, á excepción del de Tarapacá, se declararon también por la adopción del Código boliviano.

Habiendo recibido el general Bolívar, ya Presidente vitalicio electo del Perú, oficios y comunicaciones de Bogotá, participándole que el general Páez había rehusado obedecer las órdenes del Gobierno, del cual era Presidente el general Santander durante la ausencia del Libertador, resolvió volver inmediatamente á Colombia para arreglar las diferencias que desgraciadamente se habían originado. Una función de despedida se dió el 2 de Septiembre, y á la madrugada del día 3 salió de Lima el general Bolívar no muy numerosamente acompañado para el Callao, donde se embarcó y dió la vela para Guayaquil. En una proclama que á su salida publicó el general Bolívar, dijo: «Vuestros bienes y vuestros males, serán los míos. Una nuestra suerte.»

El Libertador dejó al general Santa Cruz de Presidente del Consejo de gobierno; á D. José María Pando, de mi-



nistro del Interior; á D. José Larrea y Laredo, de ministro de Hacienda, y á D. Tomás Heres de ministro de la Guerra. El general Lara permaneció mandando las tropas colombianas existentes en el Perú, cuyo número ascendía á unos cuatro mil hombres.

El general Bolívar llegó á Guayaquil el 13 de Septiembre. Quince días antes de su arribo, el departamento de Guayaquil, dirigido por el prefecto, el doctor Mosquera, se había declarado por la Constitución boliviana, y por Bolívar como Presidente vitalicio: el departamento de Quito siguió el ejemplo nueve días después.

Estas medidas no recibieron ninguna muestra pública de desaprobación del general Bolívar; pero fueron declaradas por el general Santander como actos de rebelión contrarios á la Constitución colombiana, que todos habían jurado mantener inviolable hasta el año 1834.

El general Bolívar entró en Bogotá el 14 de Noviembre de 1826. Desde aquella ciudad salió para Caracas, y, habiendo arreglado las diferencias que había entre el general Páez y el Gobierno, principió á influir para introducir el Código boliviano en Colombia, para que, según las palabras de sus abogados, «pudiese extenderse desde Potosí al Orinoco»; y la gran Confederación de Bolivia, Perú y Colombia, bajo un Presidente supremo, se anunciaba como una cosa segura y próxima á verificarse; pero el Código boliviano era tan impopular en Colombia como en el Perú, y las tentativas para hacerlo admitir en Colombia fueron inútiles. El partido democrático consideraba que el Presidente vitalicio era de hecho un monarca electivo á quien concedían el poder adicional de elegir su sucesor, principio diametralmente opuesto al que Bolívar había proclamado durante la lucha para alcanzar la independendencia.

La idea de un gran Congreso americano se llevó este año á efecto en la ciudad de Panamá. El objeto que se



proponían en él era dar fuerza á la unión que reinaba entre los Estados nuevamente formados; combinar sus fuerzas para el caso de un ataque; evitar ó decidir cualquiera diferencia política que pudiese originarse entre ellos, y mantenerse vigilantes con respecto á la política europea. Este magnífico plan, según se le llamaba, lo apoyaba Monteagudo con calor, y el general Bolívar debía ser el protector de la Confederación. Este general invitó á los diferentes Gobiernos para que enviasen sus representantes á Panamá; y Perú, Colombia, Bolivia, Méjico y Guatemala enviaron cada uno dos individuos; pero ni Buenos Aires ni Chile lo hicieron.

Se esperaban resultados de no común magnitud é influencia de tan augusta Asamblea; los diputados se creyeron que tenían en sus manos la suerte y los destinos de la América; pero sus trabajos se redujeron á unas cuantas proclamas preparatorias de grande erudición. Parece que en esta ocasión desconocieron enteramente que los intereses, costumbres y carácter de los nuevos Estados son tan diversos y algunas veces tan directamente opuestos como los de naciones rivales europeas, y que si uno ó más de ellos se confederaban contra el peligro que les amenazare, sería en consecuencia de la identidad de intereses. Por lo tanto, ningún tratado de alianza general que aquella augusta reunión hubiese acordado, habría producido ningún otro efecto que la publicación de un escrito pulido y elocuente.

El Consejo de gobierno de Lima decretó el 30 de Noviembre que el 9 de Diciembre inmediato, aniversario de la batalla de Ayacucho, se prestaría solemnemente el juramento á la Constitución boliviana. Este decreto, aunque fué recibido con aplauso y satisfacción por las autoridades, produjo síntomas evidentes de disgusto en la mayoría de los habitantes; sin embargo, apoyado por la influencia de los hombres constituídos en dignidad, se llevó á efecto y se verificó el juramento en las provincias,



con las formalidades de estilo; pero la expresión general del verdadero sentimiento popular no pudo sofocarse mucho tiempo por los esfuerzos de gobernantes, cuya popularidad y crédito disminuían en proporción al celo que manifestaban en favor del ostentoso sistema vitalicio. El juramento á la Constitución en las provincias fué una repetición ó continuación de la farsa representada en Lima poco antes de la salida de Bolívar, en cuya ocasión los que juraron en ella fueron recompensados en proporción á su importancia y utilidad. El activo cura de San Lorenzo fué promovido á canónigo de la iglesia catedral; el Dr. D. Carlos Pedemonte fué elevado á la silla arzobispal por el Consejo de gobierno, que en esta ocasión reasumió el poder de la Santa Sede: de cómo fueron recompensadas las matronas, no se sabe cosa cierta. A excepción de los que dependían del favor ó la sonrisa del Libertador para optar á los destinos, ó á la esperanza de obtenerlos, puede asegurarse con toda seguridad que ni un ápice de sinceridad se mezcló en las adulaciones que oyó en aquellas teatrales apariencias. Entre los actos de bajeza ejecutados en aquella ocasión, una persona constituída en alta dignidad se echó en tierra y pidió á Bolívar le pusiera un pie en el pescuezo, para poder jactarse de haber sostenido al hombre más grande del siglo. Que un alma baja elija tal medio para adular, no es sorprendente; pero que Bolívar escuchara gustoso la proposición parece increíble: ni la conducta actual del adulator debe chocar tanto, á pesar de ser en el día un terrible enemigo de Bolívar, puesto que esa es la reacción natural de la baja y vil adulación.

El Código boliviano era apenas menos odiado por las tropas colombianas existentes en el Perú; y no bien marchó el general Bolívar, principiaron los peruanos á dar fomento á aquellos sentimientos para libertarse á un tiempo del sistema que aborrecían y de los colombianos. Habiendo ganado el coronel Bustamante, joven colom-



biano, algunos subalternos, reunieron los sargentos de sus diferentes regimientos y les manifestaron que la Constitución de Colombia había en parte sido subvertida por los actos precipitados de Quito y Guayaquil, y estaba aún en mayor peligro por haber quedado aquellos actos no solamente sin castigo, sino sin haberse desaprobado, excepto por el vicepresidente Santander, á quien era preciso sostener; además les informaron que el general Lara estaba designado para emplear las tropas para destruir la libertad constitucional. Este raciocinio fué robustecido dejándoles percibir de que, en caso que los ayudasen en separar á los enemigos de la libertad, se les darían las pagas que les debían. Habiendo ganado un número suficiente de ellos, en la noche del 26 de Enero de 1827 se presentó Bustamante en las casas de los generales Lara y Sands, á los cuales arrestó estando en sus camas, así como á otros jefes colombianos que consideraban contrarios á sus proyectos. Entonces dieron conocimiento al Gobierno peruano del paso que habían dado. Este había tenido motivos para sospechar que se tramaba una conspiración entre las tropas colombianas, é informó de ello al general Lara nueve días antes de verificarse la revolución; pero Lara no solamente no dió crédito á la noticia, sino que se manifestó ofendido por las sospechas. El general Santa Cruz, que era Presidente, se hallaba casualmente fuera de Lima; sus compañeros contestaron á Bustamante que sobre su persona solamente recaía la responsabilidad, de la cual voluntariamente se hizo cargo; ajustó un buque (el *Blucher*), é inmediatamente embarcó y envió todos los oficiales arrestados á Guayaquil. D. José María Pando, don José Larrea y D. Tomás Heres hicieron dimisión de sus respectivos cargos; y el último, siendo sumamente impopular, escapó á un barco francés y dió la vela para el mismo puerto. En seguida formaron un nuevo Ministerio, y el Dr. Vidaurre, D. José Morales y D. Juan Sa-



lazar sucedieron á los tres que hicieron dimisión; y el general Santa Cruz continuó á la cabeza de los negocios. La siguiente proclama es demasiado ridícula y risible, y de tan mal gusto que no debe creerse fuese Santa Cruz su autor y sí que será la producción de algún *torcido*, aunque necio sicofanta.

DON ANDRÉS SANTA CRUZ, Gran Mariscal de los Ejércitos del Perú, Presidente del Consejo de Gobierno, á la Nación.

Peruanos: El Gobierno del Perú no sería fiel á sus obligaciones si desatendiese un eco que llega á sus oídos desde los puntos más remotos de la República, y le dice: «La Constitución para Bolivia no fué recibida por una libre voluntad cual se requiere para los Códigos políticos.» El Gobierno no puede consentir en que se crea que puede tener la más pequeña connivencia en la coacción, porque es el garante de la libertad nacional y de su absoluta independencia. El Gobierno que sabe hacerse obedecer y respetar, también conoce que debe prestar un oído atento á los justos deseos de los pueblos; y por esto es que en este mismo día convoca un Congreso constituyente que examine, arregle y sancione la carta que debe dirigirnos. Así lo habría hecho antes, á no haberse persuadido que un consentimiento espontáneo se prestaba á la Constitución que se juró. Nada más puede exigir el amante de su Patria, pretensiones desordenadas nos conducirán á la anarquía y confusión. Los ejemplos funestos son recientes para que sean olvidados. ¿Cuál es el patricida que quiere se repitan?

Confiad, peruanos, en él, que está pronto á derramar la última gota de su sangre por sostener la independencia y la integridad nacional, y que no aspira á otra gloria, que á que en su tumba se escriba: *En este soldado la primera virtud fué el amor á su Patria, lo probó en la campaña y en el Gabinete, y sólo sintió morir, porque*



*dejaba de ser útil á sus compatriotas.* ¡Peruanos! La confianza que me habéis mostrado esta vez y siempre, me hace inseparable de vosotros: ved por mi honor, como yo veré por vuestros comunes intereses.

ANDRÉS SANTA CRUZ.

Lima, 28 de Enero de 1827.

Los periódicos ministeriales hablaron con respeto de Bolívar; pero aplaudieron la resolución de la nueva administración, de evitar la intervención extranjera en los negocios del Perú.

El nuevo Gobierno deseaba que las tropas colombianas salieran del Perú; pero la principal dificultad para lograrlo era la falta de dinero, puesto que era necesario pagarles todos sus atrasos antes que se embarcasen. Al cabo de infinitos esfuerzos, pudieron recoger doscientos mil duros; las tres cuartas partes las repartieron entre las tropas, y el resto lo emplearon para satisfacer los gastos de transportarlas por mar á Guayaquil, para cuyo puerto dieron todas la vela en Marzo de 1827, con el coronel Bustamante, á quien suponían intenciones de unir á Guayaquil nuevamente al Perú. Los colombianos eran impopulares en Guayaquil, y en cuanto concernía á su voluntad é inclinaciones, estaba el pueblo decididamente á favor del Perú; pero sus intereses reales están marcados por su posición geográfica. Perteneciendo á Colombia, es el puerto y depósito de Quito y otras provincias, que contienen una población de ochocientas mil almas; pero perteneciendo al Perú, descendería á ser un depósito naval de una nación que sólo posee un corto número de buques. Además podrían establecerse puertos que le rivalizaran en las costas de Quito ó Chocó si se unía al Perú; por lo tanto, mientras Quito forme parte de la Unión colombiana, debe ser Guayaquil un puerto colombiano.

En seguida de la revolución de los colombianos casi



unánimemente declararon los habitantes de todo el Perú que el Código boliviano lo habían recibido á la fuerza, y que la elección de Bolívar para Presidente vitalicio, así como la adopción del Código, era ilegal, respecto á que los colegios electorales no tenían poderes para decidir sobre cuestiones de aquella naturaleza, perteneciendo únicamente á un Congreso general determinar la forma de gobierno que debía regir al país.

En su consecuencia publicaron órdenes para la elección de nuevos diputados para un Congreso, que debía reunirse en Lima el 4 de Junio. El general La Mar fué elegido Presidente de la República, y D. Manuel Salazar y Baquijano, Vicepresidente; pero el último actuó como Presidente hasta el mes de Agosto, que llegó el general La Mar de Guayaquil.

El general La Mar es natural de Guayaquil y fué educado en España. En 1793 sirvió con crédito en la campaña del Rosellón en clase de teniente del regimiento de Saboya. En 1808, ya como Mayor, fué uno de los heroicos defensores de Zaragoza, donde fué herido. Después mandó una columna de granaderos en la provincia de Valencia, donde adquirió gran crédito en el ejército y popularidad con los habitantes. Hallándose en el hospital de Tudela curándose algunas graves heridas fué incluido en la capitulación del ejército del general Blake y conducido á Francia. Siempre se negó á dar su palabra de honor, pero no pudo hasta 1813 burlar la vigilancia de su escolta de Beaune, y se escapó á Madrid. En 1814 fué ascendido al empleo de brigadier, y en 1816 salió para Lima con el destino de inspector general del ejército del Perú. Después de capitular en Callao envió la dimisión de sus empleos al virrey; sus servicios posteriores en favor de la causa de su país nativo se han detallado ya en estas Memorias. El Presidente La Mar es hombre de un entendimiento ilustrado, de maneras suaves, persuasivas y refinadas: es muy querido y sumamente respe-



tado, no tiene un enemigo personal y muy pocos en política. Quizás el único defecto de su carácter político es un deseo excesivo de agradar á todo el mundo, y á veces una indecisión que no le deja siempre resolver por sí mismo. Es de edad de cincuenta años, de buen personal y agraciadas facciones: últimamente ha tenido la desgracia de perder su amabilísima esposa, hermana del Sr. D. Vicente Rocafuerte, enviado mejicano en la Corte de Londres\*.

La presidencia de La Mar ha sido acompañada de acontecimientos mucho menos favorables que debía haberse esperado. El Perú y Colombia han tomado las armas uno contra otro, y un espíritu ambicioso y usurpador de una parte, y un olvido de los beneficios recibidos de la otra, han producido unas hostilidades en cuya continuación ni el uno ni el otro país podrán alcanzar nada, ni aun el estéril honor de haber vencido.

La gratitud es una carga que fatiga tanto á las naciones como á los individuos, y parece que aquéllas la sacuden aún con mayor prontitud. Durante el curso de la revolución han sido ayudadas las diferentes secciones de la América del Sur directa ó indirectamente por una ó más de sus vecinas, pero ninguna de ellas parece desear que se perpetúe el recuerdo de tales auxilios. Al celebrar Chile sus propios esfuerzos no habla de la circunstancia de la batalla de Chacabuco ganada con bayo-

\* Este caballero respetable ha conducido los negocios concernientes á su Gobierno en una forma que hace honor á sus talentos diplomáticos, al mismo tiempo que su probidad en las delicadas y difíciles transacciones del empréstito, no solamente no es dudosa á las personas más íntimamente versadas en sus complicados detalles, sino conocida á cuantos se ocupan de los asuntos de la América española. Rocafuerte hace una clase de vida simple y sin ostentación, como un verdadero republicano; pero sus buenos modales, su talento despejado y su ilustración le hacen un ornamento de la mejor sociedad en Londres y París, donde es bien conocido y no menos estimado.



netas argentinas. Colombia se abstiene cuidadosamente de reconocer la oportuna asistencia que recibió del Perú en el señalado triunfo de Pichincha, mientras que el Perú á su turno afecta olvidar los aún mayores auxilios que Colombia la dió en los campos de Junín y de Ayacucho. Lo mismo sucede con todas las naciones: los españoles se jactan de haber expulsado los franceses de la Península\* sin dar parte en sus glorias al ejército inglés; la Rusia atribuye á su omnipotencia la derrota de Napoleón en Moscow, pero no dice nada sobre los subsidios ingleses que facilitaron los medios de que un millón de hombres operasen contra los restos de los veteranos que la habían invadido, y á quienes los elementos habían destruído. Las Gacetas de Prusia, después de la batalla de Waterlío, hablan tan poco del duque de Wellington como de la isla de Santa Helena, mientras el que lea los partes belgas escasamente podrá suponer que los ingleses contribuyeron á un acontecimiento que arrojó al grande y poderoso Emperador de su trono y le condujo á una roca del Atlántico.

Sin embargo, hay motivos y razones que disculpan en parte la conducta del Perú. Hasta que el héroe que había libertado á Venezuela, Nueva Granada y Quito, incurrió en la debilidad de renunciar á la nueva gloria de

\* No hay un solo escritor español, ni aun un español, que niegue al ejército inglés la parte gloriosa que le cupo en la guerra de la Península; pero no hay uno tan solo que no se indigne al ver las falsas y ridículas pretensiones de autores parciales ingleses que quieren probar que sólo ellos hicieron la guerra, y á ellos sólo se debió la victoria. El coronel Napier, el lord Londonderry, y otros escritores que se llaman testigos oculares y que ni aún supimos que existían en tiempo de la guerra, podían haber tenido presente, que en aquella lucha hubo tiempo y ocasiones para que todos pudiesen probar su mérito y su valor, y que á esos hombres y á esas tropas que ahora pretenden denigrar, guardaban entonces consideraciones muy diversas, y rindieron elogios de todas especies.—*Nota del Traductor.*



salir del Perú, después de libertado, sin llevarse consigo, como había prometido, «ni un grano de arena», los peruanos le colmaron de demostraciones de gratitud, pusieron á sus pies sus tesoros y le dirigieron la voz en un lenguaje propio únicamente para la divinidad. Pero cuando se hizo evidente que los colombianos querían desempeñar la misma parte que en la antigüedad habían ejercido los sajones en Inglaterra se originaron sentimientos de discordia, la animosidad siguió, y miles de insultos irritantes se prodigaron de una y otra parte, los cuales produjeron al fin un violento y mutuo aborrecimiento.

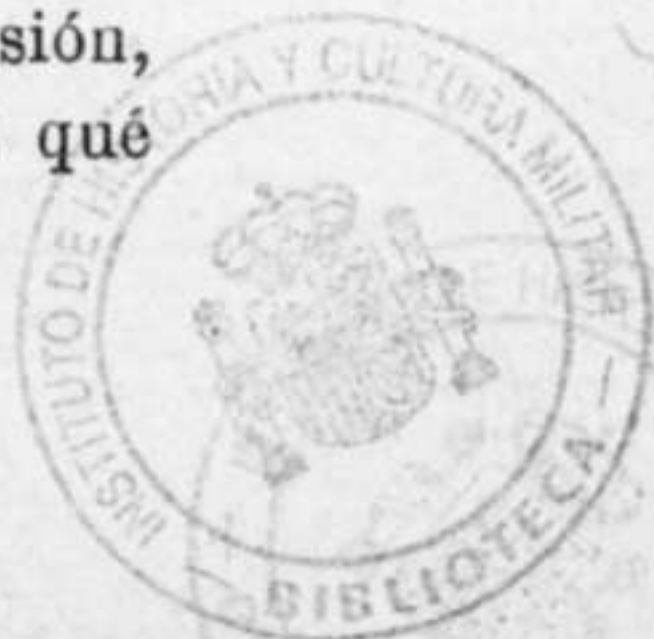
Bolívar creyó que podía gobernar á los peruanos mejor que ellos podían gobernarse, pero ellos juzgaron de otra manera, y determinaron á toda costa hacer la experiencia. La presencia de un ejército colombiano comprimía por un tiempo la expresión libre y genuina de los sentimientos de los peruanos, la influencia de sus jefes atraía alrededor de sí á hombres que poseían poco más de talentos mediocres, todos igualmente solícitos en adorar al sol naciente, pero que abandonan y aun atacan á sus bienhechores en el momento que pasan del cenit de su poder. Bolívar se engañó en cuanto al verdadero estado de la opinión pública por los dichos é ilusiones de interesados sicofantas que gozaban ó aspiraban á empleos, y hasta ansiaban títulos y distinciones.

Bolívar no era personalmente popular, y la innecesaria detención de sus tropas dió origen á rivalidades y sospechas que condujo á un absoluto aborrecimiento; pero la erupción del volcán político no se verificó hasta algún tiempo después de la salida de Bolívar del país, y la influencia colombiana terminó con la conspiración de Bustamante. La Constitución boliviana fué desechada con desdén; el Perú quedó en libertad de elegir su Presidente, y La Mar fué nombrado para este honroso encargo. El nombramiento de una persona del alto carácter



de La Mar causó un júbilo universal, y se celebró como un acontecimiento feliz. La política simple que debió seguir estaba reducida á disminuir el ejército permanente; conservar en buen pie en el Mar Pacífico una pequeña escuadra; proveer liberalmente para el retiro de los oficiales y soldados veteranos; reorganizar las Aduanas y los aranceles, y establecer el crédito público sobre bases permanentes disponiendo la liquidación gradual de la deuda pública, y evitar tener que recurrir á empréstitos ruinosos. Una honrada y económica distribución habría puesto al Perú en disposición de levantar en el momento que lo necesitase sus grandes medios de defensa y hacer frente á cualquiera fuerza invasora. Desgraciadamente La Mar se dejó llevar de sus deseos de conciliar todos los partidos, y dió oídos en demasía á las turbulentas declamaciones de sabios oradores, que aunque son especialmente cuidadosos de sus personas cuando el enemigo está inmediato, son los primeros en excitar á otros á las hostilidades cuando conocen que el peligro está distante. También protegió muchos oficiales militares á quienes habría sido más político haber separado del servicio dándoles buenas pensiones de retiro. En vez de reducir el ejército permanente á menos de 2.000 hombres, lo aumentó La Mar indiscretamente á 12.000, número que absorbe las rentas del Estado, é imposibilita que puedan aplicarse á objetos de utilidad. Esto ha abierto la puerta á opresiones y extorsiones de todas clases; los soldados están mal pagados, el pueblo murmura, y debe temerse con fundamento que La Mar tendrá que retirarse del puesto que ocupa sin haber proporcionado á los peruanos aquellos beneficios que debieron esperar de sus talentos y de sus virtudes.

Con respecto á las amenazas de Colombia, el Perú podía haber permanecido sin cuidado alguno, y en vez de alarmarse por la falsa creencia de una próxima invasión, debió considerar que Bolívar tenía demasiado á qué





atender en su propio país, para que pudiese llevar á efecto sus bravatas. Amenazado por divisiones y partidos interiores y continuas conspiraciones, el Libertador no podía ponerse á la cabeza de un ejército invasor en las fronteras del Perú sin exponer á Colombia á una sublevación y á la anarquía; ó si una considerable fuerza hubiese invadido el Perú por la parte de Quito, el desierto de Sechura de 50 leguas de largo habría sido suficiente para disminuir su número tanto, que fuera equivalente á la pérdida de una batalla. Cuanto más avanzara el resto de sus fuerzas, más cierta fuera su destrucción; y unos pocos centenares de montoneros bien dirigidos serían bastantes para privarles de toda clase de recursos, porque el aborrecimiento de los peruanos á los colombianos es tan grande y quizás más unánime, que el que antes profesaron á los españoles. Como el Perú tiene una superioridad naval decidida sobre Colombia en el Mar Pacífico, el mar habría quedado cerrado para la última mientras que la primera habría podido trasladar fácilmente sus destacamentos y expediciones adonde las circunstancias pudieran requerirlo. Colombia habría experimentado la otra desventaja de poner en riesgo la adhesión de Quito y de Guayaquil, pues las maneras, costumbres é inclinaciones de los habitantes de estas provincias son más análogas á las del Perú; y aunque muchos, quizás, no estarán muy dispuestos á unirse á esta república, todos son decididamente anticolombianos. Por otra parte, esta guerra puede por algún tiempo producir el efecto de dar más consistencia al poder de Bolívar en Colombia, pues, por la extremada violencia de las declaraciones del Perú y los insultos que prodigan á los colombianos, se ha hecho la guerra muy popular en la última. Su atención se ha distraído por consiguiente de su gobierno interior, y su energía se dirige á la continuación de la nueva lucha. Pero esto no influye de modo alguno en la cuestión de la separación



definitiva de Colombia, de los departamentos de Quito y de Guayaquil; pues hayan ó no declarado la guerra los peruanos contra Colombia, está en la naturaleza de las cosas que tarde ó temprano se separen de Colombia. La provincia de Pasto al Norte de Quito la ocupan una raza de indios que siendo tan valientes y belicosos como los araucanos, han sido siempre enemigos del Gobierno de Bogotá, al cual constantemente han mantenido en inquietud, y cuyos indios en el caso de la defección de Quito formarían una barrera contra los colombianos. El río Juanambú parece debe ser los límites naturales de Colombia por la parte del Sur.

La condición del pueblo de la república de Bolivia ha mejorado ciertamente aunque el Gobierno ha sufrido un violento cambio. Las justas miras é incansable celo del general Sucre no fueron bastantes para preservar la Constitución boliviana, ni parece que los del alto Perú hayan sustituido alguna otra forma de Gobierno. El Código que Bolívar les envió como el ídolo de sus contemplaciones políticas no ha encontrado hasta ahora un suelo á quien cuadre, y en cuantas partes se ha plantado, en otras tantas se ha marchitado sin echar raíces. Es de lamentar que Bolívar que ha adquirido tanta gloria, y cuya alma está dotada de tanta perseverancia, decisión é inteligencia, carezca de las cualidades necesarias para producir la unidad entre los diferentes pueblos libertados por su genio y sus acciones. Parece que sus talentos son más adecuados para brillar en la adversidad que para consolidar las ventajas originadas de sus triunfos; pero no debe privársele de la gloria que le corresponde. Los americanos del Sur deben recordar los inmensos servicios que ha rendido, mientras el resto del mundo debe tener presente cuán natural y cuán común es para la vanidad humana el deslumbrarse cuando un hombre ha subido á tanta elevación. Bolívar es fiero y entusiasta, y habría sido quizás más sorprendente si no



se hubiese dejado llevar de la adulación, de la cual pocos hombres han recibido tanta, pues esos que actualmente más solícitos le censuran es probable que en su caso se hubiesen envanecido antes de llegar á tanta altura.

No bien el pueblo boliviano principió á experimentar los beneficios de su emancipación, un fuerte partido se levantó contra la influencia colombiana. Su orgullo se veía mortificado con la presencia de tropas extranjeras, y determinaron deshacerse de sus nuevos dueños. Con este objeto, algunos de ellos se dirigieron á las autoridades constituídas en el Perú invitando á aquella república á ayudarles para sacudir el yugo de Colombia. Aunque Sucre había sido elegido Presidente de Bolivia por el voto espontáneo del pueblo, expresado legítimamente por el Congreso, y aunque su propuesta para retener 2.000 hombres de tropas colombianas por espacio de dos años fué también concedida por el Congreso, con todo se originaron diversas circunstancias que indujeron á los bolivianos á desear acelerar la marcha de sus libertadores. La violenta expulsión de los colombianos era una medida que los bolivianos podían haber emprendido bajo su propia cuenta y riesgo, pero en la cual el Gobierno de Lima no tenía más derecho de intervenir que el Austria lo tuvo para mezclarse en los asuntos interiores de Nápoles, la Francia en los de España, ó la Inglaterra en los de Portugal, en la actualidad. La indiscreta medida de enviar tropas á las órdenes de Gamarra para ayudar á los descontentos de Bolivia, no hace honor al Gobierno de Lima, é indudablemente producirá algunas reacciones muy embarazosas. Aun cuando esta expedición hubiese acelerado la caída de Sucre, es positivo que puso por algún tiempo en peligro la causa misma que quiso ayudar, pues muchos de los bolivianos al oír que tropas peruanas avanzaban á las órdenes de Gamarra, principiaban á temer que no sería más que cambiar de due-



ños, y que valía más malo conocido que bueno por conocer. Además, la invocación al Gobierno de Lima había emanado de una pequeña parte comparativa de los bolivianos, cuya mayoría tenían algunos motivos personales para no querer á los colombianos.

Sucre hizo una valerosa resistencia, y aun después de haber recibido una herida peligrosa en el brazo, continuó con doble energía, y lidiando por sus derechos cedió el terreno á palmos, hasta que, abandonado y cediendo al número, capituló y se embarcó para su propio país. Así cayó el vencedor de Ayacucho, pero su caída del mando y del Poder, aunque forma un curioso comentario de su título de *Presidente vitalicio*, va acompañada de una dignidad y un proceder digno de su elevado carácter. La siguiente carta que escribió al separarse de las costas del Perú acredita los sentimientos de moderación del general Sucre.

«A bordo de la fragata *Porcospin*, á la vela sobre el puerto del Callao, á 10 de Septiembre de 1828.

»AL EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

»EXCMO. SEÑOR:

»Los negociadores del Gobierno boliviano ofrecieron de mi parte al general del ejército del Perú que en mi bajada del puerto de La Mar á Guayaquil tocaría en éste con el objeto de ofrecer mis buenos oficios en cuanto tendieran á transigir las diferencias del Gobierno peruano con el de Colombia. Aunque los acontecimientos en aquel país variaron de tal modo que pudiera considerarme exonerado de mi compromiso, he creído útil cumplirlo, oponiendo á los rencores personales un acto generoso, y llenando mi palabra he llegado aquí, desechando las ocasiones que tuve en Cobija y Arica para marchar directamente á Guayaquil.

»Ignorando el estado presente de las cosas entre Co-



lombia y el Perú, no acierto á decidir si mi paso será de algún provecho ó si en las opiniones se juzgará bien ó mal. En mi posición única me toca mostrar con él mis deseos particulares por la paz entre los pueblos de América, convencido de que la guerra trae siempre consigo males públicos, especialmente en nuestros desolados países.

»Mi falta de conocimiento del estado actual de las relaciones entre Colombia y el Perú me deja ignorante de si los intereses ó el honor de alguno de los dos pueblos hacen imprescindible la guerra. Sin examinar los derechos ó los deberes en que alguno esté para llevarla al cabo, habiéndoseme acusado de que soy yo una de las causas ó el agente de un rompimiento, debo, individualmente, hasta por mi reputación, desmentir esta calumnia, añadiendo al paso que doy á mi conducta hacia el Perú desde principios de 1827, que es suficiente comprobante de mi anhelo por que la paz no fuera turbada.

»Si el Gobierno peruano acepta mis oficios para una reconciliación con Colombia recibiré con gusto cualquiera comisión en favor del reposo de esta República, y puede dirigirme á bordo sus instrucciones, que prometo desempeñar honradamente. Si al contrario mi oferta fuese inoportuna porque ó sea tarde ó porque el honor ó el interés de una de estas naciones exija ó importase luego la guerra, habré siquiera deshecho aquella calumnia y puéstome á cubierto ante la América de toda responsabilidad por los males que alguna de ellas sufra; especialmente cubriré mi conducta ulterior en la situación en que me coloquen las circunstancias, para que en ningún caso se juzgue que mis procedimientos son guiados por resentimientos personales, por enconos ó venganzas, á que de todo corazón renuncio cuando se trata del bien público, y que por justos que sean los pospongo á la dicha de los pueblos, á quienes siempre he consagrado mis constantes servicios. ¡Ojalá que no sea yo vengado ni por



los sucesos ni por la lucha de pretensiones entre los mismos que me han ofendido para que los pueblos no sean las víctimas!

»Habiendo pensado no bajar á tierra y recibir á bordo la contestación y el despacho de V. E., ruego que sea pronto, porque si el estado de mi salud permite cualquier sacrificio por la causa general, también reclama mi pronta llegada á Quito para completar mi curación. Es por esto que si el Gobierno peruano halla inútiles ó inoportunos mis oficios pacíficos, se dignará, en retribución á la buena fe y sinceridad con que he venido á ofrecerlos á la República, proporcionar un pequeño buque que de mi cuenta me conduzca á Guayaquil, siguiendo viaje hoy mismo si es posible.

»Dios guarde á V. E.—Por S. E. el Mariscal de Ayacucho, el edecán,

JOSÉ ESCOLÁSTICO ANDRADE.»

Las futuras vicisitudes del Gobierno de Bolivia y de otros puntos de la América del Sur son cuestiones de menor importancia, respecto á que el pueblo va siendo progresivamente más rico, más ilustrado, más libre, y, por consiguiente, más dichoso.

Al terminar nuestra relación sobre el Perú es satisfactorio tener que decir que desde la conclusión de la guerra de la Independencia la marcha de las mejoras no ha sido interrumpida y produce rápidamente adelantos en todos los ramos. La ilustración no hace menos progresos, y además de los jóvenes que envían para educarse á Inglaterra á expensas del Gobierno, muchas de las familias principales de Lima, Cuzco, Arequipa, etc., mandan sus hijos á Inglaterra, Francia ó á los Estados Unidos. Se han formado escuelas para la instrucción de los hijos de las clases pobres: una, bajo el sistema Lancasteriano, se estableció en Lima, por Mr. Thompson, y la dirige actualmente D. José Morales, joven peruano instruído



en Londres con ese objeto. Está patrocinada por el Gobierno, y los ministros de tiempo en tiempo asisten á sus exámenes. A principios de 1828 más de trescientos alumnos se contaban en este establecimiento, puestos en él por sus padres. Los libros se buscan, se leen y devoran, y es ciertamente una fortuna que el juicio delicado y espíritu emprendedor de Mr. Ackermann le hayan inducido á hacer traducir para uso de la América del Sur obras prácticas y elementales que sin duda serán de mucha utilidad. La propiedad territorial aumenta su valor, el cultivo mejora considerablemente y el aspecto general de las cosas da justos motivos para creer que no será en vano la sangre que se vertió en el suelo de la América del Sur.

Los negocios y acontecimientos de Chile, que ocuparon una parte principal de las primeras páginas de estas Memorias, exigen ahora que volvamos á tratar de ellos.

A fines del año 1818, el supremo dictador O'Higgins nombró los miembros de una comisión para extender una Constitución provisional, la cual fué hecha y jurada á los pocos días de su promulgación; pero esta Constitución provisional era únicamente una sarta de mal ordenadas disposiciones, y quedó muy lejos de satisfacer las justas esperanzas del pueblo. El director nombró un senado compuesto de cinco individuos; pero sus poderes eran tan indefinidos y su influencia tan equívoca, que tendía más bien á robustecer y dar apoyo á las facultades dictatoriales que á contrabalancearlas.

En 1822 convocó O'Higgins una Convención preparatoria para determinar sobre las bases de un futuro Congreso constituyente. Los miembros de la Convención fueron elegidos por los Ayuntamientos, pero bajo tan directa y vergonzosa intervención de la parte del Gobierno que le atrajo el odio general, y éste se aumentó aún por haberse abrogado la Convención las atribuciones de un



Congreso general constituyente y haber pretendido intimidar al ministro de Hacienda D. José Antonio Rodríguez Aldea, á los que se opusieron á aquella medida.

Indignados los chilenos al ver un Gobierno absoluto sostenido por una Constitución nominal, recurrieron al único medio que les quedaba, y á la sublevación general de los habitantes de las provincias se siguió el de los de la capital en el mes de Enero de 1823. El ministro Rodríguez, que había continuado adicto á la causa de los realistas hasta el último momento, se hizo aborrecer por sus tiránicas providencias y por su vergonzosa dilapidación de los caudales públicos, y fué arrojado del ministerio y del Poder; pero desgraciadamente este hombre era favorito del general O'Higgins, el cual se vió obligado, en consecuencia del aspecto de las cosas, á ceder á la opinión pública, haciendo dimisión de la suprema autoridad y se retiró al Perú. A excepción de un viaje acompañando al cuartel general de Bolívar en 1824, se ha empleado O'Higgins constantemente en el cultivo de una hacienda muy hermosa que le regaló el Gobierno peruano en tiempo del protectorado. De este modo terminó la carrera pública de uno de los hombres más grandes que ha producido la revolución de la América del Sur; su valor, integridad, patriotismo, desinterés y su capacidad merecen los mayores elogios, y los errores de entendimiento que cometió se han olvidado con el recuerdo de sus eminentes servicios y la bondad de su corazón.

A la dimisión de O'Higgins se convocó un Congreso y Freire fué elegido director de la República. Este general no goza de la reputación de ser un profundo hombre de Estado, pero es soldado valiente, y uno de los primeros actos de su presidencia fué atacar á la isla de Chiloe. Una expedición compuesta de unos tres ó cuatro mil hombres dió la vela desde Talcahuano; pero el sitio de desembarco fué elegido con poco discernimiento, hubo una cierta falta de resolución en el plan y se malogró por esa causa.



Una segunda expedición de cerca de cuatro mil hombres, á las órdenes del mismo general, se reunió en Valdivia y dió la vela el 2 de Enero de 1826, convoyada por los buques de guerra siguientes:

<i>La O'Higgins</i> .....	}	Almirante Blanco.
		Capitán Forster.
<i>La Lautaro</i> .....	>	Bell.
<i>La Independencia</i> .....	>	Cobbett.
<i>El Galvarino</i> .....	>	Winter.
<i>La Chacabuco</i> .....	>	Postigo.
<i>El Aquiles</i> .....	>	Worster.

El 8 verificaron un desembarco en la pequeña abra ó ensenada de la bahía de Huechucucay y tomaron inmediatamente el fuerte Corona. El 10 se completó el desembarco de las tropas; un batallón quedó para cubrir el movimiento del fuerte Aguy, mientras una fuerza correspondiente, á las órdenes del coronel Aldunate, continuó su marcha y tomó la batería de Balcacura. El 11 cambió su bandera el almirante Blanco, y dejando la *O'Higgins* fuera del puerto, entró dentro de la bahía con el resto de la escuadra, y toda ella ancló al frente de Balcacura: al apresar una lancha cañonera murió el teniente Oxley, segundo del *Galvarino*.

El gobernador Quintanilla, con más de tres mil realistas, tomó una fuerte posición en una altura sobre el lado Suroeste de la bahía, cubierta su izquierda por un bosque impenetrable y su derecha por la costa, y sostenida por tres lanchas cañoneras colocadas en un bajío de poco fondo. Las tres lanchas fueron apresadas por los botes de la escuadra á las órdenes del capitán Bell, y vueltas inmediatamente contra los realistas. De este modo su posición quedaba enfilada y se retiraron; entonces avanzó el general Freire, ocurrieron algunas escaramuzas, Quintanilla capituló y la bandera española cesó de temblar para siempre en el territorio chileno.



El coronel Aldunate, los mayores Marure \*, Asagra \* y Tupper, natural de Jersey, y el capitán Bell, de la marina, se distinguieron particularmente.

Algún tiempo después de esta conquista importante hizo el general Freire dimisión de la dirección suprema de los negocios; el almirante Blanco ocupó entonces su puesto, que desempeña actualmente el general Pinto, hombre de sentimientos liberales y cultivado entendimiento. El Gobierno ni es fuerte ni posee rentas superabundantes; sin embargo han desaparecido los actos de tiranía y opresiones locales, y puede decirse que Chile goza un grado de libertad desconocido hasta ahora en aquella parte del mundo. Con respecto al país en general el adelanto es más sorprendente y decisivo. El valor de la propiedad territorial ha subido á más del doble; Santiago, Valparaíso y algunas de las ciudades y pueblos principales han hecho grandes adelantos en el buen gusto; pero es de desearse que la introducción de la tan decantada civilización europea no desterrará la hospitalidad, bondad de corazón y otras virtudes inherentes al carácter chileno entre los vicios que les legaron sus opresores. Chile es la Italia de la América del Sur, y solamente le falta un Gobierno bueno permanente y una libertad racional para ser uno de los primeros y más apetecibles países del mundo.

Naturalmente se ofrece la pregunta, ¿cuáles serán en lo futuro las relaciones de la América española con la Península?

Una prueba del espíritu ó disposición de olvidar las querellas pasadas que tienen los americanos del Sur puede percibirse en la libertad que los españoles han gozado en Chile, Perú y Buenos Aires, aunque aquellas Repú-

\* Estos oficiales tuvieron una gran parte por su valor y excelente conducta en la acción de Mirabe, y otras varias ocurridas en los Puertos Intermedios.



blicas están aún en guerra con España. En Lima, Arequipa, Buenos Aires, Santiago, Potosí y otros puntos, los españoles forman una parte considerable de las gentes de más influencia en la sociedad. La propiedad española, con sobrecargos españoles, se admite libremente en buques neutrales, procedentes de puertos también neutrales. Los españoles son empleados algunas veces en destinos civiles de grande importancia, y frecuentemente en mandos militares. En Bolivia, el que era secretario de Estado, D. Facundo Infantes, es un español que salió de la Península con objeto de reunirse al virrey La Serna, y llegó al Perú después de la batalla de Ayacucho. La liberalidad de los americanos del Sur forma un contraste chocante con el tratamiento que recibieron de las Cortes en sus ultra liberales días; pues aunque es cierto que las Cortes acordaron algunas leyes tan sabias, dulces, benéficas y protectoras, como las mejores leyes del Consejo de Indias, en uno y otro caso fueron únicamente leyes escritas y á cuya observancia no trataron de dar fuerza. No solamente el Gobierno constitucional estuvo ciego con respecto á los intereses más preciosos de la España negando hacer justicia á la América, sino que, arrastrado por preocupaciones antiguas, dió pasos efectivos para evitar que las otras naciones reconociesen su independencia.

En 29 de Noviembre de 1821 Bardaxi, ministro de Estado, dirigió una fuerte nota al encargado de Negocios portugueses en Madrid, sobre el reconocimiento de la Independencia de Buenos Aires por la Corte de Río Janeiro.

El 10 de Mayo de 1822 dirigió el ministro de Estado, D. Francisco Martínez de la Rosa, una nota circular á los ministros de las naciones aliadas, no solamente para disuadirlas del reconocimiento de los nuevos Estados, sino manifestando el peligro que tal ejemplo ofrecía á la legitimidad,



Estos documentos, que están en poder de un caballero que se halla actualmente en Londres, prueban de un modo inequívoco la extrema locura de los constitucionales con respecto á los asuntos de América.

Esta extraña política sería increíble si no se supiera que el mismo país, que con razón puede jactarse de tener quizás el mejor paisanaje del mundo, produce al mismo tiempo, por desgracia en abundancia, declamadores infatuados de cortas miras en política. Los americanos del Sur han pecado más frecuentemente por una equivocada dulzura que de indebida severidad hacia los habitantes de la que, por una burla afectada, llaman MADRE PATRIA, pero que con más propiedad podrían apellidar MADRASTRA CRUEL, que chupaba la sangre de sus huérfanas Colonias. Si los españoles residentes entre los patriotas, durante la lucha para alcanzar la independencia han sido tratados algunas veces con dureza, generalmente se atraieron ellos mismos aquel tratamiento por su inquietud y sus intrigas para formar una contrarrevolución. Excepto cuando tomaban parte con las facciones ó cuando el país se hallaba en peligro por la inmediata proximidad de las tropas españolas, los españoles residentes rara vez sufrieron ni aun una rígida vigilancia.

Sabemos, sin embargo, que en una ocasión fueron enviados desde Lima al Callao con escolta y en el término de una hora del aviso y en una forma brutal, 800 ó 900 españoles; pero aquella medida fué en consecuencia de haber derrotado los realistas al general Tristán en Ica, y suponían á los realistas en marcha contra la capital. Era notorio que muchos de los españoles residentes en ella estaban en correspondencia con los realistas, y los invitaban á ir á Lima; pero á pesar de la necesidad de que todos los españoles fuesen expelidos de la capital, respecto que muchos de ellos eran conspiradores, los autores de aquella horrorosa excepción á la general lenidad observada por los americanos del Sur con los espa-



ñoses, no la ejecutaron sin que merecieran la censura pública, y algunos el castigo. La manera bárbara en que aquella medida de precaución se ejecutó, fué públicamente reprobada en aquel tiempo por todos los buenos patriotas del ejército libertador y por la masa de los habitantes. Monteagudo, autor de aquel acto, fué poco después declarado fuera de la ley, y escapó de que el pueblo le hiciese mil pedazos, huyendo á bordo de un buque neutral en el Callao. A su regreso á Lima, tres ó cuatro años después desde Quito, murió asesinado. Su colega el apóstata político Torre-Tagle, que era entonces delegado supremo, pereció miserablemente en el Callao en 1825.

El fantasma de la invasión de Méjico desde la Habana ha conservado los sentimientos de hostilidad primeros en aquella parte de la América, y ha sido la causa de las medidas rigurosas que han adoptado los mejicanos. Algunos de los constitucionales aún conservan la idea extravagante de que la reconquista de aquel país no solamente es practicable, sino que se haría con poca dificultad. Lean los llamados liberales la preciosa obra de Mr. Ward, y si aún no quedan convencidos de la ninguna esperanza de subyugar nuevamente á Méjico, entonces podrá llamárseles incorregibles é incurables.

Cuando los Estados Unidos de la América del Norte dieron el primer grito de independencia, ¿cuántos de los hombres de más representación y carácter distinguido, de dentro y fuera del Parlamento inglés, y cuántos escritores de genio eminente y honradez conocida, no abogaron por su causa y estimularon sus gloriosos hechos? Pero en España, ¿qué pluma escribió ó qué boca pronunció las palabras: «Sea independiente la América\*?» Dis-

\* Miles de plumas reclamaron la independencia americana, y millares de labios pronunciaron en España esas palabras y dentro mismo del Congreso Nacional por diputados españoles; pero la guerra en América era ya entre americanos. Divididos



cursos floridos y leyes no ejecutadas es lo que las Cortes emplearon algunas veces para *dorar*, no para *romper* las cadenas que sujetaban á la América; pero al mismo tiempo los americanos estaban tratados *de facto* por el

en partidos, lidiaban aún por la victoria; y la nación española lo que quería y quiere es que la América sea feliz é independiente y se gobierne por sí misma; pero conservando los vínculos que deben unir á ambos países. A esto se dirigían los pasos de los liberales que tan sin razón se atacan por algunos escritores americanos, de donde el autor de estas Memorias habrá sin duda sacado estas acusaciones. Puede muy bien que haya alguno ó algunos pocos que pasan por liberales que no lo sean, ¿pero por ese ó esos debe juzgarse al partido en general? ¿Será justo hacer que recaiga sobre todos, lo que positivamente corresponde á tan corto número de individuos? ¿Entre los americanos que más figuran actualmente no hay muchos que fueron diputados en las Cortes españolas, y de acuerdo con los liberales franquearon gran parte de los obstáculos que se ofrecían á la independencia? ¿No son esos los títulos que presentan para alcanzar el respeto y consideración que han merecido? ¿Cómo, pues, y por qué encarnizarse contra el partido liberal, cuando sin él no habría sido libre la América? No hay un liberal sensato, que aun cuando fuese posible la reconquista de la América (que no lo es) la deseara, ni influyese en que se verificase. La España ha debido sufrir una terrible crisis al perder sus colonias; pero pasada, gana mucho la nación con perderlas, y las ventajas principian ya á notarse, aún con el Gobierno torpe y desmoralizado que actualmente la oprime. Persuádanse los americanos, que ni los liberales, ni la España como nación, son enemigos de su independencia; y sepan también que si la libertad se perdió en España fué porque todas las naciones se conjuraron contra ella, y sin exceptuar á ninguna, todas influyeron, ya más ó ya menos, en la destrucción de un sistema que ofrecía comparaciones que querían evitar para perpetuar los abusos, y no por que la nación no la quisiera, ó los liberales no fuesen capaces de sostenerla y consolidarla. Sucumbió el imperio más formidable que se ha conocido jamás al peso enorme de la Europa combinada, ¿qué extraño es que sucumbieran unas instituciones que tenían á la Europa en contra al jefe del Estado, cuya sanción necesitaban las leyes y que elegía los ministros, y al clero fanático que veía desaparecer los abusos que injustamente lo enriquecen, á costa del bien y prosperidad nacional?—*Nota del Traductor.*



Gobierno español, de un modo que avergonzara al Diván de Constantinopla.

En Junio de 1821 llegaron á Madrid los señores Revenga y Echevarría, como comisionados de Colombia, por expresa y especial invitación del Gobierno constitucional existente en aquella época, con objeto de discutir y ajustar las diferencias entre España y Colombia. El señor Zea, enviado de Colombia en Inglaterra, pasó á Madrid para unirse á los comisionados y asistir á sus deliberaciones. A la llegada de estos caballeros tuvieron una entrevista de mera introducción con el ministro Bardaxí; y aunque luego en los noventa días que permanecieron, escribieron repetidas veces al Sr. Bardaxí, nunca pudieron obtener una segunda entrevista con aquel ministro *liberal* del Gobierno *liberal* de España. Al final de este período se hallaron sumamente sorprendidos al recibir una orden para salir de la capital en el término de veinticuatro horas; Revenga y Echevarría salieron de Madrid el mismo día que recibieron la orden; pero á Zea que había sido prefecto de Málaga en tiempo del rey José, y cuyos conocimientos y reputación literaria le daban considerable influencia, le permitieron permanecer cuatro ó cinco días más. Aún, y á pesar del egoísta liberalismo español, la América del Sur consigna al olvido magnánimamente sus errores, y guiada por una política ilustrada admite en su suelo á aquellos mismos hombres que fueron tan obstinados en no reconocer su libertad. A los españoles de pacíficos hábitos que piden un asilo y quieren conformarse á las leyes, la América del Sur tiende sabiamente sus brazos y ofrece hospitalidad; pero contra la España mientras sea su enemiga, los Estados de América son tan impenetrables, como las puertas del cielo lo son para los ángeles rebeldes.



## CAPÍTULO XXXIII

---

*Miguel Fernández.—Viaje desde Potosí.—Jujuy.—Salta.—Señoras de Salta.—Provincia de Salta.—Doctor Redhead.—General Arenales.—Regalan al general Miller una grande extensión de terreno.—Tucumán.—Franco modo de mudar de gobernadores.—Santiago del Estero.—Córdoba.—Mariscal Beresford.—General Paroissien.—Buenos Aires.*

Como los ejemplos individuales tienden á ilustrar el carácter de un pueblo en general, se presentan los siguientes pormenores pertenecientes á un joven peruano que dejó enfermo el general Miller en Potosí.

Cuando Miller desembarcó en Supe en 1824 á su regreso de Chile, se le presentó un joven muy bien parecido, y con lágrimas de gozo hizo á su general la siguiente relación: «Yo soy—dijo—el tambor Miguel Fernández que se pasó á usted en la montaña de Puruchuco cuando usted iba persiguiendo á los realistas en 1821, y que sirvió después en la misma clase de tambor en su batallón. En la batalla de Moquegua fuí hecho prisionero y obligado á servir otra vez en las tropas del rey; pero deserté nuevamente con 28 individuos dispersos del ejército del general Alvarado, y formamos una guerrilla en el valle de Tambo. Nuestra intención era abrirnos paso hasta Ocoña; pero pronto supimos que usted se había marchado más cerca de Lima, y nos vimos estrechamente perseguidos por las partidas que enviaron contra nosotros de Arequipa. Frecuentemente tuvimos que



dispersarnos y reunirnos donde y como podíamos; pero nunca robamos ó hicimos mal á los habitantes, ellos nos favorecían en nuestros apuros y atendían á nuestras necesidades hasta que estábamos en disposición de salir en busca de los realistas. Tuvimos con ellos muchas escaramuzas; pero, generalmente, salimos bien de ellas, y algunas veces les quitamos los caballos de la caballería cuando estaban pastando á la noche en el campo. Al fin, enviaron una formidable partida para recorrer el valle, y no pudimos permanecer en él más tiempo. En aquel conflicto huimos á Ilo: tomamos posesión de una lancha cubierta que había en el puerto, y dimos la vela sin brújula á favor del viento, hasta que tuvimos la buena fortuna de llegar á este puerto hace una semana. Yo soy sargento en la partida de montoneros; pero me arrancaría gustoso los galones del brazo, si usted me admitiera de asistente suyo, ó me permitiera seguirle en clase de ordenanza.» El joven solicitó aquella gracia con tal vehemencia que Miller se la concedió, y permaneció en su servicio hasta que salió de Potosí para regresar á Inglaterra. En la campaña de 1824, jamás estuvo separado de su amo veinticuatro horas seguidas, y se distinguió por una serenidad en el peligro superior á la que debía esperarse de su edad, particularmente en Chuquibamba y otros puntos dentro de la línea de los realistas cuando la partida de reconocimiento con que Miller se había adelantado estaba cortada, y parecía imposible poderse retirar; en las batallas de Junín y Ayacucho se mantuvo siempre al lado de su amo. Miller le ofreció hacerle cadete; pero el joven le estimaba tanto, que prefirió permanecer como estaba. Este mozo era el hijo menor de un capitán al servicio español que había dejado al morir á su mujer con un crecido número de hijos. En la vivacidad de sus maneras había una cierta mezcla de respetuosidad y gentileza; era vivo, inteligente y de inalterable buen humor. Nacido en Lima, tenía lo que se



llama la labia de limeño, esto es, que era uno de aquellos que podía de una sentada contar divertidas anécdotas de una manera agradable, desde la mañana hasta la noche. El único defecto que tenía como criado era que casi siempre estaba enamorado aunque cambiase con frecuencia de residencia.

Habiendo salido Miller de Potosí el 26 de Noviembre, llegó á Jujuy\* el 5 de Diciembre, después de una penosa marcha á caballo de 133 leguas, en donde descansó dos noches. En la mañana siguiente á su llegada recorrió las inmediaciones del pueblo, acompañado por el gobernador y algunos habitantes, los cuales le señalaron la casa que había ocupado el general La Serna, y la cual tuvo que hacer cercar con un parapeto. Los restos de otros parapetos y obras de defensa, se conservaban aún visibles en diferentes puntos del pueblo, y todo confirmaba lo que se ha dicho en uno de los capítulos anteriores sobre la extrema dificultad de mantener una fuerza de tropas regladas, por numerosa que sea, en medio de los gauchos. También le mostraron algunas sendas estrechas, talas de árboles y otros puntos que sirvieron á los gauchos de emboscadas, desde donde caían repentinamente sobre los realistas y les causaban pérdidas considerables.

El país que circunda á Jujuy es muy hermoso, y forma un contraste agradable con el aspecto triste, escabroso y solitario del que se encuentra desde Potosí hasta la quebrada de Humaguaca, desde donde la naturaleza principia á ofrecer sus producciones, y continúa embelleciendo más y más el terreno á cada paso hasta llegar á Jujuy, que dista unas 20 leguas de Humaguaca. El valle de Jujuy parece una magnífica alameda que conduce á las Pampas, las cuales contrastan admirablemen-

\* Jujuy dista cuatrocientas treinta y tres leguas de Buenos Aires, y quinientas cuarenta y una de Lima.



te con las inmensas montañas que se dejan á la espalda; y no es menos notable el aspecto diferente que ofrecen los habitantes de uno y otro país. El tímido indígena del Alto Perú, criado en una degradante esclavitud, es tan sumiso que escasamente parece pertenecer á la especie humana, mientras que por el contrario el gaucho lleva pintada en la frente la libertad que goza, y en sus acciones y movimientos la independencia en que se crió. El gobernador quiso obsequiar al general Miller dando un baile para que conociese las bellezas del pueblo, que aunque algo esquivas, tienen fama de muy hermosas; pero este bondadoso obsequio no pudo verificarse, porque una fuerte lluvia impidió salir de sus casas á las señoras, pues en todo el pueblo no había más que un carruaje cubierto, y para mayor desgracia estaba en aquel momento descompuesto. Sin embargo, cuatro ó cinco señoras de las inmediaciones fueron á caballo, y bailaron el minuet y el fandango con mucha gracia y destreza.

A la mañana siguiente continuó su viaje el general Miller, y como sabía que los comerciantes salteños residentes en Potosí, habían escrito á sus amigos en Salta pidiéndoles que le hiciesen un buen recibimiento, y oyó decir en su marcha que las autoridades públicas habían hecho preparativos para salirle á recibir fuera de la villa, aceleró su marcha y llegó un día antes del en que le esperaban, entrando de incógnito en la tarde del 7 de Diciembre. En vez de ocupar una casa que le tenían preparada, fué á alojarse en casa del señor D. Facundo Zuviría, á quien había sido particularmente recomendado por su buen amigo el señor de Uriburu. El 11 dieron una gran comida al general Miller, en la cual ochenta señoras y caballeros se sentaron en mesas colocadas bajo toldos en el patio interior de la casa del señor Zuviría. Al día siguiente le dió el gobernador otra comida, y dos magníficos bailes en su obsequio se celebraron después.



Las mujeres de Salta son de gracioso personal; tienen una elegancia natural en sus maneras, y unen una viveza interesante á la suavidad insinuante y cautivadora, tan general en las señoras de la América del Sur. Andan y bailan con toda la gracia y flexibilidad encantadora de una Vestris, y cual ella, muchas poseen un gusto exquisito para la música. Las salteñas tienen también mucha fama de ser buenas casadas; y siempre que las fuerzas realistas estaban en posesión de Salta, aunque por poco tiempo, muchos de los oficiales contraían matrimonio. Las primeras clases de la sociedad son de nobles inclinaciones, sociables é instruídas. El único inglés que residía en aquel punto, era el doctor Redhead, físico eminente: este caballero pasaba casualmente por Salta unos diez y siete ó diez y ocho años hacía, y le agradó tanto aquel sitio, que ha continuado viviendo en él desde entonces, y es sumamente respetado por sus buenos modales y su grande capacidad en su profesión. El doctor Redhead no ejerce su profesión; pero da su opinión en casos difíciles, por cuyo servicio rara vez recibe otra remuneración que la de ser admitido generalmente á la mesa de sus amigos, y algunos agasajos del producto de sus heredades.

Sea por la romántica novedad de algunos sitios de la América del Sur, la salubridad del clima, la libre y franca comunicación de las clases más ilustradas, ó sea que existan algunos atractivos en el estado de la sociedad que no ha pasado de cierto grado de civilización, lo cierto es que pocos extranjeros han residido en Chile, Perú, ó en los pueblos principales de las Pampas, por cualquiera espacio de tiempo que haya sido, que no deseen ardientemente volver á ellos. En este número pudieran nombrarse diferentes oficiales de marina europeos que han navegado por el Mar Pacífico y que han manifestado estos sentimientos, aunque forman parte de la sociedad primera y escogida de Inglaterra y de Francia. Los



países que no han llegado al pináculo de la cultura, tienen atractivos peculiares como las naciones más civilizadas. Cada grado de civilización posee sus ventajas; pero las que ofrecen los primeros á los que casualmente residen en ellos, llevan una decidida preferencia. La virtud de la hospitalidad, desterrada por el lujo y refinamiento, se presenta en el Nuevo Mundo bajo formas tan nobles y agradables, que tanto al filósofo como al fatigado caminante, le hicieran temer la proximidad de la facticia civilización que pudiese acabarla.

En las Pampas, donde la falta de comestibles es desconocida á la persona más miserable, la avaricia que en sus temores para el día de mañana hiciera mirar con apatía ó desdén las necesidades del pobre ó del forastero, no puede tener efecto; y por lo tanto, los bondadosos oficios y servicios particulares se rinden más libremente y con mayor desinterés que en regiones menos abundantes. Además de estas razones, la reunión de sociedad en un país de poca población y esparcido, hace que la llegada de un forastero á una hacienda aislada sea un motivo de satisfacción; y si su apariencia no da motivos para sospechar, el carácter de forastero es título bastante para ser bondadosamente recibido, sin que el ser rico ó pobre influya lo más mínimo en su recepción.

Los naturales de la América del Sur son festivos y aficionados á bailar, á la música y al canto; y se hallan pocos, sean ricos ó pobres, que no sobresalgan en uno ú otro de estos adornos. En los países más calurosos, no solamente ejecutan las gentes sus labores al aire libre, sino sus diversiones; y como el canto constituye una parte esencial de las últimas, el continuo ejercicio de la voz la armoniza y da fuerza. Quizás ninguna ópera en Europa ofrecería á un oído natural y sin viciar, tanto gusto como el que gozaría en Cuzco, Arequipa y otras ciudades donde cantan las antiguas canciones peruanas con la rica, melodiosa y entonada voz de los naturales.



Los americanos del Sur tienen mucha viveza intelectual y una grande retentiva: el ejemplo siguiente puede citarse como una muestra extraordinaria de la última facultad. El anciano y patriota Guarachi, natural de La Paz, y de sangre pura indiana, que tenía una posada en Curicabe, entre Valparaíso y Santiago, y el cual fué uno de los acuchillados en la cárcel de Santiago cuando los asesinatos de Sambruno, podía repetir casi toda la historia de Carlos V, por Robertson, y estaba mejor enterado de la historia de Inglaterra que la mayor parte de los ingleses. Este hombre hablaba de la Reina Boadicea, y le era tan familiar la historia de las guerras civiles entre las casas de York y Lancaster, como si hubiese ocurrido en su propio país durante su vida. Había sido criado por los jesuítas, y era conocido por el nombre de «Emperador de la China», porque frecuentemente divertía á sus huéspedes con largos cuentos sobre el *imperio celestial*.

Los peruanos, y particularmente los indígenas, tienen gran disposición natural para la pintura y escultura, y en la primera siempre sacan los cuadros muy parecidos; pero como no conocen los principios del arte, sus pinturas no tienen otro mérito que la semejanza. Sin embargo, hay una figura de mujer, hecha en 1711 por un natural de Quito, la cual está considerada como una de las mejores pinturas de una colección muy buena perteneciente á Minheer Vandermarlin de Bruselas. Esta interesante pintura ha sido desgraciadamente desfigurada por orden de uno de sus antiguos propietarios, á cuyo mal gusto chocó la voluptuosa verdad y la naturalidad del pecho, y mandó á un artista sin mérito que se lo cubriese. Un indígena en Arequípa esculpió en madera algunas figuras de los Incas, las cuales enviaron á Alejandro, Emperador de Rusia, y S. M. quedó tan satisfecho de ellas, que envió la Orden de Santa Ana y una caja de tabaco con su retrato, guarnecido de brillan-



tes, al caballero que había empleado al escultor indígena.

Salta es una de las provincias federadas de la República del Río de la Plata. El general Arenales, español de nacimiento, era en aquel período gobernador de ella, y el cual es uno de los más distinguidos defensores de la causa de la independencia, en la que fué gravemente herido varias veces, y se hizo conocer por la rígida incorruptibilidad de su carácter. Este general salió de Valparaíso con el ejército libertador y es uno de los amigos más antiguos de Miller. Arenales, aunque de setenta años de edad, es sumamente activo. Este general tiene una grande cicatriz de una cuchillada en un carrillo, que hace aún más interesante su aire veterano. El todo de su persona es sumamente parecida á la de Farren en el papel de Oxenstiern en la comedia de la *Joven Reina*, excepto que Arenales se dobla un poco bajo el peso de los años.

La provincia está situada entre el 21° y 27° latitud Sur; su parte occidental pertenece á la gran cadena de montañas de la cordillera y abunda en metales: en uno de los intervalos, entre los brazos colaterales más bajos de los Andes, está colocada la capital. Al lado oriental de la ciudad el país es llano, y continúa siéndolo hasta las mismas orillas de los ríos Bermejo y Panamá. Estos llanos, llamados Llanos de Manso y el Gran Chaco, están poblados únicamente por indios incivilizados, pues á no gran distancia de Orán y poco más allá, al Sur del río Salado, va disminuyendo gradualmente la población española ó criolla hasta reducirse á la nada. El clima de las diferentes partes de la provincia varía, en proporción que están más ó menos elevadas desde el hielo hasta el calor de los trópicos. Estas diferencias de temperaturas se conocen sensiblemente aún en cortas distancias: por ejemplo, en los meses de verano, cuando el termómetro de Fahrenheit está á 80° en el pueblo de Salta, el aire es



fresco y agradable en la hacienda de San Lorenzo, distante únicamente dos ó tres leguas; y después de ponerse el sol el aire es tan fresco, que la capa que no pudiera resistirse en el pueblo es casi indispensable en la hacienda. El país es en general saludable, y la única enfermedad endémica son las tercianas, pero éstas son generales solamente en los terrenos más bajos y ceden á remedios comunes y conocidos.

La población de la provincia no se conoce á punto fijo, pero la proporción de uno ó dos habitantes por legua cuadrada puede considerarse como un cálculo aproximado. El pueblo de Salta contiene unas cinco mil almas, Jujuy dos mil, y diez ó doce pueblos pequeños pueden calcularse, uno con otro, á ciento cincuenta cada uno: el resto de la población está esparcida en haciendas.

El ganado es la principal producción de la provincia; antes de la revolución se presentaban anualmente en la feria de Salta para venderse de sesenta á ochenta mil mulas, pertenecientes la mayor parte á Córdoba y Santa Fe. El Gobierno recibía en aquel tiempo un duro por cada mula que enviaban al Perú, y cuyo impuesto se llamaba sisa; pero únicamente producía 50.000 duros al año, puesto que un gran número lo extraían del país de contrabando. Los propietarios de las haciendas en que las mulas invernan recibían un duro por cabeza por el transcurso de él. De diez y seis á diez y ocho mil cabezas de ganado vacuno se exportaban igualmente al Perú cada año: el derecho de sisa impuesto sobre ellas eran quince reales de vellón por cada una. Jabón, sebo y carne curada eran también artículos de exportación. Los retornos eran generalmente en pesos duros y la moneda abundaba entonces en la provincia de Salta; pero se ha disminuído mucho desde aquella época por la interrupción de tan lucrativo comercio durante la revolución.

Con tales ventajas habían descuidado todos los otros ramos de industria, y aunque la provincia contiene mi-



nas de oro, plata, cobre y plomo, ninguna de ellas se explotaba á excepción de las minas de oro de la Rinconada, y aun éstas lo estaban muy superficialmente. Tal vez la principal razón de esta negligencia será la oposición que tienen los gauchos á cualquiera trabajo penoso; pero cuando esta provincia llegue á estar más poblada, sus riquezas minerales dejarán de estar en el abandono en que lo están actualmente. El algodón, tabaco, trigo, cebada, maíz, miel y cera se dan bien en esta provincia; la cochinilla se halla en algunas partes y el índigo es indígena en el país; pero aun de estas plantas solamente cultivan el trigo, maíz, algodón y tabaco. Aunque la vid es bastante general, llevan los vinos y aguardientes desde San Juan y Rioja. En los últimos años han plantado la caña de azúcar en dos ó tres posesiones, y el arroz lo han cultivado en Campo Santo. Poseyendo excelente madera en su territorio, aún depende Salta para tablazón y muebles de uso doméstico de Tucumán.

Salta está situado en el camino de Buenos Aires á Lima, yendo por Potosí. Una cantidad considerable de cueros y de sebo se envía á Buenos Aires, distante cuatrocientas leguas, por medio de carros tirados por bueyes, los cuales vuelven á Salta cargados de mercancías europeas, desde donde las conducen con mulas á Potosí, etc., etc. Es probable que una gran parte de esta larga conducción por tierra se ahorrará, transportando por el río Bermejo los efectos, el cual principia á ser navegable á unas sesenta leguas de Jujuy y á setenta de Salta: el río Bermejo desagua en el río Paraguay, más abajo de la Asunción.

El general Miller permaneció en Salta ocho días, pero antes de su partida, autorizado el gobernador por la Junta provincial le hizo donación de un terreno en la orilla derecha del río Bermejo, de seis leguas de largo y cuatro de ancho, que equivale á unos ciento cincuenta mil acres ingleses. Los títulos legales de esta donación se



los presentaron del modo más lisonjero y honorífico, y en testimonio, como el general Arenales decía en su oficio de remisión, de la admiración y gratitud de los salteños á los servicios del general Miller en la causa de la Independencia de la América del Sur.

Después de dar poderes á su amigo D. Facundo Zuviría para tomar posesión legal y formal del terreno, y comprar ganado para que se criase en él, le dejó el general Miller una orden para tomar una cantidad proporcionada para comprar un pequeño pedazo de terreno en el pueblo de Salta para construir en él una casa; y salió de Salta el 16 de Diciembre, poseído del más vivo agradecimiento hacia sus dignos habitantes. Miller había comprado un carruaje de dos ruedas construído en Buenos Aires, y los cuales generalmente llevan tres caballos, montado un postillón en cada caballo; dos de estos postillones siguieron todo el camino hasta Buenos Aires y el tercero se relevaba en cada parada para volver los caballos. El 19 llegó Miller á Tucumán, donde fué bien recibido por su gobernador el coronel La Madrid, oficial que había desplegado grande bizarría en el curso de la revolución. Este hacía poco tiempo que tenía el mando, pues pocos días antes había depuesto á su antecesor el coronel López. La Madrid había sido comisionado por el Gobierno argentino para recorrer las provincias, con objeto de acelerar por medio de su actividad é influencia la marcha de los contingentes de ellas que debían aumentar el ejército de Uruguay, de observación en aquel tiempo de los brasileños. Creyendo aquélla una oportunidad favorable para vengar la muerte de un pariente suyo, que algunos años antes había sido gobernador de Tucumán, y el cual fué depuesto y condenado á muerte con otros individuos por orden de López, que tomó entonces el mando de la provincia, reunió La Madrid una partida de gauchos, y en una acción que tuvieron á menos de una legua de la ciudad, López fué batido



y se refugió á Salta. Esta irregularidad de conducta le fué dispensada en consideración al apoyo que daba La Madrid al Gobierno general. Ultimamente ha sido depuesto por un partido rival, y fué gravemente herido en un reñido combate gaucho. Si hubiese sido hecho prisionero habría sufrido la suerte de su tío; pero escapó y se refugió á Salta, como había hecho su predecesor.

Tucumán, capital de la provincia del mismo nombre, está situada en el 27° latitud Sur, y cuyas casas son en general de inferior calidad. Esta ciudad ocupa un lugar distinguido en la historia del país, pues en ella fué donde Belgrano derrotó á D. Pío Tristán, y en ella fué donde se reunió el primer Congreso argentino, y publicó su declaración de independencia, y su famoso manifiesto en 1816. La provincia es fértil, y produce arroz de superior calidad, maíz, trigo, tabaco, naranjas, melones y camotes de un tamaño extraordinario. Los pastos de la provincia son también muy celebrados y hacen excelente queso, el cual está considerado como igual al queso parmesano; el país tiene agua y arbolado bastante, y como es montañoso y quebrado, es variado y frecuentemente hermoso.

El general Miller salió de Tucumán el 22 y llegó á Santiago del Estero, que es la capital de la provincia del mismo nombre, donde fué cariñosamente recibido por el gobernador. Inmediatamente le prepararon un baño, y á las dos sirvieron una comida abundante, después de la cual se fueron todos á dormir la siesta. A las seis salieron á caballo á dar un paseo alrededor del pueblo y sus inmediaciones, durante cuyo tiempo andaban mensajeros, comisionados por el gobernador, convidando á las señoras para aquella noche, y con efecto, hubo un baile familiar y muy agradable.

Entre los que comieron en la mesa del gobernador estaba un inglés que había residido muchos años en aquella parte del mundo. Este hombre había sido ciru-



jano, pero entonces era comerciante; gozaba la entera confianza del gobernador, y suponían que era su consejero. El gobernador era sumamente apasionado por los ingleses, y dijo que tenía dos hombres en su escolta que habían pertenecido anteriormente al ejército inglés, que eran muy fieles y podían montar á caballo como los gauchos; pero que les gustaba con demasía la bebida. El nombre del general Beresford se oye repetir con frecuencia en aquel camino, y los naturales preguntan particularmente si «el guapo Beresford» vive aún; todos convienen en que él les enseñó á ser soldados, y hacen muchas preguntas sobre su suerte y su carrera desde que salió de aquel país.

El pueblo de Santiago del Estero no contiene mucho más de 3.000 habitantes, y el todo de la provincia puede computarse á 50.000; su territorio es muy extenso, su suelo excesivamente fértil y el trigo produce más de setenta por uno. Como sucede en la mayor parte de la América del Sur, lo siembran esparciéndolo sobre la tierra ligeramente removida ó solamente rozada, sin que nunca se ocupen en limpiar el terreno de los árboles ó arbustos que tenga; jamás lo escardan después de nacido, y cuando está maduro el grano lo siegan y trillan con yeguas ó bueyes.

La forma de arar inglesa se ha ensayado en algunas partes del país; pero se ha hallado que no producía buen efecto. Con frecuencia los europeos así que llegan á América manifiestan demasiado celo para introducir los métodos del país de su nacimiento; pero una corta experiencia pronto les convence que el camino más sabio y prudente es adoptar el sistema de los naturales, el cual podrá, sin duda, mejorarse, pero no suprimirse. Tanto en la agricultura, como en minería y otros ramos deben introducirse gradualmente las mejoras para que produzcan un beneficio general; y los europeos deben aprender *un poco* de los naturales, si desean lograr enseñarles *un*



*mucho*. Los americanos del Sur no están libres enteramente de preocupaciones religiosas; pero son menos encarnizadas que las que desacreditan á otros países más antiguos. Rara vez procuran inquirir los sentimientos religiosos de un extranjero, ni hacen ostentación de los suyos, ni nunca en este punto manifiestan encono, á no ser que lo promuevan por comparaciones indiscretas y entusiastas algunos que tal vez son el objeto de su bondadosa hospitalidad. Las clases agricultoras de la América del Sur son también menos preocupadas en favor de las costumbres de sus mayores, que las que les corresponden en Europa. Los americanos del Sur tienen deseos de saber y fácilmente se les conduce de mejora en mejora; pero nadie gusta que le lleven por fuerza, y mucho menos personas que ignoran absolutamente las localidades.

Si un consejo ó junta agrícola hubiese principiado á ejecutar los proyectos que tan pulidamente se anunciaron en Londres de magníficas ciudades y pueblos rurales, con nombres poéticos, planos de iglesias, villas, cabañas ostentosas, casas de campo, portadas de parques, etcétera, etc., los gauchos no habrían tenido malicia bastante para preguntar dónde estaban las casas de locos para que residiesen en ellas los directores; pero se habrían encogido de hombros de un modo muy significativo á la idea de emplear enormes sumas en construir hermosos palacios en las Pampas. Sin embargo, aunque empresas en tal escala ó de tal magnitud deben destruirse por sí mismas, colonias pequeñas y bien reguladas serían de suma utilidad al país, y muy productivas á las personas que las estableciesen.

La mayoría de los habitantes de la provincia de Santiago del Estero habla únicamente la lengua *quichua*; y como cesa de hablarse á las pocas leguas al Norte de Jujuy, esta es una prueba aún existente de que el imperio de los Incas se extendía hasta los confines Sur de Tucumán.



mán, al cual pertenecía en aquel tiempo Santiago del Estero.

El 23 de Diciembre salió el general Miller de Santiago del Estero y llegó á Córdoba el 26. El Sr. D. José María Fragueiro, caballero de grande propiedad territorial, al mismo tiempo que rico negociante, había preparado en su casa una habitación para Miller; y tanto él como los numerosos parientes que tiene en aquella ciudad, le obsequiaron del modo más cordial, así como su gobernador el general Bustos. Córdoba está situada á los 31°15 latitud Sur, y es tal vez la ciudad más bonita de la América del Sur. Las calles son buenas, y las casas son grandes, cómodas y amuebladas con buen gusto. Muy pocas capitales de Europa tienen un paseo como la alameda de Córdoba, la cual ocupa un terreno que va en un declive suave, circundado de calles de majestuosos árboles, y en el centro hay un grande estanque con una isleta en medio, del tamaño únicamente preciso para servir de base á un obelisco. La plaza es un cuadrado muy hermoso, y la catedral y algunas de las iglesias son hermosos edificios. Córdoba contiene una Universidad, muchos conventos y fué el cuartel general de los jesuítas, los cuales fueron los fundadores de cuantos establecimientos merecen atención en aquella parte del país. Aún los frailes conservan mucha influencia en Córdoba. Como esta será la última vez que haremos alusión á la Santa Iglesia, se introduce el siguiente hecho:

Una cédula del rey de España, promulgada por el Consejo de Indias el 4 de Febrero de 1825, y dirigida á los arzobispos y obispos de ambas Américas y de las Islas Filipinas, contenía una *encíclica* ó rescripto del Papa dirigiéndose á los obispos, de fecha 24 de Septiembre de 1824, sellada con el sello apostólico, firmada por el Pontífice León XII y refrendada por el cardenal Albano, en la cual, aludiendo á la revolución de la América española, Su Santidad se expresa en los términos siguientes:



«Nos prometemos que un asunto de tan grave importancia tendrá por vuestra influencia y la ayuda de la divina Providencia, aquel feliz y pronto resultado que debemos esperar si os dedicáis á manifestar á vuestros rebaños las augustas y distinguidas cualidades que caracterizan á nuestro muy querido hijo Fernando, rey católico de las Españas, cuyas sublimes y verdaderas virtudes exceden al esplendor de su grandeza\*\*\*\*. Y si con debido celo exponéis á la consideración de todos los ilustres é inimitables méritos de los españoles residentes en Europa, que han probado su no interrumpida y constante lealtad sacrificando sus intereses ó sus vidas por amor y en defensa del legítimo poder \*\*\*.»

Su Santidad ha tenido, sin embargo, la discreción mundana de variar de tono desde que los Gobiernos de América le notificaron que si no consideraba propio nombrar arzobispos y obispos para las sillas vacantes ellos procederían inmediatamente á hacerlo independientemente de la autoridad papal. Los republicanos de la América del Sur vinieron á ser en seguida de Su Santidad «los más amados y predilectos hijos en Cristo», y su digno plenipotenciario en Roma, el Sr. Tejada, goza debidamente el favor y consideración del soberano Pontífice.

Tucumán, Córdoba y Santiago del Estero están rodeados al Oriente por el Gran Chaco, el país de los abipones, por medio del cual pasa el majestuoso y navegable río Bermejo antes de reunirse con el río Paraguay. El Gran Chaco contenía en otro tiempo dos millones de indígenas, y, según Dobrizhofer, había setenta y tres pueblos de consideración. Los españoles formaron varios establecimientos; pero sus crueldades produjeron la sublevación de los naturales y éstos los destruyeron. Los mamelucos, nombre que dan á los merodeadores brasileños, hicieron frecuentes y destructivas incursiones y quemaron sus pueblos y sus aldeas; por consiguien-



te, los habitantes del Gran Chaco están actualmente muy reducidos en número; pero aún conservan su independencia. Entre el río Bermejo y Pilcomayo están los llamados *Indios de á pie*, los cuales nunca montan á caballo. Esta repugnancia se atribuye en el país á su timidez, pero tal vez sea una política sagaz, por la cual, conservando su territorio exhausto de caballos, eviten que los blancos ó criollos invadan un país que, por aquella misma razón, no es de desear su conquista: además, una gran parte del país está cubierta de bosques y los rebaños de ganado no son numerosos.

Se observa una gran diferencia en los gobiernos de las provincias; la de Salta es un favorable ejemplo de una indulgente democracia, y la de Tucumán es nominalmente democrática, pues la influencia del Gobernador y su aversión á toda oposición legislativa le hacen absoluto de hecho.

En Córdoba existió un fuerte espíritu de oposición, particularmente en la clase mercantil; pero el gobernador que protegía á la iglesia, fué á su vez sostenido por la influencia clerical y monástica. Además, cuenta con dos mil hombres de tropas bien pagadas; la Junta provincial no tenía poder alguno, y no era materia de pequeño peligro llevar la posición más allá de cierto punto.

El gobernador de Santiago del Estero era manifiestamente absoluto, pues ni aun se consideraba obligado á dar nunca cuenta de la inversión de las contribuciones; pero como estas se reducían á una especie de derecho impuesto sobre las mercancías que pasaban por la provincia, los gauchos estaban muy satisfechos con su administración. Con efecto, rara vez se ocupan aquellas gentes de la forma de gobierno, mientras no ataquen á su libertad individual y á su propiedad. En esta provincia no había Junta provincial, y el único funcionario público, además del gobernador, era su secretario. El gobernador escapó difícilmente en 1824 de ser asesinado



por un francés, que habiendo sido aprehendido, juzgado y públicamente azotado por acuñar y expender moneda falsa, había resuelto matar al gobernador en venganza. Pocas noches después de su castigo entró el francés en casa del gobernador sin ser visto, se dirigió silenciosamente al cuarto que él creía la alcoba del gobernador, sacó una pistola del bolsillo, disparó y mató á la persona que estaba durmiendo en la cama, y el cual resultó que era el secretario. El francés huyó; pero fué aprehendido, juzgado, sentenciado á muerte y ejecutado por el asesinato. Este hombre desplegó un valor extraordinario en sus últimos momentos, y dijo que habría muerto considerándose feliz si hubiese logrado matar al gobernador, en lugar del desgraciado á quien había muerto.

El general Miller hizo alto únicamente una noche en Santiago del Estero, desde donde el camino es llanísimo. Los maestros de postas estuvieron en todas partes sumamente prontos á las órdenes del gobernador, tanto para dar sus mejores caballos, como para tenerlos preparados. El paso á que el general Miller viajaba era á quince millas por hora, y en un día, esto es, desde salir el sol hasta ponerse, anduvo cincuenta y dos leguas, de forma que era preciso echar agua frecuentemente á las ruedas para evitar que se encendieran.

Cuando Miller llegó á menos de cien leguas de Buenos Aires, se alarmaron los postillones á la vista de una inmensa nube de polvo que se levantó á la caída de la tarde y á pocas millas al frente, pues decían debía causarla alguna horda de indios salvajes que de tiempo en tiempo hacen incursiones en aquella parte del país, y los cuales sabían que nunca daban cuartel á los viajeros varones que caían en sus manos. Su inclinación marcadamente fué dar vuelta y huir; pero los caballos estaban fatigadísimos, y la nube de polvo se aproximaba tan rápidamente, que no quedaban esperanzas de poderse salvar. La alarma desapareció al avistarse un carruaje entoldado



algo parecido á los carros de municiones ingleses, y el cual iba seguido de otros carruajes y gente á caballo. Cuando llegaron á juntarse, Miller fué sorprendido del modo más agradable oyendo articular su propio nombre en la voz bien conocida para él, de su amigo y paisano el general Paroissien, que iba desde Bueno Aires á Potosí para tomar posesión de unas minas compradas por una compañía en Londres. Paroissien viajaba *en príncipe*; Sir Edmund Temple le acompañaba como secretario, y subsecretarios y adictos bullían en medio de la comitiva.

El general Paroissien entró al servicio patriota al principio mismo de la revolución, y se halló presente en Huaqui y en otras batallas primeras en el Alto Perú. Fué protomédico del ejército de los Andes hasta 1820, que el general San Martín le nombró su edecán con empleo de coronel. Después que los patriotas entraron en Lima fué ascendido á general de brigada, y enviado con una misión á Europa en compañía del Sr. D. Juan García del Río. Habiendo sido relevados de los deberes de su misión, dirigieron su atención á las asociaciones de minas, y fueron nombrados directores de la compañía de Potosí. Paroissien marchó al Perú en clase de comisionado, y murió en 1827 en el pasaje de Arica á Valparaíso. Este digno caballero tenía un caudal de conocimientos generales, y sus maneras francas y amables le hacían generalmente estimado.

El general Miller llegó á Buenos Aires el 6 de Enero de 1826, día en que precisamente hacía ocho años que había salido de aquella ciudad para reunirse al ejército de los Andes que se hallaba en Chile, y fuera difícil describir el placer que disfrutó en esta ocasión. Hacía una mañana deliciosa, y el bullicio causado por la multitud de coches, carros, caballos, mulas, vendedores y habitantes, que iban aumentando en proporción que adelantaba, hacían un agradable contraste con las pampas solitarias



que dejaba á su espalda. Muestras de mejoras, de adelantos y de prosperidades se le ofrecían á cada paso; en fin todo le causaba placer y alegraba su corazón, lo que, unido á la idea de abrazar á los pocos minutos á tantos antiguos y sinceros amigos á quienes no había visto en tantos años, le produjo una suma alegría.



## CAPÍTULO XXXIV

---

*Reflexiones sobre los acontecimientos ocurridos en el Río de la Plata.—Buenos Aires.—Anarquía.—Rodríguez.—Junta provincial.—Mejoras.—Banda Oriental.—Lavalleja.—Congreso.—Guerra con los brasileños.—Rivadavia.—Las Heras.—Brown.—Alvear.—Política del emperador.—García.—Dorrego.*

Habiendo presentado en el primer volumen los asuntos pertenecientes á la República Argentina en un estado de completo desorden al terminar el año 1820, no hemos tenido ocasión sino rara vez para referirnos á los acontecimientos que sucedieron; pero la llegada del general Miller á Buenos Aires, nos ofrece la oportunidad de hacer algunas observaciones.

Enumerar las facciones que sucesivamente ejercieron influencia en Buenos Aires, ó describir sus intrigas para mantenerse en el poder, fuera presentar la pintura más desagradable del reino de la anarquía. Un gran número de gobernantes sucesivos se apoderaban de los puestos que no podían retener sino pocas semanas, y en algunos casos sólo días, y estos rápidos cambios eran precedidos generalmente por sangrientas luchas y seguidos de destierros y proscripciones; pero en ningún caso la confiscación de bienes tuvo lugar, tal adelanto había hecho la opinión pública.

Durante el período transcurrido entre últimos del año 1819 y principios del de 1821, todas las provincias retira-



ron separadamente su obediencia del Gobierno central, establecido hasta entonces en la metrópoli, y desde aquella época cada provincia se gobernó por sí misma independientemente del resto. En alguna de ellas se originaron contiendas y disturbios, así como ocurrieron en la capital.

Tan difícil era un tiempo saber quién estaba, ó quién no estaba á la cabeza de los negocios, que Judge Prevost, agente de los Estados Unidos, de natural jocoso y festivo, acostumbraba todás las mañanas á asomarse al balcón, antes de almorzar, y preguntar á la primera persona que pasaba: «¿Quién gobierna hoy?», y una vez le contestaron «¡Quién sabe!» Tan gracioso le pareció este dicho que frecuentemente lo repitió á sus amigos, y siempre excitaba la risa de todos, hasta que llegando á oídos de un efímero gobernante, que era más sensible al sarcasmo que los demás, el benemérito Judge fué obligado á salir para Chile sin la menor ceremonia, y á las cuatro horas de haber recibido el aviso, á bordo del *Enterprise*, perteneciente á Mr. Samuel Haigh, que fué á dar vuelta al Cabo de Hornos y en el mismo buque.

Esta serie de continuados cambios terminó al fin con el nombramiento del coronel D. Martín Rodríguez, rico propietario en tierras, hombre de mucha energía y resolución y muy popular con los habitantes, particularmente con los gauchos. Rodríguez era de un carácter exento de ambición, y desplegó mucha sensatez dirigiendo el poder con que le habían revestido á la formación de una administración segura y metodizada. Fatigado el pueblo de los efectos turbulentos de la variedad y mal gobierno, secundó los esfuerzos de Rodríguez y dió efecto á sus patrióticas intenciones, el cual manifestó el más profundo discernimiento eligiendo para sus colegas hombres que habían estado ausentes de la escena de la anarquía, ó fuera del país algún tiempo antes, y no tenían la menor relación con las intrigas que por tanto tiempo afli-



gieron la república. Don Bernardino Rivadavia fué nombrado secretario de Negocios extranjeros y del Interior, y se hizo el alma del nuevo Gobierno; Don Francisco Cruz fué hecho secretario de la Guerra, y Don Manuel García, secretario de Hacienda.

Sin embargo de la separación de las provincias, era el Gobierno de Buenos Aires, por un tácito consentimiento, el único canal por donde se llevaban las negociaciones con las naciones extranjeras, y los agentes diplomáticos y cónsules residían aún en la capital.

Uno de los primeros actos de la nueva administración fué la formación de una Junta provincial constituyente de trece miembros: cuatro representando á la ciudad, y nueve á la provincia. Talento, sensatez é ilustrado discernimiento marcaron la conducta de esta Corporación; Gómez, Agüero, Frías y otros varios, hablaron con la elocuencia de senadores romanos ó ingleses, y los diarios de sus sesiones, impresos con regularidad y circulados por todas las provincias, se leían con grande ansiedad.

A reclamación del Poder ejecutivo, que tenía el derecho de proponer las leyes, la Junta acordó algunos decretos, los cuales no fueron meramente impresos y promulgados, SINO LLEVADOS Á EFECTO.

Para la inviolabilidad de las personas y propiedad.

Olvido de las ofensas políticas pasadas.

Tolerancia religiosa.

Extinción de las órdenes monásticas.

Libertad de imprenta.

La administración de justicia se hizo más pura.

Fijaron la mayor atención en la educación de la generación naciente; crearon una Universidad, y cien estudiantes de las provincias que se habían separado, los conservaron en el establecimiento á expensas de Buenos Aires.

Establecieron muchas escuelas en la capital y diferen-



tes en la provincia. Los extranjeros residentes, deseando la prosperidad de las instituciones filantrópicas, se pusieron al frente para la formación de una escuela lancasteriana. La muy ilustrada doña Mariquita de Thompson, doña Mercedes de Riglos y otras señoras respetables de Buenos Aires, así como diferentes caballeros, prestaron su poderoso apoyo, y este establecimiento, que se hizo muy popular, llegó en poco tiempo á estar en un excelente pie.

Cincuenta ó sesenta jóvenes de las primeras familias fueron enviados á Inglaterra, á Francia ó á los Estados Unidos para educarse; y este número aumentó cada día.

La Biblioteca pública, fundada por Moreno, fué enriquecida frecuentemente con donativos.

Establecieron un Banco, que contribuyó eficazmente para mantener el crédito público, y cuyos gastos se cubrían con los productos que dejaba el descuento de las letras. Los directores fueron elegidos de entre los comerciantes naturales del país é ingleses residentes en él, la mayor parte gozaban de los derechos de ciudadanos; el secretario, D. Santiago Wilde, era inglés.

También introdujeron un Banco económico, y fué bien asistido.

Las pocas instituciones caritativas de Buenos Aires se hicieron el objeto de la atención pública y se generalizó la vacuna.

Se formaron asociaciones científicas y *clubs* de música bien atendidos. Organizaron una policía civil y la pusieron en el mejor pie, no sólo en la ciudad sino en toda la provincia.

Buenos Aires no puede ser acusada con justicia de haber permanecido voluntariamente tranquila espectadora de las últimas campañas de la guerra en el Perú, pues ayudó á los habitantes de Chile á sacudir el yugo de la dependencia de España, y con ellos estableció el fundamento de la libertad del Perú; pero estos costosos



esfuerzos agotaron los recursos de Buenos Aires, lo que junto á la discordia civil, había reducido la república á una sola provincia. Por lo tanto no estuvo más en su mano, aún cuando hubiese querido, el continuar ayudando al Perú en la guerra que mantenía por su independencia. Reducida á tales circunstancias limitó sabiamente su atención á la mejora de sus propios é interiores negocios, aspirando sus ministros á la gloria duradera de establecer un Gobierno digno de ser imitado por las otras repúblicas de la América del Sur, y esta gloria la han merecido.

En continuación del plan juiciosísimo de economías que se propusieron, el ejército permanente quedó reducido á unos cuantos centenares, los cuales con la milicia los pusieron en un pie respetable, para hacer frente á las incursiones de los indios\*. Los oficiales que quedaron sin ser empleados y que habían servido en el país ó en Chile y Perú, recibieron una decente pensión en clase de retiro.

Las piraterías tuvieron término también, y unas cuantas lanchas cañoneras permanecieron armadas, las cuales estaban en la rada de Buenos Aires.

Dieron al comercio un nuevo impulso; la aduana tomó planta diferente; el contrabando fué perseguido y quedó

\* Durante el período de anarquía se habían hecho los indios muy temibles para Buenos Aires, y la población criolla esparcida por las Pampas; y se habían aumentado tanto en número y audacia que las partidas de caballería patriota enviadas para repeler sus incursiones, las pusieron muchas veces en vergonzosa fuga. El capitán Raush, actualmente coronel, y alemán muy bizarro, puso fin á estas irrupciones de los indios adoptando el plan de formar su gente á pie en cuadros vacíos con sus caballos en el centro; y haciendo un fuego vivo y bien dirigido contra los indios siempre los rechazaba; á lo cual montaban nuevamente á caballo sus tropas y perseguían á los fugitivos con gran ventaja y mortandad. El valiente y arrojado Raush ha logrado después de esta época atacar á los indios en su propio territorio, y los ha intimidado tanto, que ha puesto fin á sus incursiones.



nulo; y la actividad, celo y honradez, hasta entonces muy lejos de ser general, rigió en este y en los demás ramos del Estado.

Consultando el Gobierno su propia dignidad, se negó á entenderse con los comandantes de los buques extranjeros, ó con cualquier otra persona, aunque estuviese autorizada, á no ser que las comunicaciones se hiciesen según las fórmulas observadas entre Estados independientes.

Habiendo servido Rodríguez los tres años, término prefijado por la Junta provincial, fué debidamente elegido su sucesor el general Don Juan Gregorio de las Heras. Por este mismo tiempo salió para Inglaterra Rivadavia; pero continuó el mismo excelente sistema de Gobierno. Aumentando la república en respetabilidad, fué sucesivamente reconocida por Portugal, los Estados Unidos y la Gran Bretaña; las provincias que, como antes se ha dicho, se habían separado de la metrópoli, percibiendo los benéficos efectos que producía un buen Gobierno, principiaron á manifestar deseos de reunirse nuevamente con Buenos Aires; pero aun cuando este sentimiento estaba de acuerdo con los deseos del Gobierno, y el cual probablemente lo animaba, se abstuvo con todo muy prudentemente de dar ningún paso oficial que pudiese interpretarse como una ansiedad de recobrar su antigua supremacía. En un corto espacio de tiempo expresaron espontáneamente su deseo las provincias de enviar diputados para representarles en un Congreso general que proponían se tuviese en Buenos Aires.

Instalado el Congreso el 16 de Enero de 1824, resolvieron que, por cada 7.500 habitantes, se nombraría un diputado, con lo cual aumentaron su número, y que cada diputado recibiría dos mil duros anualmente, sin contarse las dietas para su viaje.

Las rentas del Estado fueron tan bien administradas, que no solamente cubrieron los gastos ordinarios, sino



que pudieron atender al pago de los intereses del empréstito hecho en Inglaterra. La siguiente relación oficial manifiesta el aumento de la renta líquida de la provincia de Buenos Aires en los años que se expresan:

	<u>Duros.</u>
1822.....	2.052.924
1823.....	2.367.912
1824.....	2.588.784
1825.....	2.633.148

Como una prueba del aumento de prosperidad del país, se construyeron en los cuatro años indicados el número de casas que sigue:

	<u>En la ciudad.</u>	<u>En el país.</u>	<u>Total.</u>
1822.....	144	12	156
1823.....	113	26	139
1824... ..	165	57	222
1825.....	161	38	199
	<hr style="width: 50%; margin: 0 auto;"/> 583	<hr style="width: 50%; margin: 0 auto;"/> 133	<hr style="width: 50%; margin: 0 auto;"/> 716

Algunas de las calles de Buenos Aires no podían, antiguamente, atravesarse por muchos días durante la estación lluviosa ni aun á caballo; y unas cuantas de las más principales estaban únicamente empedradas. En el día las van empedrando todas, y entre los años de 1822 á 1825 han empedrado más de dos leguas de largo de calles de cuarenta pies de ancho. En 1817, no contenía la ciudad de Buenos Aires sesenta mil habitantes, y en 1826 había aumentado la población á cien mil.

En este próspero período fué cuando estalló la guerra entre la República de Buenos Aires y el Brasil. En el Capítulo III se dijo que en Enero de 1817 tomaron posesión los brasileños de la Banda Oriental bajo el pretexto de poner fin á la anarquía y evitar que el contagio se extendiese á sus provincias. No teniendo los de Buenos Aires fuerzas bastantes para contener la irrupción de los



portugueses, no se opusieron á ella; pero estipularon como condición, para no intervenir, que tan pronto como las disensiones provinciales cesasen y Buenos Aires llegase á poder gobernar de modo que no excitase alarma á sus vecinos, se retirarían los portugueses de la Banda Oriental. Esta condición fué acordada también por la corte de Río Janeiro, y los portugueses continuaron en posesión de ella sin ser molestados sino por algunas partidas de guerrilla de la provincia, que jamás llegaron á extinguir.

Durante la administración de Rodríguez reclamaron los argentinos la evacuación de la Banda Oriental, en conformidad á lo acordado entre ambas naciones. En consecuencia de esta reclamación, mandó el rey Don Juan VI al general Lecor, gobernador de Montevideo, reuniese los principales habitantes del distrito en cuestión, con objeto de saber si preferían continuar unidos al Brasil ó reincorporarse á Buenos Aires. Esta era una infracción del tratado; pero razonable si se compara con la manera en que la orden se ejecutó y la conducta subsiguiente del emperador Don Pedro.

El general Lecor, que se había casado con una señorita de Montevideo, y que tal vez tenía un interés personal en permanecer en aquel mando, celebró una junta propia para realizar sus miras, y obtuvo de sus individuos una declaración de que el deseo general era continuar bajo el dominio de S. M. Fidelísima. Informado por conductos diversos Pinheyro, ministro de Don Juan VI, de los sentimientos verdaderos de los orientales, escribió á Lecor diciéndole que había desobedecido las órdenes del rey, y que debía reunir una nueva asamblea para asegurarse de su libre y espontánea voluntad \*. Antes

\* Este honroso y justo proceder del ilustrado y liberal ministro portugués Pinheyro, se deja mejor percibir en la libertad que concedió á los orientales confinados como prisioneros de



que esta orden pudiese llevarse á efecto se embarcó el rey en Río Janeiro para Lisboa, y el emperador, su hijo y sucesor, se hizo sordo á toda clase de reclamaciones.

Observando los orientales la progresiva prosperidad que Buenos Aires disfrutaba, significaron repetidas veces sus deseos de reunirse á aquella provincia; mientras que los de Buenos Aires no podían ver con indiferencia la llave del Río de la Plata en manos de los brasileños. En su consecuencia, recordaron á la corte de Río Janeiro las condiciones bajo las cuales se había permitido á las tropas portuguesas tomar y retener la posesión de la Banda Oriental; pero recibieron por contestación que los orientales habían manifestado sus deseos, y, por lo tanto, no podían dejarlos abandonados.

El Gobierno de Buenos Aires preveyó manifiestamente las desastrosas consecuencias de una guerra; pero fué arrastrado por el torrente irresistible de la opinión pública, expresada enérgica, unánime y públicamente. Haber pretendido detener la corriente habría producido la inmediata disolución del Gobierno sin haber evitado la guerra.

En 1825, D. Juan Lavalleja, natural de la Banda Oriental, y que había servido largo tiempo con distinción á las órdenes del valiente Artigas, reunió una partida de treinta y dos compañeros suyos de confianza, principalmente orientales, y con ellos atravesó el Río de la Plata en una lancha descubierta. Desembarcaron á media noche en la orilla izquierda del río, y llevando consigo sus sillas y bridas, se dirigieron en busca de caballos á una hacienda que les era bien conocida. Sin perder un momento adelantaron á un punto llamado El Rincón de las Gallinas, y en la noche del 24 de Septiem-

guerra en la isla de Cobras, en el puerto de Río Janeiro. Entre setenta ú ochenta puestos por él en libertad lo fueron Lavalleja, un hermano de Artigas y D. Vicente Pazos Kanki.



bre cayeron de sorpresa sobre un fuerte destacamento brasileño. Esta partida estaba mandada por D. Fructuoso Rivera, natural de la Banda Oriental; pero que estaba al servicio del Brasil, y el cual cambió inmediatamente de partido, y con su ayuda y reforzado á cada paso que daba, pudo Lavalleja sorprender otras fuertes partidas imperiales. A este tiempo la noticia de la llegada de Lavalleja se esparció rápidamente por toda la provincia, y á corto tiempo se halló á la cabeza de dos mil gauchos. Los orientales se levantaron en masa, y los imperialistas se vieron encerrados en Montevideo y Colonia, las dos únicas fortalezas de la provincia. Dos mil hombres de caballería brasileña bien equipados salieron de Montevideo á las órdenes del coronel Ventos González, oficial de reputación, y que al salir ofreció destruir á Lavalleja. El 12 de Octubre se avistaron las dos partidas enemigas en La Cuchilla de Sarandi; los brasileños estaban bien armados, bien disciplinados y avanzaron en el mejor orden. Los gauchos tenían únicamente lanzas y espadas, y ansiosos de arrojarse á sus contrarios hacían un gran ruido; pero percibiendo Lavalleja que el enemigo avanzaba con tercerola en mano, les mandó que no se moviesen hasta que los imperiales hubiesen hecho fuego, el cual debía ser la señal para cargar los gauchos. Unos sesenta de ellos cayeron á la descarga; pero el resto se lanzó sobre los brasileños antes que pudiesen desenvainar sus espadas, y á excepción de unos doscientos hombres que escaparon, el todo de la partida de los Fidalgos, como ellos la denominaron, fueron muertos ó hechos prisioneros. Lavalleja vino á ser Gobernador de la Banda Oriental; convocó una Junta provincial, la cual declaró ser el deseo general de los orientales reincorporarse á Buenos Aires, y el 25 de Octubre de 1825 fué admitida la Banda Oriental en la Confederación argentina. Lavalleja fué nombrado general de brigada.

El 10 de Diciembre de 1825 declaró el emperador la



guerra, y la declaración de Buenos Aires se siguió el 3 de Enero de 1826.

D. Bernardino Rivadavia regresó de Europa en Diciembre de 1825, siendo portador del tratado ratificado de comercio y amistad entre la Gran Bretaña y las provincias del Río de la Plata. Rivadavia fué elegido Presidente de la República el 7 de Febrero de 1826, y el cual nombró á D. Julián Segundo de Agüero, Secretario de Negocios Interiores; al general D. Francisco de la Cruz, Secretario de Negocios Extranjeros, en lugar de D. Manuel García que se negó á admitir el encargo; el general D. Carlos Alvear, Secretario de la Guerra, y á D. Salvador María Carril, Secretario de Hacienda.

La Junta provincial formada durante el Gobierno de Rodríguez fué disuelta, y los negocios de la provincia puestos bajo la inmediata dirección del Presidente de la República. En su consecuencia el general Las Heras, sucesor de Rodríguez, dejó su puesto, é inmediatamente se retiró á Chile, resentido, según se dijo, por no haber sido reelegido, y algún tanto disgustado por el modo altanero y pomposo con que Rivadavia le trató. Las Heras es uno de los primeros y más valientes defensores de la República; y á la franqueza y firmeza de un soldado y á la probidad más sin tacha en su conducta como funcionario público, unía una deferencia escrupulosa al Cuerpo legislativo. Las Heras se había distinguido en el campo de batalla, mientras Rivadavia andaba á su voluntad de una capital europea á la otra, y donde quizás habría permanecido en una relativa obscuridad si no hubiese sido por la bizarría de Las Heras en Cancharayada.

Las provincias entraron en el espíritu que inspiraba la guerra, y facilitaron con prontitud sus respectivos contingentes.

El bizarro capitán Brown, que tan particularmente se distinguió en la toma de Montevideo en el año de 1814, fué hecho almirante y nombrado para mandar la flotilla



de Buenos Aires, que acababa de aumentarse con algunos pequeños buques de guerra. Un gran número de gente de mar no empleada de todas naciones, que abunda generalmente en los principales puertos de mar de la América del Sur, acudió solícita á embarcarse en la flota. Animados de los mismos sentimientos, muchos ingleses residentes en el país establecidos con pequeñas tiendas, abandonaron su tráfico para servir en clase de voluntarios á las órdenes del intrépido Brown; hasta algunos de los colonos enviados desde Inglaterra por mister Barber Beaumont, renunciaron á sus esperanzas agrícolas y entraron al servicio con entusiasmo.

El almirante ejecutó muchas brillantes hazañas contra fuerzas muy superiores, tanto en los puertos de Buenos Aires como al frente de Montevideo y otros puntos del río.

Temiendo una rotura inmediata habían formado un ejército de reserva en la orilla derecha del río Uruguay; y al regresar de su misión del Alto Perú el general Alvear, fué nombrado general en jefe\*. El ejército se componía de unos siete mil quinientos hombres de tropas de línea y sobre tres mil gauchos y milicianos, que se ha-

\* Alvear siendo muchacho venía de Buenos Aires á Europa en una de las cuatro fragatas apresadas por los ingleses antes de la declaración de guerra en 1804. El día antes de verificarse el combate fué Alvear con su padre á otra fragata pensando volver á la suya otra vez; pero antes que lo verificasen se principió la acción, y en el curso de ella se voló la fragata de donde habían salido el día antes, y pereció en ella todo el resto de su familia. Durante su residencia en la Península, el joven Alvear se casó con una señorita española linda y llena de atractivos, á la cual llevó consigo á Buenos Aires en 1812. A la edad de veinticuatro años fué supremo director de Buenos Aires, pero pronto perdió el favor del público. Alvear es hombre de un entendimiento muy despejado, claro y penetrante, y aunque su educación haya sido un poco descuidada, posee la fuerza de la elocuencia á un grado eminente. Sus maneras son francas, finas y caballerosas; y es sumamente popular en el ejército.



llaban con Lavalleja y otros jefes. Los argentinos ganaron la batalla de Ituzaingo el 20 de Febrero de 1827. La guerra continuó; se verificó un cambio en el Gobierno; el comercio se paralizó, y el crédito público sufrió infinito. Comerciantes extranjeros y algunos ricos naturales del país que habían hecho especulaciones sobre los créditos del Gobierno, son los que más pérdidas han experimentado; pero á excepción de estas personas, la guerra era tan popular como nunca lo había sido. La victoria de Ituzaingo y los brillantes esfuerzos del valiente almirante Brown eran á la vez el tema de su constante satisfacción. La guerra es acomodada al gusto del vagante gaucho, que puede ahora procurarse su plato favorito de *carne con cuero*, con tanta facilidad como en los tiempos antiguos. Los mendocinos y los habitantes de otras provincias que producen vino y aguardiente no tienen la competencia á menos precio por los franceses; y aunque el Gobierno y los principales habitantes de Buenos Aires celebraran mucho la paz, no podría llevarse á efecto si no estipulase la unión de la Banda Oriental á Buenos Aires, ó al menos su absoluta independendencia.

La obstinación del emperador puede únicamente atribuirse á la suposición de haber sido engañado, con respecto á los verdaderos sentimientos de los habitantes de la Banda Oriental; y que habiendo incautamente expresado su determinación, se hubiese resuelto á conservar la provincia, no solamente á un precio mayor de lo que vale, sino á riesgo de alguna reacción que pudiera resultarle demasiado cara. D. Pedro es un joven bien parecido, generoso y atractivo; pero quizás su carácter sería más adecuado para rey de Portugal que para emperador del Brasil, y no es probable que quiera recibir lecciones de nadie, sino de la experiencia. Uno de sus ministros le hizo una relación exacta y fidedigna del estado de los negocios de la Banda Oriental, y probó lo impolítico de continuar una guerra que había ya absor-



bido la mayor parte de los recursos del imperio. El ministro fué depuesto, y no se cree que nadie desde entonces haya molestado á S. M. I. con ninguna opinión sobre un punto que pudiera desagradarle.

Mirando simplemente el mapa, parece que el Río de la Plata forma una excelente barrera natural del territorio brasileño por la parte del Sur; pero la frontera Oriental primitiva es mucho mejor por muchas razones. Entre el Brasil y la Banda Oriental hay un espacio de país casi desierto y muy escasamente poblado, y por aquella parte no ofrece el Brasil ninguna tentación á una fuerza invasora. Extender el imperio brasileño hasta el Río de la Plata y Uruguay fuera incitar hostilidades entre ellos, para las cuales aquellos ríos ofrecen tanta facilidad. El Brasil y Buenos Aires puestos en inmediato contacto, poseerían los medios de hacerse uno á otro infinitos daños; y en tal caso, ¿quién podría responder de la prosperidad comercial de Buenos Aires ó de la estabilidad del trono imperial?

Sin embargo de hallarse la población de Buenos Aires en contra de la paz, se dejó llevar Rivadavia por el embajador inglés, ó tal vez las circunstancias le obligaran á ello, y envió á D. Manuel García á Río Janeiro para negociar un tratado de paz; pero al verificarlo, se excedió García de sus instrucciones y tomó sobre sí ceder la Banda Oriental al Brasil. Rivadavia desaprobó el tratado, y su desaprobación fué confirmada y sancionada por el Congreso. El haber intentado hacer la paz en tales términos, exaltó los descontentos que habían producido los efectos de la guerra; Rivadavia fué censurado por la conducta inexplicable de García, por cuya razón, como por la impopularidad de sus maneras, decayó del aprecio público; pero las intrigas del partido de García, que se dijo estaba protegido por el ministro inglés, contribuyó más que nada á producir el descontento; Rivadavia hizo dimisión junto con todos sus ministros; el Congre-



so se disolvió por sí mismo, y cada una de las provincias del Río de la Plata volvieron nuevamente á gobernarse por sí mismas é independientemente de las otras.

El coronel Dorrego fué nombrado gobernador de la ciudad y provincia de Buenos Aires, y en esta clase se entendían con él los agentes diplomáticos y las provincias le suministraban los auxilios y contingentes debidos para continuar la guerra. Dorrego siguió en este empleo hasta el 1.º de Diciembre de 1828, día en que tuvo que huir por una conmoción militar dirigida por el general Lavalle, el cual fué nombrado por el pueblo para reemplazarle. Habiéndose retirado Dorrego al campo y formado ya una partida de 1.500 gauchos y 200 indios que sostenían su autoridad, salió Lavalle en su busca con 700 caballos, el cual envió al coronel La Madrid en clase de parlamentario ofreciendo seguridad y garantías si se sometían para evitar la efusión de sangre; pero no habiendo Dorrego ni los suyos aceptado la proposición, y habiendo continuado las hostilidades de una y otra parte, se encontraron en Navarro el día 9, Lavalle cargó, y Dorrego fué completamente batido. Al cuarto día después de la acción, fué Dorrego hecho prisionero, conducido al cuartel general de Lavalle y fusilado por su orden el día 13 del propio mes de Diciembre y á menos de dos horas de su llegada. Dorrego era activo, bizarro, instruído y de bondadoso corazón; pero al mismo tiempo de natural inquieto. Si hubiese poseído tanta estabilidad de carácter y prudencia de conducta como tenía valor y talento, se habría hecho tan ilustre magistrado como fué soldado valiente.

No puede aprobarse de modo alguno la conducta observada con el coronel Dorrego, que era la autoridad legítima del país, y que si había abusado de sus facultades ó cometido algún crimen, debía ser castigado por el camino de la ley y usando las formalidades que ella misma prescribe. Los hombres que exponen su existen-



cia en obsequio de su patria, que con las armas mantienen sus derechos, y que por ella hacen millares de sacrificios, merecen indudablemente la consideración y recompensa nacional; pero la fuerza militar debe al mismo tiempo ser esencialmente obediente, pues si se mezcla en los cambios y deliberaciones políticas, arrastra con sus armas tras sí todo el poder y toda la influencia, deja sin efecto las leyes y destruye la libertad y la independencia de los ciudadanos y de la patria.

Si los nuevos Gobiernos de la América del Sur hubiesen aplicado la última pena á los intrigantes que de tiempo en tiempo conspiraron para obtener el mando, no se habrían visto aquellos Estados expuestos tan frecuentemente á convulsiones producidas por charlatanes políticos que generalmente hablando ni gozaban de consideración, ni tenían valor, ni habrían osado moverse si al movimiento hubiese acompañado la más leve idea de peligro. Así, pues, puede asegurarse que á la impunidad de esta clase de crímenes se ha debido exclusivamente su repetición. ¡Ojalá que el fin desgraciado del coronel Dorrego produzca un efecto provechoso, y que si hubiese de derramarse más sangre, sea la de los que atenten contra las leyes!

Aunque Rivadavia vive retirado en su casa de campo cerca de Buenos Aires, no es improbable que sus útiles talentos le coloquen nuevamente en situación de poder prestar á su país los beneficios de su experiencia, y por cuya razón se añaden las particularidades siguientes:

D. Bernardino Rivadavia fué educado en el colegio de San Carlos en Buenos Aires, ciudad de su nacimiento, donde estudió leyes, pero nunca practicó la abogacía. Rivadavia se casó con una hija de D. Joaquín del Pino, virrey que fué de Buenos Aires; en Septiembre de 1811 fué nombrado secretario de la Junta de gobierno revolucionario, y marchó á Inglaterra con el general Belgrado, con objeto de efectuar una reconciliación con Es-



paña. Rivadavia continuó su viaje hasta Madrid; pero viendo que no podía alcanzar el objeto, fué á París, donde permaneció algún tiempo y luego volvió á Londres. A su regreso á Buenos Aires fué nombrado secretario de Estado bajo el Gobierno de Rodríguez, y sus importantes servicios se dejan claramente percibir en la relación de su administración. En la persona de Rivadavia se halla una afectación de superioridad y un orgullo que repugna; pero que están contrabalanceados por una fuerza y capacidad de entendimiento combinado con un nervio y con un alto grado de valor político, que le hace muy superior como hombre de Estado á cuantos americanos del Sur han aparecido hasta el día en la escena pública. Generalmente es tan poco querido personalmente como admirado en política, y tiene tan pocos amigos particulares como enemigos políticos. Su carácter privado manifiesta gran pureza de conducta, y los que tienen intimidad con él aseguran que sus maneras secas y altaneras van gradualmente desapareciendo con el trato; y que cuando se ha alcanzado parte de su confianza, se halla que posee una rara unión de dulzura y de energía, un ardiente amor á su país, una total renuncia de espíritu de venganza y el mayor interés y consecuencia con sus amigos.

Habiendo hecho un bosquejo de la revolución, parece del caso decir algo sobre las ventajas que posee la República Argentina por su situación geográfica, la fertilidad de su suelo, el número y extensión de sus ríos navegables, la benignidad de su clima, y la capacidad de sus habitantes.

La costa que se extiende hacia el Sur desde el cabo Santa María en los 33° latitud Sur, ofrece diferentes buenas bahías y ensenadas donde pueden establecerse buenos puertos; pero el único punto que ocupan los argentinos en el Atlántico es cerca de la desembocadura del Río Negro, donde habían formado una pequeña



colonia y edificado un fuerte, que servía de punto de reunión para los piratas. Los brasileños dieron un fructuoso ataque á este establecimiento, cuando toda su expedición, compuesta de cuatro buques y setecientos hombres, fué hecha prisionera; la mayor parte los admitieron al servicio ó les permitieron permanecer como colonos. Al Sur del Río Negro está el país ocupado por los patagones, los cuales no son notables por su grande estatura, como aseguraron algunos de los primitivos navegantes.

Las provincias del Río de la Plata poseen incalculables ventajas. Buenos Aires y Montevideo, las llaves del Río de la Plata y de considerable importancia aún en este momento, la adquirirán infinitamente mayor en el transcurso de pocos años. Por medio del Uruguay, Paraná, Bermejo, Pilcomayo, Paraguay y otros grandes ríos que llevan sus aguas al Río de la Plata, que por su extensión parece un mar, la navegación interior puede establecerse en casi todas las direcciones y hasta algunas de las provincias situadas al pie mismo de los Andes. En muchas partes de las Pampas la vegetación es tan vigorosa y rápida que nada parece faltar sino industria y la provechosa seguridad de la paz para hacerlas tan productivas como cualquiera otra parte del mundo. En la provincia de San Juan da el trigo ciento por uno; Tucumán, San Juan y Paraguay producen maderas de excelente calidad; Mendoza, vinos, aguardientes y frutas secas, mientras que los géneros principales como cueros, sebo, carne curada, caballos y mulas son comunes en todas las provincias, así como artículos de menor exportación como pieles de tigre, astas, plumas de avestruz, lana de vicuña, pieles de nutria, de chinchilla, etc., etc. La temperatura, generalmente hablando, puede compararse á la del Sur de la Europa; y la atmósfera es tan clara que en 1819 y 1824 se veía el planeta Venus con la simple vista á la mitad del día. Sin embargo, las Pam-



pas están sujetas á tormentas de truenos y relámpagos acompañadas de grandes lluvias en algunas estaciones del año. Algunos años se levantan nubes de langostas por la frontera del Brasil y vuelan hacia los Andes, destruyendo cuantas plantas ó vegetación hallan en su paso. Estos insectos destructores son muy molestos para los viajeros, pues son tantos á veces que durante una marcha de varios días se ve siempre cubierto el aire de ellos. A veces cubren también la tierra, y cuando se levantan ó el viajero se aproxima dan contra la cara ú ojos del caminante con no poca violencia.

La población criolla de las provincias del Río de la Plata es principalmente de descendencia andaluza, y la extrema vivacidad de su imaginación claramente lo manifiesta. La gente educada despliega travesura y superioridad de talento, y el más tosco gaucho da frecuentemente respuestas tan agudas, tan significativas y llenas de gracia como sus abuelos andaluces, y tienen tan franco y festivo humor como cualquiera de los hijos de Irlanda. Los rápidos adelantos hechos por los argentinos en civilización se han atribuído en parte á su libre comercio con los ingleses y otras naciones; pero aún mayor comunicación ha existido por siglos entre Inglaterra y Portugal, y Lisboa no se la considera generalmente como *mucho más adelantada* en refinamiento que las otras grandes ciudades de Europa; por lo tanto será quizás más justo atribuir los adelantos de Buenos Aires á la amabilidad y viveza intelectual de los americanos del Sur. Con tan nobles rasgos fácilmente excusaremos la fanfarrona inclinación que frecuentemente caracteriza á los de Buenos Aires, pero lo cual será indudablemente borrado cuando la experiencia les enseñe que el buen gusto reprueba tan indecorosa como inútil propensión.



## CAPÍTULO XXXV

---

*Buenos Aires.—Colonia escocesa.—Embarco del general Miller.—Montevideo.—General Lecor.—Rio Janeiro.—Doctor Corbacho.—D. Lucas de la Cotería.—Emperador.—Comercio de esclavos.—Bahía.—Pernambuco.—Dr. D. Tadeo Garate.—Conclusión.*

Al llegar Miller á Buenos Aires tuvo el sentimiento de saber que su digno amigo Mr. Mackinlay estaba fuera de la ciudad con motivo de su quebrantada salud. Sin embargo, volvió pronto, pero el sello de la muerte estaba marcado en su persona, y á las pocas semanas llevaba ya luto el general Miller por la pérdida de tan generoso y excelente amigo; su amable viuda ha regresado después á Europa y reside actualmente en París. Mr. Parish Robertson, que se había casado con la hija mayor de Mr. Mackinlay, condujo á Miller á su propia hospitalaria residencia, donde vivió durante su permanencia en Buenos Aires.

El general Miller empleó seis semanas en la ocupación deliciosa de renovar las amistades que había formado á su llegada en 1817 y durante el curso de la guerra. Algunos de sus antiguos compañeros de armas habían regresado á Buenos Aires hacía mucho tiempo, y entre ellos tuvo la satisfacción de hallar á la cabeza del Gobierno al general Las Heras, á quien era deudor del primer favor público que recibió después de reunirse al ejército de los Andes. Este general durante la retirada de Cancharayada en 1818 en el acto que se reunió en San Fer-



nando con el general San Martín le recomendó fuertemente «al capitán extranjero», porque no sabía entonces el nombre de Miller para expresárselo al general en jefe, y cuya recomendación le produjo su ascenso á Mayor.

El coronel D. Juan Apóstol Martínez, á quien se tendrá presente por su irreverente antipatía á toda cogulla frailesca; los coroneles Lavalle, Brandsen y Olazábal; el general D. Enrique Martínez, antiguo coronel de Miller, y otros muchos amigos suyos se hallaban también en Buenos Aires en aquella época, y su sociedad aumentó infinito el placer que causaba á Miller su regreso. Una mañana después de almorzar fué sorprendido con la visita de su antiguo compañero el mayor La Tapia, entonces teniente coronel, el cual le dijo «que habiendo oído que declaraban guerra á los brasileños, y no quedando ya ningún *godo* de la otra parte de los Andes con quien pelear, había obtenido permiso para ofrecer sus servicios á Buenos Aires, porque—añadió—considero á los brasileños como primos hermanos de los españoles, y no los aborrezco menos»; entonces, restregando las manos y centellando sus ojos de entusiasmo, continuó: «y deseo habérmelas con ellos.» El coronel Brandsen había sido obligado á salir del Perú por el general Bolívar, en virtud de haber tomado parte en la facción de Riva-Agüero en 1823, y pasó á Chile, desde donde fué á Buenos Aires á la declaración de la guerra, cuya República admitió gustosamente sus servicios. Brandsen era uno de los mejores oficiales de caballería del ejército libertador, y fué muerto después peleando al lado de su amigo Lavalle, que mandaba la caballería en la batalla de Ituzaingo. Brandsen era natural de París, bien educado, entusiasta por la causa de la libertad, y muy querido por sus maneras y franqueza. Su virtuosa esposa, una señora peruana y dos ó tres hijos menores lamentan la temprana muerte de Brandsen, y reclaman el socorro *efectivo*, no por escrito, del Gobierno,



Lavalle, ya promovido al rango de general, fué gravemente herido en una escaramuza con los brasileños, y actualmente se halla á la cabeza del Gobierno provisional de Buenos Aires.

Los oficiales extranjeros que servían en el ejército de los Andes, de Chile y del Perú eran principalmente ingleses, franceses, alemanes y norteamericanos; pero, á pesar de esta miscelánea de naciones, existía entre ellos la mejor armonía. Nunca hubo más de veinte sirviendo al mismo tiempo, y desde el año 1817 al 1825 el número total no pasó de cuarenta y ocho, de los cuales habían sido muertos en acciones, ahogados ó perecido en el servicio diez y ocho, y de los que sobrevivían doce habían sido heridos.

Mientras el general Miller permaneció en Buenos Aires entraron en la ciudad los granaderos á caballo, y de seiscientos hombres sólo siete quedaban de los primitivos, con que el general San Martín formó el regimiento en 1812.

Pocos días después de su llegada fué el general Miller á visitar á D. Andrés Hidalgo, á quien Miller acompañó el año 1817 por las Pampas en los confines de Patagonia. D. Andrés se hallaba construyendo una gran casa en la ciudad, después de haber sacado noventa mil duros por la venta de su estancia de Mariancul, la misma en que obsequió á sus amigos, y la cual no valía en aquel tiempo la veintena parte de esta suma.

Miller recibió las más bondadosas atenciones de su antiguo amigo D. Miguel Riglos, así como del coronel Escalada y D. José María Nadal. Los comerciantes ingleses residentes en Buenos Aires dieron una comida en la fonda de Fraunch para festejar al general Miller por su regreso; cuando los convidados se iban reuniendo principió un combate en el puerto entre la flotilla de Buenos Aires y la escuadra brasileña, y, por consiguiente, se pospuso la comida para que los convidados pudie-



sen presenciar el combate desde la azotea de la fonda. El fuego continuó por algún tiempo, Brown maniobró con su flotilla del modo más gallardo y rechazó á los imperiales con pérdida considerable. Al levantarse el mantel llegó á tierra la noticia del resultado del combate, y todos bebieron á la salud del intrépido almirante con repetidos aplausos.

Cinco leguas al Sur de Buenos Aires está el Monte Grande, gran bosque de albérchigos plantados hacía diez años por Mr. Barton. Cerca de esta hacienda se estableció en cinco heredades una colonia escocesa compuesta de unos cien individuos, enviada por Mr. Jhon Parish Robertson y Mr. Thomas Kinder. El general Miller acompañó al reverendo Mr. Armstrong, que fué á ella para bautizar doce ó quince criaturas nacidas después de la llegada de los colonos. Dieron una gran comida bautismal, á la cual asistieron todos, y una reunión más festiva rara vez puede lograrse. Esta colonia va prosperando bajo todos aspectos y se halla actualmente á la inmediata superintendencia de Mr. John Parish Robertson, cuyos talentos, conocimientos locales y disposición le califican para ser el Guillermo Penn de las Pampas.

El 14 de Marzo de 1826 se embarcó el general Miller para Inglaterra, y fué acompañado hasta la orilla del mar por una porción de sus amigos. Al irse á despedir de ellos no pudo resistir á sus propios sentimientos; el recuerdo de tantas vicisitudes como había experimentado durante su desembarco en el mismo punto ocho años antes, extranjero, aislado y un mero voluntario en la causa de la independendencia; las escenas que habían ocurrido tan importantes, tan nuevas é interesantes; las ventajas que había alcanzado en su carrera y las numerosas amistades que había hecho, cimentadas sobre los más seguros de todos los lazos, que son identidad de causa y de sentimientos; la separación de un país en que había adquirido un nombre y al que tanto debía, todo se



juntaba á la vez á su imaginación, y le privaron de la facultad de pasar por la dolorosa prueba de la despedida. Para aumentar sus embarazos fueron á la orilla del mar á presenciar su embarque dos hombres que habían servido con él en Chile y el Perú durante todas sus campañas: uno de ellos, llamado Pedro Valenzuela, era el mismo soldado que le retiró del campo de batalla de Pisco, y el otro un fiel y cariñoso africano\*; pero tal fué su emoción que ni uno ni otro pudieron articular palabra, abrazaron al general y prorrumpieron en llanto.

Por una coincidencia singular, Mr. William Jackson, comerciante inglés bien conocido por su bondad de corazón y excelente carácter, y que salió de Inglaterra en el mismo buque que Miller en 1817, iba de pasajero en el paquete en que Miller se embarcó para regresar á Inglaterra. Al descender el río tocó el paquete como de costumbre en Montevideo, donde desembarcó el general Miller casi contra la bondadosa precaución del capitán sir John Sinclair, comandante del *Doris*, buque de su Majestad Británica, y fué tratado por el gobernador brasileño Lecor y su joven y linda esposa con mucha urbanidad.

La guarnición de Montevideo se componía de cuatro ó

\* Ibáñez era hijo de un príncipe africano, y tenía unos diez y seis años de edad cuando fué robado y vendido como esclavo en Buenos Aires. Pocos años después fué hecho soldado, y por este medio obtuvo su libertad, y fué uno de los pocos individuos que acompañaron al general San Martín á Mendoza en 1816. El general Miller sacó á Ibáñez de la compañía de granaderos del batallón núm. 8 del ejército de los Andes, y le empleó por espacio de cerca de siete años. Ibáñez había ganado cinco medallas de distinción por actos de valor en el campo de batalla, y como criado era exacto, asiduo en el trabajo, y sumamente honrado. Frecuentemente decía que el todo de su ambición se dirigía á acompañar á su amo mientras permaneciera en el país y después llegar á tener una pulpería en Buenos Aires. La fortuna ha cumplido sus deseos, y este fiel criado se halla actualmente establecido en su ciudad favorita.



cinco mil hombres, todos perfectamente disciplinados y en excelente estado. Sin embargo, unas cuantas partidas de gauchos rondando en las inmediaciones bastaban para tener encerrada la guarnición dentro de las murallas. Muchos de los jefes de los orientales tenían sus familias residiendo en Montevideo, y para preservarlas de los efectos del hambre y al mismo tiempo sacar dinero, permitían entrar en la plaza ganado y otros comestibles, haciendo pagar á los imperiales una cierta cantidad. Este hecho manifestaba con bastante claridad los sentimientos verdaderos de los orientales y la forma precaria en que el emperador poseía á Montevideo. Describir las medidas adoptadas por los gauchos para encerrar á los imperiales dentro de las murallas de Colonia y Montevideo fuera repetir lo que se ha dicho anteriormente sobre la forma de hacer la guerra de los gauchos. La política del general Lecor, promoviendo el matrimonio en sus tropas, había producido un efecto absolutamente opuesto al que se propuso, pues las mujeres, que son naturales del país, catequizaron bien pronto á sus maridos, los cuales, tanto oficiales como simples soldados, se hicieron un objeto de desconfianza para el Gobierno de Río Janeiro, el cual hasta manifestó una cierta falta de confianza hacia el general Lecor, que es hombre excelente, y á quien habrían removido si el emperador hubiese podido hallar un sucesor de igual talento y merecimientos.

El capitán de la marina francesa M. de la Susse, hombre sumamente instruído y agradable, cuyo conocimiento tuvo Miller la fortuna de hacer en Buenos Aires, iba en el mismo paquete de regreso á Europa de una misión política que llevó á Chile, y el cual presentó al general Miller al capitán del bergantín de guerra francés *Le Cigne*, M. Mamignau, que muy políticamente le invitó á embarcarse en su buque para Río Janeiro, cuya capital deseaba ver en su travesía. El 21 de Marzo dieron



la vela, y llegaron á Río Janeiro el 29, habiendo hecho un viaje tan agradable como debe inferirse de la reunión de circunstancias de buen tiempo, buena mesa, y la excelente sociedad de muchos oficiales franceses llenos de atención y de finura. La tripulación del buque casi toda se componía de individuos naturales de San Malós, y estaban en un estado de disciplina que hacía honor á su excelente comandante y oficiales.

El general Miller permaneció seis semanas en la capital del Brasil, y fué bondadosamente obsequiado en casa de sus amigos Mr. y Mrs. Le Breton. También recibió las más políticas atenciones de sir Charles Stuart, de mister actualmente sir Henry Chamberlayne, entonces encargado de Negocios británico.

Al día siguiente de llegar Miller á Río Janeiro, tuvo la satisfacción de encontrar á su apreciable amigo el Dr. Corbacho. Este caballero, que posee considerables talentos poéticos y es celebrado por haber manifestado desde un principio su patriotismo, era secretario del general Otero, prefecto de Arequipa poco después de la batalla de Ayacucho; pero habiéndose dicho que había hablado en términos poco respetuosos de los colombianos, fué arrancado una noche del seno de su familia, y sin ni sombra de formación de causa ni sentencia, fué enviado á bordo de un buque destinado á transportar á Cádiz una porción de españoles en cumplimiento de la capitulación. Corbacho aseguró, con lágrimas en los ojos, que lo que le había sido más penoso era haberle metido en un barco lleno de personas que siempre habían sido sus enemigos declarados, los cuales durante el viaje no cesaron de hacerle burla llamándole patriota, y habrían acabado con él á fuerza de tal persecución, si no hubiese sido por la interposición de dos ó tres individuos que generosamente tomaron su partido y le protegieron cuanto pudieron contra los ultrajes de sus míseros paisanos. Afortunadamente para Corbacho tuvo



que entrar el buque en Río Janeiro y allí pudo escaparse de sus atormentadores. Cuando saltó en tierra no tenía un ochavo en el bolsillo, y según se figuraba, ni un solo amigo en el Brasil; pero con gran sorpresa suya é inexplicable gozo, encontró á las pocas horas y casualmente á su antiguo amigo D. Lucas de la Cotera, comerciante español rico y honrado, que había residido muchos años en el Perú, y cuyo carácter, por su debilidad con los patriotas y realistas, era generalmente conocido. Cotera había salido del Perú en consecuencia de los reveses de los realistas, y aunque su fortuna había sufrido considerablemente, mantenía con la que le quedaba á Corbacho y más de veinte desterrados que no tenían un real, tanto españoles como peruanos, y para cuyo objeto había tomado una casa espaciosa, donde vivían todos juntos. Miller visitó frecuentemente esta reunión interesante, donde era siempre recibido con las más atentas muestras de estimación. Entre ellos estaba el distinguido coronel español Seoane, que por ser un constitucional decidido no podía volver á España, y cuya delicadeza no le permitía tomar servicio en el ejército peruano, contra el cual se había batido con perseverancia y crédito. Al tiempo en que fué depuesto Pezuela, fué enviado Seoane á España comisionado por el nuevo virrey La Serna. A su llegada encontró establecido el Gobierno constitucional, cuyo partido inmediatamente abrazó y fué nombrado á un mando de importancia. A la caída de la Constitución, en 1823, tuvo Seoane que huir para libertarse de la proscripción general, y deseoso de reunirse á La Serna se embarcó para Río Janeiro, donde supo que toda la costa del Mar Pacífico estaba ocupada por los patriotas, y emprendió su viaje por tierra atravesando el inmenso imperio del Brasil. Poco antes de llegar á la frontera del Perú, no sólo tuvo el sentimiento de saber el resultado de la batalla de Ayacucho, sino supo al mismo tiempo que el territorio inter-



medio del Alto Perú, estaba ocupado por su implacable enemigo Olañeta. No queriendo volver por el mismo camino, permaneció en la provincia de Matogrosso hasta la muerte de Olañeta, que pasó al cuartel general patriota y le declararon comprendido en la capitulación: Seoane salió nuevamente del país por mar y regresó á Río Janeiro. El general Miller aconsejó fuertemente á aquellos desterrados que volvieran inmediatamente al Perú, asegurando á Corbacho que la influencia colombiana iba en decadencia, y que no debía temer sobre su seguridad personal. Miller le dió además algunas cartas recomendándole fuertemente á la consideración y protección del general La Mar; cuyo general, al ser reelegido á la Presidencia, nombró al Dr. Corbacho ministro de la corte departamental de justicia en Arequipa.

Pocos días después de la llegada de Miller, volvió el emperador de Bahía, donde había estado, para reprimir los esfuerzos de las facciones, y S. M. fué en procesión desde el lugar de su desembarco hasta el palacio, acompañado por la emperatriz, la princesa doña María de Gloria y una gran comitiva de cortesanos, nobles y oficiales del ejército y armada. Entre ellos había más oficiales generales que habrían sido necesarios para un ejército de 100.000 hombres, y éstos iban adornados con más condecoraciones que todos los generales franceses que acompañaron á Napoleón en sus últimas campañas, pero de entre tantos, se decía que no podía elegir el emperador uno que fuese capaz de mandar las provincias del Sur ó del Norte. Las fuerzas regladas que guarnecían la capital ascendían á unos 3.500 hombres; de los cuales un tercio eran austriacos, suizos y de otros países, que aunque habían ido bajo otro carácter de colonizadores los habían obligado á servir en el ejército y no podían inspirar gran confianza. El ejército de línea no existente en la capital, podía computarse á diez ó doce mil hombres. Había una diferencia notable entre la gente



de mar extranjera al servicio de la República Argentina y la del emperador, pues los primeros eran entusiastas y deseosos de entrar en combate, mientras que los otros manifestaban una indiferencia á la causa misma á que servían, y estaban descontentos, aunque mejor y con más regularidad pagados que los republicanos. Periódicamente se reunía una fuerza de milicia en cada provincia, dispuesta sólo para la defensa local ó vigilar contra la sublevación de los negros.

En el mes de Agosto de 1828 se concluyó felizmente la paz entre el Brasil y Buenos Aires. El emperador ha conocido al fin que los intereses de su país exigían que terminase una guerra en su principio injusta, y que no solamente agotaba los recursos de su imperio, sino que difundía el descontento y disgusto en todas las provincias por la manera cruel en que se verificaba el reemplazo del ejército. Quizás el estado de sus negocios en Europa habrá tenido alguna influencia en hacer decidirse á D. Pedro sobre esta materia. El Brasil posee inmensos recursos naturales, y todo lo que necesita es una sabia y vigorosa administración que los haga desplegar; y esta debe esperarla de D. Pedro, que hace tiempo que por su libre voluntad le dió un Gobierno constitucional, y cuyos sentimientos liberales le hacen ocuparse constantemente en el bienestar de sus súbditos.

En el Brasil se ve el comercio de esclavos en algunos de sus más horrorosos aspectos, puesto que el trato en general que dan á los esclavos negros es bárbaro en extremo. Cerca de treinta mil de estos desgraciados se importan anualmente á Río Janeiro sólo, y quizás un número igual á los otros puertos del imperio. Una de las muchas circunstancias atroces que acompañan á este tráfico nefando, es que al llegar cerca del puerto echan frecuentemente al agua á cuantos esclavos parecen hallarse en un estado de enfermedad de difícil recobro. Este brutal uso es para libertarse del pago de los dere-



chos que adeudan á la Aduana por cada esclavo que llevan vivo al puerto. Casos han ocurrido de haberlos recogido aún vivos algunos barcos costaneros.

Catorce ó quince barcos negreros completamente cargados, llegaron á Río Janeiro durante las seis semanas que Miller permaneció en él. Una mañana que casualmente almorzó á bordo de una fragata de guerra brasileña le dejó bondadosamente un bote su comandante el capitán Sheppard, para ir á visitar un buque de 320 toneladas cargado de esclavos, y que había entrado en el puerto la noche anterior. Suponiendo el capitán que Miller estaba al servicio imperial, estuvo sumamente político, y contestó á cuantas preguntas le hizo, y añadió: Que el pasaje había sido bastante afortunado, pues sólo habían muerto setenta y dos de todo el cargo, y que aunque treinta de los enfermos estaban entonces en un estado que no podían venderse, podían los propietarios calcular con enviar al mercado cuatrocientos sanos y robustos africanos, número que debía producir una gran ganancia.

Después de algunas otras cosas Miller le pidió permiso para ver el entrepuente, á lo cual le acompañó el capitán, y le mostró la forma en que aseguran su cargo, reducida á atar á cada negro una pierna á cada barra de hierro que corre por la mitad del buque de popa á proa, formando una doble fila y juntos pie con pie. El aire estaba de tal modo infectado, que Miller no pudo permanecer en el entrepuente más de dos minutos, y escasamente había un esclavo que no estuviese lleno de úlceras enconadas, producidas por la constante fricción de estar tendidos y desnudos sobre unas tablas ásperas y sucias. Algunos de ellos estaban de tal manera magullados, que era admirable cómo existían aún, y su extenuada apariencia podía conducir á la suposición de que los habían casi matado de hambre durante la travesía, si las diferentes miserias á que estaban expuestos no explicasen



bien las causas de sus descarnadas formas. Un gran número de ellos estaban entonces sobre cubierta vestidos con una gran camisa de lana, para enviarlos á tierra al almacén. Violentamente afectado Miller de escena tan desagradable se despidió del capitán; pero incapaz de poder ocultar la indignación que le causaba declamó con grande vehemencia contra todas las vilezas que envuelve tráfico tan inicuo, haciéndole conocer al mismo tiempo que no estaba al servicio del emperador. El capitán ó patrón del buque, aunque al principio se sorprendió por la violencia de las invectivas del general, volvió pronto en sí y contestó en los términos más insolentes, insultando á los ingleses por mezclarse en lo que él llamaba legítimo comercio del Brasil. El estado del buque era tal que no puede describirse, y la fetidez que exhalaba ofendía á más de cincuenta varas de distancia. Aunque Miller tomó un baño caliente en el acto que llegó á tierra, el hedor del buque negrero lo conservó por muchos días.

Hay en Río Janeiro una calle larga y estrecha destinada exclusivamente al acopio de negros, y es de hecho el bazar de los esclavos. El frente de las tiendas está abierto, y los objetos que tienen para vender están sentados en bancos, donde, aunque parece extraño, pasan frecuentemente el tiempo en cantar. Los que quieren comprar van arriba y abajo hasta que hallan alguno que llena el objeto que se proponen. Miller se puso un día un sombrero gacho de paja, y entró en varios de los almacenes ó depósitos como si tuviese intención de hacer alguna compra. Los vendedores de esclavos salían á recibirle y le enseñaban los que tenían haciéndoles poner de pie, volverse, y hacer cuantos movimientos creían oportunos para desplegar sus habilidades, en una forma casi igual á la que emplea un palafrenero cuando enseña un caballo para venderlo. A los que parecían estar soñolientos les hacían mascar un poco de jengibre ó tomar un polvo de tabaco, pero si estos estímulos no bastaban



para darles un aire de viveza, los despertaban con un tirón de orejas ó con una bofetada, que les hacía estar alerta. Miller preguntaba tanto, y sus observaciones eran tan diversas de las de un comprador verdadero, que los traficantes principiaron pronto á sospechar que no pensaba comprar nada. Siendo uno de ellos, en su consecuencia, casi insolente en sus contestaciones, otra vez Miller manifestó su indignación acaloradamente, y trató aún en términos más violentos al vendedor, si es posible, que lo había hecho al patrón del barco negrero. Miller tuvo alguna dificultad para evitar el entrar en una riña muy seria, respecto á que muchos de los otros tratantes salieron y se juntaron á la gritería que se había levantado contra él, y al pasar por todo lo largo de la calle parecía que le iban dando baquetas, porque le saludaban con vituperios por todos lados, y quizás el haber conservado una actitud amenazadora en su retirada, y estar acompañado por el bizarro joven Mr. Johnston, fué lo que evitó algo más de una guerra de palabras. Todos repetían y se fijaban con énfasis marcada sobre la oficiosidad de los ingleses, que en vez de atender á sus propios negocios, según decían, no querían dejar á las otras gentes ganar honradamente la vida.

Miller salió de Río Janeiro para Inglaterra en el paquete *The Marchioness of Salisbury*. En su viaje tocaron en Bahía y Pernambuco, ambas muy hermosas y opulentas ciudades fundadas por los holandeses, y las cuales son un testimonio de la industria y del ingenio de aquella nación perseverante. Las calles espaciosas, y la forma en que la población antigua de Pernambuco fué construída por los holandeses, manifiesta claramente la superioridad de su buen gusto sobre el de los portugueses, y el cual hace contraste con una parte añadida á la ciudad por los últimos. Miller comió con el gobernador, el cual bondadosamente le facilitó caballos y una ordenanza para que pudiese ir á visitar el convento de



San Francisco en Olinda, el punto más oriental del continente de la América del Sur. Este convento es celebrado por la riqueza de sus techos que están trabajados en una forma morisca, y fué fundado antes de la toma de Pernambuco por los holandeses en 1625. En el año 1630 abandonaron los hólandeses el puerto, llenando la entrada por medio de la barra ó arrecife. Los frailes en el convento son sumamente obsequiosos con los que van á visitarles.

Entre los pasajeros á bordo del paquete estaba el doctor D. Tadeo Garate, último gobernador realista del departamento de Puno, é inmediato predecesor de Miller, que fué el primero nombrado por los patriotas. No deja de ser singular que estos dos individuos hubiesen sido conducidos juntos como comensales á bordo del mismo buque.

Garate, que ha sido anteriormente citado en estas Memorias, es natural de La Paz ó Chuquiago como le llaman los indígenas. Tiene sobre cincuenta años de edad, es de mediana estatura aunque más alto que la generalidad de los cholos ó raza mixta indiana á que pertenece. Se inclina mucho para adelante; tiene ojos oscuros y pequeños, semejante á los de una china; pelo negro, lacio y reluciente; pero como la mayor parte de los indígenas tiene poca barba, y la general expresión de su fisonomía hace formar de él la más mala idea. Fué educado en el colegio de San Antonio en el Cuzco, y era tan notado por su aplicación al estudio, que le llamaban «el Cholito aplicado». Recibido ya de abogado desplegó el Dr. Garate grande destreza en su profesión, fuerza de imaginación, y un estilo fácil y flúido; circunstancias que le atraieron muchos clientes, y le proporcionaron vivir de un modo independiente y desahogado. No tardó en manifestar un espíritu ambicioso y ostentoso; iba empolvado, y usaba vestidos de colores que no se llevaban generalmente en el Cuzco. Como literato era un visitador cons-



tante del palacio del obispo, de quien después fué secretario, y al fin tan grande favorito, que el obispo no hacía más que lo que él le aconsejaba. Al dispensar la protección episcopal desplegó el nuevo secretario con los que solicitaban, la más altanera disposición. En seguida fué nombrado subdelegado de Chucuito, y luego elegido diputado para las Cortes de España, de las cuales fué nombrado secretario poco después de su llegada. Garate fué uno de los autores de la exposición á Fernando VII, que dió el nombre de persas á los que la firmaron, y obró también como espía hacia los otros diputados americanos, habiendo merecido por su servilismo que el rey le recompensara con el importante empleo de gobernador de Puno, y para desempeñarlo regresó al Perú.

Parece que la disposición y talentos de Garate habían sido mal aplicados ó dirigidos en el principio de su carrera por preocupaciones escolásticas y un fanatismo frailesco, pues todas sus acciones, sus maneras y hasta sus miradas indicaban que no poseía ningún sentimiento liberal ó varonil. Este hombre es un melancólico ejemplo de los efectos desmoralizadores de la servidumbre habitual, y acostumbrado desde su infancia á incensar y adular, cualquiera que se hallaba constituido en dignidad podía estar seguro de su apoyo, y fué alternativamente el humilde esclavo de Pezuela, de La Serna y de Olañeta, y con todos un activo, hábil y solícito instrumento para la ejecución de medidas opresivas. Sólo fué consecuente en nunca ser patriota, y no cesar jamás de perseguir á sus compatriotas. Al fin, despreciado por todos los partidos, pasó á España á pretender, confiado únicamente en el favor de Fernando, y dejando en el Cuzco su amable esposa y una hija muy interesante. Como el Dr. Garate no entendía ni inglés ni francés, compadeciendo su situación Miller hablaba frecuentemente con él, y encargó á su criado José, que era español, que le



cuidase. En su consecuencia se trataban ambos con bastante política hasta un día en que se originó en la mesa una discusión sobre el carácter del paisanaje irlandés, y en la cual tuvo Miller que combatir los argumentos de casi todos sus compañeros de viaje. Aunque Garate no podía entender claramente el todo de la cuestión, percibió distintamente que su contrario patriota llevaba la minoría, á lo cual su natural propensión á ponerse del lado del más fuerte le arrebató, y no solamente no se limitó al punto en cuestión, sino que dijo, que siendo Miller un insurgente era un adecuado defensor de los que llamaba «insurgentes de Irlanda». Exaltado por el motivo, y animado por una apariencia de apoyo del partido cuya causa secundaba, llegó á decir arrogantemente, «que pronto llegaría el tiempo en que volvería al Perú con millares de tropas del rey y se hallaría en el caso que tanto ansiaba de exterminar todos los rebeldes y traidores». Durante su furiosa arenga ofrecía Garate un objeto propio para el estudio de un pintor; pues la malignidad, la envidia, la cólera, la venganza y la insolencia se pintaron sucesivamente en su semblante. En consideración á lo triste de la situación de Garate, Miller le permitió seguir aún más allá de lo regular; pero viendo que su tolerancia servía únicamente para aumentar la virulencia de su contrario, creyó llegado el momento de contener su oratoria, echándole la suave pero firme indirecta, de que si hablaba una palabra más, nada podría salvarle de aquella especie de castigo á que su insolencia le había hecho ya tan acreedor. Garate se calló en el acto, y desapareció en seguida; pero desde esta ocasión nunca quedaron bien, aunque entraron aún en conversación algunas veces.

El Dr. Garate se lamentaba constantemente de su pobreza y se decía estar absolutamente arruinado, protestando bajo todo lo más sagrado que la contribución forzada de veinte mil duros que Bolívar le había impuesto



en Arequipa había agotado hasta el último maravedí. A la verdad, tan circunstanciadamente presentaba datos para probar su relato, que Miller llegó al fin á creer la historia que contaba, aunque hechos que había sabido cuando era prefecto de Puno, estaban en directa oposición con ella.

Después de desembarcar en Falmouth, sorprendió á Miller su criado José, pidiéndole permiso para volver á bordo á ver á D. Tadeo Garate, al cual presentaba como hallarse en algún compromiso formal, resultando de las preguntas que Miller le hizo, que José y D. Tadeo habían hecho dos viajes, y que en ambas ocasiones habían sacado los bolsillos llenos de onzas de oro, propiedad del último. Mientras el doctor estaba en tierra la segunda vez, el mayordomo del paquete descubrió por casualidad algunas barras de plata escondidas debajo del colchón de la cama de aquél, las cuales guardó cuidadosamente dando parte de todo al capitán. Cuando D. Tadeo volvió á bordo inmediatamente echó menos su tesoro, y no hablando una palabra de inglés no podía hacer pregunta alguna. En tal estado perdió casi el juicio, paseaba desalentado sobre cubierta en una agonía completa, y en su desesperación envió á José para que informase de todo á Miller, el cual arregló el asunto en favor de Garate. Pero como éste había escondido artificialmente la propiedad para evadirse de pagar el flete, se negó el capitán á entregarla hasta que le pagasen el tanto por ciento que estaba regulado, á cuyos términos tuvo Garate que conformarse, y le devolvieron su tesoro, y con él la vida: su valor pasaba de treinta mil duros. Garate vivía últimamente en París.

Miller desembarcó en Falmouth el 6 de Julio de 1826, ocho años y once meses después de su salida de las Dunas y fué recibido por sus amigos, vecinos y paisanos del modo más bondadoso imaginable. La Corporación de Canterbury le confirió el honor de las inmunidades



de que goza aquella antigua ciudad. En Londres los clubs del Servicio Unido y de Viajeros le eligieron miembro honorario; en Milán fué obsequiado del modo más atento por algunos generales y oficiales del ejército austriaco, y ha sido recibido con particular distinción en París, Florencia, Roma, Amsterdam, Bruselas y otras partes del continente europeo, donde ha tenido la oportunidad de hacer muchos amigos á la causa de la independencia de la América del Sur.

Concluiremos, pues, esta obra con un extracto de una carta escrita al autor en 1826 por un oficial de marina inglés, que estuvo empleado en el crucero de *Sur América*.

«Tal—dice este distinguido oficial—fué la carrera de un joven que lleno de amor á la libertad, tomó parte en la lucha para la independencia de las naciones, y que sin el auxilio de conexiones ó intereses siguió una rápida carrera por medio de los peligros de la guerra y conmociones de los partidos y facciones, y se elevó por su propio mérito y sus acciones al más alto grado en el ejército; obtuvo todas las distinciones y condecoraciones honoríficas; desempeñó mandos civiles de importancia, y cubierto de honrosas heridas ha visitado nuevamente su país nativo con un carácter de absoluto desinterés, y una conciencia libre de remordimientos, y á quien, usando las expresiones del general Bolívar, «¡siempre la América del Sur reclamará como uno de sus hijos más gloriosos!»

---







# APÉNDICE

---

N.—Pág. 21.

*Instrucciones dadas á Olachea por el general Canterac.*

Instrucciones para el Sr. Coronel D. Juan Antonio Olachea, comandante militar de la costa de Palpa, Nasca y Acari, etc.

Artículo 1. Se establecerá alternativamente según mejor convenga en los puntos de la comprensión de su distrito militar para vigilar en todo y estar dispuesto á verificar lo que se previene en los siguientes artículos.

2. De todas las milicias del distrito procurará formar y organizar la fuerza que pueda, que no baje de un escuadrón completo, distribuyendo aquella como le parezca más conveniente.

3. Para la formación elegirá aquellos oficiales que reúnan el mejor concepto en el país, unido á las cualidades de valor y decisión por la justa causa nacional; y á fin de que tenga alguna base de confianza se le dan un oficial y doce sargentos, cabos y soldados del escuadrón de dragones de Lima.

4. Se procurará en todo el distrito el número necesario de armas de fuego y blancas, y haciendo construir algunas lanzas ó solicitando de los subdelegados de Lucanas y Parinacochas otras armas que hubiesen podido encontrarse á la pacificación de estos partidos.

5. Toda la fuerza será de caballería, para lo cual hará las requisiciones de caballos que le parezcan justas, y si pudiese hacer un depósito de caballos para remonta de la caballería del ejército verificará y me dará noticia, en la inteligencia que es bastante necesaria en el día: á fin de que se practique con equidad no se harán otras requisiciones en el distrito que las referidas, ó las



que además el Excmo. Sr. Virrey, comandante general de Arequipa ó yo tuviésemos por conveniente prevenir.

6. Si los enemigos ocupasen alguna vez á Ica con fuerzas considerables que no pudiesen contrarrestar las que tenemos en dicha ciudad y sobre sus cabeceras, inmediatamente procurará alarmar todos los habitantes, y formando montoneros que hostilizasen al enemigo del modo posible.

7. Será en este caso la principal medida alejar indispensablemente de la costa y cabeceras inmediatas todos los ganados y caballerías, y lo que pueda ser útil al enemigo, para detener sus progresos.

8. Si al fin los enemigos se internasen á aquellos puntos, se pondrá en retirada con toda cuanta fuerza pueda para Córdoba, Chuquibamba ó Arequipa, hostilizando á aquellos cuanto fuere dable, habiendo procurado antes llenar cumplidamente lo prevenido en los dos artículos anteriores.

9. Tendrá siempre partidas de observación en los puntos de su costa que ofrezcan alguna posibilidad de desembarco, aunque sean únicamente dos ó tres hombres de confianza para comunicarle los avisos á tiempo oportuno.

10. Mantendrá su comunicación con los señores comandante general de la división central, comandante militar de Ica y el de Córdoba, dándose recíprocamente cuantos avisos y conocimientos puedan interesar y conservando la más completa armonía.

11. Si los enemigos ocupasen á Ica, enviará continuamente espías en aquella dirección y hasta la misma ciudad, donde es conveniente tenga de antemano acordados avisos con algunas personas para un caso de esta naturaleza: lo mismo verificará en los pueblos de su distrito militar si los enemigos hiciesen desembarco en su costa ó la intermedia hasta Arequipa.

12. De cualquiera novedad que merezca atención dará parte por duplicado al Excmo. Sr. Virrey directamente, al señor comandante general de Arequipa y á mí, debiendo sostener su comunicación directamente conmigo y con el expresado señor comandante general de Arequipa.

13. Para los gastos indispensables que ocasionen sus milicias promoverá el celo y entusiasmo de los habitantes de su distrito militar, quienes no dudo se esmerarán en obsequio de la tropa



á quien deben su tranquilidad y pertenecer á una de las principales naciones del mundo civilizado. — Cuartel general de Jauja y Septiembre 17 de 1822.

JOSÉ CANTERAC.

---

O. — Pág. 39.

*Carta del general Valdez á D. José Leyva, cura párroco de Carabelí.*

Arequipa, 14 de Octubre de 1822. (Reservada.)

Mi más estimado amigo: Sé que el 26 de Septiembre entraron en Chincha 400 caballos enemigos mandados por Raullet, no será extraño que su intento sea correrse costa arriba á sublevar los pueblos; ó tal vez en comunicación con alguna fuerza que venga embarcada auxiliarlos con cabalgaduras y gente montada en el punto que tengan convenido; en uno y otro caso, especialmente en el 2.º, deben ustedes estar con mucho cuidado y vigilancia; pues sería de temer que los hiciesen á ustedes una visita: así es preciso que procure usted averiguar cuanto pasa desde Ica para acá, dando aviso de cuantas noticias adquiriera al subdelegado de Parinacochas, al comandante militar y á mí, sin olvidarse de Ocoña. Debe usted aconsejar si llega el caso á esos vecinos que retiren de las lomas y valle todos sus ganados y cabalgaduras; advirtiéndoles que no se dejen alucinar, y no se espongan á ser tratados en otra ocasión con más rigor que en la pasada, pues no todos tienen los sentimientos humanos que tengo yo, aunque me parece que me como los niños crudos. Espero me acuse usted el recibo de esta carta.

Es de usted afectísimo amigo y s. m. b.

JERÓNIMO VALDEZ.

Señor D. José Leyva,  
cura párroco de Carabelí.

---



## P.—Pág. 67.

*Carta de Barandalla al general Valdez.*

A una legua de Ica en la Selva, 25 de Diciembre de 1822.

Mi querido general.—Nada ocurre por aquí de particular, me parece que nada piensan los enemigos de Lima, Lurín y Cañete hacia la costa arriba, pues ni tienen fuerzas para ello, ni quieren exponerse de un modo tan positivo.

Tres buques ingleses y uno francés se hallan en Pisco con el objeto de negociar en aguardientes, doscientos caballos sobre Chincha y Chunchanga para proteger el desembarco de los húsares de Brandsen y Raulet; en este momento sale de mi campo una partida para Pisco en donde de mi orden debe hacer pedazos cuatrocientas botijas de aguardiente que se aprontan en la playa para Lima, y se hallan sin guarnición, é igualmente pegar fuego á todos los efectos que haya en aquel punto permutados por dicho aguardiente.

El 28 salgo con toda la división (que consta de doscientos infantes y doscientos caballos) para Chunchanga, á ver si consigo hacer algo; dirija usted mis cartas al señor marqués de Campo Ameno para que lo haga á Humay en donde voy á situarme para hostilizar de algún modo á los enemigos, impedir sus correrías, y cubrir el flanco izquierdo del ejército, que es el principal objeto de esta división.

Nada me ha contestado usted á varios oficios y cartas que he mandado desde que me he hecho cargo de esto; en ellos decía á usted consistía la fuerza que obra por ahora contra mí en trescientos cincuenta caballos de línea, húsares todos mandados por tres jefes franceses Brandsen, Raulet y Solange, y realmente están en mejor pie que los demás, cien infantes montados á mula y unos montoneros. Arenales con Numancia, Pichincha y cazadores con un escuadrón que no sé cuál es (pero sí que no hay más caballería en ninguna parte) se halla unas veces en Lurín y otras en Lima; dicen mucho, mienten más, y yo creo se quedan en esto todas sus operaciones.

También tengo á usted dicho se cortó de raíz lo de Nasca pues fusilé cuatro cabecillas entre ellos un europeo.



Deseo á usted gloria y felicidad y que no se olvide de su buen amigo q. s. m. b.

TOMÁS BARANDALLA.

Se asegura se han desertado tres fragatas de guerra de la escolta del convoy que se dirigía sobre usted, y que por cobrar lo que la patria ó berengena les debía, andan al corso ó piratería por la mar del Sur.

Señor general D. Jerónimo Valdez.

---

Q.—Pág. 26.

*Oficio del general Canterac que manifiesta la importancia que los jefes realistas dieron á la expedición de Miller, y medidas que adoptaron para contener sus progresos.*

Los enemigos desesperados ya de poder conseguir ventaja alguna con su descabellada expedición, permanecen en la mayor miseria y con una horrorosa mortandad en Arica con otra parte de sus fuerzas, habiendo destacado al coronel Miller con 800 hombres, sin duda con el objeto de reunir recursos á su debilitado ejército, al frente del cual se halla el señor brigadier Valdez ocupando Tacna y quebradas inmediatas, y como el expresado jefe no les dejó en toda la costa nada que pudiesen utilizar, los ha reducido al estado más impotente y miserable; por estas causas es de presumir abandonen á Arica y se vayan costa abajo así que vean si logra Miller proporcionarles algunos recursos; de la fuerza de aquél desembarcaron en Quilca y pasaron á Camaná 200 hombres, y se decía que otros más iban á verificar lo mismo en la Planchada de Ocoña; y tanto si esto sucediese como si los de Camaná bajasen por la costa, es de todo interés dejarles toda ella sin el menor recurso; y así es indispensable que todos los ganados, caballerías y víveres, etc., los reuna V. S. en unos puntos y al momento de avistarse los buques en la costa ó que tal vez intenten bajar por tierra desde Ocoña haga V. S. retirar todo hasta este lado de la cordillera, pues tal vez proyectan los enemigos internarse por esa parte hacia la Sierra, en cuyo caso sería inevitable su ruina. Al señor comandante del batallón de



cazadores prevengo en el adjunto oficio que se ha de servir V. S. dirigirle inmediatamente, venga sobre Arica con el cuerpo de su mando, para que ayude á la retirada de todo é impida progresar al enemigo ni adelantar, á cuyo efecto le proporcionará V. S. caballos, mulas, yeguas, según se proporcione en esos puntos, para montar dos compañías que hagan el servicio mucho más activo.

Mucha vigilancia es necesario tenga V. S. en todos los puntos de la costa, y una actividad extraordinaria, teniendo presente que el triste estado é impotencia de los enemigos se debe todo á las enérgicas y eficaces disposiciones tomadas por el señor brigadier Valdez en toda la extensión de la costa de Arequipa, y así me prometo igual resultado por esa parte.

Avisos por duplicado ó triplicado si fuese preciso, de todo y principalmente de la avistada de los buques, desembarco de tropas y movimientos de éstas debe dar V. S. continuamente y por personas de entera confianza y bien trotadoras al excelentísimo Sr. Virrey directamente, al Sr. Brigadier Loriga por Córdoba, al comandante general de la división central, y á mí por conducto del comandante militar de Chuquibamba, no descuidando el acreditado celo y constante decisión de V. S. tan interesantes objetos, pues de sus avisos ha de depender el feliz éxito de nuestras combinaciones. Dios guarde á V. S. muchos años.—Cuartel general en Puno, Diciembre 31 de 1822.

JOSÉ CANTERAC.

Señor coronel D. Juan Antonio Olachea,  
comandante de los Valles de la Costa.

---

R.—Pág. 30.

*Carta de Manzanedo dirigida al Ayuntamiento constitucional de Carabelí, y que Miller halló á su entrada en dicho pueblo el 7 de Enero de 1823.*

Batallón de Cazadores.—En este momento llega á mis manos el oficio de VV. SS. de 29 del pasado, en que me transcriben el remitido al subdelegado del partido de Parinacochas con motivo del desembarque de los enemigos en el puerto de Quilca,



habiéndose avanzado una división como de 600 hombres en dirección de la villa de Camaná. En su consecuencia, y para entorpecer sus movimientos, estoy activando la salida de este punto con toda la fuerza que tengo á mis órdenes, y es muy respetable para dirigirme con ella y abundancia de municiones para hacia esos lugares. Para que mis operaciones tengan todo el conocimiento y acierto necesario, intereso el celo de VV. SS. á fin de que redoblando su vigilancia sobre las miras de los enemigos, y fuerza efectiva poco más ó menos que tengan, me la transmitan multiplicando extraordinarios de confianza por la vía de Coracora hasta encontrarme, pues de este modo al paso que serán acertadas mis providencias, pondré á cubierto á su leal vecindario de toda invasión enemiga; siendo de la obligación de VV. SS. á efecto de destruir todos los recursos para que el enemigo no pueda ganar terreno, dictar las más eficaces órdenes para internar al pueblo más inmediato de la sierra todo el ganado, mulas, caballos y bagajes de toda especie. Conviene que adelanten VV. SS. espías de toda confianza que observen individualmente la fuerza y planes del enemigo, impartíéndome á toda diligencia cuantas noticias fidedignas adquirieran, practicando lo mismo con el subdelegado de Parinacochas para que ambos procedamos de acuerdo en nuestras operaciones.

Si entre tanto me aproximo á ese pueblo se presentasen en él algunos personajes desconocidos, estarán VV. SS. muy á la mira de su conducta y manejo, y recelando seduzcan al pueblo y que se altere la tranquilidad pública, ordenarán su aprehensión sin estrépito, remitiéndolos á mi disposición. Reencargo á VV. SS. el más exacto desempeño de mis prevenciones, y su resultado será un comprobante de su buena fe, interés que tomen por la causa nacional, y alivio de su vecindario. Dios guarde á VV. SS. muchos años.—Puguio y Enero 4 de 1823.

MANUEL MANZANEDO.

SS. del M. I. Ayuntamiento constitucional  
de Carabellí.

---



**S.—Pág. 35.**

*Oficio circular de Carratalá que prueba la importancia que daban al reembarco de Miller y haberse ocupado Carratalá en su persecución durante la expedición de Alvarado, paralizando de este modo la acción de sus tropas.*

E. M. G.—La pequeña división enemiga que al mando del aventurero Miller desembarcó el 27 último en Quilca ha sido hoy obligada por las bizarras tropas de mi mando á reembarcarse en la Planchada.

Lo comunico á usted para su publicación, y para que de mi orden lo transcriba al jefe de la tropa de Puguio, y á los de los partidos de Parinacochas y Lucanas. Dios guarde á usted muchos años.—Ocoña y Enero 12 de 1823.

JOSÉ CARRATALÁ.

Señor Encargado de la jurisdicción de Carabelí.

**T.—Pág. 36.**

*Oficio de Manzanedo á Olachea que corrobora el de Canterac letra Q.*

Batallón de Cazadores.—El Sr. General en jefe en oficio de 31 del pasado me dice lo que á la letra copio.

«Si V. S. hubiese recibido orden del Excmo. Sr. Virrey para pasar á la división central la suspenderá, y se dirigirá V. S. sobre Acari con el batallón de su mando para verificar cuanto prevengo al coronel D. Juan Antonio Olachea en la adjunta copia; sólo si la división central se hallase amenazada y atacada por fuerzas muy superiores que necesitase el auxilio de ese batallón, dejará V. S. de dar cumplimiento á este oficio y seguirá á incorporarse á aquella división, en cuyo caso á fin de que el expresado coronel tenga alguna fuerza de que disponer para sus interesantes comisiones, enviaría V. S. una compañía á lo menos á disposición de dicho jefe, dándole el respectivo aviso y traslado de este. Dios guarde á V. S. etc., JOSÉ CANTERAC.»



Lo transcribo á V. S. para su conocimiento, pero como las operaciones varían según las circunstancias, especialmente por la noticia que en este momento recibo y transcribo á V. S. en oficio separado, á lo que se agrega hallarme escasísimo de municiones y absolutamente de dinero para la subsistencia de la tropa de mi mando, dirigiré mi marcha en dirección de Carabellí en observación de los movimientos de la división de Miller, y según las ocurrencias perseguirlo por aquellos puntos ó volver á tomar los altos para dirigirme si conviniere por las cabeceras sobre Acari, como se me previene en dicho oficio, cuya prevención servirá V. S. para dirigirme su correspondencia con personas seguras bien sea por el subdelegado de Lucanas, ó por las cabeceras de la costa, y de todos modos por duplicado para que nivelando mis operaciones según las noticias que me comunicare procedamos de acuerdo, activando V. S. de todos modos el recojo de ganados y bestias de toda especie é internarlos á la sierra por ser por ahora impracticable desprenderme de un solo hombre de la fuerza que está á mis órdenes; igualmente será de la mayor importancia el que me remita todo el dinero que pueda recoger de los censos é impuestos de esos valles para sacarme de los apuros en que me hallo, pues la falta de tan preciso recurso puede atrasar el servicio entorpeciendo mis movimientos, especialmente por lugares que carecen de carne y otros auxilios exponiendo la tropa á desórdenes que relajan la disciplina militar. Dios guarde á V. S. muchos años.—Chumpi y Enero 17 de 1823.

MANUEL DE MANZANEDO.

Señor coronel D. Juan Antonio Olachea,  
comandante de los Valles de la Costa.

---

U.—Pág. 37.

*Oficio circular de Carratalá, el cual interceptó Miller, y lo sustituyó con el que va en seguida; fingiendo la letra y firma de modo que no podía distinguirse de la verdadera.*

E. M. G.—Repito á V. S. que la expedición de Miller se compone sólo de un bergantín y con cien hombres de infantería de desembarco únicamente; por lo tanto es bien fácil batirle si fuese



por esas costas reuniendo las partidas que cubren esos países, lo que podrá V. S. combinar con los jefes inmediatos. Dios guarde á V. S. muchos años.—Arequipa, 19 de Enero de 1823.

JOSÉ CARRATALÁ.

Señor coronel D. Juan Antonio Olachea.

E. M. G.—Aviso á V. S. que la expedición de Miller ha sido reforzada con seiscientos negros del batallón núm. 4, por tanto prevengo á V. S. tome todas las medidas conducentes á evitar un desastre.

Advierto á V. S. igualmente que es en mi noticia que dicho jefe trata de seducir los soldados de esas partidas, y que aún ha tenido comunicaciones secretas con algunos de sus oficiales. Vele V. S. sobre esto y castigue con el último rigor á los delinquentes. Dios guarde á V. S. muchos años.—Arequipa, 20 Enero 1823.

JOSÉ CARRATALÁ.

Señor coronel D. Juan Antonio Olachea.

---

### X.—Pág. 39.

*Copia de un oficio del coronel realista Manzanedo dirigido á los alcaldes de los pueblos de Pullo y Chaipi, que prueba el concepto equivocado que tenían de las fuerzas de Miller.*

Batallón de Cazadores.—Es del mayor interés el que no se verifique la feria establecida en Chaipi, como es de costumbre el día de la Candelaria por los inconvenientes que representa la reunión de muchos intereses, especialmente de cabalgaduras de toda especie, recurso de que carecen los enemigos, y que anhelan á toda costa hacerse de él. Éstos tengo noticia que han desembarcado en Atico, y siendo consiguiente su internación hacia Carabelí, Chaparra, Chala y Yauca, y de este hasta esos altos, por lo que conviene que en el momento de recibir esta orden intime á todos los comerciantes que han pasado á Chaipi se retiren sin la menor excusa ni pretexto con todos sus intereses y cabalgaduras cuando menos hasta la parroquia de Pullo y ésta; igualmente que á los que fueren llegando á ese pueblo sin



permitir bajo la más severa responsabilidad el que den un paso para adelante, haciéndole á usted responsable de la menor falta en el cumplimiento de esta disposición, cuyo resultado acreditará el celo de usted por el mejor desempeño de este encargo, asegurándole que si por omisión permitiese el paso de algunos comerciantes, y tuviesen la menor desgracia de ser sorprendidos por alguna partida enemiga, sufriría esa doctoría todo el rigor de las leyes de la guerra; me avisará usted sin pérdida de momento de quedar enterado de esta orden, y de darla todo el lleno que me prometo de su decisión á la causa nacional en lo que resulta un bien general á todos los habitantes de este partido. Dios guarde á usted muchos años.—Coracora y Enero 29 de 1823.

MANUEL MANZANEDO.—Sr. D. Bernardino Chaves, alcalde constitucional de la parroquia de Pullo: transcribo un tanto que me pasa el señor coronel D. Manuel Manzanedo en el momento que lo he recibido, y usted inteligenciado en él practicará lo que ordena acusándome el recibo de estilo para dar cuenta á nuestro jefe. Dios guarde á usted muchos años.—Pullo y Enero 30 de 1823, y camina á las nueve del día de esta fecha.

BERNARDO CHAVES.

Señor alcalde constitucional de Chaipi,  
D. Bernardo Rodríguez.

P. D. Para la más pronta y rápida ejecución de cuanto prevengo invitará usted á efecto de que le ayuden, al Ayuntamiento y vecinos honrados de esa parroquia.

---

**Y.—Pág. 37.**

*Carta enviada por Miller para que fuese interceptada por Manzanedo para corroborar la idea que contiene el oficio fingido que se sustituyó al verdadero de Carratalá, y que uno y otro van marcados con la letra S.*

Atiquipa, Enero 31 de 1823.

Señor, núm. 1.—Muy señor mío y mi distinguido amigo: No es para esta vez manifestar á usted el gusto con que he recibido su muy apreciable en que me descubre francamente sus sentimien-





tos patrióticos y disposición de reunirse conmigo en unión de los demás compañeros de armas, á quienes igualmente saludo. Prometo á usted como á ellos, á nombre del señor general en jefe, y del supremo gobierno de la república, que la heroica acción meditada, será recompensada religiosamente como he ofrecido. Además de la estimación que ustedes se granjearán con el público, deberán también contar con mi perpetuo reconocimiento, y amistad particular que acaso podrá valer.

Apruebo en todas sus partes el primer plan que usted me propone en su citada; y sólo agregó, que me parece mejor se haga el movimiento á prima noche. De este modo logramos hacernos de casi todos esos beneméritos soldados, á quienes asegurará usted á mi nombre una buena gratificación, y se evita también la efusión de sangre. El segundo plan tiene el riesgo de que morirían muchos, y seguramente perecerían esos jefes de quienes me aseguran ser hombres por sí sólo nada perjudiciales. Por otra parte yo aborrezco naturalmente y por sistema todo lo que se puede atribuir á asesinato. La causa que defendemos es justa. Seámoslo también nosotros. Así, pues, encargo á usted y demás amigos que traten á los individuos opuestos á nuestras miras con toda la consideración que dicta la humanidad. Solamente en caso de una resistencia decidida usarán ustedes de las armas. Ya entonces no hay que vacilar. Una vez que resuene el dulce grito de *¡ Viva la patria!*, muera, muera el atrevido que se oponga á nuestra santa combinación. Amigo mío: valor, humanidad, firmeza y sobre todo serenidad, debe ser la orden del día.

Persuádase usted que desea con ansia el momento de abrazar á usted y demás compañeros su afectísimo y s. s. q. s. m. b.,

G. MILLER.

P. D. En el acto he mandado pasar la de usted á mi sustituto. Ya está á la vista la fragata y espero que tome el puerto esta noche ó mañana. Esté usted pronto, ánimo.

---



## Z.—Pág. 37.

*Oficio del coronel Manzanedo al comandante de la división central realista que manifiesta haber creído las noticias fingidas que Miller hizo escribir desde Atiquipa al español Marcos que prendieron en Yauca.*

Batallón de Cazadores. — Con esta fecha he dado al Excelentísimo Sr. Virrey del reino el parte siguiente.

«EXCMO. SR.:

«Un espía de toda mi confianza con fecha 27 del pasado me dice lo siguiente: Pongo á la noticia de V. S. que el inglés Miller ha desembarcado en este puerto y trae dos buques. Que mañana desembarca el batallón de negros en número de 600, con la intención, según me aseguran, de pasar á ese punto de Coracora. De Ica dicen que ha entrado allí el jefe Brandsen, después de haberse retirado nuestras tropas. Por Acarí dicen que tienen ya 250 caballos de los húsares, y que llegarán aquí pasado mañana. La Legión peruana, que es el batallón de este inglés, se halla repartida en guarniciones desde Ocoña hasta Atico, donde hay como 600 dispuestos para ir también sobre Coracora. Lo transcribo á V. E. para su superior conocimiento, y aunque me parecen estas noticias muy abultadas, he redoblado los espías para adquirir una relación exacta de la efectiva fuerza de los enemigos, y he prevenido al subdelegado de este partido observe el flanco de su capital á Carabelí, retirando con la mayor actividad cuanto ganado y bestias de toda especie que aún existan sobre los altos de aquel frente, así como lo estoy haciendo yo hacia el norte de los puntos de Chaipi, Pullo y toda su campiña, en cuya comisión tengo 60 hombres con oficiales de confianza. Anteayer regresó mi segundo desde los altos de Carabelí con las tres compañías que tenía á su cargo, después de haber examinado que en Carabelí sólo existía una partida de un capitán y 25 hombres montados, que fugó en el momento que supo la aproximación de nuestra tropa, la que volvió á ocupar aquel punto así que se impuso de la retirada de las tres compañías. Como el subdelegado de Lucanas nada me ha dicho de haberse retirado la división central que ocupaba Ica, tengo por falsa esta



noticia, en razón á que por Palpa ó Nasca la hubieran sabido por su inmediación sin perjuicio de los avisos que sin duda hubiera dado el señor comandante general de aquella, al verse precisado á emprender algún movimiento retrógrado. En este momento se me presenta un espía que me asegura haberse internado los enemigos desde Atiquipa á la quebrada de Chala en número de 450, fuera de diferentes partidas que han dispersado por distintas direcciones, y que por hoy debían caer al pueblo de Chaipi, en cuyas inmediaciones se hallan los 60 hombres de mi batallón; y respecto á que dicho espía habló con el capitán imponiéndole de estas ocurrencias, espero de un momento á otro nuevos avisos, que impartiré á V. E. si mereciesen consideración, adelantando este parte por duplicado por conducto del comandante militar de Andaguaylas y subdelegado Luna, transmitiéndole á éste y comandante militar de Chuquibamba; igual diligencia practico con el subdelegado de Lucanas, y señores comandante general de la división central, brigadier Loriga, y jefes de Huancavelica y Guamanga, advirtiéndole á V. E. que hasta la fecha no han llegado los cartuchos y demás especies remitidas por Andaguaylas al subdelegado de Lucanas, y sólo he recibido tres cajones de cartuchos españoles bien estropeados que me ha remitido el subdelegado Luna».

Lo transcribo á V. S. para que con este conocimiento nivele sus operaciones sin perjuicio de que repetiré los avisos conforme los resultados. Dios guarde á V. S. muchos años.—Coracora, y Febrero 1 de 1823.

MANUEL DE MANZANEDO.

Sr. D. Tomás Barandalla,  
comandante general de la división central.

P. D. Se confirma haber sido reforzada la división de Miller con 600 negros del regimiento núm. 4, y de permanecer todo el grueso en el puerto de Atiquipa y sus inmediaciones, fuera de varias partidas que han dispersado.

---



## A.A. — Pág. 39.

*Oficio del coronel Olachea al comandante militar y alcalde interino del valle de Acari que prueba el sentido patriótico en que se hallaban los habitantes.*

Comandancia militar de los Valles de la Costa.—He llegado á este pueblo el día de ayer, y mientras me dirijo á ese valle espero se sirva usted comunicarme todos los avisos que adquiriera y son consiguientes á las circunstancias del día. Excuso decir nada sobre ganados y bestias porque creo todo á distancia del pueblo según varias veces se ha ordenado, y me lisonjeo que en esa parte no haya para qué reconvenir ni hacer el menor cargo.

Los buques procedentes de la expedición enemiga de Arica el uno la *Trujillana*, y el otro del sobrino de D. Vicente Algorta se fueron á pique á las inmediaciones de Pisco, y sólo pudieron salvar veintidós hombres, y al día siguiente 3 del presente mes, llegaron al puerto cinco velas, y desembarcaron como trescientos hombres, de las gloriosas acciones que se atribuyen á su favor los enemigos (como lo tienen de costumbre) según previno á usted el coronel Miller, lo comunicase á D. José Manuel Mesa. Sé que en ese pueblo se ha tenido por falso el parte que transcribí del Sr. Manzanedo, á pretexto de que este jefe siempre circunspecto, como procedente de nuestro gobierno militar y nacional, que no tiene otro lenguaje que el de la sinceridad, no dice el conducto por donde adquirió la noticia de la ocupación de Camaná del Sr. Carratalá en los términos que se relacionan en el referido parte. Yo sentiré mucho que esos valles que tanta consideración me han merecido siempre, se pongan en el caso de sufrir los severos castigos que exigen imperiosamente unos procederes tan criminales, y que penetrados mejor de su deber manifiesten los sentimientos de subordinación y de obediencia; propios de cuantos individuos tienen la gloria de depender de un gobierno, vuelvo á repetir, tan generoso y justo como el nacional. Dios guarde á usted muchos años.—Palpa, Febrero 6 de 1823.

JUAN ANTONIO DE OLACHEA.

Señor comandante militar y alcalde interino del valle de Acari,  
D. Juan Navarro González.

---





## BB.—Pág. 40.

*Oficio pasado por Miller al ministro de la Guerra de la República del Perú.*

H. S.—El coronel Manzanedo después de haber amenazado con 600 hombres una pequeña partida mía de 15 hombres situados en Carabelí, avanzó hasta Sondor el 27 del próximo pasado. Allí recibió noticia de que la patria tenía 400 hombres emboscados sobre el camino que él seguía. Se puso en el instante en precipitada fuga, y creció su atolondramiento con los repetidos partes que le dieron los alcaldes, y especialmente un español que puse preso en este punto y con bastante secreto. El 31 Manzanedo se hallaba en Coracora, y aún no sé si continúa su retirada; mañana me pongo en marcha. Las partidas que tengo en Ocoña, Carabelí y Atico con varios habitantes de aquellos lugares, partirán también con el mismo objeto por diferentes caminos, pero en combinación conmigo. Me es sumamente satisfactorio poder decir á V. S. que cuento con la buena disposición de estos pueblos que crece cada día. Aprecian sobremanera á mis soldados; los tratan como á hermanos; se regocijan al verlos, y no recibo una sola queja.

Siento que mi alma se exalta cuando llego á tratar de este asunto, y no puede resistir mi celo de hacer presente á ese supremo gobierno que son incalculables los atrasos que ha padecido la causa, y lo que ha desmerecido la opinión con motivo de tener en el servicio algunos individuos que con el título ó insignias de oficiales, y á pretexto de *comisionados* para coleccionar bagajes y víveres, abusando de sus facultades, han robado descaradamente á los paisanos, agregando á este exceso el de injuriarles de obra y de palabra, sin la menor consideración á las propiedades ni á la seguridad individual. De este modo habrían hecho en muchos de estos lugares odioso hasta el nombre de la patria, á no ser tan excesivo el aborrecimiento que tienen á los españoles. El daño está hecho desde muy atrás; pero aún puede el Gobierno remediarlo para lo sucesivo, dando órdenes sobre el particular. Yo creo que uno de los medios más eficaces al efecto sería el abolir ese detestable empleo de *comisionados*, cuyo sólo título exaspera y llena de terror á los pueblos más adictos y decididos,



Disimule V. S. H. esta digresión; los feos hechos de que estoy informado, me han inducido á ella. Dios guarde á V. S. H. muchos años.—Atiquipa, Febrero 7 de 1823.

H. S.

GUILLERMO MILLER.

Al H. Sr. Secretario de Guerra y Marina.

---

CC.—Pág. 40.

*Carta de Miller al coronel Brandsen, traducida literalmente del inglés.*

Acari, 23 de Febrero de 1823.

Tengo á seis leguas de ese punto 300 cabezas de ganado vacuno y sobre 200 caballos y mulas, los cuales marcharán para Ica en el momento que usted crea deber atacar al señor Barandalla que se halla temblando con 340 hombres en las cercanías de Molinos; pues á no ser que usted avance á Ica se perderá indudablemente todo el ganado, así como otras ventajas de mucha más importante naturaleza. Los enemigos han entrado en Carabelí; pero son demasiado tímidos y están demasiado asustados para atacarme, pues Manzanedo cree firmemente que lo menos tengo dos batallones conmigo. Aballe no tiene en Lucanas más de 30 hombres, pero este anciano es más activo que los otros. Mucho podría hacerse si usted avanzara en esta dirección; pero si usted pierde tiempo, desagradables pueden ser las consecuencias. Nada hay que temer de Carratalá, pues aun cuando hubiese salido de Arequipa para Chuquibamba se vería detenido por los ríos, porque he destruído dos puentes importantes y muchas balsas. Si yo hubiese tenido 50 hombres de caballería, hace ya tiempo que estaría todo el batallón de cazadores en mi poder de 600 plazas. El capitán Valdivia y doce soldados de mi regimiento, acompañados de algunos paisanos del país en clase de voluntarios, hicieron una incursión á Palpa, y el 21 pusieron en huida al coronel Olachea, al cual atacaron cerca de Nasca. Olachea tenía cincuenta milicianos armados y cuatro soldados veteranos con un oficial; diez y seis milicianos fueron hechos pri-



sioneros, muertos dos de los veteranos, y los otros dos con el alférez fueron también prisioneros y se hallan actualmente en este punto. Olachea escapó, pero su equipaje así como el del subdelegado Rivero cayeron en nuestras manos, y entre los cuales se halla una correspondencia muy interesante. Un español llamado Muñoz y un americano de nombre García, el propietario de Chocoviento, ambos habitantes de Nasca, nos han causado mucho perjuicio, pues emplean espías y dan á Barandalla buenas noticias. Nuevamente repito á usted que cualquiera que sea la intención del Gobierno, y cualquiera que sean los planes militares de usted, es de la mayor importancia que desaloje usted, á Barandalla de Ica y abra comunicación conmigo y las provincias de Parinacochas y Lucanas, cuyos habitantes están dispuestos á levantarse á favor de la causa de la patria. Si este movimiento se verifica inmediatamente, mucho puede esperarse, pero si no se ejecuta no preveo sino desgracias que habremos merecido por nuestra dejadez. ¡Qué lástima que los que dirigen las operaciones del ejército no conozcan mejor la topografía del país! Tenga usted la bondad de enviar el original de esta carta al ministro de Guerra, la cual escribo en inglés por si fuese interceptada, á pesar de que no es probable que suceda, por que todas mis comunicaciones enviadas á Lima por tierra han llegado fielmente y sus contestaciones.

Tengo el honor de ser de usted atento servidor.

GUILLERMO MILLER.

Al señor coronel Brandsen, comandante general  
de la vanguardia del ejército de observación  
en Cañete.

---

DD.—Pág. 40.

*Oficio del ministro de la Guerra y Marina al general Miller, que expresa la aprobación del Gobierno á su conducta, y las causas porque no le reforzó con la fuerza que reclamaba, como era su deseo.*

Secretaría de la Guerra y Marina.—Quedan en mi poder las comunicaciones de V. S. del 7, 15 y 17 del corriente, con las cartas y oficios que las acompañan, S. E. ha sido enterado de ellas



con la mayor satisfacción así porque descubren el estado moral de esos pueblos, como porque califican la oportunidad y el acierto con que V. S. trabaja por el honor de las armas peruanas.

Es incuestionable la ventaja que produciría el aumento de fuerzas á las órdenes de V. S., y más que todo la adquisición de la provincia de Chuquibamba en los momentos en que los enemigos van á ser arrojados de los valles de Jauja. El Gobierno conoce que nada interesa tanto como dividir las fuerzas que se nos oponen y obligarlas á marchas y contramarchas continuas, y que con el auxilio de los 500 hombres que pide V. S. sería muy fácil distraer con suceso las tropas de Andaguaylas y las que se hallan en Camaná; pero no es posible por ahora enviar á V. S. refuerzo.

El regreso de las tropas de Colombia á Guayaquil y la remesa de 300 dragones (que dan á la vela dentro de dos días) hacia Arica, ha reducido la fuerza disponible, y S. E. no estima conveniente desmembrar alguna del ejército del centro, porque debe moverse en la semana entrante, y su objeto es buscar al enemigo persiguiéndolo hasta encontrarlo.

La ocupación de Ica que tendrá lugar el 3 del entrante, y que es la primera parte del plan de las operaciones calculadas, va á facilitar á V. S. una libre comunicación por tierra, por medio de la cual será fácil ver si más adelante se pudiese remitir á V. S. alguna caballería de la cual marcha una fuerza considerable. El coronel Brandsen debe por ahora quedar situado en Ica, y los avisos de V. S. deben venir á él, hasta tanto que según los movimientos del general Arenales se dan á V. S. otros detalles, para que con arreglo á estos, y á las instrucciones que haya recibido del General en jefe del ejército de operaciones, obre V. S. con datos seguros, y al fin principal de la campaña.

Convendría que V. S. avisase con repetidos propios, que serán pagados aquí, así las noticias que se adquirieran de los enemigos, como de los artículos de guerra que falten á V. S. para enviarlos desde Pisco, bien persuadido que sólo las causas indicadas, y la de no dejar desguarnecida la capital, detienen el envío de las tropas que V. S. pide.

S. E. promete que V. S. manifestará en la ejecución de estos



encargos el mismo celo que le ha distinguido siempre entre los guerreros de la patria. Dios guarde á V. S. muchos años.—  
Lima, Enero 27 de 1823.

H. S.

TOMÁS GUIDO.

Señor coronel de la Legión peruana,  
D. Guillermo Miller.

*Carta particular del ministro á Miller incluyéndole el oficio anterior, y explicando más su contenido.*

Lima, Enero 27 de 1823.

Señor coronel D. Guillermo Miller.—Mi estimado amigo. Nos ha dado usted un buen rato con las noticias del atolondramiento que causó en los enemigos la aparición de usted sobre Ocoña. Sentiré eternamente no haya usted tenido 500 hombres y 25 caballos para aprovechar la feliz oportunidad que se presentó á usted. En la guerra hay ciertos momentos que pasan como una exhalación, y una vez perdidos no vuelven.

De muy buena gana hubiera enviado á usted 500 hombres si el general Arenales hubiera gustado desprenderse de ellos. El va á marchar á principios de la semana entrante, y me ha manifestado hacerle suma falta esa fuerza, porque siendo necesario remitir á usted soldados hechos, no es fácil reemplazarlos.

Dentro de cinco á seis días debe ocupar á Ica el coronel Brandsen; de este modo nuestras comunicaciones serán libres, y usted podrá pedirme cuanto necesite. Luego que cuente con seguridad el curso de las cartas, impondré á usted de lo esencial del plan de la campaña próxima.

El peón que condujo los oficios de usted ha recibido aquí cien pesos, y lleva orden para el coronel Brandsen para que le facilite un buen caballo en reemplazo del que perdió.

Tal vez verá usted algunos papeluchos de los que se publican aquí en abuso de la libertad de la prensa; pero el orden prevalece, y son inmensos los elementos de guerra que hemos preparado para el general Arenales.

No me retarde usted noticias de su situación; nos interesa demasiado, y especialmente á su afectísimo amigo y seguro servidor,

TOMÁS GUIDO.



**EE.—Pág. 66***Proclama de Miller á los habitantes de la Costa y del Interior.*

Habitantes de la Costa y del Interior.—Tenéis de nuevo en medio de vosotros á vuestro agradecido amigo el general Miller, agradecido de los servicios que en otro tiempo le hicísteis, y que ahora tratará de recompensar.

Una fuerza respetable que sirve de vanguardia á otra mayor que en estos días arribará á vuestras playas es el garante que os ofrezco, para romper las cadenas que hasta ahora os han oprimido. Yo protesto á nombre de los demás jefes que vienen y de los bravos que me acompañan, que la moderación, el anhelo por vuestros más caros intereses, y la protección de vuestras personas y propiedades, serán la norma de mis operaciones. Prestad vuestra cooperación contra el enemigo común; concurrid con los auxilios que os dicte vuestro patriotismo y permitan vuestros posibles, y creed que lejos de arrancar por la fuerza los medios de subsistencia y de movilidad que espero alcanzar de vuestro patriotismo, deseo evitar todo motivo de agravio, alejar toda especie de recelo y acreditar con las obras el título que mis compañeros y yo esperamos tener sobre vuestros corazones, dándonos, en breves días, la paz y la tranquilidad.

Soldados.—Estáis en país de amigos; sólo un resto de hombres opresores os disputan ese título; marchad á ellos con la valentía de que tantas pruebas habéis dado, y muy pronto os haréis acreedores á la gratitud de la generación presente y la venidera.

GUILLERMO MILLER.

Chala, 21 de Julio de 1823.

**FF.—Pág. 66.**

*Carta dirigida á Miller por D. José María Flores, de cuyo patriotismo se ha hecho honrosa mención.*

Camaná, Julio 27 de 1823.

Señor general D. Guillermo Miller.—Mi apreciado y más distinguido amigo: Anoche á la una de ella llegó á mis manos su es-



timada de 21, y con ella recibí el júbilo consiguiente á la comunicación de su buena salud que deseo continúe, y á la presencia de usted en esos lugares. Yo y toda la familia que agradece sus finos recuerdos quedamos sin novedad, y cuanto antes apetece verlo para con demostraciones de alegría manifestarle el alto grado de adhesión y gratitud con que le amamos por las singulares recomendaciones que sin suficiente mérito supo usted hacer de mi persona en la capital de Lima, produciendo estas el efecto de que recibí auténtico testimonio en el despacho que vino en la correspondencia con Valdivia, cuyo desgraciado acaecimiento que tuvo éste no me dió oportunidad de contestarle como ni tampoco al señor presidente, y por cuya falta he vivido confundido, consolándome si la esperanza de que cuando la suerte presentase ocasión segura satisfaría así á usted como á S. E. y lo verifico en esta vez patentizándole la imposibilidad absoluta que hubo, y los grandes compromisos en que estuvimos envueltos aunque salvamos felizmente de ellos.

He sido instruído en los contenidos de la suya, y reducido á los particulares que abraza digo á usted por contesto, que la situación del Sr. Santa Cruz es la de hallarse ocupando á Moquegua muchos días hace, y sin adelantar sus tropas para destruir las poquísimas de setecientos hombres que tuvo Carratalá cuando el ejército libertador entró en dicho Moquegua; pero sin duda este general medita otros planes de más importancia.

Las fuerzas enemigas que ya deben haberse reunido á las expresadas de Carratalá, ó cuando no estar muy próximas para hacerlo se me asegura de Arequipa compondrán por todas hasta tres mil hombres. Carratalá estuvo campado en Puquina y por hoy se halla en Challapampa, á media legua de Arequipa por la entrada del lado de Vitor. Su fuerza estaba toda montada, y hasta el 12 no constaba más que 1.200.

En Mages, como aquí no hay partida alguna, pues aunque existen en este cuartel ocho soldados los reputo por nada supuesto á que el subdelegado trata de retirarse con ellos en cuanto se le comunique que por algún puerto inmediato desembarquen tropas.

En Carabelí tampoco ha habido partida; pero se estaba aguardando allí muy de próximo la entrada de Valdez con más de 3.000 hombres que aseguró traía desde la capital de donde



fué llamado por repetidos expresos que le hizo Coterá y para cuyo efecto anticipó avisos desde el Carmen alto con fecha 11 á este subdelegado para que le aprontase 100 quintales de arroz poniéndole 50 en Carabelí y 50 en Chuquibamba, asimismo que reses y bestias de toda especie como para su división del número dicho usando de la expresión de reservado á todo. La ruta que trae según hemos traslucido parece que es por el lado de Lucanas y Parinacochas.

En Chuquibamba ha habido y existen 150 hombres de buena tropa, y su subdelegado, que es un europeo coronel Pardo, tiene ya colectadas muchas bestias de su partido y congregadas porción de víveres para esperar á Valdez.

En Quilca no hay sino un oficial con dos soldados, sus asistentes, pues la semana pasada despachó aquí cuatro que estaban sirviendo en este cuartel.

Por las últimas cartas que tuve de Arequipa, he sabido que el virrey trataba de salir del Cuzco á los pueblos de hacia el lado de Arequipa, y esto no puede ser sino por temer sublevación en el lugar, ó por no tener confianza en la pericia y valor de Carratalá, á quien le despachó para que aumentase sus fuerzas 1.000 hombres al mando de Villalobos; pero los que no habían llegado aún hasta el 14 y se rugía en Arequipa que fué hecho revolver Villalobos porque en algunos pueblos empezaron á revolucionarse así que vieron salir la fuerza que estaba en el Cuzco, donde le dieron de palos en medio de la plaza á las diez de la mañana al coronel Landázuri que era edecán del virrey, lo que arguye que verdaderamente estaba el pueblo movido.

De Olañeta se dice también que se le ha mandado venir con sus tropas hacia la provincia de Arequipa; pero no sé si se halla ya en marcha ó no, lo mismo que ignoro el estado de Potosí, Cochabamba y Cotagaita.

De la Paz y Puno aseguran que están en movimiento en consecuencia de haberse internado por esos lados algunas divisiones del ejército libertador; pero no le aseguro la verdad de esto, pues las intenciones y planes del Sr. Santa Cruz han sido y son tan reservadas que nada han podido traslucir los contrarios, aunque han mandado muchos espías, y ni aún la verdadera fuerza han podido saber por lo que hay variedad en el número que dicen creyendo unos que son cinco mil y otros que ocho.



De Tarapacá nó se habla una palabra, y por ello desconocemos su situación.

Sin pérdida de momentos y arrostrando por grandes peligros he hecho salir á un expreso de mi confianza, pagado con cien pesos, dirigiéndole al Sr. Santa Cruz el pliego que me acompañó usted, y si regresa con felicidad trayendo el contesto, propondré pasárselo si las circunstancias lo permiten y sé el punto donde se halle usted, pues de contrario no lo aventuraré.

Por ahora, y con respecto á que se aguardan las tropas de Valdez como llevo dicho, no está segura nuestra correspondencia, y tanto que temo la sorpresa de ésta, por lo que le suplico que sin las mayores seguridades posibles no me escriba usted ni tampoco exprese mi nombre en el sobre ni en nada, y por parte mía cuente usted con que no perderé medio alguno para impartirle cuanto ocurra como verdadero decidido en los progresos de la causa, y consecuente amistad suya, siéndome sí preciso para esto que con el primer propio seguro que usted despache, me mande un par de bestias buenas, para tenerlas prontas á lo que ocurra, pues en este lugar no se consiguen por nada, ni quiero que por buscarlas se descubran mis intenciones, cuando con los retiros ordenados por los opresores están las bestias á distancia.

Dígnese usted orientarme de la verdadera fuerza del Sr. Santa Cruz y de la que le acompaña, como también de la situación y suerte de mis amigos el vicario Córdova y Piñera.

Por no haber tenido tiempo, no he cumplido con las memorias para el cura y demás amigos; pero lo verificaré en esta misma tarde que he de bajar á la población para adquirir mejores noticias que según su entidad se las comunicaré, quedando mientras tanto y como siempre de usted todo suyo de corazón, su más afectísimo consecuente amigo, q. b. s. m.,

JOSÉ MARÍA FLORES.

---

GG.—Pág. 68.

*Oficio de los alcaldes y Ayuntamiento de Arequipa pasando al general Miller, y que manifiesta la cooperación que voluntariamente le prestaban.*

Quedan ya acordadas todas las providencias en auxilio de las tropas libertadoras, con arreglo á las órdenes de V. S. Su exac-



titud en el cumplimiento depende de manos auxiliares, después de haberse prestado los mismos individuos de este cuerpo. Ellos, por estas grandes atenciones, para cuyo lleno se dieron las dos de la tarde en esta sala, y ya las siete y media de la noche, quedaron privados de felicitar á V. S. particularmente con las debidas consideraciones á su persona, y como continúa aún la necesidad del servicio sin que debamos distraernos de él, y por otra parte media la circunstancia de querer aliviar á V. S. en sus fatigas, va nuestro secretaric á oírle las demás prevenciones que quiera hacerle, para darles el mismo cumplimiento. Dios guarde á V. S. muchos años. Sala capitular de Arequipa, Agosto 30 de 1823.

MARIANO BASILIO DE LA FUENTE.

DR. MANUEL CAYETANO LE LOYO.

LUIS MARÍA SERNA.

DR. MARIANO LARREA.

FERMÍN DÍEZ CANSECO.

MARIANO MIGUEL DE UGARTE.

JOSÉ URTADO.

FRANCISCO DE PAULA ZERNED.

PEDRO JOSÉ DE BENAVIDES.

DR. JOSÉ FERNÁNDEZ DÁVILA.

PEDRO JOSÉ BARRIGA, Secretario.

Señor general D. Guillermo Miller.

---

### HH. —Pág. 84.

*Carta escrita al general Miller por D. José Manuel Mesa, que prueba el patriotismo de que estaba animado, y que se ha citado en las Memorias.*

Su Hacienda Curve y Noviembre 4 de 1823.

Señor general D. Guillermo Miller.—Mi señor y digno amigo. ¿Hasta cuándo no se sistema el Gobierno de las provincias de un modo ventajoso á los intereses de la patria? En 1821 tuve el honor de dirigir á V. S. mis observaciones sobre la moralidad y decencia con que debían ser tratados los pueblos para que progresase rápidamente el deseo de la independencia y se hicie-



se general el voto por la misma. Entonces me refería á la provincia de Lucanas, donde un jefe de montonera, Pérez, había cometido varios excesos, abusando del sagrado nombre de la patria. V. S. se sirvió aprobar mis ideas de un modo que al par de serme satisfactorio, hacía mucho honor á los principios del sistema, llenaba de confianza á todo patriota, y confundía las equivocadas, ó maliciosas imputaciones dictadas por el servilismo. Esta provincia de Ica reposaba tranquila bajo la moderación y equitativa justicia con que fué gobernada por V. S. aunque de un modo tan fugaz y momentáneo. Entonces no se dudó de la opinión del numeroso vecindario de Ica, y era fuera de duda que la continuación de igual lenidad é iguales maneras políticas habrían decidido en nuestro favor la opinión de un pueblo grande, que hoy se mira con desconfianza porque desgraciadamente se ha hecho desconfiado él mismo de la probidad de sus inmediatos jefes. Yo me abstendré del prolijo detalle de circunstancias y hechos que avergüenzan al patriota, oprobian al patriotismo, y aún afligen la humanidad. V. S. llegará muy pronto á Ica. Me consta que tiene en su seno excelentes y muy decididos patriotas, á quienes debe oír con entera satisfacción y confianza. Ellos le trazarán el cuadro lastimoso de los horrores que se han cometido en los últimos meses de Septiembre y Octubre, y no podrá menos que estremecerse, al paso que penetre su alma generosa de indignación y de amargura. Yo conozco y tengo el honor de estimar cuanto merece un vecino honradísimo y pudiente de esa ciudad desgraciada, que existe hoy en esta villa de Nasca, y salió á estos valles con el único fin de divertirse y disfrutar unos días de la dulce sociedad de sus amigos, que son todos los moradores de estos valles, por gratitud de los recomendables oficios que ha practicado en favor de los mismos, interponiendo su mediación con los jefes del Rey. Salió de Ica antes de la entrada de la patria; pensó luego regresar; pero me consta que recibió la noticia de haber sido saqueada la plata labrada, alhajas y estimable ropa de uso, y que sin embargo de habersele propuesto que su presencia podría reparar una parte, si no el todo del robo, consintió en la pérdida absoluta de sus intereses por no exponerse á los ultrajes, vejaciones y vilipendio personal que han experimentado otros individuos de su carácter. Tenga V. S. presente que el marqués de



Campo Ameno ha sido su amigo y lo es en el día; que su conducta pública respecto de la patria mereció su justa confianza, porque nunca pudo ser otra la de un caballero, y que sin embargo de que una razón de estado tan propia de su carácter y empleos, le han obligado en otras ocasiones á separarse de la ciudad, ha regresado por fin á la misma y ha sido respetado y considerado por todos los jefes de la patria. Pero no ha sido así en esta última vez. Se asegura que está en la sierra, y yo no lo dudo, porque si yo pudiera haberme separado de Nasca por los días que la ocupó una partida de montoneros con su comandante Mariano Martínez, hombre torpe, sin educación ni moralidad alguna, lo habría verificado sin que me acusase la conciencia de haber violado un momento los sagrados deberes que me impone el respeto que debo á nuestra causa. Si tratamos de sustraernos de la tiranía y despotismo peninsular, ¿cuándo se experimentó este en el grado supremo que lo han ejercido los últimos jefes de Ica, y esas partidas montoneras que todo lo roban sin guardar ó considerar respeto alguno á estado ni clase? Todos los pueblos serán patriotas cuando sean gobernados por hombres de sano talento que no sirvan á sus pasiones é intereses particulares, y sean precisamente animados del exclusivo deseo de generalizar el sistema de la verdadera libertad é independencia.

Yo trato á V. S. con la franqueza que me ha dispensado su amistosa correspondencia, desde que por primera vez tuve el honor de recibir sus letras en Julio de 1821. También creo que merezco algún crédito en su estimación, y que no dudará un punto de mi más vivo y ardientísimo deseo de que se adelante nuestra causa, removiendo las trabas que tanto retardan y paralizan su progreso. También creo que al acercarse á S. E. el Libertador (ojalá se verifique) no olvidará la mejora de suerte de esta provincia, procurando por todos medios de recomendación que ella sea gobernada y considerada por mejores principios, y que sean tales que puedan borrar ó al menos obscurecer las tristes ideas que se han fijado en los corazones de sus moradores, de que no son ya los patronos y libertadores, sino los enemigos y opresores del suelo los jefes de la patria y las partidas armadas, que sin disciplina, orden, ni subordinación alguna, se gravan por los pueblos indefensos.



Deseo á V. S. feliz salud, toda clase de satisfacciones y que disponga de los débiles arbitrios de su afectísimo y obligado amigo,

JOSÉ MANUEL MESA.

---

II.—Pág. 88.

*Carta de Bolívar al general Miller, cuando éste se hallaba operando en los Puertos Intermedios.*

Lima, 26 Octubre 1823.

Mi querido general.—Hace mucho tiempo que deseo conocer á usted porque sus servicios le han recomendado á la gratitud de todos los americanos amantes de la libertad y del mérito.

Reciba usted ahora los testimonios más sinceros del aprecio que le profeso, y crea usted que tengo el mayor deseo de manifestar á usted la consideración á que es usted acreedor por su noble conducta en el ejército del Perú. Soy con la más distinguida consideración atento servidor,

BOLÍVAR.

Señor general de brigada D. Guillerme Miller.

---

JJ.—Pág. 98.

*Oficio del ministro de Estado al general Miller, que prueba la comisión que llevó en su viaje á Chile y la confianza que merecía del Gobierno.*

Lima, Enero 20 de 1824.

Ministerio de Estado y Relaciones Exteriores.—S. E. el Presidente de la República, satisfecho, no menos de los grandes servicios que ha prestado V. S. á la causa del Perú, que del honor y aptitudes políticas que lo distinguen, tiene á bien encargarle recabe del Gobierno de Chile el regreso de la expedición al puerto del Callao, para que así como fueron aquellas valientes huestes las que ayudaron á dar libertad á Lima, sean también partícipes en la gloria de exterminar el resto de los tiranos. S. E. justamente se promete que V. S. desempeñará esta particular confian-



za á proporción de sus deseos, y que aumentará V. S. la obligación de la República por tan señalado servicio.

Tengo la honra de ofrecer á V. S. toda mi consideración y aprecio.

H. UNANUE.

H. S. General de brigada, D. Guillermo Miller.

### KK.—Pág. 129.

*Dictamen de Miller sobre el proceso de D. Pedro Abadía.*

Con arreglo al mérito de la causa, juzgo deben quedar enteramente libres y absueltos D. Pedro Abadía y D. José Arismendi, y demás comprendidos en la denuncia hecha por los padres Saavedras, dándose al primero una satisfacción que haga sentir en público su inocencia, y le indemnice de los grandes perjuicios que ha sufrido; y que siendo indispensable consultar la seguridad de los vecinos honrados, y el decoro mismo del Gobierno se pase la causa á la suprema autoridad para que en vista de los grandes cargos que del proceso resultan contra los maliciosos padres delincuentes, se proceda contra estos de una manera que sean castigados sus escandalosos crímenes, y particularmente lo calumnioso de esta denuncia.

GUILLERMO MILLER.

### LL.—Pág. 207.

*Oficio de Sucre al general Miller, participándole su ascenso á general de división, que manifiesta el aprecio y consideración que le merecía.*

EJÉRCITO LIBERTADOR

Cuartel general en La Paz á 8 de Agosto de 1825.

Al Señor general de división D. Guillermo Miller.—Señor general: Tengo el honor de devolver á V. S. su despacho de general de división con el respectivo cúmplase.

Me es altamente satisfactorio hallar en el ascenso de V. S. el premio de la República al mérito de un bravo y constante de-



fensor de ella, cuyos servicios son apreciables para todos los americanos, y muy particularmente para los que como yo han tenido la ocasión de observarlos, y darles el valor que merecen.

Acepte V. S. con mi congratulación los sentimientos de mi amistad, consideración y aprecio. Dios guarde á V. S.

A. J. DE SUCRE.

---

MM.—Pág. 301.

*Discurso de Bolívar y Constitución boliviana.*

AL CONGRESO CONSTITUYENTE DE BOLIVIA

Al ofreceros el proyecto de Constitución para Bolivia, me siento sobrecogido de confusión y timidez, porque estoy persuadido de mi incapacidad para hacer leyes. Cuando yo considero que la sabiduría de todos los siglos no es suficiente para componer una ley fundamental que sea perfecta, y que el más esclarecido legislador es la causa inmediata de la infelicidad humana, y la burla, por decirlo así, de su ministerio divino, ¿que deberé decir del soldado que nacido entre esclavos, y sepultado en los desiertos de su patria, no ha visto más que cautivos con cadenas, y compañeros con armas para romperlas? ¡Yo Legislador.....! Vuestro engaño y mi compromiso se disputan la preferencia; no sé quien padezca más en este horrible conflicto, si vosotros por los males que debéis temer de las leyes que me habéis pedido, ó yo del oprobio á que me condenáis por vuestra confianza.

He recogido todas mis fuerzas para exponeros mis opiniones sobre el modo de manejar hombres libres, por los principios adoptados entre los pueblos cultos, aunque las lecciones de la experiencia sólo muestran largos períodos de desastres, interrumpidos por relámpagos de ventura. ¿Qué guías podremos seguir á la sombra de tan tenebrosos ejemplos?

¡Legisladores! Vuestro deber os llama á resistir el choque de dos monstruosos enemigos que recíprocamente se combaten, y ambos os atacarán á la vez:.... la *tiranía* y la *anarquía* forman un inmenso océano de opresión, que rodea á una pequeña isla de libertad, embatida perpetuamente por la violencia de las olas



y de los huracanes, que la arrastran sin cesar á sumergirla. Mirad el mar que váis á surcar con una frágil barca, cuyo piloto es tan inexperto.

El proyecto de Constitución para Bolivia está dividido en cuatro poderes políticos, habiendo añadido uno más, sin complicar por esto la división clásica de cada uno de los otros. El electoral ha recibido facultades que no le estaban señaladas en otros gobiernos que se estiman entre los más liberales. Estas atribuciones se acercan en gran manera á las del sistema federal. Me ha parecido no sólo conveniente y útil, sino también fácil, conceder á los representantes inmediatos del pueblo los privilegios que más pueden desear los ciudadanos de cada departamento, provincias y cantones. Ningún objeto es más importante á un ciudadano que la elección de sus legisladores, magistrados, jueces y pastores. Los colegios electorales de cada provincia representan las necesidades y los intereses de ellas, y sirven para quejarse de las infracciones de las leyes y de los abusos de los magistrados. Me atrevería á decir con alguna exactitud que esta representación participa de los derechos de que gozan los gobiernos particulares de los Estados federados. De este modo se ha puesto nuevo peso á la balanza contra el ejecutivo; y el Gobierno ha adquirido más garantías, más popularidad y nuevos títulos para que sobresalga entre los más democráticos.

Cada diez ciudadanos nombran un elector; y así se encuentra la nación representada por el décimo de sus ciudadanos. No se exigen sino capacidades, ni se necesita de poseer bienes, para representar la augusta función del soberano; mas debe saber escribir sus votaciones, firmar su nombre y leer las leyes. Ha de profesar una ciencia, ó un arte que le asegure un alimento honesto. No se le ponen otras exclusiones que las del vicio, de la ociosidad y de la ignorancia absoluta. Saber y honradez, no dinero es lo que requiere el ejercicio del poder público.

El Cuerpo legislativo tiene una composición que lo hace necesariamente armonioso entre sus partes: no se hallará siempre dividido por falta de un juez árbitro, como sucede donde no hay más que dos Cámaras. Habiendo aquí tres, la discordia entre dos queda resuelta por la tercera, y la cuestión examinada por dos partes contendientes y un imparcial que la juzga; de este modo ninguna ley útil queda sin efecto, ó por lo menos habrá



sido vista una, dos y tres veces antes de sufrir la negativa. En todos los negocios entre dos contrarios se nombra un tercero para decidir, y ¿no sería absurdo que en los intereses más arduos de la sociedad se desdeñara esta providencia dictada por una necesidad imperiosa? Así las Cámaras guardarán entre sí aquellas consideraciones que son indispensables para conservar la unión del todo, que debe deliberar en el silencio de las pasiones y con la calma de la sabiduría. Los Congresos modernos (me dirán), se han compuesto de solas dos secciones. Es por que en Inglaterra, que ha servido de modelo, la nobleza y el pueblo debían representarse en dos Cámaras; y si en Norte América se hizo lo mismo sin haber nobleza, puede suponerse que la costumbre de estar bajo el Gobierno inglés, le inspiró esta imitación. El hecho es que dos Cuerpos deliberantes deben combatir perpetuamente, y por eso Sieyes no quería más que uno. Clásico absurdo.

La primera Cámara es de Tribunales, y goza de la atribución de iniciar las leyes relativas á hacienda, paz y guerra. Este Cuerpo tiene la inspección inmediata de los ramos que el ejecutivo administra con menos intervención del legislativo.

Los senadores forman los códigos y reglamentos eclesiásticos y velan sobre los tribunales y el culto. Toca al Senado escoger los prefectos, los jueces del distrito, gobernadores, corregidores, y todos los subalternos del departamento de justicia. Propone la Cámara de Censores, los miembros del Tribunal Supremo, los arzobispos, obispos, dignidades y canónigos. Es del resorte del Senado, cuanto pertenece á la religión y á las leyes.

Los censores ejercen una potestad política y moral que tiene alguna semejanza con la del Areópago de Atenas y de los Censores de Roma. Serán ellos los fiscales contra el Gobierno para celar si la Constitución y los tratados públicos se observan con religión. He puesto bajo su égida el *juicio nacional*, que debe decidir de la buena ó mala administración del ejecutivo.

Son los censores los que protegen la moral, las ciencias, las artes, la instrucción y la imprenta. La más terrible como la más augusta función pertenece á los censores. Condenan á oprobio eterno á los usurpadores de la autoridad soberana, y á los insignes criminales. Conceden honores públicos á los servicios y á las virtudes de los ciudadanos ilustres. El *fiel* de la gloria se ha



confiado á sus manos: por lo mismo, los censores deben gozar de una inocencia intacta y de una vida sin mancha. Si delinquen serán acusados hasta por faltas leves. A estos sacerdotes de las leyes he confiado la conservación de nuestras sagradas tablas, porque son ellos los que deben clamar contra sus profanadores.

El Presidente de la República viene á ser en nuestra Constitución, como el sol, que firme en su centro, da vida al universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua, porque en los sistemas sin jerarquías, se necesita, más que en otros, un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas. *Dadme un punto fijo*, decía un antiguo, *y moveré el mundo*. Para Bolivia, este punto es el presidente vitalicio. En él estriba todo nuestro orden, sin tener por esto acción. Se le ha cortado la cabeza para que nadie tema sus intenciones, y se le han ligado las manos para que á nadie dañe.

El Presidente de Bolivia participa de las facultades del ejecutivo americano, pero con restricciones favorables al pueblo. Su duración es la de los presidentes de Haití. Yo he tomado para Bolivia el ejecutivo de la república más democrática del mundo.

La isla de Haití (permítaseme esta digresión) se hallaba en insurrección permanente; después de haber experimentado el imperio, el reino, la república, todos los Gobiernos conocidos y algunos más, se vió forzada á recurrir al ilustre Petión para que la salvase. Confiaron en él, y los destinos de Haití no vacilaron más. Nombrado Petión Presidente vitalicio con facultades para elegir el sucesor; ni la muerte de este grande hombre, ni la sucesión del nuevo Presidente, han causado el menor peligro en el Estado; todo ha marchado bajo el digno Boyer, en la calma de un reino legítimo. Prueba triunfante de que *un presidente vitalicio con derecho para elegir el sucesor*, es la inspiración más sublime en el orden republicano.

El Presidente de Bolivia será menos peligroso que el de Haití, siendo el modo de sucesión más seguro para el bien del Estado. Además, el Presidente de Bolivia está privado de todas las influencias: no nombra los magistrados, los jueces, ni las dignidades eclesiásticas, por pequeñas que sean. Esta disminución de poder, no la ha sufrido todavía ningún Gobierno bien constituido; ella añade trabas sobre trabas á la autoridad de un jefe, que



hallará siempre al pueblo dominado por los que ejercen las funciones más importantes de la sociedad. Los sacerdotes mandan en las conciencias, los jueces en la propiedad, el honor y la vida; y los magistrados en todos los actos públicos. No debiendo esto sino al pueblo sus dignidades, su gloria y su fortuna, no puede el Presidente complicarlos en sus miras ambiciosas. Si á esta consideración se agregan las que naturalmente nacen de las oposiciones generales que encuentra un Gobierno democrático en todos los momentos de su administración, parece que hay derecho para estar cierto de que la usurpación del poder público dista más de este Gobierno que de otro alguno.

¡Legisladores! La libertad desde hoy en adelante será indestructible en América. Véase la naturaleza salvaje de este continente que expele por sí sola el orden monárquico; los desiertos convidan á la independencia. Aquí no hay grandes nobles, grandes eclesiásticos. Nuestras riquezas eran casi nulas; y en el día lo son todavía más. Aunque la iglesia goza de influencia, está lejos de aspirar al dominio, satisfecha con su conservación. Sin estos apoyos, los tiranos no son permanentes, y si algunos ambiciosos se empeñan en levantar imperios, Dessalines, Cristóbal, Itúrbide, les dicen lo que deben esperar. No hay poder más difícil de mantener que el de un príncipe nuevo. Bonaparte, vencedor de todos los ejércitos, no logró triunfar de esta regla más fuerte que los imperios. Y si el gran Napoleón no consiguió mantenerse contra la liga de los republicanos y de los aristócratas, ¿quién alcanzará en América, fundar monarquías, en un suelo encendido con las brillantes llamas de la libertad, y que devora las tablas que se le ponen para elevar esos cadalsos regios? No, Legisladores: no temáis á los pretendientes á coronas; ellas serán para sus cabezas la espada pendiente sobre Dionisio. Los príncipes flamantes que se obcequen hasta construir tronos encima de los escombros de la libertad, erigirán túmulos á sus cenizas, que digan á los siglos futuros, *cómo prefirieron su fatua ambición, á la libertad y á la gloria.*

Los límites constitucionales del Presidente de Bolivia, son los más estrechos que se conocen: apenas nombra los empleados de hacienda, paz y guerra: manda el ejército. He aquí sus funciones.

La administración pertenece toda al ministerio, responsable á



los censores, y sujeta á la vigilancia celosa de todos los legisladores, magistrados, jueces y ciudadanos. Los aduanistas y los soldados, únicos agentes de este ministerio, no son á la verdad los más adecuados para captarle el aura popular; así su influencia será nula.

El vicepresidente es el magistrado más encadenado que ha servido el mando: obedece juntamente al legislativo y al ejecutivo de un Gobierno republicano. Del primero recibe las leyes: del segundo las órdenes; y entre estas dos barreras ha de marchar por un camino angustiado y flanqueado de precipicios. A pesar de tantos inconvenientes, es preferible gobernar de este modo, que con imperio absoluto. Las barreras constitucionales ensanchan una conciencia política, y le dan firme esperanza de encontrar el fanal que la guíe entre los escollos que la rodean: ellas sirven de apoyo contra los empujes de nuestras pasiones, concertadas con los intereses ajenos.

En el Gobierno de los Estados Unidos se ha observado últimamente la práctica de nombrar al primer ministro para suceder al Presidente. Nada es tan conveniente, en una república, como este método; reúne la ventaja de poner á la cabeza de la administración un sujeto experimentado en el manejo del Estado. Cuando entra á ejercer sus funciones va formado, y lleva consigo la aureola de la popularidad, y una práctica consumada. Me he apoderado de esta idea, y la he establecido como ley.

El Presidente de la República nombra al vicepresidente, para que administre el Estado, y le suceda en el mando. Por esta providencia se evitan las elecciones que producen el grande azote de las repúblicas. La anarquía, que es el lujo de la tiranía y el peligro más inmediato y más terrible de los Gobiernos populares. Ved de qué modo sucede como en los reinos legítimos, la tremenda crisis de las repúblicas.

El vicepresidente debe ser el hombre más puro; la razón es, que si el primer magistrado no elige un ciudadano muy recto, debe temerle como á enemigo encarnizado, y sospechar hasta de sus secretas ambiciones. Este vicepresidente ha de esforzarse á merecer por sus buenos servicios el crédito que necesita para desempeñar las más altas funciones, y esperar la gran recompensa nacional: el mando supremo. El Cuerpo legislativo y el pueblo exigirán capacidades y talentos de parte de este magis-



trado, y le pedirán una ciega obediencia á las leyes de la libertad. Si es ambicioso de mando, la sucesión le será repugnante, y no verá su ascenso sino como una pérdida parcial de su autoridad.

Siendo la herencia la que perpetúa al régimen monárquico, y lo hace casi general en el mundo, ¿cuánto más útil no es el método que acabo de proponer para la sucesión del vicepresidente? Que fueran los príncipes hereditarios elegidos por el mérito, y no por la suerte, y que en lugar de quedarse en la inacción y en la ignorancia, se pusiesen á la cabeza de la administración, serían, sin duda, monarcas más esclarecidos, y harían la dicha de los pueblos. Sí, Legisladores; la monarquía que gobierna la tierra, ha obtenido sus títulos de aprobación, de la *herencia* que hace estable, y de la *unidad* que hace fuerte. Por esto, aunque un príncipe soberano es un niño mimado, enclaustrado en su palacio; educado por la adulación y conducido por todas las pasiones, este príncipe, que me atrevería á llamar la ironía del hombre, manda al género humano, porque conserva el orden de las cosas, y la subordinación entre los ciudadanos, con un poder firme, y una acción constante. Considerad, Legisladores, que estas grandes ventajas se reúnen en el *presidente vitalicio*, y *vicepresidente hereditario*.

El poder judicial que propongo goza de una independencia absoluta; en ninguna parte tiene tanta. El pueblo presenta los candidatos, y el legislativo escoge los individuos que han de componer los tribunales. Si el poder judicial no emana de este origen, es imposible que conserve en toda su pureza, la salvaguardia de los derechos individuales. Estos derechos, Legisladores, son los que constituyen la libertad, la igualdad, la seguridad, todas las garantías del orden social. La verdadera constitución liberal está en los códigos civiles y criminales, y la más terrible tiranía la ejercen los tribunales por el tremendo instrumento de las leyes. De ordinario el ejecutivo no es más que el depositario de la cosa pública; pero los tribunales son los árbitros de las cosas propias—de las cosas de los individuos. El poder judicial contiene la medida del bien ó del mal de los ciudadanos, y si hay libertad, y si hay justicia en la república, son distribuídas por este poder. Poco importa, á las veces, la organización política, con tal que la civil sea perfecta; que las leyes



se cumplan religiosamente, y se tengan por inexorables como el destino.

Era de esperarse, conforme á las ideas del día, prohibiésemos el uso del tormento, de las confesiones, y cortásemos la prolongación de los pleitos en el intrincado laberinto de las apelaciones.

El territorio de la república se gobierna por prefectos, gobernadores, corregidores, jueces de paz y alcaldes. No he podido entrar en el régimen interior y facultades de estas jurisdicciones; es mi deber, sin embargo, recomendar al Congreso los reglamentos concernientes para el servicio de los departamentos y provincias. Tened presente, Legisladores, que las naciones se componen de las ciudades y de las aldeas, y del bienestar de estas se forma la felicidad de Estado. Nunca prestaréis demasiado vuestra atención al buen régimen de los departamentos. Este punto es de predilección en la ciencia legislativa, y no obstante es harto desdeñado.

He dividido la fuerza armada en cuatro partes: ejército de línea, escuadra, milicia nacional y resguardo militar. ¡Dios nos preserve de que vuelva sus armas contra los ciudadanos! Basta la milicia nacional para conservar el orden interno. Bolivia no posee grandes costas, y por lo mismo es inútil la marina; debemos, á pesar de esto, obtener algún día uno y otro. El resguardo militar es preferible por todos respectos al de guardas; un servicio semejante es más inmoral que superfluo, por lo tanto interesa á la república guarnecer sus fronteras con tropas de línea, y tropas de resguardo contra la guerra del fraude.

He pensado que la Constitución de Bolivia debiera reformarse por períodos, según lo exige el movimiento del mundo moral. Los trámites de la reforma se han señalado en los términos que he juzgado más propios del caso.

La responsabilidad de los empleados se señala en la Constitución boliviana, del modo más efectivo. Sin responsabilidad, sin represión, el Estado es un caos. Me atrevo á instar con encarecimiento á los Legisladores para que dicten leyes fuertes y terminantes sobre esta importante materia. Todos hablan de responsabilidad; pero ella se queda en los labios. No hay responsabilidad, Legisladores; los magistrados, jueces y empleados abusan de sus facultades porque no se contiene con rigor á los



agentes de la administración, siendo entre tanto los ciudadanos víctimas de este abuso. Recomendará yo una ley que prescribiera un método de responsabilidad anual para cada empleado.

Se han establecido las garantías más perfectas, *la libertad civil* es la verdadera libertad, las demás son nominales ó de poca influencia con respecto á los ciudadanos. Se ha garantido la *seguridad* personal, que es el fin de la sociedad, y de cual emanan las demás. En cuanto á la *propiedad* ella depende del Código civil que vuestra sabiduría debiera componer luego, para la dicha de vuestros conciudadanos. He conservado intacta la ley de las leyes: la *igualdad*, sin ella perecen todas las garantías, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios. A sus pies he puesto cubierta de humillación á la infame esclavitud.

¡Legisladores! La infracción de todas las leyes es la esclavitud. La ley que la conservara, sería la más sacrílega. Mírese este delito por todos aspectos, y no me persuado que haya un solo boliviano tan depravado, que pretenda legitimar la más insignificante violación de la dignidad humana. ¡Un hombre poseído por otro! ¿Un hombre propiedad? ¡Una imagen de Dios puesta al yugo cómo el bruto! ¿Dígasenos dónde están los títulos de los usurpadores del hombre? La Guinea nos los ha mandado, pues el África devastada por el fratricidio, no ofrece más que crímenes. Trasplantadas aquí estas reliquias de aquellas tribus africanas ¿qué ley ó potestad será capaz de sancionar el dominio sobre estas víctimas? Transmitir, prorrogar, eternizar este crimen mezclado de suplicios, es el ultraje más chocante. Fundar un principio de posesión sobre la más feroz delincuencia no podría concebirse sin el trastorno de los elementos del derecho, y sin la perversión más absoluta de las nociones del deber. Nadie puede romper el santo dogma de la *igualdad*, y ¿habrá esclavitud donde reina la igualdad? Tales contradicciones fueran más bien el proceso de nuestra razón que el de nuestra justicia. Seríamos reputados por más dementes que usurpadores.

Si no hubiera un Dios protector de la inocencia y de la libertad prefiriera la suerte de un león generoso, dominando en los desiertos y en los bosques, á la de un cautivo al servicio de un infame tirano, que, cómplice de sus crímenes, provocara la cólera del cielo; pero no: Dios ha destinado el hombre á la libertad: él lo protege para que ejerza la celeste función del *alvedrío*.



¡Legisladores! Haré mención de un artículo que, según mi conciencia, he debido omitir. En una Constitución política no debe prescribirse una profesión religiosa, porque según las mejores doctrinas sobre las leyes fundamentales, estas son las garantías de los derechos políticos y civiles, y como la religión no toca á ninguno de estos derechos, ella es de naturaleza indefinible en el orden social, y pertenece á la moral intelectual. La religión gobierna al hombre en la casa, en el gabinete, dentro de sí mismo; sólo ella tiene derecho de examinar su conciencia íntima. Las leyes, por el contrario, miran la superficie de las cosas; no gobiernan sino fuera de la casa del ciudadano. Aplicando estas consideraciones ¿podrá un estado regir la conciencia de los súbditos, velar sobre el cumplimiento de las leyes religiosas, y dar el premio ó el castigo cuando los tribunales están en el cielo, y cuando Dios es el juez? La inquisición solamente sería capaz de reemplazarlas en este mundo. ¿Volverá la inquisición con sus teas incendiarias?

La religión es la ley de la conciencia. Toda ley sobre ella la anula, porque imponiendo la necesidad al deber, quita el mérito á la fe, que es la base de la religión. Los preceptos, y los dogmas sagrados son útiles y luminosos, de evidencia metafísica; todos debemos profesarlos, mas este deber es moral, no político.

Por otra parte, ¿cuáles son en este mundo los derechos del hombre hacia la religión?, ellos están en el cielo, allá el tribunal recompensa el mérito, y hace justicia según el cogido que ha dictado el legislador. Siendo todo esto de jurisdicción divina, más parece á primera vista sacrílego y profano, mezclar nuestras ordenanzas con los mandamientos del Señor. Prescribir pues, la religión, no toca al legislador, porque este debe señalar penas á las infracciones de las leyes, para que no sean meros consejos. No habiendo castigos temporales, ni jueces que apliquen estos castigos, la ley deja de ser ley.

El desarrollo moral del hombre es la primera intención del legislador, luego que este desarrollo llega á lograrse, el hombre apoya su moral en las verdades reveladas, y profesa de hecho, la religión, que es tanto más eficaz, cuanto que la ha adquirido por investigaciones propias. Además, los padres de familia no pueden descuidar el deber religioso hacia sus hijos. Los pastores espirituales están obligados á enseñar la ciencia del cielo, el



ejemplo de los verdaderos discípulos de Jesús, es el maestro más elocuente de su divina moral; pero la moral no se manda, ni el que manda es maestro, ni la fuerza debe emplearse en dar consejos. Dios y sus ministros son las autoridades de la religión que obra por medios y órganos exclusivamente espirituales; pero de ningún modo el cuerpo nacional, que dirige el poder público á objetos puramente temporales.

¡Legisladores! Al ver ya proclamada la nueva nación boliviana, ¡cuán generosas y sublimes consideraciones no deberán elevar vuestras almas! La entrada de un nuevo estado á la sociedad de los demás, es un motivo de júbilo para el género humano, porque se aumenta la gran familia de los pueblos. ¡Cual, pues, debe ser el de sus fundadores! y el mío!!! viéndome igualado con el más célebre de los antiguos, el fundador de la ciudad eterna! Esta gloria pertenece de derecho á los creadores de las naciones que, siendo sus primeros bienhechores, han debido recibir inmortales recompensas; pero la que me concedéis además de inmortal tiene el mérito de ser gratuita por no merecida. ¿Dónde está la ciudad? ¿Dónde la república que yo he levantado? Vuestra munificencia, dedicándome una nación, se ha adelantado á todos mis servicios, y es infinitamente superior á cuantos bienes pueden hacerlos los hombres. Mi desesperación se aumenta al contemplar la inmensidad de vuestro premio, por que después de haber agotado los talentos, las virtudes, el genio mismo del más grande de los héroes, todavía sería yo indigno de merecer el nombre que habéis querido daros ¡el mío! ¡Hablaré yo de gratitud, cuando ella no alcanzará jamás á expresar ni débilmente lo que experimento por vuestra bondad que, como la de Dios, pasa todos los límites! Sí, sólo Dios tenía potestad para llamar á esa tierra Bolivia... ¿Que quiere decir Bolivia? Un amor desenfrenado de libertad, que al recibirla vuestro arrobo, no vió nada que fuera igual á su valor. No hallando vuestra embriaguez una demostración adecuada á la vehemencia de sus sentimientos, arrancó vuestro nombre, y dió el mío á todas vuestras generaciones. Esto que es inaudito en la historia de los siglos, la es aún más en la de los desprendimientos sublimes. Tal rasgo mostrará á los tiempos que están en el pensamiento del Eterno, lo que anhelábais la posesión de vuestros derechos, que es la posesión de ejercer las virtudes políticas, de adquirir



los talentos luminosos, y el goce de ser *hombres*. Este rasgo, repito, probará que vosotros érais acreedores á obtener la gran bendición del cielo—*la soberanía del pueblo*—única autoridad legítima de las naciones.

¡Legisladores! ¡Felices vosotros que presidís los destinos de una república que ha nacido coronada con los laureles de Ayacucho, y que debe perpetuar su existencia dichosa bajo las leyes que dicte vuestra sabiduría, en la paz que ha dejado la tempestad de la Guerra!

BOLIVAR.

Lima, á 25 de Mayo de 1826.

---

## PROYECTO DE CONSTITUCIÓN PARA LA REPÚBLICA BOLIVIANA

En el nombre de Dios:

EL CONGRESO GENERAL CONSTITUYENTE de la REPÚBLICA BOLIVIANA, nombrado por el pueblo para formar la Constitución del Estado, decreta lo siguiente:

### TÍTULO I.—DE LA NACIÓN

#### *Capítulo I.—De la nación boliviana.*

ARTÍCULO I. La nación boliviana es la reunión de todos los bolivianos.

II. Bolivia es, y será para siempre, independiente de toda dominación extranjera, y no puede ser propiedad ó patrimonio de ninguna persona ni familia.

#### *Capítulo I.—Del territorio.*

III. El territorio de la república boliviana comprende los departamentos de Potosí, Chuquisaca, La Paz, Santa Cruz, Cochabamba y Oruro.

IV. Se divide en departamentos, provincias y cantones.

V. Por una ley se hará la división más conveniente, y otra fijará sus límites, de acuerdo con los Estados limítrofes.



## TÍTULO II.—DEL GOBIERNO

*Capítulo I.—Forma del Gobierno.*

- VI. El Gobierno de Bolivia es popular representativo.
- VII. La soberanía emana del pueblo; y su ejercicio reside en los poderes que establece esta Constitución.
- VIII. El Poder supremo se divide para su ejercicio en cuatro secciones: *Electoral, Legislativo, Ejecutivo y Judicial.*
- IX. Cada poder ejercerá las atribuciones que le señala esta Constitución, sin excederse de sus límites respectivos.

*Capítulo II.—De los bolivianos.*

- X. Son bolivianos:
  - 1. Todos los nacidos en el territorio de la República.
  - 2. Los hijos de padre ó madre boliviana, nacidos fuera del territorio, luego que manifiesten legalmente su voluntad de domiciliarse en Bolivia.
  - 3. Los libertadores de la República, declarados tales por la ley de 11 de Agosto de 1825.
  - 4. Los extranjeros que obtengan carta de naturaleza ó tengan tres años de vecindad en el territorio de la República.
  - 5. Todos los que hasta el día han sido esclavos, y por lo mismo quedarán de hecho libres en el acto de publicarse esta Constitución. Por una ley especial se determinará la indemnización que se debe hacer á sus antiguos dueños.
- XI. Deberes de todo boliviano:
  - 1. Vivir sometido á la Constitución y á las leyes.
  - 2. Respetar y obedecer á las autoridades constituídas.
  - 3. Contribuir á los gastos públicos.
  - 4. Sacrificar sus bienes y su vida misma, cuando lo exija la salud de la República.
  - 5. Velar sobre la conservación de las libertades públicas.
- XII. Los bolivianos que estén privados del ejercicio del poder electoral, gozarán de todos los derechos civiles concedidos á los ciudadanos.
- XIII. Para ser ciudadano es necesario:
  - 1. Ser boliviano.
  - 2. Ser casado ó mayor de veintiún años.



3. Saber leer y escribir.
  4. Tener algún empleo ó industria, ó profesar alguna ciencia ó arte, sin sujeción á otro en clase de sirviente doméstico.
- xiv. Son ciudadanos:
1. Los libertadores de la República (art. 10, 3).
  2. Los extranjeros que obtuvieron *carta de ciudadanía*.
  3. Los extranjeros casados con boliviana que reúnan las condiciones 3 y 4 del art. 13.
  4. Los extranjeros solteros que tengan cuatro años de vecindad en la República y las mismas condiciones.
- xv. Los ciudadanos de las naciones de América antes española, gozarán de los derechos de ciudadanía en Bolivia, según los tratados que se celebren con ellas.
- xvi. Solo los que sean ciudadanos en ejercicio pueden obtener empleos y cargos públicos.
- xvii. El ejercicio de la ciudadanía se suspende:
1. Por demencia.
  2. Por la tacha de deudor fraudulento.
  3. Por hallarse procesado criminalmente.
  4. Por ser notoriamente ebrio, jugador ó mendigo.
  5. Por comprar ó vender sufragios en las elecciones, ó turbar el orden de ellas.
- xviii. El derecho de ciudadanía se pierde:
1. Por traición á la causa pública.
  2. Por naturalizarse en país extranjero.
  3. Por haber sufrido pena infamatoria ó aflictiva, en virtud de condenación judicial.

### TÍTULO III.—DEL PODER ELECTORAL

#### *Capítulo I.—De las elecciones.*

- xix. El poder electoral lo ejercen inmediatamente los ciudadanos en ejercicio nombrados por cada diez un elector.
- xx. El ejercicio del poder electoral no podrá jamás ser suspenso; y los magistrados civiles, sin esperar orden alguna, deben convocar al pueblo, precisamente en el período señalado por la ley.
- xxi. Una ley especial detallará el reglamento de elecciones,



*Capítulo II.—Del Cuerpo electoral.*

xxii. El Cuerpo electoral se compone de los electores nombrados por los sufragantes populares.

xxiii. Reunidos los electores en la capital de la provincia, nombrarán á pluralidad de votos, un presidente, dos escrutadores y un secretario de su seno; estos desempeñarán su cargo por todo el tiempo de la duración del Cuerpo.

xxiv. Cada Cuerpo electoral durará cuatro años, al cabo de los cuales cesará, dejando instalado al que le suceda.

xxv. Los electores se reunirán todos los años en los días 2, 3, 4, 5 y 6 de Enero para ejercer las atribuciones siguientes:

1. Calificar á los ciudadanos que entren en el ejercicio de sus derechos, y suspender á aquellos que estén en los casos de los artículos 17 y 18.

2. Elegir y proponer en terna: 1. A las Cámaras respectivas los miembros que han de componerlas ó llenar sus vacantes. 2. Al Poder ejecutivo, candidatos para la prefectura de su departamento, para el gobierno de su provincia y para corregidores de sus cantones y pueblos. 3. Al prefecto del departamento, los alcaldes y jueces de paz que deban nombrarse. 4. Al Senado, los miembros de las cortes del distrito judicial á que pertenece y los jueces de primera instancia. 5. Al Poder ejecutivo, los curas y vicarios para las vacantes de su provincias.

3. Recibir las actas de las elecciones populares, examinar la identidad de los nuevos elegidos y declararlos nombrados constitucionalmente.

4. Pedir á las Cámaras cuanto crean favorable al bienestar de los ciudadanos, y quejarse de los agravios é injusticias que recibían de las autoridades constituídas.

## TÍTULO IV.—DEL PODER LEGISLATIVO

*Capítulo I.—De la división, atribuciones y restricciones de este Poder.*

xxvi. El Poder legislativo emana inmediatamente de los Cuerpos electorales nombrados por el pueblo; su ejercicio reside en tres Cámaras. 1. De tribunos. 2. De senadores. 3. De censores.



xxvii. Cada Cámara se compondrá de treinta miembros en los primeros veinte años.

xxviii. El día... del mes de... de cada año se reunirá, por sí mismo, el Cuerpo legislativo, sin esperar convocación.

xxix. Las atribuciones particulares de cada Cámara se detallarán en su lugar. Son generales:

1. Nombrar el Presidente de la República por la primera vez, y confirmar á los sucesores.

2. Aprobar al vicepresidente, á propuesta del Presidente.

3. Elegir el lugar en que deba residir el Gobierno, y trasladarse á otro cuando lo exijan graves circunstancias, y lo resuelvan los dos tercios de los miembros que componen las tres Cámaras.

4. Decidir, en *Juicio Nacional*, si ha lugar ó no á la formación de causa á los miembros de las Cámaras, al vicepresidente, y á los secretarios de Estado.

5. Investir en tiempo de guerra ó de peligro extraordinario, al Presidente de la República con las facultades que se juzguen indispensables para la salvación del Estado.

6. Elegir, entre los candidatos que presenten en terna los Cuerpos electorales, los miembros que deban llenar las vacantes en cada Cámara.

7. Ordenar su policía interior por reglamentos; y castigar á sus miembros por la infracción de ellos.

xxx. Los miembros del Cuerpo legislativo podrán ser nombrados vicepresidentes de la República, ó secretarios de Estado, dejando de pertenecer á su Cámara.

xxxi. Ningún individuo del Cuerpo legislativo podrá ser preso durante su diputación, sino por orden de su respectiva Cámara á menos que sea sorprendido *infraganti* en delito que merezca pena capital.

xxxii. Los miembros del Cuerpo legislativo serán inviolables por las opiniones que emitan dentro de sus Cámaras en el ejercicio de sus funciones.

xxxiii. Cada legislatura durará cuatro años, y cada sesión anual dos meses. Esta se abrirán y cerrarán á un tiempo, por las tres Cámaras.

xxxiv. La apertura de las sesiones se hará anualmente con asistencia del Presidente de la República, del vicepresidente y de los secretarios de Estado.



xxxv. Las sesiones serán públicas, y solamente los negocios de Estado que exijan reserva se tratarán en secreto.

xxxvi. Los negocios en cada Cámara, se resolverán por la mayoría absoluta de votos de los miembros presentes.

xxxvii. Los empleados que sean nombrados diputados para el Cuerpo legislativo, serán substituídos interinamente en el ejercicio de sus empleos, por otros individuos.

xxxviii. Son restricciones del Cuerpo legislativo:

1. No se podrá celebrar sesión en ninguna de las Cámaras sin que estén presentes la mitad y uno más de los respectivos individuos que las componen; y deberá compelerse á los ausentes para que concurren á llenar sus deberes.

2. Ninguna de las Cámaras podrá iniciar un proyecto de ley relativo á ramos que la Constitución comete á distinta Cámara, mas podrá invitar á las otras para que tomen en consideración las mociones que ella les pase.

3. Ningún miembro de las Cámaras podrá obtener para sí durante su diputación, sino el ascenso de escala en su carrera.

xxxix. Las Cámaras se reunirán:

1. Al abrir y cerrar sus sesiones.

2. Para examinar la conducta del ministerio cuando sea este acusado por la Cámara de censores.

3. Para rever las leyes devueltas por el Poder ejecutivo.

4. Cuando lo pida, con fundamento, alguna de las Cámaras, como en el caso del art. 29, atribución 3.

5. Para confirmar el empleo de presidente en el vicepresidente.

xl. Cuando se reunan las Cámaras, las presidirá por turno uno de sus presidentes.

### *Capítulo II.— De la Cámara de tribunos.*

xli. Para ser tribuno es preciso:

1. Ser ciudadano en ejercicio.

2. Tener la edad de veinticinco años.

3. No haber sido condenado jamás, en causa criminal.

xlil. El tribuno tiene la iniciativa:

1. En el arreglo de la división territorial de la República.

2. En las contribuciones anuales y gastos públicos.



3. En autorizar al Poder ejecutivo para negociar empréstitos, y adoptar arbitrios para extinguir la deuda pública.
  4. En el valor, tipo, ley, peso y denominación de la moneda, y en el arreglo de pesas y medidas.
  5. En habilitar toda clase de puertos.
  6. En la construcción de caminos, calzados, puentes, edificios públicos, y en la mejora de la policía y ramos de industria.
  7. En los sueldos de los empleados del Estado.
  8. En las reformas que se crean necesarias en los ramos de la hacienda y guerra.
  9. En hacer la guerra ó la paz, á propuesta del Gobierno.
  10. En las alianzas.
  11. En conceder el pase á tropas extranjeras.
  12. En la fuerza armada de mar y tierra para el año, á propuesta del Gobierno.
  13. En dar ordenanzas á la marina, al ejército y milicia nacional, á propuesta del Gobierno.
  14. En los negocios extranjeros.
  15. En conceder cartas de naturaleza y ciudadanía.
  16. En conceder indultos generales.
- XLIII. La Cámara de tribunos se renovará, por mitad cada dos años, y su duración será de cuatro. En la primera legislatura la mitad que salga á los dos años será por suerte.
- XLIV. Los tribunos podrán ser reelegidos.

*Capítulo III.—De la Cámara de senadores.*

- XLV. Para ser senador se necesitan:
1. Las cualidades requeridas para elector.
  2. La edad de treinta y cinco años cumplidos.
  3. No haber sido jamás condenado en causa criminal.
- XLVI. Las atribuciones del Senado son:
1. Formar los Códigos civil, criminal, de procedimientos y de comercio y los reglamentos eclesiásticos.
  2. Iniciar todas las leyes relativas á reformas en los negocios judiciales.
  3. Velar sobre la pronta administración de justicia en lo civil y criminal.
  4. La iniciativa de las leyes que repriman las infracciones de



la Constitución y de las leyes por los magistrados, jueces y eclesiásticos.

5. Exigir la responsabilidad á los tribunales superiores de justicia, á los prefectos y á los magistrados y jueces subalternos.

6. Proponer, en terna, á la Cámara de censores, los individuos que hayan de componer el Tribunal Supremo de Justicia, los arzobispos, obispos, dignidades, canónigos y prebendados de las catedrales.

7. Aprobar y rechazar los prefectos, gobernadores y corregidores que el Gobierno le presente de la terna que formen los Cuerpos electorales.

8. Elegir de la terna que le presenten los Cuerpos electorales, los jueces del distrito y los subalternos de todo el departamento de justicia.

9. Arreglar el ejercicio del patronato, y dar proyectos de ley sobre todos los negocios eclesiásticos que tienen relación con el Gobierno.

10. Examinar las decisiones conciliares, bulas, rescritos y breves pontificios, para aprobarlos ó no.

XLVII. La duración de los miembros del Senado será de ocho años, y por mitad se renovará cada cuatro años, debiendo salir por suerte la primera mitad de la primera legislatura.

XLVIII. Los miembros del Senado podrán ser reelegidos.

#### *Capítulo IV.—De la Cámara de censores.*

XLIX. Para ser censor se necesita:

1. Las cualidades requeridas para senador.
2. Tener cuarenta años cumplidos.
3. No haber sido jamás condenado ni por faltas leves.

L. Las atribuciones de la Cámara de censores son:

1. Velar si el Gobierno cumple y hace cumplir la Constitución, las leyes y los tratados públicos.

2. Acusar ante el Senado las infracciones que el ejecutivo haga de la Constitución, las leyes y los tratados públicos.

3. Pedir al Senado la suspensión del vicepresidente y secretarios de Estado, si la salud de la República lo demandare con urgencia.

LI. A la Cámara de censores pertenece exclusivamente acusar



al vicepresidente y secretarios de Estado ante el Senado en los casos de traición, concusión ó violación manifiesta de las leyes fundamentales del Estado.

LII. Si el Senado estimare fundada la acusación hecha por la Cámara de censores, tendrá lugar el *juicio nacional*; y si por el contrario el Senado estuviere por la negativa, pasará la acusación á la Cámara de tribunos.

LIII. Estando de acuerdo dos Cámaras, debe abrirse el *juicio nacional*.

LIV. Entonces se reunirán las tres Cámaras, y en vista de los documentos que presente la Cámara de censores, se decidirá á pluralidad absoluta de votos, si ha ó no lugar á la formación de causa al vicepresidente ó á los secretarios de Estado.

LV. Luego que en *juicio nacional* se decrete que ha lugar á la formación de causa al vicepresidente ó á los secretarios de Estado, quedarán éstos en el acto suspensos de sus funciones, y las Cámaras pasarán todos los antecedentes al Tribunal Supremo de Justicia, el cual conocerá exclusivamente de la causa, y el fallo que pronunciare se ejecutará sin apelación.

LVI. Luego que las Cámaras declaren que ha lugar á la formación de causa al vicepresidente y secretarios de Estado, el Presidente de la República presentará á las Cámaras reunidas un candidato para la vicepresidencia interina y nombrará interinamente secretarios de Estado. Si el primer candidato fuere rechazado á pluralidad absoluta del Cuerpo legislativo, el Presidente presentará segundo candidato, y si fuere rechazado, presentará tercer candidato, y si este fuere igualmente rechazado, entonces las Cámaras elegirán por pluralidad absoluta, en el término de veinticuatro horas precisamente, uno de los tres candidatos propuestos por el Presidente.

LVII. El vicepresidente interino ejercerá desde aquel acto sus funciones hasta el resultado del juicio contra el propietario.

LVIII. Por una ley que tendrá origen en la Cámara de censores, se determinarán los casos en que el vicepresidente y secretarios de Estado son responsables en común ó en particular.

LIX. Corresponde además á la Cámara de censores:

1. Escoger de la terna que remita el Senado, los individuos que deben formar el Tribunal Supremo de Justicia y los que se



han de presentar para los arzobispados, obispados, canonjías y prebendas vacantes.

2. Todas las leyes de imprenta, economía, plan de estudios, y método de enseñanza pública.

3. Proteger la libertad de imprenta y nombrar los jueces que deben ver en última apelación los juicios de ella.

4. Proponer reglamentos para el fomento de las artes y de las ciencias.

5. Conceder premios y recompensas nacionales á los que las merezcan por sus servicios á la República.

6. Decretar honores públicos á la memoria de los grandes hombres y á las virtudes y servicios de los ciudadanos.

7. Condenar á oprobio eterno á los usurpadores de la autoridad pública, á los grandes traidores y á los criminales insignes.

LX. Los censores serán vitalicios.

*Capítulo V.—De la formación y promulgación de las leyes.*

LXI. El Gobierno puede presentar á las Cámaras los proyectos de ley que juzgue convenientes.

LXII. El vicepresidente y los secretarios de Estado pueden asistir á las sesiones y discutir las leyes y los demás asuntos: mas no podrán votar ni estar presentes en las votaciones.

LXIII. Cuando la Cámara de tribunos adopte un proyecto de ley, lo remitirá al Senado con la siguiente fórmula: «La Cámara de tribunos remite á la Cámara de senadores el adjunto proyecto de ley, y cree que tiene lugar.»

LXIV. Si la Cámara de senadores aprueba el proyecto de ley, lo devolverá á la Cámara de tribunos con la siguiente fórmula: «El Senado devuelve á la Cámara de tribunos el proyecto de ley (con reforma ó sin ella), y cree que debe pasarse al ejecutivo para su ejecución.»

LXV. Todas las Cámaras en igual caso observarán esta misma fórmula.

LXVI. Si una Cámara no aprobase las reformas ó adiciones de otra, y todavía la Cámara proponente juzgase que el proyecto tal cual lo propuso es ventajoso, podrá invitar por medio de una diputación de tres miembros á la reunión de las dos Cáma-



ras, para discutir aquel proyecto, ó la reforma ó negativa que se le haya dado. Esta reunión de Cámaras no tendrá más objeto que el de entenderse, y cada una volverá á adoptar las deliberaciones que tenga por conveniente.

LXVII. Adoptado el proyecto por dos Cámaras, se dirijan al Presidente de la República dos copias firmadas por el presidente y secretarios de la Cámara á que corresponde la ley, con la siguiente fórmula: «La Cámara de . . . . . con la aprobación de la de . . . . . dirige al Poder ejecutivo la ley sobre . . . . . para que se promulgue.»

LXVIII. Si la Cámara de senadores se denegase á adoptar el proyecto de la de tribunos, lo pasará á la de censores con la siguiente fórmula: «La Cámara de senadores remite á la de censores el proyecto adjunto, y cree que no es conveniente.» Entonces lo que determine la Cámara de censores será definitivo.

LXIX. Si el Presidente de la República creyese que la ley no es conveniente, deberá en el término de diez días cumplidos, devolverla á la Cámara que la dió con sus observaciones, y con la fórmula siguiente: «El ejecutivo cree que debe considerarse de nuevo.»

LXX. Las leyes que se dieran en los últimos diez días de las sesiones podrán ser retenidas por el Poder ejecutivo hasta las próximas sesiones, y entonces deberá devolverla con sus observaciones.

LXXI. Cuando el Poder ejecutivo devuelva las leyes con observaciones á las Cámaras, se reunirán éstas, y lo que decidieren á pluralidad se cumplirá sin otra discusión ni observación.

LXXII. Si el Poder ejecutivo no tuviere que hacer observaciones á las leyes, las mandará publicar con esta fórmula: «**PROMÚLGUESE.**»

LXXIII. Las leyes se promulgarán con esta fórmula: «N. de N., Presidente de la República boliviana: Hacemos saber á todos bolivianos, que el Cuerpo legislativo decretó, y nosotros publicamos la siguiente ley.» (*Aquí el texto de la ley.*) «Mandamos por tanto á todas las autoridades de la República la cumplan y hagan cumplir. El vicepresidente la hará imprimir, publicar y circular á quienes corresponda:» y la firmará el Presidente con el vicepresidente y el respectivo secretario de Estado.

LXXIV. Los proyectos de ley que tuviesen origen en el Senado



pasarán á la Cámara de censores, y si fueren allí aprobados, tendrán fuerza de ley. Si los censores no aprobaren el proyecto de ley pasará á la Cámara de tribunos, y su decisión se cumplirá como se ha dicho con respecto á la Cámara de tribunos.

LXXV. Los proyectos de ley iniciados en la Cámara de censores, pasarán al Senado: la sanción de éste tendrá fuerza de ley. Mas en el caso de negar su ascenso al proyecto, se pasará este al tribunado, el cual dará ó negará su sanción como en el caso del artículo anterior.

#### TÍTULO V. — DEL PODER EJECUTIVO

LXXVI. El ejercicio del Poder ejecutivo reside en un presidente vitalicio, un vicepresidente y tres secretarios de Estado.

##### *Capítulo I. — Del Presidente.*

LXXVII. El Presidente de la República será nombrado la primera vez por la pluralidad absoluta del Cuerpo legislativo.

LXXVIII. Para ser nombrado Presidente de la República se requiere:

1. Ser ciudadano en ejercicio y nativo de Bolivia.
2. Tener más de treinta años de edad.
3. Haber hecho servicios importantes á la República.
4. Tener talentos conocidos en la administración del Estado.
5. No haber sido condenado jamás por los tribunales, ni aún por faltas leves.

LXXIX. El Presidente de la República es el jefe de la administración del Estado, sin responsabilidad por los actos de dicha administración.

LXXX. Por renuncia, muerte, enfermedad ó ausencia del Presidente de la República, el vicepresidente le sucederá en el mismo acto.

LXXXI. A falta del Presidente de la República, se encargarán interinamente de la administración, los tres secretarios de Estado, debiendo presidir el más antiguo en ejercicio, hasta que se reúna el Cuerpo legislativo.

LXXXII. Las atribuciones del Presidente de la República son:

1. Abrir las sesiones de las Cámaras y presentarles un mensaje sobre el estado de la República.



2. Proponer á las Cámaras el vicepresidente, y nombrar por sí solo los secretarios del despacho.
3. Separar por sí solo al vicepresidente y á los secretarios del despacho, siempre que lo estime conveniente.
4. Mandar publicar, circular y hacer guardas las leyes.
5. Autorizar los reglamentos y órdenes para el mejor cumplimiento de la Constitución, las leyes y los tratados públicos.
6. Mandar y hacer cumplir las sentencias de los tribunales de justicia.
7. Pedir al Cuerpo legislativo la prorrogación de sus sesiones ordinarias hasta por treinta días.
8. Convocar al Cuerpo legislativo para sesiones extraordinarias, en el caso de que sea absolutamente necesario.
9. Disponer de la fuerza permanente de mar y tierra para la defensa exterior de la República.
10. Mandar en persona los ejércitos de la República en paz y guerra. Cuando el Presidente se ausentare de la capital, quedará el vicepresidente encargado del mando de la República.
11. Cuando el Presidente dirija la guerra en persona, podrá residir en todo el territorio ocupado por las armas nacionales.
12. Disponer de la milicia nacional para la seguridad interior dentro de los límites de sus departamentos, y fuera de ellos, con consentimiento del Cuerpo legislativo.
13. Nombrar todos los empleados del ejército y marina.
14. Establecer escuelas militares y escuelas náuticas.
15. Mandar establecer hospitales militares y casas de inválidos.
16. Dar retiros y licencias. Conceder las pensiones de los militares y de sus familias conforme á las leyes, y arreglar, según ellas, todo lo demás consiguiente á este ramo.
17. Declarar la guerra en nombre de la República, previo el decreto del Cuerpo legislativo.
18. Conceder patentes de corso.
19. Cuidar de la recaudación é inversión de las contribuciones con arreglo á las leyes.
20. Nombrar los empleados de Hacienda.
21. Dirigir las negociaciones diplomáticas, y celebrar tratados de paz, amistad, federación, alianzas, treguas, neutralidad armada, comercio y cualquiera otros, debiendo preceder siempre la aprobación del Cuerpo legislativo.



22. Nombrar los ministros públicos, cónsules y subaltoerns del departamento de relaciones exteriores.

23. Recibir ministros extranjeros.

24. Conceder el pase, ó suspender las decisiones conciliares, bulas pontificias, breves y rescriptos con ausencia del poder á quien corresponda.

25. Presentar al Senado para su aprobación uno de la terna, de candidatos propuestos por el Cuerpo electoral para prefectos gobernadores y corregidores.

26. Presentar el gobierno eclesiástico uno de la terna de candidatos, propuestos por el Cuerpo electoral para curas y vicarios de las provincias.

27. Suspender hasta por tres meses á los empleados, siempre que tengan causa para ello.

28. Conmutar las penas capitales decretadas á los reos por los tribunales.

29. Expedir á nombre de la República los títulos á nombramientos á todos los empleados.

LXXXIII. Son restricciones del Presidente de la República:

1. El Presidente no podrá privar de su libertad á ningún boliviano, ni imponerle por sí pena alguna.

2. Cuando la seguridad de la República exija el arresto de uno ó más ciudadanos, no podrá pasar de cuarenta y ocho horas sin poner al acusado á disposición del tribunal ó juez competente.

3. No podrá privar á ningún individuo de su propiedad, sino en el caso que el interés público lo exija con urgencia; pero deberá preceder una justa indemnización al propietario.

4. No podrá impedir las elecciones ni las demás funciones que por las leyes competen á los poderes de la República.

5. No podrá ausentarse del territorio de la República, ni tampoco á la capital, sin permiso del Cuerpo legislativo.

### *Capítulo II.—Del vicepresidente.*

LXXXIV El vicepresidente es nombrado por el Presidente de la República, y aprobado por el Cuerpo legislativo, del modo que se ha dicho en el artículo LVI.

LXXXV. Por una ley especial se determinará el modo de sucesión, comprendiendo todos los casos que pueden ocurrir.



LXXXVI. Para ser vicepresidente se requieren las mismas cualidades que para Presidente.

LXXXVII. El vicepresidente de la República es el jefe del Ministerio.

LXXXVIII. Será responsable con el secretario del despacho del departamento respectivo de la administración del Estado.

LXXXIX. Despachará y firmará á nombre de la República y del Presidente, todos los negocios de la administración con el secretario de Estado del departamento respectivo.

xc. No podrá ausentarse del territorio de la República, ni de la capital sin permiso del Cuerpo legislativo.

### *Capítulo III.—De los secretarios de Estado*

xcI. Habrá tres secretarios del despacho. El uno se encargará de los departamentos de gobierno y relaciones exteriores; el otro del de Hacienda, y el otro del de Guerra y Marina.

xcII. Estos tres secretarios despacharán bajo las órdenes inmediatas del vicepresidente.

xcIII. Ningún tribunal ni persona pública dará cumplimiento á las órdenes del ejecutivo que no estén firmadas por el vicepresidente y secretario del despacho de aquel departamento.

xcIV. Los secretarios del despacho serán responsables con el vicepresidente, de todas las órdenes que autoricen contra la Constitución, las leyes y los tratados públicos.

xcV. Formarán los presupuestos anuales de los gastos que deban hacerse en sus respectivos ramos, y rendirán cuenta de los que se hubiesen hecho en el año anterior.

xcVI. Para ser secretario de Estado se requiere:

1. Ser ciudadano en ejercicio.
2. Tener treinta años cumplidos.
3. No haber sido jamás condenado en causa criminal.

## TÍTULO VI.—DEL PODER JUDICIAL

### *Capítulo I.—Atribuciones de este poder.*

xcVII. Los tribunales y juzgados no ejercen otras funciones que la de aplicar leyes existentes.

xcVIII. Durarán los magistrados y jueces tanto, cuanto duraren sus buenos servicios.



xcix. Los magistrados y jueces no pueden ser suspendidos de sus empleos, sino en los casos determinados por las leyes; cuya aplicación, en cuanto á los primeros, corresponde á la Cámara de senadores, y á las Cortes del distrito en cuanto á los segundos con previo conocimiento del Gobierno.

c. Toda falta grave de los magistrados y jueces en el desempeño de sus respectivos cargos, produce acción popular, la cual puede intentarse en todo el término de un año, por el órgano del Cuerpo electoral.

ci. La justicia se administrará en nombre de la nación, y las ejecutorias y provisiones de los tribunales superiores se encabezarán del mismo modo.

### *Capítulo II.—De la Corte suprema.*

cii. La primera magistratura judicial del Estado, residirá en la Corte suprema de justicia.

ciii. Esta se compondrá de un presidente, seis vocales y un fiscal divididos en las salas convenientes.

civ. Para ser individuo del Supremo Tribunal de Justicia se requiere:

1. La edad de treinta y cinco años.
2. Ser ciudadano en ejercicio.
3. Haber sido individuo de algunas de las Cortes del distrito judicial, y mientras estas se organizan, podrán serlo los abogados que hubieren ejercido, con crédito, su profesión por ocho años.

cv. Son atribuciones del Supremo Tribunal de Justicia:

1. Conocer de las causas criminales del vicepresidente de la República, secretarios de Estado, y miembros de la Cámara, cuando decretare el Cuerpo legislativo haber lugar á formarles causa.
2. Conocer de todas las causas contenciosas de patronato nacional.
3. Examinar las bulas, breves y rescriptos cuando se versen sobre materias civiles.
4. Conocer de las causas contenciosas de los embajadores, ministros residentes, cónsules y agentes diplomáticos.
5. Conocer de las causas de separación de los magistrados de las Cortes de distrito judicial y prefectos departamentales.



6. Dirimir las competencias de las Cortes de justicia entre sí, y las de estas con las demás autoridades.

7. Conocer en tercera instancia de la residencia de todo empleado público.

8. Oír las dudas de los demás tribunales sobre la inteligencia de alguna ley, y consultar al ejecutivo para que promueva la conveniente declaración en las Cámaras.

9. Conocer de los recursos de nulidad que se interpongan contra las sentencias dadas en última instancia por las Cortes de justicia.

10. Examinar el estado y progreso de las causas civiles y criminales pendientes en las Cortes del distrito, por los medios que la ley establezca,

11. Ejercer, por último, la alta facultad directiva, económica y correccional sobre los tribunales y juzgados de la nación.

### *Capítulo III.—De las Cortes del distrito judicial.*

CVI. Para ser vocal de estas Cortes es necesario:

1. Tener treinta años cumplidos.
2. Ser ciudadano en ejercicio.
3. Haber sido juez de letras ó ejercido la abogacía, con crédito, por cinco años.

CVII. Son atribuciones de las Cortes del distrito judicial:

1. Conocer en segunda y tercera instancia de todas las causas civiles del fuero común, haciendo pública, comercio, minería presas y comisos, en consorcio de un individuo de cada una de estas profesiones en calidad de conjuez.

2. Conocer de las competencias entre todos los jueces subalternos de su distrito judicial.

3. Conocer de los recursos de fuerza que se introduzcan de los tribunales y autoridades eclesiásticas de su territorio.

### *Capítulo IV.—Partidos judiciales.*

CVIII. En las provincias se establecerán partidos judiciales proporcionalmente iguales, y en cada capital de partido habrá un juez de letras con el juzgado que las leyes determinen.

CIX. Las facultades de estos jueces se reducen á lo conten-



cioso, y pueden conocer sin apelación en los negocios civiles, hasta la cantidad de doscientos pesos.

cx. Para ser juez de letras se requiere:

1. La edad de veintiocho años.
2. Ser ciudadano en ejercicio.
3. Ser abogado recibido en cualquier tribunal de la República.
4. Haber ejercido la profesión cuatro años, con crédito.

cxI. Los jueces de letras son responsables personalmente de su conducta ante las Cortes de distrito judicial, así como los individuos de estas lo son ante el Supremo Tribunal de Justicia.

#### *Capítulo V.—De la Administración de Justicia.*

cxII. Habrán jueces de paz en cada pueblo para las conciliaciones, no debiéndose admitir demanda alguna civil ó criminal de injurias, sin este previo requisito.

cxIII. El ministerio de los conciliadores se limita á oír las solicitudes de las partes, instruir las de sus derechos y procurar entre ellas un acomodamiento prudente.

cxIV. Las acciones fiscales no admiten conciliación.

cxV. No se conocen más que tres instancias en los juicios.

cxVI. Queda abolido el recurso de injusticia notoria.

cxVII. Ningún boliviano puede ser preso sin la precedente información del hecho, por el que merezca pena corporal, y un mandamiento escrito del juez ante quien ha de ser presentado, excepto en los casos de los artículos LXXXIII restricción 2, CXXII y CXXXIII.

cxVIII. Acto continuo, si fuere posible, deberá dar su declaración sin juramento, no difiriéndose esta en ningún caso por más tiempo que el de cuarenta y ocho horas.

cxIX. *Infraganti* todo delincuente puede ser arrestado por cualquiera persona, y conducido á la presencia del juez.

cxX. En las causas criminales el juzgamiento será público: reconocido el hecho y declarado por jurados (cuando se establezcan), y la ley aplicada por los jueces.

cxXI. No se usará jamás del tormento, ni exigirá confesión.

cxXII. Queda abolida toda confiscación de bienes y toda pena cruel y de infamia trascendental. El código criminal limitará en cuanto sea posible la aplicación de la pena capital.



cxxiii. Si en circunstancias extraordinarias la seguridad de la República exigiere la suspensión de algunas de las formalidades prescriptas en este capítulo, podrán las Cámaras decretarlo. Y si estas no se hallasen reunidas, podrá el ejecutivo desempeñar esta misma función, como medida provisional, y dará cuenta de todo en la próxima apertura de las Cámaras, quedando responsable de los abusos que haya cometido.

## TITULO VII

*Del régimen interior de la República.—Capítulo único.*

cxxiv. El Gobierno superior político de cada departamento residirá en un Prefecto.

cxxv. El de cada provincia en un Gobernador.

cxxvi. El de los cantones en un Corregidor.

cxxvii. En cada pueblo cuyos habitantes no bajen de cien almas, por sí ó en su comarca, habrá un Juez de paz.

cxxviii. Donde el vecindario en el pueblo, ó en su comarca pase de mil almas habrá (á más de un juez de paz por cada doscientos) un Alcalde, y en donde el número de almas pase de mil, habrá por cada quinientos un juez de paz, y por cada dos mil un alcalde.

cxxix. Los destinos de alcaldes y de jueces de paz son concejiles, y ningún ciudadano, sin causa justa, podrá eximirse de desempeñarlos.

cxxx. Los prefectos, gobernador y corregidores durarán en el desempeño de sus funciones por el término de cuatro años, pero podrán ser reelegidos.

cxxxi. Los alcaldes y jueces de paz se renovarán cada dos años, mas podrán se reelegidos.

cxxxii. Las atribuciones de los prefectos, gobernadores, corregidores y alcaldes serán determinadas por la ley, para mantener el orden y seguridad pública, con subordinación gradual al Gobierno supremo.

cxxxiii. Les está prohibido todo conocimiento judicial; pero si la tranquilidad pública exigiese la aprehensión de algún individuo, y las circunstancias no permitieren ponerlo en noticia del juez respectivo, podrán ordenarla desde luego dando cuenta



al juzgado que compete, dentro de cuarenta y ocho horas. Cualquiera exceso que cometan estos magistrados, relativo á la seguridad individual, ó á la del domicilio, produce acción popular.

TÍTULO VIII.—DE LA FUERZA ARMADA

*Capítulo único.*

CXXXIV. Habrá en la República una fuerza armada permanente.

CXXXV. La fuerza armada se compondrá del ejército de línea y de una escuadra.

CXXXVI. Habrá en cada provincia cuerpos de milicias nacionales compuestos de los habitantes de cada una de ellas.

CXXXVII. Habrá también un resguardo militar, cuya principal incumbencia será impedir todo comercio clandestino. Por un reglamento especial se detallará la organización y constitución peculiar de este cuerpo.

*Capítulo I.—Reforma de la Constitución.*

CXXXVIII. Si pasados... años después de jurada la Constitución, se advierte que alguno de sus artículos merece reforma, se hará la proposición por escrito, firmada por diez miembros, al menos, de la Cámara de tribunos, y apoyada por las dos terceras partes de los miembros presentes en la Cámara.

CXXXIX. La proposición será leída por tres veces con el intervalo de seis días de una á otra lectura, y después de la tercera deliberará la Cámara de tribunos si la proposición podrá ser ó no admitida á discusión, siguiéndose en todo lo demás, lo prevenido para la formación de las leyes.

CXL. Admitida á discusión, y convencidas las Cámaras de la necesidad de reformar la Constitución, se expedirá una ley por la cual se mandará á los Cuerpos electorales confieran á los diputados de las tres Cámaras, poderes especiales para alterar ó reformar la Constitución, indicando las bases sobre que deba recaer la reforma.

CXLI. En las primeras sesiones de la legislatura siguiente á la en que se hizo la moción sobre alterar ó reformar la Constitución, será la materia propuesta y discutida, y lo que las Cáma-



ras resuelvan se cumplirá, consultado el Poder ejecutivo sobre la conveniencia de la reforma.

*Capítulo II.—Propuestas y responsabilidad de los empleados.*

CXLII. Toda propuesta de empleados se hará en terna al Poder ejecutivo. Este eligirá uno, y lo presentará para su confirmación á la Cámara que corresponda. Si esta no lo aprobase, se le presentará el segundo. Si también fuese este rechazado se le presentará el tercero, y en caso de negarle la Cámara su aprobación, tendrá esta precisamente que admitir uno de los tres propuestos por el ejecutivo.

CXLIII. Los empleados públicos son estrictamente responsables de los abusos que cometieren en el ejercicio de sus funciones.

TÍTULO IX.—DE LAS GARANTÍAS

*Capítulo único.*

CXLIV. La libertad civil, la seguridad individual, la propiedad y la igualdad ante la ley se garantizan á los ciudadanos por la Constitución.

CXLV. Todos pueden comunicar sus pensamientos de palabra ó por escrito, y publicarlos por medio de la imprenta sin censura previa; pero bajo la responsabilidad que la ley determine.

CXLVI. Todo boliviano puede permanecer ó salir del territorio de la República según le convenga, llevando consigo sus bienes, pero guardando los reglamentos de policía, y salvo siempre el derecho de tercero.

CXLVII. Toda casa de boliviano es un asilo inviolable. De noche no se podrá entrar en ella, sino por su consentimiento, y de día sólo se franqueará su entrada en los casos y de la manera que determine la ley.

CXLVIII. Las contribuciones se repartirán proporcionalmente sin ninguna excepción ni privilegio.

CXLIX. Quedan abolidos los empleos y privilegios hereditarios y las vinculaciones, y son enajenables todas las propiedades aunque pertenezcan á obras pías, á religiosas ú á otros objetos.

CL. Ningún género de trabajo, industria ó comercio puede ser prohibido, á no ser que se oponga á las costumbres públicas, á la seguridad y á la salubridad de los bolivianos.



CLI. Todo inventor tendrá la propiedad de sus descubrimientos y de sus producciones. La ley le asegurará un privilegio exclusivo temporal ó resarcimiento de la pérdida que tenga en el caso de publicarlo.

CLII. Los poderes constitucionales no podrán suspender la Constitución, ni los derechos que corresponden á los bolivianos, sino en los casos y circunstancias expresadas en la misma Constitución señalando indispensablemente el término que debe durar la suspensión.

---

NN. — Pág. 295.

*Dimisión que hace el general Bolívar de la Presidencia de la República.*

CUARTEL GENERAL LIBERTADOR,  
Caracas, Febrero 6 de 1827-17.

A S. E. el Presidente de la honorable Cámara del Senado:

Excmo. Sr. — En ninguna circunstancia era tan necesaria á la República la augusta autoridad del Congreso como en esta época en que los disturbios internos habían dividido los ánimos y aun conmovido toda la nación.

Llamado por V. E. para prestar el juramento de estilo como Presidente de la República, vine á la capital, de donde me fué preciso salir prontamente para estos departamentos de la antigua Venezuela.

Desde Bogotá hasta esta ciudad he dado decretos tan importantes que me atreveré á llamar de instante urgencia. V. E. se servirá reclamar la atención del Congreso sobre ellos, y de encarecerle de mi parte que los considere en su sabiduría. Si me he excedido de mis atribuciones, es mía la culpa, pero yo consagro gustoso hasta mi inocencia á la salvación de la patria. Este sacrificio me faltaba y me glorío de no haberlo ahorrado.

Cuando supe en el Perú, por aviso oficial, el nombramiento de Presidente de la República que el pueblo ha hecho en mí, respondí al Poder ejecutivo denegándome á aceptar la primera magistratura de la nación. Catorce años ha que soy jefe supremo y Presidente de la República; los peligros me forzaban á llenar este deber, no existen ya, y puedo retirarme á gozar de la vida privada.



Yo ruego al Congreso que recorra la situación de Colombia, de la América y del mundo entero, todo nos lisonjea. No hay un español en el continente americano. La paz doméstica reina en Colombia desde el primer día de este año. Muchas naciones poderosas reconocen nuestra existencia política, y algunas son nuestras amigas. Una gran porción de los Estados americanos están confederados con Colombia, y la Gran Bretaña amenaza á la España. ¡Qué más esperanzas! Sólo el arcano del tiempo puede contener la inmensidad de los bienes que la Providencia nos ha preparado; ella sola es nuestra custodia. En cuanto á mí, las sospechas de una usurpación tiránica, rodean mi cabeza y turban los corazones colombianos. Los republicanos celosos no saben considerarme sin un secreto espanto, porque la historia les dice que todos mis semejantes han sido ambiciosos. En vano el ejemplo de Washington quiere defenderme, y en verdad, una ó muchas excepciones no pueden nada contra toda la vida del mundo oprimido siempre por los poderosos.

Yo gimo entre las agonías de mis conciudadanos, y los fallos que me esperan en la posteridad. Yo mismo no me siento inocente de ambición, y por lo mismo me quiero arrancar de las garras de esta furia para librar á mis conciudadanos de inquietudes, y para asegurar después de mi muerte una memoria que merezca la libertad. Con tales sentimientos renuncio una, mil y millones de veces la Presidencia de la República. El Congreso y el pueblo deben ver esta renuncia como irrevocable. Nada será capaz de obligarme á continuar en el servicio público después de haber empleado en él una vida entera. Y ya que el triunfo de la libertad ha puesto á todos en uso de tan sublime derecho, ¿solo yo estaré privado de esta prerrogativa? No, el Congreso y el pueblo colombiano son justos, no querrán inmolarme á la ignominia de la deserción. Pocos días me restan ya, más de dos tercios de mi vida han pasado, que se me permita, pues, esperar una muerte obscura en el silencio del hogar paterno. Mi espada y mi corazón siempre serán sin embargo de Colombia, y mis últimos suspiros pedirán al cielo su felicidad.

Yo imploro del Congreso y del pueblo la gracia de simple ciudadano.

SIMÓN BOLÍVAR,

---



## OO.—Pág. 295.

*Proclama de Bolívar al pueblo colombiano.*

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR, PRESIDENTE, ETC., ETC.

Colombianos: Vuestros enemigos amenazan la destrucción de Colombia. Mi deber es salvarla.

Catorce años ha que estoy á vuestra cabeza, por la voluntad casi unánime del pueblo. En todos los períodos de prosperidad y gloria para la República, he renunciado el mando supremo, con la más pura sinceridad, nada he deseado tanto como desprenderme de la fuerza pública, instrumento de la tiranía, que aborrezco más que la misma ignominia. Pero ¿deberé yo abandonaros en la hora del peligro? ¿Será esta la conducta de un soldado y de un ciudadano? ¡No, colombianos! Estoy resuelto á arrostrarlo todo, porque la anarquía no reemplace á la libertad y la rebeldía á la Constitución.

Como ciudadanos, libertador y Presidente, mi deber me impone la gloriosa necesidad de sacrificarme por vosotros. Marcho, pues, hasta los confines meridionales de la República, á exponer mi vida y mi gloria por libraros de los pérfidos, que después de haber hollado sus deberes más sagrados, han enarbolado el estandarte de la traición para invadir los departamentos más leales y más dignos de nuestra protección.

Colombianos: La voluntad nacional está oprimida por los nuevos pretorianos que se han encargado de dictar la ley al soberano que debieran obedecer. Ellos se han arrogado el derecho supremo de la nación, ellos han violado todos los principios; en fin, las tropas colombianas que fueron auxiliares al Perú, han vuelto á su patria á establecer un gobierno nuevo y extraño sobre los despojos de la República, que ultrajan con mayor baldón que nuestros antiguos opresores.

¡Colombianos! Yo apelo á vuestra gloria y á vuestro patriotismo: reuníos en torno del pabellón nacional, que ha marchado en triunfo desde las bocas del Orinoco hasta las cimas del Potosí: Queredlo, y la nación salvará su libertad, y pondrá en plena independencia á la voluntad nacional, para que decida sobre sus destinos.



La gran convención es el grito de Colombia, es su más urgente necesidad. El Congreso la convocará, sin duda, y en sus manos depondré el bastón y la espada que la República me ha dado ya como Presidente constitucional, ya como autoridad suprema extraordinaria que el pueblo me ha confiado.

Yo no burlaré las esperanzas de la patria. Libertad, gloria y leyes habéis obtenido contra nuestros antiguos enemigos: libertad, gloria y leyes conservaremos á despecho de la monstruosa anarquía.

Cuartel general en Caracas á 19 de Junio de 1827.

BOLÍVAR.

---

PP.—Pág. 301.

*Arenga del Presidente del Congreso de Bolivia al general Sucre, con motivo del juramento de éste, y su contestación.*

Puesto el Presidente de la República bajo el dosel, el general Urdimenea, Presidente del Congreso, le dirigió la palabra en los términos siguientes:

Ilustre hijo de la victoria.—Hoy váis á llenar las esperanzas de Bolivia; sois el objeto de sus votos, el fundamento de su libertad y el autor de su existencia política. Mucho os debe, señor, esta joven República para que quisiérais abandonarla en su infancia. Hasta ahora vuestra moderación ha sido una muralla, que ni la gratitud, ni la efectiva conveniencia de los bolivianos ha podido propasar. Mas ya no hay medio, señor, ó disponeos á destruir todos los bienes que nos habéis proporcionado hasta aquí, ó encargaos este día constitucionalmente de la Presidencia del Estado.

*En seguida prestó aquél el juramento á la Constitución, y vuelto á su sitio pronunció la alocución siguiente.*

Señor.—Un juramento que multiplica mis deberes públicos y añade reatos á mi conciencia, es el nuevo sacrificio de un americano á nuestra causa gloriosa. Los hombres experimentados en la ciencia del gobierno no han podido cambiar repentinamente el sistema de la administración de los pueblos, sin ser por lo



común, ellos mismos víctimas de su celo, y sin pasar por los horrores de la sangre y de las desgracias. Un soldado inexperto en la carrera política y extraño enteramente á esta ciencia ¿qué puede hacer por la dicha de un pueblo que aspira á perfectas instituciones?

Los bolivianos al romper sus cadenas han llevado sus incienso y su corazón á la libertad, y luchando entre los hábitos de la educación colonial y sus deseos, están llegando al término de sus esperanzas. Ellas se encierran en la Constitución que acabamos de jurar, en donde la nación ha depositado los derechos y los deberes de los bolivianos; profesándole el pueblo y el Gobierno un santo respeto, será en todos los peligros el arca de salvación.

Señor: limitado yo por sagradas obligaciones á ejercer la Presidencia de la República por un corto período, no podré prometerme que el establecimiento de esta Constitución sea mi obra, cuando ella necesita que el tiempo la arraigue en el amor de los pueblos; así es que no me lisonjearé en mi administración con los bienes que ella produzca, ni seré responsable en tanto de los males que ella haga; le profesaré una veneración profunda, que sea el ejemplo de la que han de tributar todos los bolivianos á las leyes.

La Constitución me prescribe deberes para cuyo desempeño esforzaré toda mi capacidad, pero muchos de ellos penden del Cuerpo legislativo, sin cuya concurrencia serán efímeros mis trabajos. Me lisonjeo que los representantes del pueblo sean la mejor ayuda y el más firme apoyo de mi recta conducta. Todo el poder que me ha conferido el Congreso constituyente, lo emplearé para satisfacer la confianza con que me ha honrado Bolivia, y si antes de la reunión del primer Congreso Constitucional, que ha de admitir mi resignación á la Presidencia, se debilitare la fuerza moral que me han considerado los pueblos al darme su voto para la magistratura suprema, yo recurriré á la Constitución, que es la fuente del bien, y exigiendo sólo obediencia á la carta sagrada, devolveré á los padres de la patria una autoridad que siempre angustia mi conciencia y que sólo admito porque se cree garantida por la opinión pública. Esta, señor, será mi constante guía; las libertades de la nación, el objeto de todos mis conatos; la prosperidad y el engrandecimiento de Bolivia, el primer sentimiento de mi corazón.

---



## QQ.—Pág. 325.

*Carta del general Sucre á Miller, que manifiesta el aprecio que recíprocamente se profesaban.*

Señor general Miller.—Hoy 27. Mi querido general. Anoche me han entregado una carta de usted estando en cama, y no la respondí en el acto, porque pensé hacerlo hoy de mi letra, mas sigo indispuerto. Usted me pone en un conflicto entre el sentimiento y la vergüenza al remitirme la preciosa alhaja que me ha enviado, pues este regalo habiéndole sido hecho por su familia, según usted me dijo, no parece justo que pase á otras manos. Querría suplicar á usted que me permitiese devolverla.

Ciertamente me será muy grato conservar una memoria de usted después de su viaje á Inglaterra, y aunque la amistad es bastante, porque siempre conservaré recuerdos muy agradables de usted, manifestaré que no es mi objeto rehusar un regalo y que en lugar de la alhaja en cuestión, aceptaría la espada que ha servido á usted con tanto honor en nuestros campos de batalla, y que merece el respeto de todos los americanos; siempre la contemplaría como perteneciente á un hombre generoso que cubierto de cicatrices en la lucha de la independencia, vuelve á su patria dejando en el Nuevo Mundo amigos y admiradores.

Entre ellos se cuenta con satisfacción su obediente servidor afectísimo compañero,

SUCRE.

## RR.—Pág. 346.

*Título de donación y propiedad del terreno concedido al general Miller por el Gobierno Provisional de la provincia de Salta y oficio de remisión del general Arenales.*

Sello de la República.

. El Gobierno y Capitanía general de la provincia de Salta.— Deseando hacer una ligera demostración de su alto aprecio, gratitud y reconocimiento á los importantes servicios que el señor general D. Guillermo Miller ha rendido á la causa de la independencia de esta América, y al relevante mérito que ha contraído



en la defensa de los derechos del pueblo americano, tanto en el ejército de los Andes en que ha marcado su brillante carrera con acciones muy distinguidas, como en las últimas campañas que han terminado felizmente la guerra del Perú y afirmado la independencia de todo el continente colombiano, ha resuelto concederle, como desde luego le concede en nombre de la provincia que preside, una merced de tierras sobre la costa occidental del río Bermejo, de cuatro leguas de frente y seis de fondo, cuya ubicación será determinada (sin perjuicio de tercero de mejor derecho) tan luego como se haga la demarcación y repartimiento de dichos terrenos, en el lugar que presente mejores proporciones para los objetos ó establecimientos que el expresado señor general Miller quiera destinarlas. Y para que pueda poseerlas en plena propiedad y disponer de ellas á su arbitrio, le mandé extender el presente título de dominio y adjudicación en forma; firmado de mi mano, sellado con el sello de esta provincia, y refrendado por el infrascrito, secretario de Gobierno, Hacienda y Guerra, de que se tomará razón donde corresponde. Dada en Salta á 14 de Diciembre de 1825.

JUAN ANTONIO ALVAREZ DE ARENALES.

Sello de la provincia.

TEODORO SANCHEZ DE BUSTAMANTE, secretario.

V. S. expide título de merced de tierras sobre la costa occidental del Bermejo al señor general D. Guillermo Miller.

Tomóse razón al folio 58 del respectivo libro. Contaduría principal de Hacienda en Salta 14 de Diciembre de 1825.

GALLEGOS.

*Oficio de remisión de Arenales.*

Salta, Diciembre de 1825.

Señor general D. Guillermo Miller. — El gobernador que suscribe, tiene la honra de poner en manos de V. S. el adjunto título de una merced de tierras sobre la costa occidental del río Bermejo, con que la provincia de Salta quiere expresar su gratitud por los importantes servicios que ha rendido V. S. á la causa de la independencia de este continente. Díguese V. S. aceptar este pequeño testimonio de su reconocimiento, que si muy infe-



rior á su relevante mérito, tiene al menos la recomendación de ser una prenda del alto aprecio y consideración con que distinguen á V. S. los ciudadanos de esta provincia y el Gobierno que la preside.

El gobernador de Salta aprovecha esta oportunidad de saludar á V. S. con la consideración más distinguida.

JUAN ANTONIO ALVAREZ DE ARENALES.

TEODORO SANCHEZ DE BUSTAMANTE, secretario.







# ÍNDICE ALFABÉTICO

DE

## LAS MATERIAS

---

### A

- Abadía (D. Pedro de), comerciante español, II, 125, 126.
- Abascal, virrey del Perú, I, 61; le reemplaza el general Pezuela, 75, 97.
- Abisbal (conde de), II, 185.
- Abreu, comisionado especial español, llega al Perú, I, 269.
- Agüero (Dr. D. Julián Segundo), II, 359, 367.
- Alarcón (capitán D. Juan), edecán del general Miller, II, 180.
- Albano, cardenal, II, 351.
- Albuquerque (duque de), I, 31.
- Alcázar, general; es asesinado, I, 199.
- Alcedo, gobernador de la Coruña, I, 28.
- Aldana (Dr. López), I, 266, 270.
- Aldao, mayor, I, 251, 264.
- Aldunate, coronel, I, 263, 368; II, 330.
- Aliaga (D. Diego), II, 220.
- Alomi, cabo; protege la fuga del capitán Brown, I, 194, 251.
- Althaus, coronel, II, 154; su inagotable buen humor, 157, 160; es hecho prisionero, 161; recobra su libertad, 185; su casamiento, 186.
- Alvarado (D. Felipe Antonio), I, 373.
- Alvarado, general, I, 263, 316; II, 2; toma el mando para una expedición para Puertos Intermedios, 5; sus operaciones, 11; indecisión, 13; su indisposición con el general Miller, 14; su carácter, ídem; su derrota en Torata y Moquegua, 17, 18; se



- embarca para Lima, 18, 64, 79; la guarnición del Callao se amotina y le hace prisionero, 98; adquiere nuevamente su libertad en Puno, 206.
- Alvarez Condarco, teniente coronel, II, 231.
- Alvarez, diputado del Congreso de Lima, II, 102.
- Alvarez, general realista; se rinde en Cuzco, II, 205.
- Alvarez Jonte, I, 94, 377.
- Alvear (D. Carlos de), I, 66; toma Montevideo, 69; es elegido supremo Director de Buenos Aires, 70; II, 276; le nombran general en jefe del ejército de Buenos Aires, 338.
- Amazonas (nacimiento del río de las), II, 121.
- Ameller, coronel realista; luego general, II, 16, 58, 80; su muerte, 150.
- Americanos, su entusiástica lealtad, I, 27; su generosidad, 29, II, 331, 336.
- Amotinados fusilados en Coquimbo, I, 185.
- Anaco ó hanco, especie de faja ó banda que usan como luto por los Incas, II, 201.
- Andenes ó balates, II, 195.
- Andes (ejército de los), su organización, I, 78; su fuerza, 91; paso de la cordillera, 92.
- Andrews (capitán Joseph), II, 262; llega á Potosí, 276.
- Anécdota de los anteojos, I, 6; de la rapacidad clerical, 11, 12; de un muchacho patriota, 37; de un oficial francés, 38; que manifiesta los atractivos de la vida salvaje, 87; de lord Cochrane, 187; del honorable Tomás Cochrane, ídem; de justicia retributiva, 196; del coronel Hoyos, 221; de Benavides, su milagroso escape, 227; de Rojas, soldado de marina, 233; del capitán de milicias Velázquez, 296; de dos hombres libertados de la esclavitud, 298; del teniente La Tapia, 299; su aborrecimiento á los españoles, 300; del modo de alcanzar los transportes, 305; de Ildefonso, criado del general Miller, 310; de una peruana extraordinaria, 311; de un chistoso labrador de Guamanga, 322; de un indio que perdió su yegua, 322; de los Palanganas, 359; de una señora sorda, II, 24; de un caballero francés que perdió el uso de su idioma, 25; de un italiano que perdió el uso de su idioma sin adquirir el de ningún otro, ídem; de Canterac y los curas donde se alojó, 85; desesperado valor de un escocés, 111; de fidelidad y gratitud, 127; de una mula



- blanca, 157; de los hermanos Tur, 171; de los morriones de plata, 181; de un milagro en el Cuzco, 199; de Salcedo, 209; de los caxchas, 252; de los santos padres, 258; del coronel O'Leary, 272; del coronel Ferguson, 296; del coronel Belford Wilson, su espíritu juvenil, 297; de Judge Prevost, 358; del general Alvear, 368, en la nota.
- Aramburu, capitán; después comandante, I, 289; se ahoga, 308.
- Araucanos, indios; su carácter vengativo, I, 199.
- Arcos, mayor, I, 148; su carácter, en la nota de ídem.
- Arcos triunfales, II, 271.
- Arenales (D. Juan Antonio de), I, 68; toma á Ica, 250; marcha al interior, 251; derrota á los españoles en el Cerro de Pasco, 262; repasa los Andes, 263, 264, 269; entra en Pasco, 270; se retira y embarca para Chile desde el Perú, II, 54; es gobernador de Salta, 109; su carácter, 344, 344.
- Arequipa (descripción de), II, 68.
- Argüelles (D. Andrés), II, 254.
- Aristizabal, teniente; es fusilado acusado de conspiración, II, 303.
- Armisticio de Punchauca, I, 270.
- Armstrong (Reverendo Mr.), II, 379.
- Artigas, su biografía, I, 47, 48; su carácter, 49; su muerte, 72.
- Artillería de Buenos Aires, I, 150.
- Asagra, capitán, I, 289; II, 331.
- Asesino (pena de muerte á un), II, 31.
- Asin (Dr.), II, 255.
- Atacama (descripción del desierto de), II, 108.
- Atrocidades de los españoles, I, 35 á 45.
- Auchmuty (general Sir Samuel), I, 51.
- Avaricia del pueblo inglés, II, 263.
- Avestruces, I, 134, 135.
- Ayacucho (batalla de), II, 175 á 179.
- Ayoma (batalla de), I, 67.

## B

- Bailes en Lima, I, 353, 354; en Potosí, II, 260.
- Bailey, teniente; es muerto, I, 199.
- Balcarce (D. Antonio de), I, 58, 65; marcha contra el general Sánchez, y le ataca, 197; su muerte, 198, en la nota.



- Balsas hechas con troncos de árboles; su descripción, I, 192; hechas con cuero de toro, II, 30; descripción de ellas, 47.
- Ballejos, mayor, II, 255.
- Banda Oriental, I, 71; II, 363, 364, 366.
- Bandidos de cerca de Lima, I, 340.
- Baños de Lima, I.
- Barandalla, coronel realista, II, 40; su carta á Valdez, 398.
- Barber (Beaumont Mr.), II, 368.
- Bardaxi, ministro de Estado en Madrid, II, 332, 336.
- Barnard (Mr. James), II, 98.
- Barton (Mr.), II, 379.
- Barra (D. José Miguel de la), cónsul general de Chile, introducción, xxxix.
- Barry (Mr.), editor de las Memorias secretas de Ulloa; introducción, xxxix; I, 5.
- Bayly, teniente del *Galvarino*, muerto, I, 203.
- Bazar de esclavos, II, 387, 388.
- Beauchef, mayor, después coronel, I, 116; se embarca con lord Cochrane, en la Concepción, 212; desembarca en Valdivia, 222; va á la ciudad de Valdivia con lord Cochrane, 223; derrota los españoles en Osorno, 233.
- Beaver, capitán de la fragata de S. M. Británica la *Acasta*, I, 30.
- Begg (Mr. John), II, 43.
- Bejerano (Dr. D. Manuel Antonio de), cura de Chala, II, 35, 83.
- Belasquez, capitán de milicias, I.
- Belgrano (D. Manuel), I, 52, 60, 65, 67; su carácter, 72; su muerte, 73.
- Beltrán (padre), llega á ser oficial, I, 92; le encargan de repuesto de municiones, 147; su muerte, 148, en la nota.
- Bell, capitán, II.
- Benavente, coronel, II, 85.
- Benavides; I, 199; sus atrocidades, ídem; su resumen biográfico, 226; es hecho prisionero en la batalla de Maypo, ídem; es fusilado, 227; se salva maravillosamente, ídem; sus entrevistas con el general San Martín, 228; es nuevamente empleado en el servicio patriota, ídem; se ofende y deserta, 229; es aprehendido y decapitado, ídem, en la nota.
- Beresford, general, I, 51; II, 349.
- Berg (gran duque de), (Murat), I, 63.



- Bermudes, teniente coronel, I, 251.
- Besanilla (Sr.), II, 216.
- Bevan (Mr.), minero inglés, II, 125, 126.
- Biddle, capitán al servicio de los Estados Unidos, I, 153.
- Blanco Cicerón, teniente coronel; después almirante, es batido en Cancharayada, I, 102; es nombrado jefe de la escuadra, 168; apresa la *María Isabel*, 175; vuelve á Valparaíso, 179; su recibo en Santiago, ídem; llega á Huacho, 189; á Valparaíso, 193; II, 5, 330 á 331.
- Blanco (la señora de), mujer del jefe de la escuadra, I, 182.
- Blanco, teniente coronel, II, 178, 181.
- Bobadilla, capitán, un braggadocio español, I, 234; II, 184.
- Bogado, teniente coronel, II, 63
- Bolas (descripción de las), I, 129, en la nota.
- Bolívar, presidente de Colombia, su entrevista con el protector del Perú, I, 370; une Guayaquil á Colombia, 371; llega á Lima y es investido con la autoridad suprema, II, 88; marcha desde Lima contra Riva-Agüero, 89; sus enérgicas medidas, 105; revista las fuerzas patriotas, 139; su proclama, ídem; se halla en la batalla de Junín, 145; se separa del ejército y regresa á la costa, 150; renuncia la dictadura, pero le convencen á tomarla nuevamente, 269; visita los departamentos, ídem; su recibimiento en Potosí, 273; su certificación dada al general Miller sin que éste la hubiera solicitado, 278; va á Chuquisaca, 279; bosquejo biográfico, desde 280 hasta 296; sale de Chuquisaca y llega á Lima, 300; amenaza salir del Perú, 301; forma el Código boliviano, ídem; desea que los peruanos lo adopten, 302; su impopularidad, ídem; destierra del Perú á los de Buenos Aires y de Chile, 303; anuncia por segunda vez su intención de salir del Perú, 306; le imploran que desista de su designio, y cede únicamente á las súplicas de las matronas de Lima, 309; es elegido Presidente perpetuo, ídem; se establece el Código boliviano en el Perú, ídem; sale del Perú, 310; llega á Guayaquil, 311; entra en Bogotá, ídem; su carta al general Miller, 422; su discurso y Constitución boliviano, 424; su dimisión al Senado, 456; su proclama, 458.
- Bolivia, las provincias del Alto Perú, toman este nombre, II, 267.
- Bonaparte, I, 29.
- Boteler (D. N.), I, 305.



- Bowles, comodoro, I, 153; II, 227.
- Brandsen, capitán; después coronel, I, 250, 255, 362; II, es muerto, 377.
- Brasileños (incursión merodeadora de los), II, 267, 268.
- Braun, mayor, II, 143, 145.
- Brayer, general, I, 116.
- Brown, capitán del bergantín chileno el *Maypo*, I, 194.
- Brown, capitán del buque de S. M. británica el *Tártaro*, II, 97, 116, 228.
- Brown, capitán; después almirante, I, 69; II, 367, 379.
- Bruiz, capitán; después coronel, I, 370; II, 129, 143.
- Buenos Aires, bosquejo histórico, I, 46; su población en 1806, 50; anarquía, II, 357; la sucede un buen gobierno, 359; sus rentas, 360; mejoras, ídem; guerra con el Brasil, 367.
- Buenos Aires (descripción de la artillería de), I, 175.
- Bueras, teniente coronel; es muerto, I, 162.
- Buques españoles apresados por los patriotas, II, 229.
- Bustamente, teniente coronel; es hecho prisionero, II, 166; su triunfante conspiración en Lima, 314.
- Bustos, general; gobernador de Córdoba, II, 351.

## C

- Caballería (descripción de la) de Buenos Aires, I, 152.
- Caballos de las Pampas, I, 138.
- Cabañas, coronel, media generosamente para salvar la vida á Miller, I, 174.
- Calaumani, cacica de Guarina, II, 54.
- Calero (Dr.), su carácter filantrópico, I, 9, en la nota.
- Callao (operaciones al frente del), I, desde 185 hasta 189; de 199 á 203, 251, 252, 267; su primera rendición, 335; cae por traición en manos de los realistas, II, 100; su segundo sitio y rendición, 219, 220.
- Callao, teniente, I, 286.
- Callavayas, únicos que practican la medicina en gran parte de la América del Sur, II, 213.
- Campino, coronel, toma á Huaras, I, 257.
- Campino (D. Joaquín), I, 266.
- Campo Ameno (Marqués de), I, 319.



- Canamá (descripción de), II, 23.
- Cancharayada (acción de), I, 156; terror que se difundió en las tropas, 157.
- Canterac, general realista, I, 266, 321; marcha desde Jauja sobre el Callao, 325; se retira desde el Callao hacia Jauja, ídem; marcha sobre Ica, 367; derrota al general D. Domingo Tristan, 368; II, 7; marcha desde Huancayo á socorrer á Valdez en el Sur, 12, 14; derrota á Alvarado en Torata y Moquegua, 17, 18, 55 á 57; marcha segunda vez desde Jauja, ídem; entra en Lima, 58; hace un reconocimiento sobre el Callao, ídem; evacua á Lima, 64; su arrogancia, ídem, 65; avanza sobre Arequipa, 75; envía destacamentos en persecución de Miller, 81; multa á los curas de Chumpi y de Coracora, 85; ocupa nuevamente á Jauja, 86 139; adelanta contra el general Bolívar, 141; se retira desde Pasco, ídem; carga á la cabeza de su caballería en Junín, 142; es derrotado, 143; se retira al Cuzco, 149; se reúne con las fuerzas del general Valdez, 151; es nombrado jefe del Estado Mayor, y segundo en el mando, 152; capitula en Ayacucho, 179; pasa la noche en la choza del general Miller, 184; su noticia biográfica, 185; sus instrucciones á Olachea, 395; oficio de, 399.
- Capa Rosa, teniente coronel, I, 332, 333.
- Capaz, capitán de fragata español, su tímida conducta en América, I, 179; su violencia contra los americanos, ídem; II, 219.
- Capeo á caballo, I, 349 á 351.
- Capitulación de Ayacucho, II, 179.
- Caracas, I, 32 á 34.
- Caravajal, coronel, II, 129, 143, 180.
- Carlos IV, I, 23.
- Carlos V el emperador, I, 33, 39.
- Carlota, princesa de Borbón, I, 52.
- Carne con cuero, I, 123; II, 369.
- Carson, teniente, I, 116, 208, 209.
- Carter, capitán, I, 211; apresa una goleta española, 264.
- Carrasco, capitán general de Chile, I, 94.
- Carratalá, coronel; después general, I, 270, 322, 326; II, 26, 29, 30 35, 179; oficios de, 402, 403.
- Carreño, capitán; después coronel, I, 314; II, 150; muerto, 178, en la nota,



- Carrera (D. José Miguel), es nombrado para mandar las fuerzas chilenas, I, 99, 101, 104, 105; su carácter y muerte, 242, 247, en la nota.
- Carrera (el padre), muere de pesar, I, 242, en la nota.
- Carrera (la señorita), la Ana Bolena de Chile, I, 97.
- Carreras (los tres hermanos), I, 97, 104, 241; su muerte y carácter, 242, 243.
- Carril (D. Salvador María), II, 367.
- Casarriego, coronel realista, II, 100.
- Caspe, I, 54.
- Castañeda, II, 217.
- Castafios, general, I, 374.
- Castelli (Dr.), I, 52, 58, 59; su carácter, 60, 61; su muerte, 62.
- Castilla (Cirilo), el cacique, I, 23.
- Castro, el coronel realista decapitado, I, 69.
- Catedral de Lima, I, 344.
- Catedral y conventos del Cuzco, II, 199.
- Caucato (hacienda de), I, 273.
- Caxchas, II, 252.
- Cerdeña, coronel, II, 70, 71 en la nota.
- Cerrito (acción del), I, 65.
- Cerro de Pasco (batalla de), I, 262, 263.
- Cisneros, virrey de Buenos Aires, I, 52.
- Clima de Lima, I, 352.
- Cobbett, teniente; luego capitán, I, 204; se ahoga, 202
- Cobos, teniente coronel realista, II, 26.
- Coca (descripción de la), II, 203.
- Cochrane (lady), I, 182; efectos que produjo en la tropa su apariencia, 267.
- Cochrane (lord), llega á Valparaíso, I, 181; fiestas á su llegada, ídem; es nombrado almirante, ídem; da la vela, 183; llega al frente del Callao, 185; ataca, ídem; es rechazado, 186; se logra otra segunda tentativa, 189; hace vela para Huacho, ídem; apresa 60.000 duros en Guarmey, 190; vuelve al Callao, ídem; da la vela en Valparaíso, 200; desafía al virrey, 201; infructuosas tentativas contra el Callao, 203, 204; entra en el río Guayaquil, 208; apresa el *Aguila* y la *Begoña*, ídem; reconoce á Valdivia, 210; apresa el bergantín de guerra el *Potrillo* y 20.000 duros, ídem; sale para la Concepción, 211; da la vela



- para Valdivia, 212; su sangre fría, ídem; su atrevido plan de ataque, ídem; llega al frente de Valdivia, 214; se transborda á la *Motézuma*, ídem; ancla al frente del fuerte inglés, 216; entra á remo en un bote dentro del puerto, 221; tesoro y ricos efectos que cayeron en sus manos en Valdivia, 223; tentativa contra Chiloe, 230; da la vela para Valparaíso, 234; para Coquimbo 248; para el Callao, 251; apresa la *Esmeralda*, 252; es herido, 253; da la vela desde Huacho, 267; regresa, ídem; sale para Pisco, 268; para Arica, 277; para Chorrillos, 297; bloquea el Callao, 334; disputas con San Martín, ídem; se apodera del tesoro en Ancon, 335; hace vela para Californias, ídem; apurada situación, 364, 365; vuelve á Chile, 366; pasa al servicio del Brasil, 367, en la nota; su carta á Miller, 418.
- Cochrane (miss), I, 182.
- Cochrane (Tomás), hijo del almirante, I, 187.
- Cochran (Mr. William), presta una ayuda importante, I, 308.
- Codicia del público inglés, II, 263.
- Colonia escocesa, II, 379.
- Concepción (ciudad de la), I, 197.
- Condorcanqui (D. José Gabriel), intenta libertar su país, I, 14; su caída y bárbara ejecución, I, 17.
- Congreso de Panamá, II, 311, 312.
- Congreso de Tucumán, I, 72.
- Conquista (capitán general conde de la), I, 94.
- Constitucionales, su conducta con los americanos, II, 332 á 336.
- Constitución boliviana, II, 300, 311, 313, 320, 435.
- Consulado de Méjico, I, 21.
- Convoy español apresado por la escuadra chilena, I, 177, 178.
- Coquimbo (relación de), I, 201.
- Coraje desesperado de un escocés, II, 111.
- Corbacho (Dr.), II, 382.
- Córdova, coronel; luego general, I, II, 129; su bizarro comportamiento en Ayacucho, 175, 180.
- Córdova (D.), II, 37; sus servicios, 41.
- Cortes, su iliberalidad con respecto á la América, I, 21, 34, 35; II, 332 á 336.
- Correa, mayor; luego general, I, 116; II, 14, 15, 98, 172.
- Correa, teniente, I, 289.
- Corridas de toros (descripción de las), I, 345 á 351.



- Cotera (D. Lucas), su gran liberalidad, II, 383.  
 Coupigni, general, I, 374.  
 Cox (Dr.), II, 98.  
 Coy, comandante español de la fragata *Esmeralda*, es herido, I, 253.  
 Crespo, mayor; vergonzosamente tratado por Rodil, II, 216.  
 Cricket, ó partida de pelota á la inglesa en Valparaíso, I, 182.  
 Crosbie, capitán, I, 200, 204, 252; apresa tres barcos mercantes y quema cuatro más, 324.  
 Cruz (D. Luis) I, 117.  
 Cruz (general D. Francisco de la), secretario de Guerra en Buenos Aires, II, 367.  
 Cuella (doña Juanita de), II, 68.  
 Cuzco (ciudad del), II, de 198 hasta 201; se la compara con Roma, ídem.

## Ch

- Chacabuco (batalla de), I, 113, 114.  
*Chacabuco*, corbeta, se amotina la tripulación, I, 184.  
 Chamberlayne (Sir Henry), II.  
 Charles, teniente coronel; da la vela en la escuadra, I, 200 á 202; es herido mortalmente, 206; su carácter, ídem y 207, en la nota.  
 Chascomus, I, 123.  
 Chile (revolución de), I, 94.  
 Chiloe (descripción de la isla de), I, 230.  
 Chincha (Alto y Bajo), pueblos inmediatos á Pisco, I, 272.  
 Cholos, paisanaje de Chile de sangre mezclada, I, 170.

## D

- Davalos, jefe montonero, I, 333.  
 Delgado, coronel realista, I, 261.  
 Depósitos de provisiones ocultos en las cavernas de las montañas, II, 129.  
 Desterrados chilenos, I, 107 á 108.  
 Deza, teniente coronel, I, 263.  
 Díaz, capitán chileno, se distingue en Talcahuano, I, 116.  
 Díaz (capitán D. Francisco), su carácter, I, 146; su muerte, 168, en la nota.  
 Díaz (señora de), mujer del capitán de este nombre, I, 147.



- Díaz Vélez (Dr.), II, 276.  
Dickson (Mr. George Frederik), I, 119.  
Doctores, sus pedantescas y turbulentas declamaciones, I, 261.  
Domínguez, capitán, I, 289.  
Dorrego, coronel; gobernador de Buenos Aires, II, 371; su muerte, ídem.  
Doyle (general D. Carlos Guillermo), II, 185.  
Duckbury, mayor; es muerto, II, 167.

## E

- Echenique, coronel, I, 260.  
Echevarría (D. N.), II, 336.  
Eldridge, teniente; muerto en Talcahuano, I, 116.  
Elespuru, teniente coronel; se pasa á los patriotas, I, 266; II, 61.  
Elguerra, oficial de montoneros, I, 270.  
Emigración (reflexiones sobre la), I, 130; II, 350.  
Emperador del Brasil, II, 369, 384, 385.  
Emperatriz del Brasil, II, 384.  
Encantadoras chilenas, I, 182.  
Enchipar, bárbaro modo de matar los hombres, I, 49.  
Enterramiento extraordinario en las arenas del desierto, I, 312.  
Enviados de la América del Sur en Londres, II, 233, 242.  
Eréscano, capitán; en Chiloe, I, 232; su hábil retirada, ídem.  
Escalada, coronel, se distingue, I, 198; II, 378.  
Esclavos, general tratamiento que les dan los españoles, I, 29; hacen buenos soldados, 239; redención de algunos de ellos, 298.  
Escovedo (coronel D. Gregorio), I, 252; II, 80.  
Escuadra chilena; su formación, I, 168; da la vela, 169; apresada á la fragata *María Isabel*, 171; se apodera de los transportes españoles, 177; regresa al puerto, 179; sale mandada por lord Cochrane, 183; llega al frente del Callao, 186; hace vela para Huacho, 189; llega á Valparaíso, 193; sale nuevamente, 200; regresa, 209; cómo se compraron los buques y aumentaron, II, 228 á 230.  
*Esmeralda*, fragata española, I, 164, 165; es apresada por lord Cochrane, 252.  
Esmonde, capitán, I, 195, 196.  
Españoles, buen trato que dan á los esclavos, I, 26; su conducta con la América, 28.



- Estancias, I, 120.  
 Estenós, el instruído doctor, II, 303.  
 Estomba, coronel, I, 258 á 260; II, 304, 306.  
 Etiquetas entre lord Cochrane y el capitán Guise, I, 243.  
 Exelme, comerciante español, II, 220.

## F

- Falcón, capitán de la Marina real inglesa, I, 194; II, 228.  
 Farren (Mr. William), el cómico, II, 344.  
 Felipe II, I, 33.  
 Ferguson, teniente coronel, II, 167 en la nota; su muerte, 296, 297.  
 Fernández (Miguel), criado fiel y valiente, II, 337, 338.  
 Ferras, teniente coronel; luego general realista, II, 26, 77, 152, 179.  
 Fife (conde de), I, 375; en la nota ídem, 373.  
 Figueroa, coronel, I, 96.  
 Flores (coronel D. José María), II, 24, 30; (cartas de), 415.  
 Forster, capitán; toma la isla de San Lorenzo, I, 188; toma á Payta, 190; desembarca en Supe, ídem; II, 330.  
 Fragueiro (D. José María), II, 351.  
 Francia (Dr.) I, 61.  
 Francisco (D. Juan), jefe Opata, I, 23.  
 Freyre, coronel; luego general, I, 112, 198; convite dado al lord Cochrane, 212; ofende á Benavides, 229; es elegido supremo director de Chile, II, 329; se apodera de la isla de Chiloe, 330; su dimisión, ídem.  
 Freyre (Dr.), II, 303.  
 Frías, capitán español, II, 181.  
 Frías, miembro de la Junta provincial de Buenos Aires, II, 359.

## G

- Gago (señora del coronel), su odiosidad á los patriotas, I, 307.  
 Gainza, general, I, 102, 103; es llamado al Perú, 105.  
 Galdiano y Mendoza, I, 270.  
 Galvez, presidente de la Real Audiencia del Cuzco, su integridad y amor á la justicia, I, 25.  
 Gamarra, coronel; después general, se pasa á los patriotas, I, 266; obtiene un mando, 367; es nombrado jefe del Estado Mayor, II, 54, 62, 69, 72, 76, 189, 207; invade á Bolivia, 324.



- Gana (teniente coronel D. José Francisco), II, 67.
- Gana (teniente D. Juan), es muerto, I, 162.
- Garate (D. Tadeo), gobernador realista de Puno, II, 205; su impropia conducta, ídem; huye para salvarse, ídem; su biografía.
- García Camba, teniente coronel realista; luego general, I, 191; II, 179.
- García del Río (D. Juan), I, 270; es elegido ministro, 324.
- García (D. Manuel), ministro de Hacienda de Buenos Aires, II, 359, 367.
- García (D. N., de Aplao), II, 67.
- Gauchos, I, 65, 76, 77, 127; su carácter, 131; su destreza en montar á caballo, 137; su desprecio hacia los europeos que no pueden manejar un caballo brioso, 139.
- Generalidad de fumar en Lima, I, 343, 345.
- Gerard, teniente; es muerto, I, 156.
- Giroust, capitán de Artillería de Buenos Aires, I, 148.
- Gobierno superior de Buenos Aires, I, 66.
- Gómez (Dr.), miembro de la Junta provisional de Buenos Aires, II, 359.
- Goyeneche, general realista, I, 30, 62; su duplicidad, 63.
- Gran comisionado, II, 261, 262, 276.
- Granizadas al atravesar los Andes, II, 222.
- Grenfell, teniente, I, 253.
- Guacas (descripción de las), I, 193.
- Guambacho (antigüedades de), I, 192.
- Guas, teniente, I, 261.
- Guayaquil (clima de), I, 208; declara su independencia, 251; se incorpora con Colombia, 370; sus reales intereses, II.
- Güemes, jefe de guerrilla, I, 68; es muerto, ídem, en la nota.
- Guerrero (D. Fulgencio), I, 317, 319.
- Guido (coronel D. Tomás), I, 255, 269, 260; II, 412, 414.
- Guise, capitán; luego almirante, I, 177, 183, 184; es gravemente herido, 186; se dirige contra Pisco, 184; su bondadosa atención con Miller cuando éste se hallaba herido, 206; aborda y toma, en unión con lord Cochrane, la fragata española *Esmeralda*, 258; hospitalidad que ofrece á Santa Cruz, II, 74; incendia la fragata española la *Venganza*, 102; bloquea el Callao, ídem; su intrepidez, 217 á 219, 299; después de un largo y cruel encarcelamiento, es juzgado y declarado inocente, 303.



Guitica, capitán, I, 208.

Gumer, mayor; asesinado á sangre fría por el coronel español D. Mateo Ramírez, I, 368.

## H

Haigh (Mr. Samuel), en la batalla de Maypo, II, 226, 358.

Hallowes, capitán Miller, II, en la nota.

Hardy (Sir Thomas), oficial de Marina inglés, II, 228.

Herrera (capitán D. Ramón); luego general, I, 261; II, 54.

Heres (capitán D. Tomás); luego general, I, 261; II, 311, 314.

Herring y Richardson (señores), envían una expedición á Colombia, II, 289.

Hidalgo (D. Andrés), I, 130.

Hill, capitán; su bizarra conducta, I; se ahoga, II, 74.

Hind (capitán D. Enrique), I.

Hospitalidad de los Pehuenches, I, 87.

Hoyos, coronel, I, 178; es hecho prisionero, 221.

Huaquí (batalla de), I, 62.

Hull, comodoro norteamericano, II, 299.

Hurry, Powles, and Hurry, envían una expedición á Colombia, II, 289.

Hylliar, capitán de la Marina real inglesa, I, 103.

*Hyperion*, fragata inglesa, I, 252.

## I

Ildefonso, fiel criado negro, I, 310; su muerte, 311.

Incas del Perú, II, 193.

India Samaritana, II, 190.

Infantes (D. Facundo), II, 332.

Infernales, una partida de este nombre, I, 273.

Insubordinación; es fusilado un cabecilla, II, 42.

Iturrigaray, virrey de Méjico, I, 30.

Izque, comerciante español, II, 220.

Izquierdo, teniente, I, 261.

## J

Jackson (Mr. William), II, 380.

Jonte, I, 96; su muerte, ídem, en la nota.

José (rey), I, 29, 31.



- Juan Fernández (isla de), I, 108.  
Júbilo (efectos del), I, 162.  
Juego, su generalidad y efectos en la América del Sur, I, 355.  
Jujuy (descripción de), II, 339; señoras de, 340.  
Julián (Padre), fraile araucano, I, 81; su celo cristiano, 86.  
Junín (batalla de), II, 142.  
Junta de observación de Buenos Aires, I, 70.  
Junta de Santiago de Chile, I, 94, 98, 102.  
Junta directiva, I, 264.  
Junta electoral del Perú, I, 271.  
Junta gubernativa de Buenos Aires, I, 53; se disuelve, 63.  
Junta gubernativa de Lima, I, 373; apatía de, II, 53; su deposición, ídem.  
Junta pacificadora, I, 271.  
Junta provincial de Buenos Aires, II, 359; se disuelve, 367.  
Junta Suprema Central de Sevilla, I, 31, 32.

## K

- Kinder (Mr. Tomás), II, 379.

## L

- Labé, capitán, al servicio chileno, I, 234.  
La Fuente, coronel; después general, II, 90.  
La Hera, coronel realista, I, 284, 286, 292, 294, 296, 297; comunicaciones de, 418 á 425.  
La Madrid, coronel, II, 347.  
La Mar, general realista, gobernador del Callao, I, 328; se rinde á los patriotas; es elegido presidente de la Junta gubernativa de la República del Perú, 373; es depuesto; II, manda el ejército peruano, 129, 150, 151, 169, 173, 177, 180; se retira á Guayaquil con licencia temporal, 207; es elegido presidente de la República del Perú, 317; su relación biográfica, 318; su política, 320, 321.  
Landa (D. Bernardo), teniente coronel, su carácter, I, 282; se reúne á los patriotas, 283; es fusilado, 308.  
Lanza, coronel, I, 297; II, 74, 206.  
Larrain (D. Juan), teniente, es muerto, I, 158.  
Larrea y Loredo (Dr. D. José), II, 314.



- Las Bruscas (depósito de prisioneros en), I, 128.
- La Serna, general, luego virrey del Perú, es nombrado para reemplazar al general Pezuela en el Alto Perú, I, 75; sus medidas, ídem; su humanidad, ídem, en la nota; es arrojado de Jujuy por los gauchos, 77; llega á Lima, 264; es nombrado presidente de la Junta directiva, 265; por una conmoción militar le nombran virrey, 266; accede al armisticio de Punchauca, pero declara después inadmisibles las proposiciones, 270, 271; hace su dimisión, II, 7; publica un decreto muy fuerte, 65; marcha desde el Cuzco contra Santa Cruz, 71, 72; forma su reunión con el general realista Olañeta, 73; persigue la retirada á los patriotas y los dispersa, ídem; hace en Arequipa una nueva distribución de su ejército y regresa al Cuzco, 86; se pone nuevamente á la cabeza del ejército, 152; avanza contra Sucre, 156, 159; corta la retirada á los patriotas, 163, 171; los ataca en Ayacucho, 175; es derrotado, herido y hecho prisionero, 177; le visita el general Miller, 182; su noticia biográfica, 184.
- Las Heras, teniente coronel, después general, I, 90, 115, 116; salva á Chile por su presencia de ánimo en Cancharayada, 158, 159; es hecho general en jefe del ejército, 324; sucede á Rodríguez como gobernador de Buenos Aires, II, 362; cumple el tiempo de su mando y se retira á Chile, 367; su carácter, ídem.
- Las Piedras (acción de), I, 65.
- Lastra, primer director supremo de Chile, I, 102.
- La Tapia, teniente, después teniente coronel, I, 295, 299; sus aventuras, 300, 302, 318, 320; II, 163, 376.
- Latus, teniente, muerto, I, 370.
- Lautaro*, compra de la fragata, I, 163; su combate con la *Esmeralda*, 164.
- Lava (acción de), II, 150.
- Lavalle (D. Juan), capitán, después coronel, I, 250, 263; sus padecimientos en el desierto, II, 50, 51, 371; es herido y ascendido á general, 377, 378.
- Lavalle (Dr. D. Juan Bautista de), comunicación de, I, 416.
- Lavalleja (D. Juan), después general, II, 365, 366.
- Lazo corredizo, I, 122.
- Lazo (Dr.), I, 308.



- Le Bretón (el caballero y señora), II, 382.
- Lecor, general, invade la Banda Oriental, I, 71; es gobernador de Monte Video, II, 380, 381.
- Legión peruana de la Guardia, I, 362; II, 5, 19, 53, 56, 70, 177.
- Leyes de los Incas, II, 197, 198.
- Leyes prohibitivas, I, 19, 20.
- Liberales españoles (contradicción de los), I, 39; II, 332, 333, 334, 335, 336.
- Libertadora (expedición); fuerzas de que se componía, I, 245; sale para el Perú, 246; llega á la bahía de Perarca, 248; da la vela para Ancón, 251; el ejército libertador atraviesa los Andes, II, 132, 133, 134, 135.
- Libertadores (orden colombiana de los), I, 364.
- Lima (descripción de), I, 337, 338.
- Lima (señoras de), I, 360, 361; de Chile; su humanidad, II.
- Liniers, I, 30, 38; es fusilado, 58.
- Lista de los muertos y heridos en la batalla de Ayacucho, II, 177, 178, en la nota.
- Lizárraga, mayor, edecán del general Miller, muerto en la batalla de Junín, II, 147, 148, 149.
- Livinia, mayor español, I, 126.
- Logia, club enemigo de San Martín, I, 237; su perjudicial influencia, 363.
- Loriga, general realista, su generosa intervención para salvar la vida á Miller, I, 174, 175; es nombrado secretario de la Junta directiva, 265, 269, 368; carta de; su entrevista con el general Miller, II, 58, 116.
- Los dos Talos (prisioneros españoles en), I, 125.
- Luna Pizarro, Presidente del Congreso del Perú, I, 373; II, 102.
- Lurigancho (Conde de), II, 220.
- Lyra, mayor, II, 30, 31, 32, 33.
- Luzuriaga, coronel, I, 255.

## Ll

- Llaneros de Colombia, II, 136, 282.
- Llano y Noguera (D. Manuel), I, 270.

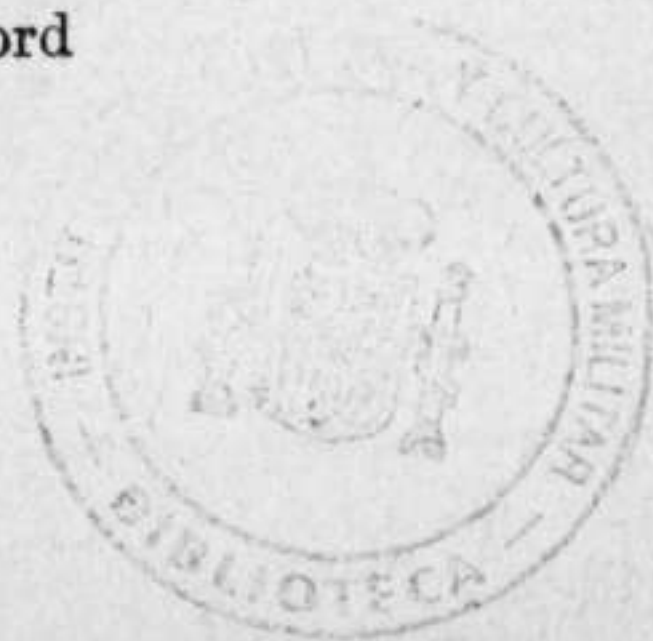


## M

- Mac-Duff, I, 375, en la nota.
- Macedonia*, fragata de los Estados Unidos, I, 252; la tripulación del bote que envió á tierra es asesinada por los españoles en el Callao, 253.
- Macirone, coronel; introducción xxxix; envía una expedición, II, 289, en la nota.
- Mackenna, coronel, I; es muerto en un desafío, en la nota.
- Mackinlay (Mr. y Mrs.), I, 119; II, 376.
- Mackintosh, coronel, I, 369.
- Mamelucos del Brasil, II, 352.
- Mamignau, capitán de la marina francesa, II, 381.
- Manifiesto de Pezuela, II, 231.
- Manning, teniente, I, 115.
- Manso, virrey del Perú; su honrosa pobreza, II, 24.
- Manzanedo, coronel realista, II, 30, 35, 36, 37, 38, 39; comunicaciones de, 400, 402, 404, 407.
- Marca (descripción de la escena de), II, 117, 118.
- Marco del Pont, capitán general de Chile, I, 110; sus atrocidades, 111, 114.
- María da Gloria, princesa, II, 384.
- María Isabel*, fragata española, I, 169, 171; es apresada, 171.
- Maroto, general español, I, 113.
- Martilini, corsario, II, 112, 113, 114, 115.
- Martín, capitán de la marina inglesa William Fanshawe, II, 99, 100, 101.
- Martínez de la Rosa (D. Francisco), II, 332.
- Martínez (D. Enrique), mayor; después general, I, 112, 238; II, 15, 16, 54, 64, 377.
- Martínez (D. Juan Apóstol), capitán; después coronel; su antipatía á los españoles, I, 147; sus burlas á los frailes, 162; II, 377.
- Marure, capitán; después mayor, I, 289; II, 331.
- Matafuertes, capitán realista, I, 318.
- Mate, hierba de uso general en la América del Sur, I, 120.
- Maxwell, capitán de la marina inglesa Sir Murray, II, 220.
- Maypo (batalla de), I, 161, 162.
- Meade (George), II, 83.
- Médanos (descripción de los), II, 48.



- Medina, coronel, II, 178.
- Mejías, diputado por Quito, I, 32.
- Meléndez, capitán, II, 159.
- Melgar, el Moore del Perú, I, 74; II, 80.
- Mellyagin, cacique Pehuenche, I, 82.
- Mendoza (D. Blas), carta dirigida á, I, 418.
- Mendoza, I, 78; su descripción, 142; usos y costumbres de los habitantes, 143.
- Mesa (D. José Manuel de), natural de Nasca, II, 84; carta de, 419.
- Mesa militar, I, 146 á 149; II, 94, 95.
- Mercados de Lima, I, 338; de Potosí, II, 252.
- Milagros, II, 199, 258, 259.
- Miller (Guillermo), sirve en el ejército inglés, I, 118; llega á Buenos Aires, 119; obtiene empleo de capitán al servicio de Buenos Aires, ídem; viaje hacia Patagonia, 120; entrevista con los prisioneros españoles en Los dos Talos, 125; regresa á Buenos Aires, 140; sale para Mendoza, 141; atraviesa en posta las Pampas y llega á Mendoza, 142; pasa los Andes, 144; llega á Santiago de Chile, 145; se reúne en Las Tablas al ejército, 146; su recepción, ídem; va á Valparaíso, 153; procura pasar la artillería por el puente colgado, 154; salva dos cañones en Cancharayada, 158; se reúne á Las Heras y actúa como su ayudante durante la retirada, ídem; es destacado en comisión á bordo, 163; es ascendido á mayor, 168; da la vela con el jefe de la escuadra, Blanco, ídem, le envían á tierra de parlamentario, 172; es hecho prisionero, 173; su duro tratamiento por el general Sánchez, ídem; le amenazan con la muerte, 174; se salva por la intercesión de los coroneles Loriga y Cabañas, 175; su regreso al *San Martín* y su recepción, ídem; se halla en gran peligro de naufragar, 176; regresa á Valparaíso, 179; recepción en Santiago, 180; es nuevamente nombrado comandante de los soldados marinos de la escuadra, y da á la vela con lord Cochrane, 183; voladura en San Lorenzo, 188; sus padecimientos, ídem; derrota un destacamento español, 191; sirve de instrumento para el castigo de un tirano brutal, 195; se embarca para una nueva expedición, 200; manda una balsa en el ataque de las fragatas españolas, 201; tiene que retirarse, 202; es herido gravemente en Pisco, 206; se trasporda de la *Lautaro* al buque en que estaba el lord





Cochrane, 209; va á la Concepción, 211; inspecciona el fuerte San Pedro, ídem; da la vela para Valdivia, 212; se halla en peligro de ahogarse, 215; es herido al ir á tierra, 218; desembarca con los marinos, ídem; toma cinco fuertes, 220; toma cuatro fuertes en el lado oriental de Valdivia, 221; su parte oficial, 222; acompaña al lord Cochrane á Valdivia, ídem; desembarca en Chiloe, 231; toma el fuerte Corona, ídem; es herido, 232; llega á Chile, 234; bondadosa acogida de sus amigos chilenos, 235; es ascendido á teniente coronel, 238; da la vela, con la expedición libertadora, para el Perú, 246; llega á Pisco, 248; anda en la bahía del Callao, 251; desembarca en Huacho, 254; le envían con 609 soldados á una operación distante, 266; desembarca en Pisco, 268; sus operaciones, 273; cae enfermo, 275; se reembarca, 276; intenta en vano desembarcar dos veces en las inmediaciones de Arica, 277, 279; su crítica situación, 280; desembarca en el Morro de Sama, ídem, marcha hacia Mirabe, 284; derrota á los españoles, 290; persigue al enemigo, 291; entra en Moquegua, 292; operaciones, 293 á 295; se retira á Arica, 303; forma en que alcanzó los transportes, 305; desembarca en Pisco, 309; marcha contra Santalla, 312; toma á Ica, ídem; avanza hasta Palpa y destruye los realistas que mandaba Santalla, 313, 314; es promovido al empleo de coronel, 319; va á Lima, 321; le nombran para mandar las compañías de cazadores, 327; persigue á Canterac, 328; es desalojado de Puruchuco, 321; regresa á Lima, 333; es nombrado para mandar la infantería de la Legión de la Guardia, 362; su correspondencia con La Hera, 418, 423; preparativos para una expedición á Puertos Intermedios, II, 1; se alteran, 2; se embarca con la expedición, 5; accidente en el mar, 8; angustiosa falta de agua, 10; desembarca en Arica, 11; etiquetas con el general Alvarado, 14; se embarca para un servicio destacado, ídem; carta al autor, 19; desembarca en Quilca, 22; entra en Camaná, ídem; hace prisionera una partida realista cerca de Majes, 23; va á Siguan, 26; ardid de guerra, 27; hace prisionero á un teniente coronel realista, 28; se retira á Quilca, 29; va á Ocoña, ídem; á Carabelí, 30; regresa á Ocoña, 31; fatigosa marcha por el desierto, 33; se embarca para Atico, 35; para Chala, ídem; estrategia, 36, 37; recibe noticias de la derrota de Alvarado, 40; es atacado del cólera morbo en Acari, ídem; le



transportan por medio del desierto á Lomas, y le ponen á bordo, 41; regresa al Callao, 43; su carta al autor, ídem; su recepción en Lima, ídem; noticia de su conducta publicada en la *Gaceta de Lima*, 44; es ascendido al empleo de general de brigada; 55, su entrevista con el general realista Loriga, durante una escaramuza al frente del Callao, 58; se embarca con la expedición, 64; desembarca en Chala, 66; operaciones, 67; entra en Arequipa, 68; marcha á Pati, 75; regresa á Arequipa, 76; cae enfermo, ídem; se retira por tierra á Lima, 79, 80; es nombrado jefe del Estado Mayor del ejército peruano, 90; pasa á Chile para restablecer su salud, 97; sabe la sublevación del Callao, y regresa, 105; ocurrencias en la travesía, 108, 109, 110, 111, 116; se reúne al general Bolívar en Huaras, 118; es nombrado Comandante general de la Caballería peruana, 120; sus operaciones con los montoneros, 121 á 124; adelanta á Arroya, 141; carga á los realistas en la batalla de Junín, 141; su interesante entrevista con el teniente coronel Sowersby después de la batalla, 146, 149; se origina cierta frialdad entre Sucre y él, 151 á 156, está para caer en manos de los realistas, 158 á 160; se reúne al cuartel general, 160; su agradable recepción ídem; reúne un batallón y rechaza á los realistas, 167; manda la caballería en la batalla de Ayacucho, 172; interesantes incidentes durante la batalla, 174; carga á la división de Valdez y la derrota, 177; visita al virrey La Serna, prisionero, 182; el general Canterac duerme en la choza de Miller, 184; encuentra al general Valdez, 185, 186; marcha al Cuzco, 189; convites en el Cuzco, 201, 204; es nombrado prefecto de Puno, 207; sale de Puno; es nombrado prefecto de Potosí, 244; sus providencias, 253, 255, 257; sus preparativos para recibir á Bolívar, 269; sale á recibir al Libertador, ídem; entrada triunfal en Potosí, 273 á 275; acompaña á Bolívar á la cumbre del cerro de Potosí, 276; se despide del Libertador y de Sucre en Chuquisaca, 279; documento de Bolívar, ídem; sale de Potosí, con licencia temporal, para Inglaterra, ídem; llega á Jujuy, 339; á Salta, 340; le regalan un gran terreno, 346; llega á Tucumán, 347; á Santiago del Estero, 348; á Córdoba, 351; á Buenos Aires, 355; encuentra muchos amigos antiguos, 376, 377; se embarca para Inglaterra, 379; toca en Montevideo, 380; sale para Río Janeiro en el bergantín de guerra francés *Le Cygne*, 381; toca en



- Bahía y Pernambuco; disputa en la travesía con D. Tadeo Garate, 391; desembarca en Falmouth, 392; su recepción en Inglaterra, ídem; (oficios de), 410, 412; su proclama, 415; su dictamen sobre el proceso de Abadía, 423.
- Minas (asociación revendedora de), II, 261.
- Minas de Pasco, II, 128; de Puno, 209, 212; de Salcedo, 209 á 211; de Potosí, 245, 246; de Chayanta, 249; de Guantajaya, 263; de Tipuani, 264.
- Mirabe (son los realistas derrotados en), por el coronel Miller, I, 289, 291.
- Mita, trabajo forzado que se exigía á los indígenas, I, 2 á 4.
- Mitayo, el indio que cumplía el servicio expresado anteriormente, I, 3, 7, 8, 10; II, 244.
- Moneda (casa de), de Potosí, II, 248.
- Monet, general realista, toma posesión del Callao, II, 100; manda fusilar á dos oficiales patriotas, á instancias de García Camba, 104; se halla presente en la batalla de Ayacucho, 175; es prisionero, 179.
- Monteagudo (D. Bernardo), I, 324, 371; es asesinado, 372, en la nota; 377; oficio de, 425.
- Montemira (marqués de), I, 356.
- Montoneros (relación de), I, 330 á 333; II, 120, 124, 128.
- Montoya, gobernador de Valdivia, I, 222.
- Montoya González, gobernador de Puno, I, 25.
- Monumentos antiguos de Guambacho, I, 192; del Cuzco.
- Moore (Dr.), médico de Bolívar, II, 296.
- Morales (D. José), director de la escuela Lancasteriana; II, 327.
- Morales (D. José), es nombrado ministro de Estado, II, 314.
- Morán, teniente coronel, II, 177.
- Moreno (Dr. D. Mariano), introducción xxxix; I, 52; es nombrado secretario de la Junta gubernativa de Buenos Aires, 54; su muerte; sus grandes talentos, 57, 58.
- Moreno, subteniente, su heroísmo, I.
- Morgell, teniente; luego capitán, sujeta los amotinados, I, 185, 203, 324; II, 67.
- Morillo, general, prólogo xxx; I, 40, 44; II, 285, 287, 290, 292.
- Morla, gobernador de Cádiz, I, 28.
- Morriones de plata, II, 181.
- Moscoso, juez íntegro y virtuoso, I, 26.



- Mosquera, prefecto de Guayaquil, II, 311.  
 Motín á bordo de la *Chacabuco*, I, 184; en el Callao, II, 98.  
 Moyano, un amotinador, II, 100.  
 Muerte por exceso de júbilo, I, 162.  
 Mujer limeña de carácter original, I, 311; su mayordomo, 316.  
 Muñecas, jefe de guerrillas, I, 68.

## N

- Nadal (D. José María), II, 378.  
 Navajas, oficial de montoneros, I, 270; II, 103.  
 Necochea (D. Eugenio), es herido, I, 114, 324.  
 Necochea (D. Mariano), teniente coronel; después general, I, 113  
 II, 129, 143; es herido en la batalla de Junín, 144; renuncia su  
 destino lleno de indignación, 304.  
 Negrero (descripción de un barco), II, 386.  
 Neira, jefe de guerrilla, I, 112.  
 Nesen, capitán del transporte protector, II, 41.  
 Nestares (Sr.), I, 319.  
 Nichol (Dr.), II, 277.  
 Ninavilca, jefe montonero, II, 303.  
 Ninconyancu, cacique Pehuenche, I, 82.  
 Numancia (batallón español de), se pasa á los patriotas, I, 261.

## O

- Obes (Dr.), I, 5b, 56.  
 Obrages, I, 7, 8.  
 O'Brien, capitán; después coronel, I, 89, 328, 330 á 331; II, 211.  
 O'Brien, capitán; es muerto, I, 165.  
 Ocampo, coronel, I, 58.  
 O'Carrol, coronel; es asesinado, I, 199.  
 O'Connor, coronel, II, 172, 173, 179.  
 Oficiales de artillería de Buenos Aires, I, 149.  
 Oficiales extranjeros, sus servicios en la América del Sur, II,  
 378; buena armonía que siempre existió entre ellos, ídem.  
 O'Higgins (D. Ambrosio), capitán general, I, 224, 337.  
 O'Higgins (D. Bernardo), general, I, 100, 104; su magnanimidad,  
 105; su desesperada defensa en Rancagua, 106, 107, 114; es



- elegido supremo director de Chile, 115; es herido en Cancharayada, 157; se retira de la vida pública, II, 328, 329.
- Olañeta, general realista, I, 1, 18, 62, 72, 86, 87, 119, 150, 188, 206; herido mortalmente, 215, 221.
- Olavarría, teniente; luego teniente coronel, I, 162; II, 180.
- Olazábal, coronel, II, 377.
- O'Leary, coronel, II, 200, 272, 296.
- Olmedo (Dr. D. J. J.), poeta célebre, I, 370.
- Olmos, alférez, I, 370; II, 154.
- Olinda (viaje á), II, 389.
- Oportuna asistencia de los comerciantes extranjeros, I, 243, 245; II, 289.
- Ordóñez, general español, I, 157, 162.
- O'Reilly, general español; es hecho prisionero, 263; se arroja al mar, ídem, en la nota.
- Ortega, coronel colombiano, II, 217.
- Osorio, general realista, llega á Chile, I, 105; sus crueldades, 107, 108; avanza sobre Santiago, 153, 154; su pusilanimidad, 157; es derrotado en Maypo, 161, 162; da la vela para el Callao, 197.
- Osorno, colonia formada por O'Higgins, virrey del Perú, I, 224.
- Ostolaza, prólogo, xxx.
- Otero (D. Miguel), I, 266; II, 102.
- Oxley, teniente; es muerto en Chiloe, II, 330.

## P

- Padilla, jefe de guerrilla, I, 68; es muerto, 69, en la nota.
- Paga de los oficiales y soldados del ejército patriota, II, 93, 130.
- Palacio de Lima, I, 343.
- Palanganas, I, 359.
- Pancorvo (Dr.), II, 303.
- Pando (D. José María), II, 310, 314.
- Panizo (doña Rosita de), II, 3.
- Panteón de las inmediaciones de Lima, I, 342.
- Papadas, enfermedad muy común en Mendoza, I, 143.
- Papa Leon XII, su encíclica, II, 351.
- Parábola ó profecía verificada en parte, II, 191.
- Pardo de Zela, coronel, I, 260; II, 61, 66.



- Pareja, general realista, I, 98, 99; muere en Chile, 100.
- Parlamento con los indios pehuenches, I, 80 á 86.
- Paroissien, general, II, 355.
- Pascanas ó parajes de descanso, II, 134.
- Paso de los Andes, I, 89 á 93, 135; II, de 132 á 134.
- Patriotas (donativos), I, 254.
- Payta (toma de) por el capitán Forster, I, 190.
- Pazos Kanki (Mr.), introducción XL; II, 365.
- Pedemonte (Dr. D. Carlos), II, 308, 313.
- Pehuenches, indios, I, 78, 86 á 88.
- Peña (Sr.), I, 52, 66.
- Perdices, I, 134.
- Pernambuco (ciudad de), II, 388.
- Perú Alto, declara su independendencia, II, 266; toma el nombre de Bolivia, 267.
- Pezet (Dr.), II, 217.
- Pezuela, general; luego virrey del Perú, I, 67; derrota los patriotas en Vilcapugio y Ayoma, ídem, y en Sipe-Sipe y Viluma, 70; sucede á Abascal, 75; está para ser prisionero, 186; es de- puesto, 266.
- Pichincha (batalla de), I, 369.
- Pinheyro, ministro brasileño, II, 364.
- Pinto, coronel; después general, II, 5, 11, 18, 85, 86; es hecho su- premo director de Chile, 331.
- Piñera, teniente coronel, II, 22, 23.
- Pisco, lo toman los patriotas, I, 205, 249, 268, 307; descripción del río, 272, 273.
- Plaza, capitán; después coronel, I, 288, 314; II, 177.
- Plaza de toros de Lima, I.
- Plaza, teniente coronel; su descortesía, I, 146.
- Porter, capitán de la Marina inglesa, II, 228.
- Portilla Gálvez, juez íntegro, I, 25.
- Portocarrero, coronel; luego general, I, 293; II, 103.
- Posadas (Sr.), nombrado supremo director, I, 68; su extrema lo- cura, 70.
- Postillones de las Pampas, I, 139, 141.
- Potosí (descripción de), II, 244; sus minas, 245 á 247; casa de mo- neda, 248; el clima de, 249; acuñamiento, ídem; banco, 250; correos, ídem; mercado, 251; comerciantes, 254; monjes, 258;



- sociedad, 260; llegada de Bolívar, 273; arengas de los habitantes, 274, 275; regocijo, 276.
- Potrillo*, bergantín de guerra español, es apresado por lord Cochrane; I, 210; encuentro interesante á bordo de él, 210 y 211.
- Potrillo (familia de), I, 304.
- Prescott, capitán de la Marina inglesa, comandante de la *Aurora*; su juiciosa y firme conducta, II, 3, 4, 43.
- Prevost (Judge), II, 358.
- Price (Mr. y Mrs.) II, 97, 98.
- Prieto, capitán; luego teniente coronel, I, 332; encuentra el cuerpo de su hermano muerto en la batalla de Ayacucho, II, 181, 182.
- Pringuel, teniente; después capitán, I, 256; II, 145.
- Prisioneros de guerra patriotas, libertados en San Lorenzo, I, 191; libertados del Callao, y su llegada á Supe, 257.
- Protector*, transporte, II, 21, 36, 39, 43.
- Provisiones, modo de suministrarlas á los ejércitos patriotas, II, 94, 95, 128 á 130, 137.
- Puente colgado sobre el Maypo, I, 154.
- Puertos Intermedios, I, 283; II, 1, 2, 55.
- Pueyrredon, supremo director de Buenos Aires, I, 70.
- Pumacugua, jefe peruano, 74, 75, en la nota; su hija, II, 154.
- Puna ó dificultad de respirar, I, 93; II, 134.
- Puno (departamento de), II, 207; sus minas, 209 á 212.

## Q

- Quechereguas (escaramuza de), I, 156.
- Quimper, coronel realista, I, 250.
- Quintana (D. Hilarión), general, I, 161.
- Quintanilla*, buque pirata, II, 111, 113, 115.
- Quintanilla, gobernador de Chiloe, I, 230; su hábil defensa, 231, 234; capitula con Freyre, II, 331.
- Quiroga, subteniente, II, 40.
- Quirós, jefe de montoneros, I, 268, 270; su carácter; su muerte, 333.
- Quitospi, capitán, es bárbaramente asesinado, I, 199.



## R

- Rada, teniente coronel realista, I, 314.
- Ramírez (D. Juan), general español, I, 283, 296; su correspondencia, 415, 416.
- Ramírez (D. Mateo), coronel realista, asesina al mayor Gumer, I, 368; II, 67, 68, 216.
- Ramsay, teniente, I, 176.
- Rantier (Mr.), es maltratado por Rodil, II, 217.
- Raulet, teniente; luego teniente coronel, I, 251, 265; es herido, 324; II, 66, 78; su bosquejo biográfico, 304, 305, 306.
- Raush, coronel, II, 361, en la nota.
- Raya, obispo del Cuzco, su caridad cristiana, I, 25.
- Readhead (Dr.), II, 341.
- Realistas, distribución de sus fuerzas en el Perú, I, 244; II, 86, 119.
- Recopilación de las leyes de Indias, I, 17, 18.
- Regencia (Consejo de), I, 32.
- Rentas y gastos del Perú, II, 234, 235; de Buenos Aires, 363.
- Repartimiento, I, 5, 6; su abolición, 17.
- Republicano, espíritu usurpador, I.
- Retratos de los virreyes del Perú en Lima, I, 343.
- Revenga, II, 336.
- Revista del ejército patriota en Pasco, II, 139.
- Reyes (Dr.), II, 215.
- Reyes, mayor, I, 251, 254, 255.
- Ricaforte, general español, derrota los indios en Huancayo, I, 264, 270.
- Rico, editor realista, II, 220.
- Riglos (D. Miguel de), II, 378.
- Riglos (doña Mercedes de), II, 360.
- Río-Bamba (acción de), I, 369.
- Riva Agüero (D. José de la), es nombrado presidente del Perú, II, 53; su actividad, 54, 55; depuesto, 59; su poco enérgica carta á Canterac, 64; se declara contra el Gobierno legítimo, 90; sus partidarios le hacen prisionero, ídem; es desterrado, 91.
- Rivadavia (D. Bernardino), le nombran secretario de Estado de Buenos Aires, II, 357, 358; pasa á Inglaterra, 361; regresa á su país con el tratado entre Buenos Aires y la Gran Bretaña, 366;



- es elegido presidente de la República, ídem; hace dimisión, 369, 370; su carácter, 371, 372.
- Rivera (D. Fructuoso), II, 366.
- Rivero (D. Mariano), I, 292; su muerte, ídem, en la nota.
- Rivero, el abanderado, II, 18.
- Roberton, capitán, II, 112, 114, 115.
- Robertson (Mr. John Parish), da un magnífico baile, II, 3; es el Guillermo Penn de las Pampas, 379.
- Robertson (Mr. William Parish), II, 376.
- Rocafuerte (D. Vicente), enviado mejicano en Londres, II, 318.
- Rodil, general realista, es nombrado gobernador del Callao, II, 102, 104, 188, 217; capitula, 220.
- Rodríguez Aldea (D. José Antonio), II, 329.
- Rodríguez (D. Manuel), jefe de guerrilla chileno sumamente bizarro, I, 111; sus importantes servicios, ídem; su conducta noble en Santiago, 160; es asesinado, ídem.
- Rodríguez (D. Martín), coronel, gobernador de Buenos Aires, II, 358; se retira de su puesto, 362.
- Rodríguez, el fiscal, I, 110.
- Romana (marqués de la), I, 374.
- Romero, coronel, II, 26, 105.
- Rondeau, general, I, 70.
- Rosales (doña Rosario de), su piedad filial, I, 108; accidente que la ocurrió, 163.
- Roskell y compañía (señores), de Liverpool, II, 265.
- Roxas, soldado marino muy valiente, I, 233, en la nota.
- Roxas, teniente coronel I, 250.

## S

- Saavedra (D. Cornelio de), I, 63, 64.
- Saens, capitán del batallón Numancia, I.
- Saens (Dr.), cura de Chumpi, es multado por Canterac, II, 85.
- Salaverri, cadete, I, 268.
- Salazar (D. Juan), II, 314.
- Salazar y Baquijano (D. Manuel), vicepresidente del Perú, II, 317.
- Salom, general, II, 219, 221.
- Salta (batalla de), I, 67; señoras de Salta, II, 340, 341; su descripción, 343, 344; sus producciones, 345; su comercio, ídem.



- Saludo estrepitoso, II, 123.
- Sambruno, capitán; su infame conducta, I, 109; su muerte, 110, en la nota.
- San Andrés, es nombrado patrono del vino de champaña, I, 181.
- San Carlos (fuerte de), I, 215.
- Sánchez Carrión (Dr.), II, 130.
- Sánchez, coronel realista; luego general, sucede al mando en Chile, I, 100, 173, 174; 197; se le encuentra muerto en el camino, 333.
- San Donas (conde de), II, 103; es fusilado, ídem, en la nota.
- Sandoval, capitán, II, 144.
- Sands, coronel; después general, II, 167, 314.
- San Juangeno, coronel realista, II, 35.
- San Lorenzo (acción de) I, 66.
- San Lorenzo (isla de); su toma, I, 188; accidente ocurrido en ella, ídem.
- San Martín (D. José de), coronel; después general, es herido en San Lorenzo, I, 66, 68, 75; organiza el ejército de los Andes, 78, 79; tiene conferencias públicas con los indios Pehuenches, 80, 81, 82, 83, 84, 85; atraviesa los Andes, 89; gana la batalla de Chacabuco, 113, 114; no admite el puesto de supremo director, 115; marcha á Buenos Aires, 146; se reúne á O'Higgins en San Fernando, 155, 156; es derrotado en Cancharayada, 157; reorganiza sus fuerzas, 159; gana la batalla de Maypo, 161; va á Buenos Aires, 163; regresa á Mendoza, ídem; proyecta libertar el Perú, ídem; sus entrevistas con Benavides, 227, 228; etiquetas con el gobierno de Buenos Aires, 236; renuncia el mando en jefe, 238; es reelegido por unanimidad, ídem; da la vela mandando una expedición para libertar el Perú, 246; llega á Pisco, 248; concluye un armisticio, 270; entra en Lima, 321; se declara Protector, 324; instituye la orden del sol, 325; etiquetas con lord Cochrane, 334, 335; tiene una conferencia con el Libertador en Guayaquil, 370; regresa al Callao, ídem; renuncia el protectorado, 373; su despedida á los peruanos, ídem; sale del Perú y se retira de la vida pública, ídem; su bosquejo biográfico, 374, 375, 376; su regreso de Buenos Aires, 377.
- San Martín*, navío chileno; su crítica situación, I, 176, 177.



- San Miguel (Marqués de), se pasa á los patriotas, I, 249; se ahoga, II, 74.
- Santa Cruz, capitán; luego general, prisionero en las Bruscas, I, 128, en la nota; se pasa á los patriotas, 263; manda una división peruana en la batalla de Pichincha, 369; toma el mando del ejército peruano, II, 53; su recomendable actividad, 54; da la vela con el ejército á Puertos Intermedios, 56; desembarca en Arica, 61; avanza á Moquegua, ídem; atraviesa los Andes y ocupa La Paz, 62; sus rápidos progresos, ídem; renuncia la cooperación de Sucre, 69; rechaza á Valdes en Zepita, 70, 71; se reúne con Gamarra, 72; se retira á la vista del enemigo, 73; pierde su artillería, 73; se dispersa su ejército, ídem; se embarca en Ilo, 74; rasgo honroso de su carácter, 172; es nombrado por Bolívar presidente del Consejo de Gobierno, 302; su proclama, 313.
- Santalla, teniente coronel realista; su cobarde conducta, I, 312, 313, 315; su brutalidad, 316, 317, 318.
- Santander, general, vicepresidente de Colombia, II, 310, 311.
- Santa y Ortega, infame obispo de La Paz, I, 25.
- Santelices, gobernador de Potosí; sus virtuosos esfuerzos, I, 24.
- Santiago (descripción de), capital de Chile, 145; su consternación, 159; su júbilo, 162; su sociedad, 180.
- Sarao, coronel, II, 303.
- Sarumpi, especie de optalmia, II, 223.
- Sarratea (D. Juan José), II, 304.
- Sarratea (D. Manuel), I, 63.
- Seoane, coronel español, II, 383.
- Sharpe, capitán de Marina real inglesa, I, 153.
- Sheppard, capitán de Marina al servicio del Brasil, II, 386.
- Shirreff, capitán de la Marina inglesa, I, 182; II, 227.
- Silva, coronel, II, 143, 176, 177, 180.
- Simpson, capitán de la Marina chilena, I, 324.
- Sinclair (Sir John), capitán de la Marina inglesa, II, 380.
- Sipe-Sipe (batalla de), I, 70.
- Smith, capitán, edecán del general Miller, es maltratado por los indios, II.
- Solano, marqués del Socorro, gobernador de Cádiz, I, 374.
- Solar (D. Enrique), I, 305.
- Soler, general, I, 112.



- Soler, mayor, I, 282; se apodera de 120.000 duros.
- Sol, orden del sol, I, 325.
- Sorata (sitio de), I, 16.
- Soroche, ó dificultad de respirar, II, 134.
- Sorrillo, alcalde de Ica, I, 317.
- Soulange, comandante, II, 70; se ahoga, 74.
- Sowersby, capitán; luego teniente coronel, I, 207; II, 83; es mortalmente herido en Junín, 146; su muerte, 147.
- Soyer (Monsieur), contador de navío, I, 208.
- Spencer (Frederick), honorable capitán de la Marina inglesa, II, 228.
- Spencer (Sir Robert), honorable capitán de la Marina inglesa, II, 228.
- Spry, capitán, I, 177.
- Staines, capitán de la Marina inglesa, I, 108; II, 227.
- Stewart, comodoro de los Estados Unidos, II, 59, 227.
- Stewart (Mrs.), mujer del comodoro de este nombre, II, 59.
- Stuart (Sir Charles), I, 375; II, 382.
- Suárez, capitán realista, I, 298.
- Suárez (D. Isidro), teniente coronel, II, 68, 81, 143, 144, 180.
- Suárez (D. Vicente), teniente, I, 250; hace prisionero al general O'Reilly, 263, 289, 292, 308; su muerte, ídem.
- Sucre, general, gana la batalla de Pichincha, I, 369; llega á Lima como agente diplomático de Colombia, II, 56; es elegido general en jefe de las fuerzas peruanas, 57; se retira al Callao, 58; es investido con el mando supremo militar y político, 58; su pintura, 59; da la vela con una expedición para Puertos Intermedios, 64; toca en Chala, 66; sigue á Quilca, ídem; entra en Arequipa, 68; avanza hacia Puno, 75; contramarcha desde Apo, ídem; tiene una entrevista con Santa Cruz en Moquegua, 76; regresa á Arequipa, ídem; se retira, 78; se embarca en Quilca y da la vela para el Callao, 79; es nombrado jefe del Estado Mayor del ejército libertador, 129; su actividad en los preparativos para atravesar los Andes, 130; le deja con el mando en jefe el general Bolívar, 150; celebra un Consejo de guerra en Challuanca, ídem; sus operaciones, 161; se retira, 162; le atacan su retaguardia en Corpaguayco, 166; ofrece batalla en Cangallo, 169; levanta su campo á media noche, ídem; coloca su ejército en posición en Ayacucho, 173; arenga sus



tropas, 175; gana la batalla de Ayacucho, 175, 176, 177, 178; su conducta durante la acción, 179; se apodera del Cuzco, 190; de Puno, 205; termina la guerra en el Perú, 221; es investido con los poderes de jefe supremo del Alto Perú, 252, 266, 267, 268; es elegido presidente vitalicio de Bolivia, 301; tiene que abdicar, 325; se embarca para Colombia, ídem; su carta al Gobierno del Perú, 325, 326, 327; sus comunicaciones á Miller, 423, 459.

Sufrimientos en el desierto, II, 50, 51, 52.

Susse (Monsieur de la), capitán de la Marina francesa, II, 381.

### T

Talavera (regimiento de), su atroz conducta, I, 109, 110.

Talcahuano, I, 116.

Talca (tratado de), I, 103; lo quebrantan los españoles, 105.

Talmayancu, ayudante, araucano original, I, 148, 149.

Tapadas de Lima, I, 354.

Tarramona, mayor, es muerto, II, 19, 20.

Teatro de Lima, I, 344, 345.

Tejada (Sr.), ministro colombiano en Roma, II, 352.

Temple (Sir Edmund), II, 355.

Templo del sol, II, 198.

Tertulias de Lima, I, 353.

Thomson (Doña Mariquita), de Buenos Aires, II, 360.

Thomson (Mr.), II, 327.

Tigres del Monte Tordillo, I, 128.

Tipuani (lavadero de oro de), II, 264.

Torbellinos de polvo, II, 48.

Tordillo (bosque de), II, 128.

Tormentas y truenos en los Andes, II, 222.

Torres (doctor), I, 155.

Torre Togle (marqués de), I, 362, 371; II, 64, 103; su muerte, ídem, en la nota.

Tradiciones sobre el origen de los hijos del sol, II, 191, 192.

Tráfico de esclavos en Brasil, II, 385 á 387.

Trajes de Lima, I, 361.

Transportes españoles apresados, I, 177, 178.

Tributo, I, 7.



- Trim, corporal, fiel chileno, II, 106 á 108.  
 Tristán (D. Domingo), coronel; luego general, I, 367, 368.  
 Tristán (D. Pío), general, I, 65, 67; II, 205.  
 Tropas, suramericanas, su descripción, I, 152, 153.  
 Tucumán (batalla de), I, 65.  
 Tupac Amaru, I, 15; su bárbara ejecución, 16; sentencia y carta de, 379, 388.  
 Tupper, mayor, II.  
 Tur, general realista, II, 171.  
 Tur, teniente coronel, II, 171, 303.

## U

- Ulloa (doña N. de), II, 220.  
 Ulloas (los viajeros), I, 5, 7, 8, 10, en la nota.  
 Unanue (Dr. D. Hipólito), I, 324; es elegante escolástico, pero un político de circunstancias, II, 301 y en la nota; su oficio á Miller, 423.  
 Uniformes de los ejércitos patriotas, II, 92, 93.  
 Urdiminea, coronel; después general, II, 62; sucede al general Miller en clase de prefecto de Potosí, 278, 279; su arenga á Sucre, 459.  
 Uriburu (señor de), II, 340.  
 Urquiza, capitán; se distingue y es herido en Pisco, I, 208.  
 Uspallata (paso de), I, 144, 162.

## V

- Vadeadores, I, 274 á 275.  
 Váldez (D. Jerónimo), coronel realista; luego general, marcha á Chancay, I, 254, 265, 329; manda una división en Puertos Intermedios y se opone á Alvarado, II, 12, 14, 15; avanza sobre Tacna, 16; se retira, ídem; es atacado por Alvarado en las alturas de Torata, 17; se conduce gallardamente en aquel punto y en Moquegua, 18; es destacado desde Lima, 63, 66, 69, 70; es rechazado por Santa Cruz en Zepita, 71; se reúne al virrey en Pomata, ídem; es nombrado jefe del Estado Mayor, ídem; sale en persecución de Santa Cruz, 74; es nombrado para mandar en jefe el ejército del Sur, 86; observa los movimientos de Olañeta, 87, 118; tiene una acción indecisa con Olañeta en La Lava, 150; se retira sobre el Cuzco y se reúne al virrey, 151; envía al general Miller un cajón de cigarros, 154; le arro-



- ja un rayo del caballo, 155; envía una compañía á Chuquibamba, 160; ataca y hace replegar la división peruana en Ayacucho, pero le carga y derrota la caballería patriota, 177; se rinde por capitulación, 179; su encuentro con el general Miller, 186; su relación biográfica, 187; carta de, 397.
- Valdivia, capitán, II, 42, 43, 45, en la nota.
- Valdivia (descripción de), I, 215, 216; es tomada por asalto, 217, 222; importantes consecuencias de su toma, 223.
- Valenzuela (Pedro), II, 380.
- Valparaíso (bloqueo de), I, 164; se levanta el bloqueo, 167; diversiones, 179, 182.
- Valles imaginarios, II, 51, 52.
- Vandermarline (Mynheer), su colección de pinturas, II, 343.
- Vaquianos ó guías, II, 48, 49.
- Vásquez, capitán, I, 216.
- Velasco, teniente coronel, I, 266.
- Venegas, virrey de Méjico, I, 30.
- Ventos González, coronel brasileño, II, 366.
- Vestris (madame), II, 341.
- Vidal, subteniente; luego coronel, se distingue por primera vez en Guambacho, I, 191; derrota á los españoles en Santa, 208, 209; su bizarría en Valdivia, 219; en Chiloe, 232; forma una partida de montoneros, 255, 256, 268, 270, 328; II, 303.
- Vidal, teniente coronel realista, es hecho prisionero, II, 29; rehusa su libertad, 43.
- Vidaurre (doctor), II, 314.
- Videla, capitán; después coronel, I, 269, 288; II, 2; su juiciosa conducta, 53, 82, en la nota.
- Viel, teniente coronel, I, 198.
- Vilcapujio (batalla de), I, 67, 68.
- Viluma (batalla de), I, 70.
- Villalobos, general realista, II, 71, 174; se rinde prisionero por capitulación, 179.
- Villaroel, arzobispo de Charcas, sabio y virtuoso prelado, I, 25.
- Villota, el oidor, ejemplo manifiesto de integridad, I, 26.
- Viscacha, pequeño animal de las Pampas, peligro que producen los agujeros que hacen, I, 135.
- Vista Florida (conde de), I, 373.
- Voto de una señora, II, 212.



## W

- Walker, teniente, I, 165.  
Ward (monsieur), enviado inglés en Méjico, II.  
Warnes, capitán, I, 174.  
Warnes, jefe de guerrilla, I, 68; es muerto, 69, en la nota.  
Welsh (monsieur), cirujano de lord Cochrane, lo matan en Mirabe, I, 291, 292.  
Wellesley (marqués de), I, 32 á 35.  
Wellesley (sir Arthur), I, 32.  
Wellington (duque de), II, 319.  
Whitelock, general, I, 51.  
Wilde (D. Santiago), secretario del Banco de Buenos Aires, II, 360.  
Wilkinson, capitán, I, 183.  
Wilson, coronel Belford; su bosquejo biográfico, II, 297 á 299.  
Wilson (sir Robert), miembro del Parlamento, I, 207; II, 297, 299.  
Williams (D. Tomás), secretario de la embajada de Colombia, en la introducción XL.  
Winter, capitán de la marina chilena, II, 86.  
Witle, capitán, II, 167, en la nota.  
Wyman, teniente; su deplorable situación, II, 189, 190.

## Y

- Ybáñez, fiel criado africano, II, 380, en la nota.  
Yedros, general de los paraguayanos, I, 61.  
Yerbas Buenas (acción de), I, 99, 100.  
Young, capitán de la marina chilena, II, 106, 108, 110.

## Z

- Zapata (D. Agustín), I, 304.  
Zea (D. Francisco Antonio), ministro plenipotenciario de Colombia, II, 336.  
Zepita (acción de), II, 70.  
Zorrino, el terror de los llanos, I, 130.  
Zuviría (D. Facundo), II, 340.

## FIN







# COLECCIÓN DE LIBROS Y DOCUMENTOS

## REFERENTES Á LA HISTORIA DE AMÉRICA

---

Esta *Colección*, formada por obras inéditas é impresas de gran rareza, se publica por tomos, elegantemente impresos, y se venden á 7 pesetas cada uno para los suscriptores y á 10 pesetas sueltos.

### OBRAS PUBLICADAS

- I.—**Figueroa** (P. Francisco).—Relación de las Misiones de la Compañía de Jesús en el país de los Maynas.
- II, III y IV.—**Gutiérrez de Santa Clara** (Pedro).—Historia de las guerras civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias.
- V y VI.—**Alvar Núñez Cabeza de Vaca**.—Relación de los naufragios y comentarios. (Aumentada con documentos inéditos.)
- VII.—**Hernández** (P. Pablo).—El extrañamiento de los Jesuítas del Río de la Plata y de las Misiones del Paraguay, por decreto de Carlos III.
- VIII.—Relaciones históricas y geográficas de la América Central.

(Contiene: Relación histórica y geográfica de la provincia de Panamá, por Juan Requejo Salcedo. 1640.—Descripción de Pamá y su provincia, sacada de la Relación que por mandado del Consejo hizo y envió aquella Audiencia. 1607.—Relación del reconocimiento geométrico y político de la Costa de Mosquitos, practicado por Antonio Porta Costas. 1790.—Varias noticias del Río de San Juan, etc. etc. 1791, 1804.—Relación verdadera de la reducción de los indios infieles de la provincia de la Taguisgalpa, llamados *Xicagues*, etc. Guatemala. 1674.—Tres documentos más referentes á los mismos *Xicagues* 1676, 1779.—Descripción de la provincia de Guatemala, por Juan Pineda.—1594.)

- IX.—**Corita** (Alonso de).—Historia de la Nueva España (siglo XVI),



# COLECCIÓN DE LIBROS RAROS

Ó CURIOSOS

## QUE TRATAN DE AMÉRICA

---

- I.—**Xerez** (Francisco de).—Verdadera relación de la conquista del Perú. Reimpreso fielmente de la edición de Sevilla, 1534.—Madrid, 1891; un tomo en 8.º, 2 ptas.
- II.—**Acuña** (P. Cristóbal).—Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas. Reimpreso de la edición de Madrid, 1641.—Madrid, 1891; un tomo en 8.º, 4 ptas.
- III y IV.—**Rocha** (Andrés).—Tratado único y singular del origen de los indios del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile. Reimpreso de la edición de Lima, 1681.—Madrid en 1891; dos tomos en 8.º, 6 ptas.
- V y VI.—**Colón** (Fernando).—Historia del almirante D. Cristóbal Colón, en la cual se da particular y verdadera relación de su vida, y de sus hechos, y del descubrimiento de las Indias Occidentales, llamadas Nuevo Mundo.—Madrid, 1892; dos tomos en 8.º, 6 ptas.
- VII.—**Ruiz Blanco** (P. Matías).—Conversión en Piritú (Columbia) de indios Cumanagotos y Palenques, con la práctica que se observa en la enseñanza de los naturales en lengua cumanagota. Reimpreso de la edición de Madrid, 1690.—Madrid, 1892; un tomo en 8.º, 3 ptas.
- VIII y IX.—**Vargas Machuca** (Bernardo de).—Milicia y descripción de las Indias. Reimpresa fielmente según la primera edición hecha en Madrid en 1599.—Madrid, 1892; dos tomos en 8.º, 6 ptas.
- X.—**Palafox y Mendoza** (Juan de), Obispo de la Puebla de los Angeles. Virtudes del indio.—Reimpreso en Madrid en 1893; un tomo en 8.º, 3 ptas.
- XI.—**Tres tratados de América** (siglo xviii).—Madrid, 1894; un tomo en 8.º, 3 ptas.  
Contiene.—Primer tratado: Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca y su provincia.



Segundo tratado: Razón sobre el estado y gobernación política y militar de la jurisdicción de Quito en 1754.

Tercer tratado: Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de Bocachica y sitio de Cartagena de Indias en 1741.

XII y XIII.—Fernández (P. Juan Patricio), de la Compañía de Jesús.—Relación—historia de las Misiones de los indios que llaman chiquitos del Paraguay. Reimpreso de la edición de Madrid, 1726; dos tomos en 8.<sup>o</sup>, 6 ptas.

XIV y XV.—Román y Zamora (Fr. J.)—Repúblicas de Indias, idolatrías y gobierno en México y Perú antes de la conquista.—Fielmente reimpressa, según la edición de 1575.—Madrid, 1897; dos tomos en 8.<sup>o</sup>, 6 ptas.

XVI, XVII, XVIII y XIX.—Jarque (Francisco).—Ruiz Montoya en Indias (1608-1652).—Madrid, 1900; 12 ptas.

XX.—Sigüenza y Góngora (Carlos de).—Infortunios de Alfonso Ramírez. Reimpreso de la edición de Méjico, 1690.—Hernnepin. Relación de la América septentrional. Madrid, 1902, 3 ptas.

#### PRÓXIMO Á PUBLICARSE

XXI.—Cisneros (Josefa Luis).—Descripción exacta de la provincia de Venezuela.—Valencia, 1764.



